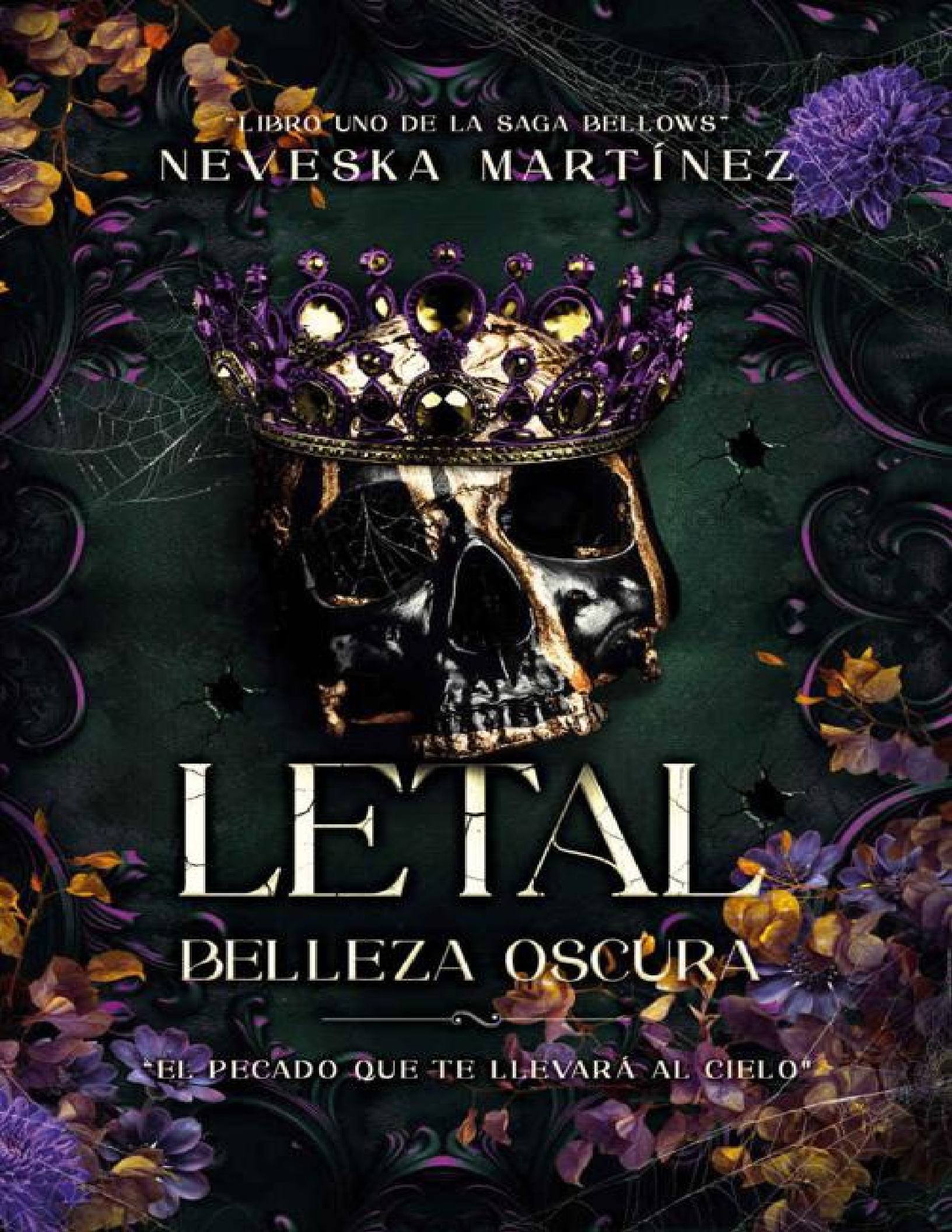
"LIBRO UNO DE LA SAGA BELLOWS"

NEVESKA MARTÍNEZ



LETAL

BELLEZA OSCURA

"EL PECADO QUE TE LLEVARÁ AL CIELO"

LETAL

BELLEZA OSCURA

Neveska Martínez

Copyright © 2025 Neveska Martínez
Copyright © 2025 Editorial Naranja
© 2025 Corrector: Roberto Santander
© 2025 Portada: Tyler Rood
© 2025 Ilustrador: Anthony Velazquez
Todos los derechos están reservados, apoyamos la protección del copyright.
Editorial Naranja apoya los derechos de los autores. Gracias por comprar la versión autorizada del libro, al hacerlo estás apoyando el trabajo de los autores.
Todos los derechos reservados.
ISBN: 978-980-8081-06-0

Para Rudy, te lo prometí por la garrita.

PLAYLIST

New Girl – FiINNEAS. (Capítulo 2)
Sexy Bitch – David Guetta, Akon. (Capítulo 6)
El Malo – Aventura. (Capítulo 15)
Can´t Remember to Forget You – Shakira, Rihanna. (Capítulo 22)
Heaven – FINNEAS. (Capítulo 39)
Hold On – Chord Overstreet. (Capítulo 48)
No Hay Nadie Más – Sebastian Yatra. (Epílogo)

NOTA DE AUTORA

Querido amigo lector:

Soy una autora que suele escribir historias oscuras que pueden resultar un tanto ofensivas, no aptas para personas sensibles, no aptas para cardiacos o personas que buscan una historia parecida a la vida real.
Aedion Lorcan, uno de los protagonistas de la *Trilogía Belleza*, es tóxico, quizá un tanto psicópata y para nada un personaje "vainilla". Es un villano que lleva a cabo actos y actitudes muy cuestionables, así que, si no te gustan los personajes amorales, te sugiero que no sigas leyendo.
En este libro hay escenas de sexo explícito, se habla de drogas, muerte, sangre, armas, infidelidades, violaciones y suicidio. Confío en que sabrás identificar qué tipo de cosas podrían afectarte antes de continuar leyendo.
Las mafias van por colores, y esto es porque cada uno tiene un significado:

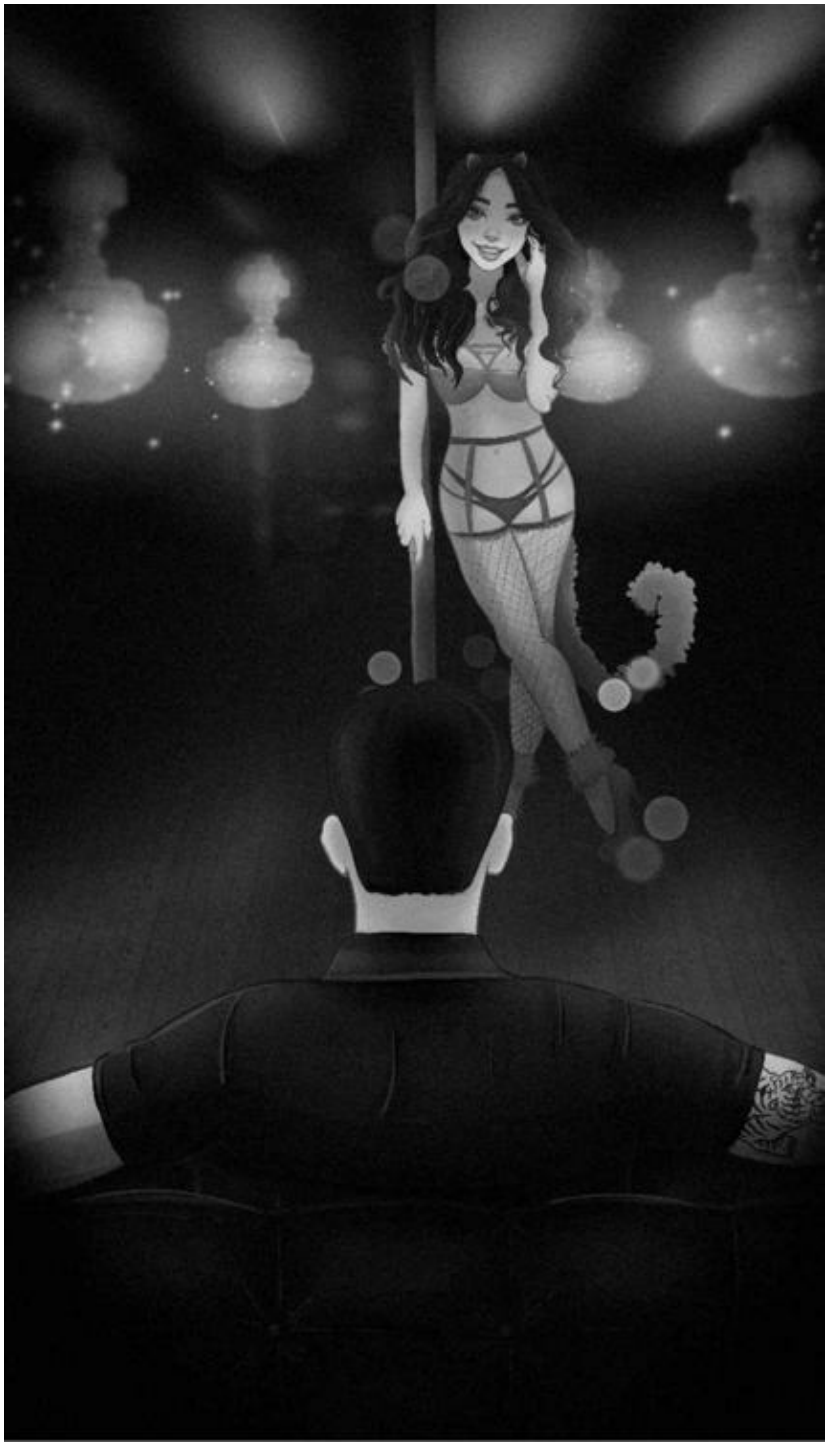
- Mafia roja: El rojo transmite pasión, amor, calor, peligro y agresividad.
- Mafia azul: El azul transmite seguridad, lealtad, libertad y honestidad.

El morado representa este libro. Así que... ¿sabes qué color resulta de mezclar rojo y azul? Exacto, morado.
Letal: Belleza Oscura es la primera novela de la historia de Angeline Mikaelson. Es el primer libro de la Trilogía Belleza y también es el primer libro escrito de toda una saga.

- Letal: Belleza Oscura.
- Fatal: Belleza Dolorosa.
- Mortal: Belleza Etérea.

La madre de Angeline y sus hermanas también tienen su propia historia y podrás leer más sobre ellas en mi perfil de Wattpad.

Si quieres leer más de Neveska Martínez, visita su perfil en Wattpad como @xneveskax.



CAPÍTULO 1

La mejor opción

Angeline.

Los Ángeles siempre me ha parecido el lugar ideal para disfrutar la adolescencia. Tienes la playa, el calor, muchos antros y también muchos chicos guapísimos. Como André; mi novio y mejor amigo por casi ya tres años. Es alto, de piel bronceada, con cabello castaño rizado y unos ojos color miel que destacan de inmediato. Podrías describirlo como el chico perfecto. Es el mejor de mi clase, el más popular de la preparatoria, y además no es un patán como la mayoría de chicos de hoy en día.

—¿Quieres que pare? —murmura, masajeando mis senos por encima de la blusa.

—Sí —respondí, con la respiración agitada y el corazón latiéndome muy rápido.

Podré tener al novio perfecto, al sueño de muchas, pero nunca he podido dar el siguiente paso con él.

Qué ironía... ¿no?

Poseo lo que muchas desean, pero mi miedo a perder la virginidad me impide aprovecharlo. Tengo 18 años, todas mis amigas ya perdieron la suya y yo simplemente no puedo.

Ambos nos acostamos boca arriba, sobre su cama, mirando hacia el techo y en un incómodo silencio.

—Oye, no te preocupes —dice de pronto.

André siempre ha sido comprensivo respecto al tema. Esa es una de las ventajas de que haya sido mi mejor amigo desde antes; siempre logra entender todo lo que pienso o digo.

—Siento que pronto te hartarás de mi —confieso.

André no es virgen, perdió su virginidad dos meses antes de hacerse mi novio. A lo mucho que hemos llegado es a toqueteos, le he hecho sexo oral y él a mi igual, pero fuera de ahí, jamás llegamos a nada, ni siquiera lo he dejado meterme un dedo. Y siendo sincera, es hombre, por lo general ellos son los primeros en desesperarse por no tener sexo.

—No digas eso. —Se gira hacia mí, recargándose en la cama con el codo—. Sabes que esperaré el tiempo que sea necesario. Podría esperar hasta el matrimonio si quieres.

—Has tenido sexo muy pocas veces, y fue hace como tres años. —Lo miro—. Ya lo probaste y me siento un poco presionada porque vas a llegar a tu límite.

—¿A mi límite?

———No quiero que me engañes, André —dije, soltando la confesión con dificultad.

—Nunca lo haría, lo sabes bien.

—Yo confío en ti, pero tampoco quiero aprovecharme de eso. Sé que tienes tus necesidades y yo...—Mi celular comienza a sonar, interrumpiéndome.

Respondo de mala gana y me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Se puede saber a qué hora piensas llegar?

Por el tono con el que me está hablando deduzco que está furioso. Ya sé lo que me espera una vez que llegue a casa.

—Lo siento, estaba cenando —respondo, poniéndome de pie—. Ya voy para allá.

—No hace falta, estoy afuera.

En ocasiones, desearía tener una vida más sencilla y menos llena de expectativas.

Pongo los ojos en blanco y le hago una seña a André. Cuelgo el teléfono y salgo de su habitación rumbo hacia la planta baja.

—Hablaremos después —le digo, antes de abrir la puerta.

—No hay nada de qué hablar.

—Te quiero. —Le doy un corto beso en la boca antes de salir.

El auto de mi padre está frente a la casa, los vidrios están arriba y no hace falta que los baje para saber que está echando humo por las orejas. Odia que venga a casa de André. Lo acepta, le gusta convivir con él, pero odia cuando vengo a su casa o cuando me encierro en mi habitación con él. Se pone en su modo celoso.

Me despido y luego camino al auto. Entro y lo primero que capto es la mala vibra proveniente de él.

—Sabes que tu hora de llegada es a las 10:00 —dice, arrancando el auto.

—Papá, son las 9:30 —digo, mirando el reloj de mi celular—. Nunca rompo las reglas.

—Lo sé, por eso eres mi favorita. —Eso me hace sonreír y a él también.

Tengo dos hermanas; Kylie y Elizabeth. La primera tiene 15 años y la otra tiene 13. Nos llevamos dos años de diferencia cada una, y yo soy la mayor. Papá siempre dice que debo dar el ejemplo a mis hermanas, pero la verdad es que todas somos muy diferentes.

—Muero por contárselo a Ellie —bromeo y él se ríe.

—Se supone esto era un secreto de ambos —me señala—. No es posible que traiciones así a tu padre.

Me alegra que el mal humor se le haya bajado un poco, eso significa que el regaño será tranquilo.

—¿Qué hicieron de cenar en casa? —cambio la conversación.

—Tarta de verduras. —Los ojos me brillan.

Mi nana Ruth siempre hace comida deliciosa, pero sin duda su tarta de verduras es la mejor.

—¡Agh! ve más rápido, me muero de hambre. —Me toco la barriga, dejándome caer en el asiento.

—¿Qué? —Pregunta papá.

Lo miro, y al notar que disminuye la velocidad y me observa con intensidad, mi mente comienza a buscar desesperadamente una explicación.

Oh no.

—¿Qué? —repito, con una sonrisa nerviosa.

—¿No habías cenado ya en casa de André? —pregunta, parando el auto debido al semáforo que se puso en rojo.

¿Por qué la vida se empeña en empeorarme el rato a cada nada?

—Sí cené, papá —digo, fingiendo tono serio—. Cené espaguetis a la boloñesa. Solo quise decir que amo la tarta de verduras de Ruth y muero por comer —miento, bueno, en parte.

—Oye, no me interesa lo que tú y el hagan...—Frunce el ceño, pone el auto en marcha y aferra las manos al volante—. Solo cuídate, no es el momento de... ya sabes, ¿ok?

Papá es así. Es un celoso de primera, pero siempre trata de entenderme o al menos trata de entender mi edad. André no le cae mal, pero sé que reprime las ganas de volarle la cabeza de un disparo cada que me besa, me agarra la mano o me dice cosas bonitas.

—Tranquilo, papá.

Finalmente llegamos a la privada. Mi padre ni siquiera tiene que bajar el vidrio para que sus escoltas sepan que es él. Nos dejan pasar y luego vuelven a cerrar la reja de entrada. Recorremos

el camino de grava y finalmente llegamos a mi casa. Papá estaciona el auto y bajo enseguida.

—Ve a cambiarte y dile a Ruth que te caliente comida —ordena mientras abre la puerta.

—Yo puedo servirme sola.

Mamá siempre dice que les deje el trabajo a las personas que ellos contratan, pero a mí no me gusta. A pesar de tener dinero, mi padre siempre me enseñó desde pequeña a hacer las cosas por mí misma. Aprendí a tender mi cama, a lavar mi ropa y a cocinar un poco, entre otras cosas. Papá dice que siempre debo de ser agradecida con todo lo que tengo y con las personas que me ayudan.

Me deja pasar primero y camino hacia las escaleras, pero me detengo a mitad de camino. Melissa, mi entrenadora personal, está de pie junto al comedor, con mi madre a un lado, dos mujeres más y un hombre de traje. Hay papeles esparcidos por todo el comedor y un arma sobre la mesa.

Me acerco al marco. Solo saludaré y luego me iré. Nunca llegan personas a mi casa, a papá nunca le ha gustado decir dónde vivimos, por seguridad más que nada, y mirar la pequeña junta que hay aquí me da curiosidad.

—Hola —saludo.

—¿Esa es manera de saludar a tu capitana? —me regaña Melissa.

Me paro derecha y le dedico el debido saludo.

Melissa es de las mejores capitanas de Londres, dirige escuadrones de la Interpol y de la marina, entre otras. Por eso mi papá la contrató para mí desde los siete años.

Mi padre (Leonel Mikaelson), es líder de la mafia azul. La mafia azul es aquella que domina Estados Unidos. También existe la mafia roja, la mafia verde y amarilla. Todas las mafias del mundo se distinguen por colores, y mi padre es el líder de la azul.

He aquí por qué no tengo una vida normal.

Siempre he vivido en medio de lujos y dinero, pero también con miedo. Miedo de perder en cualquier momento a mi padre o a alguien de mi familia. Tenemos enemigos y siempre tenemos que cuidarnos, así vayamos al centro comercial, al cine o incluso cuando vamos al colegio. Es por eso que siempre veo a André los fines de semana y solo puedo ir de la escuela a mi casa.

—¡Esto no va a discutirse! —El grito de mi padre me hace dar un brinco.

Lo miro y la cara la tiene roja por la furia.

—Tiene que considerarlo, es nuestra única oportunidad —dice el hombre desconocido.

—Ella es perfecta —comenta la mujer, mirándome.

¿Qué?

—¡No! —exclama mi padre, acercándose al comedor—. Ve a tu habitación, Angeline —ordena, mientras recoge los papeles que están esparcidos.

Apenas doy dos pasos cuando la voz de mi madre me hace parar.

—No.

Me giro y la veo mirando desafiante a mi padre. Quiero preguntar qué pasa, pero no me atrevo. Cuando mi padre está molesto me da un miedo horrible, pero cuando mamá se molesta es todavía peor.

Papá le dice algo a mi madre que no logro escuchar y miro con confusión a Melissa, pero ella solo me mira unos segundos para luego desviar su vista a la pared. ¿Está evitando mi mirada?

—¿Qué pasa? —pregunto por fin.

Solo obtengo la mirada de Mel, de las dos mujeres y el hombre. Mis padres siguen mirándose fijamente, con furia.

—Ann...—empieza a decir Mel, pero es interrumpida por mi padre.

—¡No hables, Melissa! —grita—. Angeline, te dije que te fueras.

—¿Qué tienen que decir? Nosotros no nos ocultamos nada —digo, a punto de enfadarme yo también.

Somos una familia que se cuenta todo. Cuando hay reuniones mis hermanas y yo nunca nos metemos, pero esta vez sé que es diferente, porque está claro que el asunto me involucra más de lo normal.

—No es nada —dice papá, mirándome.

—Tendrá 18 años, pero sabes bien que ya no piensa como una niña, Leonel —le reclama mi madre.

Miro a mi padre, confundida, exigiendo una explicación. Miro a Melissa y ella desvía la mirada a otro lado. Nadie dice nada y eso me desespera.

—¿Qué ocurre?, déjense de tonterías. —Doy un paso hacia mi padre. Él relaja los hombros y suspira.

—Siéntate —ordena.

Me siento en una de las sillas del comedor, mirando fijamente cada movimiento que hace mi padre. Tiene en las manos los papeles que antes estaban esparcidos. Mamá toma asiento frente a mí y los demás se quedan de pie a mi alrededor.

—Hace un par de semanas empezamos a trabajar para el gobierno y el presidente —comienza a decir—. A cambio de resolver algunos de sus problemas, ellos nos darán la libertad de salir a cualquier lugar sin ser arrestados.

Sentí un atisbo de ilusión al escucharlo decir eso. Significaría que podríamos salir más veces en familia, podría estar más tiempo con él.

—¿O sea que ya podemos salir sin tener miedo a que te arresten? —le pregunté, aguantando la sonrisa.

—Sí. Siempre y cuando no me atrapen haciendo nada malo —responde.

—Pues eso es genial. —Sonrío.

—Sí, pero no es lo que queremos decirte —dice mi madre y borro la sonrisa.

—Hace unas semanas el gobierno pidió que recuperáramos una carpeta importante para ellos —comienza a decir papá—. Aceptamos y la recuperamos, pero lo que no sabíamos era que esa carpeta fue robada por Aedion Lorcan, el futuro rey de la mafia roja. —Asentí, dándole a entender que prosiguiera—. Su padre está muy molesto por lo que hicimos y ha mandado a matarme.

—Eso claro que está mal, pero, ¿por qué te asusta? Han querido matarte desde hace ya mucho tiempo —digo.

—Me asusta porque esa familia está loca, Angeline —responde—. No quiero que nada malo les pase a ustedes.

—Entiendo.

—El gobierno ha pedido su cabeza y a mí me conviene dársela. Así mato a dos pájaros de un tiro. —Se encoge de hombros.

—¿Y qué tengo que ver yo?

—Hay un club erótico donde él se presentará el día de su cumpleaños —dice mi madre—. Está buscando una bailarina con cara bonita y joven —explica y abro los ojos sorprendida—. Pensamos que quizá podrías ser tú.

Miro a mi padre con cara de horror y él comparte la misma cara que yo. Ahora entiendo por qué no le agrada la idea.

—Pensamos que, mientras él disfruta el show, nosotros podemos dispararle. Te usaríamos

como una distracción —dice Melissa, acariciando mi hombro.

—¿Yo? ¿Por qué? —pregunto.

No sé cómo me siento ahora, simplemente no puedo evitar pensar que es una locura lo que quieren hacer.

—Porque tienes cara de niña, cuerpo de mujer y... —comienza a decir el hombre de traje, pero una sola mirada asesina por parte de mi padre lo hace callar.

Hacer eso me pondría en peligro como nunca.

—Eres la mejor opción —dice mamá—. No me gusta involucrarte en estas cosas, pero creo que es buena idea.

El que mamá lo considere una buena idea me hace querer aceptar. A mi mamá no le gusta la violencia, es como una mamá oso. Odió el hecho de que papá me enseñara a utilizar un arma y que me hubiese mandado a Tokio y a Asia a aprender artes marciales. Ella odia todo eso, es por eso que me ha dejado tan sorprendida.

—No tienes que hacerlo, princesa —dice papá, tomándome la mano por encima de la mesa.

—Nos ayudarías a ganar —Una de las mujeres me habla y mi padre la mira mal.

—¿Qué pasa si no acepto? —le pregunto a mamá.

—Perderíamos el trato con el gobierno y tendrían que duplicar el sistema de seguridad ya que la mafia roja es una de las mejores organizaciones. Donde sea podrán encontrarlos —me responde la misma mujer que se ha atrevido a hablar hace un rato.

Es rubia, viene de traje y sostiene un maletín en su mano derecha. La mujer que viene con ella es de ojos rasgados, cabello negro y viste igual que la rubia.

—Soy la detective Johanna Carsson. —Me extiende la mano y la estrecho—. Pertenezco a la casa roja.

—No te sientas obligada. —Desvío la mirada a mi padre—. Piénsalo, no importa, buscaremos la forma de salir de esta, si es que...

—Acepto —lo interrumpo—. No hace falta pensar nada, papá. Te amo y amo a mi familia, no me importa hacer este tipo de sacrificios por ustedes.

A mi padre se le llenan los ojos de lágrimas, me toma la mano y me hala, poniéndome de pie y estrechándome contra su pecho.

—Eres mi niña, Angeline...—Me da un beso en la coronilla y una oleada de orgullo me recorre—. Nunca dejas de sorprenderme, princesa.

Mi familia es lo que más amo en el mundo. Son lo más importante en mi vida, daría lo que fuera por ellos, aún que eso signifique poner mi vida en peligro.

CAPÍTULO 2

Castalina

Angeline

Todo está listo.

Me encuentro en los vestidores del club Atenea. Roxana, la bailarina profesional de pole dance que me ha estado orientando, está dándome los últimos retoques de maquillaje.

Estoy a nada de salir y hacer el esperado show. He estado ensayando la coreografía desde el día anterior. Roxana es quien me ha estado enseñando a actuar como una stripper. Me ha enseñado a caminar con tacones enormes, me ha enseñado pasos que jamás en mi vida llegué a imaginar que podría hacer. También ha estado enseñándome expresiones faciales para darle un toque más dramático al personaje e incluso me ha hecho entrenar gimnasia para ser más flexible a la hora de bailar.

Mi cabello negro lo han pintado temporalmente de color rojo cobrizo. También han tapado mis ojos grises con pupilentes color chocolate, y me han adelgazado las facciones del rostro con maquillaje. No queda rastro de Angeline Mikaelson, soy completamente otra.

¿Estoy nerviosa? Demasiado. Aunque parezca otra persona, sigo corriendo peligro. Estaré en medio de todo el caos y eso me pone al borde de un colapso nervioso.

Luego de que acepté la misión, todos los días he estado ensayando para esto y también he estado entrenando a muerte. Papá duplicó mi entrenamiento con Melissa y he mejorado en cada técnica. Creo que está igual o incluso más asustado que yo.

—¿Nerviosa? —me pregunta Melissa.

La miro de reojo, ya que Rox no me deja voltear la cara.

—La verdad sí —Confieso.

—No deberías, todos estaremos cuidándote.

—¿Cómo es él? —pregunto, casi en un susurro. Como si hablar en voz alta sobre él fuera algo que no debería hacer.

—¿Para qué quieres saber? —pregunta, sentándose frente a mí.

—En todo este tiempo lo único que me han dicho es su nombre. No me han enseñado fotos suyas ni...

—Entre menos sepas de él, mejor —me interrumpe.

Nunca pregunté por él durante este tiempo, pero una parte de mí se pregunta cómo es. Después de todo, yo seré la carnada para que sea asesinado, merezco saber por lo menos cómo es su rostro.

—Lo veré de todos modos —le digo, confundida de que no quiera decirme.

—Tu escenario será el único que tendrá luz, él estará a oscuras, así que no lo verás.

—¿Por qué? —Arrugo el entrecejo.

—Así es cada vez que alguien importante compra el club por una noche —dice Rox.

No digo nada, solo dejo que Roxana termine de arreglarme. Cuando por fin termina me pongo de pie y me miro en el espejo soltándome la bata; traigo puesta lencería color rosa pastel y para cubrirme tengo una bata de seda del mismo color. Me han puesto una diadema con orejas de gato y el cachetero tiene pegada una cola peluda.

Seré una linda gatita.

Mi cuerpo ha cambiado, los pechos me han aumentado una talla y debido al entrenamiento intenso que he llevado estas semanas mi abdomen está ya un poco marcado, las piernas me han engordado y también el trasero. No voy a negar que me gusta, tengo el cuerpo que siempre he querido tener.

—No pareces tú —dice Mel, adivinando lo que estoy pensando.

—Eso es bueno. —Me cierro la bata.

Entre menos se note que soy la hija de Leonel, mejor.

La puerta de los vestidores es tocada y todas nos volteamos al ver al hombre con chaleco antibalas que entra.

—Está fuera del club —avisa y los vellos del cuerpo se me erizan.

Melissa lo nota y al instante me da un abrazo.

—Eres una chica fuerte —dice, tomándome por los hombros—. Yo estaré cuidándote, no te preocupes.

—Todo está bien —miento, fingiendo una sonrisa.

«Tu madre no parió una perra débil, Angeline» me digo, exhalando todo el aire de mis pulmones.

Me he estado preparando todos los días para esto. No soy ninguna tonta, puedo hacerlo.

—Recuerda abrirte bien de piernas —Me dice Rox y asiento con un leve movimiento de cabeza.

Todo será tan vergonzoso. Nadie me ha visto en ropa interior, ni si quiera André. Y ahora seré vista por un viejo rabo verde al que no conozco. Porque sí, seguro es un viejo. ¿Quién pide específicamente a una menor de edad y virgen? Solo un viejo, ¿no?

Y por si eso fuera poco, también estará mi padre observándome y todos sus compañeros. Será la vergüenza más grande de toda mi vida.

Melissa y Roxana salen y me quedo sola, con los nervios a nada de estallarme.

Papá estará en una de las esquinas del lugar, Melissa se hará pasar por una mesera y algunos compañeros de mi padre estarán de infiltrados en diferentes lugares del club. «No hay por qué preocuparse.»

Me miro en el espejo por última vez y salgo al pasillo, escondiéndome detrás de la cortina. Observo todo el lugar, pero no veo a nadie, todo está a oscuras a excepción del escenario. Dejo de ver y me concentro en calmarme. Es cuestión de minutos para que me manden a llamar.

Mi padre se supone será quien apunte a la cabeza de aquel tipo. No teníamos calculado que estarían a oscuras, por lo que la misión se complicó. Cuando termine de hacer el show, papá le disparará, los otros infiltrados matarán a los que vengan con él y yo correré a la parte de atrás con Melissa, que será quien me saque de aquí.

—Buenas noches —la voz de Roxana se escucha por las bocinas del lugar. De pronto quiero vomitar—. Esta noche hemos traído lo que tanto han estado buscando...

No puede ser.

Quiero salir corriendo.

Dios, ayúdame, quítame estos nervios que voy a terminar echando todo a perder.

—Ella es Castalina, la gatita bella e inocente...

Castalina es el nombre que le han puesto a mi personaje. Se supone que soy una chica de 18 años, huérfana y que adoptaron las monjas de una parroquia. Rox les dijo a los de la mafia roja que fui secuestrada, revisada por un ginecólogo para asegurarse de que seguía siendo virgen y obligada a darle el mayor placer esta noche a Aedion.

Las luces del escenario cambian a color rojo y sé que el momento ha llegado.

«No eres una cobarde» me repito una y otra vez.

Doy un suspiro profundo y comienzo a caminar hacia el escenario. Subo los escalones y justo en el penúltimo escalón las luces se apagan. Yo sigo con mi camino hasta encontrarme con el tubo. Me coloco de espaldas y las luces rojas vuelven a encenderse al mismo tiempo que New Girl suena por todo el lugar.

Suelto mi bata, dejándola caer al piso. Doy la vuelta al tubo en dos pasos, con la mirada gacha, quedando frente al espectador. Paso las manos por los lados de mi cuerpo y comienzo a hacer los pasos sensuales y lentos que aprendí. De nuevo me coloco de espaldas y esta vez subo al tubo de un salto, dando una vuelta con los pies en el aire. Bajo y me recargo en el tubo para hacer los siguientes pasos que consisten en tirarme en el piso, alzar la pelvis y ponerme boca abajo, poniéndome en cuatro. Me pongo de pie y alzo la pierna hasta que queda a un lado de mi cabeza, y al bajarla subo de nuevo al tubo, haciendo un paso donde quedo abierta de piernas.

Bajo lentamente, hincándome y comenzando a gatear hacia adelante, justo donde ellos están. Las luces han cambiado de color rojo a blancas, y es entonces cuando puedo ver un poco a las personas frente a mí. Hay tres hombres al final del escenario, apenas puedo ver su ropa.

Dos tienen un traje clásico de color negro. Mientras que el de en medio solo tiene pantalones negros y una camisa del mismo color con las mangas dobladas un poco más abajo de sus codos. En su mano sostiene un vaso con licor dentro, y puedo ver tatuajes en sus dedos, al igual que algunos anillos. Subo la vista poco a poco conforme me acerco y es cuando veo su reloj con diamantes incrustados, también puedo ver sus tatuajes que siguen de su mano a su brazo.

¿Un anciano tatuado?

Siento la necesidad de verle la cara, de ver su rostro antes de que acabe la canción. Llego al final y él se inclina hacia delante, quedando su cara a unos cuantos centímetros de la mía.

Ay Dios mío.

Sus ojos grises se conectan con los míos y siento que me pierdo en ellos, como si me hubiesen hechizado.

No es un viejo, no es mayor, eso lo tengo claro. Su rostro parece tallado por los mismísimos dioses.

Lo veo sonreír y entonces las luces se apagan. ¿Se debían de apagar otra vez? Mi instinto me dice que no y me hace retroceder. Siento que caigo del escenario y entro en pánico al escuchar el primer disparo. Me pongo de pie y trato de ver alguna cosa, pero no se ve absolutamente nada.

—¡Melissa! —grito desesperada, mientras escucho los disparos y gritos.

No puedo ver nada y estoy a punto de echarme a llorar. ¿Por que todos se precipitaron? Se supone debían esperar a que terminara mi parte.

Comienzo a caminar hacia atrás, donde creo que es la salida. Mínimo debo intentar escapar, en cualquier momento alguien podría darme un disparo.

—¡Mel! —grito y siento las lágrimas deslizarse por mis mejillas.

Toco algo de metal y luego una manija, trato de girar la manija pero no es posible. «¡Mierda!» Zangoloteo la puerta y siento que alguien se para a mi espalda. Doy la vuelta y trato de pegarle rápidamente una patada a quien sea que esté ahí, sea hombre o mujer debí pegarle. Pero no sentí que le diera a absolutamente nada.

—Erbärmlich —Escucho una voz masculina en mi oído, y antes de que pueda reaccionar, siento un fuerte golpe en la cabeza.

Abro los ojos poco a poco, acostumbrándome a la luz que me golpea la cara. «¿Dónde estoy?» Trato de ver a mi alrededor, pero mi vista es borrosa. «¿Estoy en casa?» Me tallo los

ojos con la palma de las manos a la vez que me siento en la cama. Siento una punzada de dolor en la cabeza, y la realidad me golpea al ver donde estoy.

Esta no es mi habitación.

Miro mi cuerpo rápidamente y siento alivio al encontrarme aún con la lencería puesta. Estoy sola, en una cama y con tan solo una lámpara encendida.

El miedo y los nervios me invaden al darme cuenta de que, en efecto, fui secuestrada.

Quiero llorar, gritar o hacerme chiquita, pero debo reprimir todo eso. No es el momento ni el lugar para hacer eso. Necesito encontrar la salida, eso es lo que importa y es en lo que debo poner empeño.

Me pongo de pie rápidamente y me quito los tacones. Camino hacia la ventana que hay en la habitación y trato de abrirla, pero está cerrada.

Tras la ventana puedo ver solo una pared de cemento, no puedo ver más allá, pero sé que debe haber una salida.

El que esté sola me da tiempo de seguir buscando alguna manera de salir de aquí. No tardará alguien en entrar y eso significa que no tengo mucho tiempo, sin embargo, lo tengo y debo aprovecharlo.

Busco algo con que abrir la ventana. Podría romperla fácilmente, pero eso solo alertaría a todos y el punto es salir sigilosamente. Busco debajo de la cama, atrás de los muebles, y en cada rincón de la habitación, pero no hay nada.

Me acerco a la única puerta de la habitación y trato de abrirla, pero también está cerrada con llave. De pronto, escucho algo afuera de la habitación y tomo la lámpara que está sobre el buró. Me quedo a oscuras, pero no me interesa. Me pongo a un lado de la puerta, preparándome para golpear a quien sea que vaya a cruzar el umbral.

Escucho los pasos detenerse afuera y sostengo el cuerpo de la lámpara con todas mis fuerzas. Se escucha como meten una llave a la cerradura y un segundo después veo a un pelón, alto y vestido con una capucha negra. No lo pienso dos veces y le doy con la lámpara en la cabeza, o al menos eso trato de hacer.

—¡Agárrenla! —exclama el tipo, a la vez que se toma la cabeza con las manos.

Trato de salir, pero ni siquiera logro poner un pie afuera, ya que un hombre me empuja y me hace caer hacia atrás.

—La perra despertó —dice.

Me pongo de pie rápidamente y logro darle un puñetazo en la nariz, seguido de una patada en el estómago que lo hace caer de dolor. El tipo calvo camina hacia mí junto a otro chico y al primero logro darle dos puñetazos en el rostro tan rápido como puedo, y al otro le pego en la nariz con mi frente. Salgo rápidamente de la habitación y corro hacia donde sea. No sé dónde estoy, pero tampoco voy a detenerme a preguntar dónde está la salida.

—¡Detengan a la zorra! —escucho que gritan detrás de mí, y no sé si es por la adrenalina, pero empiezo a correr más rápido.

Llego a lo que creo es el living y lo cruzo rápido. Veo una puerta grande, no parece ser de habitación, sino que parece ser la puerta de entrada y salida. Pero entonces, un cuerpo enorme se interpone entre la puerta y yo, y termino chocando con el gran cuerpo.

—Maldita puta... —dice el calvo con rabia, llegando hasta mi y tomándome por el cabello.

—Vete a la mierda —le digo, dándole un golpe en el estómago con mi codo.

El gruñe de dolor, pero no me suelta.

—Barata...—dice otra vez y me rio.

—No hables mal de tu madre. —Le vuelvo a pegar y vuelve a gruñir.

Me arroja al piso y otro de los hombres me da una patada en el estómago, pero no chillo, aunque quiera hacerlo, al contrario, me echo a reír.

—¿De qué te ríes? —pregunta uno, dándome otra patada en el cuerpo.

Me rio de nuevo, conteniendo el llanto.

—La nariz rota te queda bien, deberías darme las gracias. —Sonrío.

Si me voy a morir, me moriré con la cabeza en alto. No seré de aquellas que lloran muertas de miedo y mueren en medio de humillaciones. Todos se pueden ir a la mierda, no voy a dejarme de ninguno.

—Eres...

Me preparo para el próximo golpe, apretando los dientes con fuerza para no gritar. Pero el golpe no llega.

—¡Basta! —Escucho una voz femenina a mis espaldas y todos se quedan quietos—. Se ordenó que no fuera golpeada y si siguen así van a matarla.

No puedo voltear, me duele el estómago, las costillas y piernas. Escucho pasos acercarse y luego una mujer de aproximadamente 40 años aparece en mi campo de visión.

—Ella quería escapar y… —empezó a decir el calvo, la señora levantó la mano y este cerró la boca.

—Ponte de pie —me ordenó y extendió su mano—. No voy a hacerte nada.

Dudé en si debía aceptar, pero al final lo hice y él me ayudó a levantarme. Está más que claro que, aunque luchara, no podría escapar. Son cuatro hombres, y puedo asegurar que afuera hay más. Aun así, tengo que buscar alguna otra forma.

Camino detrás de la señora justo por donde vine. Miro el living y me doy cuenta que el lugar en el que estoy no parece ser de mala muerte, de hecho, todo es lujoso y se mira bastante acogedor. Llegamos al pasillo por donde corrí, pero no nos adentramos en él, sino que seguimos derecho. Comenzamos a subir unas escaleras y una que otra lágrima se me sale por el dolor que tengo al caminar.

—Tienes que vestirte —dice cuando llegamos a la segunda planta—. Aedion quiere verte.

Siento un escalofrío recorrerme todo el cuerpo al escuchar aquel nombre y me entran ganas de arrancarme el cabello. No hace falta preguntar para qué quiere verme, la respuesta solo me causará más terror, porque estoy segura que no beberemos té.

¿Sabrá quien soy?, sigo teniendo el cabello rojo y en ningún momento me quité las lentillas. Mientras no se me deslave el color del cabello estaré bien, seguiré siendo Castalina.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta la mujer, deteniéndose en una puerta.

—Castalina —respondo en tono bajo y asustadizo.

Se supone soy huérfana, criada por monjas, y ahora he sido secuestrada dos veces. Una chica normal que ha pasado por eso no debe sonar segura de sí misma, y la he cagado al haberme puesto a pelear con los idiotas de hace unos minutos.

—Soy Gloria. —Abre la puerta y me deja entrar primero.

Hay una cama matrimonial, dos ventanas, muebles y hay una puerta más. Las ventanas deben estar cerradas y la puerta adicional debe ser la del baño. Esta habitación no se parece a la otra donde desperté. Esta es más grande, más minimalista, tiene un toque elegante que la hace ver lujosa. Incluso hay una televisión.

Fui secuestrada por el príncipe de la mafia roja y juraría que esta es la casa que usa para torturar a sus víctimas; de otra forma, ¿a dónde me traería? Lo curioso es que hasta para ser casa de mala muerte, tiene pinta de ser acogedora y... lujosa.

La señora cierra la puerta y alcanzo a ver que los hombres de hace rato se quedan afuera.

Solo me vestirán y me llevarán con él... ¿Y luego? Hay mil formas de torturar personas, y tan solo pensar en una me hace querer vomitar.

A mi mente llega aquel hombre: su cabello castaño oscuro, su piel cubierta de tinta, los anillos en sus dedos, y sus ojos... «Dios.» Sus ojos eran color gris tormenta, comparados con los míos, los suyos tenían ese toque más oscuro y gélido. No era un anciano como creía y no sé si eso o su belleza me dejó más impactada.

El sonido del agua cayendo me hace volver a la realidad y todos mis sentidos se ponen en alerta.

—Tienes que tomar un baño —ordena la mujer, entrando por aquella puerta que está dentro de la habitación.

—Tengo frío —me excuso rápidamente.

Ella me ignora y me toma del brazo. Trato de mantenerme en mi sitio y ella me jala más fuerte, le doy un suave golpe en el brazo que me ayuda a zafarme de ella.

—Por favor, tengo frío —suplico.

Si me mete a esa regadera, el color del cabello se va a ir y seré descubierta. Mi padre tiene el cabello oscuro, pero no se compara con el cabello negro, largo y sedoso de mi madre. Además de que mamá también tiene los ojos color gris claro, casi únicos.

Y yo soy la viva imagen de mi madre.

Todas mis hermanas sacamos aquellos genes tan marcados de mamá. El cabello, el color pálido, los labios carnosos, la nariz fina, cejas pobladas y los ojos grises, claros y quizá un poco azulados.

Kylie y Elizabeth tienen rasgos que las diferencian de mi madre, pero yo no. Soy como la copia exacta de Anastasia Mikaelson Bellows. Y la belleza de mamá es muy famosa dentro de la mafia. Aedion y quien sea que me mire, se dará cuenta que soy hija suya.

—No me hagas traer a esos hombres y meterte a rastras —suelta.

¿Qué hago?

—No me haga esto, por favor. —suplico de nuevo, derramando lágrimas falsas.

Piensa, Angeline...

No quiero más golpes de aquellos hombres. Todo el cuerpo me duele por las patadas, la cabeza me duele por el golpe que me dieron en el club, estoy cansada, aterrada y estoy guardando todo lo que siento dentro de mi pecho.

Tengo que golpearla, si logro hacer que se desmaye tengo tiempo de buscar otra vez alguna manera de escapar.

Estoy a punto de soltarle un golpe en la cara, pero la puerta del cuarto de abre. «Ay, mierda....» Hubiese preferido que el calvo o alguno de los otros entrara, pero no, el destino me mandó al alfa, al rey, al líder de esta porquería.

—No quiere bañarse —dice la mujer y quiero molerla a golpes.

Cierra la puerta a su espalda y fija la mirada en mi. Trago grueso. Los labios se me secan y no puedo evitar mirarlo a la cara.

Pasa su mirada de mí hasta la mujer y luego esta asiente. La veo caminar hasta la puerta de salida y luego desaparecer tras ella.

¿Por qué?, ¿de verdad este será mi fin?, ¿moriré virgen y sola?

—¿Por qué no quieres bañarte? —pregunta.

Su voz es gruesa, ronca, muy varonil. No puedo creer lo que estoy pensando, pero él es tremendamente sexy.

¿Más sexy que André?

No quiero admitirlo, pero sí.

Ya no tiene la camisa negra que hace un rato tenía. Ahora luce una playera negra de manga corta. Su cuello está tatuado, sus brazos y manos también. Este hombre de verdad ama la tinta, y tan solo tiene… ¿20 años?, ¿25? Estoy segura de que no se acerca ni tantito a la edad que tiene mi padre.

—¿Te quedaste muda, gatita? —pregunta y siento el calor subirme a las mejillas.

Está parado a tan solo centímetros de mí.

—Te... tengo frío —miento.

La verdad es que tengo un calor horrible.

Trato de tapar mi cuerpo con mis brazos, abrazándome. No quiero que me vea, me da una vergüenza horrible.

Da un paso hacia mí y yo retrocedo. El corazón me comienza a latir desenfrenadamente.

—Entra al baño —ordena—. Y deja de verme a la cara que no te di permiso de hacerlo.

Lo miro sorprendida y quiero echarme a reír, pero es mejor no hacerlo. ¿No mirarlo a la cara?

—No quiero bañarme, por favor... —Me acerco a él, dudosa.

Pongo las manos sobre su pecho y los vellos del cuerpo se me erizan tras el contacto. «Está fuerte…» Lo miro a la cara y hago mi carita inocente, acariciando su pecho con mis dedos.

—Solo déjame cambiarme, o mejor aún —bajo los ojos a sus labios carnosos—… puedo desvestirme para ti... —Sonrío.

Tengo que hacer algo para distraerlo, de lo contrario descubrirá mi identidad. Además, no me acostaré con él, ni loca lo haría. Lo seduciré, lo atacaré y de ley debe de cargar con un arma encima, así que robaré su arma y buscaré la salida.

—Te dije que no me miraras a la cara —dice, con tono brusco—. Y no me toques. —Me empuja y casi me caigo—. Te dije que al baño, y lo que yo digo se hace.

Cuando menos me lo espero, me toma del cabello y me arrastra hacia la regadera, que está abierta. El chorro de agua fría cae sobre mi cabeza y comienzo a jadear. Comienzo a rezar para que la pintura no se caiga de mi cabello, pero al mirarme el cuerpo y ver que el agua cae de color rojo me dan ganas de correr o mínimo ya de matarme yo sola.

CAPÍTULO 3

Leche condensada

Angeline

La familia Mikaelson ama jugar con fuego, disfruta la adrenalina, el terror y el peligro. Desde pequeña siempre he corrido peligro de que me secuestren o me maten por todas las cosas que ha hecho mi familia, crecí prácticamente con esa mentalidad y no con la que una niña pequeña debería crecer. La corona de la mafia azul ha pasado de generación en generación y desde que nací fui condenada a correr peligro toda mi vida.

A veces me quejo, a veces lo veo mal, pero muchas veces agradezco todo lo que he vivido, por que de ahí he aprendido muchas cosas.

Pero esta vez, estoy que odio toda mi vida.

—¿Pero qué...? —exclama él.

Cierro los ojos, preparándome para lo peor.

¿Qué tengo que hacer ahora? Bueno, iba a ser descubierta tarde o temprano. Ahora solo tengo que actuar. Siento la necesidad de verlo; sin embargo, solo me recargo en una de las esquinas y fijo mi mirada en mis pies.

—Déjame bañar tranquila, ¿sí?

Es estúpido lo que estoy pidiendo, pero tengo un 1% de esperanza de que vaya a dejarme en paz. Escucho su risa, ronca y burlona, y el rayito de esperanza se esfuma.

—Así que eres una infiltrada —dice y la piel se me eriza. Ya ni siquiera siento el agua fría.

«Una infiltrada», no quiero imaginar lo que pasará cuando descubra quien soy en verdad.

Me jala del brazo y hace que lo encare. Me mira detenidamente el rostro y luego sonríe ladino. Seguro ya se dio cuenta, esa sonrisa me dice que sí.

Melissa siempre me preparó para este tipo de situaciones y yo me estoy comportando como una idiota. Tengo miedo, pero no puedo dejarme llevar por eso. Solo tengo dos opciones: Correr o pelear, y la mejor es la segunda.

Le doy una patada en la entrepierna y luego un empujón. Él se desestabiliza y trato de buscar un arma, pero lo único que consigo es un tubo que está junto al lavabo. Salgo rápido de la habitación y rompo una de las ventanas sin pensarlo. Estoy en el segundo piso, pero a pesar de que está muy alto, saco uno de mis pies y luego el otro. Puede que me rompa un brazo o una pierna, pero no puedo echarme para atrás.

—Hija de...—Escucho su voz detrás de mí y me aviento.

Grito horrorizada al sentir una punzada de dolor en mi muñeca, seguida de un espasmo insoportable que se extiende desde la punta de los dedos hasta el hombro. Me pongo de pie de inmediato y corro hacia la parte trasera de la casa, sujetándome la muñeca que, con toda seguridad, está rota. Un disparo resuena en el aire, y acelero aún más el paso, con el corazón latiendo desbocado.

Las lágrimas escapan sin parar por mis mejillas y tengo la vista nublada, pero aún así no paro de correr.

—¡Agarren a esa perra!

Escucho que comienzan a gritar a mi espalda y luego montones de hombres corren tras de mí. Visualizo una reja y tras ella un bosque. «Perfecto» podré escabullirme entre los árboles y será

más rápido burlarlos.

Una bala pasa cerca de mi cabeza y me encojo. El corazón me late desenfrenado, los pies me arden debido a que cada paso que doy una piedra se me entierra. Tengo frío y el dolor de la muñeca es casi insoportable.

—¡No disparen!

Trepo la reja tan rápido como puedo y es tanto el dolor que siento en la muñeca que solo puedo sostenerme con una mano. Siento una mano en mi pie y empiezo a gritar, a dar patadas y a llorar desconsoladamente cuando quiero sostenerme con ambas manos, pero no puedo. Me toman de los tobillos y caigo.

Todo me da vueltas, las lágrimas han cesado, pero aún veo todo borroso. Y entonces, vuelvo a desmayarme.

Abro los ojos y lo primero que veo es una luz brillante golpeándome la cara. Me incorporo asustada y miro a mi alrededor. «Puta mierda» de nuevo estoy en la asquerosa habitación.

Me miro la muñeca y la tengo hinchada, con toques rojos y violetas. «Está rota.» Yo jamás me he roto un hueso y esto me está doliendo horrible.

Siento la rabia invadirme y bufo, molesta. Mi fractura no valió nada, no pude escapar y casi me muero por un disparo en la cabeza. Todo eso para terminar en donde comencé.

—Yo debería estar enojado. Hiciste todo un numerito —Escucho la voz masculina de Aedion y dirijo mi mirada hacia él.

Está en la oscuridad de la habitación, sentado en un pequeño sillón. Lo miro con mala cara, furiosa.

—¡Uy! ¿Y qué esperas? ¿Disculpas? Pues, sigue esperando, yo solo quería escapar —le digo con tono rabioso.

Ya, estoy en un punto donde no puedo ni controlar mis palabras. Estoy hecha toda una furia. Le conteste o no va a torturarme de todos modos.

Se levanta y camina hacia la ventana, tiene un vaso con licor en la mano. Se lo lleva a los labios y empiezo a maldecirlo con todas mis ganas. «Ojalá y se ahogue con el hielo»

—¿Vas a intentar escapar? Porque no vas a poder ¿eh?

—¡Wow! ¿En serio? —le digo irónicamente.

Gimo de dolor al tratar de incorporarme en la cama. La muñeca me duele muchísimo.

—Iba a amarrarte a la cama, pero...

—Voy a tomarlo como un cumplido —lo interrumpo.

—Tu muñeca está dislocada —Ignora lo que dije. Se gira hacia mí y alzo el mentón, a la defensiva. — Vendrán a arreglarla en cuanto el trato esté hecho.

Frunzo el ceño con confusión.

—¿Qué trato? —pregunto y sonríe.

¿También tenía que verse hermoso sonriendo? Dios ¿por qué no me mandaste un secuestrador feo?

—Voy a negociarte con tu padre. —Se deja caer en un sillón que está junto a la cama.

Una corriente eléctrica me recorre la espalda y me pongo tensa.

No me sorprende que sepa quién soy, lo que de verdad lo hace es el hecho de que no vaya a matarme. Sin embargo, el que ya sepa de mi identidad me hace querer estar todavía más a la defensiva.

—¿Sabías quién era desde un principio? —pregunto.

—No —responde—. Tuve mis sospechas desde que se cayó la pintura de tu cabello. Pero

luego, cuando te desmayaste, te traje aquí e hice que te revisaran. Y cuando te quitaron los pupilentes lo supe. —Iba a responderle algo, pero a la mera hora me olvidé y me quedé sin palabras—. El color de tus ojos es casi único, solo se lo he visto a una persona y es a Anastasia Bellows. Además de que tienes un gran parecido con ella.

—Ok. —Me cruzo de brazos y miro hacia otro lado.

Escucho una corta risa de su parte y achino los ojos enojada.

—Esa mano se inflamará todavía más y te dolerá como nunca. —Se pone de pie y empieza a caminar—. Tómalo como un castigo.

—Solo déjame tranquila —le espeto.

—No. —Se termina de un sorbo todo el líquido del vaso y lo azota en uno de los muebles—. Vas a bañarte y luego bajarás a hacerme la cena.

Lo miro indignada, enojada y asombrada.

Bueno, pudo irme peor.

—¡Rápido! que me estoy muriendo de hambre —gruñe y por instinto me pongo de pie—. Te quiero abajo en 20 minutos.

—Ya cállate...—murmuro, para que no me escuche.

—Diez por respondona. —Lo miro y quisiera tener rayos láser para atravesarlo de una vez.

«Vete a la mierda», pienso y camino hacia el cuarto de baño.

—¿Podrías darme una venda?

—No —dice tajante, antes de salir.

Entro al baño y me deshago de toda la lencería, la cual está sucia y mojada. No tengo ropa para ponerme y ni loca voy a salir así. Solo esperaré a que él venga y me dé ropa, tiene que hacerlo.

Me sorprende que no esté siendo tan malo. Todos han hablado de que los de la mafia roja son unos torturadores desquiciados, que disfrutan la sangre y aman ser unos verdugos. Pero siendo sincera, no me han hecho nada súper doloroso. ¿Mandarme a hacer de cenar? Se supone que yo debería ser la cena. ¿No darme una venda? Yo fui la que se dislocó la muñeca, ni siquiera fueron ellos. Lo único que he recibido son golpes y patadas, pero esos los recibido todos los días por parte de Melissa.

¿Y solo quiere negociar con mi padre? Él quiere algo a cambio, pero ¿qué es? Donde diga que me cambia por la cabeza de mi padre juro que yo misma me mato para que no lo haga. No me cuadra que solo quiera negociar, es raro, demasiado raro.

La puerta del cuarto de baño es tocada y me pongo tensa al verme desnuda. «Que no sea Aedion....» Ya lo detesto por el simple hecho de que quiere matar a mi padre, pero no voy a negar que quedé demasiado sorprendida en cuanto lo vi.

Es un hombre demasiado atractivo, y eso que no es mi tipo. A mí me gustan los chicos como André; inteligentes, amables, caballerosos, con apariencia de niños buenos. Y se nota a leguas que Aedion es todo lo contrario, pero no voy a negarlo, me atrae. No puedo dejar de mirarlo, es tan fuerte su belleza que simplemente me pierdo en cada una de sus facciones.

Agh, eso hace que lo odie todavía más.

—Le dejo su ropa sobre la cama, señorita —dice una voz femenina.

No respondo.

Solo tengo una barra de jabón y la uso para lavarme el cuerpo y también el cabello. La mano me duele cada vez más y no soporto el más mínimo roce. Ni siquiera puedo alzar el brazo. Y me niego a rogar por una simple pastilla o una pomada.

Al terminar tomo la toalla que está colgada al lado del espejo y me envuelvo como puedo en

ella. Abro la puerta y asomo la cabeza para asegurarme de que no hay nadie, camino fuera y veo una muda de ropa sobre la cama.

Antes de comenzar a cambiarme camino hacia la ventana y lo primero que me encuentro son cinco hombres parados fuera, todos con ametralladoras.

Descarto la idea de tratar de escapar y cierro bien las cortinas, luego me enfoco en ponerme la ropa, pero todo es muy difícil si lo haces con una sola mano. Toda la ropa es a mi medida, incluso la maldita ropa interior. Siento que este idiota se está burlando de mí porque tan solo la tanga es de hilo y el brasier no tiene copa, así que se ve todo mi pezon. Y me envió una bermuda de quién sabe quién junto a una camisa que literalmente me cubre hasta debajo de los glúteos.

Parezco una mujer chola.

Bueno, de algo a nada, pues mejor algo.

El brazo no me deja de palpitar e incluso ya se está poniendo demasiado morado. ¿Y si me enderezo yo sola la muñeca? Es una locura, jamás lo he hecho y no tengo idea de cómo se haga, pero si no el maldito dolor no parará y Aedion sacará provecho de eso.

—Hazlo, Angeline, tú puedes...—me digo en voz alta, sentándome en la cama.

No es una fractura, así que supongo no debe ser como si compusiera un hueso roto. Solo debo enderezarla, acomodarla en su lugar.

Trato de mover los dedos y las lágrimas no tardan en salir. «Ya, a la mierda», pongo las palmas hacia abajo, me tomo la muñeca y doy un empujón hacia abajo. Se escucha como cruje y el grito que suelto hasta me raspa la garganta.

Siento algo así como un calambre recorrerme todo el brazo y luego pequeños espasmos de un dolor inefable. El cuerpo me está temblando y siento como palpita toda mi mano y mi brazo.

—¡Au! ¡Au! ¡Au! —me quejo entre sollozos.

El estómago se me encoge del dolor y quiero vomitar. Todo el cuerpo me está doliendo.

La puerta se abre y aparece el calvo que me pateó hace un rato. Lo miro mal, con los ojos llenos de lágrimas.

—Te están esperando —dice y abre la puerta por completo.

Salgo descalza y camino por el pasillo sintiendo los pasos del grandulón a mi espalda. Otro hombre se nos une y este me guía hacia la cocina. Pasamos por el living, por la puerta de entrada y luego pasamos por el comedor.

Entro a la cocina y veo a Aedion sentado en una de las sillas que están junto a la barra americana. Está con el teléfono en la mano, parece concentrado mientras está escribiendo.

El aire que me transmite es extraño, es...no lo sé, tiene algo que me es difícil de descifrar. Pero me gusta, me llama mucho la atención.

Los grandulones se van y camino hasta estar frente a él en la barra. Me enfoco en uno de los tatuajes de su brazo: es la cara de un tigre dientes de sable. El tatuaje es de los más grandes que se le puede ver y es estilo realista, de hecho, la mayoría de sus tatuajes son de ese tipo. He conocido personas e incluso sigo a algunas en Instagram que se hacen tatuajes más como de caricatura o más minimalistas, pero los de Aedion llevan más sombreado, son más toscos y más tirándole a lo realismo.

¿Tendrán algún significado o solo los hará porque se ven lindos?

André jamás se tatuaría, es muy llorón con las agujas. Ni siquiera puedo imaginármelo con los tatuajes que tiene Aedion.

—Te dije diez minutos y ya llevas treinta. —Su voz me hace salir de mis pensamientos.

Me limpio la cara con las manos, quitándome lo empapada de las lágrimas. Camino hacia el refrigerador y trato de abrir la puerta con la mano que tengo mal, pero sigue igual de delicada.

Termino abriendo con la mano que está bien y me quedo viendo lo que hay dentro.

Ni siquiera sé qué es lo que le gusta, pero no voy a preguntarle. Él no especificó qué quería y además no soy la sirvienta de nadie.

Saco lo que necesito y comienzo a partir como puedo la fruta. Parto en cuadritos las fresas, duraznos y también kiwi.

Muevo los dedos de mi brazo y ya duele menos cuando lo hago. Busco entre las puertas y cajones un sartén y cuando lo encuentro prendo la lumbre. Saco la mantequilla y el pan y comienzo a tostarlo.

—Mañana depende de lo que diga tu padre veremos si llega la enfermera a verte la mano —dice, rompiendo el silencio—. Supongo que te duele mucho.

—No te molestes, ya dejó de doler —le respondo tajante.

—¿Ah, sí? —Finge asombro, pero es claro que está siendo un cínico de mierda.

—Sí. Me acomodé la muñeca yo sola. —Lo miro sobre mi hombro con una sonrisa.

Tomo uno de los huevos y lo hecho sobre el sartén, junto al pan. Dejo que el huevo toque el pan y luego le doy la vuelta para que se pegue a él. El olor es delicioso y me ruge el estómago.

Quiero comer y además lo necesito, he perdido mucha energía hoy y me siento muy cansada. Ni siquiera he tomado agua.

—Bien, entonces supongo que no necesitas una pastilla para el dolor.

—No.

Pongo el pan con huevo sobre el plato con fruta y se lo dejo enfrente. Me volteo para comenzar a guardar todo y me quedo mirando el pan, con deseo de comer tan solo una rebanada. ¿Para qué quiero que me humille? Sé que me dirá que no.

Guardo el pan, los huevos, y todas las bolsas de fruta. Tomo los sartenes y me pongo a lavarlos mientras trato de ignorar el crujir que hace el pan cada vez que le da una mordida. Finalmente termino y dejo mi mano lastimada un rato bajo el agua fría.

El estómago me vuelve a rugir y esta vez siento esas arcadas incómodas subir por mi garganta. «No voy a pedirle nada». Si algo sé muy bien, es que mi orgullo jamás me dejará pedirle algo a este idiota. Ya lo detesto y mi orgullo se niega a ceder así me esté muriendo de hambre, de sed, de cansancio o de lo que sea.

—Ve a la habitación —ordena—. No intentes escapar, mis hombres están rodeando toda la casa y les di la orden de que te maten si sales.

Camino hacia la salida de la cocina, pero su voz me hace frenar.

—Te voy a decir algo Angeline, y tenlo muy presente el tiempo que estés aquí. —No me giro a mirarlo, simplemente dejo que hable—. No me agradas por el simple hecho de ser una Mikaelson. Detesto a tu padre y a toda tu familia, pero, si te estoy tratando bien es por el mero hecho de que espero que tu padre acepte lo que voy a negociar con él, de otra forma ya estarías siendo comida por las hienas. —Siento como cada músculo de mi cuerpo se tensa al escucharlo decir eso—. Voy a darte un consejo y considérate la más suertuda del mundo por lo que haré; no sé cuantos días vas a estar aquí pero mientras tú me obedezcas, yo seré bueno contigo. Haré solo una excepción. Pero si haces algo como lo que hiciste hace un rato, juro qué te haré pasar los peores momentos de toda tu vida.

Trago grueso.

—Por cierto, espero que no te moleste usar ropa de un muerto.

Siento que todo el cuerpo se me congela y luego un vacío aparece en mi pecho y estómago. Tenía que ser todo un hijo de perra.

—Descansa, Liebe.

Salgo de ahí con la cabeza vuelta un lío y con ganas de arrancarme la ropa.

«¿Liebe?...», ¿qué es eso? Su acento es igual al del tipo de hace un rato en el club, el que me dijo algo antes de golpearme en la cabeza. ¿Y si fue él?, entonces, ¿por qué me atrapó?

Se supone que yo solo era una bailarina y hace un rato dijo que no tenía idea de que yo estaba de infiltrada. ¿Por que secuestraría a alguien que no conoce? Digo, él buscaba a alguien como se supone era Castalina, pero yo jamás me arriesgaría a secuestrar a una chica que no conozco en medio de un tiroteo. Yo huiría, no me quedaría ahí. Por lógica, él también debió de hacer lo mismo.

Llego a la habitación y cierro la puerta. No hay seguro así que arrastro uno de los muebles para tapar la entrada. No quiero que nadie entre mientras estoy dormida.

¿Qué hora es? ni siquiera me he fijado en eso.

Alto.

Cuando llegué al club eran casi las ocho de la noche, y hace un rato cuando desperté estaba la luz del día. ¿Pero qué...? Entonces estuve horas desmayada, pero muchas horas, porque literalmente estuve dormida toda una noche y parte del día.

Papá debe estar demasiado preocupado, mi madre y hermanas también. Si ya pasó un día y no han sabido nada de mí deben estar que se mueren de la angustia. Especialmente mi madre, porque papá debe estar muy enojado.

¿Por qué tenía que pasar esto?, de todas las personas que estaban ahí tenían que secuestrarme a mí. ¿Y si todo fue plan con maña?

Las palabras que me dijo en la cocina comienzan a dar vueltas en mi cabeza y decido acostarme a dormir. Me quito la bermuda y me quedo solo con la playera puesta por si acaso, pero no me siento cómoda al saber que esto lo traía alguien que ya está muerto. Contengo las ganas de quitarme la playera y cierro los ojos.

Pasan las horas y el estómago no me deja de rugir, también me duele y tengo los labios secos. Hace unas horas dejé de escuchar pasos en la casa, lo que significa que quizá ya no haya nadie despierto por ahí.

Quizá si voy a la cocina pueda comer algo rápido. Al fin y al cabo, Aedion ya debe estar dormido.

Me pongo de pie y quito el mueble que cubre la entrada. Salgo y corro de puntitas a la cocina. Una vez ahí enciendo la luz y voy directo al refrigerador a buscar algo dulce. Encuentro la leche condensada y tomo el pan para llenarlo de eso.

Luego de tres panes me siento sobre la barra de la cocina y me llevo el hilo de leche condensada a la boca. Este se escurre de mi boca y cae en la playera, justo en mis pechos. Con mi dedo tomo lo que se cayó y me lo llevo a la boca.

Amo las cosas dulces. A veces suelo hacer esto por las noches cuando estoy en casa y mamá siempre me termina regañando.

—¿Quién te dijo que podías comer? —La voz del mafioso me hace sobresaltar y termino derramando la leche condensada sobre la playera.

Saco la lengua para tragar lo que se embarro alrededor de mi boca y me bajo de la barra para mirarlo.

—Ni siquiera es un plato de comida decente —le gruño.

Me mira de arriba a abajo con la mirada más oscura que antes. Me muevo incómoda y me sonrojo al darme cuenta que solo traigo la playera puesta.

Camina hacia mí y en dos zancadas ya lo tengo a pocos centímetros. Siento una corriente caliente atravesarme por todo el cuerpo, la cual va dejando espasmos eléctricos que me ponen la

piel de gallina.

Miro su rostro detalladamente y no encuentro ni la más mínima imperfección en él. Más que un modelo, parece un Dios, es divinamente atractivo. Tiene pestañas largas, las cejas un poco pobladas y debo decir que incluso son más bonitas que las mías. Su mandíbula está marcada, su nariz es fina pero no muy afeminada. Y sus labios son carnosos y se ven húmedos siempre que lo miro.

Aedion es aquel que podrías describir físicamente como un dios, pero por dentro se asemeja más al diablo. Son tantas las cosas que me han dicho de él que me parece la persona más maligna del mundo.

Me quedo mirando su boca como una tonta mientras se acerca a la mía poco a poco. Pasa su lengua por mi barbilla, lamiendo el dulce qué derramé y cierro los ojos ante su contacto. Da un pequeño beso y luego sube hasta mis labios.

Y como si me hubiese hechizado, dejo que me bese. No lo freno, no lo aparto, simplemente me dejo llevar por el deseo que tengo desde que lo vi.

Al alejarse pasa los dedos por el dulce que se derramó en mi playera y se los lleva a la boca. «Dios mío» siento que las piernas se me quieren doblar.

—Última vez que haces esto. —Me quedo mirándolo desconcertada—. A tu habitación —ordena y salgo de ahí sin reprochar.

Entro a la habitación y me quedo estática cuando cierro la puerta. Siento mi cuerpo temblar, mis pezones se han endurecido y tengo ganas de arrancarme la ropa. «¿Qué sucede?»

El sentimiento de culpa aparece cuando recuerdo a André y no puedo evitar cerrar los ojos por la decepción. «Solo ha sido un beso...» me digo.

Acabo de besar al hombre que quiere asesinar a mi padre. A mi secuestrador. Acabo de engañar a mi novio con él, porque sí, no importa si fue un beso corto o uno largo, beso es beso.

Es estúpido arrepentirme por no haberlo apartado, porque sinceramente yo deseé que me besara, pero ahora me siento extraña.

Fue un beso corto, para nada romántico, pero sí demasiado caliente. Ese pequeño contacto fue suficiente para ponerme a temblar, para hacerme sentir que ardo en fuego, un fuego inexistente pero demasiado pasional.

Ese hombre me calentó, con un simple acercamiento y un mínimo roce. ¿Qué pasa conmigo? Me voy de mal humor a la cama y me acuesto en ella. Cierro los ojos y trato de dormir, pero lo que pasó en la cocina no deja de estar en mi cabeza.

No quiero pensar en ello, no quiero sentirme así. Estoy siendo patética y seguramente haber recibido dos golpes en la cabeza me dejó loca.

CAPÍTULO 4

El amo

Angeline

Tocan la puerta de la habitación y me obligo a abrir los ojos poco a poco. Me siento en la cama y la puerta es abierta por una chica con uniforme de sirvienta.

—Buenos días —dice, cerrando la puerta a su espalda—. Toma un baño y luego baja. El amo te espera en el comedor —avisa, sin mirarme a la cara.

Deja una muda de ropa a los pies de la cama y luego se va sin decir más.

¿«El amo»?

Pongo los ojos en blanco y me levanto molesta. El que esté vestida así ya me hace sentir enojada y ahora que ella le diga de ese modo me hace querer arrancarle la cabeza a ese mafioso de mierda. Pero bueno, ¿qué podía esperar? es la mafia roja.

Entro en el baño y me doy una ducha rápida mientras pienso en lo que ocurrió en la madrugada. La piel se me pone de gallina al todavía sentir su lengua en mi barbilla. «Dios»

¿Qué hay de André? piensa en él Angeline.

André se pondría bastante celoso si supiera todo lo que pienso sobre el mafioso, probablemente quisiera romperle la cara, pero eso sólo sería una pérdida de tiempo teniendo en cuenta que Aedion fácilmente podría sacar un arma y asesinarlo. Eso sonó re turbio, pero es la verdad. André no tiene nada que ver en la mafia, es un chico normal, un adolescente enfocado en ser de los mejores jugadores de fútbol. Y creo que por eso me gusta tanto, porque es alguien normal y me hace sentir como alguien normal.

Él sabe acerca de todos los peligros que hay en mi vida: sabe de la mafia, de mi padre, de mi familia, de los enemigos que nos acechan y de todas las cosas que puedo y no puedo hacer. Y él me aceptó y me acepta tal como soy, no le importa si en el paquete también viene el peligro. Fue mi mejor amigo por años y ahora que es mi novio es perfecto.

Siento un aire de decepción hacia mí misma al recordar que me dejé besar por Aedion y no puedo evitar sentir vergüenza. Yo soy una chica a la que le enseñaron que siempre debía ser una línea, siempre debía ser fiel con aquellos que eran fieles conmigo y nunca debía traicionar a alguien.

Y yo traicioné a André anoche, y no con cualquiera, sino con el hombre que detesta a mi padre.

No fue un beso romántico, ni salvaje, mucho menos amistoso, pero fue un beso. Y ahora me estoy cuestionando en si debería contarle a André una vez que salga de aquí. Le mentí sobre la misión, jamás le diría que participaría en algo así, le daría un infarto si llegase a enterarse de que me secuestraron por haber participado en un plan como ese. Pero si no lo cuento terminaré explotando de tristeza.

Salgo de la regadera y luego voy a la habitación a ponerme la ropa. Ropa que seguramente es de alguien muerto.

La mano ya está mejor. Aunque sigue doliendo, al menos ya no está morada; ahora está roja, y eso es una buena señal. Puedo moverla más, y aunque resulta incómodo, prefiero este dolor al que sentí ayer.

Desdoblo la ropa y abro los ojos de par en par al ver la diminuta tanga blanca. No estoy segura de que vaya a caber ahí. Reviso el resto de las prendas, y una parte de mí se alivia al notar que la falda de mezclilla y la camisa de vestir aún tienen sus etiquetas.

Termino poniéndome la ropa interior y quedo asombrada mirándome en el espejo del baño. «Pues sí me quedaron...», el entrenamiento que llevé estas semanas me ayudaron mucho a formar mi cuerpo. Siempre he sido de pechos grandes debido a que viene de genética, pero con el entrenamiento he bajado mucho de peso y se ven todavía más grandes, también he aumentado el tamaño de mis glúteos, y tengo una cintura de avispa que ni haciéndome una liposucción me habría quedado así.

Me pongo la falda como puedo, ya que de la cintura es pequeña y no pasa por mis piernas, luego me pongo la camisa blanca de hombre, y para verme mejor, decido amarrarla por la cintura, haciéndole un nudo y dejando al descubierto mi ombligo con el piercing que me puse a escondidas de mis padres.

Me gustaría ponerme unos tacones para tener el outfit perfecto, pero me pongo las zapatillas de piso que decidieron traerme.

Siempre he sido vanidosa, no importa la ocasión o situación, siempre he teniendo el instinto de querer arreglarme para todo.

Salgo de la habitación con la frente en alto y sin mirar a los estúpidos grandulones que están en el pasillo, comienzo a caminar. Paso el living y visualizo a Aedion en el comedor, con el celular en la mano.

—Buenos días —saludo caminando hacia él.

Sube la vista de su teléfono y me da una escaneada rápida. El rubor no tarda en aparecer y finjo que no me causa nada el que me observe de esa manera. No sé ni siquiera por qué me pongo así, la mayoría de los hombres suele verme de esa forma. Siento otra vez esa sensación eléctrica atravesarme de pies a cabeza al mirarlo y detallarlo justo como él lo está haciendo conmigo.

«Es tu secuestrador, lo detestas y amas a André», no debo pensar en tonterías.

Tomo asiento a su lado y, juntando todo el valor que tengo, lo miro. Una mirada seria pero que en el fondo quiero que le transmita el mensaje de: «Te odio».

—¿Quién te dio permiso de sentarte? —pregunta, mirándome de la misma manera que yo a él.

—¿Entonces qué quieres? ¿Para qué me llamaste? No pienso sentarme a tomar el té contigo si es lo que quieres —le contesto.

Quizá esté tentando a mi suerte, pero no pienso doblegarme ante él.

Sus ojos se oscurecen y lo próximo que sucede es que me toma del cabello.

—Estás en mi casa, respeta y deja de subestimarme —gruñe y reprimo un jadeo de dolor—. Si no te he matado es por una razón, pero no me tientes, que puedo cambiar de opinión en cualquier momento. —Me suelta bruscamente y lo miro con furia, con tanto odio que me entra la impotencia de no saber qué hacer.

Quiero cortarle la cabeza, sacarle los ojos o partirlo en pedacitos.

—¡Levántate! —grita y me quedo mirándolo con desprecio unos segundos antes de pararme de la silla—. ¡Rita! —La chica que entró a darme la ropa entra al comedor—. Bring sie in den Keller. —Vuelve a hablar en ese idioma y hago una mueca.

¿Qué idioma es ese? Sé hablar inglés, español, portugués, francés y un poco de noruego. Siempre he querido ser poliglota y me esfuerzo mucho en aprender otras lenguas, pero esa no sé exactamente cuál es. Podría ser ruso o griego, no lo sé.

—¿Qué...? —pregunto con confusión.

Me sonríe y lo miro irritada. Rita me toma del brazo y me da un tirón suave para que comience a caminar, lo miro mal y luego me zafo del agarre de Rita.

—Vamos —dice la chica, queriendo tomarme de nuevo.

Mis nervios comienzan a alterarse y el corazón me empieza a latir rápidamente.

—¿A dónde? —pregunto.

Uno de sus hombres se me acerca para tomarme del brazo, pero lo detengo a medio camino, tomándolo de la mano y haciendo que dé una voltereta antes de caer al piso.

Otros dos hombres se acercan y comienzo a golpearlos por instinto, pero es casi inútil. Uno de ellos esquiva uno de mis puños y logra sujetarme, inmovilizándome. El calvo de ayer se pone frente a mi y me da una bofetada que me hace voltear la cara.

—¡Camina! —me grita.

Siento que ardo en furia, el cuerpo me empieza a temblar y lo único que puedo hacer es escupirle en la cara. Los otros dos tipos que me sujetan me arrastran fuera del comedor mientras yo forcejeo y les grito que me suelten. Pasamos el pasillo donde está la habitación en la que duermo y siento que en cualquier momento el corazón se me va a salir del miedo. ¿Me van a torturar? Tan solo pensarlo me hace querer vomitar.

Llegamos a un área de la casa que no conozco, es como una mini sala, sin embargo, no me da tiempo de ponerme a revisar lo que hay. Abren una puerta y me hacen bajar unas escaleras a empujones y jalones de pelo.

—¡No, por favor! —sollozo, pero lo único que recibo es un empujón a medio escalón.

Caigo de culo en el piso y ellos se echan a reír. Todo está oscuro, lo único que puedo ver son las escaleras. «Que no me hagan nada...» comienzo a pedirle a Dios.

Uno de ellos me da una patada en las piernas y luego me da otra en el estómago que me saca el aire.

—Al amo se le respeta, hija de puta.

—¡Jodete! —le grito, entre sollozos.

Da otra patada y retrocedo hasta pegar con una pared. A ambos los veo subir la escalera y cuando cierran la puerta me quedo a oscuras.

Siempre le he temido a la oscuridad cuando me encuentro sola. Es uno de esos miedos estúpidos pero muy comunes.

Me hago ovillo en una esquina y dejo que las lágrimas salgan al igual que los sollozos. Me siento tan humillada que estoy que ardo en furia.

He entrenado bastante como para no haber podido derribar a esos dos. Soy lo suficientemente buena para no dejarme pisotear, y ahora estoy aquí, en un sótano a oscuras, golpeada, avergonzada y aterrada.

No puedo decir qué es lo peor, porque ni siquiera sé qué van a hacerme. Aedion ya dijo que no me haría nada debido a que debe regresarme con mi padre en el mejor estado posible, pero eso no significa que me dejará intacta.

Melissa una vez me dijo que las torturas de la mafia roja eran las peores. Que te sacaban las uñas una por una, te cortaban una pierna y luego te cauterizaban la herida para que siguieras vivo. Me contó que una vez trabajó en un rescate, tenía que rescatar a su compañero de trabajo, llevaban días tratando de encontrarlo y cuando lo hallaron, no tenía dientes y le habían quitado parte de su cara y testículos.

Y yo he corrido con tanta suerte, quién sabe qué me habrían hecho ya, pero pensar cualquier forma de tortura solo me aterra y me hace querer llorar.

Pasa el tiempo, no sé cuanto, pero hasta logro dormir. Para cuando despierto todo sigue igual, a oscuras y en silencio. Aunque mis ojos estén acostumbrados a la oscuridad no puedo ver nada. Es un sótano, eso es seguro, pero no sé lo que hay aquí. Puede ser una sala de tortura o algo.

Escucho cómo introducen una llave en la cerradura y me pongo de pie, a la defensiva. La puerta se abre y visualizo la silueta de Aedion. Baja lentamente mientras cierra la puerta a sus espaldas y justo cuando llega al último escalón las luces se encienden.

Las luces me enceguecen y cierro los ojos de golpe. Los abro poco a poco hasta que por fin se acostumbran y me encuentro con la mirada frívola de Aedion.

—¿Ya dejaste de lloriquear? —Pregunta, con irritación.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta que no parece una sala de tortura. Las paredes están pintadas de rojo, el piso es de mármol negro, hay muebles, una cama y hasta un sofá.

—¿Eres Christian Grey? —No puedo evitar preguntar.

¡Ya! soy demasiado respondona, sarcástica y burlona. No puedo evitarlo.

Pone los ojos en blanco y mete la mano en el bolsillo trasero de su pantalón. Saca un paquete de galletas y mi estómago no tarda en rugir.

—Camina al sofá —ordena y dudo en si debería obedecerlo, pero al final lo hago—. Hincada —demanda y lo miro molesta. Arquea una ceja y otra vez termino obedeciendo.

Quedo de rodillas frente al sillón, la cara me queda a la altura del botón de su pantalón y me obligo a mirar hacia su cara. Abre la bolsa de galletas y saca una de chispas de chocolate.

—Abre —dice y abro la boca.

Acerca la galleta y le doy una mordida. Cierro los ojos disfrutando del delicioso sabor. Vuelvo a dar dos mordidas más, terminándomela. Aedion pasa su dedo pulgar por mi boca, recogiendo las migajas, se lleva el dedo a su boca y chupa.

La boca se me hace agua y no sé por qué, pero me parece demasiado sexy lo que está haciendo. La entrepierna me empieza a palpitar y trato de ignorar el hecho de que estoy a la altura del bulto que se le ha formado en el pantalón.

Saca otra galleta y vuelvo a darle una mordida, pero esta vez me obligo a bajar la mirada. Su mano toma mi cabello y lo jala hacia atrás suavemente para que vuelva a alzar la cara. Mis ojos conectan con los suyos y no tarda mucho en ponerme de pie.

El corazón me empieza a latir deprisa y no por miedo, esta vez es por el efecto de su cercanía. Mis ojos bajan a sus labios carnosos y húmedos. Se ven sumamente deseables.

¿Por qué tengo que estar en estas situaciones? ¿Por qué no puedo apartarme y gritar como una chica secuestrada normal? Mis pies están estáticos, no puedo moverme y tampoco quiero hacerlo. Me gusta su cercanía, aunque no me guste admitirlo, su aroma me gusta, su porte, él me gusta.

No resisto más y pego mis labios a los suyos, moviéndolos lentamente pero él mantiene su boca quieta. «No me está correspondiendo», me aparto y miro hacia mis pies, muerta de la vergüenza y sumamente arrepentida. Pero su mano sujeta mi cabello, obligándome a levantar el mentón, y ahora es él quien estampa sus labios en los míos en un profundo beso salvaje.

Es estúpido, patético y ridículo de mi parte quejarme después de este beso. Ayer fue él quien cruzó la línea y me molestó el hecho de que me gustara. Prometí que lo olvidaría, me recordé quien era él y me recordé lo que era yo, pero ahora quien empezó todo fui yo.

Sus manos se posan en mi cintura y paso los brazos por alrededor de su cuello. Sus manos bajan hasta mis glúteos y los estrujan, pero no me sobresalto como cada vez que André lo hace. Baja sus besos por mi barbilla y luego comienza a lamer, a chupar y a besar mi cuello.

—Mhmm... —Gimo, cerrando los ojos por la corriente que me atraviesa de pies a cabeza.

La entrepierna vuelve a palpitarme y sé que ya estoy demasiado mojada. Sus besos y caricias no son como las de André, son mejores, pero no tengo idea de por qué.

—Mírate, Ángel —susurra contra mi cuello, con la voz ronca—, tú sola estás cayendo en mi infierno —Desciende sus besos hasta mi clavícula, mientras suelto pequeños jadeos.

Dejo de sentir sus labios contra mi piel y abro los ojos a la vez que siento como rompe la camisa que traigo puesta en dos. Los botones salen disparados por todo el piso y mi sostén queda al descubierto. Las mejillas se me ponen rojas y detallo su expresión.

¿Le gusta?

Sus ojos están oscuros, y separa ligeramente los labios mientras su mirada se detiene en mi escote. No puedo evitar sonreír. El sostén y la tanga que llevo hacen juego; si la tanga es diminuta, el sostén no se queda atrás, resaltando aún más mis senos.

Se inclina hacia mí y vuelve a besarme, aunque esta vez el beso es breve, porque su boca desciende hasta mis pechos. Gimo con fuerza cuando libera uno y comienza a lamer mi pezón sin ninguna inhibición.

«No puede ser...» es increíble. André me ha masajeado los senos pero nunca los había chupado, y Aedion lo ha hecho sin preguntar, tomándome desprevenida.

Las piernas me tiemblan y parece que él nota que en cualquier momento voy a caerme porque me toma de la cintura y me lleva rápidamente a la cama. Me acuesta y toma el principio de mi falda para empezar a bajarla.

¿Dejaré que haga esto?

Dejo que me la quite y que me aprecie unos segundos. Abro las piernas para que se coloque entre ellas y así lo hace.

—No lo he hecho nunca —confieso.

—Mentirosa.

—No me interesa si me crees o no, solo hazlo despacio —espeto.

Estoy demasiado caliente, siento como si todo mi cuerpo estuviera ardiendo. Quiero que lo haga, ya estoy aquí, no quiero que retroceda, y aunque lo intentara, sé que ya no podría. Mi cuerpo clama por más, exigiendo besos, caricias, y todo lo que él pueda darme.

Sus labios se juntan con los míos mientras su mano baja hasta mi entrepierna. Nuestro beso es intenso, salvaje, rápido, y cargado de una emoción casi furiosa. Mi corazón late tan rápido que parece haber desaparecido en la velocidad, mis piernas tiemblan y mi mente se desvanece en una nube blanca.

Sus dedos rozan mi clítoris, arrancándome un brinco y un gemido involuntario, para que, un segundo después, uno de ellos se hunda lentamente en mi entrada.

—Estas chorreándote por este mafioso, Liebe —gruñe contra mis labios.

Muerde mi labio inferior e introduce uno de sus dedos poco a poco. Gimo alto, agarrándome con fuerza de las sábanas. Duele, pero es más incómodo que doloroso.

Es increíble que esté dejándome hacer esto por alguien como él. Tan solo con ver su estatura de 2 metros debería huir, pero lo cierto es que desde que me miró por primera vez hizo click en mi sistema, movió algo que no sabía que tenía y ahora no sé como parar. Es como si hubiese usado alguna clase de hechizo conmigo. Jamás me abriría de piernas para alguien que recién conozco, si no lo hago para André, me sorprende que con él mi cuerpo y mente lo quieran hacer.

«Él es malo, Ann...» debería detestarlo, odiarlo, incluso hasta matarlo, pero heme aquí abierta de piernas dejando que él me masturbe. Saber que esto está mal por alguna razón sólo me pone más caliente.

—Oh... papi —gimo.

Oh mierda, ahora estoy soltando palabras que no quería decir. ¿Cómo se reprime un gemido?, aunque quiera callarlo es inútil.

—No me llames así —gruñe, y siento cómo mete otro dedo a mi canal. Grito.

Estoy demasiado estrecha y duele, pero no quiero que pare.

«Papi» no sé ni siquiera por qué lo llamé así. Simplemente salió. Tengo 18 años y él parece tener ¿23? No es viejo como para llamarlo de esa manera, pero sí que es más grande que yo. Esa es otra razón para excitarme más.

—Te voy a coger —dice, pero más que un aviso parece que fue una orden.

Se baja de encima de mí y trago grueso al verlo quitarse la playera. «Ay santa virgen Maria.» Todo su pecho está tatuado, absolutamente todo. Sus pectorales están bien definidos al igual que su abdomen, la «V» se le ve marcada también. Parezco una morbosa mirándolo tan detalladamente, pero estoy perdida, perdida en su belleza, perdida en su aroma, en el deseo que abarca todo mi cuerpo. Dios, ¿qué estoy haciendo?

Se desabotona el pantalón y se saca el miembro. «¡Jesús, María y José!» ¿Es en serio, Dios? Claro que sí...tenías que darle un pito igual de grande que él.

Alardea de su tamaño, subiendo y bajando la mano sobre su pene erecto. La boca se me hace agua. ¿Cómo va a entrar eso sin lastimarme? Es más grande que el de André y eso sí que es...

Su boca se une a la mía, nuestras lenguas chocan la una con la otra y todo el terror desaparece, sin embargo, los nervios no.

CAPÍTULO 5

Sempiterno

Angeline

Una vez mi maestra de filosofía me dijo: «En la vida se pierde más por miedo, que por intentar». Desde entonces aquella frase y consejo siempre está presente cada vez que tengo que tomar una decisión.

La maestra Parker siempre ha sido sabia, la he admirado siempre por su forma de ver la vida. Muchos la llaman loca por el simple hecho de que es muy risueña y le gusta vestirse como hippie, pero en realidad es una persona muy inteligente y divertida.

Mi padre siempre dijo que tarde o temprano iba a perder mi virginidad, pero que él me aconsejaba como padre y amigo que la perdiera después de los 20 años. Por otro lado, mamá siempre me dice que no debo tener prisa y tampoco miedo.

El tema del sexo es algo normal para mis hermanas, para mi madre y para mí, pero para mi padre no. Quisiera hacerle caso a papá, él siempre ha sido aquel hombre al que busco cada vez que triunfo en algo, él es el primer motivo por el cual siempre trato de dar lo mejor de mí. No me gusta hacerlo enojar, no me gusta verlo triste por mi culpa y mucho menos quiero verlo decepcionado de mí.

Pero justo ahora estoy siendo una hipócrita, sé que él si llegase a enterarse de lo que estoy a punto de hacer, probablemente me quitaría el apellido. «Pero no está aquí» y desgraciadamente los besos de Aedion no me dejan pensar con claridad.

Estoy envuelta en deseo, en lujuria pura. Quisiera decir que ya me ha pasado antes, que puedo controlarlo...pero no es así. Lo que estoy sintiendo ahora es algo inefable, algo que simplemente no puedo parar porque lo estoy disfrutando. Sí, estoy más que nerviosa, pero me siento con el valor de seguir.

Aedion me toma de la cintura y se levanta de la cama junto conmigo. Me carga con una mano, como si fuera una pluma y no le costara esfuerzo. Siento su erección refregarse contra mi zona íntima y mi cuerpo se mueve por instinto, queriendo que me la clave de una vez.

Se sienta en el sofá conmigo encima, corto el beso para mirarlo a los ojos y echo mi cabello para atrás para que no estorbe. Muevo mi cuerpo un poco hacia arriba y el acomoda su polla en mi entrada.

«Respira, respira...»

Antes de que pueda moverme, me toma de la cadera y me baja lentamente. Gimo de dolor al sentir como va entrando poco a poco y me aferro a sus hombros, clavándole las uñas. «¡Ay, Dios bendito!»

Quedo sentada sobre él. El dolor se posa en mi vientre y los ojos se me llenan de lágrimas. Mierda, creí que iba a dolerme menos.

Me toma por la nuca y me acerca a él para poder besarme. No quiero moverme porque sé que me dolerá, así que es él quien me toma de las caderas y me guía de adelante hacia atrás. Su miembro está explorando cada parte de mí, y parece que mi cara de sufrimiento sólo lo excita más, porque lo siento más duro y está sonriendo con malicia.

Luego de un par de segundos soy yo la que empieza a saltar sobre él. El dolor se va desvaneciendo poco a poco hasta que lo único que siento es solo la fricción de su miembro

entrando y saliendo de mí.

No puedo creer que esté haciendo esto. Sus manos van a mis pechos y comienza a magrearlos, los saca de las copas y se lleva uno de mis pezones a la boca. Una corriente cosquilleante y sumamente placentera se posa en mi vagina y vientre, echo la cabeza hacia atrás, disfrutando.

—¡Mhmm! —Me muerdo el labio, con los ojos cerrados.

Todo me tiembla. Las mejillas las tengo rojas y calientes como si estuviese en el mismísimo infierno, y grandes espasmos de cosquilleos recorren cada parte de mí. Jamás tuve un orgasmo, ni siquiera sé como se debería sentir, pero estoy casi segura de que acabo de tener el primero.

—Así, Liebe...córrete sobre la verga del hombre que vas a odiar toda tu vida —dice, y siento una presión en el vientre.

¿Qué está diciendo?

—Aedion...—gimo—. Quiero hacer pis.

Su risa ronca inunda todo el cuarto y me carga con su miembro aún dentro de mi. La presión en mi vientre es un poco dolorosa.

Me deja sobre la cama y saca su miembro, luego comienza a refregar el glande sobre mi intimidad. Arriba y hacia abajo. Gimo fuerte cuando pasa por mi clitorís y un segundo después, deja su polla sobre mi punto sensible, comienza a moverla hacia cada lado y entonces siento una sensación muy parecida a la que hace un minuto experimenté.

—Déjalo salir —ordena, como si ya supiera lo que está pasando conmigo. Niego con la cabeza, mordiendo fuertemente mi labio—. No te avergüences, no frente a mí.

La presión es tan fuerte que no resisto más y dejo que ocurra; el chorro sale disparado, y con el viene una sensación exquisita de alivio.

Que vergüenza, no puede ser...

Ni siquiera ha pasado un segundo cuando Aedion se sube sobre mí y me la entierra de una. Gimo de la sorpresa y luego de ahí ya no paro. Posa su mano sobre mi cuello, ahorcándome pero no ejerciendo la misma fuerza que si quisiera matarme. «Aunque seguramente quiere hacerlo» .

Mi coño está soltando jugos a cada nada, puedo sentirlo y también puedo escuchar cómo le empapo el miembro.

—¡Papi! —suelto, aferrándome a las sábanas con las manos.

Él aprieta más fuerte mi cuello, y realmente estoy completamente loca al excitarme más con ese acto. ¿Qué pasa conmigo?

—No me llames así, Liebe —espeta, furioso.

De nuevo aquella tormenta cosquilleante me invade y luego siento algo caliente dentro de mí. Aedion está soltando gemidos roncos y demasiado sexys, muy placenteros para mis oídos. «Ave María...» acabamos de correrno s al mismo tiempo.

Recarga sus brazos a cada lado de mi cuerpo mientras ambos tratamos de tranquilizarnos.

—Si me entero de que le dijiste a alguien—dice de repente—… voy a matarte.

Se pone de pie y ni siquiera tengo el valor de mirarlo. ¿Cómo dejé que pasara esto? Siento un atisbo de culpa y me siento en la cama.

Escucho cómo se pone la ropa, mientras yo me hago un ovillo, tratando de tapar cada parte de mi. Tengo la cabeza gacha, y sé que eso me hace ver débil, pero estoy avergonzada de mí misma.

Acabo de dejar que me tocara, ese asqueroso e infeliz...me tocó. ¿¡Por qué tuve que ser tan débil!? Literalmente acabo de dejarme enredar en su belleza. Es un maldito brujo.

Se sienta en la cama, frente a mí, y me aprieta las mejillas, obligándome a que lo mire.

—Ni una palabra, Angeline, o te juro que mataré a tu familia, a cada uno de ellos, y te haré comer su carne.

La piel se me pone de gallina. Él es un monstruo, ¿cómo pude dejar que hiciera esto conmigo?, qué idiota soy, que estúpida y débil fui ante él. La rabia me recorre el cuerpo y los ojos se me llenan de lágrimas.

—Vete a la mierda —le respondo rabiosa y él me suelta, luego sonríe—. ¡Eres un pendejo! —le grito.

Él toma su camisa y se la pasa por la cabeza.

—Cree lo que quieras, de todos modos, si yo fuera tú no le diría a nadie. Ya sabes lo que pasará si abres tu estúpida boca —dice, con tono seco—. Además, supongo no quieres decepcionar a papá, ¿oh sí? —Sus palabras me llenan todavía más de rabia.

—Púdrete.

Lo veo subir las escaleras y luego escucho la puerta del sótano cerrarse con fuerza.

Estoy acostada en la habitación donde me han alojado desde que llegué aquí. Han pasado tres días desde qué pasó lo del sótano y cada vez la decepción me lastima más.

Aedion desapareció aquel día, me mandó ropa y me dejó ahí encerrada llorando hasta que dio la noche. Luego llegó Rita, me trajo a la habitación y se aseguró de que tomara una pastilla del día siguiente, desde entonces he estado encerrada.

Cada noche solo me dan un pedazo de pan y un vaso con agua. La mayoría del tiempo me la he pasado llorando, durmiendo o bajo la regadera. El estómago me duele como nunca e incluso he estado sufriendo de arcadas por falta de comida.

Sé que esto jamás se comparará a lo que Aedion les ha hecho a sus otros enemigos, pero yo jamás he pasado por cosas así. No me quejo, sin embargo, me desahogo llorando. Lloro por André, por mi familia y también por mi. Me siento sucia. Prácticamente al acostarme con Aedion sin ser obligada, me volví una traidora.

¿Cómo dejé que sucediera? No he podido responderme a esa pregunta cada vez que me la hago, simplemente ha pasado. ¿Pero cómo puedo remediarlo? Tampoco sé lo que debo hacer. Todo ha sido tan confuso que no he parado de pensar y pensar en aquel momento, y lo peor es que, cada vez que lo recuerdo, siento algo en el estómago que me hace sonreír. Lo cual hace que me enfurezca más.

Extraño a mis padres, a mis hermanas y a mi novio. No sé cuándo saldré de aquí, pero casi todo el tiempo me la paso hablando con Dios, pidiéndole que me ayude a salir de aquí y que me perdone por traicionar de manera tan fea a mi familia. Dicen que Dios siempre va a entender tu situación, y quiero aferrarme a esa idea. Seguramente ya también está harto de escucharme, para todo lo estoy sacando, pero no puedo evitarlo. De un momento para acá me he sentido más tranquila y segura si hablo con Él.

Escucho la puerta abrirse y no me volteo, ya sé que han venido a dejarme la «cena».

—¿Deprimida?

Su voz me hace cerrar los ojos. «Ay, no...», volvió. No le respondo. Me quedo quieta y finjo que estoy dormida. No quiero verlo.

—¿Vas a fingir que duermes? Estaba a punto de llevarte con tus padres — dice y abro los ojos.

Me incorporo en la cama y lo miro con recelo.

—A las crías se les puede engañar muy fácil —dice con una sonrisa y tono burlón. Pongo los ojos en blanco.

Le doy una escaneada rápida y sigue igual de atractivo. Esperaba que mínimo en su desaparición de tres días le hubiese pasado algo, mínimo un golpe o alguna fractura, pero sigue luciendo bien.

—No soy una cria —le digo.

—Sí, sí lo eres.

Achino los ojos, queriendo con todas mis fuerzas que con mi mirada pueda disparar cuchillos. Se asoma por la puerta y veo cómo Rita le entrega una bandeja con comida. El estómago me ruge y aparto la mirada para evitar babear.

—¿Qué tenemos aquí? —Se acerca con la bandeja y se sienta en la cama poniéndola en su regazo—. Pan con nutella, omelette griego, papaya con queso cottage, alitas de pollo, jugo de zanahoria y un pedazo de tarta de verduras.

Sí, iba a matarlo. No ahora, pero algún día lo haría.

—¿Quieres? —Su pregunta me hace enojar todavía más.

—No, gracias —respondo con la poca paciencia que me queda.

No aceptaré nada de eso, mucho menos si es él quien me lo está ofreciendo. El hijo de puta me trajo mi comida favorita, todo en esa bandeja son los platillos que amo, pero aunque me esté muriendo de hambre no comeré nada.

—Lo dejaré aquí por si quieres. —Deja la bandeja a los pies de la cama y se pone de pie—. Dentro de tres horas partiremos.

—¿A dónde? —le pregunto.

—A Los Ángeles —responde y lo miro confundida—. Hablé con tu padre, y te regresaré esta noche.

Su noticia hace que mi corazón se acelere de la alegría y emoción, pero me guardo la sonrisa. ¿Y si es solo un engaño?

—¿No estamos en California? —le pregunto con confusión, ocultando mi felicidad.

—Estamos en Londres. Para ser más exacto, en mis tierras. —Sonríe con superioridad.

Es irritante.

—Estás jugando conmigo, ¿verdad? —le pregunto.

—Come y alístate —ordena, caminando hacia la puerta.

—¿Eres sordo? —Ignora mi pregunta y sale, cerrando la puerta.

Respiro hondo y cuento hasta diez, tratando de controlar las ganas de salir y gritarle. Mi mirada viaja hacia la bandeja y cierro los ojos fuertemente. ¿De verdad tuvo el tiempo de investigar mi comida favorita? Pues qué lastima, es un desperdicio de su tiempo porque no pienso comer nada.

Me quito las cobijas de encima, dejo que la sonrisa salga y que la felicidad aleje todo el coraje. Estuve casi una semana aquí, quizá no estuve lo que realmente alguien secuestrado debe estar, pero para mí ha pasado mucho tiempo.

Extraño a toda mi familia, extraño a Ruth y a André. Nunca he estado tanto tiempo sin ellos.

Me pongo de pie y reviso el vendaje que una enfermera vino a ponerme hace dos noches. Mi muñeca está mejor, ya casi no hay enrojecimiento y también tengo más movilidad.

Quiero saber qué acordó Aedion con mi padre; él jamás aceptaría algo que no le gusta y me duele saber que esta vez está obligado a aceptar por mi culpa. Tengo una mala sensación. Hacer acuerdos con mi padre es un poco difícil, todos saben que no es cualquier idiota, es por eso que muchos mafiosos quieren negociar con él. Pero esta vez le pidan lo que le pidan tendrá que aceptar, Aedion tiene la respuesta ganada, y debo admitir que es inteligente, así que debió pedir algo grande.

La puerta se abre y entra Rita, me entrega una muda de ropa y luego sale. Entro en la ducha, salgo y me visto. Esta vez me han traído un pantalón de mezclilla, una blusa de tirantes y una sudadera.

Ha pasado apenas una hora y él dijo que dentro de tres partíamos. Miro la charola con comida y los ojos se me llenan de lágrimas. Quiero solo un pedazo de paz, aunque sea un pedacito...

Cierro los ojos con fuerza, suelto un quejido y me voy a acostar sin mirar la charola. Cierro los ojos y las próximas dos horas las paso durmiendo y despertando a cada nada. Abren la puerta y entra el guardaespaldas calvo junto a otro, me dicen que van a ponerme una funda en la cabeza y dejo que lo hagan.

Después de todo, tengo que creerle a Aedion: si quisiera matarme ya lo hubiese hecho desde hace días.

Comienzo a caminar con ellos guiándome, y a los pocos segundos siento cómo el aire me golpea, camino unos cuantos pasos y luego escucho la voz del calvo.

—Sube —ordena.

Subo un pie, tanteando, y finalmente me dan un empujón. Me siento sobre asientos de cuero y me quedo quieta, escuchando los movimientos que hacen los demás.

Las manos me están sudando y estoy comenzando a desesperarme por no ver nada. «Respira...» siento que me falta el aire. Respiro profundamente y suelto todo el aire. Cierro los ojos y repito lo mismo tres veces más. Escucho que encienden el motor y me recargo en el asiento, trato de calmar mi ansiedad, nervios o lo que sea que estoy sintiendo.

Pasa alrededor de media hora y escucho cómo se detienen, abren las puertas y luego abren la puerta de mi lado. El aire vuelve a golpearme y la piel se me pone de gallina.

Me quitan la funda negra de la cabeza y mis ojos se encuentran al instante con los de Aedion. La imagen de cuando estuve sobre él llega a mi cabeza y también sus palabras tan crudas: «Así, Ángel...córrete sobre la verga del hombre que vas a odiar toda tu vida». Me sonrojo y lo miro enojada.

«No jueguen ahora conmigo, hormonas.»

—Sube al avión —ordena.

Por quedarme viéndolo como tonta no me di cuenta de que estábamos en una explanada. Hay un avión a su espalda, en letras grandes y doradas tiene escrito «Lorcan».

Camino enojada hacia las escaleras del avión, subo los pocos escalones y entro. Recorro con la mirada el lugar; los asientos son de piel negra e individuales. Mis ojos se posan en una chica rubia que está sentada en uno de ellos. Está vestida con un traje beige, tacones, trae lentes puestos y está leyendo unos papeles.

—Recuerda la pequeña advertencia que te hice en el sótano. —La voz de Aedion susurrándome en el oído pone alerta a todos mis sentidos.

«Ni una palabra, Angeline, o te juro que mataré a tu familia, a cada uno de ellos y te haré comer su carne.»

La rubia alza los ojos y a estos les sale un brillo, sonríe y se levanta rápido. Aedion pasa por mi lado, empujándome levemente, y la rubia le rodea el cuello.

—¡Bebé! —chilla y mi cara se transforma en una mueca de asco.

Ahora sé por qué me recordó aquella amenaza. Ella es su novia.

Aedion no le corresponde el abrazo, ni siquiera le toma la cintura. Se separan y ella posa la mirada en mi, automáticamente su cara cambia y ya no se le ve feliz, ahora está seria y me mira de arriba abajo con una mirada muy intensa. Cuando llega a mi cara la miro con una sonrisa burlona y una ceja arriba.

—Hola, «Socia» —la saludo.

El que llega siempre saluda, más que nada lo hago por educación. Camino a los asientos que están detrás de ellos. Es que no quiero escuchar ni ver lo que sea que vayan a hacer.

Me dejo caer en el sillón y me abrocho el cinturón de seguridad. El avión empieza a despegar unos minutos después y cuando ya estamos volando me desabrocho el cinturón, tomo una de las revistas sobre la pequeña mesa que hay frente a mí y comienzo a leerla.

La chica no para de hablar acerca de una de sus mascotas. Al parecer «Pimpo» está malo del estómago y ha tenido mucho vómito estos dos días. Pobre animalito, supongo que es un perro o un gato.

—Luego Bruno arañó a Gerardo y pelearon. La criada tuvo que separarlos.

Sus palabras me hacen poner los ojos en blanco. No sé por que estoy escuchando esto. La tipa ya me cae mal por el mero hecho de haberme visto con malos ojos y no tener educación.

—Natalie... ¿en qué momento te dije que eso me interesa? —La voz molesta y tajante de Aedion la hace callar.

¡Gracias Dios!

Sonrío burlona y de pronto ya no me siento fastidiada.

Pasan unos segundos y la chica se pone de pie, la veo pasar por mi lado quitándose las lágrimas con la mano y luego se mete a lo que creo es el baño.

Escucho el suspiro irritado de Aedion y agudizo el oído para tratar de escuchar si Natalie está llorando muy fuerte. Pero no escucho nada.

Re-chismosa que soy.

Trato de ignorar el drama y me enfoco en la revista sobre mi regazo. Estoy leyendo acerca de la pasarela de Gucci cuando la puerta del baño se abre y sale Natalie con los ojos hinchados y rojos.

Bajo la mirada hacia mi revista otra vez y por un momento me siento mal por ella, pero recuerdo que no es problema mío. Estoy enamorada de André y no sabría que hacer si algún día me responde de la misma manera. Pero bueno, no conozco sus problemas y no debería importarme.

Durante el viaje leo y trato de ignorar lo que pasa detrás de mí, pero luego de unas cuantas horas me acomodo y logro quedarme dormida.

Despierto gracias a la turbulencia, me abrocho el cinturón y me enfoco en calmar mi corazón. Me espanté. Esta es la única cosa que odio de los aviones.

—¿Le temes a las alturas?

Miro hacia Aedion, el cual está sentado frente a mí. Busco a Natalie con la mirada y no la veo por ningún lado.

—Está dormida en el cuarto —dice, respondiendo a lo que estoy pensando.

Claro, se me olvida que es un jet de lujo y tiene habitaciones.

—No —le digo, con respecto a su pregunta—. No le temo a las alturas, ¿y tú?

Sonríe.

—No le temo a nada —responde, y se lleva a la boca el vaso con licor que tiene en la mano.

—Todos le temen a algo.

Se queda en silencio.

El avión aterriza y le echo una mirada rápida a la ventana. Veo las palmeras que se asoman detrás de los muros del aeropuerto y sonrío. «Por fin en casa.»

—Iré a despertarla, si intentas huir sabes las consecuencias...

—Sí, sí. —Pongo los ojos en blanco.

Se pone de pie, camina por el pasillo y luego lo veo entrar a uno de los cuartos. Me pongo de pie yo también y camino a la salida del avión, bajo seguida de dos de sus hombres y me quedo esperando a un costado de la escalera.

Una camioneta BMW viene a lo lejos y se estaciona a pocos metros del avión. Camino hacia ella, ignorando a los grandulones que me dicen que me detenga. Llego a la puerta de la camioneta y me quedo ahí, a esperar a que Aedion y la rubia se dignen a salir. Llevan ya como 15 minutos ahí dentro.

«Quizá estén follando.» Hago una mueca. Pensar estas cosas me hace querer estampar mi cabeza contra el pavimento.

Él le habla mal y ella lo perdona por una buena cogida. «Pues muy pendeja no es.»

Veo salir a Aedion y detrás de él a Natalie. La mirada del tatuado se cruza con la mía y tengo que desviar mis ojos hacia otro lado antes de caer sobre mis rodillas. Miro a la rubia; tiene el cabello perfectamente arreglado, no se le ven señales de recién cogida, y tampoco de que estuviera llorando.

—Sube.

Entro en la camioneta y de nuevo me ponen una funda oscura. Recargo mi cabeza en uno de los ventanales y cierro los ojos.

Siento que el corazón se me llena más y más de alegría conforme pasan los minutos.

Luego de un rato llegamos a donde sea que teníamos que llegar, y Aedion me saca la funda. Me encuentro con su rostro a unos cuantos centímetros del mío y me quedo estática.

—Espérame abajo —le dice a Natalie, mirándome sin ningún tipo de expresión.

Natalie baja y trago grueso.

—Yo no dejo a nadie libre. No perdono, no cedo, y mucho menos dejo que pasen por encima de lo que digo. —Su tono es frío y duro—. Si yo te libero ten en cuenta que fue por que así lo quise, no por que tu padre sea mejor que yo. No hay nadie mejor que yo, Angeline.

No digo nada, no quiero arriesgarme a que cambie de opinión y me lleve de nuevo a Londres.

—Y si crees que todo acabó, estás mal. No te librarás de mi tan fácilmente. —Dicho esto, abre la puerta y me empuja para bajar.

¿No me libraré de él? ¿Es amenaza?

La grava cruje bajo mis tenis cada vez que doy un paso. Estamos en un terreno de construcción, las máquinas amarillas están por todos lados al igual que montones de grava, tierra y otros materiales. Estamos solos, y solo las luces de la camioneta alumbran alrededor. ¿Dónde está papá? , no veo a nadie conocido aquí. Dos camionetas se estacionan a cada lado de nosotros y bajan alrededor de ocho hombres de cada una.

A lo lejos, frente a mí, se ve venir un auto. Automáticamente mi corazón se pone como loco y la ansiedad no tarda en aparecer. Unos segundos después un Audi se estaciona a unos cuantos metros y de él veo bajar a Simón Herrera, el guardaespaldas de mi padre.

Siento como si me quitaran un peso de encima, todos los músculos se me relajan y siento que por fin puedo respirar.

—Aquí está. —Aedion me toma del hombro y me hace caminar junto a él.

Llegamos con Simón, este le entrega una memoria a la vez que me toma y me pone detrás de él.

—Eso es todo —le dice Simón.

Aedion le da la usb a un hombre que sostiene una computadora y unos segundos después el hombre asiente con la cabeza.

—Dile a Leonel que no fue un placer hacer tratos con él —dice Aedion sonriente.

Lo miro y decido detallarlo por última vez. Después de esto no creo volver a verlo de nuevo, así que será la última vez. Miro su cara, su cuerpo, su aura, esa altura, y trato de grabar todos sus tatuajes en mi mente, pero son tantos que sé que el único que recordaré será el de los colmillos de sable. Su mirada se encuentra con la mía y, como cada que vez ocurre, la tensión cambia.

Pero esta vez sé que será la última y eso hace todo diferente; todo se vuelve más lento, más sosegado. Sus ojos se posan en mí y recuerdo cómo ese gris se oscureció aquel día en el sótano. Recuerdo el tacto de sus manos sobre mis caderas, su boca sobre la mía y sus palabras crudas. Parece que en vez de castigarme solo logró darme placer.

No... solo es un engaño, el engaño de su infierno.

—Sube al auto. —La voz de Simón me vuelve a la realidad.

Obedezco, entro al lado del copiloto y miro cómo Aedion da media vuelta para ir a su camioneta. Simón sube un segundo después y vira el choche a toda velocidad.

CAPÍTULO 6

Royalties

Angeline

Siempre he sido una buena amiga.

Soy fiel a las personas que quiero, sé guardar secretos, no soy hipócrita, al contrario, a veces suelo ser muy directa, y mucho menos digo mentiras. Si algún amigo o amiga me preguntara: ¿Me veo bien? Yo le respondería con la verdad. Si se viera mal le diría y viceversa.

Pero eso muchos se lo toman a mal, y es por eso que amigas no tengo.

Siempre he sido más de llevarme mejor con los chicos. Primero charlamos, llegamos a varias cosas en común. Pero luego tienen que arruinarlo con un «Me gustas». Ahí acaba la magia de tener a un amigo con los mismos gustos que tú.

Mi único amigo de verdad ha sido André, con él duré muchos años siendo de los mejores equipos que podrían existir. Nos tratábamos como amigos, nos hablábamos como tal, y a pesar de que con el tiempo hubo química, ambos teníamos miedo de arruinarlo diciendo lo que sentíamos. Pero luego de años, yo fui la que decidió decirle todo.

Soy una persona que a veces dice «que pase lo que tenga que pasar» y me aviento, me arriesgo sin pensarlo, porque si lo pienso no querré hacerlo.

Como aquel día en el sótano con Aedion.

He pensado a toda hora en él, recuerdo a cada instante lo que me hizo sentir ese día que me quitó la virginidad. Y no hablo de la parte mala.

Esta vez no fui, y tampoco estoy siendo justa con las personas que amo. Haberme acostado con ese mafioso me convirtió en una mala hija, una mala hermana y una pésima novia. Podría decir que ya quedó atrás, que debo olvidarlo, pero ¿cómo olvidar algo que en el fondo anhelo que vuelva a suceder? Es insano, está mal, y precisamente por eso me siento como el peor ser humano.

Todo este asunto me tiene extraña..., estoy confundida y enojada. Odio lo desconocido, y sentir esto me asusta. No sé por qué lo deseo, no sé por qué me gusta, no sé por qué esta vez no estoy haciendo lo correcto.

Me levanto de la cama y tomo lo primero que encuentro en el armario.

Ya llegó el fin de semana y tengo que ir a casa de André. Ya han pasado tres semanas desde que Aedion me dejó libre y la verdad extrañaba regresar a mi rutina.

Cuando llegué a mi hogar todos estaban llorando, pero cuando mi padre me vio, lloró como nunca antes y eso me dolió en el alma. Leonel Mikaelson no es una persona sensible, jamás lo verás llorar a menos que algo le duela lo suficiente como para sacarle una lágrima. Pero cuando regresé a casa, tanto él como yo nos pusimos a llorar como nunca. Era tan fuerte la emoción de volver a ver a mi papá que tampoco yo pude contener las lágrimas.

Tuve que mentirle a André respecto al secuestro, diciéndole que me habían quitado el teléfono y había ido a entrenar una semana a Londres con Melissa. Se preocupó mucho, fue a buscarme a casa pero nadie le dijo nada. Sin embargo, creyó lo que le dije.

Salgo de mi habitación y me encuentro con Kylie vistiendo un corto vestido con lentejuelas doradas, con el cabello arreglado y maquillaje encima.

—¿Vas a salir? —Le pregunto, totalmente extrañada.

Papá nos había prohibido salir a fiestas, centros comerciales o algún lugar parecido a esos. No quería que lo del secuestro se volviese a repetir.

—Kiara y yo queríamos ir a jugar bolos, pero voy a ver si me dan permiso.

El secuestro no fue culpa mía, eso lo tengo claro. Todas tenemos el mismo estilo de vida, si no me secuestraban a mí, podría haber sido Kylie o Elizabeth. Entiendo todo el peligro que existe, pero no puedo evitar sentirme mal por mis hermanas. Yo pasé por cada cosa que ellas han pasado y entiendo como se sienten. Kylie es más quejumbrosa que yo, es más hiperactiva y tiende más a desobedecer, y así como yo quise romper las reglas alguna vez y sin embargo no lo hice, sé que ella si lo hará.

Conozco a mi familia, Kylie está aburrida, lleva días sin salir y no quiero que termine desobedeciendo y salga a hurtadillas de la casa sin escoltas ni nadie que la cuide.

—Vamos a decirle a papá. —Le acaricio el hombro y ambas comenzamos a caminar.

Entramos a la oficina de mi padre y lo veo sentado frente a su escritorio. Está estudiando un plano.

Resultó que para que Aedion me dejara libre, mi papá tuvo que recuperar aquella carpeta del gobierno, la carpeta que había robado Aedion pero que mi padre recuperó. Todo el robo al gobierno fue planeado por mi padre e incluso él fue uno de los que se arriesgó a ir por ella. Gracias a Dios nadie se dio cuenta de quién fue el ladrón y el acuerdo con el presidente y el gobierno siguen intactos.

Mi padre y Aedion ahora son socios. Desde que me dejó libre y por haberme tratado «bien», papá le ofreció la oportunidad de olvidarlo todo y comenzar a trabajar algunas cosas entre ambos. Se escucha como una locura, pero no lo es. Papá siempre dice que es mejor tener al enemigo cerca, así que lo entiendo.

—No vas a salir, Ky —dice papá en cuanto nos mira.

—¡Por favor! Estarán sus padres. —Mi hermana comienza a cambiar el tono a uno más dulce.

—Dije no y es no.

—Aunque sea tres horas, por favor.

—Ve a cambiarte, no saldrás.

—Por favor...

—¡Dije que no! —grita.

A Kylie se le llenan los ojos de lágrimas y se da media vuelta para luego salir azotando la puerta.

—No la dejaré ir, ni aunque tú me pidas. —Dirige otra vez su mirada hacia el plano.

—Papá—me acerco a él y me siento frente a su escritorio—, no te molestes con ella. Solo quiere salir un rato, ha estado encerrada todos estos días.

Papá me mira con una ceja arriba. Está molesto, pero sé como manejarlo.

—Hay problemas, Angeline, tiene que entender de una buena vez que hay mucho peligro allá afuera.

—Tiene quince años, papá.

—Y tú dieciocho. A su edad tú no te enfocabas en fiestas. Estabas en Tokio practicando, luchando y entrenando para cualquier situación.

—Ella no es yo, tú lo sabes. —Ahora soy yo la que se molesta un poco.

Da un largo suspiro y veo cómo la mirada le cambia a una más tranquila.

—Sé que cada cabeza es un mundo y conozco a cada una de mis hijas, pero no quiero arriesgarme a que secuestren a otro de los míos.

—Papá, yo te entiendo. —Le medio sonrío—. Pero sabes que desde que te convertiste en líder de esto nosotras corremos peligro. Desde que nacimos. No fue nuestra elección, tú sabías a

qué te arriesgabas, y no te juzgo pero tampoco voy a mentirte —Su mirada se pierde en la nada y sé que se ha puesto triste, pero como dije, no voy a mentir—. Kylie, Elizabeth y yo sabemos que no somos adolescentes normales, y no te reclamamos nada porque hemos aprendido buenas cosas de este estilo de vida. Pero aún así, ansiamos sentirnos como alguien normal de vez en cuando.

Todo es verdad.

Cuando tú ves a un narcotraficante lo primero que piensas son miles de cosas malas, pero algunos son más malos que otros. Papá es aquel que solo distribuye droga por todo el país y a diferentes partes del mundo, cuando se encuentra con enemigos a algunos los trata de hacer entrar en razón para comenzar a ser socios e incluso amigos, ayuda al presidente y al gobierno y siempre quiere ayudar a los países que no tienen recursos para sobrevivir.

Pero hay otros que matan a sangre fría, que secuestran mujeres para venderlas o violarlas, que no perdonan, que se dedican a la venta de órganos secuestrando a niños sin hogar. Líderes que no tienen corazón, que no tienen humildad y que son egoístas. A esa clase de personas mi padre siempre las asesina.

A mi padre lo odian mucho por ser como es, por estar en el lugar donde está, por vender más drogas que otros. Se le llama envidia, es gente que no puede ver que a otros les esté yendo mejor que a ellos mismos.

Papá me mira y veo en sus ojos la duda. Está debatiéndose en qué debería hacer.

—¡Kylie! —Grita y mi hermana abre la puerta al instante.

No está llorando, solo fingió que iba a hacerlo para usarlo como chantaje.

—Irás a ese lugar. —Kylie sonríe como nunca antes—. Pero tú la acompañarás. —Papá me señala.

Abro los ojos de par en par.

—¡Agh!

—¿Yo? Tengo planes —me quejo.

—Es la única condición que pongo. —Se encoge de hombros—. Ky sabe pelear, pero tú eres más ágil.

Doy un suspiro largo y me giro hacia Ky.

—Está bien —acepto.

—Solo unas horas —me advierte.

Me pongo de pie y salgo con Kylie al pasillo. Me cruzo de brazos y ella achina los ojos.

—Iré, pero también irá André.

—Podrías irte a su casa y yo me iría a los bolos, ¿no?, solo será una pequeña mentira.

—¿Pequeña mentira?, nadie se viste así para ir a jugar bolos —enarco una ceja.

—¡Bien!, quería ir a ese club que es de la tía Antonella.

La hermana de mi madre tiene varios clubs nocturnos en todo el mundo, uno de ellos está aquí en Los Ángeles. He ido un par de veces y siempre me han dejado pasar por ser una Mikaelson Bellows. No dudo que Kylie usará el mismo truco.

—¿No estás viendo el peligro? —le pregunto.

—Es club de la familia, nadie nos hará nada.

En eso tenía razón. En Los Ángeles manda mi padre, es algo así como Aedion en Londres. Y estar en el club de mi familia también era un plus a la seguridad.

—Está bien —le medio sonreí.

—¿Sabías que eres la mejor hermana del mundo? —bromeó, y yo reí.

Kylie se marchó a su habitación a esperarme en lo que me arreglaba. Le mandé un mensaje a

André para decirle que lo veía aquí dentro de una hora y comencé a arreglarme. Me hice ondas en el cabello, me puse un vestido de seda color perla, con escote caído en la parte de los pechos y en la espalda, demasiado corto y a mi parecer, demasiado sensual.

Tenía planeado divertirme un poco, en especial con André. Hoy dejaría que nuestra relación llegara al tercer nivel, estaba lista y además necesitaba sacarme de la cabeza al intruso con tatuajes.

Revisé en internet que los chicos no sienten cuando acabas de perder tu virginidad, así que no me preocupa. Tendré que fingir dolor cuando suceda y ya está.

Me puse tacones, perfume, un collar delgado, pero con pequeños diamantes y aretes grandes y brillosos. Estoy a punto de meter mi labial a mi bolso cuando tocan la puerta.

Mi madre entra un segundo después y me mira de pies a cabeza.

—Te ves hermosa —Dice con una sonrisa—. ¿Vas a salir con Ky?

—Sí —respondí—. Iremos un rato al club de la tía Antonella.

—No dejes que Kylie beba más de dos piñas coladas —dice mientras se recarga en mi tocador—. Tú tampoco bebas; sabes que no es bueno y tienes que estar alerta siempre.

—Lo sé —Asentí—. Prometo llegar aquí sana y salva.

—André te está esperando abajo —comenta—, si vas a un hotel solo...

—¡Mamá! —Me echo a reír—. Lo sé, pero no pasará.

—Bueno...si llegase a pasar —la miro con burla—, solo manda a Kylie y a su amiga para acá y mándame un mensaje para saber y cubrirte con tu padre.

—Lo tendré en mente.

Bajé con ella hasta la planta baja y disfruté la mirada que André me echó cuando me vio. Hoy era el día y lo disfrutaría al máximo.

—Llega aquí más tardar a la 1:00 —le dice mamá a Kylie y ella asiente.

Nos despedimos de ella y luego salimos de mi casa, Kylie sube al auto de uno de los escoltas, donde se supone ya debe estar Kiara, y yo subo al auto de André.

—Amo como se te ve este vestido —dice, cuando salimos a la carretera.

—Amarás más lo que tengo debajo —mordí mi labio inferior y alcé poco a poco mi vestido.

El encaje blanco se dejó ver y André no sabía si mirar a la carretera o mirar lo que le estaba mostrando.

—Joder, nena...—Su tono sonó como una súplica—, no hagas eso.

—¿No te gusta? —Bajo el vestido.

—Por supuesto que si.

—¿Entonces?

—No quiero tener un accidente.

Su respuesta me dio para abajo, pero me niego a sentirme mal por eso.

—Lo siento —Doy un suspiro.

Estiro la mano enciendo la radio para poner un poco de ambiente.

Quiero sentir de nuevo aquel orgasmo que Aedion me hizo sentir. Traté de tocarme y no pude llegar tan lejos como él lo hizo, y sinceramente estoy comenzando a sentirme desesperada. Desde que regresé a casa no he parado de buscar, aunque sea algo parecido a lo que sentí aquel día en el sótano. Cada vez que me toco, o cada vez que André me toca por encima de la ropa, solo pienso en una persona, y es en Aedion; pienso en sus ojos, sus manos, sus tatuajes, su voz...y aunque sé que está mal y que probablemente me hace alguien enferma, me calienta más.

¿Qué pasa conmigo? ¿Será parte del post-desfloramiento? Tal vez solo siento apego y una fuerte atracción sexual hacia él por el simple hecho de que fue mi primera vez. Pero, ¿en serio?

Solo fue una maldita vez, ni siquiera dos. Es absurdo, y por eso estoy intentando olvidarlo con André.

Seguro el sexo con mi novio es más bueno.

Llegamos al centro, donde los clubes están en cada esquina. Veo el letrero grande y con letras en color neón que dice: «Royalties». André busca un lugar donde estacionarse mientras que el guardaespaldas que se encarga de cuidarnos se queda frente a la entrada del club. No tardarán en llegar otras dos camionetas con más escoltas para rodear el lugar y cuidarlo.

Bajo del auto y me reuno con Ky y Kiara. La chica es la mejor amiga de mi hermana desde que tenían seis años, es una buena chica y a toda la familia le agrada.

Entramos al club sin necesidad de esperar en la fila, solo bastó con que nos observaran para que se dieran cuenta de quienes somos. Al instante el sonido de la música rebota en mis oídos. Todo está decorado por humo y luces de neón.

André me da un empujón para comenzar a caminar frente a él y por un instante deseo que en vez de hacer eso me hubiese tomado de la cintura o de la mano. A veces me gustaría que fuese un poco celoso.

Optamos por quedarnos en una mesa cerca de la barra. No queríamos ir a la zona VIP, ubicada en el segundo piso, que cuenta con un balcón con vista a la pista de baile en el nivel inferior. No suele haber muchas personas allí; quienes suben generalmente lo hacen para hablar de negocios o cosas similares. Pero nosotros teníamos otros planes: queríamos bailar y, tal vez, hacer un par de amigos.

—¿Qué les traigo de tomar? —nos pregunta una chica.

Seguro la mandaron a atendernos, por que solo los de la sala VIP tienen este servicio.

—Vino blanco —digo de inmediato—. Y a las chicas una cerveza.

André pide lo suyo y la mujer se va.

—Empezarás fuerte esta noche, ¿que está pasando? —Me echo a reír.

El vino y el vodka son la única cosa que logra ponerme ebria. Puedo tomarme siete cervezas y estaré bien, podré tomar tequila y eso solo me hará sentir sueño, el Whisky ni se diga, ese no me pega nada. Pero tan solo es cuestión de dos o tres copas de vino para ponerme mal.

—Solo quiero divertirme.

—Me gusta esta Ann. —Le sonrío.

La chica llega y comienzo a platicar con mi hermana y su amiga, pero luego de un rato les doy su espacio. Pido otra copa de vino y eso es suficiente para comenzar a sentirme un poco mareada, lo demás que pido son puros vasos con Whisky y shots de ron. Kylie y su amiga piden piñas coladas sin alcohol y André solo bebe cervezas.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido, y me la estoy pasando demasiado bien como para mirar mi teléfono. Me dejo caer en el respaldo del sofá que está junto a nuestra mesa, y André pasa su brazo alrededor de mi cuello. Kylie y Kiara están bailando y a lo lejos estoy viendo cómo los hombres de mi padre las observan.

Me empino el shot de tequila y luego saboreo un limón con sal. «Delicioso.» Me giro hacia mi novio y comienzo a besarlo, introduzco mi lengua en su boca para hacer todo más salvaje, pero él no me sigue el ritmo. Me separo de él y lo miro con confusión.

—¿Qué pasa?

—Nada... —Me mira, analizándome—. Es solo que has estado muy rara hoy.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a unir nuestras bocas. Necesito sentirlo dentro de mi para así confirmar que Aedion no es mejor que él.

Dejo que baje sus besos a mi cuello y cierro los ojos disfrutando del tacto de sus labios, pero

todo acaba cuando el bolsillo de su pantalón vibra. «Ay no...» Me alejo de él con molestia y él saca el teléfono de su bolsillo.

Rápidamente se lo lleva a la oreja y debido a que la música está muy alta me hace una seña de que se alejará un momento para hablar. Asiento con la cabeza y cuando lo veo alejarse, voy a la barra. Pido un shot de vodka y luego de tomarlo me voy a la pista de baile.

La canción Sexy Bitch empieza a sonar y mi corazón comienza a acelerarse por la emoción del momento. Me abro paso entre la gente hasta estar en el medio. Comienzo a mover mis caderas de un lado a otro mientras juego con mis manos, pasándolas por todo mi cuerpo; a los lados de mis pechos, por mi cintura y cadera.

Puedo ver la mirada de varios chicos observándome y eso me hace sonreír feliz.

She's nothing like a girl you've ever seen before
Nothing you can compare to your neighbourhood whore.
I'm tryna find the words to describe this girl.
Without being disrespectful.

Mi mirada se posa en el balcón de la sala VIP y entre los hombres que se encuentran recargados en la baranda, lo veo a él; a Aedion.

Está recargado con un vaso con whisky en la mano, va vestido con una camisa azul cielo, remangada de los brazos y con los primeros botones desabotonados. Sus tatuajes están ahí, su mirada está sobre mí y la tensión se siente en el aire. «No es él» me digo, él está en Londres.

Aunque mi cerebro dice no, mi cuerpo se mueve más sensual que antes mientras lo miro coqueta. «No es él» me repito, pero no me interesa. El alcohol ha empezado a jugarme mal y sé que solo es una alucinación, pero quiero disfrutarlo.

Quiero volver a verlo, es la verdad y lo acepto.

¿Por qué me engaño así? Solo estoy usando a André para borrar todas las huellas que dejó en mi. Porque sí, su presencia y su tacto dejaron un camino de emociones que nunca antes había sentido, y que ahora me muero por volver a sentir.

Siento que un cuerpo se acerca detrás de mi y al girarme veo a un chico de cabello rubio, alto y delgado. Le sonrío amablemente y luego camino para alejarme de él. «Él no me interesa.» Llego con Kylie y Kiara, ambas están bailando también.

—No dejen que nadie se les acerque, ¿ok? —les digo—. Todos las están cuidando, pero aún así no se arriesguen.

Ambas asienten.

Vuelvo a mirar hacia el balcón y en el lugar donde antes había creído ver a Aedion, se encuentra una pareja. Siento una pequeña ola de decepción al confirmar que fueron los efectos del alcohol.

¿Que esperabas, Angeline? ¿Que regresara a Los Ángeles solo para volver a verte? Si lo pienso así suena bastante ridículo, incluso para alguien como yo.

—Hola —André se acerca a nosotras y pasa los brazos alrededor de mi cintura. Sonrío.

—Hola.

—Llamó mi hermana, quiere que vaya a recogerla de una fiesta.

—¿A qué hora?

—Ahora. —Hago una mueca—. Será mejor que nos vayamos, ya son las 12:00. Paso a dejarte en tu casa y voy a recogerla después.

—¡No! —Se mete Kylie antes de que yo pueda contestar—. Mamá nos dió permiso hasta dentro de una hora.

Yo no quiero irme tampoco. Tengo que aprovechar esta salida porque papá no nos dejará salir

así dentro de mucho.

—Vete —le digo—. A nosotras nos llevarán los escoltas, estaremos bien. —La cara de André me dice que no está de acuerdo—. Te aviso al llegar.

—Bien.

Me da un beso en la boca, se despide de Ky y Kiara, y luego lo veo alejarse entre la multitud.

Bueno, el plan de irme a la cama con él, falló.

Suspiro derrotada y malhumorada, y les digo a las chicas que se queden donde los escoltas puedan verlas. Me voy a la barra y pido una ronda de tres shots de vodka de tamarindo.

Me siento caliente, incluso más que antes. El alcohol no es bueno para hacerte olvidar a alguien que siempre está en tu cabeza, de hecho ya vi que empeora las cosas. André se marchó y yo estoy que me muero de ganas.

Me entran ganas de hacer pis y camino al baño, pero no al de la primera planta donde hay que hacer fila. Decido ir al de la zona VIP, son más limpios y no hay que formarse para entrar. Subo las escaleras mientras que un escolta me sigue, el guardia que está cuidando la segunda planta ni siquiera me dice algo, solo me deja pasar.

Recibo miradas por parte de las personas que se encuentran ahí y mejor no las volteo a ver, no vaya a ser que tenga otra alucinación. El escolta se para en la entrada y yo camino hacia el pasillo que da al baño.

Entro y me encierro en un cubículo.

Estoy mareada, me cuesta un poco de trabajo caminar, pero trato de controlar cada uno de mis movimientos. Sé que no debería beber así pero el efecto del alcohol solo me durará un rato, además me mantengo a raya. No soy de aquellas que toman hasta desmayarse o hasta que la llevan a casa casi a rastras.

Me pongo de pie en el cubículo y me tambaleo. «Tengo que parar», quizá beba una última copa y ya.

Abro la puerta del baño y me topo con el pecho masculino de alguien. Literalmente mi nariz le roza la camisa.

A mi nariz llega el olor de loción cara que me he esforzado por guardar en mi memoria, y subo rápido la mirada, topándome con aquellos ojos hipnóticos y esa cara angelical del hombre que prácticamente podría ser el diablo.

CAPÍTULO 7

Resiliencia

Angeline

Siento como el cuerpo me empieza a temblar, el latido de mi corazón retumba en mis oídos con un 'Boom, Boom', las piernas se me quieren doblar y estoy poniendo todo mi esfuerzo para que eso no suceda.

—Qué coincidencia.

Doy un paso atrás y lo miro perpleja. ¿Qué está haciendo aquí?, quiero preguntarle. Sin embargo, a parecer mi boca no quiere abrirse para hablar.

—¿Vienes a secuestrarme de nuevo? —digo luego de unos segundos.

Él sonríe ampliamente y da dos pasos hacia atrás hasta recargarse en los lavabos. Aún sigue impresionándome lo alto que es. Se cruza de brazos y me mira de abajo a arriba. Yo aprovecho y lo miro de la misma manera.

Mi cerebro empieza a crear pensamientos poco decentes al igual que escenas. «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...» ¿qué sigue?

Estoy cachonda y esto no me ayuda, menos si sé que la razón por la que estoy así es por recordarlo a él y a su mágico sexo.

—No...al menos hoy no. —Sonríe todavía más, con burla y cierta diversión.

Estoy tan ebria que ni siquiera le presto atención a lo último que dice. Lo miro con confusión.

—¿Entonces...?

La puerta del baño se abre y aparece una chica pelirroja, alta, vestida con falda y unos tacones altísimos.

—Es mío —me dice, mientras se acerca a Aedion.

Pasa los brazos por alrededor de su cuello y apenas puedo apartarme de la puerta del cubículo, cuando ellos pasan y me cierran la puerta en las narices.

Ahora sé para qué está aquí.

Una ola de desilusión me invade y comienzo a sentirme patética.

Estoy pensando tonterías nada más.

Me acerco al lavabo y me lavo las manos lo más rápido para ya irme de aquí.

—¡Ah! —Escucho el primer gemido y otros dos seguidos.

Ella está disfrutando de lo que yo me estoy muriendo por volver a repetir.

Enojada, salgo de ahí y bajo de la sala VIP. Voy hacia Kylie y le digo que es hora de irnos, unos minutos después ya estamos en el auto en dirección a casa.

Me siento atolondrada, apenas y puedo hablar. En cierta parte es por el alcohol, pero también es por haberlo visto. Me pone furiosa tener que volverlo a ver, y me pone peor el que eso me haya alegrado.

—Su padre quiere saber si han bebido —Habla Julio, nuestro chofer a cargo.

—Yo solamente —le respondo—. ¿Papá no está en casa?

—Salió fuera, llegará en unas horas.

¿Papá sabrá que Aedion se encuentra aquí en Los Ángeles? Lo más seguro es que sí. Papá siempre está al pendiente de qué mafiosos entran y salen de aquí.

Un rato después llegamos a casa y al entrar a la mansión lo primero que hago es ir a mi habitación y vomitar en el baño.

El vómito me quema la garganta y el estómago se me comprime cuando ya no queda nada que sacar. Salgo y voy directo a mi cama, no sin antes quitarme el vestido y lanzarlo lejos.

Maldita pelirroja.

Probablemente ya vayan por el tercer round. Ojalá y lo disfrute, porque sinceramente Aedion no parece la clase de hombre que quiera volver a repetir con la misma chica.

«Oh, quizá solo no quiere repetir contigo»

Me envuelvo en las cobijas con molestia y trato de buscar una posición cómoda.

Aunque papá haya hecho las paces con él, no significa que yo ya lo haya perdonado. No ha pasado mucho desde que éramos enemigos, y de que nos acostamos, y si él ya lo superó, pues yo no. No fui torturada al 100% pero duré días sin comer bien y con la muñeca hinchada. Y jamás alguien me había tratado así, así que no puede venir y dárselas del «Borre cassette».

No debería haberme gustado nunca, era prohibido lo que hicimos, y trato de convencerme de que solo eso lo volvió interesante ante mis ojos. Pero ya está, no hay por qué hacerse de ilusiones estúpidas o crear un mundo de sexo con él en mi cabeza.

Necesito relajarme, y he visto videos donde dicen doctoras y otras chicas que autocomplacerce ayuda a aliviar el estrés y te hace olvidar tus problemas. Además, he estado demasiado caliente últimamente. Bueno, sin mencionar que la situación empeoró desde que Aedion apareció hoy.

Me recargo en la cabecera de mi cama y abro las piernas, acaricio mis pechos por encima del sostén para subir la calentura y luego bajo una de mis manos hasta mi zona.

He hecho esto unas cuantas veces, no sé si lo hago bien, pero trato de hacerlo lo más parecido a como lo hacen las chicas en los libros eróticos.

Mi mano toca mi clítoris y empiezo a moverla lentamente en círculos. «Piensa en André» me digo, pero por más que trato de imaginármelo haciéndome cosas sucias, simplemente no puedo. Así que termino evocando lo que no he podido olvidar.

«No es lo correcto, Ann.» Eso lo sé y pese a ello me estoy tocando mientras imagino que es él quien lo hace.

Comienzo a recordar cómo me tomó de las caderas y me ayudó a subir y a bajar sobre su grueso miembro. «Estaba tan duro...» dios, y su descarga fue tan larga que me hubiese encantado probarla.

Eres una jodida zorra, Angeline.

Tengo a André, debería hacer esto mientras pienso en él, pero no...él no es Aedion.

Bajo un poco más e introduzco un dedo dentro de mí. «¡Dios mío!», recuerdo sus gemidos con cada embestida que me dió, recuerdo sus manos alrededor de mi cintura y su cara tan jodidamente bella a unos centímetros de la mía.

Los movimientos sobre mi clitoris se hacen más rápidos y siento cómo me empapo con cada jadeo y cada embestida que da mi dedo.

Recuerdo sus labios, cada una de sus palabras y... El clímax me toma entera, el cosquilleo aparece y con él la paz que se siente en momentos así. Entierro los pies en la sábana y me obligo a morder mi labio para no soltar lo que podría ser el gemido más alto de todos.

Mi corazón está desbocado y me toma unos segundos volver a la realidad.

Acabo de masturbarme pensando en Aedion Lorcan.

Me hago un ovillo en la cama, y un rato después comienzo a llorar, sintiéndome culpable.

Mi mañana del día siguiente comenzó horrible, tuve una resaca de los mil demonios y Kylie no dejaba de hablar con Kiara sobre lo que hicieron aquella noche. Papá se enfadó con todas por haber salido a un club, aunque mamá logró hacer que se calmara. Así que no hubo regaños por haber llegado tan tarde y ebria.

Toda la tarde me la pasé en cama debido a que peleé con André por no haberle avisado a qué hora llegué a casa. Durante cada minuto solo lograba pensar en Aedion, y es que no podía sacármelo de la cabeza. Es como un maldito virus del que necesito encontrar la cura, porque juraría que llegó para no irse jamás.

El domingo me levanté a las 6:00 am y me puse a practicar con Melissa. Estuve haciendo box, judo, jiu jitsu y también estuve practicando mi puntería en el club de tiro de papá. El resto de la tarde lo pasé en mi habitación estudiando con Melissa acerca de los tipos de bombas. Me está enseñando a activarlas y desactivarlas.

Ya es lunes y prácticamente he hecho lo mismo que ayer. Ya no iré a la preparatoria, papá ha decidido sacarme y contratarme diferentes tipos de personas como Melissa, para que me enseñen toda clase de materia avanzada, y me ayuden con el entrenamiento, entre otras cosas.

Desde los cinco años papá me había contratado una profesora que me enseñó toda clase de ramas de las matemáticas, algo de biología, química y física. También se enfocó en hacerme aprender francés. Iba a una escuela normal, no obstante papá quería que siempre fuese la mejor.

Mamá siempre me inculcó que tenía que ser fuerte, decidida e inteligente, me enseñó que la belleza solo es un plus y que yo tenía que ser mucho mejor que cualquiera. Quizá sea por eso que tengo el ego un poco alto (no voy a negarlo), pero todo lo que han hecho me ha servido y por alguna razón me ha gustado.

A los 7 años contrataron a Melissa y despidieron a mi antigua maestra, pero bueno, Melissa me enseñó todavía más. Viajamos por el mundo a aprender más cosas y en todo momento ella siempre estuvo conmigo para apoyarme, darme ánimos y para cuidarme.

Solamente iba a la preparatoria para aparentar. Y me gustaba, era la única cosa que sabía que me hacía ver como alguien «normal». Pero, siendo sincera, nunca pude encajar. No soy una adolescente normal y creo que todos lo sabían.

Ahora me encuentro en el patio trasero de mi casa haciendo yoga junto a Elizabeth. Kylie está leyendo sobre el camastro que está frente a la alberca.

—Escuché que la tía Antonella vendrá —dice Ellie, sentándose sobre el tapete.

La tía Antonella es una de las hermanas de mamá, es la mayor.

—¿Cuándo?

Casi nunca veo a mis tías, todas viven en lugares distintos y a pesar de ser unidas siempre evitan las visitas familiares.

—No sé, pero oí decir a papá por teléfono que la necesitaba lo más pronto.

Frunzo el ceño.

—¿Crees que sea grave?

—No sé.

La puerta de la casa se abre y aparece mi mamá.

—Ann, necesito hablar contigo —dice.

¿Hice algo mal?

Me pongo de pie y camino hacia ella. Entramos a la casa y luego a la cocina. En la barra hay dos platos, uno con un pedazo de tarta de verduras y en el otro hay salmón.

—¿Y esto? —le pregunto.

—Es tu comida favorita, ¿no?

Me siento en uno de los bancos y ella hace lo mismo.

—Sí, pero quieres hablar conmigo. —Frunzo el ceño—. Empiezo a creer que es algo malo y que quieres compensarlo con esto.

Ella sonríe.

—Lo que quiero hablar no es malo y tampoco es una noticia.

—Dime qué pasa.

—Quiero felicitarte y agradecerte por haber participado en la misión pasada. Aunque las cosas se complicaron, supiste manejar bien el problema. —Le sonreí—. Tienes apenas 17 años Angeline, pero ambas sabemos que no piensas como una niña de esa edad. Eres madura, muy inteligente, analítica... En fin, eres muy buena.

Esto no me da una mala espina, pero aún así me estoy comenzando a preocupar.

—¿Tiene algo que ver con la tía Antonella? Porque escuché que papá la llamó.

—¡No!, son temas totalmente distintos. —Arruga el entrecejo—. El día que fueron a la discoteca, tu padre y yo salimos a cenar con el rey de la mafia roja.

El rey de la mafia roja es Stefan Lorcan, el padre de Aedion, y lo sé porque escuché que papá hablaba de él con mi madre el día que regresé.

—¿Y qué sucede?

—Tu padre y él formalizaron más las cosas, antes eran buenos amigos, así que no hubo mucha pelea. En fin...de un tema a otro, apareciste tú y Stefan comenzó a hablarnos de tus habilidades. Dice que Aedion quedó sorprendido con todo lo que vio en ti.

—¿Mis habilidades? —Siento que las manos me empiezan a sudar.

Si ese espécimen se atrevió a hablar de lo qué pasó con alguien más, juro que le cortaré el miembro y lo haré mi propio juguete sexual.

—Dijo que pudiste golpear a varios de sus hombres y que hasta pudiste arreglar tu muñeca sola, ¿eso es cierto? —En su tono noté cierta sorpresa.

Bien, quizá no le conté todos los detalles a mis padres, pero no lo hice porque no quería que se pusieran peor de lo que ya estaban. Odio ver llorar a las personas que amo.

—Sí, la verdad lo hice a la suerte.

—No quiero que lo vuelvas a hacer.

—¡No habrá otra vez! —exclamo.

—Bien. —Me señala—. Quiero saber cómo te has sentido desde que estás libre, solo eso, quiero saber cómo estás.

Tendría que estar mal. Cualquier persona estaría hundida en una depresión horrible, yendo al psicólogo o al psiquiatra. Pero yo...yo no.

—Bien —pongo mis manos sobre las suyas y le sonrío tiernamente—, sabes cómo soy. Este tipo de cosas no me asustan como deberían.

—Lo sé, pero no es normal.

En eso tiene razón.

—¿En mi vida qué hay de normal? —bromeé.

—Eres fuerte, eso lo sé, pero si quieres hablar de algo sabes que nadie te juzgará.

«Claro que sí» pienso. Si le contara que estoy pensando más en Aedion que en el secuestro, seguro me armará un escándalo.

—No tienes de qué preocuparte.

—Sabes que tu padre haría cualquier cosa por ti al igual que yo, así que si te molesta que las cosas entre ambas mafias hayan quedado en paz, puedes decirlo. Tu padre armó casi la tercera guerra por traerte a casa, lo volvería a hacer si eso te tiene contenta.

Entiendo bien ese punto.

Pero no le buscaré más problemas a mi familia, mucho menos con personas como ellos. Son crueles, de hecho, son considerada la mafia más maligna de todas. No quiero vivir con una angustia mucho más fuerte sabiendo que estarán en una guerra sin parar.

—Todo está bien mamá, no hace falta que comiencen una guerra por algo que ya se solucionó.

Luego de eso comenzamos a hablar sobre André y mil temas diferentes. Hablar con mi madre es algo que siempre disfrutaré.

Cuando llegó el anochecer me puse a ver una película con Kylie y Ellie, pero a mitad de la película fuimos interrumpidas por Simón, el cual nos avisó que mi padre pasaría por nosotras dentro de dos horas para ir a cenar.

Así que me duché, me maquillé, arreglé mi cabello y me puse un lindo vestido verde esmeralda; es corto, pegado hasta la cintura y luego ligeramente acampanado, el escote del pecho es en V y las mangas son hasta los codos. Lo combiné con unos tacones plateados.

Justo ahora voy llegando al restaurante. Simón nos deja en la entrada y nos adentramos. Papá pide la reservación y luego nos guían hacia la sección del fondo, donde una cortina cubre las mesas que solo son reservadas por gente que pide discreción. Solo hay dos familias cenando tras ellas, y a nosotros nos ponen más retirados.

—¿Qué hicieron hoy? —pregunta papá una vez que nos dejan solos.

—Ann y yo hicimos yoga —responde Ellie. Papá asiente con una ligera sonrisa.

—¿Cómo saliste en tu examen? —le pregunta papá.

—Saqué 11/10 en biología. Literalmente mi maestra dijo que había sido la mejor de toda la escuela, hasta me dieron un reconocimiento y me tomaron una foto para colgarla junto a las fotos de los niños nerds que están en dirección. —Sonreí.

Ellie es una cerebrito, es la única de nosotras a la que no le gusta pelear o aprender cosas sobre deportes. Le gusta el ballet y siempre dice que quiere ser doctora o científica de la NASA.

—¡Esa es mi niña favorita! —Papá choca los cinco con ella y luego me guiña el ojo.

La mesera se acerca a pedir nuestra orden y aprovecho para ir al baño. Entro y saco mi celular para llamar a André.

—¡Hola! —exclamo cuando contesta.

Hasta ahora va respondiéndome. Estaba tan enojado que ni siquiera respondió a ninguno de mis mensajes.

—Lo siento.

—No, yo tuve la culpa. Debí llamarte cuando llegué de allá.

—Es algo estúpido, solo no lo vuelvas a hacer.

Sonrío.

No me gusta pelear con André. Ha sido la única persona a la que he dejado entrar en mi vida, sin él siento que no tengo a nadie.

—Vine a cenar con mis padres, haré lo posible por irte a ver mañana, ¿que dices?

—Me gustaría mucho.

Hablé un minuto más con él y luego terminé la llamada.

Me sigo sintiendo culpable por lo qué pasó, pero he sabido controlarlo bien. Aún así, no quiero volver a ser una infiel.

Acomodo mi cabello y salgo de ahí. Camino hacia mi mesa, y en cuanto abro la cortina siento como si me echaran un balde de agua fría. «Oh...esto tiene que ser una broma».

Aedion está frente a nuestra mesa. ¿Qué tanta era la probabilidad de que nos encontráramos

en el mismo restaurante?

Los ojos de mi familia y de él se posan sobre mí y es cuando me doy cuenta de que no está solo. A su lado está un hombre de su altura, fornido, con el cabello oscuro, parece recién afeitado, y su expresión es seria, dura y gélida. «¡Caramba!», sin duda es otro espécimen igual de hermoso que el tatuado.

Tengo frente a mi a dos hombres sumamente atractivos, uno con el cual perdí mi virginidad, y otro con el que me dan ganas de repetir lo mismo que con el primero.

Siento como el calor se me sube a las mejillas y detengo todo pensamiento que esté fuera de lugar. «No es momento para eso», me digo.

Todos lucen expectantes a mi reacción, quizá crean que voy a huir o que me pondré nerviosa, y tal vez eso quiera hacer, pero no les daré eso que tanto esperan. Soy la mayor de las Mikaelson, y si las cosas ya se arreglaron no hay por qué temer.

Camino hacia la mesa con el mentón en alto y me acerco a esos dos.

—Qué coincidencia. —Primero le extiendo la mano a Aedion.

Este la estrecha y luego sigo con el hombre a su lado.

—Angeline Mikaleson —sonrío—, es un gusto.

—Killian Lorcan, el gusto es mío.

Claro, tenía que ser uno de ellos. Se me haría raro que tanta hermosura perteneciera a otro apellido.

Sus ojos me recorren rápidamente y luego vuelve a mirarme a la cara. «Si, yo fui la secuestrada», sonrío divertida por lo que acabo de pensar y camino hacia mi asiento.

—¿Gustan sentarse? —Pregunta mi padre amablemente.

Miro a mamá y ella está mirándolos con esa expresión dura y fría que suele tener cuando está demasiado enojada. Su presencia no le agrada en absoluto.

—No me molesta y tampoco me incomoda —digo al ver que no dicen nada.

Van dos veces que me encuentro con Aedion. No sé si sea mi mala suerte, el destino o quizá solo casualidad, pero bien dice el dicho: «Si del cielo te caen limones aprende a hacer limonada».

—Qué segura —dice Killian, tomando asiento a la esquina de la mesa.

Aedion se sienta junto a él y su mirada cae sobre mí de inmediato. Una corriente eléctrica me atraviesa y mi sistema hace corto circuito.

—Gracias. —Sonrío.

Al ver que el ambiente se ha puesto un poco incómodo, papá comienza a sacar tema de conversación y de vez en cuando mamá se mete en ella, pero solo con respuestas cortas como «sí», «ajá», «cierto», «no». Conozco bien a Anastasia Bellows y su actitud es tan cortante con ellos que debería sorprenderme, pero no es así. Mamá es más fría que mi papá. Y si a papá le gusta arreglar las cosas, quedar en paz, evitar más guerras... a mi madre le gusta armar más caos, no le gusta perdonar y a lo largo de los años ha tenido que moderar un poco eso por mi padre. Y tiene que soportar este tipo de cosas.

La mesera trae nuestros platos junto a los de los Lorcan y me concentro en comer, pero no puedo evitar mirar a ninguno de ellos, en especial a Aedion. Está conversando con mi padre como si de verdad fueran grandes amigos y es fastidioso.

A mi cabeza llegan las palabras amenazantes que me dijo luego del sexo: «si le dices a alguien sobre esto, te mataré». Idiota.

—He oído muy buenas opiniones sobre Angeline —Mi mirada se va hacia Killian—. Dicen que tiene mucho potencial.

—Eso es cierto —le interrumpo—. Muchos dicen que soy muy buena en lo que hago. —Sonrío con descaro y miro disimuladamente a Aedion.

—Y solo tienes 18 años —sigue.

—No alimente mi ego.

Siento como mamá me da una patada bajo la mesa y trato de sonreír amablemente.

—¿No has pensado en integrarla al equipo? —le pregunta Aedion a mi padre.

—Prefiero que esté fuera de eso. Además, le queda mucho por aprender.

—Yo podría enseñarle. —Casi me atraganto con el agua—. Lo qué pasó fue un error y ahora que somos socios no estaría mal que arregle las cosas con ella.

Lo miro desconfiada.

¿Arreglar las cosas? Ay dios, esto tiene que ser una maldita broma. Se las está dando de santo.

—Ya tiene maestras —se opone mamá.

—Bueno, pero saben que la mafia roja es la mejor en combate y defensa. Un poco de entrenamiento con nosotros no le caería mal —dice Killian.

—¿Y planean quedarse para enseñarme? —Alzo ambas cejas.

—Es territorio de tu padre, podemos quedarnos si así se siente más seguro, de lo contrario vendrías a Londres conmigo —dice Aedion, pero siento que en su tono hay un cierto atisbo de picardía.

Está usando la maldita táctica de «si se siente más seguro» como si quisiera dejar a mi padre como un miedoso. Así que antes de que responda, lo hago yo primero.

Ambos sabemos que si la mafia roja me ayuda a entrenar evolucionaría muchísimo.

—La verdad yo me sentiría más segura si lo hacemos aquí —miento.

Me da igual, solo lo hago para que mi padre esté tranquilo sin necesidad de ser tachado de cobarde.

—Como quieras.

Me encojo de hombros y miro mi plato.

No me emociona esto, solo lo hago para que vean que nosotros no somos unos agachones. Soy una Mikaelson hecha y derecha, no me dejare intimidar jamás por nadie y mucho menos por hombres como ellos.

CAPÍTULO 8

JAZBA

Angeline

Bajo de la Jeep y camino con paso seguro hacia la entrada del gimnasio. Aedion me dará mi primer entrenamiento hoy, entrenamiento que según él «es para hacer las paces». No le creo ni mierda, desconfío de él porque estoy segura que no es esa clase de hombre que perdona tan fácil.

Conforme me voy acercando voy repitiéndome las instrucciones que me he puesto desde que supe cuándo iba a ser el primer día de entrenamiento con los Lorcan: «Mentón en alto, no mirarlos demasiado, ser cortante y mantener distancia» tengo que hacerlo. Debo mantener mi mente y cuerpo en orden, y si sigo todo al pie de la letra estoy segura que no moriré de un infarto al corazón.

Empujo la puerta de entrada y mi mirada da un escaneo rápido a toda el área. No hay ninguna persona, y era de esperarse, no puede arriesgarse a tanto si es que quiere quedarse en Los Ángeles. Escucho el sonido de golpes contra un costal al fondo del lugar, limpio mis manos sudorosas en mi pantalón y camino hacia allá.

Lo veo de espaldas a mi, sin camisa y solo con una bermuda puesta. Su espalda tatuada hace que mi sistema haga corto circuito y que en un dos por tres aparezcan las ganas que le tengo desde hace semanas.

«Contrólate, Ann.»

—Hola —lo saludo.

Deja de golpear el saco y se da la vuelta para quedar frente a mí. Es enorme. Su altura me hace sentir como una hormiga, y esto realmente me gusta muchísimo. Mi mirada hace un escaneado rápido de su pecho y la boca se me seca al mirar su tatuaje enorme. Mi gusto por los hombres siempre se basa en que sean buenos, carismáticos y alegres, pero Aedion es como ese gusto culposo que quiero probar a cada nada.

Su respiración es agitada y todo su cuerpo está cubierto por una ligera capa de sudor.

«Demasiado sexy», pienso.

A mi mente llegan diferentes tipos de ideas sobre cómo podríamos coger y mi entrepierna cosquillea. Nunca había visto porno, pero desde que quise masturbarme estuve viendo y aprendiendo cosas. Pero no sé como, de un momento a otro comencé a ver videos sobre cosas más... ¿masoquistas?, y extrañamente ver videos de ese tipo se volvió parte de mi rutina nocturna.

—¿Viniste sola? —pregunta, dándose la vuelta y comenzando a golpear el saco otra vez.

—Sí.

He visto videos donde la chica es la sumisa y otros donde ella es quien manda. Realmente quisiera probar ambas cosas y sé que la persona indicada para eso sería él, porque la verdad dudo que a André le guste el sexo duro.

—¿Sabías que no es normal la manera en que actúas? —Pongo ambas manos en mi cadera.

Mis ojos van hacia sus brazos musculosos y la lengua me pica de las ganas de pasarla por ellos.

«Sigue las reglas...» me regaño.

Ay dios, es que quisiera hacerle tantas cosas.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Fuiste secuestrada, por mí —pongo los ojos en blanco— y ahora voy a entrenarte. No veo que estés huyendo o temiéndome.

—Bueno, ya lo dijiste, vas a entrenarme. ¿Te parece que eso es normal? Digo, querías matarme hace unas semanas. —Me cruzo de brazos.

Sonríe.

—Ve a ponerte los guantes —ordena.

Camino hacia la esquina más cercana y dejo caer mi mochila, me quito la sudadera quedando en un top deportivo y tomo unos guantes MMA, tardo poco en colocarlos y luego me doy la vuelta, encontrándome con que me está mirando descaradamente el culo.

—Mis ojos están arriba. —Camino hacia él.

—Quién te manda a tener buen culo.

—Eso no te da derecho a verlo así de descarado.

—No. —Me paro frente a él y rompo la regla sobre no verlo a la cara—, pero ya lo vi sin nada encima, lo toqué y apreté a mi antojo, y eso sí me da el derecho.

Siento como mis mejillas se ponen rojas y automáticamente las bragas se me mojan. Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta para fingir que no me gustó su comentario.

«Ojalá lo hiciera de nuevo.»

No, basta, debo controlarme.

—Ya, empecemos. —Carraspeo y doy un leve golpe al saco.

—Eso no vas a olvidarlo nunca.

—De hecho, ya me hicieron olvidarlo. —Me encojo de hombros y me pongo en posición.

La sonrisa que tenia se borró y su cara se puso seria. Uy, herí su ego.

No habla más del tema y decide enfocarse más en el entrenamiento, lo que es bueno porque si sigue por ese camino las cosas van a acabar mal y se que él también lo sabe.

Primero me ordena que le enseñe cada uno de mis movimientos, y comienzo a golpear el saco como Melissa me enseñó. Doy golpes fuertes, algunas veces meto el codo, doy patadas altas, bajas y medias. Todo me sale bien, el boxeo es de las cosas más fáciles que sé hacer.

—Da una patada alta y sostenla ahí.

Hago caso.

Toma mi pie por encima de mi tenis y lo va subiendo por el costal poco a poco, mi pelvis queda pegada al saco cuando quedo totalmente abierta de piernas y la mirada que me lanza me hace sonreír con diversión.

—¿Estás midiendo mi flexibilidad? —le pregunto con tono burlesco.

Suelta mi pie y lo pongo de nuevo en el piso.

—Necesito saber qué tanto lo eres para saber si necesito trabajar en eso o no.

Ajá.

—En Japón se encargaron de que mi cuerpo fuese extremadamente flexible, me sometieron a entrenamientos poco comunes y muy dolorosos —explico.

—¿Qué más sabes hacer? —Se cruza de brazos.

—Judo, jiu jitsu, krav maga y karate.

—¿Sabes usar armas?

—Me gusta usar pistolas, tengo buena puntería.

—¿Cuál es tu favorita?

—USP, SIG Sauer y la Glock G19.

Asiente con la cabeza y aunque no lo quiere dar a entender puedo ver que está un poco sorprendido.

—Mañana iremos a la sala de tiros y veremos qué tal.

—¿Eso es todo por hoy? —Frunzo el ceño.

No han pasado ni cuarenta minutos, se supone que sería un entrenamiento intenso.

—No —responde. Se da la vuelta y camina con determinación hacia el cuadrilátero. Sin mirar atrás, se detiene en el borde y, con voz firme, ordena:

—Sube.

Recojo mi botella con agua de mi mochila y luego camino hacia él. Sube al ring y hago lo mismo.

—Pelearás conmigo. —Casi me atraganto.

«Estamos perdidas.» Lo sé.

Es un hombre de casi dos metros, musculoso y con una famita que te cagas al saber a cuántas personas a matado a golpes.

Lo miro a la cara y decido mejor hacerme tonta revisando que mis guantes estén bien. Quedé en no mirarlo y mantener mi distancia, su cercanía y voz de por sí ya me tienen mal, si llego a mirar sus ojos o me atonto detallándolo terminaré echándomele encima.

«Concéntrate.»

Me pongo en posición y doy dos pasos hacia atrás, comenzamos a dar vueltas en el ring y espero a que él se aproxime.

—¿Ya le contaste a tu novio sobre lo que pasó? —Su pregunta me toma por sorpresa, y mis pasos se detienen en seco.

¿Qué?...

Y justo cuando voy a responderle, da un paso hacia adelante y me toma de uno de los brazos para después hacerme dar una voltereta. Suelto un quejido cuando mi espalda toca el piso y el enojo comienza a apoderarse de mi.

—Ahí tu primer error. —Da un paso hacia atrás y me hace una seña para que me ponga de pie. Lo miro mal—. No dejes que tu oponente se meta en tu cabeza.

—¿Tenías que decir esas cosas? —Me pongo de pie.

—Eres muy fácil de leer, Angeline. —Se encoge de hombros y sonríe con diversión.

Idiota.

Yo no soy fácil de leer, nunca nadie me había dicho eso. Todos me toman por complicada e impredecible.

—No es verdad —le digo.

Me pongo en posición y él hace lo mismo sin borrar su sonrisa socarrona. Da un paso hacia mí y suelta un puñetazo, lo esquivo con éxito y ahora soy yo la que quiere propinarle dos puñetazos seguidos, pero también es ágil y logra esquivarlos.

—Estás enojada y también eres una pésima mentirosa —dice y le doy una patada en el muslo que lo hace doblarse. Emite un quejido.— Y también estás confundida, ¿no? —su voz sale entrecortada.

Me toma de la pierna y la hala, haciéndome caer de culo. El impacto es doloroso, pero reacciono rápido cuando quiere acercarse; lo empujo con mi pierna en el pecho. Vuelve a quejarse. Me arrastro rápido hasta quedar a horcajadas sobre él, quiero pasar ambas piernas alrededor de su cabeza para hacerle una llave ámbar, aunque me cuesta trabajo y termina subiéndose arriba de mi.

—No puedes decirme que olvidaste lo que sucedió, Liebe.

No sé cómo, pero termina girándome, haciendo que mi pecho y cara toquen el piso. Sostiene mis brazos por atrás de mi espalda y jadeo.

Todo mi cuerpo quiere reaccionar, pero tras oírlo decir de nuevo aquella palabra es como si hubiera dado justo en mi debilidad. Investigué qué idioma era y que significaba. Es alemán y significa «amor».

Mis sentidos se atolondran, y el enojo me invade todavía más.

—Solo fuiste mi primera vez —le recalco.

Su pelvis se recarga en mi trasero y suelto un gemido al sentir su erección contra mi, la refriega y muerdo mi labio para no soltar más sonidos.

«Fóllatelo.»

Niego mentalmente y trato de concentrarme pensando en otra cosa, pero nada me ayuda a alejar todos esos pensamientos indecentes que he comenzado a tener.

«Solo para calmar la calentura que le tienes.»

—Por favor... —Mis palabras salen sin aviso.

—¿Por favor qué?

—Métemela —pido.

Afloja su agarre de mis manos y las pongo a mis costados. Sus manos descienden hasta el principio de mis leggins y me alzo un poco para que pueda bajarlos, pero en vez de eso termina rompiendo la prenda por la mitad.

Mierda.

—¿Qué?... —Giro la cabeza y rápido trato de tomar una foto mental de lo que está haciendo.

Su polla está afuera y su mano sube y baja por ella, sus ojos miran mi culo con un deseo que nunca había visto jamás en cualquier otra persona. Me gusta y me prende de una manera indescriptible.

—Voy a darte tan duro que ni vas a poder caminar, mentirosa.

La excitación de mi intimidad aumenta, transformando en un mar de sensaciones. Un impulso irrefrenable me lleva a posarme en cuatro, imitando esa pose que he visto tantas veces en la pantalla. Mi cuerpo, sin mediar palabra, expresa el deseo que me consume.

Me sobresalto al sentir sus dedos tocando mi zona por encima de mi tanga y suelto un leve gemido.

—Estás tan mojada, Liebe.

—Tú lo provocaste.

Siento como aparta la tela y luego pasa sus dedos por mis pliegues. Gimo.

—Exacto —su voz sale más ronca que antes—, apuesto a que ni tu novio puede ponerte así.

Si supiera que ni siquiera me ha penetrado...

Sus dedos se introducen en mí y las rodillas me empiezan a temblar tras sus movimientos. Ya lo deseaba, ya quería sentir esto...¡Dios!

—¿Me extrañaste, mentirosa? —pregunta, pero no puedo ni responderle por estar absorta en el placer que me provocan sus movimientos—, te hice una pregunta —demanda.

Sus movimientos frenan y siento que me vuelvo loca.

—¡Sí, sí, sí! —Vuelve a hacer movimientos circulares y suelto un jadeo, complacida.

Siento mil corrientes electrizantes recorrerme de pies a cabeza, escucho el sonido de mi humedad cuando mete y saca sus dedos. Es vergonzoso estar tan empapada por él que ni siquiera me reconozco.

Mis piernas tiemblan, mis gemidos se van apagando y siento cómo todo mi cuerpo va subiendo de temperatura poco a poco. El orgasmo me toma entera y lo único que puedo hacer es

chorrearme en su mano.

«Delicioso», sí...

Mi cuerpo empieza a relajarse y lo único que quiero es dejarme caer dormida, pero él no me da tregua, pues me la mete entera de una estocada. El dolor se hace presente y suelto quejidos, sin embargo, no voy a negar que se siente placentero.

—Sigues igual de apretada, Angeline —gruñe—, y eso significa que nadie ha entrado aquí. —Golpea uno de mis glúteos.

Ay dios, su tamaño es más grande de lo que pensaba, intensificando el dolor. Soy tan pequeña y él es enorme, podría tomarme como una muñeca si quiere.

—No es...

—Sí, es verdad —me interrumpe—. ¿El patético de tu novio es un mojigato? —La saca y vuelve a embestir duro. Gimo.— Dime Angeline...¿su polla no es tan grande como la mía?, ¿es por eso que no logra calentarte, Liebe?.

«Ambas», pienso.

—Por favor...—suplico—, rápido —pido.

—Déjame disfrutarte. —Me toma del cabello y jala de él. Me recargo sobre mis antebrazos y el acerca su cara a mi oído—. Volviste a caer en mi infierno, Liebe.

Muerde el lóbulo de mi oreja y luego me toma de la cadera para impulsarse y comenzar a moverse rápido, duro y salvaje. Es una maldita bestia cogiendo, Dios mío. Su palma impacta contra mi trasero y gimo gustosa por que lo vuelva a hacer.

¿Estoy mal porque me gusten las cosas así de agresivas? Quizá, pero en el sexo todo se vale, ¿no?

—¡Ah, sí! —gimo y su palma va de nuevo hacia mi glúteo—. ¡Aedion! —exclamo.

Vuelve a nalguearme y sonrío complacida. Siento el famoso cosquilleo invadirme poco a poco y de nuevo las piernas me tiemblan.

—Córrete para mi, Liebe...—Y eso es suficiente para que el orgasmo me envuelva por segunda vez.

Saca su miembro y siento como derrama toda su descarga en mis glúteos. Mi respiración es agitada al igual que la de él, incluso estamos más acelerados que cuando estábamos luchando. ¿En qué momento hemos pasado a esto?

—Quédate así —ordena y obedezco.

Un segundo después siento cómo está limpiando todo lo que dejó sobre mi. Al terminar me pongo de pie como puedo ya que mis piernas son como gelatina. El trasero me arde y creo que su mano va a estar marcada por un tiempo ahí.

¿Y ahora qué debo hacer?

Lo veo bajar del cuadrilátero y luego caminar hacia sus cosas. Mi pantalón está roto y tengo una vergüenza como nunca antes. Por alguna razón me da pena que me vea así.

Me quito el leggin antes de que voltee y camino a paso rápido hacia donde esta el baño. Al entrar veo las regaderas y a un lado, en un estante, hay toallas.

«¡Gracias a Dios!»

Suelto mis tenis y termino de quitarme todo. Entro a uno de los cubículos y abro el agua helada para que me despeje un poco.

Aedion seguro ya se va, y creo que eso es lo mejor. Justo ahora necesito asimilar lo que acaba de pasar y luego tendré que acomodar todas mis emociones. Cada que lo veo algo en mí se desata, algo se revuelve y no se qué mierda sea, pero es desesperante. Sé que solo es apego sexual, pero tengo a André, y a él no puedo engañarlo de esta manera. Lo quiero muchísimo pero

no me atrae sexualmente como Aedion, aún así, siento que Aedion no vale la pena como para terminar mi relación por él.

Todo es muy complicado.

Es tan decepcionante y deprimente fallarle a tu persona favorita en el mundo, más si sabes que lo qué haces está mal y aún así lo sigues haciendo.

Abro el agua caliente y comienzo a nivelar el agua.

Por semanas quise repetir, tenía un deseo intenso de hacer lo mismo, pero por alguna razón no me dan ganas de hacer esto con André, y ahora que repetí con el espécimen tatuado, estoy más que segura que André jamás haría lo que Aedion me hace.

André es un chico más delicado. Le gustan los besos lentos, las caricias suaves, las palabras dulces... Y cuando llegamos a ese punto de intimidad y quiero que sea un poco más rápido, me detiene y me dice que le baje un poco. Quizá por eso nunca accedí a que siguiera, me hacía sentir insegura cada que me frenaba, y yo necesitaba (y necesito) a alguien seguro, que me anime a seguir, a experimentar cosas.

«Pero lo quieres.»

Si, lo quiero muchísimo. Él ha estado conmigo desde siempre y voy a agradecerle eso hasta el día que muera, porque, ¿quien va a querer ser novio o tan solo amigo de una chica que tiene problemas por doquier? No me dejan salir a muchos lados, siempre me están llamando mis padres, tengo hora de llegada y siempre tengo que cargar con escoltas. A eso agreguémosle el que me quieran secuestrar o matar.

Tengo que hablar con él, pero primero necesito saber qué voy a decirle. ¿Tengo que ser sincera o solo dejarlo por una razón menos fea? Tengo miedo a que se vaya de mi lado y sinceramente si le cuento que me acosté con otro jamás va a perdonarme y se alejará para siempre, lo sé porque eso sería lo que yo haría.

CAPÍTULO 9

El fruto prohibido

Aedion

Anastasia Bellows siempre ha sido considerada por mi familia como una perra manipuladora.

Enloqueciendo a los hombres con esos ojos gris rayo, con esa cara de diosa y ese cuerpo de Ángel, siempre se sale con la suya.

Anastasia fue la primera mujer en querer liderar una mafia. Utilizaba a todos a su antojo, enamoraba a cualquiera con sus habilidades de mujer hermosa y luego los desechaba sin importar qué. Mi familia odia a las hermanas Bellows y ahora también a los Mikaelson, han sido tantas las peleas que hemos tenido con aquella gente que toda mi familia quizá ya se haya acostumbrado a competir, pero yo no y si algo tengo muy presente son mis objetivos.

Cuando Anastasia quedó embarazada desapareció, se mantuvo oculta y dejó de seguir aquel sueño de alguna vez ser líder. Sin embargo, se quedó con el padre de su bebé y rey de la pirámide en ese entonces: Leonel Mikaelson. Fue así como Anastasia se convirtió en La dama de la mafia. Temida, admirada y odiada por todos en el negocio del narcotráfico, Anastasia tuvo a su primera hija. Fue entonces cuando todos se dieron cuenta que ahora tenía una debilidad.

Cuando comencé a ser el príncipe de la mafia roja, desde un principio mi familia me inculcó que la mafia azul era nuestra más grande enemiga y nuestra más grande amenaza. Fue entonces cuando a la edad de 19 años me mostraron a cada una de las debilidades de la bruja Bellows.

Y de sus tres hijas, la mayor se convirtió en mi más grande problema.

Angeline Mikaelson, la copia idéntica de su madre; ojos grises malditos, piel marfileña, cabello negro y sonrisa encantadora. Una chica sublime, que a pesar de que en ese entonces tan solo tenía 15 años, me hizo caer en una extraña y prohibida curiosidad. Curiosidad por ella, la cual he tenido por dos años y que creo que se ha convertido en una puta obsesión.

Me costó entender que era el enemigo, porque cada vez que la miraba a través de fotos, a través de la ventana de mi auto o escuchaba a alguien hablando de ella, iba entendiendo que ella era diferente a su madre en muchas cosas.

Todos decían que a su corta edad era alguien muy madura y buena niña. Sorprendía a todos aquellos que la llegaban a conocer, no solo por su belleza, sino por su inteligencia y sabiduría.

Anastasia tenía ese aire angelical, de una mujer pura. Parecía y aún parece una diosa. Pero cuando me mostraron a Angeline, me la imaginaba aún más angelical; quizá con el cabello rubio y ese aire de mujer pura y sagrada que aparentaba su madre. Pero por más que tenía un parecido idéntico con Ana, su belleza no estaba destinada a parecer tierna, sino que, a su vez, su belleza estaba más apegada a la ferocidad, al poder, al orgullo y al egocentrismo.

Y cada vez que pasaban los meses y la observaba más, me di cuenta que ella era diferente, inevitable, inefable, y que me había hecho caer en el encanto que tanto me habían advertido.

Y comencé a odiarla, a detestarla por haberme echo caer tan bajo.

Un Lorcan podía tener a cualquier mujer, pero esas brujas con ojos hechiceros estaban prohibidas.

Fue entonces cuando comencé a buscar mujeres que no se le pareciesen en nada, como Natalie. Necesitaba olvidarme de ella, pero no funcionó. Solo comparaba su belleza y logros con otras mujeres que no le llegaban a los talones en carácter y mucho menos en belleza, y entonces entendí que tenía que buscar a una mujer parecida.

El club Atenea de Los Ángeles siempre ha sido de mis favoritos. Puedes encontrar toda clase de mujer ahí, y yo necesitaba a alguien lo más parecida a esa bruja. Jugaría con mi cabeza, solo me acostaría una vez con alguien similar para así calmar la lujuria desenfrenada que me invade cada vez que la veo o la pienso. Es por eso que mandé a Roxana a conseguir a una chica con ciertas características estrictas:

Menor de edad, específicamente quería a alguien de su edad, así que tenía que ser una chica de 17 años. Con la piel de porcelana y con los ojos más coquetos que puedan existir.

¿Y qué pasó?, recibí algo todavía mejor.

Cuando «Castalina» subió al escenario reconocí casi de inmediato aquel cuerpo y supe que todo era una trampa. A pesar de tener el cabello rojo y los ojos oscuros, yo la reconocí, ¿cómo no iba a hacerlo? Estuve dos años observándola, analizándola y prácticamente actuando como si fuera un puto loco tras de ella.

Cada segundo que pasaba sentado observándola corría peligro, pero verla bailar en el tubo, vestida con encajes y orejas de gatita, me tenía estático y atolondrado. En lo único que podía pensar era en quitarle todo su disfraz y darle unos buenos azotes.

Solo fue cuestión de presionar el botón de seguridad que me dieron al entrar para que mis hombres apagaran las luces y comenzara el operativo de salida de emergencia. Mi cabeza decía que lo que iba a hacer era algo incorrecto, que solo iba a ocasionar guerra entre clanes, pero no me importó en lo más mínimo. Tenía que llevarla conmigo, verla un poco más de cerca y quizá así se acabaría todo esto.

Asesinarla cuando la llevé a la mansión era lo correcto, debía haberla hecho sufrir, torturarla por todas las cosas que su madre le hizo a mi familia. Pero solo lograba ponerme mil excusas para no hacer lo que de verdad tenía que hacer.

Era patético, ridículo, absurdo y realmente estúpido que, siendo yo heredero de la mafia roja, príncipe y futuro rey, estuviera acosando a una cría respondona que va en preparatoria.

Pero heme aquí, sacando excusas para verla por más tiempo. ¿Entrenarla? A los únicos que entreno es a mis soldados, yo no soy niñera y mucho menos me interesa hacer las paces con nadie, pero ella causa algo inquietante, algo que no se calma hasta que la tengo cerca.

Haberla probado una vez tendría que haber sido suficiente, pero no lo fue. Apenas la entregué con su padre comencé a sentirme rabioso, como si algo me faltara. Y me enojé con ella, porque por ella estaba mandando al carajo la lealtad que le tengo a mi apellido, por ella estaba fallando en el propósito más grande e importante de mi vida.

Angeline es la única mujer prohibida, puedo tener cualquier cosa y a cualquier persona, pero supongo que el que sea prohibida me da todavía más tentación.

Quise que fuera mía tantas veces, pero sabía que el tenerla solo me convertiría en el peor de los traidores. Pero es que es una hija de puta. Desde que me puse a investigarla no ha dejado de hacer cosas que solo llaman más mi atención, cosas que no he visto de otras chicas y eso es...raro.

Hace un año, cuando hubo una junta y todos los reyes de la mafia se reunieron, escuché que Leonel le contaba a Dante Rinaldi cómo Angeline se aventó en paracaídas mientras hacía acrobacias, luego también oí que había viajado a Tailandia solo para probar a que sabía una puta tarántula.

¡Una jodida tarántula!

De todas las mujeres y chicas con las que he estado, ella es todo lo que no debería gustarme. Es rara, soberbia, obstinada, está loca también, y no dudo en que tenga mil defectos, pero es única y de eso no tengo la menor duda.

—¿Te has olvidado de que sigue siendo el enemigo? —pregunta Killian a mi espalda.

—Es mejor tener al enemigo cerca, ¿no es así? —le respondo tajante.

Killian es otro problema. No soporta a los Mikaelson por las mismas razones que todos en la familia, pero aún así está de acuerdo con el plan que estoy llevando a cabo para la mentirosa.

—No puedes cogerte al enemigo.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —lo miro mal—, pero jamás pasaría algo así con ella.

Killian es mi hermano mayor. Se supone que el debía ser el príncipe de la mafia, pero no quiso aceptar el puesto. Su pasión es la medicina. Sabe pelear, atacar, matar, administrar, pero es médico cirujano de traumas en el Lovem Hospitium, una clínica ubicada en una de las islas de Grecia. El lugar es altamente costoso y seguro. Miles de científicos famosos están en el lugar, doctores de todo tipo y hasta las enfermeras tienen que ser más que excelentes en su trabajo.

—¿Estás seguro? Es más que bonita, va a ser difícil mantener las manos alejadas de ella.

—Ese ya no es tu problema —le recalco.

—Sí, lo es. —Toma su mochila—. Bueno, quedo al pendiente. Me voy, pero regreso en un mes.

—No te sientas obligado.

—Yo también te quiero, princeso. —Pongo los ojos en blanco y él se va.

Killian y yo nos mantenemos ocultos. La policía, Interpol y el ejército saben que mi padre es el lider de la mafia, pero de nosotros nadie sabe nada. Es preferible que así sea, de lo contrario Killian estaría fuera del programa de Grecia y yo correría más peligro al salir a las calles.

Paso la tarde entrenando a jóvenes y hombres interesados en integrarse como soldados en nuestra organización. Durante las sesiones, evalúo sus habilidades a través de pruebas físicas, psicológicas y analíticas para determinar su idoneidad. Al concluir el entrenamiento, dedico un par de horas al gimnasio para mantenerme en forma. Más tarde, me tomo el tiempo para asearme y realizar algunas llamadas estratégicas, ultimando detalles sobre la fecha de distribución del cargamento de cocaína que será trasladado hacia Rusia.

Decido llamar a Lucian, mi mano derecha y mejor amigo desde hace ya mucho tiempo. Él es quien se encarga de organizar mis tiempos y juntas. También se podría decir que es como mi consejero.

—¿Llamaste a los rusos? —es lo primero que dice al responder el teléfono.

—Sí.

—Qué bien, creí que lo habías olvídalo.

Lucian es una persona muy organizada. A diferencia de mí, él parece preocuparse por todo.

—Necesito que me envíes el número de Angeline y también que reordenes mi día de mañana. —Voy al grano.

Llevo tres días sin verla y creo que ya es momento para el tercer día de entrenamiento.

A lo que pasó en el gimnasio podría llamarlo un desliz. Pero no lo fue, tenía planeado follarla desde que acordamos la fecha para el primer día de entrenamiento. Al día siguiente cuando fuimos al club de tiro también quise volver a repetir, pero su novio pasó a recogerla temprano.

Soy un hombre celoso y posesivo, lo que es mío no lo comparto, pero jamás he peleado por mujeres, ni siquiera Natalie tiene ese privilegio de mí. Angeline es solo sexo, la uso para complacerme y saciar las ganas que le tengo desde hace tiempo. Aunque sea diferente a su madre, no le quita que siga siendo su hija y, por ende, el enemigo.

—¿Por qué? Mañana tienes que ir al aeropuerto para verificar que te hayan enviado la droga los canadienses —avisa.

—¿A qué hora?

—Once y media de la mañana.

—Cambia la hora, que sea a las 2:00.

—¿Qué cosa es más importante? —se queja.

—Entrenaré con la bruja Mikaelson.

—¿De verdad vas a entrenarla? —pregunta.

—Ya te dije el plan.

—Confío en ti, eres mejor estratega que yo.

Lucian sabe sobre mi tonta fijación por la pelinegra. Él es quien siempre me ha comunicado muchas cosas en las que ella tiene que ver. Lucian es experto en el manejo de tecnologías de comunicación e información con conocimientos técnicos avanzados en computación y programación. En definición: es un puto hacker.

Termino la llamada y me voy a acostar a mirar mi teléfono un rato. Entro en Instagram y reviso el perfil de la bruja Mikaelson; es extraño que tenga redes sociales considerando que su padre es el más buscado. Pero ha sido inteligente, usa su segundo nombre (Freya) y tampoco sube fotos con su madre o padre.

La pantalla cambia y aparece el nombre de Natalie. Desvío la llamada y vuelve a llamar, así que decido apagar el teléfono, porque conociéndola sé que seguirá llamando como loca.

Presentía que iba a lamentar el haberme metido con Natalie. Siempre quiso meterse conmigo, trataba de ser mi amiga, se me insinuaba cada que la veía y hacía lo que fuera para llamar mi atención. Luego de ver que había caído en las telarañas de Angeline fue que la busqué. No es fea, de hecho, es muy bonita; tiene piernas largas, cintura pequeña y su cara es como la de una muñeca, pero no es muy mi estilo. Siempre me llama para saber dónde estoy, quiere saber qué estoy haciendo a cada rato, no le gusta que salga a hacer mi trabajo porque ya cree que la engaño. Es muy irritante. Killian dice que no termine con ella, que debería mínimo darle unas semanas más de felicidad, pero yo nunca he sido de cumplirle los sueños a alguien más. Y fue ayer que decidí decirle que «todo» había terminado. No me complace como quiero y ella jamás tendrá todo de mí, ¿para que hacer todo un teatrito? Ella no lo tomó muy bien y ahora me llama todavía más para rogarme que regrese con ella.

Natalie es la hija de Víctor Volkov, el hombre que mi padre dejó a cargo de administrar Rusia. La mafia roja gobierna Alemania (mi país natal) pero también otras partes del mundo como: Londres, Francia, Rusia, Alaska y Polonia. En cada uno dejamos a alguien de confianza para que administre mientras no estamos. Víctor Volkov es quien administra Rusia y Alaska. Papá se encarga de Alemania y Polonia y yo estoy a cargo del Reino Unido.

Cierro los ojos y comienzo a pensar en la mentirosa. De todas las mujeres que existen en el mundo, de todas aquellas que he conocido y visto... ¿por qué ella me resulta más interesante? Es peor que Natalie. Es soberbia, obstinada, egocéntrica y tiene diciocho años. Es una jodida cría.

«Pero no piensa ni actúa como una.»

Admito que es una chica madura. A su edad lo que las otras chicas hacen es perseguir a universitarios, faltar a clases y sentirse las más rebeldes por eso. Tendría que drogarse y salir de fiesta todos los días. Y lo afirmo porque eso es lo que yo hacía. Tengo 22 años y he vivido más que cualquier hombre a esta edad. He matado, torturado, secuestrado...Estoy a cargo de un país entero y poco me falta para ser el mafioso más temido a nivel mundial.

Ninguna chica, mujer, anciana o quien sea, actuaría de la manera en la que ella actúa frente a mí. Todos me temen, todos huyen de mí, hasta su padre prefirió dejar las cosas en paz con tal de no tenerme como enemigo. Desde que la secuestré debió de tenerme miedo o tan siquiera respeto, pero es una cría malcriada, se cree superior y siente que puede tenerlo todo a sus pies.

«Como su madre.»

El enojo se hace presente y alejo todo pensamiento para poder dormir. Pasan los minutos y aún despejando toda mi mente tengo la imagen de sus ojos grises pegada en mi cabeza.

¿Qué me está haciendo esta maldita bruja?

CAPÍTULO 10

Menú

Angeline

17/noviembre/2019.
Gran Bretaña.

Entro por el gran portón negro, mi respiración está agitada, las piernas me duelen por tanto subir escalones y necesito urgentemente una botella de agua. Paso la mirada por todo el lugar y comienzo a inspeccionar: las paredes son de ladrillo gris, las puertas son de madera oscura y hay cuadros por doquier.

—Bienvenida a uno de mis lugares favoritos —dice papá.

Comenzo a caminar a su lado, dejando que mis ojos recorran cada uno de los cuadros que decoran las paredes. Los candelabros suspendidos del techo, aunque antiguos, poseen una belleza indiscutible, como si cada detalle en ellos contara una historia. El ambiente del lugar tiene un aire rústico, cargado de una esencia cultural que lo hace único, invitándote a explorar cada rincón.

Entramos por una de las puertas del final del pasillo y mi cara es golpeada por la luz del sol. Salimos a un puente de piedra y comenzamos a caminar hacia el otro extremo.

Estamos a 90 metros arriba del suelo, y la vista que tengo es extremadamente hermosa. Los árboles se zangolotean por el aire, al igual que mi cabello. La brisa golpea mi cara y la sensación es placentera. Me hace sentir libre, fresca, sin preocupaciones.

—Es bonito, ¿verdad?

—Me dan ganas de aventarme —confieso y él se echa a reír—. El aire está rico.

—Es fresco —concuerda.

Llegamos al otro extremo y entramos. Las paredes son de ladrillo gris, no hay cuadros, pero sí una estatua de piedra en medio del salón; es una mujer con un vestido, una corona y en las manos sostiene una espada que está clavada en el piso. Frente a ella hay una barra, y sobre ella hay un plato con agua dentro.

—Ella es Freya, la diosa del amor y la lujuria. —Lo miro—. Freya es de mis diosas favoritas de la mitología nórdica, me recuerda mucho a tu madre.

—¿Por eso decidiste llamarme así? —le pregunto.

—Sí —responde—. Freya lideraba a las valkirias, acogía a la mitad de los soldados que caían en combate, además de que era bellísima y seductora.

Mi ego se eleva.

—Freya tenía una tremenda capacidad de liderazgo, así como tú. Los Mikaelson y los Bellows siempre hemos sido líderes, nos gustan las competencias, nunca estamos satisfechos con nada —sonríe—, y tú fuiste nuestro legado. —Alza ambas cejas—. Desde antes de que nacieras ya sabía que tu carácter iba a ser todavía más complicado. Una Mikaleson y una Bellows uff...es peligroso.

—No soy tan destructiva como piensas. —Soy sincera.

—Tú crees que no —Se cruza de brazos—. Pero tu madre con solo una mirada podía poner el mundo a sus pies, y aunque no lo creas tú también podrías. Tienes esa facilidad de manejar a la gente, de ganarte su confianza y admiración, eres tan competitiva como yo, egocéntrica como tu mamá y claro, también te tuve que enseñar a ser humilde y generosa.

—Eso no me vuelve destructiva.

—Claro que sí —afirma—, y también te convierte en una amenaza.

—¿Amenaza? —Frunzo el ceño.

—Tienes 15 años, no has ni desarrollado el 40% de tu cerebro y eres mucho mejor que un soldado de la milicia.

—Haces que el ego me suba. —Sonrío.

—Lo sé. —Suspira—. Eres increíble, la hija que todos quisieran tener, pero siempre ten en cuenta que va a haber alguien mejor que tú.

Actualidad

Angeline

Tomo mi bolso, me coloco bien las gafas de sol y abro la puerta del auto.

—Gracias por traerme, Simón —le digo.

—No hay de qué. —Me sonríe amable—. Recuerde que solo tiene que presionar el botón y me tendrá en menos de un minuto aquí.

—Lo tengo en mente —salgo del auto y me asomo por la ventana—, pero estaré bien —(Creo).

Simón se va y yo camino hacia la entrada del gimnasio. Ayer por la noche recibí un mensaje de Aedion y lo que dijo fue:

«Ansío volver a repetir, Liebe. Te veo mañana a las 7:00 am en nuestro lugar».

Sé que su mensaje tiene doble sentido, y no voy a negar que me hizo gracia cómo lo escribió. «Nuestro lugar» suena como niño de secundaria cuando le dice a su novia que la verá detrás de los bebederos de la escuela.

Entro y lo encuentro sentado mirando su teléfono. Está vistiendo un pants jogger color negro y una sudadera a juego. Se ve tan sexy que me gustaría sacar mi teléfono y tomarle una foto.

«No empecemos...»

No se ha dado cuenta de que he entrado y ya que no me permito mirarlo detalladamente, me entran ganas de molestarlo.

—Hola, papi —saludo con expresión seria, tirando mi mochila al piso.

Su mirada confusa y molesta cae en mí.

—Hola, mami —saluda de vuelta y sonrío con diversión.

—¡Sí, llámame así, por favor! —sigo.

—A tu novio no le va a gustar que haga eso. —Ahora empieza él.

Pongo los ojos en blanco.

—No veo a mi novio. —Me encojo de hombros.

Se pone de pie, da dos pasos hacia mí y luego se quita la sudadera. Mi mirada cae en su abdomen desnudo y me sonrojo de inmediato.

—Podría decirle —dice y da otro paso hacia mí.

—Y yo también podría decirle a la tuya. —Sonrío con suficiencia—. ¿Cómo se llamaba? ¿Natasha? ¿Nadia? —Frunzo el ceño—. ¡Ah, ya se! Natalie.

Obviamente sí recuerdo su nombre, pero sonaba mejor si actuaba como que no.

A Natalie también la tengo muy presente, no tanto como a André, pero también siento algo de pena por ella con lo que ha pasado entre Aedion y yo.

—Terminamos. —Se encoge de hombros

Vuelvo a bajar la vista hacia su abdomen y rápido la regreso a su cara. Dios bendito, dame la fuerza...

—¿Cómo sé que es verdad? —Alzo ambas cejas.

—No tengo por qué comprobarte nada, es tu problema si me crees o no.

Pongo las manos en mi cadera.

—Pues entonces tampoco tengo novio —Me encojo de hombros y arqueo una ceja—, ve buscando a alguien más para contarle el chisme.

Me doy la vuelta, dejándolo ahí. Me acerco al ring, donde veo que están los guantes y tomo un par.

—Yo estoy solo y tú estás sola, eso no es algo trágico, es nuestra oportunidad.

Me giro y lo miro con los ojos achinados. El corazón me empieza a palpitar muy rápido y no tengo idea de por qué.

—¡Sí, cómo no! —Vuelvo a lo mío.

Me coloco los guantes y tardo un poco más para no mirarlo. He sentido cómo me he sonrojado y algo en el estómago se me ha movido, algo que no he sentido en mucho tiempo.

—Me gustan los retos como tú, pero ¿a ti te gustan los perseverantes?

Me giro y me lo encuentro de frente.

—Estoy acostumbrada a ellos —digo.

—No creo que tengas alguno.

—Me da igual si me crees o no —Se cruza de brazos y me mira expectante—. Soy diferente, Aedion. Yo no necesito entrar en la cama para enamorar, yo entro en la mente de todo aquel que llega a conocerme y jamás salgo de ahí.

Tomo unos guantes y se los lanzo, él los agarra.

Ninguno dice otra cosa. Comenzamos a calentar durante 1 hora, me pone a saltar la cuerda, a golpear la pera y luego las próximas dos horas peleo cuerpo a cuerpo con él. Pelear con este hombre es de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida, es enorme, pesado y tiene una fuerza inhumana. Podría levantarme con solo una mano y lanzarme hacia el otro extremo del ring si así lo quisiera.

—Soy un tanque, Angeline —Dice, a la vez que me sostengo contra las cuerdas—. La única forma en la que podrías ganar es siendo más rápida —Me pongo en posición—. Así que aprovecha que eres pequeña y veloz.

«Concéntrate»

Me siento enojada e irritada por no poder ganarle nunca, pero no debo dejar que el sentimiento me domine. Si peleo enojada no ganaré, si peleo pensando en otra cosa tampoco ganaré, debo concentrarme, estar en paz y tener paciencia.

Me acerco a él y, sin dudarlo, comienzo a lanzarle una serie de puñetazos. Esquiva la mayoría con agilidad, excepto uno que conecta directamente en su abdomen, haciéndolo retroceder. Aprovechando el momento, realizo un movimiento rápido que lo lleva al suelo. Me lanzo junto a él y, en un instante, le aplico una llave de Jiu Jitsu. Mis piernas rodean su cuello con firmeza, inmovilizándolo mientras lucha desesperadamente por liberarse. Sus manos intentan apartar mis piernas, pero su esfuerzo es inútil; está atrapado, cada vez más asfixiado, sumido en un estado de creciente desesperación.

Ya me debía esto.

Me secuestra, me mata de hambre y desde que empezamos a entrenar lo único que he recibido son golpes. Nunca he podido ganarle, hasta ahora.

Lo suelto y comienza a toser, yo me levanto y camino hacia donde están mis cosas. Tomo mi agua, regreso y se la ofrezco.

—Fui rápida —le digo sonriente.

—Te dejé ganar.

Me echo a reír.

—Que tu orgullo no interfiera, envidioso.

Termina de toser y toma más agua. Su teléfono suena y se pone de pie para ir por él. Camino hacia mi bolso y saco una bebida energética, le doy pequeños sorbos mientras observo a Aedion hablando por teléfono.

Desde que lo vi por primera vez no he parado de repetir lo guapo que es. Pero no solo es eso, no solo es una cara bonita. Es líder, impone respeto y temor, sabe pelear diferentes tipos de artes marciales, es un experto en armas y me he puesto a escuchar alguna que otra cosa que dice cuando habla por teléfono, y me he dado cuenta de que este hombre es analista y estratega. No solo da órdenes o grita por que sí, sino que piensa, analiza, crea un plan rápido y luego lo dice.

Soy muy observadora y criticona también.

El estómago me ruge y hago una mueca. Me estoy muriendo de hambre. Miro mi celular y ya han pasado 3 horas y media desde que comenzamos a entrenar, lo único que he comido ha sido un jugo verde y una manzana.

Decido llamar a André, quizá quiera pasar por mí y llevarme a un lugar de por aquí cerca. El teléfono suena y suena pero no responde, vuelvo a llamar y me manda a buzón, intento de nuevo y es lo mismo.

—¿Problemas de noviazgo, mami? —pregunta el espécimen.

—Quiero comer —le suelto.

—¿Qué quieres comer? —Se sienta junto a mí y me arrebata mi bebida energética.

—Se me antoja algo grande y grueso —bromeo.

«Ya vas a empezar de coqueta.»

Se que prometí que no volvería a pasar, pero es que Aedion es irresistible. Solo lo miras un segundo a la cara y ya te dan ganas de ponerte de rodillas.

—¿Ah sí? —Su mirada se oscurece y muerdo mi labio.

«Hoy amanecimos muy atrevidas, ¿no?»

Cállate.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Le preguntaré a André si quiere pasar por mí.

Me pongo de pie con el teléfono en la mano, pero Aedion me toma del brazo y jala de mí para que me suba a ahorcadas sobre él. Me arrebata el teléfono y lo avienta a su mochila.

—Oye n... —Una de sus manos me toma de la cintura para acercarme todavía más y la otra la posa alrededor de mi cuello.

Siento su erección contra mi sexo y suelto un gemido.

—La única cosa que vas a comer es mi polla, ¿entiendes? —Gruñe y aprieta su agarre de mi cuello—. Quieres comer, va a ser a mí. El ingenuo de tu novio está prohibido, ¿quedó claro?

—Puedo hacer lo que me dé la gana. —Aprieta de nuevo y gimo.

—No conmigo, Liebe.

Conecto mis ojos con los suyos y siento como el corazón comienza a bombear todavía más rápido.

—No somos nada —le recalco.

La mano que sostiene mi cintura baja por mi abdomen, la mete por mi leggin y poco después sus dedos comienzan a acariciar mi clítoris por encima de mi ropa interior. Comienzo a gemir sin dejar de mirarlo.

Me excita toda su anatomía, pero sus ojos sobre mí son como el punto clave que me hace pensar cosas indecentes.

—Sí lo somos, Liebe —dice, su voz está ronca y es todavía más sexy—. Somos lo prohibido e insano. Aunque no lo deseaste, terminaste cayendo conmigo.

Aparta la tela de mi braga y ahora sus caricias son más directas. Dios, quiero más.

—Háblame, Angeline... ¿qué es lo que quieres? —Detiene sus movimientos y saca su mano.

—Sabes lo que quiero.

Estoy tan mojada que mi humedad traspasa la tela de mi pantalón.

—¿Quien es el único que ha entrado ahí? —Quita la mano de mi cuello y me toma de las caderas para moverme de adelante hacia atrás.

Gimo alto.

—Tú.

La fricción de su erección contra mi coño es placentera a un nivel grande, y eso que aún tenemos ropa de por medio.

—Dime Liebe, ¿André estaría contento viéndote así? —Sus manos van hacia mi top y tiran de él hasta romperlo por la mitad—. Contesta, mentirosa.

—No.

Su boca se lanza hacia uno de mis pechos, mordisquea el pezón, lo lame y succiona como si fuera un niño al que estuvieran amamantando.

—¿Y eso cómo te hace sentir? —vuelve a preguntar.

Sus dedos pellizcan mis pezones y soy yo la que comienza a mover las caderas.

—Mal —admito.

Me toma en brazos, se pone de pie, enrollo mis piernas alrededor de su torso y camina conmigo hasta recargarme contra una de las paredes.

—Y aún así no haces nada por detenerme —gruñe y mordisquea mi labio inferior.

—Por favor...—le ruego.

—No voy a cogerte, Liebe —sonríe socarrón—, querías comer y eso harás.

Me va soltando poco a poco hasta que mis pies tocan el piso. Miro hacia arriba, hacia su cara y sin que me lo pida me pongo de rodillas.

Le tomo los bordes del pants y lo bajo hasta sus rodillas con todo y bóxer. Su miembro sale disparado y trago grueso al ver lo que estoy a punto de hacer.

Solo le he hecho sexo oral a André, pero en definitiva no será lo mismo. El miembro de Aedion lo supera en tamaño y grosor.

Comienzo a ponerme nerviosa y trato con todas mis fuerzas de no dejarme llevar por el temor de si lo haré bien o no. Lo tomo con una de mis manos y comienzo a bombearlo. Mi mano es tan pequeña que ni siquiera puedo rodearlo por completo con ella.

«Respira por la nariz cuando lo metas en tu boca y no entres en desesperación.»

Si algo supe la primera vez que practiqué el sexo oral fue que tengo garganta profunda. Pero no estoy segura si todo esto cabrá en mi boca.

Lo introduzco en mi boca y trato de llegar hasta el principio del tallo. Los ojos se me humedecen y siento como mi saliva empapa su polla a chorros. La saco justo cuando me faltan algunos centímetros para llegar y rápido lo miro a la cara. Sus ojos están sobre mi, mirándome intensamente.

Una de sus manos toma mi coleta y me empuja de nuevo hacia su miembro. Mi boca lo rodea y comienza a empapárselo de saliva conforme él me empuja de adelante hacia atrás. Sus movimientos son tan bruscos que los ojos se me llenan de lágrimas.

Me suelta de la coleta y lo saco de mi boca de inmediato. Respiro con ganas y suelto jadeos.

—Respira, Liebe —Acaricia mi cabeza y vuelvo a meterlo en mi boca.

Muevo mi cabeza de adelante a atrás y hago lo mismo con una de mis manos para ayudarme.

Me moría por probarlo, por sentir su grosor en mi boca y la calidez de su descarga. «Rico» es

lo único que repite mi cabeza mientras acelero más mis movimientos.

—Joder...—gruñe.

Me toma de la cabeza con sus dos manos y empuja su cadera para que su miembro entre por completo. Mis manos reposan en sus muslos mientras él repite el movimiento una y otra vez.

Me da tregua y lo saco de mi boca un momento para respirar mejor.

—Abre la boca —ordena y obedezco.

Saco la lengua mientras él sube y baja la mano por su tallo, comienza a soltar gemidos roncos y un segundo después su tibia descarga sale disparada hacia mi lengua.

La acción me excita tanto que hasta me tardo un segundo en saborear su sabor. No me resulta asqueroso, al contrario, me gusta. Me moría por probar su sabor.

Me pongo de pie y su brazo rodea mi cintura.

—Yo también quiero comer. —Acerca su boca a la mía y me da un corto beso.

Alejo mi cara de la suya y le pongo mi dedo índice en la boca.

—Quiero que me folles —le digo.

—No hasta que te lleve a poner un anticonceptivo.

Hago una mueca.

Cierto, lo he hecho sin condón la última vez.

«Tan madura para unas cosas y tan pendeja para otras.»

—¿No tienes condones? —Frunzo el ceño.

—No quiero usarlos contigo. —Lo miro sorprendida—. No te creas especial, eso no significa nada.

«Si tú lo dices.»

Dejo que me bese de nuevo y doy un pequeño brinco al sentir su mano golpear mi trasero. Gimo por la sorpresa y soy yo la que comienza a acelerar el beso.

Me gusta que sus besos sean así; salvajes, duros, rápidos. Así como la manera de tomarme.

Toma el principio de mis leggins y los baja, y sin romper el beso me saco los tenis y con los pies me quito el pantalón. Quedo solo con mi braga puesta y él comienza a manosearme por todos lados.

—¿Hola?

La voz de André me pone en alerta y rápido me separo de Aedion. Lo miro aterrada y él sonríe con diversión.

Se escuchan pasos aproximándose y entro en pánico.

—¡Rápido! —Lo empujo.

Estamos detrás de los sacos de boxeo, así que no se puede ver nada. Estamos retirados de la entrada, pero aún así es cuestión de que André se acerque para descubrirnos.

—No digas nada —lo amenazo.

Aedion se sube el pantalón y yo tomo mis cosas. «Piensa, Angeline, piensa…» Estoy semidesnuda, con el top destrozado y el pantalón húmedo. Mi mochila está lejos y podría verme si voy por ella, así que cambiarme no es una opción.

Tomo mi ropa tirada y camino hacia los baños que están detrás de mi. Tiro mi top y mi pantalón al canasto de basura y me meto rápido a las regaderas.

Aedion

Por primera vez una chica ha huido de mi en pleno acto sexual.

He salido con tantas mujeres casadas, solteras o en una relación, y ninguna se ha atrevido a dejarme sólo porque su novio las llamó o llegó por ellas. Y lo peor de todo no es eso; lo peor es que tengo que fingir que no ha pasado nada y que por primera vez sí me importa que me vean

con una mujer.

Me vale mierda que me descubran con otras, pero de Angeline nadie se puede enterar. El más mínimo rumor de que me he metido con ella puede terminar con todo lo que he hecho, y me niego a perderlo todo por culpa suya.

Acomodo mi erección con fastidio y salgo de mi escondite. El castaño viene hacia mí y me cruzo de brazos para esperarlo. Yo no pienso acercarme a él.

—Hola... ¿donde está Ann? —me pregunta y su mirada me recorre, luego también al lugar.

Sonrío con diversión.

—Bañándose. —Señalo los baños a mi espalda.

Si la pelinegra fue inteligente debió hacer eso, de lo contrario la van a descubrir. Su mochila está a unos metros, no tiene forma de cambiar su ropa.

—Pasa si quieres —le ofrezco.

Asiente y luego camina hacia los baños.

«Pobre chico.»

No, no es cierto, no me da lástima. Solo un pendejo como él no se da cuenta de la escena que hay aquí. Mi camisa está tirada, mi abdomen está descubierto, su novia está bañándose y a pesar de que acomodé mi miembro aún se marca. Pudimos hasta seguir cogiendo y apuesto a que ni se da cuenta.

Camino hacia mi mochila y tomo mis cosas para irme. Camino a la salida, pero una sensación amarga me recorre al pensar que la dejaré sola con André. Me freno. Está desnuda, mojada y tiene a su novio ahí, puede que la esté mirando o ya se la esté cogiendo.

Tan solo pensarlo me da dolor de cabeza.

Sigue igual de apretada y admitió que soy el único que ha entrado en ella. Y le creo aunque no debería, pero ella sabe que no tiene que rendirme cuentas de lo que hace y conociéndola sé que siempre dice las cosas directas.

Comienzo a imaginar lo que estará pasando allí y la rabia me invade con una rapidez como nunca antes. Me obligo a salir y subir a mi camioneta. Lucian está al volante y al ver cómo estoy me mira con confusión.

—¡Arranca está maldita cosa! —me quejo.

Obedece.

—¿Puedo saber por...

—No —lo corto.

Miro por la ventana, observando cómo me voy alejando del lugar poco a poco y me recargo en el asiento con los ojos cerrados, esperando a que el coraje salga de mí.

CAPÍTULO 11

En la mira

Angeline

Abro los ojos poco a poco, paso las manos por mi cara y miro al chico que duerme junto a mí; cabello castaño ondulado, piel bronceada, pestañas largas y nariz pequeña.

André es un chico hermoso, por dentro y por fuera. Tiene el don de enamorarte tan sólo con una sonrisa. Es tan carismático, amable, generoso, humilde, que a veces hasta me asusta haber encontrado a alguien tan bueno como él.

Cuando lo conocí estábamos muy pequeños. Él es dos años mayor que yo y siempre ha sido de los chicos que resaltan en cualquier lugar.

Hacernos amigos fue muy fácil. Él era el amigo de una amiga y cuando esa amiga me lo presentó resultó que teníamos muchas cosas en común. Nos gustaba jugar videojuegos, éramos fanáticos del fútbol, nos encantaba leer y amábamos el sushi. Fuimos los mejores amigos por años hasta que me di cuenta de que lo amaba. Siempre me sentí bien junto a él. Sin embargo, confundía lo que sentía con «amor de amigos» y nunca quise aceptar que me atraía realmente, hasta que una noche recibí un mensaje suyo diciéndome que había perdido la virginidad, y me sentí tan mal, tan enojada y deprimida que me volví un caos andante. Una semana después de pensarlo y arreglar mis sentimientos fue cuando acepté realmente lo que sentía por él, y me daba un miedo horrible tener que confesárselo porque había de dos: o me rechazaba y nuestra amistad jamás volvería a ser la misma o lo intentábamos y fracasaríamos a los pocos días e igual jamás volveríamos a ser los de siempre. De una u otra forma sería el mismo resultado.

Pero me alegra haberme arriesgado, estos años que hemos sido novios han sido los mejores. Es muy bonito poder compartir todo lo que pasa en tu vida con alguien, más si esa persona no es solo tu novio, sino que también es tu amigo y confidente. Esa es una de las ventajas de estar con tu mejor amigo.

Me pongo de pie con cuidado de no despertarlo y entro al baño de su habitación. Mi teléfono vibra y lo saco a la vez que me siento en el retrete. Es un mensaje de Aedion.

«Qué sexy te veías anoche».

Frunzo el ceño y siento una mala punzada en el pecho.

«Número equivocado, cabezota». Le doy en enviar.

«No me equivoqué, idiota. Anoche soñé contigo».

Pongo los ojos en blanco y siento que me sonrojo.

Va ya una semana de que lo vi por última vez. Luego de irse del gimnasio se largó a Alemania y se llevó consigo mi teléfono, pero no pasé ni dos horas sin uno ya que mandó a alguien a comprarme uno nuevo y dármelo con su número registrado.

«Soñar no cuesta, pero yo sí».

Me levanto, lavo mis manos y me recargo en el lavabo esperando el próximo mensaje, pero no llega.

Aedion es un hombre tan cambiante, quizá hasta pueda ser bipolar. A veces me manda mensajes dándome órdenes sobre cómo debo entrenar, hasta me hace tomar videos como demostración y al verlos siempre me llama para gritarme y regañarme sobre cómo hago cada

cosa. Otras veces no me contesta y hasta ahora es la primera vez que me manda este tipo de mensajes.

Salgo del cuarto de baño y me encuentro con André sentado sobre su cama concentrando en su celular.

—¿Te desperté? —le pregunto.

Me siento mal por todo lo que ha pasado, pero sería hipócrita al decir que no lo deseé o que me arrepiento. Pronto me cansaré de Aedion y solo habrá sido un error. Así que estoy aprendiendo a manejarlo. Aprendo a manejar la culpa que siento, la tristeza y la decepción hacia mí misma.

—No, cariño —responde y me mira con una sonrisa—. ¿Quieres ir a una fiesta?

Me acerco a él.

—¿Fiesta de quién?

—Billie. —Hago una mueca.

Billie es amigo de André desde hace mucho, pertenece a una fraternidad y hace fiestas a cada rato. No es que me caiga mal, pero todos en la fraternidad se me hacen demasiado estúpidos. Son chicos que se sienten la sensación solo por ser bonitos, ni siquiera llevan buen promedio o tienen poder en algo. Tratan mal a las chicas y ya por eso se creen los reyes del campus, pero bueno, creo que todos los universitarios son así, ¿no?

—Vamos —le digo y trato de sonreír.

No tengo otra cosa que hacer hoy, prácticamente dormí todo el día con él y ahora no tengo sueño.

—¿Segura? —Asiento con un movimiento de cabeza—. Entonces te llevo a tu casa a que te arregles. —Se levanta.

—No —lo freno—. Simón está fuera, que me lleve él y sirve que voy avisándole a papá a donde iré.

Asiente y un minuto después salgo de su casa. Subo al auto del susodicho y este me saluda como siempre.

—¿Dónde está mi papá? —le pregunto cuando arranca el auto.

—En el bar de Bo.

—¿Podrías llamarle y decirle que saldré a una fiesta con André? —le pregunto.

Simón asiente y marca el número de papá. No tarda en responder, y cuando lo hace, Simón va directo al grano. Papá no pierde tiempo y comienza a preguntar a qué hora llegaré, dónde será y con quién estaré. Respondo a todo sin titubear porque sé que, de lo contrario, no me permitirá ir.

—Dijo que está bien pero que envíe su ubicación en tiempo real. La llevaré y recogeré yo.

—Gracias.

Durante el resto del viaje conversamos sobre cómo voy con mis entrenamientos y también tocamos el tema de su hija y sobre cómo le gusta escribir novelas románticas. Al llegar a casa le pido que me espere, saludo a Ruth y a mis hermanas y les cuento a donde iré.

Media hora después vuelvo a bajar con Simón y este arranca hacia la dirección que André me envió. No voy a negar que las fiestas de la fraternidad se me hacen un tanto aburridas, pero lo bueno de esto será que estaré más tiempo con André.

—¿A qué hora quiere que pase por usted? —pregunta Simón mirándome por el espejo retrovisor.

—¿Puedo mandarte un mensaje? —Asiente con la cabeza y vuelve a poner la mirada en la carretera.

Veinte minutos después llegamos a la entrada de donde están las casas de fraternidades. Le

agradezco a Simón y bajo del auto. André me espera en la entrada con una sonrisa y me acerco a él.

—Serás quien más resalte en la fiesta —dice con una sonrisa y comenzamos a caminar.

Me he puesto un traje completo color gris de la marca Chanel y unos tenis Jordan Dior. El traje es de manga larga, no tiene escotes pero es pegado a mi cuerpo y hace resaltar bastante mis curvas. Los tenis son grises y traen el nombre de la marca a los lados.

—Antes muerta que sencilla —Sonrío.

—Nadie de aquí viste tan caro como tú, pudiste haber sido más humilde. —Me echo a reír.

—Hay gente rica que viste como pobre y gente pobre que viste como rica —le digo—. A veces hay ropa que aunque no sea de marca resalta más que una que sí lo es. —Comenzamos a acercarnos a la casa—. No es mi problema que todos estén acostumbrados a ver el precio de una prenda antes que a la prenda.

—Así uses el trapo de cocina como ropa siempre se te verá bien. —Lo miro con ternura.

—Gracias. —Le tomo la mano—. ¿Sabes? No seré pobre pero el buen gusto siempre correrá por mis venas.

Sonríe con diversión.

Las miradas ya están sobre mí antes de llegar tan siquiera a la acera, y me gusta. Me arreglo para mí, pero también me gusta causar impresión en los demás.

La música se escucha fuerte cuando entramos al patio delantero, pero cuando entramos a la casa todo es aún más escandaloso. La casa no está tan infestada de gente como otras veces y agradezco eso, otras veces ni siquiera se puede caminar de tantos que hay.

Una voz chillona nos hace voltear a ambos hacia la sala de estar y nos encontramos con Mia, una vieja amiga de André. Ella corre hacia él con una botella en la mano y se le avienta encima, André le da un abrazo corto y luego la aleja.

—¡Vinieron! —Se acerca a mí y también me rodea con sus brazos.

—La fiesta va empezando y ya estás bebiendo —la regaña André.

—Es una fiesta, a eso se viene —le digo.

Mia me apoya y luego nos arrastra hacia la sala donde están los demás. Billie, Sean, Chase y Karla están sentados en los sofás. Nos sentamos juntos y minutos después ya me encuentro bebiendo cerveza.

Emborracharme no es una opción. Sé que vengo con André, pero aún así sus amigos no me dan tanta confianza como para ponerme en ese estado frente a ellos.

—Me encanta tu ropa —me dice Mia—, y tu pelo, piel y ojos. —Sonrío con diversión—. Qué bonita eres.

—Gracias. —La miro con ternura.

Siempre he creído que Mia está enamorada de André. Son amigos, pero Mia actúa diferente con él; lo mira con tanta ternura, lo abraza a cada nada, le lleva regalos casi siempre y cuando yo recién la conocí a ella le gustaban cosas muy distintas a lo que suelen gustarnos a André y a mí, pero ahora ha cambiado y resulta que ella piensa, actúa y ama lo mismo que él.

No quiero enfocarme tanto en ella porque puede que me equivoque, pero aún así siempre mantengo los ojos abiertos.

«Ojo de loca no se equivoca» ese es mi lema.

Pasan aproximadamente tres horas y Mia ya está demasiado ebria al igual que Billie ya está muy drogado. André ha tomado ya tres cervezas y yo ni siquiera quise terminarme la primera. Karla está hablando sobre su ex novio y está llorando mientras Chase y Sean la consuelan sobre su regazo, André habla con Mia y de vez en cuando yo me meto a charlar con ellos.

Mi celular vibra y lo saco, es una llamada de Aedion. El corazón me comienza a latir rápido y mi estómago empieza a bailar con emoción.

—Llamada de papá —le aviso a André.

Sin esperar respuesta camino hacia el baño, quito a una pareja que está besándose frente a la puerta y entro cerrando con seguro. Respondo rápido.

—Hola —hablo.

—¿Que es más importante que responder mis mensajes? —pregunta y pongo los ojos en blanco.

—No esperes que me quede a esperar tus mensajes como una fan tuya —me quejo y su risa manda un escalofrío a todo mi cuerpo.

—¿Que estás haciendo?

—Estoy en una fiesta —respondo.

—¿Con el mojigato?

Vuelvo a poner los ojos en blanco.

—¿Hay algún problema? —pregunto.

—No —responde—, solo llamo para avisarte que pronto estaré ahí contigo.

—Bien.

—Bien.

—Tráeme un recuerdito de Alemania —bromeo y cuelgo la llamada.

Haberle cortado la llamada a media palabra debió molestarle mucho y un minuto después lo confirmo con las próximas cinco llamadas que hace, las cuales no respondo. Los mensajes amenazantes aparecen en mi pantalla y sonrío con diversión.

Entro al chat y abro la cámara. Nunca he hecho esto y siempre me ha parecido algo muy íntimo, pero con Aedion siempre me sale mi lado más atrevido. Me quito el traje y poso frente al espejo en ropa interior, con el teléfono cubro mi rostro y luego tomo la foto.

Se la envío y salgo rápido del chat. Acomodo mi ropa y el teléfono vuelve a vibrar, pero los nervios son tantos que no quiero ni mirar lo que puso.

Salgo y camino de regreso con los demás. Todos están en el piso haciendo un circulo y en el centro hay una botella.

«Clásico.»

Me siento junto a André.

—¿Todo bien? —me pregunta.

El teléfono vuelve a sonar y lo ignoro. Asiento con un movimiento de cabeza y me integro al grupo para empezar a jugar.

Sean gira la botella y termina apuntando a Karla y a mi.

—¿Verdad o reto? —me pregunta.

—Reto —respondo segura.

Necesito ponerle más acción a la fiesta o terminaré dormida en el sofá.

—Te reto a dejar que André te haga un chupetón. —Abro los ojos de par en par.

—Eso no —André niega.

—Es un reto y tiene que cumplirlo. No seas malo y ayuda a tu novia a ganar.

—Los chupones no me gustan —digo—, pero está bien.

El teléfono vuelve a vibrar por octava vez y lo dejo sonando al ver que André acepta. Las marcas son algo que jamás me ha gustado por el mero hecho de que son peligrosas y se ven mal, pero no voy a perder en algo tan sencillo como jugar botella.

André aparta el cabello de mi cuello e inclino mi cabeza hacia un lado para darle acceso.

Cierro los ojos y un segundo después siento sus labios sobre mi piel, succiona un poco y luego se aleja al sentir mi teléfono vibrar.

Irritada, saco mi móvil y me percato de que Aedion ha llamado veinte veces y mi padre lo ha hecho diez, la última llamada ha sido hace un minuto. También tengo mensajes de ambos, pero mi mirada cae en uno en específico:

«Tienes que salir disimuladamente».

Es de papá.

Rápidamente mis sentidos se ponen en alerta y miro a André con preocupación. Me percato de que todos nos observan y finjo una sonrisa para hacerles saber que no pasa nada.

Sean vuelve a tirar la botella.

—Tengo que irme cariño, papá vino por mí —le digo a André cerca del oído—. Simón está esperándome en la puerta.

No puedo decirle que está pasando algo, no querrá que salga sola y solo me complicará todo si viene conmigo. Mejor que se quede aquí y se infiltre entre los demás.

—¿Está todo bien?

—Sí, pero ya sabes cómo es. —Le sonrío para calmarlo un poco—. Te aviso al llegar a casa.

El teléfono vuelve a sonar y me lo llevo a la oreja a la vez que me pongo de pie.

—¿¡Por qué carajo no respondes el maldito teléfono!? —grita papá.

Camino hacia la salida trasera de la casa.

—Lo lamento, no lo escuché —miento.

Que estúpida soy al no haberme percatado de las cosas.

—Escucha, Ann, tienes que salir de ahí —dice con tono un poco más bajo—. Alguien en la fiesta te reconoció, no puedo decirte todo por teléfono, pero tienes que salir sigilosamente.

Siento la adrenalina recorrerme de pies a cabeza, el corazón me late demasiado aprisa y mis sentidos se agudizan. Antes de acercarme a la puerta trasera me percato de si hay alguien ahí y en efecto, hay tres chicos. Me escondo detrás de un mueble.

—Sí, la chica está aquí —dice el que está hablando por llamada—. La drogaremos y la llevaremos al punto.

Eso es prueba suficiente para alejarme de ahí. Subo rápido por las escaleras de la casa hacia el segundo piso y entro en una de las habitaciones.

—No puedo salir por atrás —Le digo a papá—. Voy a salir por una de las ventanas de arriba.

—¿En que dirección saldrás de la casa?

—Dirección oeste.

—Le diré a Simón que te espere ahí, no cuelgues.

Abro la ventana y saco la cabeza poco a poco para ver qué tanta es la altura. Se escuchan pasos afuera y en vez de brincar por la ventana corro hacia atrás de la puerta de la habitación. Si salto y los enemigos son quienes entran lo mas probable es que tengan armas consigo y me disparen desde arriba. Seré presa fácil, así que es mejor luchar.

La puerta se abre y aparece uno de los chicos que estaban junto al tipo que hablaba por teléfono. Cierra la puerta tras de sí y espero unos segundos para ver si sus compañeros entran, pero no lo hacen. Se acerca a la ventana y me muevo rápido.

Lo tomo de uno de los brazos, presiono mis dedos en la parte exacta entre su cuello y hombro y le aplico la llave de Morfeo. Cae al piso en un profundo sueño y ahora sí salto por la ventana.

Mis pies tocan el piso y mis manos también. Las caídas desde segundos pisos no me salen bien, aunque esta ha estado pasable. Corro rápido hacia detrás de unos árboles y me abro paso entre los arbustos hasta salir a la calle. El Audi negro está estacionado a unos metros y corro

hacia él.

Entro y Simón arranca a la velocidad de la luz.

El corazón lo tengo a mil, todo mi cuerpo está temblando y me obligo a respirar profundamente para calmar toda sensación de presión.

—Estoy con Simón —le aviso a papá.

Lo escucho suspirar con alivio y luego respirar agitado.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí.

—¿Nadie te hizo nada?

—No, pero tuve que dormir a un chico para poder salir.

—Está bien. —Guardo silencio—. ¿André está contigo?

—No, lo dejé en la fiesta. —Me llevo las manos al rostro.

Siento que hablo como un robot. Aún tengo la adrenalina en mi sistema y eso impide que me tranquilice.

—Llámalo y dile que se vaya a casa, lo más probable es que esa fiesta termine en discordia.

Papá cuelga y le marco a André en seguida. Me contesta al instante.

—Oye, dice papá que será mejor que te vayas a casa —trato de sonar normal—. Dice que la fiesta terminará en discordia por que va para allá un grupo de chicos drogadictos a armar un escándalo.

—Voy de salida —me dice.

—Solo llévate a Mia, no le digas a nadie más.

—Está bien —suspira—. Te aviso cuando esté en casa. Te amo.

—Yo también.

Le cuelgo y trato de calmar mi respiración. Cuando ya estamos más alejados de la casa de Billie bajo un poco el vidrio y dejo que el aire me dé en la cara para despabilarme. Unos minutos después llegamos a lo que es el club de tiro de mi padre. Está alejado de la ciudad, escondido en una colina rodeada de árboles.

Bajo del auto junto a Simón y aprovecho que estamos solos para estirarme.

—¿Se siente bien? —me pregunta Simón.

—Sí, solo es la adrenalina del momento —respondo y le medio sonrío.

El aire ni siquiera se siente frío, de hecho, lo siento muy fresco y tranquilizante.
Caminamos juntos hacia la entrada de la pequeña cabaña y al entrar el primero en venir hacia mí es mi padre. Me rodea entre sus brazos y me da un beso en la cabeza.

Su cercanía me tranquiliza a un nivel indescriptible y la adrenalina me va dejando poco a poco.

—Estoy bien —le digo.

Me alejo de él y mi mirada se posa en Aedion Lorcan, el cual está recargado en el marco que da paso hacia la cocina.

La maldita sensación en el estómago aparece y me da una mezcla de felicidad y alivio verlo. A mi mente llega lo que le mandé hace un rato y siento como el rubor sube a mis mejillas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—Aedion fue quien me contactó al saber que querían secuestrarte —explica papá.

¿Él? Apenas y le dije dónde estaba.

—¿Tú como...? —Frunzo el ceño.

—Estoy en el negocio de la venta de cocaína. Justo estaba hablando con Romeo Galván cuando le avisaron que estabas metida en una fiesta universitaria —responde—. Te llamé y no

contestabas, así que tuve que decirle a tu padre.

—Tienes que contestar el puto teléfono, Angeline —comienza a regañarme papá—. Te he dicho que tienes que estar pendiente.

—Imagina que no hubieras contestado. —Ahora es Aedion—. Ya estarías muerta o peor aún, siendo torturada.

Me siento como perro regañado. Solo quiero hacerme chiquita.

—Lo siento —me dirijo a papá—. No volverá a pasar.

Papá niega y luego me conduce hacia el pequeño comedor que está en el centro de la sala.

—¿Quién es Romeo? —pregunto y me siento en una de las sillas.

—Se dedica a la trata de blancas —responde Aedion—. Tiene prostíbulos por todo el mundo.

—Romeo es a quien le rompí la nariz cuando quiso tocar a tu madre en una junta —habla mi padre—. Tu madre primero le dio la pelea de su vida y luego llegué yo, pero solo alcancé a fracturarle la nariz. Tu mamá ya había hecho todo el trabajo.

Bueno, se lo merecía.

—Di que solo fue un imbécil como él y no otra persona con más poder —dice el espécimen tatuado.

Tiene razón.

Pudieron haberme matado o peor aún, pudieron haberme metido a la trata de blancas. Me siento estúpida por haber actuado tan descuidada.

—Ya me encargaré de él —Papá suspira frustrado—. No tengo mucho tiempo, pero ya cambiando el tema y aprovechando que no está tu madre y que los dos están aquí, necesito hablar con ambos. —Me mira—. Le ofrecí a Aedion trabajar para el gobierno de los Estados Unidos.

—¿Aceptaste? —le pregunto al tatuado.

Aedion trabajando para el gobierno no suena mal, quizá podría participar en algunas misiones si le insisto a mi padre en que me deje hacerlo.

—El presidente de los Estados Unidos me odia, Angeline —sonríe—, por eso trabajaré para mi país.

Es cierto, había olvidado el hecho de que quieren asesinarlo por haberles robado.

—¿De dónde eres? —pregunto tratando de sonar desinteresada.

—Alemania.

—Oh. —Miro hacia mi padre—. ¿Y eso que tiene que ver conmigo? Si los entrenamientos tienen que cancelarse yo no tengo problema.

—Quiero que vayas conmigo a Alemania.

Miro a Aedion sorprendida.

¿Ir a Alemania para seguir el entrenamiento? Le está poniendo bastante empeño a lo mío teniendo en cuenta que es el príncipe de la mafia roja y tiene cosas mucho más importantes que hacer.

«Quizá solo quiera llevarte como su propio juguete sexual andante»

—¿Para qué? —pregunto.

—Si voy a hacer un grupo como esos necesito tenerte como mi soldado.

Mi mirada se cruza con la suya y siento como sus palabras tocan cada parte de mí, haciéndome sentir esas tontas mariposas.

—La pregunta es...¿tú quieres ir? —pregunta papá y lo miro como una niña pequeña cuando le compran su dulce favorito.

—¿Es en serio? —pregunto anonadada y con emoción en la voz.

—Tu decisión —suspira—. Pero lo hago sin que tu madre sepa porque va a interferir y no

quiero que le hagas caso, ni a mí.

—Claro que quiero —sonrío.

—Estás muy pequeña para irte de mi lado, pero he hablado con Aedion y confío en que él te cuidará y te hará crecer. —Le lanza una mirada amenazadora y Aedion me mira seriamente.

—No puedo creer que me hayas dado el permiso para hacer esto. —Sonrío.

—A mi no me gustaría y estoy seguro que a tu madre tampoco —dice—. Pero conozco a cada una de mis hijas y tú eres mi orgullo. Toda tu vida te has estado entrenando para defenderte y defender a los demás, y en el fondo se qué hay otra razón para lo que haces, pero nunca has querido decirla, ¿o me equivoco? —Arquea una de sus cejas.

Si algo saqué de mi padre fue la manera de proteger a todo aquel que es inocente, de ayudar y jamás doblegarme ante nadie. Siempre he soñado con algún día gobernar la mafia azul, por ser la mayor siempre he creído que si llego a ser tan fuerte como papá o mamá me dejarán manejar toda la mafia. Teniendo el poder y estando en la cima, pelearía con todos aquellos mafiosos que se pasan de hijos de puta, personas como Romeo que secuestran mujeres para venderlas, o el tipo de personas que vende órganos de niños.

Pero nunca me he atrevido a contárselo a alguien por miedo a que se burlen de mi.

—Gracias, papá. –Me pongo de pie y le doy un abrazo.

—Vivirás con Aedion —dice cuando me alejo—. Sé que hubo malentendidos entre ustedes, pero son cosas del pasado que prometió no volver a repetir.

Asiento con un movimiento de cabeza y miro a Aedion. Espero que sea cierto, de lo contrario me meteré yo sola a la boca del lobo.

La puerta de la cabaña se abre y aparece mamá junto a mis hermanas. Corren hacia mí y todas comienzan a abrazarme y a preguntarme cómo estoy.

Ahora el problema es hablar con mamá y decirle la nueva noticia. Aunque también está el otro problema: ¿Qué voy a decirle a André?

CAPÍTULO 12

Perfidia

Angeline

Cruzo la calle mirando hacia todos lados, me quedo en la acera y me recargo junto a uno de los autos que están estacionados.

Las manos me sudan, los nervios me están consumiendo y la tristeza aparece en cuanto lo veo; está sosteniendo uno de sus libros contra su pecho, trae el uniforme de fútbol puesto y una sonrisa aparece en su rostro al mirarme.

Ha pasado una semana desde que hablé el tema de Alemania con André y prácticamente desde ese día lo he visto a diario, pero siempre me estoy sintiendo así y no tengo idea de por qué.

Se acerca a mí y le doy un beso corto en los labios.

—¿Cómo estás? —pregunta.

«Asustada porque mañana me voy»

—Bien —le respondo.

Pasa su brazo alrededor de mis hombros y caminamos juntos hacia su auto.

André se puso algo melancólico cuando le hablé del viaje que planeo hacer, pero con el tiempo lo aceptó. No me sorprende; siempre ha apoyado mis decisiones, incluso cuando no las considera correctas. Mi mamá, en cambio, reaccionó de otra manera. Se enojó profundamente, no me dirige la palabra y ha estado discutiendo con mi papá sobre el tema todos los días. He intentado hablar con ella y arreglar las cosas, pero cada vez que paso a su lado, simplemente se aleja sin decir nada.

Estaré en Alemania lo que tenga que estar ahí. Papá dice que el tiempo es indefinido, que primero tengo que probar para saber si de verdad quiero seguir ahí. Así que tendré una respuesta una vez terminada la primera misión.

—¿Qué quieres hacer hoy? —me pregunta.

—Vamos a tu casa —sugiero—. Veamos Friends y luego podemos acostarnos a escuchar música de los Arctic Monkeys. Así como antes, ¿quieres? —Alzo y bajo las cejas repetidamente.

—Ese es un estupendo plan.

Entro en su auto y él hace lo mismo, luego lo pone en marcha.

—¿Ya tienes todo listo? —pregunta.

—Sí.

—¿Estás emocionada? —Me mira sonriente por un segundo.

—Sí. —Yo también sonrío.

Y no miento.

Estoy aterrada por dejar a mi familia e irme a vivir a otro país con alguien que me secuestró ya una vez, no es algo normal y tampoco es de una persona cuerda, pero estar con la mafia roja perteneciendo a la mafia azul puede ser un súper combo que a futuro podría beneficiarnos, en especial a mí, ya que quedaría anotado en mi expediente que fui entrenada por la mafia roja, y no por cualquiera, sino por el príncipe «casi rey» de la misma.

Pero igual me emociona conocer un nuevo país, vivir la experiencia de ser independiente y aprender mil cosas nuevas. Por algo papá confía en él, por algo yo iré allá y mi padre apoya la decisión.

—¿Sólo me darás esa respuesta?

—Sí —bromeo.

Ambos nos reímos.

—¿Melissa ya ha ido antes? —pregunta.

Mi relación con André ha ido de mentira en mentira desde que conocí a Aedion, pero no puedo hablarle la verdad cuando él está en todos los temas. Cuando fue al gimnasio casi nos descubre y se puso tan celoso de «mi nuevo instructor» por haberlo encontrado sin camisa y a mi metida en una regadera que hasta el día de hoy no ha parado de hablar de él.

Si ve algún tatuaje en alguien me dice cosas tipo: «Antes creía que esos eran tatuajes, pero tu instructor de gimnasio me dejó muy en claro cuáles son los verdaderos». Es como si tuviera una obsesión desde que lo conoció y eso que solo cruzaron unas cuantas palabras.

Así que no pude decirle que me iría a vivir con él a Alemania porque de plano no me apoyaría, pelearíamos y seguro hasta hubiera terminado la relación. Tuve que meter a Melissa en esto y solo así las cosas salieron bien.

—Un par de veces —miento.

—Lo bueno es que estarás con alguien que podrá darte un tour.

—Prometo enviarte fotos y videos. —Poso mi mano en su muslo y le sonrío.

—¿En dónde dices que vas a estar?

Trago saliva sonoramente y trato de actuar como si todo estuviera bien.

Siento que todos los nervios y el dolor de estómago se debe al remordimiento de mentirle, no estoy a gusto guardándole secretos que lo involucran.

—Berlín —respondo—. Rentaré una casa.

—Quisiera ir contigo —hace un puchero.

—También quiero eso —suspiro—. Quizá luego podamos ir tú y yo solamente.

Estaciona su auto en la cochera de su casa.

—¿Tú y yo solos? —pregunta, pícaro y juguetón.

—Tú y yo solos —afirmo de la misma manera.

Acerco mi cara a la suya y empiezo a besarlo lentamente. Mi mano se desliza por su muslo y la detengo sobre el bulto que se le marca en la bermuda, luego comienzo a acariciarla por encima de la tela.

Puede que suene cruel, pero siento que necesito irme con la certeza de que lo dejaré satisfecho. Conozco a André mejor que a nadie, y sé que jamás sería capaz de traicionarme con alguien más. Precisamente por eso quiero asegurarme de que esté completamente complacido antes de partir, porque sé que nadie más lo hará, y él necesita liberar toda la frustración que ha acumulado.

André

La tomo de la cintura y la halo hacia mí. Se me sube a ahorcadas sin dejar de besarme y meto mis manos por debajo de la tela delgada de su blusa. Acaricio su cintura, espalda y aprieto uno de sus pechos por encima del sujetador.

El bulto de mi pantalón crece todavía más y ella se da cuenta. Comienza a mover sus caderas de adelante hacia atrás y...Dios. Los movimientos son tan placenteros que la tomo de las caderas y la ayudo a moverse todavía más rápido.

—Hay que entrar —le digo, rompiendo el beso.

No quiero que su primera vez sea en una cochera dentro de un auto. Ella merece algo único, inolvidable, estar en un lugar que la haga sentir cómoda y segura.

—Calla, André. —Vuelve a unir sus labios a los míos.

Aprieto su cadera con mis manos y las bajo lentamente para acariciar sus muslos. Voy subiéndolas poco a poco por debajo de su falda, sintiendo cómo la piel se le eriza y me detengo en el borde de su braga.

Joder...

Angeline me está matando desde hace ya mucho tiempo. He tenido tanto autocontrol con ella que me sorprende haber aguantado tanto.

Angeline es una mujer preciosa, parece un ángel caído del cielo. Su cabello negro, su piel blanca y sus hermosos ojos grises hacen un contraste que te vuelve loco con solo mirarla. A eso hay que agregarle que tiene un cuerpo de infarto, muy peculiar en chicas de su edad.

—¿Estás segura? —Le pregunto por una última vez.

Se levanta un poco y me muestra como aparta su braga, dejándome ver su vagina bien depilada y rosada. Ese simple acto me deja la mente en las nubes. Me bajo un poco la bermuda y saco mi miembro erecto, y sin más, se deja caer en mi pene poco a poco.

Siento como se abre su intimidad conforme se va hundiendo mi miembro en ella y cierro los ojos disfrutando de la exquisita sensación. Ella gime de dolor y abro los ojos para mirarla; tiene el entrecejo ligeramente fruncido, sus labios semi abiertos y los ojos cerrados.

Mierda.

Se ve tan delicada, tan fina, tan bella...que el más mínimo gesto y gemido que sale de su boca me prende cada vez más.

—Duele...—dice y muerde su labio inferior.

—Ya va a pasar, amor. —Le acaricio la mejilla con los dedos mientras le miro los ojos con fascinación.

Soy el hombre más afortunado por tener a una mujer así solo para mí. ¿Cómo es que he podido ser el único hombre en su vida? Tiene a tantos haciéndole fila y de todos siempre he sido yo al que elige.

Yo fui su mejor amigo, yo fui su primer novio, yo fui su primer beso y ahora he sido su primera vez.

Comienza a moverse sobre mí lentamente mientras se acostumbra a mi tamaño. De su boca salen pequeños y suaves gemidos, sus manos están aferradas a mis hombros mientras que mis manos están alrededor de su cintura.

Le alzo la blusa y saco sus pechos del sujetador. Si hay algo que me guste mucho de Ann son sus senos; tienen el tamaño perfecto y son los pechos más redondos y lindos que jamás haya visto. Los estrujo con mis manos y llevo mis dos dedos índices a mi boca para chuparlos y luego acariciar su areola.

Ella parece excitarse mucho porque comienza a moverse más rápido, no quiero detenerla, pero en cierto punto me lastima. No me considero rudo en el sexo, lo descubrí cuando me acosté con una chica a la que le gustaba que la amarraran, golpearan y azotaran. Soy más pasional, más de caricias lentas y delicadas.

Angeline cree que solo me acosté con una chica, pero no le conté lo qué pasó con las otras ocho mujeres y es mejor dejarlo así, a veces es un poco celosa.

—Lento, amor —la freno—, no vayas a lastimarte.

Cierra los ojos bajando la velocidad de sus movimientos y permanecemos en la misma posición por unos cuantos minutos. Yo acaricio sus pechos, su cintura, espalda y muslos mientras reparto besos por su cuello y cara.

Siento como sus músculos se contraen y sus paredes se cierran alrededor de mi miembro. «Se vino» pienso, pero aún así no deja de moverse.

La idea de haberle quitado la virginidad me calienta mucho y me pone todavía más duro el saber que solo es mía...

La tomo de la cadera y la levanto para que se haga a un lado. Mi descarga sale disparada y echo la cabeza para atrás sintiendo el orgasmo en cada parte de mí.

Se aparta de mí, saltando al lugar del copiloto. Tomo un pañuelo y limpio todo lo que saqué, luego guardo mi miembro en el pantalón. Ambos tenemos la respiración agitada y permanecemos en silencio durante algunos segundos.

—¿Estás bien? —le pregunto y poso mi mano en su muslo.

—Sí —responde—. Eso estuvo...

Su celular empieza a sonar y ella lo saca de su bolso.

¿Eso estuvo qué? ¿Bien? ¿Mal?

La inseguridad me invade al pensar que quizá no le gustó.

—Hola —dice al responder—. Con André, ¿qué pasa? —Estoy seguro de que es su papá—. ¿Qué? —pregunta un poco exaltada—, no, está bien, voy para allá.

La miro impaciente. Lo que sea que le hayan dicho la puso tensa.

—¿Que pasó? —le pregunto.

—Mi viaje se adelantó para dentro de dos horas. —Echa la cabeza para atrás y cierra los ojos.

Siento una presión en el pecho. No quiero que se vaya. Cada vez que se ha ido de viaje con Melissa regresa luego de meses y es una tortura. Ella es la persona que más quiero en el mundo, es quien hace que mis días sean divertidos. La única que puede hacerme feliz con tan solo una sonrisa.

—Oh...—murmuro.

—Voy a extrañarte. —Se abalanza sobre mí para darme un abrazo—. Prometo que te escribiré todos los días.

—Y yo a ti. —La aprieto contra mi—. Lamento que tú...—comienzo a decir, pero me interrumpe.

—Fue increíble. —Besa mi mejilla—. Repetiría, pero debo irme. —Los ojos se le llenan de lágrimas.

Le tomo la cara con ambas manos.

—No llores. —Las lágrimas caen por sus mejillas—. Pronto regresarás y podremos hacer lo que tú quieras.

—Es que voy a extrañarte.

—Y yo a ti, pero irás a aprender cosas nuevas y eso es increíble —trato de animarla—. Aprovéchalo.

Vuelve a abrazarme con fuerza y luego de un par de besos y palabras reconfortantes, la llevo a casa.

Angeline

Quince hombres están a mi alrededor, vestidos con chalecos antibalas y cargando armas largas, todos esperando por mí.

—¿Estarás bien? —pregunta mi papá a mi lado.

—Sólo habla con mamá.

—Lo haré. —Me rodea entre sus brazos y acuesto la cabeza en su pecho—. Tu mamá puede ser rencorosa, pero eres su hija, pronto se le pasará.

Mi mamá no quiso venir a dejarme al aeropuerto, sigue muy molesta. Estoy poniéndome en

su lugar y es lógico que esté así conmigo. Quizá mi decisión esté mal o quizá no, pero es un riesgo que debo tomar si es que quiero avanzar. Porque, seamos sinceros: papá nunca me metería a trabajar para él en una misión. Todo lo que he aprendido ha sido gracias a mis padres y Melissa, pero necesito algo todavía mejor y eso solo lo tiene la mafia roja.

—Conociéndola se le pasará dentro de unos meses.

—No seas pesimista.

Lo miro con una ceja levantada y él pone los ojos en blanco. Melissa me hala hacia ella y me rodea con sus brazos.

—Odio esto —dice en mi oído—. ¿Segura que quieres hacerlo? Podrías entrar al ejército si es lo que quieres, yo podría encargarme.

Melissa siempre se ha ofrecido para meterme en el ejército de Londres. Ella y mi padre se conocieron mucho antes de que ella fuese capitana y mi padre líder de la mafia azul, y aunque sus mundos no les permitan ser amigos siempre tratan de buscar la manera de conectarse. Por eso papá la asignó como mi entrenadora personal y confía tanto en ella.

—Solo me iré un tiempo y será para aprender cosas nuevas. —La miro a la cara y medio sonrío—. Además, sabes que el ejército y mi familia no se llevan bien. —Bromeo y ella sonríe divertida.

—Iré a darme algunas vueltas por allá —suspira y asiento—. Te vigilaré como un halcón.

Le doy un último abrazo a ambos y le digo a papá que les dé un abrazo de despedida a mis hermanas por mí ya que no las dejaron entrar hasta la pista.

Entrego mis maletas y subo al avión que Aedion mandó. Me siento en uno de los asientos del medio y me abrocho el cinturón de seguridad mientras que el avión comienza a prepararse.

Siento una presión de tristeza en el pecho por haber dejado a mi familia y trato de distraerme pensando en cualquier otra cosa para dejar de sentirme así.

«Solo es un tiempo» me repito una y otra vez.

Tengo que aprender a dejar el nido, tengo que superarme, luchar para triunfar. Nadie llega a la tierra prometida sin antes pasar por el desierto.

El avión despega y una vez que estamos en el aire pido un vaso de agua para calmar la ansiedad. Saco mi teléfono y le mando un mensaje a André para avisarle que ya voy de camino a Alemania.

Quise que mi último día antes del viaje fuera especial, algo lindo y tranquilo. Decidí tener sexo con André, pensando que sería una buena idea, pero al final solo logró ponerme de mal humor. No fue como imaginé; aunque logró llevarme al clímax, no alcanzó ese nivel que Aedion consigue. Fingí sentir dolor en un intento de desviar la situación, temiendo que mi actuación no fuera convincente, pero funcionó. Me sentí mal por hacerlo, pero no veía otra salida.

El vuelo es de doce horas con treinta minutos, lo que significa que tengo mucho tiempo para organizar mis sentimientos y calmarlos.

Me pongo a ver dos películas seguidas, luego empiezo a leer mi libro favorito, duermo un rato y al despertar miro la tercera película de Twilight. Faltan dos horas solamente y siento ya las piernas entumidas, así que me pongo a caminar por el jet.

Entro por la puerta que me lleva al lado del avión donde está el bar. Tras la barra se encuentra un señor revolviendo cartas de póker. Cuando nota mi presencia las deja a un lado y me acerco hasta él.

—¿Gusta algo de tomar? —pregunta.

—Deme una cerveza, por favor. —Me siento frente a él.

Me la entrega y luego comienza a revolver las cartas otra vez.

—¿Sabe jugar póker? —le pregunto y me llevo la botella a la boca.

—Niña, me llaman el Dios del póker. —Sonríe y hago lo mismo.

—Soy Angeline.

—Paul.

Va vestido de traje, aparenta unos cincuenta años de edad y tiene pinta de ser alguien amable.

–Reparta —le digo y sonríe con diversión.

Soy buena en el póker, de hecho, muchos me consideran una reina en el juego. Me gustan las apuestas, los retos y el póker podría decirse que es mi juego favorito de cartas.

—¿Qué apuesta? —pregunta.

Saco mi billetera y extiendo veinte dólares.

—No traje mucho efectivo pero la apuesta puede subir. —Me encojo de hombros.

—Eso bastará. —Saca él sus veinte y los deja en el mismo lugar que yo, me mira—. Advierto que soy muy bueno.

—Ya veremos —bromeo con una sonrisa divertida.

Reparte las cartas y miro las mías seriamente. Lo miro a él y está igual que yo, sin mostrar ninguna expresión.

—Voy. —Agrega al pozo veinte dólares más.

—También yo. —Pongo otros veinte.

Ahora reparto yo. Vuelvo a mirar mis cartas y sonrío internamente al ver que tengo la jugada perfecta.

—Otra vez voy. —Vuelvo a poner veinte dólares y él hace lo mismo.

Reparte por última vez y aún así me muestro seria.

—Muestra las cartas —ordena.

Las pongo sobre la mesa bien acomodadas y él hace lo mismo. Sonrío, ahora sí mostrando los dientes. El hizo una escalera y mi mano fue la de póker.

—Bien merecido tienes el pozo —dice sonriente.

—La primera fue para calentar —bromeo.

Siento feo robarle su dinero.

—Juguemos otra vez entonces.

Durante las próximas dos horas jugué con Paul. No solo póker, también me enseñó a jugar solitario y yo le enseñé a jugar baraja española. Hablamos sobre Alemania, Los Ángeles, nuestra comida favorita y más cosas triviales. Paul me agrada, es un tipo muy relajado, me estuvo sacando temas de todo tipo y sin sobrepasar la línea, y con eso me refiero a que no preguntó cosas sobre mi familia o lo que venía a hacer a Alemania.

Cuando el avión aterriza ya es de noche. Paul me explicó que la diferencia de horario es por nueve horas, y si tomé el vuelo a las 3 de la tarde ahora deben ser las 12 de la noche.

Yo ya muero de sueño, deberían ser las 3 de la madrugada en Los Ángeles y yo ya debería estar dormida.

—Vamos —me dice Paul, pasando por delante de mi asiento.

Me desabrocho el cinturón y lo sigo hasta la salida. Bajo las pequeñas escaleras y me encuentro con tres camionetas y aproximadamente treinta hombres armados alrededor del avión.

Mi corazón empieza a palpitar rápidamente y mi cerebro manda a mis ojos a buscar al espécimen tatuado, y al encontrarlo siento que todo mi cuerpo es de gelatina, la sensación de mariposas aparece en mi estómago y me dan ganas de sonreír, pero me contengo y, al contrario, alzo el mentón, lo miro seriamente y espero a que llegue hasta mí.

—Bruja —dice en un suspiro.

Mi sistema hace cortocircuito al escucharlo y las manos me empiezan a sudar por ¿ansias? ¿nervios?, no lo sé, pero mi corazón empieza a bailar todavía más rápido. ¿Cómo puede hacerme sentir así sin siquiera tocarme?

—Veo que ya conociste a Angeline —le dice a Paul y me hace reaccionar.

—Así es. —Lo miro—. Es alguien muy amable y también muy buena en el póker. —Me mira con una ceja alzada.

—¿Amable?, mhum —Aedion pone los ojos en blanco y lo miro con una ceja arriba.

—Aunque no lo creas, cabezota —le digo.

—No recuerdo que te haya visto serlo alguna vez.

—Solo te dejo ver lo que quiero que veas.

Pone mala cara y luego se despide de Paul. Yo hago lo mismo y él me da un papel con la dirección de su casa por si alguna vez quiero visitarlo. Camino junto a él. Dejamos de lado las camionetas y es cuando me doy cuenta del auto deportivo que está detrás de ellas.

—¿Es tuyo? —pregunto, escondiendo el asombro.

—No, es de mi sirvienta.

Como siempre tan lindo.

—La nenita está de mal humor. —Abro la puerta del auto.

—No me hagas arrepentirme de haberte traído. —Entro en el auto y él hace lo mismo.

El interior es de piel roja, cómoda y se ve muy ruda. Huele a perfume de él, no sé qué marca es, pero es delicioso el aroma que siempre se carga. Respiro profundamente sin que él me vea y siento una corriente eléctrica recorrerme de pies a cabeza. «¡Que rico!»

Durante el camino ninguno le dirige la palabra al otro, y aprovecho para mirar el paisaje por la ventana. Todo me parece tan vintage. Los edificios, las calles, inclusive hasta el tren que he visto pasar me ha hecho sentir...extraña, pero es esa sensación extraña que te gusta, que te pone feliz. Berlín es muy bonito de noche, no puedo esperar a ver todo de día.

—¿No vives en la ciudad? —le pregunto al ver que dejamos atrás los edificios y las calles habitadas.

—Vivo cerca —Responde tajante.

Su mal humor se está esforzando por entrar en mi, y es una mala idea teniendo en cuenta que estoy hambrienta, con sueño y adolorida por estar tanto tiempo sentada. Pero no le daré el gusto de pelear en el primer día.

Desvía el auto hacia un camino que está en la lateral y a los pocos metros visualizo una reja negra alta. Antes de que tan siquiera lleguemos a ella las puertas ya están abiertas. Sigue unos cuantos metros por donde lo único que veo son árboles, hasta que pasamos al patio delantero. Tiene un enorme jardín, con el césped podado y con fuentes por doquier, y frente a mi puedo ver una gran mansión.

Estoy acostumbrada a lujos pero...vaya, esto es otro nivel. Nunca había visto una casa igual, ni un jardín parecido.

—¿Sorprendida? —pregunta.

—Ni un poco.

Me mira mal, estaciona el auto y bajamos. Nos acercamos a la entrada y entramos a la casa. Por dentro es todavía más bonita. El piso es de mármol color negro, las paredes son del mismo color, los muebles son color chocolate y del techo van colgados candelabros dorados. De un lado puedo ver la sala de estar y del otro una biblioteca con una mesa de billar en el centro.

Me encanta la casa.

Se escuchan pasos y mi mirada va hacia una chica castaña que baja las escaleras. No aparenta ser muy grande pero tampoco parece tener mi edad o la de Aedion. Al vernos sonríe de oreja a oreja y camina hacia nosotros mientras se limpia las manos con un trapo.

—Por fin llegan —habla.

¿Otra de sus conquistas?

—Angeline, ella es Rebecka Müller.

Le sonrío amablemente y extiendo mi mano, ella la estrecha.

—Solo Beck —dice ella.

—Ella te va a enseñar tu habitación —dice Aedion—. Tus cosas están afuera, pero las subirán en unos minutos.

Asiento y se va sin decir más.

CAPÍTULO 13

El lobo y el cordero

Angeline

Troto sobre la caminadora mientras en mis auriculares suena una canción de Shakira.

Estos últimos cinco días he estado entrenando sin parar. Aedion se carga un humor de la mierda y parece que todo su coraje lo desquita conmigo. Hemos practicado mi puntería, me ha llevado al aire libre a hacer una serie de ejercicios como los que Melissa le pone a sus soldados y cuando estoy en la mansión me la paso en el gimnasio practicando box y mejorando muchas de las técnicas que Aedion dice que están mal. No he tenido ni tiempo para conocer toda la casa y mucho menos he salido a conocer las calles.

Me bajo de la caminadora con la respiración agitada y el sudor cayendo de mi frente a chorros. Hace un calor del carajo y siento que me estoy ahogando. Son las tres de la tarde y lo único que he comido ha sido un sándwich que me preparé en la mañana, porque ahora también tengo una dieta.

¡Una puta dieta!

Aedion es peor que mamá y mis tías cuando hablan de calorías y métodos para mantener la figura.

El sudor me pica la piel y decido que ya es momento de parar con el ejercicio unos minutos. Me quito los auriculares y los dejo a un lado. Tomo mi botella de agua y me la empino mientras me asomo por el ventanal, el cual me da una vista hermosa del bosque que rodea la casa.

Falta media hora para que acabe con mi rutina y si me voy antes Aedion va a explotar y no quiero lidiar con su carácter explosivo. El sudor me pica debajo de las tetas y decido quitarme el top unos segundos para descansar de la picazón y ardor. Siento alivio al hacerlo y me echo encima un poco de agua para limpiar el sudor que está en todo mi pecho. La sensación es placentera y me hace cerrar los ojos un momento.

No he tenido acercamientos íntimos con Aedion desde que llegué. Lo único que ha hecho ha sido gritarme cada vez que hago mal un ejercicio o cada vez que estoy por la casa descalza, pero no hay rastro de aquel hombre pícaro y sensual que solía ser cuando estábamos en el gimnasio, hemos vuelto al Aedion que me secuestró, aquel que fue grosero y que hasta me prohibía mirarlo.

¿Extraño el sexo con él? Sí, demasiado. André me demostró que es bueno en el sexo, pero Aedion... Aedion es un jodido Dios. ¿Por qué no puedo poner los sentimientos de André en el cuerpo del espécimen tatuado? Todo sería más fácil.

Escucho pasos fuera de la habitación y me coloco el top de nuevo. Para cuando estoy subiendo a la caminadora Rebecka entra.

—¿Qué tal va todo? —pregunta sonriente.

Rebecka me agrada. Es amable, divertida y te transmite una confianza increíble. Hemos convivido mucho estos días, ella es quien se encarga de limpiar la casa, es algo así como una Ruth.

—Bien —respondo—. ¡Oh, fuiste de compras! —le digo al ver las bolsas que trae en la mano —. ¿Que te compraste?

Me bajo de la caminadora.

—Es para ti. —La miro con confusión.

—¿Por qué para mí? No te hubieras mo...

—Aedion me pidió que te lo trajera —me interrumpe.

La miro con una sonrisa que creo se ve más como una mueca. ¿Por qué me compraría algo?

—¿Qué es? —le pregunto desconfiada.

Comprarme algo debe ser su manera de pedir disculpas por ser un idiota.

—Ya verás. —Me guiña un ojo y me entrega las bolsas—. Te veo luego, Liebling.

Sale del gimnasio y me siento sobre una de las máquinas. Son cuatro bolsas con nombres de marcas que me encantan, pero mi atención va a una sola, la cual dice «Victoria's Secret».

Debe ser una jodida broma.

La abro y lo primero que saco es un babydoll color azul celeste. Miro lo demás y me encuentro con tangas de hilo con diamantes incrustados, brasieres de encajes y otros con perlas incrustadas.

Todos son hermosos, no voy a mentir, me encanta el detalle pero... ¿qué quiere decir todo esto? Porque, si no me equivoco, este tipo de regalo es atrevido. ¿Quién le regala tangas con diamantes a otra persona solo por cortesía? Exacto, nadie. Este hombre quiere una cosa y cualquiera sabría lo que es.

La siguiente bolsa que abro tiene un conjunto. Es una falda con un saco y también hay un cinturón. Abro la otra bolsa de la misma marca y me encuentro con unas botas con tacón de color blanco.

«¡Son hermosas!»

Aedion tiene muy buen gusto para comprar ropa de chica. Todo debió costarle una fortuna, tan sólo las botas y el conjunto por ser Gucci debieron costarle más de $3,000 dólares.

La siguiente bolsa que abro es de la marca Harry Winston y tan solo el nombre ya hace que me aparezcan corazones en los ojos. Hay una caja un poco grande dentro y al sacarla y abrirla me quedo atontada.

Dentro hay un collar de diamantes blancos y azulados. «Dios..» esto tiene que ser una broma o de plano quiere que le haga un favor enorme, de otra forma no encuentro una explicación.

Ni siquiera mi padre me ha comprado tantas cosas así de caras en un día. ¿Qué he hecho para merecer esto? No encuentro respuesta por más que me quedo buscando alguna.

Guardo todo y salgo hacia mi habitación, al entrar voy directo al baño y me meto en la regadera.

No puedo aceptarlo. Todas son cosas muy caras y eso solo me dice que lo que me pedirá será así de caro. Se la ha pasado de mal humor todos los días, a veces ni siquiera me pone atención. ¿Qué ha cambiado?

Salgo luego de unos minutos y me pongo algo cómodo. Cepillo mi cabello, tomo las bolsas y luego salgo de la habitación rumbo hacia la primera planta donde está su oficina.

Abro la puerta y lo encuentro de pie, dándome la espalda y hablando con alguien por teléfono.

Entro y cierro la puerta despacio para que no me note. Me recargo en la puerta y me quedo observándolo unos segundos.

«Tremenda espalda que tiene.»

Y eso que tiene ropa, porque sin ella se ve todavía mejor. Dan ganas de pasar tu lengua por cada uno de sus músculos.

Cuelga el teléfono y se gira hacia mí, le sonrío de manera inocente y él me mira serio.

—Hola —lo saludo.

—¿No sabes tocar?

Su tono es grosero y es por esto que se me hace extraño su comportamiento.

—Solo una cosa rápida… —Me acerco a él—. ¿Qué significa todo esto? —Le dejo las bolsas sobre el escritorio.

—¿No puedo regalarle algo a mi presa favorita? —Sonríe socarrón y algo en eso no me da buena espina.

—¿Cómo que «tu presa»? —Lo miro indignada.

—En el momento en el que entraste en mi camino te volviste parte de las personas que más amo molestar. Fui tu captor, en el sexo tu amo y ahora soy esa parte de ti que jamás vas a querer soltar. —Sus nudillos acarician mi mejilla y mis ojos se pierden en su mirada grisácea—. Soy el lobo y tú el corderito con el que me gusta jugar, consentirme y saciarme las ganas.

Sus palabras mueven algo dentro de mí, algo que no sé explicar. Siento cómo cada vello del cuerpo se me ha puesto de punta y quedo inmovilizada.

—Hay una diferencia entre todo lo que has dicho y lo que de verdad es —logro decir—, y es que no soy tuya, Aedion. —Su mandíbula se endurece y luego sonríe agriamente—. Crees que por haberte acostado conmigo eso me hace de tu propiedad, pero si así fuese no me hubiese cogido a André, ¿oh sí? —lo molesto.

Estoy jugando una carta peligrosa y la verdad es que no me interesa. Es un hombre posesivo con un carácter de mierda y no sé si estoy loca, pero eso hasta ahora es lo que más me encanta de él. Pero se metió con la chica equivocada. Podrá encantarme su físico, su toxicidad y su manera de coger, pero no soy fácil de conquistar. Si alguien quiere tenerme se va a tener que esforzar, de lo contrario solo podrá tener la parte de mí que yo quiera darle o simplemente no va a tener nada.

Yo estoy para escoger, no para que alguien me escoja a mí.

Su mano rodea mi cuello y ejerce un poco de presión, aunque no la suficiente como para asfixiarme. Su mandíbula la mantiene tensa y sus ojos me miran con una furia ardiente.

—Sabes bien que no se compara conmigo —gruñe.

—No estés tan seguro.

—¿Qué quieres ganar con esto?

Su mirada me asusta y su tono de voz me intimida, pero me trago todo y me mantengo firme.

—¿Hay premio?

Mis manos se posan en su pecho y comienzo a acariciar sus pectorales sin dejar de mirarlo.

Su mirada se vuelve fría, aparta sus manos de mi cuello y se aleja.

—No seas malagradecida y llévate las cosas —demanda.

La lengua me pica al querer decirle que sí. Todo me encanta y me muero por ponerme el maldito collar, pero tomarlo sería como aceptar lo que acaba de decir.

—No soy malagradecida, pero si vas a regalarme algo que sea de corazón, no por obligación o por que eso te haga sentir superior a mí.

Salgo de ahí y subo las escaleras hasta estar dentro de mi habitación, una vez ahí suelto todo el aire que me he guardado en los pulmones.

—Quiero más rapidez, Angeline —me ordena Feder, mi entrenador temporal.

Hace tres días que Aedion ha decidido ignorarme por completo, he lastimado tanto su ego desde que le devolví lo que compró que ni siquiera quiere verme. Anteayer recibí la notificación de que Feder sería quien dirigiría mi entrenamiento por un lapso de tiempo corto.

Desde entonces me la he pasado en su gimnasio. Es un buen tipo, un poco estricto pero es agradable.

—¡Eso es! ¡Dame cinco! —Dejo de golpear la pera y hacemos Hi 5.

Camino hacia mis cosas y tomo mi botella de agua.

—Eres rápida y tienes un buen puño, podrías ser mucho mejor de lo que ya eres si te lo propones.

—¿Cuánto tiempo tardaré para ser la mejor? —le pregunto con la respiración agitada.

—Aprendes rápido, eso ya depende de ti.

—Dime mi consejo del día, por favor —le pido.

—No importa lo lento que vayas, mientras no pares.

Feder siempre suelta frases inspiradoras para mí, es como si fuera parte de su rutina llenarme de sus frases sabias. No me quejo, todas son buenas y además siempre debes hacer caso a los ancianos.

«Más sabe el diablo por viejo que por diablo». Siempre tengo en cuenta este dicho.

Feder se va a hablar por teléfono y yo comienzo a textear con André y mi madre, la cual me ha marcado hace dos días para preguntarme cómo estoy. No es la misma de siempre, pero es un avance.

La puerta del gimnasio es abierta y mi mirada cae en ella. Quien quiera que sea debe ser conocido, de lo contrario jamás dejarían pasar a alguien si yo estoy aquí. Y en efecto; Aedion entra con esa aura de macho dominante que se carga siempre y a su espalda van un grupo de chicos vistiendo ropa deportiva.

«Oh vaya...» a simple vista todos son lindos pero mi atención se va por completo al espécimen con tatuajes. Ni siquiera teniendo a más chicos guapos a su alrededor logra ser opacado.

—¡Aedion! —exclama Feder pasando por mi lado y dándole un apretón de manos al susodicho.

—¿Qué tal van las cosas con ella? —Como siempre al grano, no puede ser amable ni un momento.

—En toda mi vida y en mis cuarenta años de entrenador y dueño de un gimnasio, jamás había visto a una chica que a tan poca edad sea una máquina de matar. —Sus palabras tocan mi corazón y le sonrío con ternura—. Diría que por su rapidez y manera de pelear podría ser un ninja.

—Te dije que era buena —dice él.

Me da una mirada de reojo y luego se da media vuelta hacia el grupo de chicos.

—¿Ellos son los muchachos de los que me hablaste? —pregunta Feder caminando hacia ellos.

—Nolan, Maksim, Efraín, Stefan y Raymond. —Los señala a cada uno—. Ellos serán nuestros integrantes estrella en el equipo.

Nolan y Stefan aparentan tener veinte años, ambos son castaños de ojos azules. Efraín es rubio pálido y tiene ojos azules que parecen casi blancos, creo que es albino, porque hasta sus cejas son blancas. Raymond y Maksim calculo que pasan de los veinticinco, son tan altos como Aedion y me corto una teta si es que no son rusos. Maksim es calvo y tiene barba, mientras que Raymond es pelirrojo.

—Ella es Angeline, también es de nosotros —me presenta.

—Sabemos quién es —dice Maksim—. Cualquiera la reconocería.

—Me alegro —le sonrío—. Es un gusto.

—El gusto es mío, amore —Nolan se acerca y estrecha mi mano.

«Uuuh...un italiano.»

Mi mirada se encuentra con la de Efraín y noto como se pone tenso, se sonroja y luego mira hacia otro lado.

—La primera misión comienza dentro de una semana y debemos prepararnos bien —Empieza a decir Aedion—. Les enviaré el informe de cada uno de ustedes para que se conozcan mejor. El entrenamiento empieza mañana, será todos los días de ocho a tres de la tarde y Feder será quien me ayude a guiarlos. —Todos asienten.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —Le pregunto.

La puerta nuevamente se abre y aparece un chico de cabello oscuro. Trae colgada en la espalda una mochila y en la mano carga un maletín.

—El es Lucian —lo presenta Aedion.

El chico camina hacia una mesa muy cerca de nosotros y deja sobre ella el maletín. Todos nos acercamos a él.

—Voy a decirles cada detalle de la misión, si tienen dudas no duden en comunicármelas —dice el pelinegro.

Saca una computadora de su mochila, la enciende y del maletín saca un par de fotografías.

—El es Vladimir Chatzi, mejor conocido en Grecia como Vasiliás —Empieza a decir y me fijo en las fotos que esparce sobre la mesa—. Maneja una organización de sicarios que además de matar por encargo, se dedica a robar y a extorsionar.

«Vasiliás tiene a los mejores sicarios y cada uno de sus trabajos es impecable. Es un asesino serial, no tiene pudor y ha comprado a la policía de Grecia, prácticamente es imparable. Hace trece días, sus hombres atacaron la propiedad donde el presidente se encontraba y solo pudieron asesinar al ama de llaves y a su perro. Y hace cuatro días volvieron a atacar, pero esta vez Aedion arregló las cosas y les hizo creer que mataron a sus dos hijas y a su sobrino. Solo así fue que supimos que quedaron satisfechos y los vimos irse de Alemania.

—Nuestro objetivo es investigarlos —Interrumpe Aedion—. Saber a quien le están haciendo el favor y asesinar a todo aquel que esté involucrado.

Trago saliva.

Yo nunca he asesinado a nadie y tan solo pensar en ello me pone los pelos de punta.

—Viajaremos a Grecia dentro de una semana para infiltrarnos y comenzar a trabajar —explica—. En tres días llegan sus pasaportes, credenciales y documentos falsos. Todos tendrán otra identidad y deberán entrar en papel durante todo el tiempo que estemos en Grecia, ¿entendido? —pregunta y todos asienten.

Esto me ha puesto nerviosa. Estamos hablando de que estaré en una misión de vida o muerte, aquí no pelearé con Melissa o Aedion, aquí si querrán matarme y serán crueles.

«A eso has venido, no hay vuelta atrás», me digo.

El celular de Aedion comienza a sonar y eso me devuelve a la realidad. El tatuado sonríe al ver la pantalla y responde.

—Quiero que todos me enseñen de que están hechos, ¡Al cuadrilátero! —Ordena Feder y no puedo escuchar lo que dijo al responder la llamada.

Aedion se aleja y todos (excepto Lucian) subimos al cuadrilátero. Feder nos pone a pelear unos con otros y los primeros son Maksim y Stefan.

«Tremenda madriza que le van a poner a Stefan». Hago una mueca.

—No te preocupes —me dice Nolan a mi lado.

—¿Crees que vaya a ganarle a tan tremendo tanque? —le pregunto con burla.

—No —contesta—. Stefan es malo con el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, pero Aedion lo eligió por otra cosa.

Miro al tatuado y lo veo recargado sobre una de las paredes, aún con el teléfono en la oreja y sonriendo como idiota. ¿Con quién mierda estará hablando? «Su novia Natalie, tal vez». Pongo los ojos en blanco a la vez que su mirada cae en mí y vuelvo a mirar la pelea. Para cuando lo hago Maksim tiene a Stefan en el piso haciéndole una llave mortal.

—Él es el francotirador —lo excusa Nolan y me saca una sonrisa.

Feder los separa y Stefan se pone de pie con la respiración agitada y demasiado rojo de la cara.

—Te hace falta aprender tanto —se queja Feder—. No entiendo por qué te escogió Aedion.

—Nunca falla en puntería —dice Aedion, acercándose a nosotros.

Hasta que deja de sonreír como baboso.

—¿Tu mayor distancia? —le pregunta Feder a Stefan.

—3800 metros —contesta.

Lo miro sorprendida.

—Retiro lo dicho —dice Feder—. Estaré practicando contigo más que con los demás, mínimo quiero que derribes a alguien.

—Sí, señor.

—Ann, vas tú. —Los ojos de todos se posan en mí y camino a ponerme los guantes MMA—. Recuerda lo que hemos hablado.

Ser más rápida, más ágil y siempre tratar de buscar el punto débil del oponente. Maksim es un tanque, no podré acercarme mucho a él por ser superior a mí tanto en altura como en masa, así que tengo que evitar sus golpes y tratar de derribarlo lo más rápido posible.

—¿Quieres que la mate? —se burla Mak y lo miro amenazante.

«Vamos a cerrarle el hocico a este idiota.»

Termino de abrochar mis guantes y muevo mi cabeza de lado a lado para tronar mi cuello. Sacudo mis brazos para relajar los músculos y me pongo en posición. Maksim sonríe con burla y se me viene encima tratando de soltarme un golpe, aprovecho que es alto y paso por debajo de sus brazos, propinándole un golpe en las costillas. Se vuelve hacia mí y lo rodeo para que no me atrape.

—Deja de huir —me gruñe.

Aprovecho que está de espaldas para darle un golpe en la nuca. Se voltea hacia mí con furia y trata de agarrarme, pero de nuevo vuelvo a rodearlo. Tomo uno de sus brazos y le hago una llave, torciéndole el brazo hacia atrás e inmovilizándolo. Le doy un rodillazo en el punto exacto de su pierna y esto lo hace caer de rodillas.

—Yo no huyo.

Con mi mano libre toco el punto exacto de entre su hombro y cuello y cae al suelo en un profundo sueño.

—Excelente —sonríe Feder.

Todos me miran asombrados; Nolan con la boca abierta, Raymond con una sonrisa, Stefan y Efraín parecen desconcertados mirando el cuerpo de Maksim.

No me molesto en mirar a Aedion, el solo saber que está mirándome me hace querer poner los ojos en blanco. Me siento enojada, rara, como si estuviera sentida con él y no tengo idea por qué mi cambio tan repentino.

CAPÍTULO 14

Bandera blanca

Aedion

Subo y bajo la mano por mi miembro erecto mientras miro las cámaras que tengo en el gimnasio.

Angeline está echándose agua sobre los pechos, con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Ha hecho esto ya dos veces en estos días y no he parado de repetir los videos como un maniaco. «Maldita bruja» me la pone dura con tan solo mirarla, ¿qué carajo me pasa? Puedo tener a cualquiera; a la más puta, la más bella, la más santa...pero heme aquí jalándomela mirando al enemigo.

Traerla a Alemania ha sido el primer paso del plan que tengo para ella. El segundo será cuando entre a la primera misión y sea reconocida por Vaciliás. Lo conozco y en cuanto la mire será cuestión de tiempo para que desaparezca del mapa. Así asesino a lo más amado de Leonel, me gano más puntos para cuando me den la corona, evito la guerra entre clanes y me quito de encima el peso de estar tras de ella.

La puerta de mi oficina se abre y aparece Angeline. Su mirada baja a mi entrepierna y escupe la leche que trae en la boca, el vaso se le cae y se queda quieta como tonta.

—¡Sal de aquí! —la echo.

Pero en vez de hacer caso se agacha a recoger los pedazos de vidrio sin dejar de mirarme la verga.

—¡Lárgate ya! —Me levanto furioso guardándomela en el pantalón.

Su cara se pone roja, se levanta dejando todo en el piso y sale casi corriendo. Cierro la puerta y siento como la furia me corroe. «Ya me arruinó el día».

No quiero volvérmela a coger ahora que sé que ya se la cogió otro. No me cojo a la misma dos veces y aunque con ella fue diferente eso se terminó. Ahora mi objetivo es acabar con ella lo más pronto posible.

—¿Me dejas pasar? —Escucho la voz de Rebecka detrás de la puerta.

Abro la puerta de mala manera y su mirada baja hacia mi marcada erección.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Ve a que alguien te baje eso. —Sonríe con las mejillas encendidas y me hace poner los ojos en blanco.

—¿Qué carajo quieres? —le vuelvo a preguntar.

—Ya lavé tu ropa y limpié la casa, solo vengo a avisar que saldré a cenar con unos amigos.

—Está bien. —Me recargo en el marco y cierro los ojos.

Estoy estresado a un nivel al que no había llegado antes. Esta semana mi deseo sexual está tan elevado que no lo calmo con nada.

—Ve a dormir. —Becka toca mi hombro—. En unas horas viajas a Grecia y necesitas descansar.

Rebecka es como una hermana para mí, es quien más se ha dedicado a cuidarme. Le di asilo a ella y a su madre en la mansión hace cinco o seis años, desde entonces ella es quien cuida de esta propiedad y está al pendiente de mí.

Decido hacerle caso.

Me despido y luego me voy a bañar con agua fría para bajar mi problema, pero ni siquiera el agua helada me ayuda. La rabia me invade y solo me coloco una toalla alrededor de la cintura cuando salgo de mi cuarto.

Maldita sea...

Camino por el pasillo y abro de golpe la puerta del fondo. Ella está acostada sobre su cama, al verme se incorpora y yo me suelto la toalla.

—Vamos a arreglar las cosas de una vez —le digo y camino hacia ella.

Y como si fuéramos imanes, ella también hace lo mismo. La tomo por detrás de la nuca y la empiezo a besar como si mi vida dependiera de ello. Su boca sabe dulce y sus labios se mueven tal y como me gustan, como si fueran expertos en dar besos salvajes. Ella besaba lento, con amor y dulzura, pero ahora es diferente; compartimos la misma pasión, las mismas ganas y el mismo pensar.

Me separo de ella y le quito la blusa. Sus pechos quedan al aire y siento cómo la boca se me vuelve agua al ver su tamaño y color. Sin pensármelo dos veces me voy hacia ellas y comienzo a besar, chupar y lamer sus pezones.

«Siempre sabe deliciosa». Su piel es tan suave y se ve tan delicada que me hace querer besarla toda por completo.

Bajo mis besos por en medio de sus pechos, beso su piercing del ombligo y sigo bajando mientras ella empuja mi cabeza hacia abajo y suelta gemidos con los ojos cerrados. Tomo el elástico de su pantalón de pijama y lo bajo con todo y bragas. Le separo las piernas y comienzo a besar su intimidad.

Carajo, ya me debía esto.

—Sabes deliciosa, Liebe...

Acaricia mi cabello con suavidad y de vez en cuando tira de él, y no me molesta en lo absoluto, al contrario, me está encantando que lo haga.

Las piernas le tiemblan y entierra sus manos en mi cabello con fuerza, sus gemidos salen entrecortados y el chorro sale disparado en el piso. «La primera mujer que veo que puede hacer un squirt». Me vuelve loco todo lo que hace.

Me pongo de pie, la pongo de espaldas a mí y la empujo a la cama. Ella se pone en cuatro y mi miembro comienza a palpitarme del dolor. Me está dando una vista increíble que estoy seguro que muchos pagarían por ver.

Ni siquiera tiene la falla que la mayoría de las chicas primerizas tienen. Está bien colocada, con el pecho tocando la cama y las nalgas en pompa.

Me coloco detrás de ella y la embisto de una estocada. Es un alivio sentirla y caigo en cuenta de que su cuerpo se ha convertido como en una droga para mí. Una droga que solo quiero probar y saciarme entero de ella.

Ella gime alto y su voz sale en un tono tan dulce que disfruto escucharla.

—¡Me vas a partir! —gime y la tomo del cabello para impulsarme.

Acelero mis movimientos y le doy unos azotes con mis manos en los glúteos que la hacen chillar y probablemente le vayan a dejar una marca. Me encanta su trasero, me encantan sus pechos, me encanta su rostro... «Mierda», todo de ella me vuelve loco.

—Dime, Liebe...¿así te cogió tu noviecito? —La vuelvo a azotar.

—¡Carajo! —grita—. No, no...—gime y vuelvo a azotarla.

—¿Te gusta su verga más que la mía? —Siento la rabia correrme por todo el cuerpo.

Ella no responde y al ver eso detengo mis movimientos. Siento una presión en el pecho y siento como todos mis músculos se tensan al esperar su respuesta.

—Por favor sigue... —me pide.

—Contéstame.

—¡Tu miembro me gusta más, tus cogidas son mejores y las cosas contigo también lo son! —El corazón me vuelve a latir y siento una mezcla de alivio en el pecho muy satisfactoria—. Deja de preguntarme sobre André y hazlo como me gusta.

Sus palabras son música para mis oídos.

Sabía que ninguna chica prefiere a otro después de probarme. Si tuvo que coger con su novio para averiguar la verdad me alegra que lo haya hecho, solo necesitaba escuchar su confesión.

Me muevo lento, ella me pide más velocidad, pero decido castigarla un poco. Luego de unos segundos salgo de ella y hago que se ponga de pie.

—¿Qué haces? —pregunta enojada—, no vayas a dejarme así.

Sus mejillas sonrojadas y el brillo en sus ojos grises me hacen querer ponerla de rodillas y obligarla a darme una mamada, pero lo que tengo planeado es todavía mejor.

La tomo de la nuca y acercó su cara a la mía, atrapo con mis dientes su labio inferior y halo de él suavemente.

—Cállate y camina a mi cuarto —le ordeno.

Le doy un empujón suave para que camine hacia la puerta y luego una nalgada. Ella sonríe y sale por la puerta. Camina frente a mí con una confianza que ni a una stripper le he visto. Y mi mente no deja de pensar que, en efecto, su trasero es demasiado lindo con las marcas de mis manos en él.

Entramos a mi habitación y ni siquiera dejo que se dé la vuelta. Me pongo tras de ella, aparto su cabello y hago un camino de besos desde su hombro hasta su oreja.

—Siempre voy a ser mejor que cualquier pendejo que esté contigo —murmuro—. Seré tu peor pesadilla, tu tormento, tu veneno...—Muerdo el lóbulo de su oreja y ella suelta un leve suspiro—. Pero también planeo ser el hombre al que tengas en un pedestal, ¿sabes por qué? —pregunto.

—Dime... —Lame sus labios y aprieta mi mano con la suya.

—Porque siempre querré estar junto a ti, no detrás, ni sobre ti, a tu lado. —Por un segundo me dejo llevar por lo que pienso—. Soy el instrumento de tu perversión, el placer de tus gozos y la lujuria de tu infierno.

—¿Entre nosotros no existe un cielo? —Su pregunta me confunde por un segundo.

—Soy el villano, Liebe, en mi mundo no hay cielo. —Se da la media vuelta. Sus ojos conectan con los míos y el brillo que emanan me deja atolondrado—. Pero solo tienes que pedirlo para que yo cree uno solo para ti.

Mi corazón se ha acelerado como solo me pasa cuando estoy con ella y siento cómo todo mi ser se pone en alerta tras lo que acabo de decir, pero a pesar de que quiero dejar de hablar ella no me deja hacerlo. Su rostro, su voz y ojos me tienen en una burbuja que me hace querer decirle todo lo que he pensado desde que la conocí.

Angeline

Todo mi cuerpo está paralizado.

Mi corazón está latiendo como si hubiese corrido un maratón y las mariposas en mi estómago no han dejado de revolotear.

Posa sus manos en mi cintura y me acerca a él de un jalón. Pongo las manos en su pecho y miro sus ojos grises tan cautivadores.

—¿Prometes llevarme al cielo? —le pregunto, embobada con cada una de sus facciones.

—No, Liebe, yo prometo bajarte el cielo —responde, con los ojos ardiendo en una profunda

lujuria.

No puedo creer lo que estoy sintiendo en estos momentos. Ni siquiera sé como expresarme. Lo único que puedo saber con certeza es que jamás nadie me había dicho cosas como las que él acaba de decirme y que yo jamás había sentido lo que estoy sintiendo ahora.

Mi corazón se acelera todavía más, y por la emoción los pezones se me han endurecido y los vellos de mi cuerpo se me han puesto de punta. «Por Dios». ¿Cómo es que puede ponerme de esta manera?

Mi mirada sigue conectada a la suya y en ella puedo ver un brillo tan bonito que me hace querer llenarle la cara de besos. ¿Qué carajo pasa conmigo?

—Quiero que te pongas en cuatro —ordena y mi cuerpo obedece por instinto—, con el pecho recostado en la cama y parando el culo.

—¿Qué harás? —Le pregunto un poco confundida por sus cambios repentinos.

Escucho que abre un cajón y mientras tanto hago lo que me dice. Gracias a dios que antes de venir me he hecho la depilación con láser.

—¿Cuántas pastillas del día siguiente te has tomado? —me pregunta.

—Dos —respondo—. Pero no te preocupes, ya fui con una ginecóloga antes de venir y estoy con anticonceptivos. —Escucho sus pasos acercándose a la cama.

—Las manos detrás de tu espalda —ordena otra vez.

Comienzo a ponerme nerviosa.

—¿Qué harás? —le pregunto de nuevo.

—Confía en mí.

Obedezco.

Aedion es bueno en el sexo, no creo que haga algo que no me guste.

Toma mis manos y pasa alrededor de ellas una especie de cuerda.

—¿Me vas a atar? —le pregunto.

—Mmhum.

Paso saliva, nerviosa.

—Se le llama bondage —sigue—, ¿sabes lo que es? —Niego—. Prácticamente es atar tu cuerpo para inmovilizarte. Puedo atar tus manos, piernas o todo lo que yo quiera atar —explica.

Aprieta la cuerda y me quejo de dolor al sentir cómo me quema.

—Que sexy te ves así, Liebe —dice y un escalofrío me recorre completa.

El dolor que la cuerda provoca en mis brazos y manos es...excitante. Es un dolor soportable, de esos que se disfrutan.

—Y estoy siendo comprensivo contigo al amarrarte solo de las manos. —Sus palabras encienden algo dentro de mi.

Siento cómo se coloca entre mis piernas y luego cómo me la entierra toda. Gimo y siento la necesidad de agarrar fuerte la sabana debido al dolor que me causa su tamaño, pero no puedo. Me siento como una jodida muñeca, no puedo levantar mi torso o voltear la cara.

La palma de su mano golpea mi trasero y chillo. «¡Carajo!» Me arde el culo, las muñecas también y su polla es tan grande que siento que me va a partir en dos. Pero Dios...el dolor es tan placentero que siento cómo me estoy mojando más con cada estocada, con cada nalgada y halada de cabello.

Logramos venirnos una, dos, tres, cuatro veces... y todavía seguimos así durante horas. Ninguno de los dos parece tener llenadera y la verdad no me interesa en lo más mínimo.

Su celular suena y soy yo la que interrumpe el beso.

—Es la alarma —dice y abro los ojos sorprendida.

Pretendía dormir por lo menos una hora.

—¿Tan rápido? —me quito de encima suyo y me tapo con las sábanas.

—Sí —responde poniéndose de pie—. Te veo abajo en una hora y te quiero lista.

Lo veo meterse a su baño sin pudor a que lo mire desnudo y me quedo unos minutos mirando por dónde se fue. ¿Cómo es que no nos dimos cuenta del tiempo? Estuvimos casi siete horas haciéndolo y para mi han pasado como dos o tres.

«Valió la pena». Sí, valió mucho la pena. Podría pasar así todas las noches y jamás me quejaría.

Me pongo de pie y camino a mi habitación envuelta en la sábana. Son las cuatro de la mañana y el sueño apenas va llegando, es como si hubiese estado en una burbuja mientras tenía sexo con Aedion. El cansancio nunca llegó, el mundo dejó de girar y las manecillas de los relojes se detuvieron.

Sonrío.

Es gracioso y realmente curioso, pero es así como lo veo yo.

Mientras me doy un baño me pongo a pensar en las palabras que dijo y sobre cómo me sentí al respecto. Las mariposas en mi estómago revolotean sin control y me provocan una sonrisa, la cual se borra al salir y encontrarme con un mensaje de André en mi teléfono.

¿Cómo es que sigo haciéndole esto?

Esto ya es ser cruel y yo no soy así con quienes aprecio. Quizá debo hablar con él, ya veré cómo solucionaré esto porque en definitiva no me siento bien ocultando este tipo de cosas. Todo siempre sale a la luz y no quiero que se entere de la peor manera.

Me cepillo el cabello y lo seco, me hago ondulaciones en él y mientras me maquillo escucho que alguien camina hacia mi habitación. Unos segundos después entra Aedion vestido con unos pantalones oscuros y una camisa blanca. Con todo siempre luce bien, apuesto a que ni siquiera tuvo que escoger su outfit.

—Te traje esto. —Estira las bolsas que hace unos días yo rechacé—. Lo compré para ti, Bruja, y no hago esto por nadie.

—¿Me lo regalas porque me follaste?

—¿Por qué quieres pelear?

—No busco discutir —aclaro—, solo quiero honestidad.

Pone los ojos en blanco y respira hondo, eso me hace querer sonreír, pero no pienso arruinar el momento que probablemente sea el más difícil de su existencia.

—Solo acéptalo. —Pone mala cara y suelta las bolsas—. Me costó mucho como para andar regalándoselo a la jardinera.

Bien...creo que pedí mucho.

—Ok. —Le sonrío.

Me mira mal y luego se va. Nunca va a ser amable o dará algo de buena fé, de eso estoy segura.

Tomo las bolsas y saco todo el contenido, guardo la ropa interior en la maleta y decido ponerme el conjunto que me regaló junto a las botas y el collar precioso que me está volviendo loca. Termino pareciendo una modelo y me encanta tanto cómo me veo que todas las malas vibras las alejo.

Bajo mi maleta y mientras espero a que Aedion baje me pongo a mensajear con André. Son nueve horas de diferencia y él ahora va saliendo de sus entrenamientos de fútbol.

Aedion baja con su maleta y él timbre suena, abro la puerta y me encuentro con dos de sus hombres.

—Vámonos —ordena pasando frente a mí.

Los hombres toman sus cosas y las mías y yo sigo al espécimen hasta su camioneta. Me siento junto a él en los asientos traseros y un segundo después arrancan.

Mi teléfono suena y en la pantalla aparece André. Siento como el ambiente se vuelve denso y ni siquiera quiero mirar a Aedion.

Si no le respondo me veré como una cobarde y si lo hago me veré como una hipócrita.

Respondo, ¿qué más da cómo me vaya a ver? André ya tiene suficiente con cargar con mis infidelidades; no voy a fingir indiferencia solo porque Aedion está presente. Al final, lo nuestro no es más que sexo.

—Hola —digo con una sonrisa.

—¿Cómo está mi novia hermosa?

Miro de reojo a Aedion y él está concentrado en su celular. «No le importa», eso está bien.

—Bien, gracias —le respondo con tono dulce—. ¿Y tú? ¿Qué tal va el entrenamiento? —Vuelvo a mirar de reojo a mi acompañante y sigue en las mismas.

—Bien, las semifinales son este fin de semana.

—Quisiera estar ahí, sabes que no me pierdo jamás tus partidos.

—¿Cuándo podré verte?

—No hay fecha aún, pero supongo será pronto.

La presión en el pecho aparece, el remordimiento de ser la peor novia me invade y siento la necesidad de hacerme pequeña y desaparecer.

—No te pongas triste, nena. —Suelto un suspiro—. Mejor hablemos de otra cosa... ¿qué tal dormiste?

Siento que el mundo se me viene encima y miro a Aedion por instinto. Me está mirando expectante, con una ceja arriba y como si quisiera reír.

—Bien —respondo con tono nervioso y me cacheteo mentalmente—… Melissa preparó mi comida favorita. —La risa de Aedion suena a mi lado y vuelvo a cachetearme mentalmente al ver que las palabras que dije pueden parecer de doble sentido—. Caí dormida al instante de lo satisfecha que quedé.

«Estúpida» cierro los ojos con fuerza al ver lo que acabo de decir y bajo la ventana para que André no escuche las risas de Aedion.

—Me da gusto, nena.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Ayer tuve un momento de ansiedad, pero no te preocupes, después de unas horas pude controlarlo y dormí.

—¿Tomaste el medicamento?

—Sí, solo una vez.

Hago mala cara.

André ha lidiado con la ansiedad desde que era un niño. Su familia lo llevó muchas veces al psiquiatra para seguir tratamientos, pero estos se limitaban a recetarle medicamentos. Su madre siempre se aseguraba de que los tomara, aunque yo intervine para que los dejara. Después de un tiempo, los fármacos perdían efectividad, las dosis debían aumentarse y, para colmo, André terminó desarrollando una adicción a ellos.

Logré convencerlo de probar gotas naturales para calmar la ansiedad, unas que no solo eran económicas, sino también inofensivas. Para nuestra sorpresa, funcionaron. Desde entonces, André las utiliza; con una sola dosis le basta para sentirse tranquilo durante días, sin necesidad de recurrir a más.

—¿Que pasó con las gotas?

—Se terminaron, pero iré a comprar otras justo ahora.

—Toma esas, no regreses al medicamento.

El medicamento en vez de ayudarlo, pareció haberle hecho más daño. Lo ayudaba con la ansiedad, no obstante, no lo dejaba dormir, lo hacía decaer y a veces entraba en una depresión muy fuerte.

—Lo haré, nena.

Hablo de unas cuantas cosas más con él y luego termino la llamada cuando veo que ya vamos a llegar.

El que haya regresado a los medicamentos me preocupa. Su madre siempre quiere hacerlo tomar esas cosas y por más que le explico nunca entiende cómo se pone su hijo.

No me llevo bien con la madre de André, bueno, realmente no me llevo bien con nadie de su familia más que con una de sus tías. En un principio logré integrarme con su mamá, ella trataba de ser mi amiga y yo la de ella, pero todo cambió cuando me enteré que todo lo que yo le confiaba se lo contaba a la familia y hasta le agregaba más cosas para empeorar todo. Además de que es de esa clase de madres que son muy controladoras, mustias y siempre quieren tener la razón.

Tiene cuatro hijos y a todos les presta atención, menos a André. Pareciera que no lo quiere; nunca lo apoya, siempre lo critica con la familia y amigos, cuando hace un evento nunca lo invita porque está su esposo y él y André no se llevan bien. Lo tacha de hacer cosas malas cada vez que logra comprarse algo costoso y nunca quiere que André acepte ayuda de otro lado más que de ella, y cada vez que André toma su ayuda siempre lo deja a medias y termina arruinando más las cosas.

Odio que no se comporte como una madre. André siempre llora por lo mismo, lo hace sentir mal y con la necesidad de cambiar su carácter para caerle bien a ella y a su esposo.

Ella y su familia son de las razones por las que sufre de ansiedad. Por eso los detesto.

—¿Sí sabes que no podrás responder llamadas en la misión, verdad? —me pregunta Aedion mientras el auto se estaciona frente al jet.

Asiento.

Bajamos del auto y caminamos hacia donde están los chicos y dos mujeres más que no conozco. Iremos en el jet privado que Aedion compró especialmente para las misiones.

—Pequeñuela —Me saluda Mak y choco puños con el—. ¿Te quejaste mucho anoche luego de la paliza que te di? —se burla.

—No la subestimes —habla Raymond.

—Quiero la revancha —le digo.

—La tendrás —dice y se ríe, yo sonrío con suficiencia.

Saludo a Nolan, Efraín y Stefan, es entonces cuando mi atención cae en las chicas. Una es morena de cabello rizado y la otra es una rubia alta y con cuerpo de actriz porno.

—Ellas son Andrea —Aedion me señala a la rubia— y Maya —la morena se acerca a darme un beso en la mejilla con una sonrisa.

—¡Por fin te conozco! —me dice—. No sabes por cuánto tiempo he escuchado de ti, todos dicen que eres increíble en lo que haces. —Me hace sonreír.

¿Quienes son todos?

—Gracias —es lo único que se me ocurre decir—. Es un placer conocerte.

Todos subimos al avión. Yo me siento junto a Maksim y Raymond, pero se me ocurre invitar a Maya a sentarse conmigo. Una amiga no me caería mal.

El avión despega luego de unos minutos y una vez que estamos en el aire Aedion se para frente a todos. «Dios»... Sigo creyendo que luce espectacular con esa camisa.

—Andrea y Maya se han unido a nuestro equipo —comienza a decir—. Maya es la hacker más famosa y peligrosa de Latinoamérica y Andrea es ex agente militar de las Fuerzas Armadas Británicas. Ambas ya estudiaron la misión y saben lo que tienen que hacer, no van a interferir con los planes.

Maya me sonríe amigable y en lo único que puedo pensar es en lo carismática que es. Su cabello es hermoso, tiene unas pestañas y unos ojos bellísimos que estoy segura que cautivan a cualquiera.

Durante los próximos minutos Aedion nos habla sobre las identidades de las chicas y nos hace decir en voz alta el papel de cada uno para no olvidarlo.

El grupo se dividirá en cuatro: Efraín, Nolan y yo nos haremos pasar por un grupo de amigos que va de paseo. Raymond y Maksim serán dos amigos que irán en busca de mujeres para pasar el rato. Maya y Stefan actuarán como novios y...Andrea y Aedion también harán lo mismo.

A cada quien se les ha dado una identidad nueva, en mi caso seré Aria Stone, soy de Italia y tengo veintitrés años. Ha sido todo un caos tener que aprenderme los nuevos nombres de todos pero lo hice, ahora el problema será meterme en el papel.

CAPÍTULO 15

Ojos color tormenta

Santorini, Grecia

Angeline

El hotel de Vasiliás está enorme y es precioso.

Llegamos hace una hora, cada quien se metió en su papel desde que nos separamos en el aeropuerto. Al llegar pedí mi habitación y tuve que desempacar ropa que traje solo para aparentar, mi maleta con todo lo importante está metida en el armario.

Estoy nerviosa por lo que vaya a pasar. No me gusta lo desconocido, no obstante, estoy tratando de alejar todo pensamiento negativo, lo que menos me gusta es ser pesimista. Siempre me he cargado una actitud positiva y demasiado egocéntrica, eso me ayuda y quiero seguir así.

Aedion nos dio un micrófono y audífono muy diminuto para estarnos comunicando, ya que nadie puede tener contacto con ninguno de los demás mientras estamos aquí. ¿Cuánto tiempo vamos a estar? No tengo ni la más mínima idea. No sé hablar griego, pero recuerdo algunas cosas que me enseñaron cuando era pequeña, solo lo básico, pero eso y el que me haya puesto a estudiar antes de esta fecha, es una gran ayuda.

En el audífono suena un pitido, eso significa que alguien hablará.

—¿Cuáles son sus habitaciones? —Escucho la voz de Raymond.

—202 —respondo—. Nolan tiene la 207 y Efraín la 203.

—Andrea y yo tenemos la 107 —Dice Aedion y pongo los ojos en blanco.

El que estén juntos es plan con maña. La chica tiene cuerpo de modelo y cara linda, Aedion aprovechó la puta oportunidad y claro que ella no iba a negarse a eso.

«Ese ya no es tu asunto» me recuerdo y trato de enfocarme en otra cosa.

Los demás dicen el número de su habitación y tengo que aprenderlos de memoria por cualquier cosa. Siempre tengo que estar preparada, Vasiliás es peligroso y en cualquier momento puede descubrirnos y atacar.

Todos tenemos que actuar como turistas estos dos primeros días, solo para no levantar sospechas. Así que me cambio y les mando mensaje a los chicos para que me alcancen abajo.

El hotel está enorme.

Hay una zona que da paso hacia la playa, pero la parte de la piscina me encanta. Está a mayor altura y da la vista hacia un paraíso. Las montañas, el mar cristalino y el cielo se ven encantadores.

Me enamoré de este lugar en cuanto lo vi, lastima que no pueda disfrutarlo por estar cuidándome las espaldas. Vasiliás estará aquí cuatro días; dos de ellos serán para actuar como turistas y los otros ya serán para observarlo más de cerca y quizá entonces nos de la oportunidad de actuar.

Me quito la bata playera y me acuesto sobre una de las camas que están frente a la piscina. Siento cómo los ojos caen sobre mí y cierro los ojos disfrutando del sol.

—¿Vas a broncearte? —Abro los ojos al escuchar la voz de Nolan.

El y Efraín están sentados en una de las camas junto a mí, sin nada encima más que una bermuda. A pesar de que ya los he mirado así me hacen sonrojar todavía. Ambos son atractivos y

tienen un cuerpo todavía más atractivo que su rostro, es imposible que pasen desapercibidos.

—Quizá un poco —respondo.

Nolan y yo hemos encajado bien, nuestro humor parece ser el mismo y no nos ha costado socializar entre ambos. Efraín es un chico muy serio, no he hablado mucho con él, pero sí me he dado cuenta de que me mira mucho, quiero creer que no en una mala manera, pero a veces su mirada se siente pesada.

Miro a sus espaldas y veo a Aedion caminar con Andrea tomados de la mano. Ella está usando un bikini negro que la hace resaltar sus curvas. «Es bonita», no puedo evitar admitirlo. Tiene piernas largas, un abdomen plano y aunque no tenga caderas, la compensan sus grandes pechos. Su nariz es respingada, sus labios son grandes y tiene unos ojos azules muy lindos.

Siento como mis ánimos caen poco a poco y por primera vez en mi vida me siento... ¿intimidada?

—¿Qué se supone que haremos? —pregunta Nolan y desvío mi mirada de la rubia.

¿Qué me pasa? Nunca me he sentido inferior a una chica, mucho menos me dejo intimidar por eso. «La belleza exterior no tiene nada que ver con lo que llevas dentro», recuerdo la frase que Ruth suele decirle a mis hermanas y mi carácter vuelve a tomar el control, el coraje me toma y recobro la compostura.

No tengo por qué estarme comparando con nadie.

—Tierra llamando a Ann... —Parpadeo desconcertada y pongo atención a Nolan—. ¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, solo...—iba a responder, pero la voz de Efraín me interrumpe.

—Vasiliás va entrando —murmura.

Me recuesto sobre la cama con la cara mirando hacia el cielo y espero unos segundos antes de voltear hacia la entrada. Fijo la mirada en el hombre que va caminando junto a dos mujeres y con tres hombres a su espalda.

Carajo.

¿A esto nos estamos enfrentando? Parece modelo de Calvin Klein o empresario súper millonario estilo Christian Grey. No se ve como un sicario, parece más como alguien todavía más importante o mejor que eso.

—Recuerden actuar natural. —Escucho la voz de Lucian por el auricular.

Desvío la mirada de él y me enfoco en los chicos.

—Ese tipo parece boxeador —dice Nolan y me hace sonreír.

—Ni que lo digas.

Es castaño, de barba bien marcada, cejas gruesas, mandíbula perfilada, es musculoso y camina con un porte que te deja anonadada.

¿Se puede engañar con la mirada?

—Traten de observarlo de vez en cuando —les digo—. No hay que llamar la atención —me pongo de pie—, métanse a nadar, hagan algo.

Camino hacia las escaleras de la piscina para bajar, el agua acaricia mi cuerpo y la piel se me eriza tras el contacto con el agua fría. La piscina está sola, supongo que, por la temperatura del agua, pero no sé por qué les molesta tanto. El clima es perfecto.

Me giro para mirar a los chicos y ambos me están viendo de una manera muy rara.

—Voy por algo de beber —dice Nolan y comienza a caminar.

Efraín sonríe mientras niega con la cabeza y se avienta de un clavado. Me acerco a la orilla de la piscina, donde del otro lado ya no hay nada. Sólo se puede mirar el océano y el sol metiéndose entre las nubes.

—Así que sin llamar la atención... —murmura Efraín a mi lado.

Le sonrío amable y regreso la vista hacia el paraíso que tengo enfrente.

—¿Por qué nunca has querido hablarme? ¿Te caigo mal? —le pregunto.

Noto como se sonroja y desvía la mirada hacia las olas del océano.

—No, es solo que tienes un carácter muy curioso. —Sonríe, pero no me mira.

—¿Curioso cómo?

—Nunca había conocido a una chica con un carácter tan fuerte y propio como el tuyo —explica—. Dices lo que piensas, no te dejas de nadie, siempre pareces estar enojada y tienes respuestas para toda clase de conversación.

—¿Eso te intimida?

—No, pero soy muy observador. —Sonríe ladino y me mira—. Para tener dieciocho pareces tener tu carácter ya formado.

—No es la primera vez que me lo dicen —le cuento—. Pero eso no implica que no podamos llevarnos bien. —Se ríe—. No suele importarme llevarme bien o mal con las personas, pero este equipo es importante para mí. Tú eres parte de él y siento que debo poner más empeño en conocerlos a todos.

—¿Qué es lo que quieres saber de mí? ¿Mi color favorito? —pregunta con una sonrisa divertida y asiento con un movimiento de cabeza—. El azul, ¿y el tuyo?

—Rojo.

—¿Te gusta leer? —Asiento— ¿Cuál es tu libro favorito?

—«It» de Stephen King—respondo.

—¿En serio? —pregunta incrédulo.

—Me gusta el terror —me encojo de hombros— y odio a los payasos.

—¿Y te gusta leer sobre las cosas que odias?

—Los odio porque dan miedo y a mí me gusta esa sensación.

—Estás loca —afirma con una sonrisa.

—Me gusta disfrutar de las cosas pequeñas, el día que muera no voy a poder disfrutar más de ellas, así que me gusta valorar.

—Tienes dieciocho y ya estás pensando en la muerte.

—Bueno, esa observación déjala para alguien normal. En mi mundo pueden matarte en cualquier momento.

Se me queda mirando, analizando lo que acabo de decir y justo cuando va a hablar, la voz de Nolan nos interrumpe.

—Aria, te traje un cóctel. —Nos giramos hacia él—. Y para el bebé, un ponche.

Efraín niega con la cabeza y yo me echo a reír.

Jamás había venido a Santorini. Es una isla muy bonita, no entiendo como nunca se me ocurrió venir aquí de vacaciones. La arena es tan suave, el mar es hermoso y me encanta ver a los peces pasar por los lados de mis pies. Ya es el segundo día que estamos aquí y sinceramente no me quiero ir, no quiero dejar mi papel de turista. Lo estoy disfrutando tanto que hoy por la mañana después de desayunar salí a comprar recuerdos para mí y para mis hermanas. A ellas les hubiese encantado el lugar todavía más que a mí.

Estoy terminando de ponerme un vestido para bajar al bar con los chicos. Todos hemos quedado en vernos ahí debido a que el objetivo estará presente. No nos ha costado nada de trabajo seguir las órdenes hasta ahora y a decir verdad hemos disfrutado mucho la compañía que nos hacemos.

Salgo de mi habitación y camino hacia el elevador, bajo al piso indicado y camino hacia el bar. El lugar está casi infestado y la razón es porque hoy habrá un espectáculo en la pista de baile. Visualizo a Nolan y a Efraín sentados en una mesa junto a la pista, Aedion y Andrea están del otro lado, Raymond y Mak están a dos mesas de nosotros junto a un par de chicas que ligaron, y Maya y Stefan están al otro extremo.

—Hola —saludo cuando llego a la mesa.

—Hola —me saludan ambos.

—Pareces diosa griega —dice Efraín.

Sí, la verdad me esmeré bastante en lo que iba a usar esta noche. Traigo puesto un vestido ajustado hasta la cintura y suelto hasta los pies, tiene aberturas en ambos lados de las piernas para poder caminar y enseñarlas. Todo el vestido es de tela blanca casi transparente y tiene diamantes incrustados por todos lados. Es un vestido demasiado hermoso y fue un regalo de una de mis tías.

—Gracias. —Le sonrío.

Tomo asiento y comienzo a observar el lugar disimuladamente hasta encontrar al objetivo. Vasiliás está a un par de mesas de donde está Aedion; viste un traje azul juvenil y está rodeado de escoltas.

—¿Cómo se supone que vamos a secuestrarlo si está rodeado de sus marionetas? —pregunta Nolan, pensando lo mismo que yo.

—Necesitamos tener un plan de distracción, algo sigiloso que no se vea venir —le digo.

—No soy bueno haciendo planes —se queja y se pone de pie—. Voy por algo de tomar, ¿quieren algo?

—Tequila —respondo.

—Una coca-cola —dice Efraín.

—No seas... —Nolan niega con la cabeza—, está bien, ahora regreso.

Sonrío divertida por la situación y me quedo mirando a Efraín unos segundos. Está comiendo cacahuates a cada segundo.

—¿Te gustaba fumar? ¿Eras adicto a algo? —le pregunto y me mira.

—¿Por qué lo dices? —pregunta y medio sonríe.

—La manera en que comes —le señalo—. Seguro sufres de ansiedad. —Miro sus dedos y achino los ojos—. Nunca te he visto fumar, pero sí lo hacías, tus dedos están amarillos.

—¿Todo eso lo descubriste mirándome?

—Sí.

—Comencé a fumar cuando iba en preparatoria, pero comencé a hacerlo tanto que tuve problemas pulmonares y tuve que dejarlo —explica—. Me gusta la marihuana, esa la fumo de vez en cuando.

—Yo nunca he probado drogas —admito.

—¿Por qué? A tu edad yo ya había probado de todo.

—No me llaman la atención —admito y miento en cierta parte.

Hay otra razón que no le puedo contar a cualquiera. No es un tema delicado para mí, pero me niego a que se haga un chisme.

—¿Ni un cigarrillo has probado?

—Eso sí, papá me dio a probar desde que tenía once años. —Me mira extraño y me hace sonreír—. Mi papá y yo tenemos mucha confianza, y esa vez me dio a probar por que se enteró que mi mejor amiga había estado fumando a escondidas, y a mi padre no le gusta que le oculte nada, por eso siempre hablamos de esos temas y prefiere que si voy a probar algo sea cerca de la

familia y no con amigos ni que lo haga por presión social.

—Qué lindo —dice y asiento.

Nolan llega con las bebidas y mi mirada se posa en Aedion con la rubia. «Están muy juntos». No me gusta, me incomoda pensar que durmieron juntos. «Seguro no durmieron.» Pongo los ojos en blanco al mismo tiempo que su mirada se encuentra con la mía y desvío mi atención a otro lado.

Siempre le tengo ganas, incluso cuando recién acabamos de follar. No sé qué me pasa, pero es como si Aedion fuera un vicio que no me canso de saborear, un vicio único que me hace enojar cuando otra chica quiere probarlo.

Por las bocinas empieza a sonar una de mis canciones favoritas y me tomo de un trago el tequila que me trajo Nolan.

—¿Bailamos?

Rápido volteo a mirar a Aedion, el cual está junto a mí con la mano estirada.

—¿Qué haces? —susurro tratando de actuar normal.

—Solo es un baile.

Tomo su mano con una sonrisa fingida y caminamos a la pista a la vez que varias parejas hacen lo mismo.

—Espero que sepas bailar —me dice y posa su mano en mi cintura.

—Estás loco... —murmuro.

—Una aventura es más divertida si huele a peligro —cita la letra de la canción y pongo los ojos en blanco.

«Y si te invito una copa y me acerco a tu boca.
Si te robo un besito a ver ¿te enojas conmigo?
¿Que dirías si esta noche te seduzco en mi coche? que se empañen los vidrios y la regla es que goces»

—¿Quién te enseñó a bailar? —me pregunta y yo trato de no conectar mi mirada con la suya.

—Tomé clases a los catorce.

Bailar es una de las cosas que más amo hacer. Sé bailar merengue, salsa, tango, pero lo que más me gusta es la bachata. Tenía tanto tiempo que no bailaba esta danza que no puedo dejar de sonreír.

Mi cara está tan cerca de la suya que me pone de una manera que solo él sabe causar. Su perfume invade mi nariz y el cuerpo me tiembla. «Por Dios», el corazón me está latiendo como loco, en mi estómago danzan las mariposas y siento aquella necesidad de querer besarlo, abrazarlo y acariciarlo.

Me siento diferente estando con él. No sé si sea su belleza, su aura o su carácter, pero experimento tantos sentimientos y emociones que no sé qué hacer o sentir. Justo ahora es como si todo a nuestro alrededor hubiese desaparecido, como si no estuviéramos en una misión, como si no tuviera un novio esperándome en casa. Nada de eso me importa estando con él, ninguna situación parece ser coherente cuando estoy con él y es tan extraño y placentero que no quiero que deje de causar esto en mí.

La canción termina y quiero irme a mi asiento, pero su mano me detiene. «El malo» de Aventura comienza a sonar y siento un cosquilleo en todo el cuerpo que me deja estática.

Vuelve a pegarme a su pecho y comienza a moverse junto a mí. Nuestros pasos son sincronizados y es que parece que estuviésemos conectados porque hemos encajado tan bien que nuestra forma de bailar coincide a la perfección.

—«Soy tu amor y tu dilema y al igual que en las novelas soy el malo con una virtud» —me

canta al oído y me hace estremecer.

«Él no entiende el procedimiento, cuando y cómo darte un beso. Yo en cambio encuentro el punto débil que te eleva hasta el exceso. Ni siquiera se imagina ese pacto misterioso con tu alma y tu cerebro»

Sé que me canta por André, y sé que también sabe que esta canción describe lo que somos y lo que es él para mí. ¿Como una canción puede hacerme sentir tan conectada e identificada?

—Mírame —dice y niego—. ¡Mírame, Liebe! —exclama y obedezco. Sus ojos conectan con los míos y me quedo anonada en su brillo—. Sé lo que piensas, lo que sientes y lo que te encantaría hacer... y lo sé porque yo quiero lo mismo. —Mi corazón está como loco—. La mirada es la única manera de tocar todo el cuerpo a la vez, ¿lo sientes?... yo lo supe desde el día que me miraste y la sentí en toda la piel.

Dicen que la mejor manera de liberarse de una tentación es caer en ella, pero empiezo a creer que esto ya no es solo eso. No se puede escapar o librarse de aquella persona que te acelera el corazón y te detiene el tiempo.

Aedion Lorcan ha puesto mi mundo patas arriba desde el día en que decidió secuestrarme y no hay rencor de mi parte porque lo haya hecho.

—No sé lo que somos, pero hay que seguir siéndolo —le digo.

Está mal y no hace falta volvérmelo a repetir. Me niego a creer que es amor lo que siento y no puedo echarle la culpa por desordenar mis emociones y sentimientos. ¿Cómo culpar al viento por el desorden que causó, si yo fui quien dejó la ventana abierta?

—No juegues con fuego porque te vas a quemar, Liebe.

—Quiero quemarme.

—No, no lo quieres.

—Tú me prometiste bajarme el cielo cuando yo lo quisiese, ¿recuerdas? —Me acerca más a su pecho y lo escucho suspirar en mi oído—. Pero eso no lo quiero, Aedion.

—¿Entonces qué quieres?

—No voy a pretender ser un ángel en un infierno infestado de demonios —digo—. Y en este infierno, mi infierno, no cualquier demonio entra. Sé bien lo que merezco, conozco mi fuego, y no cualquier demonio, por muy diablo que sea, merece arder y quemarse conmigo.

La canción termina y ambos nos alejamos. Le sonrío y me doy la media vuelta. Todo me está temblando, me siento fuera de lugar y quiero hacer tantas cosas que no sé ni por dónde empezar.

CAPÍTULO 16

Ángel

Angeline

Ando con cuidado sobre el camino rocoso que poco a poco voy abriéndome con las manos. Las palmeras me están cubriendo del intenso sol que hay esta mañana, pero el calor está insoportable.

Voy camino a la reunión que se acordó para el día de hoy. Esta mañana hablaremos acerca de lo que hemos observado y sobre lo que haremos. He salido sigilosamente del hotel con cuidado de que nadie me vea, y creo que me ha salido bien.

Visualizo la pequeña cueva que se encuentra en medio de un montón de palmeras y aviso por el micrófono que voy a acercarme para que no se pongan en alerta. Cuando llego y entro tengo que caminar unos cuantos metros para poder encontrarme con todos alrededor de lo que es una mesa de madera.

—Lamento llegar tarde —digo.

Aedion deja salir un suspiro irritado y yo me acerco a ellos.

—El avión con las cosas llegó hace dos horas —me informa Maya.

El armamento que necesitamos fue enviado desde el día de ayer. El avión no apareció en el radar de Vasiliás debido a que Maya entró en su sistema de y logró hackearlo.

—¿Dónde están? —pregunto y ella va por dos mochilas. Las deja sobre la mesa y todos comienzan a mirar las armas que hay dentro de ellas—. Cada quien debería tomar dos pistolas por mera precaución, ¿no crees? —me dirijo a Aedion.

—Concuerdo con ella —me apoya Andrea.

—Está bien —acepta él—, pero primero lo primero; díganme que han averiguado —ordena.

—La seguridad de su sistema es alta —comienza a decir Lucian—. Maya y yo pudimos entrar a tiempo antes de que llegara el avión.

—No están al nivel que creíamos —habla la morena—, para ser simples sicarios tienen un buen programa.

—Tendrán que hacer su trabajo con tiempo de anticipo. —Ambos asienten—. Entren a la red y averigüen todo lo que puedan. Conversaciones recientes, archivos, lo quiero todo.

—Sí, señor.

—¿Qué más tienen? —pregunta.

—Está hospedado en el penthouse —informa Nolan.

—Hay tres de ellos y los tres son suyos —digo.

—¿Saben su contraseña? —pregunta.

—No, pero podemos encargarnos de eso.

Lucian hace a un lado las bolsas y pone un plano sobre la mesa.

—Traje el mapa del hotel por si acaso —habla—. Creo que deberíamos seguir el plan acordado.

El plan que hicimos en Alemania era secuestrar a Vasiliás y hacer que nos diera toda la información sobre quién lo había contratado. Cada uno de nosotros tenía un papel, nos aprendimos de memoria el plano del hotel y se supone nada debía ser improvisado. Pero claro, todo se fue a la mierda.

—Tiene más seguridad de la que creíamos —dice Stefan—, no creo que sea buena idea.

—Concuerdo —habla Aedion—. Tenemos que buscar otra forma.

Todos nos quedamos en silencio por unos segundos, pensando alguna idea.

Los subestimamos, creímos que por ser solo sicarios no tendrían lo que un mafioso, por que es eso: los sicarios son los chalanes de los cabecillas.

—Se me ocurre algo —Habla Maksim y todos ponemos la atención en él—. Alguien debería infiltrarse. —Se queda viendo fijamente a Ray y luego ambos sonríen maliciosamente.

—Yo se quién —habla Ray y voltea a mirarme.

Lo miro mal.

—Doña sigilosa podría engatusarlo —dice Mak y la risa de Nolan se gana la atención de todos.

—Me gusta esa idea —dice entre risas.

—Yo creo que no funcionará —digo.

Miro a Aedion en busca de apoyo, pero lo encuentro mirándome seriamente, como esperando a que yo de una respuesta.

—Está bien, acepto —digo—. Pero, ¿por qué yo y no alguna de ellas? —Señalo a las dos chicas que tengo enfrente.

—No —interrumpe el espécimen—, ellas también harán lo mismo.

—¿Qué se te ocurre? —pregunto.

—Vladimir tiene cinco escoltas que lo respaldan todo el día. He visto que después de un tiempo dos de ellos se van y solo quedan tres con él. —Ya sé por donde va la cosa—. Angeline podría ganarse la atención de Vladimir y Maya y Andrea podrían distraer a los escoltas.

—Me agrada —dice Lucian.

—Llamaré su atención y voy a dejar que me lleve a su penthouse —digo—. Trataré de dormirlo con alguna droga o haré que se duerma por beber demasiado. Eso me dará tiempo para poder investigar el piso.

—Nosotras trataremos de llevarnos a los escoltas a otro lado —dice Andrea—. Como estamos en su territorio se sentirán a salvo.

—Y no van a verlo venir.

—¡Soy un genio! —exclama Mak con una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces así queda el plan —digo—. Les avisaré por el auricular cuando el plan se lleve a cabo, pero planeo empezar a hacerlo desde hoy mismo —les digo a ambas.

—Ustedes deberán desaparecer —Maya señala al espécimen y a Stefan.

—Será fácil que se escabullan por ahí, entre tanta gente no creo que ninguno los vaya a reconocer.

—Deja de decir estupideces —me regaña Aedion y es cuando me doy cuenta que está molesto—. Tenemos que estar al tanto de todo, no pueden excluirnos y solo hacer el plan solas.

—Puedo crear algún accesorio que tenga cámara y... —empieza a decir Maya pero Aedion la interrumpe.

—Calla —Maya agacha la mirada tras su tono y Lucian pone los ojos en blanco—. Las vigilaremos y punto, así que debemos estar armados y preparados —dice sin dejar de mirarme, como si aquello fuera dirigido solo a mi—. Necesito saber lo que pasa a cada momento.

—Tengo los chips de rastreo listos para colocarlos —dice Lucian.

—Les pondrán un rastreador y me agrada la idea de que pongas una cámara en un accesorio —le dice a Maya—. Lucian podrá tomar fotos o podrá grabar, pero necesito la mejor tecnología.

—De eso me encargo yo —dice el chico.

—Problema resuelto —termino la conversación.

Lucian nos coloca el rastreador, el cual va en la parte trasera del cuello. Dolió un carajo, pero

al final no dejará cicatriz y tampoco rastro de que hayan introducido algo por ahí.

Luego de eso cada quien comenzó a irse por turnos. Maya y Stefan se marcharon, Aedion y Andrea lo hicieron después, Lucian se fue luego de casi media hora y ahora solo quedábamos los dos de mi equipo y los dos grandulones.

—Ya me desesperé —dice Mak, mientras camina en círculos por la cueva.

Llevamos una hora aquí y solo podemos salir luego de un rato para no ser descubiertos.

—Tengo hambre. —Doy un largo suspiro— Quiero una malteada de fresa y una tarta de verduras con queso.

—Siempre estás hambrienta, ¿no? —me dice Efraín.

—Sí...

—Yo odio las verduras —dice Mak y se cruza de brazos—. Tuve una fea experiencia con ellas. —Se queda pensativo, mirando hacia la nada.

—¿Que te ocurrió? —le pregunta Nolan.

—No quieres saberlo.

—No cuentes esa tonta historia —Ray pone los ojos en blanco.

—Mamá me hizo comer todo un plato de esas cosas asquerosas que parecen arbolitos.

—¿Brócolis?

—Por toda una semana —dice y no puedo evitar reírme de tan cómica que se ve la escena.

Él tan grandote, tatuado, todo un macho alfa que mata gente y le parece traumático haber comido brócoli toda la semana.

—No es para reír, gatúbela —Me regaña—. Comí chayote, nopales, zanahorias y hasta chícharos. Odio los chícharos.

—No seas... —Nolan suelta un suspiro de irritación y niega con la cabeza tomándose el puente de la nariz.

Aedion

Entro a la ducha con Andrea y dejo que el agua caliente me relaje mientras ella me pasa la esponja con jabón por la espalda.

—¿Tenemos sexo en la ducha? —pregunta la rubia a mi espalda.

No contesto, solo dejo que baje sus manos por mi abdomen y que tome mi polla. Empieza a masturbarme con sutileza y cierro los ojos disfrutando de la placentera acción. Me doy la vuelta y ella se agacha para después meterse mi erección a la boca.

La ex agente militar Andrea Shay es una vieja amiga que conocí en un bar el día que decidió dejar atrás la milicia. Hemos sido muy buenos amigos desde entonces.

Andrea es buena dando mamadas, siempre me ha gustado como mueve la lengua, pero esta vez siento que algo es diferente, no sé qué, pero lo es.

La pongo de pie luego de unos segundos, le acaricio la mejilla y paso mi pulgar por su labio inferior. «Su boca hace un buen trabajo». La pego contra la pared y dejo que me acaricie el pecho y abdomen a la vez que yo bajo mi mano y comienzo a dar masajes circulares sobre su clítoris. Ella gime y la polla se me endurece más. Tomo una de sus manos y la pongo sobre mi pene erecto, entonces ambos comenzamos a darnos placer.

Siempre he dicho que es un error coger con la misma mujer más de una vez, se encariñan y ya nunca quieren soltarte, pero hasta ahora mis únicas excepciones han sido Andrea y... Angeline.

Siento cómo la rabia me corroe al pensar en la bruja de ojos grises y hago que Andrea se ponga de espaldas, tomo uno de los condones que traje y me lo coloco, la empino y empiezo a embestirla tan duro como me da la gana.

La idea de que Vladimir la lleve a su penthouse con el fin de cogérsela me ha puesto de mal

humor. Se que no pasará nada, que el plan es solo seducirlo y hacerlo dormir, pero me carcome la idea de que otro la mire, de que otro se imagine como sería follarla. Detesto que mis putos sentimientos interfieran en el plan de acabar con ella. Tuve que aceptar el plan a regañadientes por el mero hecho de que me niego a doblegarme, no iba a demostrar que me enfurece que ella sea la sexy carnada.

—¡Así! —gime la rubia con la cara pegada a los azulejos de la pared.

Ya tengo suficiente con que tenga la mirada de todos los hombres encima como para que uno crea que puede tocarla y llevarla a su penthouse como si fuera una puta. Ya todos quisieran hacer todo lo que yo he hecho con ese cuerpo, «pendejos», en su miserable vida van a poder hacerlo.

A mi cabeza llega el recuerdo de la bruja amarrada de las muñecas y siendo cogida en cuatro. «Carajo», saco mi miembro y mi descarga sale disparada en el condón. Andrea gime al sentir como la recorre el orgasmo y tiene que sostenerse de las llaves de la regadera para no caerse.

—Me encanta —dice Andrea y me limpio rápido con el agua que sigue cayendo.

Doy media vuelta, me coloco la toalla en la cintura y salgo del cuarto de baño. Me coloco ropa limpia y luego reviso mi teléfono.

Tengo dos llamadas perdidas de papá.

Andrea sale del baño ya cambiada y decido que es mejor llamar en otro momento a papá.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —me pregunta.

—¿Angeline no te ha dicho nada? —le pregunto, mirando las ubicaciones de todos desde mi teléfono.

—A las siete habrá un evento en el bar y es cuando actuaremos.

Miro la hora y solo faltan dos horas.

—Entonces ve a ver cómo pasas el tiempo —digo, poniéndome de pie con un suspiro contenido—. Yo iré a ponerme al corriente con los demás.

Salgo de la habitación y camino al elevador, entro y presiono el botón deseado. Suelto un suspiro de irritación al ver que hace dos paradas más antes de llegar al piso y bajo acomodándome la gorra de la sudadera. Llego a la puerta indicada y toco. Unos segundos después es abierta por la felina de cabello azabache a la que le encanta meterse en mi cabeza.

—¿Es en serio? —pregunta incrédula haciéndose a un lado para que yo pueda entrar.

Entro y cierro la puerta a mis espaldas.

—Cómo puedes recibir así al amor de tu vida, Liebe.

—No eres el amor de mi vida —se echa a la cama.

—¿Entonces quién, mentirosa? ¿El mojigato?

Me siento en la silla que tiene frente a su cama. Aún lleva la pijama puesta y no tengo idea de por qué, ya tiene poco tiempo para comenzar a arreglarse.

—Sí. —Me río ante su respuesta—. ¿A qué has venido? —Se tapa con las cobijas.

«Disque el amor de su vida y lo engaña conmigo.»

—Vine a ver qué usarías hoy. —Sonrío ladino.

—¿Ahora eres mi papá?

—Bueno, tú me llamas papi cuando follamos. —Me encojo de hombros y ella pone los ojos en blanco a la vez que se sonroja.

Creo que ya no me molesta tanto cuando lo hace.

—Lo hago por molestar —protesta y me echo a reír. Miente muy mal—. Además, lo que me ponga no es de tu incumbencia.

—Bueno. —Es la verdad, así que no puedo decirle lo contrario.

—Te estás arriesgando mucho, ¿no?

—¿Y? —inquiero.

—¿No te interesa? —me pregunta.

—En lo más mínimo.

—Todos nos estamos esforzando.

—Cuando eres tu propio jefe tienes ciertos privilegios.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles? —pregunta mientras se cruza de brazos, arqueando una ceja con escepticismo.

—Como el que pueda hacer lo que se me dé la puta gana.

—Que egoísta. —Niega con la cabeza—. Todos nos estamos esforzando.

—¿Quién dice que yo no?

—Pues estás echando todo tu «esfuerzo» por la borda al venir aquí. —Hace comillas con los dedos—. Si te descubren lo arruinarás todo.

—Verte vale más de lo que crees, Liebe.

El color carmín en sus mejillas me hace sonreír internamente y puedo notar como trata de ocultar la sonrisa nerviosa que se le quiere escapar.

—¿Qué estamos haciendo? —me pregunta.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Me refiero a —se queda a media palabra y suelta un suspiro—… nada.

—No me hagas rogarte, Liebe.

—Nada, en serio.

Pongo los ojos en blanco y me acuesto a su lado, con los brazos detrás de la cabeza y con la mirada hacia el techo.

—Nunca le ruego a nadie, no me hagas hacerlo contigo —le digo comenzando a ponerme de mal humor.

—¿Estas dispuesto a que yo sea la excepción? —La miro y me está viendo con una sonrisa burlona.

—No me cambies el tema.

—Ya olvidé lo que te iba a decir. —Hace un puchero—. Lo siento.

—Te di la oportunidad. —Me pongo de pie.

—Ok.

La miro mal.

—Párate ya y arréglate, pareces una vagabunda.

Sin maquillaje y en pijama se sigue viendo como una jodida reina, pero no iba a decirle la verdad.

Me enseña el dedo corazón y yo le volteo los ojos. Camino hacia la puerta y salgo para luego dirigirme al bar.

Tomo un trago del vaso con whisky que tengo enfrente. El show ha comenzado, la gente ya ha empezado a llenar el bar, los chicos están en los puestos que les ordené fingiendo que se están divirtiendo. Vladimir está sentado en la sala VIP con una chica sobre sus piernas y sus tres guardias están rodeándolo vigilando hacia todos lados.

La puerta del salón se abre y veo entrar a Maya y Andrea. Ambas se ven muy buenas luciendo sus mini faldas y tops ajustados. Las dos caminan juntas y toman asiento a unos metros de donde está el objetivo. Los escoltas no tardan en mirarlas y eso es una buena señal.

—Ángel apunto de entrar. —Escucho la voz de Angeline en el auricular y me preparo para

verla pasar.

Las puertas se vuelven a abrir, dando paso a la mujer que sin portar una corona ya luce como una maldita reina.

Su melena azabache se balancea de un lado a otro conforme va avanzando con una lentitud majestuosa, demostrando su porte con elegancia y naturalidad. Su mirada colmada de desdén y su belleza tan cautivadora dejan a todo el salón atónito tras su llegada, declarándola la diosa de la noche. Su vestido rojo, corto y escotado deja a más de uno babeando. ¿Y cómo no? Nunca he visto a una mujer más hermosa antes y tampoco después de conocerla. Su indiferencia, la elegancia y la belleza que emana es suficiente para poder describirla como una jodida diosa.

Mi diosa.

Diosa del pecado, del placer, de la lujuria, de lo inmoral, diosa de lo insano y de todo lo maligno. Diosa de todo aquello que pise, mire y desee. La diosa que nunca se dejaría pisar incluso por alguien como yo.

¿Quién sería merecedor de mirarla y tenerla? Si con tan solo una mirada te hace saber que nadie tendrá ese privilegio. «Maldita bruja», hechiza, aviva y envuelve en deseo a cada persona que se le cruza enfrente.

—Es preciosa, ¿no crees? —preguntan a mi lado.

Miro a la chica que me ha hablado y asiento con un movimiento de cabeza, regresando la mirada a la felina de cabello oscuro.

—Parece una princesa —vuelve a decir y le sonrío tratando de ser amable—. Soy Abby.

Me extiende la mano y se la estrecho, reteniendo las ganas de mandarla a la mierda. No me gusta socializar cuando estoy en medio de algo importante, pero tengo que actuar en bajo perfil.

—Cristian.

—Bonito nombre —dice y se sienta a mi lado.

Deja sus llaves y otras cosas sobre la barra y es cuando noto la placa de policía.

—Una chica policía, ¿eh? —digo y doy un trago a mi vaso.

La policía de Grecia está del lado de Vasiliás, pero dada su apariencia y acento algo me dice que no es de aquí.

—Sí. —Sonríe—. Soy de Baja California, de Rosarito para ser más específica.

—¿Y qué te trae por aquí?

El que sea policía no incrementa el riesgo, lo que lo ha incrementado es el hecho de que ya socialicé con ella y probablemente venga a buscar lo mismo que nosotros estamos buscando.

—Vacaciones solamente —responde simple.

Mentirosa. Puedo saber cuándo alguien está trabajando de encubierto y cuándo no, y ella claro que está aquí por algo.

—¿Y tú? —me pregunta.

—Lo mismo —le sonrío hipócritamente.

—¿Vacaciones de soltero o vienes con acompañante? —El color sube a sus mejillas y le da un trago a su cerveza.

—Me gusta viajar solo.

—Ya veo... —Sonríe coqueta.

Me tomo de un sorbo lo que queda en mi vaso y me pongo de pie. No tengo tiempo para estas pendejadas.

—Fue un gusto conocerte, pero tengo que trabajar en algo que he dejado a medias. —Dejo un billete sobre la barra y luego me doy media vuelta.

Comienzo a caminar entre la gente, mirando de reojo a Angeline, la cual está charlando con

Maya y Andrea como si fueran las mejores amigas; gritan, ríen fuerte, sonríen y lanzan miradas coquetas.

Siento que algo en mi interior se remueve incómodo y me molesta. Tengo ganas de llevarla a su habitación, cogerla, reprenderla por estar siendo tan coqueta y hacerle cambiar el puto vestido.

Tomo una copa de champán y me voy a sentar a una de las mesas vacías que hay. En la pista ya hay gente bailando y me hago el tonto mirándolas hasta que llega Lucian a sentarse a mi lado.

—Te ves solitario y llamas más la atención —dice.

—Estamos tardándonos mucho, ¿no crees? —le pregunto con irritación.

—Vamos bien —me anima—, Angeline va llegando y Vladimir tiene que mirarla un poco más para que quiera llamarla.

—¿Que no llama ya suficiente la atención? —Pongo los ojos en blanco y poso la mirada en ella.

—Sabes cómo son las cosas. —Se queda unos segundos en silencio y luego suelta un suspiro —. Te molesta, ¿verdad?

—¿Qué?

—Que ella se acerque a él —responde—, por eso traes ese humor.

—No empieces —me quejo.

—¿Estás celoso? —Lo miro mal y el alza ambas cejas, creando una expresión burlesca que me saca canas verdes de la rabia.

¿Por qué siempre tiene que ser tan metiche? Es más, ¿por qué sigue siendo mi amigo?

—¿Puedes dejar de decir estupideces? —inquiero molesto—. Es de la bruja de quien estás hablando.

—Por eso mismo.

—Calla ya antes de que te dé una patada en los huevos que echará todo el plan a perder.

—Bien que quisieras que eso pasara.

Siento como mi coraje aumenta y cuando estoy a punto de soltarle el primer golpe a la cara, la figura detrás de él llama más mi atención.

Angeline se ha puesto de pie y ha caminado hacia la sala donde Vladimir se encuentra.

—Ya comenzó —avisa Lucian por el micrófono.

Me pongo de pie y él hace lo mismo. Empezamos a caminar para estar más cerca de ellas, Lucian va hablando sobre temas sin importancia solo para aparentar y yo soy quien de repente da miradas de reojo. Nos sentamos juntos en la barra, frente a ellos y alejados a unos cuantos metros.

Vladimir quita a la chica que tiene sobre las piernas y le indica a Angeline que se siente sobre sus piernas. «Carajo».

Nolan

«Tienes que presionar el botón y ya está» cito las palabras de Lucian una y otra vez en mi mente.

No me gusta esto.

Yo podría estar ahí con todos, vigilando a las chicas y actuar como un jodido espía, pero no, estoy a cargo de presionar el maldito botón de emergencia. Se supone que si las cosas salen mal el botón mandará una alerta a alguien y enviarán helicópteros por nosotros.

Sé pelear, disparar, hasta descuartizar, pero se les ocurrió dejarme el trabajo de salvavidas. «Qué ridículo», hasta Stefan está ahí.

Miro las cámaras y reviso que todo esté en orden: Angeline está sobre el regazo de Vasiliás, Maya y Andrea están charlando con los escoltas. Aedion y Lucian están juntos y a unos cuantos metros de ellas. «Parece que todo está bien». Raymond y Maksim están charlando con un grupo de chicas, y Stefan está en la barra fingiendo que está escribiendo algo en su laptop.

—Aburrido... —digo para mí y me dejo caer en el respaldo de la silla.

Sigo revisando y luego de unos minutos me levanto, voy al pequeño refri qué hay en la habitación y saco una Coca-Cola.

Hace mucho calor a pesar de que el aire acondicionado está encendido. Odio el calor, odio el sol y odio sentirme sudoroso. Cómo me encantaría estar en casa con mi hija, mirando alguna película para niños.

Me gusta trabajar con Aedion, todo le sale bien cuando se lo propone, es por eso que acepté trabajar para él.

Regreso a mi silla y vuelvo a mirar las cámaras. Todo parece estar bien hasta que miro la cámara que apunta hacia Aedion y Lucian. En una esquina se encuentra una mujer castaña, la cual está tomando fotos discretamente a... ¿Aedion?

—Aedion, hay una mujer a tus espaldas que parece estarles tomando fotografías —aviso rápido por el micrófono.

Hago zoom a la mujer y comienzo a sacarle fotos. ¿Quién mierda es?

Miro todas las cámaras tratando de encontrar alguna otra cosa, pero no hay nada raro. Entonces me enfoco en la mujer, la cual ya se encuentra mirando hacia otro lado.

—Se llama Abby, es policía de Baja California. —Escucho la voz de Aedion por el auricular —. Hablé con ella hace un rato, trató de hacerme plática, pero me fui.

Lo veo ponerse de pie y siento un nudo en el estómago al ver que camina hacia ella. Conozco a Aedion desde que éramos unos niños, siempre ha tenido arranques impulsivos que muchas veces no terminan bien.

Además de los micrófonos y auriculares que nos puso Lucian, Maya nos colocó otro micrófono todavía más invisible para el caso de que descubrieran el primero, pero me dieron la orden de escuchar de vez en cuando las conversaciones de cada uno.

Aprieto el botón que activa el de Aedion y me pongo a escuchar.

—¿Por qué no dices la verdad, linda? —le dice a la chica.

—¿Quieres que lo diga aquí frente a todos? —La pregunta que le hace ella me acelera el pulso.

Las cosas no van a acabar bien.

—¿Me conoces? —le dice él.

—Un poco.

—Entonces sabrás que me vale mierda lo que piense la gente. —Le responde él y ella sonríe burlesca—. Puedes pensar o decir lo que se te dé la gana, pero deja de tomar fotografías.

—¡Tienes que pagar por todo lo que has hecho! —exclama ella en voz alta, llamando la atención de algunas personas a su alrededor.

Carajo, esto lo arruinará todo.

—Sí, sí, pero hoy no.

Aedion presiona ese punto entre su cuello y hombro que la hace dormir, la mujer cae en sus brazos y al parecer nadie lo nota. Aedion finge que la abraza y luego la acomoda en una posición discreta para empezar a caminar a la salida, la cual queda a unos dos metros.

—¿Aedion? —La voz de Lucian se escucha en el auricular.

Entro a las cámaras que conectan al pasillo y lo veo dirigirse al ascensor con la chica. ¿A

dónde mierda la lleva? La coloca en una de las esquinas y se pone de frente al notar que el elevador va a parar en un piso. Una pareja entra y el finge que la está besando.

La pareja no dice nada y tampoco les presta mucha atención. Ellos bajan primero y en la parada siguiente baja él.

Unos segundos después la puerta de la habitación es tocada. La abro y pongo mala cara al verlo entrar.

—¿Vas a dejarla aquí? —le pregunto.

—¿Dónde más?

—Carajo... —maldigo en voz baja.

La deja sobre la cama y luego comienza a buscar en los cajones.

—Encuentra algo para amarrarla a la cama —dice caminando a la salida.

Empiezo a buscar como un maniaco algún lazo o algo para amarrarla pero no encuentro nada. La desesperación me toma, los nervios, el calor y la presión me ponen de un peor humor, y lo único que se me ocurre hacer es sujetarla con sábanas a la cabecera y meterle una blusa a la boca para evitar que grite.

Jamás había secuestrado a nadie, carajo, mucho menos a una puta policía. Estamos en problemas y no sé qué pensar. ¿Cuántos infiltrados más habrá?

CAPÍTULO 17

Choque de copas

Angeline

[Minutos antes del incidente].

Siento cómo las manos me están sudando por lo nerviosa que estoy. Hice todo un espectáculo al entrar y eso me encantó, siempre me ha gustado llamar la atención, me hace sentir poderosa y eso me gusta, sin embargo, los nervios me carcomen al saber lo que tengo que hacer con Vladimir. Mi plan es embriagarlo, pero aún así he venido preparada y he traído conmigo una droga que logrará hacerlo dormir en cuestión de diez minutos. Así que tengo que ingeniármelas, hay que tener cuidado, el no es un oponente de bajo nivel, podría descubrirme con el más mínimo detalle.

Tengo frente a mi a uno de los guardaespaldas dándome órdenes de que lo acompañe porque su jefe quiere hablar conmigo. Lo que significa que todo está saliendo de acuerdo al plan.

—Voy, pero llevo a mis amigas conmigo —le digo y doy un paso hacia él—. Aquí entre nos: les gustan los hombres como ustedes tres —le susurro y le guiño un ojo.

Veo cómo quiere sonreír, pero se abstiene, entonces mira a las chicas y asiente con un movimiento de cabeza. «Perfecto». Me pongo de pie y camino con paso seguro hacia la sala VIP, Andrea y Maya vienen detrás lanzando miradas coquetas a los hombres que rodean a Vladimir, ellas harán lo mismo que yo con la droga una vez que estén a solas.

«Jodida mierda». Siento cómo mis músculos se tensan conforme me voy acercando a él.

Es guapo, no voy a negarlo, es demasiado atractivo lo veas de cerca o de lejos. Trae una camisa blanca abotonada y pantalones negros, sus zapatos son caros y lo sé porque se le ve a simple vista. Mamá me ha enseñado a mirar cómo es que visten los demás, ella dice «el hombre o la mujer podrán estar muy atractivos, pero sus zapatos siempre tienen mucho que decir de ellos» y conforme ha pasado el tiempo lo he confirmado. Además de que mi padre tiene unos parecidos a esos.

También puedo ver el reloj bañado en oro que carga en su muñeca. Tiene dinero, lo sabe y por eso tiene y se siente con el poder de que está a salvo donde vaya. Este es uno de los hoteles más prestigiosos, todo está carísimo, y sin embargo se encuentra aquí sin importarle que esté rodeado de gente que quizá sabe a qué se dedica. «Compró a la policía de la isla». Cierto, y además es su hotel. Puede andar donde se le dé la gana.

—Kalinychta —[Buenas noches]—. ¿Quería verme?

Aparta a la chica que tiene en las piernas y ella se va sin decir nada. Está sentado con las piernas ligeramente separas, en su mano trae un vaso con licor y su expresión luce seria, pero sus ojos me dan un recorrido de arriba abajo.

—Siéntate conmigo, por favor —me dice en mi idioma y eso me alivia un poco. Tenía miedo de que no hablara inglés.

Palmea su pierna y le sonrío a la vez que lo obedezco.

—¿Cuál es tu nombre? —me pregunta.

Su voz es varonil y su acento tiene algo que me resulta vagamente atractivo.

—Aria. —Sus ojos miel se posan en los míos y los desvío por mera intimidación.

—¿Siempre te sientas en las piernas de desconocidos, Aria?

Nunca.

Por más atractivo que fuera, jamás nadie me habría visto hacer algo así. Sin embargo, es

trabajo, y tengo que hacerlo.

«Mmm, que sacrificada», bueno, no está tan mal teniendo en cuenta que parece Cristian Grey. Eso le da un plus.

—Solo de quienes me interesan. —Me acerco a su pecho unos centímetros.

Entre más rápido me lleve a su penthouse, mejor.

—Aedion, hay una mujer a tus espaldas que parece estarles tomando fotografías. —Escucho la voz de Nolan por el auricular y me alejo un poco de Vladimir para que no escuche nada.

Debe ser una broma.

Doy una mirada panorámica a mi alrededor y trato de buscar a la mujer que Nolan dijo. Hay tanta gente que no logro ubicar ni siquiera a Aedion. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Abortamos la misión?

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta Vladimir y pongo mi atención en él.

—Se llama Abby, es policía de Baja California. —La voz de Aedion en el auricular me desconcentra y finjo una sonrisa.

—Whisky, con mucho hielo —respondo.

Vladimir le hace una seña al mesero y mientras pide mi bebida vuelvo a buscar a Aedion con discreción. Está vez sí lo veo; está en la barra a unos metros de la puerta. Se encuentra de espaldas y parece estar hablando con una mujer que seguro es aquella de la que habló Nolan.

De entre tantas personas qué hay aquí, ¿tenía que interferir una jodida policía? Debemos estar tan salados como para que esta misión se esté implicando tanto.

—Entonces —poso mi mirada en el castaño—… ¿No vas a preguntarme cómo me llamo?

—Lo lamento, qué mal educada soy —digo a la vez que tomo el vaso que me ofrece el mesero cuando llega.

Reviso que el color de mi bebida no sea extraño, que los hielos no estén hundidos y finalmente huelo discretamente la bebida para ver que no haya algún olor raro.

—Soy Vasiliás —dice y le doy un trago pequeño a mi vaso.

—¿Eso no significa Rey en griego? —Frunzo ligeramente el ceño—. Perdón, soy malísima hablando este idioma.

—Tu pronunciación es buena.

—Gracias. —Sonrío—. Puedo enseñarte cuando quieras en qué otra cosa también soy buena.

Me llevo el vaso a la boca y busco con la mirada a Aedion, pero ya no lo veo por ningún lado. ¿Qué ha pasado? Carajo, ¿dónde se metió?

—¿Te me estás insinuando? —pregunta y sonríe.

—No lo sé... —Mi tono es sensual.

Me acerco a él hasta que mis labios quedan apenas a unos centímetros de los suyos y él es quien toma la iniciativa de acercarse y juntar nuestras bocas, formando un beso suave, lento y romántico.

Pasan algunos segundos y soy yo quien toma distancia.

—Quiero más —le pido.

No voy a negar que besa bien y que tiene unos labios muy suaves. Su colonia es muy fresca y me gusta. ¿En qué momento me convertí en una zorra? Estoy viéndole la cara a André ahora con otro chico.

—Vamos a mi penthouse, bonita.

Me pongo de pie y volteo a ver a Andrea y Maya, las cuales me hacen una seña con los ojos de que vaya.

—¿Mis amigas pueden quedarse aquí con ellos? —le pregunto.

Él lo duda un momento.

—Está bien.

Me despido de ambas y camino con él hacia la salida tomándolo de la mano. Cruzamos la entrada y en ese instante dos guardias se acercan detrás de él. Carajo.

Toca el botón del ascensor y cuando se abren las puertas me pongo tensa al ver a Aedion acomodándose los lentes oscuros que trae puestos.

Mi corazón se acelera y suelto inconscientemente un suspiro de alivio al ver que no está metido en problemas. Pero aún así, ¿dónde carajo metió a la jodida mujer? Me hago una idea de lo que hizo con ella y eso altera mis nervios. Sale sin decir una palabra y lo ignoro al pasar por mi lado.

No sé por qué me siento mal al notar su indiferencia de verme con alguien más, pero trato de ignorarlo repitiéndome que es solo por la misión. «O quizá no». tal vez sí le de igual verme con otra persona, después de todo solo hemos tenido momentos de sexo.

Entro al ascensor y no pasan ni dos segundos cuando ya tengo la boca de Vladimir sobre la mía. Mi cuerpo choca con la pared del pequeño cubo y enrollo mis brazos alrededor de su cuello para profundizar más el beso. Abro los ojos mientras el sigue besándome y pongo la mirada en el pequeño dispositivo de números pegado a la pared. Es hora de que uno de sus guardias ponga la contraseña.

«PH 3» «Clave: 0283»

Tenia que mostrar el código por la cámara escondida que tengo en el brazalete, pero con Vladimir sobre mi no pude mostrarlo con claridad.

Cierro los ojos y dejo que sus besos bajen a mi cuello. Un pequeño gemido escapa de mis labios, a pesar de la presencia de sus guardaespaldas. Las puertas del ascensor se abren unos segundos después, rompiendo el momento. Si no estuviera en medio de una misión, tal vez podría disfrutarlo, pero los nervios y el deseo de que todo salga bien superan cualquier otra sensación.

El penthouse por dentro se ve de lujo. Está la sala de estar al entrar, hay un piano, en el fondo un ventanal y mil cosas más que me tardaría mucho en describir, pero a decir verdad es muy bonito.

—Ponte cómoda, bonita —dice y camina hacia la cantina que tiene en una de las esquinas.

Me siento en uno de los sofás y lo observo sacar dos copas y servir en ellas lo que parece ser vino tinto. Los guardaespaldas se quedaron en la entrada del ascensor, están un tanto alejados de nosotros y eso es bueno, ya que no quiero que vean lo que haré con su jefe.

Vladimir regresa y me entrega una de las copas, le doy las gracias y él toma asiento a mi lado.

—Soy caballeroso —dice y medio sonríe—, me gusta que las mujeres se sientan a gusto y seguras cuando están conmigo.

—¿Quieres hablar entonces? Creí que veníamos directo a la acción.

—Estoy siendo generoso y hoy estoy dispuesto a dejar que tú decidas.

Me quedo en silencio unos segundos mientras hago una mueca pensativa.

—Soy una mujer segura, sé que nadie puede obligarme a hacer nada que yo no quiera —respondo—, pero dejaré que me conozcas, aunque sea por diez minutos.

—Está bien. —Se lleva la copa a la boca y yo le sonrío.

—Me llamo Aria Stone, tengo 23 años y soy italiana.

—Podía apostar que eras francesa.

—Ojalá. —Me tomo todo el contenido de la copa y la dejo sobre la mesa de cristal que está

frente a nosotros—. Mucha charla, ¿podemos pasar a lo que realmente es importante o quieres que también te diga mi color favorito? —Le sonrío coqueta y el me mira divertido.

—Vamos a mi habitación.

Se pone de pie, me ofrece la mano y la acepto.

—Antes quiero más de esta delicia. —Tomo mi copa vacía.

Voy a llenarla de vino y le sirvo un poco más a la suya para que entienda que quiero que sigamos bebiendo. Finalmente lo sigo por un pasillo y entramos a lo que sería su habitación. Estoy a punto de hablar cuando su celular suena. Suelta un suspiro irritado, deja la copa sobre uno de sus muebles y me indica con una seña que le dé un momento.

Se mete a lo que creo que es el baño y aprovecho la interrupción para sacar la droga y vaciarla en su copa. Revuelvo bien y doy gracias a que no haya ningún cambio ni olor debido a que es vino tinto. Me quito el brazalete con la cámara y lo dejo sobre el mueble que está frente a la cama. A partir de ahora todo será grabado. No me gusta la idea, pero será necesario para que todos vean que el objetivo cayó y podamos proseguir con el plan.

La puerta del baño se abre y bajo el cierre de mi vestido para que no se enfoque en el brazalete que me acabo de quitar. Camina hacia mí mientras se desabotona la camisa y mi mirada viaja a sus abdominales.

¿En qué momento de mi vida comencé a meterme con hombres tan guapos?

Llega a mí y dejo que baje las tiras de tela por mis brazos. El vestido cae y quedo en lencería frente a él. Sus ojos recorren mi cuerpo y sus manos no tardan en posarse en mi cintura y atraerme hacia su pecho.

—Quiero hacer un brindis primero, si no te importa. —Lo miro directo a los ojos y en estos aparece un brillo.

—Ya te dije que esta es tu noche, bonita.

Sonrío tiernamente y tomo mi copa, él camina hacia la suya, la toma y regresa a donde estaba.

—Acabas de convertirte en el hombre más bueno que mis ojos hayan visto. —Miento— Espero que luego de esto no seas de aquellos hombres que solo se acuestan con una chica una vez y luego la dejan botada. —Arquea una ceja y en sus ojos aparece la curiosidad—. Así que, si no eres de aquellos, brindo por esta noche y las demás que vendrán.

Choco mi copa con la suya y ambos bebemos.

«Ha caído».

Dejo la copa vacía y él también, entonces soy yo quien rodea su cuello y lo besa. Muevo mis labios lentamente, pero con una pizca de rudeza, mientras que el acaricia mi cuerpo. Sus manos suben al broche de mi sujetador y lo desabrochan. Me aparto para que lo quite por completo y lo arrojo a alguna parte de la habitación. Me toma entre sus brazos y me deposita suavemente en la cama. Se saca la camisa y hago que él quede recostado, me subo a ahorcadas sin despegar mis labios de los suyos y paso mis manos por su abdomen marcado.

Estoy tratando de ignorar el hecho de que Nolan y quién sabe quién más esté mirando las cámaras en estos momentos. Trato de pensar en el plan para distraerme, pero mi mente viaja a los recuerdos que tengo con el tatuado. Estoy tan enojada con él y la razón son los estúpidos celos que siento porque esté durmiendo con Andrea. Ya, listo, lo admito y acepto. No soporto las miradas que se lanzan ambos y tampoco soporto que Andrea hable con Maya sobre él y el maldito sexo que tienen cada vez que pueden.

Se incorpora y toma mis pechos en sus manos para luego llevarlas a su boca. Suelto gemidos que no puedo retener y cierro los ojos imaginando a mi persona favorita que le encanta hacer lo

mismo con mis pechos. Joder, extraño el sexo con Aedion.

—Sabes muy bien, bonita —dice y muerdo mi labio para retener los gemidos.

Me refriego contra su entrepierna una y otra vez y a mi cuerpo le gusta lo que siento, ya que comienzo a mojarme conforme pasan los segundos.

Su teléfono vuelve a sonar y gruñe molesto. Falta poco para que la droga haga efecto, espero que no le llamen para algo importante, de lo contrario podrían venir a buscarlo hasta aquí.

—Contesta si es lo que quieres —le digo entre besos.

El teléfono sigue sonando y esta vez Vladimir se aleja de mí. Toma el teléfono y me siento en la cama.

—¿Qué pasa? —pregunta con calma.

Aedion ya hubiese mandado a la mierda a quien estuviese del otro lado de la línea. «Deja de comparar».

—Mierda, voy para allá —gruñe y cuelga.

—¿Está todo bien? —pregunto.

—No, un idiota está disparando en... —Se queda en silencio y comienza a tambalearse—. Eres una hija de perra... —murmura con sus ojos clavados en mí y un segundo después cae al suelo.

Me pongo de pie rápido y camino hacia su closet, tomo una blusa al azar y me la coloco para tapar mi desnudez. Activo mi micrófono y tomo el brazalete, llevándolo conmigo a cada rincón de la habitación.

Busco en cajones, muebles y hasta en maletas, pero no encuentro nada que sea útil.

—Nolan, ¿has visto algo? —le pregunto.

—Necesitas salir de ahí —responde—, revisa bajo la cama. Tienes siete minutos, antes de que vayan a revisar que Vasiliás esté bien.

Mierda.

El espacio bajo la cama es muy minúsculo, no creo que haya alguna cosa ahí. Me pongo de rodillas y me asomo metiendo la mano. ¿Qué...? Saco una caja pequeña, trato de abrirla, pero necesito una clave. La escondo bajo la camisa ancha, atorándola con uno de mis ligueros.

—Voy de salida —aviso.

—Bien, sus guardaespaldas están por subir, tienes que ganar el ascensor y bajar hasta el sótano, ahí te veré.

—Ok.

Quito el cuerpo de Vasiliás del camino de la puerta y la abro, pero al hacerlo le doy un golpe en la cabeza sin querer. Este se queja y abre los ojos poco a poco. «¡Carajo! ¿Tenía que durar tan poco?». Corro antes de que despierte por completo.

Los guardias no están en el ascensor y aprovecho para ir a apretar el botón. Las puertas se abren casi al instante y entro en ellas, mirando como Vladimir camina hacia mí con furia emanando por todo su ser. Presiono sin parar el botón de cerrar y justo cuando va a llegar, las puertas se cierran por completo.

Me quito del cabello uno de los prototipos que Maya me dio. Es una cuchilla diminuta, la cual se hace pasar como si fuera un pasador. Tengo tres, así que puedo defenderme usando solo estas.

—¿Tengo camino libre? —pregunto por el auricular.

—¡Aedion! Tenemos que irnos —escucho la voz de Nolan y luego comienza a maldecir —. ¿En qué piso vas, Angeline?

—Estoy a punto de llegar a la planta baja.

—Justo estoy aquí, baja en esta.

Llego a la planta indicada y salgo corriendo una vez las puertas se abren. El living es un caos, las personas están corriendo de un lado a otro y todos están gritando. Busco con la mirada a Nolan o a alguien conocido y me lo encuentro haciéndome señas desde las escaleras de emergencia.

Corro hacia él y al llegar Nolan me da un arma. Junto a él esta Aedion, el cual luce eufórico, incluso más que yo.

—¿¡Qué mierda ha pasado!? —exclamo mientras bajamos las escaleras.

—¡Cállate y camina! —grita el tatuado.

No contesto, simplemente me dedico a bajar los escalones de dos en dos hasta llegar al sótano, donde me encuentro con los demás.

—Vasiliás viene hacia acá, ¡corran! —exclama Maya.

Hay tres autos con las puertas abiertas. Aedion sube en uno junto a Mak y Andrea, mientras yo subo con Efraín, Nolan, Maya y Lucian. Stefan y Raymond toman otro auto.

—¿Tienes la caja? —me pregunta Nolan una vez arrancamos el auto y salimos a la carretera.

—Sí, aquí. —La saco del liguero y Lucian la toma.

—Parece ser una mini caja fuerte. —Maya se la arrebata.

—Es digital, será fácil abrirla.

Siento alivio.

Ya que no pudimos secuestrar a Vasiliás, mínimo teníamos que averiguar cosas de él que nos lleven o nos ayuden con el tema del presidente.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—El hermano de Aedion vino por nosotros en su avión.

—¿Killian? —pregunto y él asiente.

—¿Qué pasará ahora? —vuelvo a preguntar.

—La misión no está completada, aún tenemos que matar a Vasiliás —responde Efraín—. Supongo que por ahora nos iremos, pero ya encontraremos otra forma de atraparlo.

—Aedion no va a estar muy contento.

—Créeme, no lo está —dice Lucian—. Fue muy valiente de tu parte hacer lo que hiciste, te felicito.

Siento mis mejillas sonrojarse y me río nerviosa.

—Solo miramos Nolan, Aedion y yo, no te preocupes —agrega, pero sus palabras no ayudan en absoluto.

—Chicos, aún nos siguen, no estamos a salvo —dice Maya mientras revisa su laptop—. Acelera, su gente está acercándose demasiado rápido.

Toda la isla es de Vasiliás, es cierto, seguimos en peligro. Si este hombre nos atrapa me doy por muerta.

Los tres autos aceleran y unos cuantos minutos después llegamos a lo que parece ser una pequeña explanada. Sin detenerse, los autos suben a la parte trasera del avión y la puerta se cierra nuevamente.

—¡Tenemos dos minutos! —grita Maya una vez que bajamos de los autos—, prácticamente ya están aquí.

—¡Sujétense! —indica Aedion.

El avión comienza a moverse y a su vez algo proveniente de las llantas de los autos, se aferra al suelo del avión. Me subo a uno de ellos y todos me imitan. El avión vibra y unos segundos después despega.

Ya estamos a salvo.

CAPÍTULO 18

En el aire

Angeline

Camino detrás de Raymond, siguiendo a Aedion por el pasillo del avión. Creo que solo Lucian, Nolan y yo parecemos notar que está más que furioso. ¿Por qué? No tengo idea. Es difícil adivinar qué cosa fue la que lo hizo enojar tanto, prácticamente todo le molesta o irrita, pero sabes que realmente está de un genio pésimo cuando está callado, cuando no grita o vocifera, cuando ni siquiera voltea a mirarte. Lo sé por que he aprendido muchas cosas de él desde que llevo conociéndolo, y lo he visto actuar de diferentes maneras hasta ahora, pero solo una vez me ha tocado tener que soportar que me ignore, que ni siquiera voltee a verme, y esa vez su coraje hacia mí le duró días.

Aedion tiene cambios tan repentinos que no me sorprendería si le diagnosticaran bipolaridad. Es tan explosivo, obstinado, testarudo, incontrastable...prácticamente tiene un carácter horrible, pero a mi parecer y dejando de lado que me molesta la mayoría del tiempo, ese es su toque.

Llegamos al área donde están los asientos y ahí nos encontramos con Killian. El pelinegro clava su mirada en mí y me mira de pies a cabeza, no de una mala manera, pero si analizándome.

—Necesito hablar contigo —le dice Aedion a su hermano y ambos se alejan de nosotros.

Tomo asiento y me paso las manos por la cara. Tengo la garganta seca y aún me siento agitada por la adrenalina.

Todos parecen estar igual de impacientes, y agradezco que se concentren en el momento y no en cómo vengo vestida. Da vergüenza que los chicos me hayan visto los pechos, pero esto es un trabajo y ya vimos que pueden pasar cosas como estas mientras trabajamos juntos. Así que eso me da valor para mirarlos a la cara.

—Quiero cambiarme, ¿dónde están mis cosas? —le pregunto a Lucian.

Luego de hacer la junta esta mañana Lucian se encargó de que nuestras pertenencias (al menos las importantes) se las llevaran y las trajeran aquí. Se supone que solo fue por mera precaución porque, a decir verdad, los planes eran otros. Creo que no lo drogué lo suficiente como para darme tiempo a revisar con cuidado el penthouse y además en cualquier momento iban a entrar por Vladimir para solucionar el problema del disturbio que alguien causó al disparar. Que de hecho, tengo mi teoría sobre lo que pudo haber pasado.

Lucian se pone de pie y me indica que lo siga. Comienzo a caminar con él por el pasillo por donde veníamos y se detiene en una de las puertas a mirar si están las cosas dentro de esa habitación.

—Todo el plan se fue a la mierda por lo de la policía, ¿cierto? —le pregunto.

—Algo así.

Cierra la puerta y va a la siguiente para abrirla.

—¿Qué fue lo qué pasó?

Da un largo suspiro.

—Ella despertó y mientras Aedion discutía con Nolan ella los atacó —comienza a decir—. Cuando salió al pasillo y Aedion la siguió comenzaron a pelear y ella fue quien comenzó la balacera. Ya sabrás que Aedion no es alguien que aguante ese tipo de desplantes.

No digo nada al respecto.

Entro en la habitación y le agradezco a Lucian. Busco mi maleta y busco ropa mientras mi

cabeza comienza a entender el por qué Aedion está de tan mal humor. Es la primera misión y no salió bien, se complicó todo y desde un principio nada salió como debió de salir. Yo en el lugar de Aedion estaría jalándome los cabellos y más porque ambos somos muy perfeccionistas y tenemos el ego muy elevado. Siendo el príncipe de la mafia roja esto debe ser humillante. Tan solo pensar en el humor que va a estar cargándose estos días me da jaqueca.

—¿Puedo pasar? —La voz de Andrea a mis espaldas me hace brincar del susto.

No le respondo. Solo dejo que pase a la habitación y abra su maleta.

—Estuviste increíble —dice luego de estar en silencio por varios segundos—. Actuaste bien.

—Gracias, tú también.

Algo en el aire se siente diferente y creo que no soy la única que parece notarlo. Ella no me agrada, para su desgracia tengo ese sexto sentido que me dice cuando alguien es hipócrita, falso o simplemente no me quiere. Pero soy respetuosa, amable y tengo una buena educación.

—Eres muy joven —sigue y me guardo el poner los ojos en blanco—. Debes sentirte importante al creer que estás aquí por tus habilidades, ¿verdad?

Sonrío para mis adentros al escuchar sus palabras.

—Sé directa, Andrea. —Me pongo a doblar mi ropa y a acomodarla en mi maleta.

—Voy a darte un consejo. —Sonríe y dejo mi tarea a un lado para mirarla—. Si quieres seguir aquí tienes que dejar de sentirte superior o de lo contrario puedo hacer que Aedion te bote en algún lugar nauseabundo.

—Ahórrate tus consejos porque no me interesa escuchar palabras de una fracasada. —Vuelvo a lo mío y sonrío con burla—. Me siento superior porque soy superior, no tengo que andarme creyendo algo que no soy, como tú, que cree que tiene el poder de hablarme así y mandar a su antojo. —Arroja su maleta en el piso y yo dejo mis cosas a un lado.

—¿Y tú si lo tienes? —pregunta tratando de hacerlo con tono burlón.

—No tengo que decir algo que ya sabes. —Rodeo la cama y me paro frente a ella—. Yo nací siendo líder, fui criada por uno, yo gobierno lo que se me antoja y obtengo lo que deseo por mí misma, no necesito de un hombre como Aedion para dejarte botada.

—Tienes dieciocho y te sientes con un poder increíble. Yo soy ex agente militar, puedo hacer que tanto tú como tu papi se vayan a joder a la cárcel.

Su amenaza no mueve nada en mí.

—¿Tengo que volver a repetirte lo obvio? Ya es momento de madurar, ¿no crees? Una chica de diecisiete te hace tener que soltar amenazas, siendo que ya eres mucho mayor. —La miro de pies a cabeza—. Ni te hablo y tampoco me interesas.

—¿Te molestan mis amenazas? —Se ríe.

Me molestan muchas cosas de ella, pero entre esas no están sus amenazas.

—Tú puedes seguir hablando lo que gustes, puede que con dedicación y perseverancia logres decir algo inteligente.

—¿Qué hacen? —La voz de Aedion nos interrumpe y me giro para verlo.

—Conversando. —Sonrío y le doy una mirada de pies a cabeza a la rubia antes de ir a cerrar mi maleta.

La verdad yo ya estaba lista por si quería llevar la discusión a otro nivel. No me da miedo. Podrá ser ex militar, aunque yo también he sido entrenada por una, y hasta de un rango más alto que el de ella.

—Vete, quiero hablar con Angeline.

—Te espero en la habitación continua por si quieres ir a verme —Le dice la rubia y la rabia me invade.

¿Cómo es posible que sus amenazas me valgan mierda pero sus coqueteos me saquen canas verdes? No tolero que ella esté disfrutando de algo netamente delicioso cuando claramente no me agrada nada y mucho menos ahora que se ha atrevido a hablarme de tal manera.

Aedion cierra la puerta una vez que Andrea sale y cruzo los brazos bajo mi pecho.

—¿Qué? —le pregunto en tono brusco.

Ladea la cabeza un poco y me mira con unos ojos que juraría podrían atravesarme si tuviera poderes de aniquilación.

—¿Qué pasa? —vuelvo a preguntar.

El coraje me corroe por todos lados y tengo miedo a que se dé cuenta de qué fue lo que me molestó.

—¿Qué pasa?... —repite lo que dije, acercándose a mí de dos zancadas.

Su mano rodea mi cuello y en un segundo ya estoy pegada a la pared con su cuerpo pegado al mío.

—Pasa que ya me cansé de que seas una malcriada de mierda. —Su aliento choca contra mi cara.

Mi mirada viaja de sus ojos a sus labios y la necesidad de besarlo aparece con intensidad.

—Malcriada tu abuela. —Lo miro a los ojos con la misma rabia que el a mí.

«Mejor ve con Andrea», quiero decirle. La lengua me pica y tengo que retener las palabras con fuerza. Decirle eso sería caer muy bajo y me niego a hacerlo.

Nos quedamos mirándonos, a ambos se nos siente la rabia y se me antoja hacer algo al respecto, algo un poco inmoral, y quiero que el de él primer paso.

—No vales la pena —murmura.

Sus palabras son como cuchillos, los cuales se clavan en mi pecho y crean una sensación inefable. Una sonrisa aparece en su rostro a la vez que me suelta, me mira con recelo y se da la vuelta para marcharse.

—Tú menos —alego—. Y vete a la mierda de paso.

Me acerco a tomar mis cosas sobre la cama para ir a cambiarme pero al pasar por su lado me toma del brazo.

—¿¡Qué!? ¿¡Qué es lo que no soportas!? —elevo mi tono de voz— ¿Que te mande a la mierda o que te diga la maldita verdad?

Me toma de ambos brazos con fuerza y me hala hasta una de las puertas dentro del cuarto. Trato de zafarme, mientras le digo de mil maneras e idiomas que se joda. Abre la puerta y me mete a lo que sería el baño de la habitación. Me empuja contra una de las paredes y un segundo después abre la regadera.

—¡Hijo de perra! —Le grito furiosa, soltando jadeos por el agua helada.

Su mano se cierne alrededor de mi cuello de nuevo y su boca se pega a la mía. El agua nos empapa a ambos y me es imposible negarme a la maldita idea de coger bajo la regadera.

—Te odio —me dice, alejándose un poco de mí para sacarse la camisa empapada.

—Yo te odio.

Me quito la única prenda que me cubre, quedando destapada y solo cubriéndome la parte baja con lencería.

Sus labios vuelven a pegarse a los míos y sus manos suben a mis pechos a masajearlos con rudeza. Maldita la hora en la que me secuestró, maldita la hora en la que decidí perder mi virginidad y maldita la hora en la que decidí dejarme enredar en sus artimañas.

Mis manos bajan a sus pectorales y luego a su abdomen marcado. «Amo su cuerpo, joder...» Paso las manos con fascinación, sintiendo cada uno de sus músculos marcados. Disfruto

tanto tenerlo así; caliente, rudo y dispuesto a cumplir lo que ambos nos negamos a pedir en voz alta.

Lo están esperando en la habitación de al lado y tan solo pensar que Andrea podría estar disfrutando de lo que yo estoy disfrutando ahora me enerva. No quiero que vaya con ella, no quiero que la toque como a mí, no quiero que la otra siga hablando de cómo se la cogió.

Abro las piernas cuando siento como una de sus manos baja lentamente por mi cintura, pasa por mi ombligo y se detiene en mi zona a masajear en círculos. Los gemidos que suelto son altos y tiene que besarme para apaciguarlos.

Sus dedos son mágicos. Se mueven en círculos, aveces lento y cuando tiene que hacerlo rápido también lo hace. Es como si hubiese tomado clases de como satisfacer a la mujer perfectamente.

De repente toma el elástico de mi tanga y lo hace a un lado para poder sentir mejor el contacto con mi piel. Dos de sus dedos se posan en mi entrada y tantean la zona, haciéndome entrar en desesperación.

—Mírame —ordena, subiendo su mano libre a mi cara. Pasa su dedo pulgar por mi labio inferior y abro los ojos, encontrándome con su mirada envuelta en lujuria pura—. Pídeme lo que quieras y te lo daré. —Uno de sus dedos se introduce en mí y una corriente me atraviesa de pies a cabeza, la cual desaparece cuando lo saca.

—Mételos —le pido con apenas un hilo de voz.

—¿Cuál es la palabra mágica, Liebe? —Juega conmigo y mi cuerpo empieza a pedir a gritos lo que tanto anhela.

—Por favor.

—¿Por favor qué? —pregunta y tantea con los dedos mi perla rojiza, la cual debe estar hinchada.

—Por favor, papi...

Una sonrisa traviesa aparece en su rostro y ni siquiera me da tiempo a decirle algo, ya que sus dedos se introducen en mi mandando mil sensaciones por todo mi ser. Cierro los ojos y dejo que el placer me tome. No me interesa si grito, no me interesa si todos nos escuchan, estoy tan concentrada en la sensación que causan sus dedos que no le quiero prestar atención a nada que no sea él o yo.

—¡Carajo, sí! —gimo y me tengo que aferrar a sus hombros cuando las piernas empiezan a temblarme como a Bambi.

—No te vayas a correr todavía.

—¿Por qué no?

—Quiero cogerte primero.

Paso los brazos alrededor de su cuello y él me levanta para que enrolle mis piernas alrededor de su torso. Mi espalda queda aún contra la pared y me sostiene mientras él deja caer su pants con todo y bóxer. Posiciona su miembro en mi entrada y me sorprende que a pesar del frío del agua esté duro como una roca.

Me empala sin rodeos y mis gemidos los calla con besos cortos.

—Du gehörst zu mir —gruñe contra mi boca.

Es un completo dios griego.

Las embestidas son rudas y sus manos en mi cintura aprietan con una fuerza que seguro va a dejarme marcas, pero no me interesa, para mí es satisfactorio.

Sale de mí, me deja en el piso, me pone de espaldas y me inclina hacia adelante hasta que mi mejilla toca la pared. Separo las piernas y él me toma ambos brazos por detrás de la espalda.

—Tienes un culo precioso —Lo golpea y comienza a empalarme de forma lenta—. Tus fluidos están embarrados por todo mi miembro, Liebe.

—Estoy muy mojada —digo apenada.

Cierra la llave de la regadera y sale de mí. Suelta mis brazos, pero no rompo la posición en la que estoy. Sus manos recorren mis piernas y luego siento como separa con sus dedos mis labios vaginales. «Dios...» se pone en cuclillas y un segundo después siento su lengua tibia en mi zona sensible. El calor y los movimientos me hacen temblar y me excito todavía más.

—Me encanta cuando te pones así. —Da un lengüetazo por mi clítoris y me obligo a morderme el labio para no gritar—. Te ves tan expuesta, tan jodidamente indefensa que podría tenerte así todo el puto tiempo.

—Si es lo que quieres... —murmuro y cierro los ojos cuando introduce su lengua en mi entrada.

—No. —Se pone de pie y no pierde el tiempo, pues me la mete de una estocada—. Me gusta más la niña malcriada, la del carácter de mierda que me colma la paciencia.

Me empieza a embestir más rápido y siento que ya no tengo razón de lo que pasa. Solo me dejo llevar por el orgasmo que me corre de pies a cabeza, aferrándome como puedo a permanecer de pie. Aedion da un par de embestidas más y luego suelta un gruñido que me eriza todo el cuerpo.

Nuestras respiraciones son agitadas, por mi parte no puedo moverme a causa de la sensación que aún me recorre. Aedion sale de mí y me giro para mirarlo apenada.

¿Cómo pasamos de gritarnos a hacer esto?

Abre la regadera, nivela el agua y toma el shampoo que está en una esquina. Se pone un poco en las manos y posa su mirada en mí.

—Deja de verme con cara de boba y cierra los ojos —Mi respiración aún es agitada y las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

Obedezco.

Cierro los ojos y él comienza a mover las yemas de sus dedos por toda mi cabeza. ¿Qué está pasando? Acaso él... ¿me está bañando?

El agua se lleva todo el jabón y para cuando abro los ojos lo veo caminar fuera de la regadera y abrir uno de los armarios que están dentro de la habitación. Saca una esponja de baño, de esas peludas, y una botella que parece contener jabón líquido. Regresa a la regadera y yo permanezco inmóvil.

—Tiene olor a vainilla —dice y solo puedo mirarle el rostro con fascinación—. No es mi olor favorito, aunque funcionará si es que quiero quitarte todo rastro de besos que dejó Vladimir.

Me siento extraña. No sé lo que pasa, pero esto no es propio de él. Me gusta, me parece demasiado tierno que esté haciendo estas cosas y a decir verdad, cosas como estas alimentan a las mariposas que revolotean como locas en mi estómago.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —me regaña mientras me pasa la esponja por el cuerpo.

No quiero ponerlo incómodo con mi mirada de depravada, así que le sonrío.

—¿Cuál es tu olor favorito entonces? —le pregunto para normalizar un poco las cosas.

—El olor a bebé.

—¿En serio? —Frunzo el ceño con una sonrisa.

—No es un olor tan dulce ni tan fresco, es suave.

—Me gusta igual —concuerdo—. Pero creo que mi olor favorito siempre será el de un perfume.

Se pone de rodillas para lavarme las piernas y me quita la lencería. Su cara queda a unos

centímetros de mi zona y retengo el aire. No es posible que me ponga caliente de nuevo y tan rápido.

—¿Cuál? —Se vuelve a poner de pie.

Me sonrojo y miro la esponja que tiene en las manos.

—El Coco Chanel de 1984 —respondo—. Solo lo tuve una vez, y luego dejaron de comercializarlo en muchas partes porque lanzaron otros más.

—O sea que ya no existe.

—Sí existe, en alguna parte tiene que haber alguno. —Suelto un suspiro—. Solo que no quiero hacer tanto alboroto por algo como eso.

—Pero es algo que te gusta. —Comienza a lavarse la cabeza.

—Lo sé, pero me basta con guardarlo en mi memoria.

—¿Cómo dices que se llama?

—Coco Chanel de 1984 —respondo.

—Es viejo. —Pongo los ojos en blanco.

—Es un clásico. —argumento.

Se empieza a lavar el cuerpo y no puedo controlar mi mirada cuando se talla los brazos y el pecho.

—¿Qué significa tu tatuaje? —Le señalo el primer tatuaje que le vi estando en cautiverio en su mansión de Londres.

Es un tigre dientes de sable.

—Dicen que en tu antigua vida fuiste un animal —Cierra la llave de la regadera—. Yo pienso que quizá fui un tigre dientes de sable.

—¿Por qué? —Frunzo el entrecejo.

—Es mi animal favorito —dice mientras toma una toalla y la enrolla alrededor de su cintura —. Además, mírame... seguro fui algún animal increíble.

Pongo los ojos en blanco y me indica que me coloque una toalla. Sale del cuarto de baño y lo sigo a paso lento debido al frío.

—¿Qué hago con la ropa de adentro? —Señalo el baño.

—Ya vendrá la azafata a limpiarlo —le resta importancia—. Cámbiate, necesito hablar contigo sobre algo.

Ah, claro...iba a decirme algo antes de comenzar a pelear.

—Bien.

Sale de la habitación sin el menor pudor, sin importarle en absoluto que lo vean así. Me visto rápidamente, eligiendo algo cómodo y fresco, cepillo mi cabello, tomo el teléfono y salgo cuando estoy lista.

Camino por el pasillo que conduce a donde hace un rato me encontraba con los chicos, pero antes de llegar me encuentro con Killian, el cual está bebiendo frente a la pequeña cantina.

—Bellows...—me saluda con recelo, llevándose el vaso con alcohol a la boca.

—Hola —saludo tajante—. ¿Sabes dónde está tu hermano?

—¿No estabas con él? —Sonríe con burla.

Me sonrojo y tengo que carraspear para poder hablar.

—Si hubiese estado con él no estaría preguntándote, ¿o sí?

—No te enojes, muñeca.

—Ok. —Se echa a reír y le sonrío en respuesta—. No es broma, muñeco, ¿dónde está?

—¿Cómo? —La voz a mis espaldas me hace dar la vuelta.

—Te estaba buscando —le digo al tatuado y miro a Killian—. Me dio gusto verte.

Me doy media vuelta y Aedion me toma del brazo, dándome un leve jalón para que comience a caminar. Le hago caso y no sé a donde diablos me lleva pero nos detenemos casi al fondo del avión. Abre la puerta y entro, él cierra las puertas y me indica que me siente.

Supongo que es su habitación especial, ya que es diferente a las demás. Hay una cama, tiene una televisión y también tiene sofás. No me molestaría para nada vivir aquí, el avión lo tiene todo.

—¿Qué querías decirme? —le pregunto una vez que me siento en la cama.

Se recarga en uno de los muebles y cruza sus brazos.

—¿Sabes si hay alguien que quiera hacerte daño?

—Es una lista de nunca acabar —suspiro—. ¿Por qué?

—No hablo de los problemas que tenga tu padre. —Lo miro confusa—. ¿Te has ganado el odio de alguien? Fuera de quién es tu padre, alguien que solo quiera hacerte daño a ti —explica.

Comienzo a pensar, a hacer una lista sobre quienes podrían ser una opción, pero no hay. Todos aquellos que quieren hacerme daño, tanto a mí como a mi familia, son enemigos de papá.

—No que yo sepa.

—No quiero que te alteres —dice y automáticamente me pongo en alerta—, pero hablé con tu padre y hace dos días atacaron a tus hermanas cuando iban saliendo de la escuela.

Me pongo de pie por impulso y un escalofrío helado me recorre toda la espalda.

—¿Qué pasó? ¿Están bien? —Comienzo a preocuparme tanto que los ojos se me llenan de lágrimas.

Siento que no puedo respirar.

—Están bien —dice, pero no me siento más tranquila—. Quisieron secuestrarlas, pero gracias a la seguridad que tiene tu padre no pudieron hacerlo.

Tomo varias bocanadas de aire, repitiéndome que están bien, que todo está bien y que así lo estará. Podrán hacer lo que sea, pero mi familia es lo más importante para mí, que ni les toquen un pelo porque soy capaz de lo imposible por ellos.

—El punto es que minutos después alguien habló con tu padre y le dijo que tenía cuentas pendientes contigo, que te quería a ti o que si no tendría que secuestrar a tus hermanas.

¿Qué carajo? Mi cabeza está dando mil vueltas tratando de recordar quien quisiera hacerme tanto daño como para hacer este tipo de cosas.

—No se quién puede ser —confieso—. Para serte sincera, has sido el primero al que me he enfrentado directamente.

—Tiene que haber alguien.

—Lo sé. —Me tomo la cabeza y cierro los ojos, pensando—. Pero de verdad no sé qué ocurre.

—Está bien. —Da un largo suspiro—. Lo importante es que estás aquí y nadie va a encontrarte.

—¿Y mis hermanas? —Camina hacia mí.

—Ellas están seguras con tu papá. —Le resta importancia y eso me molesta—. Pero tú eres el problema y hay que tener cuidado contigo.

—Necesito hablar con ellos —le pido.

—Espera a que lleguemos, no creo que tengas señal ahora.

—Está bien.

Camina a su sofá y se sienta, poniendo su laptop sobre sus piernas.

—Voy a investigar lo más que pueda, este no es mi problema, sino tuyo y de tu familia —dice sin mirarme.

Para ser Aedion me sorprende que quiera ayudar. ¿Que está pasando con él hoy?

—Gracias.

Salgo de ahí y me voy a un espacio tranquilo que me dé tiempo para pensar. Reviso mi celular y no hay nada de señal. Me desespera no poder enterarme de lo que pasa, y más si se trata de mi familia. Me imagino como estarán Kylie y Ellie, seguro aún están traumadas o algo por el estilo.

¿Quién podría tener un problema directo conmigo? Si acaso, solo he tenido roces con algunas chicas con las que no congenio, pero ni siquiera lo veo como un problema real. Además, ninguna de ellas está relacionada con este estilo de vida. ¿Quién habrá sido?

La cabeza quiere explotarme en los próximos minutos que me la paso pensando, pero al final, no llego a un resultado.

CAPÍTULO 19

Recordando el pasado

Killian

El avión aterrizó hace más de tres horas. Todos parecen estar muy estresados y no los juzgo. Aedion siempre fue un dolor en el trasero, y se volvió peor cuando se convirtió en el príncipe de la mafia roja.

Los Lorcan somos de carácter fuerte; todos compartimos una personalidad explosiva, egocéntrica, algo narcisista y, a veces, bastante terca. Así hemos sido siempre. Han pasado generaciones, y todos llevamos el mismo maldito temperamento. Pero sin duda, Aedion tiene el doble de cada uno de nosotros; es peor que yo, peor que papá, peor que la abuela, peor que cualquier integrante de la familia.

Los gritos de mi hermano se escuchan hasta donde estoy y seguido de ellos una voz femenina gritándole de la misma manera.

Esa debe ser Angeline.

La niña es todo lo contrario a como creí que iba a ser.

—Señor, todos parecen estar bien —me avisa Clara, una de las doctoras que trabaja en mi hospital—. No sufrieron nada grave, solo algunos raspones y heridas a las que tuvimos que darles puntadas.

—Ok —asiento—. Ahora están discutiendo, ¿verdad? —Clara cierra la puerta y da un paso hacia mí.

Clara es mi doctora favorita en el hospital. Es muy inteligente, hace las cosas bien y tiene una actitud que me resulta refrescante. Tiene casi sesenta años y aún así sigue siendo brillante en la medicina.

—La chica de cabello negro está discutiendo con su hermano —me dice casi en un susurro.

Clara también es mi «informante».

—¿Por qué? —pregunto por mera curiosidad y también porque me encanta verla en plan chismosa.

—A la señorita no le pareció cómo su hermano le gritó —dice—. ¿Puedo darle mi opinión sincera? —pregunta.

—Ya vas a empezar a soltar veneno —bromeo.

—No sé cómo a usted no le gusta el chisme, en México a todos nos gusta enterarnos de todo.

—Bueno, dime entonces —la miro con diversión.

—A mi parecer me gusta lo que consiguió el señor Aedion —pongo los ojos en blanco—. Tiene carácter, y eso es lo que ustedes necesitan de una mujer.

—Ella no es nada suyo, Clara.

—¡Agh! —se queja—. Pues debería.

—Ella no me agrada y estoy seguro que a Aedion menos —miento.

Mi hermano está tan enganchado a ella que temo a que no sea solo por el plan que está llevando a cabo.

—A ustedes solo les gustan las manipulables.

—Ninguna es digna de merecernos.

—Como si fueran los reyes del mundo —pone los ojos en blanco y abre la puerta—. Estaré en el laboratorio.

Me le quedo mirando con diversión y ella se va.

Me termino mi trago y me pongo de pie, salgo del salón y aguzo el oído. Ya no se escuchan gritos y tampoco hay nadie en los pasillos de la mansión. No me gusta prestar mi hogar a personas que no son mi familia, pero fue una emergencia de último minuto y hasta papá abogó por Aedion.

Camino por el pasillo, tratando de escuchar si alguien del equipo está despierto. Quién sabe, a lo mejor me encuentro a alguien husmeando y tenga el pretexto para correr a todos a la mierda.

Cruzo el salón y estoy a nada de entrar a la cocina cuando visualizo a la chica de cabello negro cruzando el umbral hacia el patio trasero. La sigo y me recargo en el umbral. Ella está de espaldas a mí, y parece tener algo en la mano que la hace ponerse dudosa al mirarlo. Da un suspiro y me deja ver mejor lo que es. «Un teléfono». Automáticamente todos mis sentidos se ponen en alerta cuando se lleva el celular a la oreja.

¿La mandaron de chivo expiatorio?

La posibilidad es muy baja. Nadie mandaría a su propia hija a espiar al enemigo, pero aún así no lo descarto. No es un secreto en el mundo de la mafia que los Mikaelson y las Bellows no se llevan bien con nosotros, hay tantas razones del porqué que no me sorprendería si Angeline es una maldita traidora.

—Hola, amor —dice y frunzo el ceño.

La analizo sin soltar la posibilidad de que quizá esté hablando con alguien más, pero sus expresiones y las palabras que dice después me confirma que no es así.

—Te juro que no me dejó usar el teléfono todos estos días.

Suena como a desplantes de novios primerizos.

Salgo de mi escondite y es cuando nota mi presencia. La piel se me eriza cuando sus ojos grises caen en mí y me quedo observándola por un momento.

Tiene facciones hermosas y ni hablar de su maldito cuerpo; sus curvas son de reloj de arena, sus pechos son grandes y su trasero es perfecto. Aedion no puede resistirse a ella por más que quiera negarlo. Los Lorcan tenemos gustos parecidos, siempre buscamos en las chicas algo más que las destaque aparte de ser bellas, el problema es que ninguna chica es suficiente, pero una vez que la encontramos es como si fuera kriptonita para nosotros.

No digo que Angeline sea alguien especial, pero ha superado las expectativas que tenía sobre ella.

—No te moles... —pone los ojos en blanco y se guarda el teléfono en el bolsillo de su pantalón.

—¿Problemas con tu novio? —pregunto.

—No sabe que estoy aquí para hacer misiones —dice—, cree que he venido a entrenamientos con mi instructora.

—¿No sabe de la vida que llevas o por qué la mentira?

—No le agrada Aedion —me hace sonreír—, nunca me perdonaría si sabe que estoy aquí con él.

—A nadie le cae bien Aedion —digo.

—Lo de mi novio son celos.

—Es solo una mentira, muñeca —su rostro se pone rojo y sonrío aún más—. ¿O tiene de qué preocuparse?

Se queda muda, mirándome con las mejillas sonrosadas y una expresión que responde mi pregunta.

—No —responde con firmeza.

—Problema resuelto —digo—. Solo aférrate a que él es el problema y ya.

—A ustedes se les facilita echarles la culpa a otros, ¿verdad? —camina hacia adentro de la casa, pasa por mi lado y la sigo.

—Podemos culpar a quien nosotros queramos.

—Les gusta alardear mucho, ¿no? —se queja.

—Es un rasgo familiar. —Le guiño un ojo y rueda los ojos.

Entro en la cocina y ella sube las escaleras rezongando entre dientes.

Angeline

—¡PATÉTICA! —el dolor en mis costillas me hace gruñir y la arena que ha entrado en mi boca me empeora el mal humor—. La niñita de papá no puede cumplir una simple rutina —escupo la arena.

Aedion se pone de cuclillas frente a mí y me mira con una maldita sonrisa burlona que me hace querer sacarle los ojos.

—Es difícil hacerlo si las olas están empujándome.

Me ha puesto a hacer lagartijas frente al mar, a una altura donde las olas me golpean y el agua se me mete a los ojos y nariz.

—Así es esto, tómalo o déjalo —lo miro mal—. Pero si lo dejas te vas a tu puta casa —se pone de pie y regresa a donde estaba.

¿Dónde quedó el Aedion tierno que me bañó ayer en el avión?

—Estúpido —murmuro y me pongo en posición.

Comienzo a subir y a bajar, esforzándome por no frenar y caer cuando las gotas me salpican la cara y el agua arrastra la arena en la que estoy recargada. Los ojos y la nariz me arden, pero lo soporto porque todo esto es culpa mía.

Sigo subiendo y bajando, ignorando las cosas que Aedion está diciéndome justo ahora. Solo me falta hacer las últimas diez y si freno tengo que repetir, así que me aferro lo más que puedo.

—Si solo hubieras contestado bien esto no hubiera pasado.

Me pongo de pie rápido cuando termino y mi primera reacción es quitarme la blusa y sacudir la arena de mi cuerpo. Odio el mar, me hace sentir toda pegosteosa y además me da terror.

—Cumplí —digo, arrojando lejos la maldita blusa.

—Es cuestión de nada para que vuelvas a hacer otra repetición de doscientas —me fulmina con la mirada y yo también hago lo mismo—. Ahora entra y cámbiate de ropa.

—Ok —pero no lo sigo cuando se da la media vuelta y comienza a caminar hacia la casa.

Estamos en una isla, la isla donde Killian tiene su hogar. Ayer, en cuanto llegamos, llamé a mi padre y hablé con mi familia sobre lo que le ocurrió a mis hermanas. Nadie ha averiguado nada sobre el maldito psicópata que intentó secuestrar a Kylie y Ellie, pero papá está tan enojado como yo. Toda la noche estuve pensando en quién podría ser, aunque todos los que quieren hacernos daño son enemigos de mi padre.

Estoy enojada, preocupada y siento que la cabeza me va a explotar si no hago alguna cosa que me ayude a solucionar mis problemas.

Porque además de eso me preocupa el que Vladimir esté buscándome, ¿cómo se eso? No hay que ser un cabecita para suponerlo. Literalmente me le burlé en la cara, fui quien más se arriesgó y quien más tuvo que actuar, así que no creo que deje las cosas así.

Me quito los shorts, quedando en ropa interior. «Es como estar en bikini». Me siento en la orilla del mar y me pongo a mirar cómo el sol se va metiendo a lo lejos.

André se enojó por no haberle llamado en estos días. Quise excusarme diciéndole que estuve haciendo cosas con Melissa, pero claro que no quiso escucharme, así que me colgó el teléfono.

Hace un rato hablé con él y tuve que convencerlo de que era verdad. No me siento bien haciéndole esto, y cargo ya con tantos problemas enormes como para también pelearme con mi novio.

«Hipócrita». Bien, sí lo soy, y una mentirosa. Pero ya ni siquiera quiero estármelo recordando.

Ahora me importa mi familia, quiero que estén bien y no voy a poder descansar hasta averiguar quien quiere hacerles daño por mi culpa.

—¿Estás bien? —Efraín se sienta a mi lado, trae en la mano un cigarro.

—No —medio le sonrío—, pero da igual. ¿Vas a fumar? —pregunto.

—Lo traigo de adorno —responde irónico y voltea los ojos, yo le doy un suave golpe en el brazo y se echa a reír—. ¿Quieres?

—No he probado la marihuana.

—Lo sé, pero si quieres puedes probar —miro el cigarro—. No estás obligada a nada, pero es mejor probar algo estando con alguien de confianza, ¿no? —lo miro vacilante.

Las drogas son indiferentes para mí. Nunca he querido probar alguna porque siempre he visto que es algo que está mal, tuve una experiencia cercana a ellas que me ha quitado las ganas de experimentar. Pero solo será por diversión, ¿una fumada qué puede hacerme?

—Bueno —acepto y me lo entrega.

—Inhala y sostenlo —dice y me lo llevo a la boca.

El humo entra por mis pulmones y lo retengo ahí por unos seis segundos antes de soltarlo y comenzar a toser. «No sabe mal». Pero tampoco sabe bien. Tiene un sabor a... yerba.

—Quiero ver tu reacción.

Me lo arrebata y le da caladas como si nada. ¿Cómo le hace para no toser?

—Esto no me hará efecto —digo y me enfoco en el sol que está a punto de meterse.

—Vamos a hacer una fogata —me ignora y se pone de pie.

—Aedion va a hablarnos en cualquier momento —recuerdo al tatuado y pongo los ojos en blanco.

—Solo será un momento —me extiende la mano y la acepto, poniéndome de pie.

Hay una sección donde claramente se ve madera para hacer fogatas. Está junto a la entrada a la playa, así que tomamos algunos pedazos de madera y los acomodamos a unos metros de la orilla. Mientras el trata de encenderla yo tomo dos sillas y las acomodo alrededor.

—Prende este —me pasa otro churro y me lo llevo a la boca esperando a que me dé instrucciones—. Solo tienes que prenderlo y luego inhalar para que no se apague.

Hago lo que me indica mientras él enciende la leña y otra vez vuelvo a inhalar de aquella cosa.

—Aedion va a enojarse —le digo y no puedo evitar imaginar la cara que pondrá cuando nos vea. Eso me hace reír—. Es muy enojón —Efraín me mira con una sonrisa y por fin logra encenderla un poco.

—Creo que estás reaccionando bien —me dice y mi risa cesa un poco.

—¿Cómo que reaccionando bien?

—Hay diferentes reacciones a la marihuana —explica—. Puede darte sueño, darte risa o...puedes empezar a imaginar cosas que pueden asustarte.

Curioso.

—Órale.

—Hasta te cambió el semblante —se sienta junto a mí.

—¿Ah sí?

—Te ves feliz ahora.

—Órale.

Sonríe de oreja a oreja.

Charlamos unos minutos acerca de la misión, pero me es imposible no reír de cualquier cosa y para él es lo mismo, así que no sé en qué momento, pero nos ponemos a contar chistes, chistes que me hacen reír hasta que me duele el estómago.

—Tenemos que hacer esto más seguido —le digo entre risas.

—Por mí, hay que hacerlo todos los días —dice y me limpio las lágrimas que me han salido por tanto reír.

—No diario, pero sí de vez en cuando —lo corrijo—. Hay una historia con las drogas que me impide hacer este tipo de cosas.

—Cuéntame —le toma a su lata de cerveza.

—Promete no decirle a nadie —asiente con un movimiento de cabeza—. Hace dos años años tuve la experiencia de ver a una chica morir por una sobredosis —le cuento—. Ella iba a mi escuela, de hecho, me caía pésimo y yo también a ella, pero... el día que murió fui yo quien intentó reanimarla.

—Lo siento.

—Tendría que ser un tema delicado, pero...a veces soy una persona muy fría —le tomo a mi vaso—. Su muerte no me dolió y tampoco quedé traumada, pero acabó con esa curiosidad de querer drogarme.

Me mira con una expresión seria y luego me medio sonríe.

—No soy un monstruo sin sentimientos —agrego—. Pero toda mi vida he crecido escuchando a mi familia hablar de la muerte como algo natural, se siente feo en el momento, aunque estoy acostumbrada a escuchar que las personas mueren.

—Eso es oscuro.

—Lo es —concuerdo—, pero estoy segura de que mi reacción sería diferente si se muriese alguien que me importa.

—¿Sentirías feo si yo muriera? —su pregunta me hace sonreír.

—Muérete a ver si lloro.

Ambos comenzamos a reírnos y unos segundos después ya me encuentro fumando otra vez del cigarro.

—Somos el equipo yerba —dice entre risas—, estás convirtiéndote en mi mejor amiga en todo el mundo.

—Y antes no nos hablábamos.

—Es que siempre tenías cara de enojada —confiesa y lo miro indignada.

—Así es mi cara —hago un puchero.

—¿Qué están haciendo? —La voz de Maya nos interrumpe.

—Nada —respondo sonriente—. ¿Ya cenaron? Es que tengo hambre —vuelvo a hacer un puchero y ella se me queda viendo raro.

—La cena está servida —dice y le lanza una mirada a Efraín que no entiendo.

—¡Sí! —Me pongo de pie y casi me tropiezo al hacerlo.

Efraín se ríe y se pone de pie, pero le pasa lo mismo que a mí. Ahora soy yo la que ríe.

—¿Están drogados? —pregunta Maya.

—No —quiero mentir, pero creo que no me sale.

«Sólo veo todo en color amarillo», quiero decirle, pero mi risa no me deja.

—Oh oh...—la risa de Efraín cesa y lo miro con atención.

—¿¡Qué mierda haces!? —la voz de Aedion llama mi atención y poso la vista en el tatuado que viene caminando a paso decidido.

Carajo.

—Solo están fumando yerba —trata de explicarle Maya cuando llega hasta nosotros.

Aedion mira a Efraín tan intensamente que hasta a mí me dan ganas de esconderme bajo una roca.

—Vete a otro lado con tu mierda —le dice con tono brusco y temo que quiera aventársele encima.

—Me voy —me dice Efraín sin rastro de temor o intimidación—. Don Gruñón se molestó, tal como dijiste —mira a Aedion con una sonrisa, y eso me pone los pelos de punta.

¿Cómo no puede darse cuenta que está a punto de aventársele encima? Aedion casi está echando humo por las orejas y a él parece darle igual.

Observo al tatuado con detenimiento y me doy cuenta de que, en efecto, está tal como lo imaginé. «Siempre está tan enojado con la vida». Quiero retener la risa, pero es imposible, así que termino riéndome como una maníaca.

Efraín se contagia de risa también y Maya lo toma de la mano y lo arrastra hacia la casa.

—Estábamos pasándola bien —me quejo con el espécimen, el cual me mira con irritación.

—¿Por qué hiciste eso?

—Quise probar ¿sí? Es la maldita primera vez que lo hago.

Suspira irritado y se sienta en una de las sillas, yo quiero hacer lo mismo, pero me toma del brazo y hace que me siente en su regazo.

—¿Y qué sientes? —pregunta.

—Tengo hambre —confieso.

—¿Qué quieres comer?

Ideas pervertidas pasan por mi cabeza y sonrío con picardía.

—No me preguntes eso —me sonrojo.

—¿Por qué no?

—Porque me haces pensar cosas que no están bien.

—¿Ah, sí? —Posa su mano alrededor de mi cintura y le sonrío nerviosa—¿Qué cosas piensas?

Estaba molesto hace un minuto, ¿cómo puede cambiar tan rápido de humor? Y lo que es peor, ¿cómo puede hacerme sentir de esta manera aún estando drogada?

—Estoy caliente, Aedion —confieso y entierro mi cara entre su hombro y cuello.

«Huele riquísimo». Su colonia hace cosquillas en mi estómago.

—No me gusta acostarme con drogadictas.

—No soy una drogadicta —paso mi lengua por su cuello.

—Estás drogada como una.

—Por favor... —ronroneo—, tú quieres lo mismo.

Bajo mi mano a su entrepierna y sobo su erección por encima de la tela. No se por qué quiere hacerse de rogar si está igual o hasta más caliente que yo.

—Lo quiero, pero no así —aparta mi mano y lo miro a los ojos con molestia—. Enójate, pero no sé para qué haces estas pendejadas.

—No lo volveré a hacer —le digo—, solo era para probar ¿ok?, lo siento.

—Estoy enojado contigo —me mira con seriedad— y también conmigo —agrega—, porque no puede ser que me resultes tan malditamente sexy estando en este estado.

—Gracias —le beso la mejilla con una sonrisa—. ¿Entonces vas a cogerme?

—No.

Bufo y suelto un bostezo.

—Como quieras entonces —me pongo de pie—. Piérdete de esto —doy una palmada a mi trasero—. Ve con Andrea, a lo mejor con ella sí quieres coger.

Algo en lo profundo de mi ser me dice que lo arruiné al decirle eso, pero ya es muy tarde para arrepentirme. Me doy media vuelta y camino hacia la casa, pero su voz y lo que dice me hacen frenar en seco.

—Buenísima idea —dice y los celos me carcomen el pecho—, ya que estás de paso, ¿puedes decirle que se vaya poniendo lo que me gusta?

La sensación de furia se mezcla con la de tristeza y se atasca en mi garganta.

—Jódete —le enseño mi dedo medio y vuelvo a caminar a la casa.

¿Cómo puede decirme algo así? Dios, me siento tan patética. «Es un idiota», y creo que yo lo soy más. «No me merece», trato de convencerme, pero sus palabras son como malditas balas, y duelen… duelen mucho.

—¿No tenías hambre, peque? —Mak interrumpe mis pensamientos cuando llego al comedor.

En la mesa ya solo se encuentran Stefan, Efraín, Mak y la bastarda que está a nada de colmarme la paciencia.

—Claro —trato de sonreírle—, iré a darme un baño y bajo.

Ni siquiera recordaba que estaba en ropa interior.

—¿Estás bien, Ann? —me pregunta Efraín desde su asiento.

Miro la entrada a la playa y ahí aparece Aedion, sin camisa y mirándome seriamente, sin ningún atisbo de arrepentimiento.

—Mejor que nunca —le dedico mi sonrisa más fingida.

Camino hacia las escaleras, tragándome las lágrimas y el coraje que me corroe.

¿Desde cuándo me importa lo que piense un hombre? Jamás en mi vida me había sentido menos que nadie, hasta ahora. Aedion me ha hecho dudar, aunque sea por un momento, de mi propio valor, y eso… me ha decepcionado de mí misma.

«A la mierda».

Que se joda él, que se joda Andrea y que se jodan todas sus malditas palabras, porque lo que yo valgo no es algo que él pueda obtener.

Ni él es para tanto, ni yo para tan poco.

Entro a la habitación y por más que mis pensamientos traten de ser positivos, lo que siento gana y me hace soltar las lágrimas.

¿Qué me pasa? He luchado tanto por mantener mi autoestima en alto como para que de nuevo vengan y la derrumben.

«Ya hemos pasado por esto, Angeline», hablo conmigo misma mientras entro en el baño y abro las llaves de la regadera.

—No pasa nada... —me digo, dejando que el agua fría me empape.

Desde que era pequeña siempre había alguien que quería molestarme y conforme fui creciendo fui rodeándome de más personas como esas. Pero hubo una etapa donde yo tuve sobrepeso y carajo, era como si a todas las personas les molestaba ver a una chica gorda. Mis «amigas» me hacían sentir menos cada vez que podían, los chicos en el colegio me molestaban también y prácticamente toda persona que me notaba hablaba sobre mí. Siempre he sido de carácter muy fuerte y claro que nunca dejaba que los demás vieran que lo que decían me afectaba, al contrario, me gustaba reírme en su cara, responderles y callarlos con una sonrisa.

Dos chicas que solían decir que eran mis amigas se crearon una cuenta falsa en Facebook solo

para publicar fotos mías donde salía mal. Recuerdo que lloré tanto hasta al punto de no dormir durante casi una semana por el hecho de que en ese entonces mi amor platónico vio mis fotos y se reía de mí en mi propia cara.

A todas esas personas podía callarlas diciéndole a mi padre y matando a toda su familia, pero mi lado vengativo y malvado salió por primera vez a la luz y me dije que solo tenía que sentarme y esperar, así que eso hice. Empecé a enfocarme en mí, entré a mis entrenamientos y fui bajando de peso, comencé a enfocarme en lo que yo quería y no en los demás. Dicen que el amor es la cura para todo, y es verdad, el amor propio te hace sentir de una manera que muchos otros no van a poder hacerte sentir igual.

A mis amigas hipócritas, les bajé a los novios solo con haberles hablado una vez a sus chicos. Y a las personas que antes cuchicheaban a mis espaldas, las seguí ignorando, aunque ahora intentaban acercarse para hablarme.

Me gusta el poder femenino y me siento realmente poderosa con quien soy.

Pero ahora siento que no me encuentro, estoy fuera de lugar y estoy asustándome por lo que Aedion ha provocado en mí. Literalmente pasó aquellas barreras que por años sostuve. Las hizo temblar y temo a que se desmoronen en cualquier momento.

No me gusta a donde están yendo las cosas. Tengo que hacer algo por alejarme de ese demonio o las cosas no van a acabar bien conmigo. Si unas simples palabras me dolieron y eso que no somos nada, no quiero imaginarme más adelante cuando ya me tenga en sus malditas redes.

Salgo y me pongo la pijama. Me muero de hambre y tengo un montón de sueño; solo quiero bajar a comer y luego subir a acostarme a jugar algún videojuego en mi celular hasta quedarme dormida.

André ni siquiera se ha molestado en responderme las llamadas, ¿pero cómo puedo culparlo si la mentirosa soy yo? Me siento como la peor persona del mundo por todo lo que me está pasando y por lo que estoy haciendo.

Salgo de la habitación y cuando bajo al comedor me encuentro con Aedion y Andrea, ambos están en sus respectivos lugares, pero eso me arruina la noche de todos modos.

Ellos posan su mirada en mí y callan. ¿Se estaban diciendo las cosas que más aman uno del otro? Los miro mal, me doy media vuelta cuando no veo comida en la mesa y camino a la cocina.

Me duele el pecho y realmente quiero llorar por todo lo que ha sucedido estos días. Estoy siendo demasiado sensible.

Abro el refrigerador y saco leche para servirme un plato de cereales. Me siento frente a la barra y mientras como saco mi celular y llamo a André.

—Hola —responde al tercer pitido.

—Pensé que no ibas a contestar —admito.

—Solo quiero que me entiendas —suspira—, no planeo terminar contigo.

—Sí, te entiendo.

—Estuve tan preocupado estos días que hasta llegué a pensar cosas que no eran muy agradables.

—No va a pasarme nada nunca, amor.

—Me refiero a que hubo un momento en el que estuve muy celoso, Anna. —Me quedo en silencio—. No vayas a culparme, cualquier novio pensaría igual de su novia si se va a otro país y no le responde el teléfono por casi cuatro días.

—Lo siento —digo sinceramente y los ojos se me llenan de lágrimas—, de verdad estuve

muy ocupada.

Guarda silencio unos segundos y luego lo escucho suspirar.

—¿Estás bien?

«No».

—Sí.

—¿Cuándo volverás?

—No estoy segura.

Es agotador, triste y difícil tener que mentirle a André.

—Está bien —me quedo muda—, tengo que ir a clases —había olvidado el cambio de horario —, te quiero.

—Yo también te quiero.

Cuelga la llamada y siento alivio al saber que ya me quité un peso de encima. No lo siento igual a siempre, pero es cuestión de unos días para que se le baje un poco el coraje.

Termino de cenar y me voy a acostar. Hoy no fue un buen día, pero tengo esperanza de que mañana sí lo sea. Así que me duermo pensando en el maldito karma que está llegando a mi vida poco a poco.

CAPÍTULO 20

El ángulo

Angeline

Camino dentro de uno de los mercados de Grecia. Las cosas que venden son para turistas y quiero comprarme la mayoría, como las pañoletas, pulseras y adornos para el cabello. Me molesta no traer dinero, como ahora, ya que todo es tentación para mí y a veces soy compradora compulsiva.

—¿Puedes dejar de pararte en cada puesto? —Efraín se queja a mi espalda.

Estamos en Atenas. Hemos venido a espiar a Vladimir, pero ahora tenemos que ser más sigilosos porque ya nos conoce, en especial a mí. Traigo una peluca rubia, una pañoleta en la cabeza y unos lentes de sol, además de que tuve que meterme en lugares como estos, que están repletos de gente.

—Es para entrar más en la actuación.

Me paro frente a un puesto y tomo unos lentes de sol con detalles morados.

—¡Mira qué bonitos! —exclamo y me los coloco para mirarme en uno de los espejos.

—Están lindos —dice irritado.

Los dejo en su lugar porque no tengo efectivo y sigo mi camino haciendo un puchero.

Llegamos a una zona donde hay pequeños restaurantes, nos metemos a uno que tiene mesas afuera y pedimos bebidas.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Solo tenemos que esperar a que Vladimir salga —le explico.

Sentarnos aquí ha sido parte del plan. Vasiliás se encuentra en el edificio que está a unos metros de nosotros, tenemos que avisarle a Aedion y Raymond cuando salga y ellos harán lo demás. Yo no puedo acercarme tanto porque seguro va a reconocerme, así que el secuestro lo harán los otros.

—No, me refiero a que qué ocurre contigo. —Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Has estado rara estos últimos días —explica—. No actúas como la misma de siempre, te siento forzada.

Es increíble que Efraín lo note, nadie lo había hecho. «O solo estás siendo demasiado obvia».

—No me he sentido como la misma —confieso—, tengo problemas.

Cinco días han pasado desde aquel día en la playa y mi situación no parece mejorar. Traté de echarle la culpa a las hormonas, ya que al día siguiente me vino la regla, pero ni yo misma me lo creí.

—¿Qué pasa? —pregunta—, ¿o vas a decirme que no me tienes confianza?

Tal vez sea eso. Necesito sacar lo que tengo en el pecho y que me den un consejo. No tengo con quien desahogarme, antes lo hacia con André, pero es claro que ya no puedo hacerlo.

—Confío en ti —lo señalo y me sonrojo por lo que voy a decir—. Tengo novio, su nombre es André —suspiro—, no es un novio de un rato, ya llevamos años, pero...

—¿Te engañó? —pregunta, interrumpiéndome.

—Él no, pero yo sí —arquea una de sus cejas.

—Y te sientes culpable —asiento—. ¿No te has puesto a pensar que quizá estés aburrida y por eso hiciste lo que hiciste? —se deja caer en el respaldo de la silla.

—André es la clase de chico que toda mujer quiere tener —explico—. Es atento, amable, lindo y respetuoso. ¡Jamás le he descubierto una mentira! —me mira con una sonrisa divertida —, ¿qué? no te rías, te estoy contando algo serio.

—Lo siento, es que no te imagino con un chico así —se ríe y lo miro mal—, no me mal entiendas, es solo que tú carácter y humor no quedan con alguien así.

—Gracias —ironizo.

—Sigue contándome sobre él —me hace un ademán con la mano para que prosiga.

—Es un chico bueno en todos los sentidos, pero...—me interrumpe.

—No es suficiente.

—Sí —suspiro—, cuando conocí al otro chico algo cambio, algo en mi despertó y ahora a André le hacen falta cosas.

—¿Quién es el otro? —me quedo muda, mirándolo sin saber si decirle o no.

No tengo miedo a que me juzgue, pero me da vergüenza tener un amante. Sé que Efraín apenas me conoce, pero el hecho de tenerlo me hace sentir como si me hubiera fallado a mí misma. Es algo que siempre creí que nunca haría.

—Si llegas a decir algo él seguro te arranca la lengua —advierto—, es Aedion —su cara amargada se transforma en una sorprendida y sonríe.

—¿Aedion Lorcan? —pregunta en un susurro, mirando a nuestro alrededor.

—Sí.

—No debería sorprenderme —hago un mohín—, toda chica se muere por estar con él, pero ¿tú? —otra vez lo miro mal—. Ok, no es como quería decirlo, pero a lo que me refiero es que... ustedes no se quieren.

—Da igual, el punto es que nos acostamos...más de una vez —confieso— Y fuera de que me sienta mal por hacerle este tipo de cosas a André, creo que lo que tenemos me gusta de más.

—He ahí tu error.

—No tienes que repetírmelo, eso ya lo sé.

—Estás en medio de un triángulo.

—Ni siquiera debería estarlo —la sangre me hierve al recordar lo qué pasó en la playa—, es más, creo que ya no lo estoy.

—¿Y eso es por...?

—Porque Aedion me mandó a la mierda —miro hacia otro lado—, prefirió a Andrea en vez de a mí.

Siento una presión en el pecho y suelto un largo suspiro para no dejar salir las lágrimas.

—Aedion no es bueno para ninguna chica, menos para ti —lo miro y sonrío—. Mejor quédate con el bueno.

—Ese es el problema, que creo que el bueno tampoco quiere estar ya conmigo.

André ya no me habla normal, ya no se molesta en preguntarme cómo estoy y siempre busca pretextos para terminar antes la llamada.

—Bueno, pues estoy yo —me hace reír—. Eres una chica fuerte que no necesita de nadie, pero si es que acaso necesitas a un hombre de vez en cuando, puedes usarme.

Ambos reímos y platicamos un rato más. Él trata de evadir los temas donde Aedion y Andrea salen y trata de distraerme, contándome cosas sobre él o haciendo chistes sobre cualquier cosa.

Efraín es un buen amigo y un buen chico. Muy callado cuando recién lo conoces, pero luego

que agarra confianza es divertido.

—Ahí está —interrumpo al rubio, el cual me está contando sobre sus chocolates favoritos—. Va saliendo —informo por el auricular a los demás.

Vladimir camina fuera del edificio junto a cuatro escoltas, tiene el teléfono pegado a la oreja y parece no prestar mucha atención a su alrededor. Va vestido con una chaqueta de piel, pantalones negros y tiene unos lentes de sol en la cabeza.

Sigo diciendo que es muy lindo.

Efraín deja un par de monedas sobre la mesa y me acomodo los lentes y la pañoleta, entrelazo mi brazo con el de él cuando nos ponemos de pie y comenzamos a caminar con dirección al objetivo. Quisiera rezar para que no me reconozca, pero tengo que estar atenta a la matrícula del auto al que va a subir.

—La matrícula es NIO 8762 —hablo bajo mientras miro de reojo al objetivo.

—Copiado —dice Lucian.

Damos la vuelta una vez que llegamos a la esquina y nos subimos rápido al auto que se nos dio. Efraín lo enciende y se pone en marcha para dar la vuelta a la manzana, y mientras lo hace me quito todos los accesorios.

—Voy a cambiarme —le aviso.

Me quito la blusa y la cambio por otra otra de manga corta, me quito el pantalón y me coloco un overol de mezclilla. Tengo que cambiar de vestuario.

Me coloco solo los lentes de sol y me acomodo la peluca rubia.

Saco de debajo del asiento la tableta que me dio Lucian y comienzo a hacer los pasos que me dijo para mirar la ubicación de todos.

Stefan está a unas cuantas calles en el techo de un local y Aedion está en un auto junto a Maksim esperando lo mismo que nosotros.

—El objetivo está en movimiento —«esa es la señal».

La camioneta de Vladimir aparece frente a nosotros y Efraín sujeta el volante mientras intercambiamos como podemos el lugar. Ahora soy yo quien queda al mando del auto.

—Estoy a dos autos detrás de ti —la voz de Aedion suena por el auricular.

Miro por el espejo retrovisor y en efecto, ahí está. Acelero y me atravieso a propósito frente a la camioneta, chocando levemente a otro auto. El auto chocado frena y ahora ambos carriles quedan bloqueados, dejando a Vladimir sin salida. «Perfecto».

Me bajo y comienzo a pedir perdón, poniendo mi mejor cara de preocupación. Dos de los hombres de Vladimir bajan y se acercan a mí.

Miro detrás de ellos y visualizo a Aedion, el cual ya tiene su Beretta en mano. Uno de los hombres llega hasta a mí y sigo con la actuación hasta que de verdad está muy cerca, entonces saco mi arma y le disparo en medio de las cejas. La gente empieza a gritar y a correr cuando el sujeto que también bajó es atravesado por la bala que le dispara Efraín.

Otro escolta baja de la camioneta con ametralladora en mano y, antes de que pueda disparar, su cráneo es atravesado por una bala de francotirador de Stefan. Camino a la camioneta lo más rápido que puedo y me agacho cuando comienzan a disparar desde dentro y una de las balas me da en el brazo. Grito del dolor, pero inmediatamente ignoro eso y me enfoco en el momento. Me asomo un poco por uno de los lados y me topo con la mirada de Aedion dándome instrucciones de que permanezca en mi sitio.

La camioneta se enciende y abro los ojos cuando la adrenalina llega al tope y mi cabeza repite una y otra vez que esta misión debe de ser un éxito «y que si acelera puede lastimarme más». Antes de que pueda procesar las cosas, mi cuerpo se pone de pie y acciona, disparando el

hombro del conductor, provocando que suelte el arma y que me dé tiempo para arrebatársela.

Aedion hace lo mismo con la persona que viene detrás, pero a este sujeto sí le dispara hasta matarlo. Mi mirada se encuentra con la de Vladimir y no me da tiempo de decir nada ya que Andrea llega con Raymond y Aedion baja a rastras a Vasiliás hasta subirlo al auto de los mencionados.

Corro al auto con Efraín y me subo rápidamente para que pueda arrancar y despejar el paso.

—Déjame ver —ordena Clara.

Me quito del brazo el vendaje que me hice con un pedazo de blusa y gruño del dolor cuando Clara me toma el brazo y comienza a revisar la herida sin ningún atisbo de compasión.

—Tienes la bala adentro, voy a tener que sacarla —«me lo temía»—. Considérate con suerte, pudiste haber perdido el brazo.

No digo nada, solo me quito la blusa sin alzar mi brazo lastimado y me la coloco entre los dientes.

Esto me va a doler como la mierda. Jamás me habían disparado con una bala de verdad, solo con simuladores, pero cada vez que llegaba a ese entrenamiento con Melissa me daba terror y siempre evitaba que me disparara. Ahora sé que su maldito método funcionó, de lo contrario me hubiese retorcido hace un rato del maldito dolor y me hubieran matado ahí mismo.

Pero la curación de una bala se mira todavía peor. «Espero no desmayarme».

—Mira hacia otro lado para que no entres en pánico —me dice.

Obedezco, pero a los dos segundos ya tengo la mirada otra vez en lo que va a hacer. No me da miedo la sangre, el dolor sí, por eso va a ser peor si miro hacia otro lado y no veo lo que va a pasar a continuación.

—¿Cómo te hiciste esto? —pregunta, mientras acomoda mi brazo.

—Me dispararon desde dentro de un auto.

—Esto te va a arder —advierte y no me da tiempo a responder porque avienta alcohol sobre la herida. Muerdo el pedazo de tela con todas mis fuerzas, pero eso no calla mis quejidos—. Ya va a pasar, mejor dime, ¿de dónde eres?

—Los Ángeles —respondo entre dientes.

Mierda, duele horrible, jamás quiero volver a pasar por esto.

—¿En serio? Tienes rasgos de otro lado.

Toma una gasa y me la pasa alrededor de la herida para limpiar la sangre que sale.

—Mi mamá es de Noruega, mi abuela de Italia y mi padre y abuelos paternos de Washington —le cuento y entro en pánico cuando saca una aguja.

—Tu mamá tiene ser muy bonita como tú, las chicas de noruega son siempre muy hermosas —le medio sonrío—, voy a ponerte anestesia para que no sientas cuando saque la bala —asiento.

Inyecta a un lado de la herida y eso también dolió como nunca. Odio ser tan quejumbrosa frente al dolor.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta de nuevo.

—Casi diecinueve.

—Eres todavía muy pequeña —niega con la cabeza mientras prepara una bandeja—, mi hija a tu edad se preocupaba solo por el vestido que iba a usar en su graduación.

Sonrío y ella tantea mi brazo, al ver que no me quejo se acomoda y sin preámbulos toma las pinzas para sacar la bala.

—Quizá vaya a doler, pero no como debería —asiento—, respira hondo.

Obedezco y ella mete las pinzas. El dolor sigue siendo fuerte y los próximos minutos me la paso mordiendo con fuerza la tela de mi blusa rota. Sabía que algún día iba a pasarme algo así, era de ley, así que no puedo quejarme si ya sabía las consecuencias de estar en medio de sicarios, mafiosos y malditos psicópatas. Clara me cose la herida y creo que eso es lo peor de todo lo anterior, gracias a dios no es tan grande el agujero y no tiene que dar tantas puntadas, pero ya me dijo que me quedará una cicatriz de todos modos.

Mi primera marca de guerra.

Suena estúpido, sin embargo trato de darme ánimos.

—¿Cómo estás? —pregunta Efraín cuando entra a la habitación.

Viene con Nolan, el cual está comiendo frituras.

—¿Cómo crees tú?

Se sienta frente a mí y me sonríe con diversión. «Solo a él le parece gracioso esto».

—Pude morir, ¿sabes? —le digo, mientras Clara me venda el brazo.

—Tú fuiste la que se arriesgó —lo miro mal—, yo claramente te dije ayer que no hicieras cosas estúpidas y mírate, prácticamente te paraste frente a la camioneta como si fueras supermán.

—¿Y qué tenía que hacer?

—Agacharte o cubrirte en algún sitio.

—¡Lo hice!

—Pero muy tarde —se mete Nolan.

—Váyanse a la mierda los dos entonces —gruño y Efraín me empeora el humor cuando sonríe con más diversión.

—No te enfades.

—¿Ahora quieres arreglarlo?

—Te estoy molestando, niña —dice mientras se acerca y acaricia mi mejilla con suavidad—. Solo asegúrate de ser más rápida la próxima vez.

—No me toques, ponzoñoso —le doy un manotazo con la mano lastimada y Clara me regaña.

—No debes hacer esfuerzo con esa mano o se podrán abrir los puntos y tendré que volver a coser —me advierte.

—Gracias, señora Clara —le sonrío amable.

—Para ti soy Clarita —me acaricia la mejilla y sonrío todavía más al igual que los chicos.

—¿Yo también puedo llamarla así? —bromea Nolan.

—No —responde seca.

Miramos a Nolan con ganas de reír y él voltea los ojos. Giro la cabeza cuando escucho la puerta abrirse y siento ganas de encogerme cuando veo entrar a Aedion.

—Vayan a cuidar que el idiota no trate de escapar —les ordena a los chicos.

—Suerte, ponzoñosa —Efraín me acaricia el cabello antes de comenzar a caminar con Nolan detrás.

Y ahora supongo ha venido a tratar de humillarme todavía más. Como si el día de la playa no hubiese sido suficiente con rechazarme e irse con Andrea.

—No debe hacer esfuerzos por al menos una semana —le dice Clara—. Háganme caso o su herida podría empeorar.

«Sal de aquí».

Aedion no responde y lo único que hago es hacerme tonta mirándome la venda. Clara desaparece de mi campo de visión y no me giro para verla salir, solo me quedo en mi sitio

esperando lo que viene.

«Vete», repite mi subconsciente, pero no tendría caso marcharme si sé que va a detenerme.

—¿Estás consciente de lo que hiciste? —Ruedo los ojos cuando se para frente a mí.

—Salvé tu misión —le digo—, si no hubiese sido por mí, probablemente Vladimir estaría suelto o alguien ya hubiese muerto.

—No —me señala—. Arriesgaste tu vida y arriesgaste todo lo demás, porque si hubieses muerto todo se habría ido a la mierda.

—No digas tonterías —contraataco—, jamás te hubieses detenido por mí —afirmo.

Se me queda mirando con rabia y lo miro de la misma manera. Se acerca con aire amenazante y su mano aprieta mis mejillas.

—Si vas a morir va a ser porque yo lo quise así. Mientras, me rehúso a que alguien más lo haga —gruñe y me suelta—. Deja de hacer estupideces, estás hablando de tu puta vida y no de cualquier otra cosa.

Sus palabras y la manera en cómo me tomó la cara me hacen apretar las piernas cuando siento que me mojo. Debo salir de aquí, me rehuso a pensar así de él.

—Un gracias hubiese sido más lindo.

—Yo no hago ni digo cosas lindas.

—Ya lo noté —me bajo de la camilla y doy media vuelta para empezar a caminar.

—¿Quién te dijo que podías irte? —pregunta y me hace frenar en seco.

Me giro y lo miro.

—¿Qué más tienes que decir?

—¿Qué le pasó a tu blusa?

—Está rota —apunto con la cabeza hacia los pedazos de tela manchados de sangre.

Mi corazón, mi mente y las ganas quieren gritarle que venga y aproveche que estoy solo con el sujetador puesto, pero mi orgullo y cerebro me piden irme, y a ellos los declaro ganadores de cualquier situación.

—Pues ponte otra. No me gusta que mis soldados sean exhibicionistas —me mira de arriba abajo y me doy media vuelta.

«Soldados».

—Pendejo... —susurro y salgo del laboratorio.

Camino hacia mi cuarto, en el transcurso me encuentro a los chicos hablando en el comedor, pero ni siquiera me freno a decirles algo. No quiero hablar con nadie, me duele la cabeza, el cuerpo, y lo que menos quiero es toparme con gente como Andrea que sé que hará comentarios que no me van a gustar y que probablemente terminen en un problema grande.

Subo a la habitación y cierro la puerta, me deshago del overol y entro a darme una ducha. Sé que no puedo mojar la venda así que tiene que ser un baño rápido y sin mojarme el brazo, no tengo idea de cómo le voy a hacer, pero tampoco quiero quedarme así.

Sé que no reaccioné rápido y que merezco ser regañada; no me gusta, pero son las consecuencias de mis acciones. Sin embargo, me molesta que el regaño venga de ella. No me gusta admitirlo, pero tocó mi ego, y eso sí que no se lo voy a perdonar tan fácilmente. Ahora, cada cosa que hace o dice me pone de mal humor.

Mi teléfono suena y cierro la llave del agua, estiro la mano y contesto, es André.

—Hola, amor —le digo y lo pongo en altavoz.

—¿Qué estás haciendo?

Últimamente es lo primero que me pregunta cuando respondo. Su actitud no es la misma y sospecho que está celoso de algo.

—Voy saliendo de bañarme.

Presiono el botón para hacer videollamada y él acepta. Es la primera vez que hago sexcam, ojalá esto logre ponerlo de mejor humor y también a mí.

Narrador anónimo.

Contemplo las fotos que le han tomado a la fiera que solo me he permitido apreciar una vez de cerca. «Es hermosa», siempre me ha parecido una princesa.

A mi mente llega el recuerdo de aquella noche cuando la vi por primera vez, la misma noche en que me juré encontrarla y tenerla para mí.

—¿Sigues con eso? —pregunta Kenzie sentándose frente a mí.

—¿Celosa? —inquiero y me detengo en una de las fotografías.

Vestido rojo, cabello color noche, piernas esbeltas, labios carnosos...ella lo tiene todo.

—¿Por qué estaría celosa de ella? Soy todavía mejor —dice, y le doy una mirada rápida a la mujer que tengo enfrente.

Kenzie era rubia y demasiado delgada, pero en cuanto descubrió que había encontrado a la mujer de mis sueños quiso parecerse a ella. Ahora es pelinegra y se aumentó los senos. «Si supiera que nunca se pareció ni se le parecerá».

—Claro —Sonrío.

—No juegues conmigo, puedo matarla en cualquier momento.

—¿Eso ha sido una amenaza? —inquiero y elevo una ceja.

—No, solo es una advertencia.

—Tus celos podrían causar tu muerte —me pongo de pie y me le planto enfrente—. Además, estás muy segura de ti, ¿o no? No te sientas amenazada —acaricio su mejilla.

Su respiración es pesada y eso solo significa que está furiosa. «Me da igual» que se siga creyendo importante, a fin de cuentas, cada quien se va a poner en el lugar que le corresponde.

—Solo la soporto porque ella me llevará a Aedion —respira hondo—, pero que no me colme la paciencia o explotaré.

—Y cuando explotes seré yo quien te mate, linda.

Me mira con ojos de odio y se da la media vuelta para luego salir. Jacinto entra al mismo tiempo y se para en el marco de la puerta con las manos a los costados.

—¿Me necesitaba? —pregunta.

—Manda esto a la familia Mikaelson —señalo la caja que está sobre mi escritorio.

—Sí —se acerca para tomar el paquete—. Me retiro.

Sale sin decir más y me quedo en mi oficina pensando en lo que haré con Angeline una vez que la tenga dentro de mis tierras.

CAPÍTULO 21

Términos y condiciones

Angeline

Camino por los pasillos de la mansión mientras escribo mensajes de texto para André. Hace un rato hicimos una videollamada, y logré ponerlo de buen humor, justo como quería. Yo también lo disfruté, aunque no exactamente como me hubiera gustado... pero estuvo bien. Sueno como una maldita “fuckgirl”, lo sé, pero supongo que eso es lo que él quería y lo que lo tenía de tan mal humor. Un hombre siempre tiende a desesperarse más rápido cuando lleva mucho tiempo sin intimidad, y lo entiendo, de verdad que entiendo su frustración. La diferencia es que aquí, la más difícil de satisfacer soy yo.

¿Qué ocurre conmigo? Me he hecho esa pregunta tantas veces que ya no encuentro excusas para tapar todo lo malo que hay en mi relación con André. Yo fui quien comenzó las infidelidades y ahora ya no parece complacerme nada de lo que hago con él. Nuestra primera vez no fue lo que esperaba y el sexcam tampoco lo fue. ¿Qué necesito?

«Sabemos cuál es la respuesta, Angeline».

Odio que él sea el motivo de que mi relación amorosa se haya puesto patas arriba.

André se despide de mí y guardo mi celular. Voy con dirección al comedor, donde Maya, Lucian y Efraín están intentado abrir la caja fuerte que encontré hace unos días debajo de la cama de Vasiliás. Maya había dicho que era sencillo abrirla, pero parece que no es así.

Paso por la habitación del tatuado y me freno a unos metros de distancia cuando la idea de ir a buscarlo me carcome la cabeza. Me planto frente a su puerta y muerdo mi labio, dudando en si debería hacerlo. Si lo hago sería rebajarme a todas aquellas chicas a las que él está acostumbrado a que le rueguen. ¿Yo soy así? No, claro que no... ¿cuándo he ido detrás de un hombre?

Me doy media vuelta y comienzo a caminar. Apenas doy unos pasos cuando la puerta se abre y me hace girar. El corazón se me acelera como loco tras imaginar que Aedion logró ver lo que iba a hacer, pero mis ilusiones se rompen en pedazos al no solo verlo a él, sino también a Andrea. Mis ojos viajan a la piel de la rubia, la cual permanece semidesnuda, y siento una presión en el pecho parecida a la que sentí en la playa.

Mis ojos se encuentran con los del tatuado y no soy capaz de sostener su mirada. Camino tranquilamente hacia donde hace unos segundos estaba por ir y respiro profundamente para calmar los malditos celos que me están consumiendo.

Estuve a punto de ser humillada todavía peor. ¿Qué hubiese pasado si tocaba la puerta y Andrea me abría? Mierda, probablemente hubiese actuado de manera poco madura y se me hubiera escapado algún mal comentario.

Detesto que ella esté con él, me desagrada, me molesta, me enferma. No me gusta sentirme así y menos por él, no puedo controlarlo y creo que eso me molesta todavía más.

Entro al comedor y me dejo caer junto a Efraín.

—Hola —saludo y trato de fingir que estoy bien.

No quiero contagiar a nadie con mis malas vibras.

—Hola —saludan los dos hackers y Efraín solo se limita a mirarme.

—¿Qué? –le pregunto.

—Nada —responde y pone atención a lo que Lucian y Maya hacen.

—¿Por qué no lo rompen? —les pregunto, tomando la caja entre mis manos.

—Qué buenas ideas das, no lo habíamos pensado —me dice Ef y lo miro mal.

—No lo hacemos porque se puede romper lo que trae adentro —explica Lucian.

No digo nada más. No sé mucho sobre tecnología y supongo que todo lo que se me ocurra ellos ya lo habrán intentado o sonará muy tonto, así que solo me quedo mirando lo que hacen mientras que Ef hace chistes sobre Lucian.

Andrea no sale de mi cabeza y lo único que hace es darme jaqueca.

—¿Vas a contarme o voy a tener que preguntarte qué ocurre? —me pregunta Ef de repente, devolviéndome a la realidad.

—¿Qué ocurre de qué? —miento.

—¿Estás molesta por lo que me contaste en la tarde o por lo que dije hace rato cuando te sacaban la bala?

—Acabo de ver a Andrea semidesnuda con —Aedion se recarga en el marco de la puerta y ruedo los ojos—… con el hijo de puta que acaba de aparecer —termino la oración.

—Ven —Aedion me señala.

—¿Para qué? —le pregunto brusco.

—Para lo que sea, ven —vuelve a ordenar.

Achino los ojos y lo miro con mi peor mirada.

«No demuestres que te duele lo que hace», me digo y me pongo de pie. Salgo al pasillo con él y me le quedo viendo en cuanto cierra la puerta.

—Calma tu actitud de mierda o te mando con tu padre —amenaza y eso me hace sonreír.

—¿Mi actitud de mier... —Me quedo a medio pelear ya que me extiende una caja—. ¿Qué es esto? —pregunto y la tomo.

—Ábrelo —lo miro dudosa.

Abro el paquete y me quedo muda y atónita al ver lo qué hay dentro.

Coco Channel de 1984.

—Me llegó el segundo día que llegamos aquí pero como no nos hablamos no te lo entregué.

—¡No! ¡no! —le entrego la caja con el perfume dentro y comienzo a caminar hacia el lado contrario de donde está—, no vas a chantajearme con regalos. —Me doy media vuelta y lo señalo.

—Es un puto regalo, ni que fuera la gran cosa.

—Para mí lo es, ¿no lo ves?

—¿Qué? —inquiere.

Me dan ganas de estrangularlo.

—Me sorprende que no seas inteligente en esto —sonrío cínica—. ¿Qué es lo que quieres? —me acerco a él y doy un largo suspiro cuando no me responde.

—¿Por qué estás tan enojada? —cambia el tema y eso me saca de quicio.

—Te fuiste con otra y no conmigo.

—¿Vas a ponerte en ese plan como todas? —lo miro con desprecio—, ¿cuándo dije que fueras mi novia? ¿O es que acaso te di el poder de mandarme y decirme con quién puedo acostarme y con quién no?

—Te molestaste cuando Vladimir me tocó y te molestaste aún más cuando te dije que me acosté con André, ¿tengo que recordarte que empezaste siendo tú el maldito tóxico? —contraataco—. Aquí son unas con otras, pero no puedes respetar ni siquiera eso.

—No eres nadie para ponerme condiciones.

—¿Pues qué crees? ¡Que tú tampoco! —Le sonrío en la cara.

Ya no responde y yo tampoco digo nada. Doy un paso atrás y me quedo quieta.

Mi cuerpo está temblando de la impotencia, el nudo en la garganta también está presente y

por más que quiera mandarlo a la mierda no puedo. Espero que me diga algo diferente a lo que creo que dirá y esa es la razón por la que sigo aquí.

—Tienes novio, Angeline —comienza a decir y lo miro—. Eres una maldita traicionera. —Siento que voy a llorar—. Todos te adulan y se enamoran de ti por tu belleza... pero no conozco a nadie que haya visto tu lado oscuro, irritable y prepotente, ni siquiera el mojigato que tienes como novio. Solo he sido yo y eso me gusta como no tienes idea. —Mis latidos se aceleran cuando se acerca y posa su mano en mi mejilla—. Grítame, vociferame, haz lo que quieras, pero no soporto que me ignores por días.

Sus labios impactan contra los míos y no me resisto. Extrañaba sus labios, su aroma, su esencia, su cercanía...Extrañaba la maldita forma en la que me hace sentir y tenerlo así me pone de una manera que solo cuando estoy con él puedo experimentar.

—No me pidas más de lo que te estoy dando ahora —dice contra mi boca. Su respiración está igual de acelerada que la mía—. No estoy listo para dar otro paso.

—¿Qué quieres decir? —se aleja un poco de mí y me mira a los ojos.

—Seamos solo amantes.

Sus palabras rozan mi corazón y no sé si llorar o aceptar. Esto va a terminar mal y estoy 100% segura de que voy a arrepentirme.

—¿Sin escenas tóxicas? —pregunto.

—Sin escenas tóxicas —afirma—, solo para calmar las ganas.

—No creo que esto vaya a terminar bien.

—No pasará nada, es solo sexo —de nuevo aquella horrible sensación en el pecho aparece—. Esto acabará cuando terminemos la misión y decidas si quieres seguir aquí o irte a casa.

—¿Esas son las condiciones?

—Sí —contesta—. Considérate con suerte, no le doy a nadie el privilegio de seguir conmigo luego de escenas como las que haces diario.

Ya va a empezar.

—Está bien —acepto—, pero quiero agregar una condición más.

Acepto, pero él no se va ileso.

—Supongo que no tengo otra opción —suspira y se cruza de brazos.

—Invítame a citas de vez en cuando —una sonrisa aparece en su rostro—, llévame mínimo a comer a un restaurante.

—¿No entendiste que esto solo se basará en sexo?

—Sí, pero quiero darle pasión al asunto —su sonrisa se ensancha más.

—Las relaciones vainilla no son mi tipo.

—Muy tu problema —sonrío—. Pero no creas que voy a dejarme coger nada más así por que sí.

Miento, sí me dejaría.

Pero esto de caer tan fácil ya se me está haciendo costumbre y es momento de poner límites.

—Está bien, pero ya deja de exigir. —Sonrío internamente.

Se acerca a mí para volver a besarme, pero yo me hago a un lado. No quiero besarlo o acostarme con él si acaba de hacer lo mismo con Andrea.

—Hoy no pasará nada —le digo.

Acepté no hacer escenas «tóxicas» y es lo que estoy haciendo. No le diré nada, pero tampoco voy a hacer algo si no me siento cómoda, así que no.

Me mira con fastidio y toma la caja que antes me había dado.

—Llévate esto entonces —me la arroja y la atrapo.

Se da media vuelta y entra a donde yo me encontraba antes. Me voy yo también, y cuando entro a mi habitación me acuesto en la cama. Saco el perfume y lanzo un poco al aire para oler el delicioso aroma que tanto me encanta.

La actitud de Aedion a veces me confunde, es alguien muy bipolar y hay veces en que es muy difícil saber lo que piensa o lo que quiere. No digo que yo no sea alguien complicada, pero yo no voy por ahí diciéndole cosas lindas y profundas, regalándole ropa cara y su perfume favorito para luego hacerlo sentir como mierda dándole en su ego.

«¿O quizá hice algo de lo que no me he dado cuenta?». Aún así no tiene derecho de tratarme como si fuera su puto juguete.

Estoy segura de que eso de tener momentos vainilla no lo va a cumplir y mientras no lo cumpla entonces no habrá nada, aunque mi cuerpo y mente anhelen tenerlo cerca.

Estoy temblando en la cuerda floja y siento que en cualquier momento caeré por Aedion, pero si llega a pasar eso me lo quiero llevar a él también porque estoy segura de que el día que yo caiga a él no le importará.

—¿Y quién crees que haya sido? —me pregunta Efraín, mientras mastica un pedazo de panqueque.

Le he contado sobre lo que le ocurrió hace unos días a mis hermanas. No he dejado de pensar en cómo están y no he dejado de llamarles cada vez que puedo. Ellas están bien pero no me quito de encima el hecho de que estuvieron en peligro por mi culpa.

—No tengo idea. Me he estado matando pensando en quién pudo haber sido.

—No es posible que no recuerdes a quiénes tienes de enemigos —me dice.

—Mis padres tienen enemigos y es por ellos que quieren matarnos a nosotras —le explico—, pero yo nunca he tenido a un enemigo directamente.

—Presta más atención.

—Nunca le he hecho algo tan malo a alguien como para que quiera secuestrarme —me quedo muda, analizando mis palabras—, o quizá si —digo, recordando que Aedion ya me secuestró una vez.

—Definitivamente sí, de lo contrario, esto no te estaría pasando.

—A veces soy muy mala, ¿verdad? —hago una mueca—. En lo que llevas conociéndome... ¿me consideras alguien cruel?

—No cruel, pero eres una sociópata —pongo los ojos en blanco—. Es en serio, cumples con cada una de las características.

—¿Debería estar en un manicomio?

—No, solo debes aprender a manejar tu forma de ser.

Iba a decir algo, pero una silueta en el marco de la puerta nos interrumpe. Es una chica bajita, de cabello castaño, vestida con una falda larga y una blusa holgada.

—El amo quiere verla —dice con la cabeza gacha.

«El amo» … Eso ya lo había escuchado antes.

—¿Aedion? —le pregunto solo para confirmar.

Hay dos Lorcan en esta casa, no sé a quién mierda se refiera. Ella asiente con un movimiento de cabeza y me pongo de pie para seguirla,

—Te cuento luego —le digo a Ef antes de salir y seguir a la chica.

No puedo creer que haya alguien en el mundo que lo llame así. Eso es pasarse, al menos para mí es como una humillación a la chica.

Entramos a la habitación de Aedion y me quedo junto a la chica cuando lo veo. Trae un

pantalón de vestir y la camisa negra a medio abotonar. ¿Por que siempre se verá sexy? Es que tiene ese don de ponerse lo que sea o estar como sea y siempre verse bien.

—Aquí está la chica —dice cabizbaja—. ¿El amo está satisfecho? —Pongo los ojos en blanco.

—Sí, retírate —le dice y la chica no dice más, solo da media vuelta y sale cerrando la puerta.

—Una vez dijiste que habían educado a las chicas para que te llamaran «amo», creí que era broma.

—No —dice simple.

—¿Vas a educarme igual a ellas? —bromeo, subiendo y bajando las cejas pícaramente.

Se acerca a mí y posa sus manos en mi cintura.

—Quizá algún día —dice y sonrío.

—¿Para qué me llamaste? —cambio de tema.

—Hoy saldremos tú y yo —dice y lo miro con total asombro—. Ese era el trato, ¿no?

—Creí que no lo cumplirías. —Me acerca todavía más a él de un jalón.

Inclino mi cabeza hacia arriba para poder mirarlo. Me encanta que sea muy alto.

—Yo sí tengo palabra —quita mi cabello de mis hombros—. Compré un vestido para ti, tienes dos horas para arreglarte.

—¿A dónde vamos?

—Solo debería importarte que estoy cumpliendo con las jodidas citas —dice y comienza a arreglar las mangas de su camisa.

—Ok —me encojo de hombros y me alejo de él.

—¿A dónde vas? —pregunta sosteniéndome del brazo—. No dije que te fueras —me jala hacia él quedando como hace unos segundos.

—Dijiste que tengo dos horas —acerca su cara a mi cuello y deposita besos en él—. Si sigues así tendré menos tiempo.

—Por favor, Liebe —dice cerca de mi oído.

Toda mi piel está erizada desde que entré aquí, mi autocontrol está tambaleando y creo que no voy a soportar más no caer ante sus caricias.

—Espera hasta el final de la noche.

Acerca su boca a la mía y le doy un corto beso.

—¿Quieres matarme? —se enoja.

—Va a valer la pena —aseguro y me voltea los ojos.

La puerta es golpeada suavemente y ambos nos soltamos, poniendo distancia. Se acerca a la puerta y abre de mala gana, lanzándole a la persona que tocó una mirada que no quisiera que se posase en mí.

La chica entra cabizbaja y aprovecho para escapar. Subo a la habitación y mi mirada se posa en la bolsa que hay sobre mi cama. La abro y la mirada se me ilumina al ver el hermoso vestido y tacones que vienen dentro.

El vestido es plateado y tiene mucho brillo. Me cambio sin pensarlo dos veces y quedo maravillada cuando me miro en el espejo. El vestido es entallado y me queda más corto de lo que había imaginado, creo que se ve bien, pero es muy provocativo; es un poco escotado del pecho y tiene una larga abertura en la espalda que termina justo arriba de donde comienza mi trasero.

La ropa que elige Aedion es de buen gusto, aunque siempre viene muy ajustada o muy corta, pero el detalle es lindo y no me quejo.

Me maquillo los ojos con sombras oscuras para resaltar mis ojos y el cabello me lo recojo en una coleta alta y lacia.

Todavía me sobra algo de tiempo, así que aprovecho para tomarme algunas fotos y enviárselas a André, diciéndole que saldré a cenar con Melissa. Respondo otros mensajes y cuando estoy en el chat de mis hermanas me llega un mensaje de Aedion.

Te veo en el yate ahora.

Son las nueve de la noche, a esta hora normalmente ya todos se encuentran encerrados en sus habitaciones y es el momento perfecto para salir sin ser vista.

Lo que menos quiero es que se hagan chismes y que mi familia termine enterándose.

Salgo de la habitación con los tacones en la mano para no hacer ruido y me los vuelvo a poner en la planta baja. Camino por el puente del muelle y visualizo el yate que se encuentra a la orilla. Un escolta me ayuda a subirme y en cuanto me adentro para buscar al tatuado el yate se pone en marcha.

El cielo se ha oscurecido y el sonido de las olas me relaja cuando por un breve instante me siento nerviosa por repetirme que lo que estoy haciendo está mal. Me recargo en la baranda y observo el paisaje que tengo enfrente.

Aedion

Parezco un maldito enfermo por lo que estoy haciendo, y no hablo solo de ahora, sino de estas últimas semanas que han sido un maldito desastre de emociones para mí.

Mirar a Angeline se ha convertido en una de las cosas que más disfruto. Observar cada uno de sus movimientos con meticulosa atención se ha vuelto una costumbre desde el día en que estuvo conmigo. No sé en qué momento ocurrió, pero ahora me doy cuenta de que es la primera chica a la que le he soportado todos sus desplantes y caprichos. No es propio de mí, ni algo que haya planeado, pero parece que mi carácter cambia automáticamente cuando ella está cerca, y eso… eso no me gusta en absoluto.

Suficiente cargo ya al saber que aquel día de la balacera del hotel todo se haya descontrolado por culpa de mi maldito carácter explosivo. ¿Desde cuándo el príncipe de la mafia roja falla en algo tan simple? Jamás en la vida me había pasado, siempre gano, estoy acostumbrado a salirme con la mía todo el tiempo, pero cuando la vi siendo manoseada por aquel pendejo no lo soporté y es realmente increíble que todo haya sido culpa de una maldita cría, porque es eso... ¡una maldita cría!

«Su sangre está maldita, a donde quiera que ella vaya siempre creará el más grande de los desastres y todos aquellos que estén a su alrededor caerán», recuerdo lo que me dijo Killian hace unos días. Siempre ha sido así y viendo las cosas creo que no van a cambiar, y no quiero terminar como todos.

«Pero entonces tienes que controlarte». Sí, tengo que… pero hoy no quiero hacerlo.

—¿Disfrutas la vista, mentirosa? —le pregunto y me acerco a ella.

—Sí, ¿y tú? —Su mirada me transmite burla.

«Me descubrió».

—Demasiado —acarició el escote de su espalda—. Creo que elegí un buen vestido.

Se ve mejor de lo que imaginé y eso me está volviendo loco. Tantos días sin poder sentirla me tiene mal y solo de verla así me hace querer babear y tocarla descaradamente.

—Si querías que todos babearan por mí creo que lo vas a conseguir.

—Comienzo a creer que quizá debas usar este tipo de prendas solo para mí. —Paso mi dedo por el escote de su pecho, dibujando la curva que hacen sus senos.

—¿Qué pasó con eso de los celos?

—No estoy celoso —le digo—, solo mataré a todo aquel que te llegue a mirar. —Sonríe con diversión.

Si supiera que no estoy bromeando seguro no sonríe.

—Te ves lindo —dice y ahora soy yo quien sonríe—, quizá yo también deba matar a todas aquellas que te respiren cerca.

—¿Es en serio? —Niega con la cabeza.

—Claro que no, es broma —se ríe—, no te ves lindo, te ves muy sexy.

—¿Quién te dijo que eras buena bromeando?

—No necesito que nadie me diga para qué soy buena y para qué no.

Me gusta cuando se pone así.

—¿Ah, sí? —No puedo más y la tomo de la cintura para acercarla a mí.

—Sí.

Voy a admitir que me gusta cuando se le sube el ego, solo algunas veces porque muchas otras me dan ganas de arrancarle la cabeza.

—¿A donde vas a llevarme? —me pregunta, posando sus manos sobre mi pecho.

—Vamos a uno de los clubs de Killian —respondo.

—Entonces sí es un buen lugar para ir con este vestido —se señala—. Por un momento creí que solo me hacías vestir así para tu conveniencia.

—De hecho, es así. —Acaricio con la yema de mis dedos toda su columna y la siento tensarse —. Quiero tener acceso a cada parte de tu cuerpo sin ningún problema.

Meto mi mano por el escote de su espalda, acaricio sus glúteos y juego con el elástico de su braga. «Es de hilo» mi miembro reacciona al instante, poniéndose todavía más duro, al grado de que comienza a doler.

—No hay recámaras en el yate —dice, con la respiración ya acelerada.

—¿Y qué importa? —haberme dejado como idiota hace un rato fue una, dos veces ya no vuelve a pasar.

—Arruinaré mi vestido y maquillaje —se excusa, pero puedo ver en su mirada que anhela lo mismo que yo.

—No te encariñes —saco mi mano de su espalda baja—. Ese vestido va a terminar roto y tu maquillaje quedará embarrado en la almohada. — Paso un mechón de cabello detrás de su oreja.

Ella toma mi mano y la vuelve a colocar donde hace unos segundos estaba. Estoy demasiado caliente, quisiera tomarla justo ahora pero no lo haría como tengo planeado hacerlo porque el viaje es muy corto.

—Entonces hay que... —la interrumpo.

—Esperar hasta el final de la noche —sonrío internamente al ver la cara que pone y me alejo de ella.

Esta será una larga noche.

CAPÍTULO 22

La primera cita

Aedion

Las luces neón están por doquier, los sillones de piel están llenos de parejas a punto de coger, la gente está bailando y mientras más avanzo más atraigo las miradas de todo el mundo.

El club de Killian es de los pocos que hay para los turistas. No solo ponen música griega, sino que varía el género y por eso es de los más llenos de gente.

Las chicas me miran con picardía y solo pocas se ganan mi atención, porque, si soy sincero, ninguna supera la belleza de la maldita bruja con quien vengo. Los hombres que están en este lugar seguro me conocen ya que ninguno me mantiene la mirada y tampoco se atreven a mirar a Angeline. «Idiotas de mierda», yo venía con ganas de matar a alguien y la excusa perfecta era que voltearan a ver a la cría insoportable que no para de contonearse cuando camina.

—¿Esto es de Killian? —pregunta una vez que entramos en la zona VIP y nos sentamos en uno de los sillones vacíos.

—Sí.

—Mi tía tiene un club también —comenta, a la vez que una mesera deja frente a nosotros una botella de champaña y dos copas.

—¿Se te olvida que nos vimos en él? —le pregunto.

—Creí que no lo recordarías —espeta, recargándose en el sillón con las piernas cruzadas.

Poso la mirada en sus piernas; su piel se ha bronceado con los días y se ve todavía más caliente que antes. No se cómo he soportado no haberla follado antes.

—¿Por qué no habría de recordarlo? —Le hago una seña a la mesera para que se acerque.

—Solo nos vimos como por cinco segundos. —Se encoge de hombros.

¿Cinco segundos? Angeline es tan despistada… Llegué a ese lugar buscando obtener alguna reacción por parte de su padre, pero me llevé la sorpresa de mi vida cuando la vi ahí, bailando y bebiendo sola. Cinco segundos no fueron y tampoco minutos, sus curvas siempre me han gustado y verla contonearse con la música me excitó al grado de tener que conseguirme a una chica para saciarme, pero no fue suficiente. Cuando se trata de ella nada lo es.

—Quiero una Margarita —le dice a la mesera y luego voltea a verme.

—Clavo oxidado—digo y la chica se va.

Su teléfono suena, ella lo saca y sonríe al mirar la pantalla, escribe algo y luego vuelve a guardarlo. La curiosidad se asoma y quiero preguntarle por que sonríe, pero me muerdo la lengua para no hacerlo.

—¿Qué? —pregunta.

—¿No has hablado con tu padre sobre quién esta detrás de lo de tus hermanas? —evado mis pensamientos.

—No, ¿tú sí? —pregunta.

—No —miento.

Me cuesta no meterme en sus asuntos y la verdad no tengo idea de por qué. Leonel habla conmigo y siempre me hace jurar que no le contaré nada de lo que ha estado pasando en su ausencia, así que no tengo porque decirle la verdad. Odio a su padre, pero soy un hombre de palabra y además tengo que ganarme su confianza.

—Estoy preocupada —dice y la mesera llega con las bebidas—. Creo que estoy tan lejos de descubrir quién es...

—¿No te has puesto a pensar que quizá sea alguien que no te odie? —su expresión me confirma lo que ya suponía—. Alguien que quizá quiera tenerte para otra cosa y no para matarte.

Saco un cigarrillo y lo enciendo mientras ella termina de procesar mis palabras.

—¿Alguien se arriesgaría tanto solo para tenerme? —su pregunta me hace querer sonreír.

«Ni se imagina de lo que uno seria capaz».

—No lo sé —le doy un trago a mi vaso.

Una canción que no reconozco suena por los altavoces y su expresión de preocupación se transforma en una de emoción.

—¡Me encanta esta canción! —Se pone de pie y me extiende la mano—. ¿Podemos bailar? —Sus ojos de corderito me remueven algo en el pecho.

—¿Qué truco es este, Angeline? —Dejo el cigarrillo sobre el cenicero.

—Ninguno —responde—, solo me muero por bailarle al hombre que viene conmigo. —Me hace sonreír y mi polla se endurece tras sus palabras—. A menos de que no quieras y tenga que ir a bailarle a otro… —Sacude la mano y me le quedo mirando a esos ojos de niña traviesa.

Le tomo la mano y dejo que me lleve al centro de la pista solo porque quiero asegurarme de que alguien vaya a mirarla. Tengo ganas de matar a alguien, hace mucho que no lo hago y tengo que saciar mis necesidades de asesino.

Pone distancia entre ambos y comienza a mover sus caderas mientras cierra los ojos y comienza a cantar la maldita canción.

—I go back again, fall off the train, land in his bed, repeat yesterday's mistakes —canta—. What i'm trying to say is not to forget, you see only the good, selective memory...

Me pierdo en sus curvas y en los movimientos que hace. «Carajo», se ve como una maldita diosa. El final de su vestido se levanta con cada paso que hace y me quedo atónito cuando subo la vista a sus ojos hechiceros, los cuales tienen un brillo que pocas veces le he visto. Me acerco a ella y coloco mis manos en su cintura.

—He a part of me now, he a part of me, so where he goes i follow, follow, follow...

Se coloca de espaldas a mí, se inclina un poco y empieza a mover sus caderas, presionándose contra mi erección. Sus glúteos quedan casi al descubierto, y la verdad no me importa nada más en este momento, solo el contacto que me hace perder la cabeza. Maldición, no creo que aguante hasta el final de la noche.

Deslizo mis manos por su espalda descubierta, dejando que mis dedos se detengan justo al borde de su escote. Quiero hacerla mía con ese vestido, recorrer su cuerpo en cada posición, como si cada instante juntos fuera un acto de pura entrega y deseo sin fin.

Pega su espalda a mi pecho y acerco mi boca hasta su oreja.

—Vámonos —le pido, casi con tono suplicante.

Se da la vuelta hasta quedar frente a mí y pasa ambos brazos alrededor de mi cuello.

—¿No te puedes aguantar las ganas de arrancarme la ropa?

—No lo sé... verte empinada me hizo dudar de querer romper el vestido.

Una sonrisa aparece en su rostro y miro a mi alrededor. Un montón de personas nos están observando, pero un grupo de hombres parecen cuchichear entre sí mientras miran a Angeline justo como nadie debería de mirarla.

—¿Recuerdas lo que dije en el yate? —paso su cabello por detrás de su oreja y rozo suavemente con los labios su piel.

—¿Sobre qué?

—Sobre matar a aquellos que te miren —cierra los ojos cuando lamo y muerdo el lóbulo de

su oreja—. No era una mentira, Liebe —bajo mis besos por su cuello y la siento jadear.

Sonrío y abre los ojos de golpe cuando siente que me alejo de ella.

—¡No! —grita, pero no va a poder detenerme.

Saco mi arma y apunto a la cabeza de aquel bastardo al que vi morderse el labio mientras le miraba los pechos. La gente empieza a gritar y a correr pero al idiota ni siquiera le da tiempo de moverse ya que la bala atraviesa su cráneo en fracciones de segundo.

—¿¡Estás loco!? —Angeline me grita desesperada.

—Ni que fuera para tanto.

Sonrío con gracia al ver a los amigos de aquel hombre huir y luego a todos los demás salir corriendo. Los grandulones de seguridad vienen corriendo hacia mí y mientras lo hacen me acomodo el arma en la cadera.

—Aedion Lorcan, futuro rey de la mafia roja —se detienen a unos metros de nosotros—. Asesino, narcotraficante, secuestrador y extorsionador —me presento—, hermano del dueño de este cuchitril —los guardias bajan la mirada y las armas también. Tomo a Angeline de la mano y camino hacia la salida tranquilamente—. Limpien y vayan a tirarlo frente a su casa —señalo el cuerpo que yace tirado sobre el charco de sangre.

Arrastro a Angeline hacia la salida de emergencia y no le pongo atención al lloriqueo que va haciendo conforme avanzamos.

Salimos al aire libre y lo primero que hace es zafarse y pegarme en el pecho.

—¡Eres un maldito psicópata! —me grita furiosa—. ¿¡Qué carajo te pasa!?

—Estaba buscando una excusa para matar a alguien y él me la dio. —Me encojo de hombros.

—¡Acabas de matar a alguien! ¿No te das cuenta?

—Tenía días que no lo hacía, solo fue mala suerte.

—¿Sabes qué? ¡Se acabó! —Las lágrimas salen por sus mejillas y mi pecho se contrae.

–¿A dónde vas? —le pregunto cuando la veo darse media vuelta y comenzar a caminar.

—¡Lejos de ti, maldito! —me grita.

«Déjala ir, déjala ir...»

La alcanzo y la sujeto del brazo para que se detenga pero su rodilla termina en mi entrepierna y el dolor que me causa es insoportable.

—¡Déjame! —me grita.

Reprimo las ganas de retorcerme del dolor y la tomo de ambos brazos y la estrello contra la pared. Quiere volver a golpearme en el mismo lugar, pero la detengo antes de que lo haga.

—¿Te asusta un poco de sangre? —sostengo con fuerza sus muñecas sobre su cabeza—. Eres la hija de un asesino y no puedes ver muerto a alguien que ni conoces.

—Él quizá tenía una familia...

—Todos tenemos familia, Angeline. ¿Qué te preocupa si ni era nada tuyo?

—Él tal vez era una buena persona... —Sus labios tiemblan en un puchero que me eriza la piel.

—Te estaba mirando los pechos con descaro mientras hablaba de ellos con sus amigos —sus ojos se vuelven cristalinos—. Era la clase de hombre que a ninguna mujer le gusta encontrarse.

—¿Te consta?

—Entre hombres sabemos como somos. —Su respiración se calma un poco.

—Eso fue culpa mía entonces. —Las lágrimas resbalan por sus mejillas y me dan ganas de limpiarlas a besos.

—Eso fue solo mala suerte —recalco—. Yo buscaba un pretexto para matar y él se me apareció como un ciervo a un cazador.

—Quiero irme de aquí —dice y la suelto.

—La noche apenas comienza, amor —digo y ella se limpia las lágrimas de la cara.

—No quiero nada si vas a andar por ahí matando a todo aquel que me mire.

«Entonces no estará muy contenta».

—No lastimaré a nadie ya. —Me mira desconfiada—. A menos que me provoquen.

—No es gracioso.

—No estoy jugando. —Quiere irse y la tomo de la cintura—. Todos saben que no es bueno provocarme o podrían terminar muertos o peor aún, siendo mis esclavos de por vida.

—Va a llegar la policía, ¿podemos irnos ya? —bufa.

—La policía no se mete en lo que pasa en este club.

—Claro. —Rueda los ojos.

—Vamos a otras discotecas. —La tomo de la mano y el que no me manotee es una buena señal.

Camino con ella mientras mando un mensaje y cuando llegamos a la avenida visualizo la camioneta jeep a unos metros. Subo con ella a la parte trasera y el conductor nos lleva hacia el club que le indiqué por mensaje de texto.

—¿Vas a dejar de hablarme? —le pregunto al ver que ni siquiera me mira.

No me responde.

Saco mi teléfono y mando un par de mensajes mientras nos acercamos al destino. Era de esperarse que se molestara, pero, ¿tanto? El bastardo ni siquiera era nada suyo, no sé por qué le molesta. Es hija de Leonel Mikaelson, por su cuerpo corre sangre asesina.

El teléfono le suena y volteo a verla de reojo.

—Carajo... —murmura mientras lo mira.

—¿Quién es? —la pregunta sale sin antes ponerme a pensar.

—André —su respuesta me amarga.

—No puedes responder, esta noche es de ambos nada más —me sonríe y luego ríe.

¡Se ríe de mí!

—Es mi novio y no quiero que se moleste conmigo —dice y me hace enojar.

—Entonces haz lo que quieras. —Le resto importancia y me dedico a mandarle mensajes a Andrea.

Entiendo al mojigato de su novio. Con el tremendo mujerón que carga tiene derecho a estar celoso o ponerse posesivo todo el tiempo.

Angeline es preciosa, si fuera mía no la dejaría en ningún momento, no por que desconfíe de ella, sino porque hay muchos hombres como yo que nada más están buscando qué cazar. Aunque bueno, yo soy peligroso y él no, así que lo único que le quedaría hacer si se entera que le pusieron los cuernos es llorar.

—Está muy alterado —me dice y hago como que no le presto atención—. No para de preguntarme cosas sobre mi localización, es extraño.

—Dile que estás acostada en tu cama —respondo.

—No, mejor dejaré de responderle y diré que no tenía mi teléfono —«Buena mentirosa».

Llegamos a la discoteca y de nuevo nos adentramos hasta estar sentados en una mesa. Ya cumplí mi cometido de matar a alguien, ahora solo tengo que calmar mi hambre de seguir asesinando a todos los idiotas que me molesten.

¿Por qué estoy aceptando esto? Podría mandar sus desplantes y condiciones por un maldito tubo lejos de aquí.

Jodida bruja, hace un desastre conmigo y ya ni siquiera puedo controlar las acciones que

claramente me hacen verme como un maldito patético y un cobarde sin carácter.

—Pide lo que quieras —le ofrezco mientras me empino un shot del tequila que han venido a regalarnos.

Ella ordena y en seguida se acerca a mí. Su cuerpo queda casi pegado al mío y no la aparto, me gusta tenerla cerca.

—No somos amantes normales, lo sabes, ¿verdad? Parece más bien que somos enemigos.

—Lo sé.

—Me gusta estar contigo —confiesa.

—¿A quién no?

—Ok, solo cuando no te pones en este plan. —Rueda los ojos y se toma un shot de tequila—. El tequila me gusta, pero me hace querer dormir.

La mesera llega con una botella de vino y dos copas.

—¡Esto sí me pone feliz! —Toma la botella y sirve un poco en cada copa—. El vino es lo único que me pone ebria, ¿sabías? —Bebe un trago—. No te preocupes, pedí la botella más barata.

¿Cómo va a gustarle más el vino que el tequila?

Le hago una seña a la mesera y ella se acerca.

—Tráeme la botella de vino más cara —le ordeno.

—¿Pagará en dólares? —pregunta y mi silencio y expresión responden por sí solos—. La botella más cara que tenemos está en $100,000 dólares ¿Está seguro? —Angeline me toma el brazo y me hace mirarla.

—Te gusta el vino, ¿no?, si te gusta esta botella puedo pedirte las que quieras.

Ella abre los ojos con sorpresa y niega con la cabeza, pero no me interesa.

—Tráigala —le ordeno a la chica y ella se va.

—En definitiva, estás loco —me dice la pelinegra.

—Esa cantidad la gano cada minuto. —Pero ella sigue negándose—. Te he comprado joyería que vale casi lo mismo y eso sí que no lo rechazas.

—Si puedo impedir que gastes en algo así lo haré, la ropa ya la habías comprado —me hace reír.

—Mientras tú no pagues despreocúpate.

La mesera llega y deja la botella sobre la mesa acompañada de un plato con granos de granada.

«1787 Château d'Yquem» es el vino que mi padre compró para celebrar mi cumpleaños número 16. No es el más caro que existe, pero es bueno y estoy seguro que le va a gustar.

—¿Lo has probado antes? —le pregunto y ella mira la botella.

—No.

—Pruébalo.

Se toma el líquido que antes ya había servido y sirve del nuevo, lo mueve un poco y luego toma un sorbo.

—¡Mmm! —exclama y me mira—, ¡Dios!, es el vino más delicioso.

Le pido a la mesera todas las botellas que tenga y logramos llamar la atención de todos los peces gordos que se encuentran aquí. «Patéticos», ellos piden botellas con un costo parecido, pero ninguno logra acercarse a la cantidad que yo he gastado.

No compito contra otros, solo me gusta saber que los humillo y solo así estoy feliz.

En las próximas tres horas, la pelinegra ya se ha tomado tres botellas conmigo. Creí que mentía respecto a que el vino la ponía ebria, pero no, está más loca que nunca, bebiendo, riendo

conmigo e incluso ha estado criticando a cada uno de los hombres que van llegando.

—Tomémonos una foto, ¿sí? —dice y la sonrisa en su rostro me hace aceptar.

Saca su teléfono y pone la cámara, toma una, dos, tres fotos y cuando está a punto de irritarme se pone de pie y me extiende la mano.

—Ven, vamos al baño —sube y baja las cejas pícaramente.

Me pongo de pie sin pensarlo y le ordeno a algunos de mis escoltas que esperen aquí. Caminamos al baño y no hay gente formada y tampoco alguien que cuide la entrada, así que ordeno que me esperen afuera y entro.

—Quiero tomarme fotos en el espejo —se acerca al lavabo y me pongo a su espalda, coloco las manos en su cintura y comienzo a besar su cuello.

Angeline

Siento que estoy ardiendo en lujuria pura.

He bebido tanto que ya ni siquiera sé cuánto es lo que llevo. Estoy mareada pero las ganas de vomitar o de dormir aún no aparecen. Me siento contenta, con mucha energía y lo único que he tenido en estas horas han sido pensamientos pecaminosos con el hombre al que no debería acercarme.

—Así... —gimo y mi dedo hace click automático en el botón para tomar la foto.

No sé de dónde ha salido la locura de tomar fotos mientras estamos en pleno toqueteo, pero no voy a negar que me encanta.

La mano de Aedion baja por mi abdomen y la mete bajo mi vestido y tanga, masajea mi clítoris y suelto gemidos altos mientras tomo fotos.

—¡Sí, así! —jadeo sin vergüenza.

Cambio a la cámara de video y no dudo en poner mi teléfono a grabar.

La imagen de ambos frente al espejo, él con su mano bajo mi vestido y yo con la cara sonrosada me hace excitarme todavía más.

—Mira cómo te pones —susurra en mi oído—. ¿Vas a pasarme el video? —asiento y casi grito cuando mete uno de sus dedos.

—Sí...

Mete otro dedo y comienza a moverlos de adentro hacia afuera. «Dios mío...»

—Carajo, qué rico...—me aferro con una mano al lavamanos y con la otra no dejo de grabar.

Aedion no está tan ebrio como yo, pero estoy disfrutando mucho este momento. Mis fluidos hacen que su dedo resbale libremente y en otro momento me hubiese parecido vergonzoso, pero ahora solo quiero actuar como una zorra.

—¿Quieres que la meta ya? —gruñe.

—Por favor.

Escucho cómo se baja el pantalón y aprovecho para acomodarme; me recuesto en el lavabo y sonrío a la cámara en cuanto sus manos levantan mi vestido y me da una nalgada.

—Métela ya —pido y me fijo por el espejo como se saca el miembro y comienza a subir y a bajar su mano alrededor de él.

¿Cómo es posible que algo así quepa dentro de mí? Entre más dura se pone, más crece; lo que antes me parecía intimidante ahora solo despierta en mí un deseo profundo de sentirlo completamente. Sé que nadie más logrará alcanzar la profundidad que él alcanza, y la idea de dejarlo ir me parece una tortura.

Siento cómo mueve el hilo de mi tanga y sin más comienza a penetrarme duro. Mis gemidos son altos y eso parece gustarle. Me toma del cabello y soy yo la que aparta la tela del vestido

para dejar mis pechos al aire.

Parezco una jodida puta, estoy sudorosa, ebria y el maquillaje parece que comienza a correrse un poco pero al carajo, solo quiero que me coja de todas las formas posibles.

Mierda, Aedion se ha convertido en mi error favorito y ahora no sé qué hacer para soltarlo. Mi cuerpo lo necesita, mi mente no deja de pensarlo, mi cerebro me dice que mientras nadie se entere todo estará bien, pero mi corazón me dice que nada terminará como creo.

No sé qué hago, no sé qué pasa conmigo, pero sé lo que quiero y la respuesta siempre tiene que ver con él.

Siento cómo lo saca y suelto el teléfono, dejando a medias el maldito video. Me doy media vuelta y me subo al lavabo, abro las piernas y lo atraigo hacia mí para comenzar a besarlo. Vuelve a introducirse dentro de mí y mientras me toma no paro de mirarlo a los ojos.

Mi teléfono suena y Aedion lo aparta para que no pueda responder. No pienso con claridad, el placer que me abarca es indecible y me veo envuelta de un sinfín de sensaciones que están por llevarme al mejor orgasmo de todos.

—Aedion... carajo. —Echo la cabeza para atrás mientras él me balancea de arriba hacia abajo sobre su miembro—. Córrete dentro, no vayas a sacarla —mi tono sale suplicante.

—No pensaba hacerlo. —Se aferra a mi cadera.

Muerdo mi labio y tomo una de sus manos para luego colocarla alrededor de mi cuello. Entiende el mensaje y aprieta con poca fuerza.

—Voy a venirme —digo entre gemidos.

Sigue apretando con algo de fuerza sin dejar de moverse rápido y duro. «Qué talento el suyo». Lo miro a la cara, nuestros ojos se encuentran y la imagen que tengo de frente me hace llegar al tan esperado orgasmo; la sensación cosquilleante me toma por completo y deseo que no termine nunca. Siento su miembro temblar y luego su descarga caliente recorrerme por dentro.

Saca su miembro envuelto entre sus fluidos y los míos y comienza a refregarse contra mi, de arriba-abajo, las piernas me tiemblan cada vez que roza la punta contra mi clítoris y tengo que morderme el labio para no gritar.

—Te ves tan linda untada de mí… —Pasa la lengua por mis labios—. Voy a llenar de mi derrame cada parte de tu pequeño cuerpo. —Vuelve a introducirse y gimo—. Explorar cada parte de ti y reclamarte como mía....

Ay, por dios.

Sus dedos pellizcan mis pezones y un segundo después comienza a lamerlos con la punta de su lengua. Siento cómo mojo el azulejo que tengo debajo y ahora sí me siento un tanto avergonzada por chorrear tanto.

Sube los besos por mi clavícula, cuello, mejilla y se detiene antes de llegar a mis labios.

—*Viel Spaß Engel, das Theater wird sehr bald fallen* —dice con tono perverso y la piel se me eriza.

Amo que me diga cosas en Alemán aunque no las entienda. Su acento es sexy y me prende a un nivel inefable.

No digo nada, solo me acerco más a él hasta pegar mis labios con los suyos. Sus movimientos comienzan lentamente y aún así me parecen placenteros.

No quiero separarme de él nunca. Si fuera por mí dejaría que me cogiera todos los días, cada minuto y sin importar el maldito lugar.

—*Jeg forguder deg* — «te adoro», lo digo sin pensar.

Espero que no hable noruego.

Una sonrisa aparece en su rostro y me quemo en vergüenza. Sus embestidas aumentan de

ritmo y me da un rápido y corto beso en la boca.

—*Jeg også forguder deg* —«Yo también te adoro», sonrío.

Claro que tenía que saber.

Mi teléfono no ha parado de sonar, pero a estas alturas ni siquiera puedo pensar con claridad. No sé si sean los efectos del alcohol o la calentura, pero es como si solo estuviéramos Aedion y yo y nada más.

Frena los movimientos y se entierra todo en una embestida, comienza a moverse en círculos y no voy a negar que duele, pero también se siente bien. Su boca se encuentra con la mía y ambos formamos un beso lento, salvaje y quizá un poco pasional. Permanecemos así un par de segundos, pero luego corta el beso y detiene sus movimientos.

—Carajo —murmura y mira su teléfono.

Se lleva el teléfono a la oreja, permanece en silencio unos segundos y vuelve a mover su cadera de adelante hacia atrás. ¿Hablará por teléfono mientras follamos?

—¿¡Qué!? —contesta bruscamente. «Creo que sí» —. Ajá... —frena los movimientos—, ya voy para allá. —Cuelga.

Avienta el teléfono lejos y luego me toma de detrás de la nuca para acercarme a su boca.

—Nos tenemos que ir, Liebe —muerde mi labio inferior—. Termina rápido.

No digo palabra alguna, simplemente me dejo llevar a continuación por sus embestidas rudas y rápidas. Mis gemidos no cesan y realmente no sé por cuánto tiempo permanecemos así pero el orgasmo me toma y a él también unos segundos después.

—Andando —ordena.

Se aleja de mí y me pasa papel para limpiarme mientras él se viste. Me acomodo el vestido y trato de arreglar un poco mi aspecto como puedo. Mareada estoy, pero sé que no voy a vomitar, apenas y puedo mantenerme de pie y eso significa que si bebo otra copa probablemente termine muy mal.

—Necesito que despiertes, pasó algo y tu padre viene para acá.

CAPÍTULO 23

Ausencia

Angeline

Camino a paso apresurado por el muelle con Aedion delante de mí. El brazo donde me dieron puntos me duele y la venda está un poco manchada. Me olvidé de cuidarme la herida porque el dolor ya no era tan fuerte y creo que ha vuelto a abrirse. «Mierda», no quiero que papá me vea así de ebria y con una herida de bala. Se pondrá histérico y querrá llevarme de vuelta.

Aedion me ha hecho vomitar y beber cuatro botellas de agua de camino hacia acá para que lo ebria se me baje por lo menos un poco. Ya no me siento mareada, ahora estoy echa un manojo de preocupaciones y nervios por lo que va a suceder.

Por lo menos debo de cambiarme la ropa antes de que llegue. «Demonios», ni siquiera me había puesto a pensar en eso.

Killian dice que mi familia está bien, escuché que se lo mencionó a Aedion cuando íbamos en el yate, pero aunque me haya aliviado un poco no le quita que papá vaya a venir hasta Grecia. Lo que sea que vaya a decir no es bueno y sospecho que tiene que ver con lo que sucedió hace unas semanas.

—¿Y si alguien nos ve? —susurro.

—No lo harán —asegura— revisé las cámaras y todos están en sus habitaciones.

Entramos a la casa.

—¿Estás seguro? No quiero que... —la silueta de Efraín aparece frente a nosotros.

«Sí, claro...»

—Llegan a tiempo —dice y me da un escaneo rápido—. Están esperándolos abajo.

—¿Está todo bien? —le pregunto y comienzo a seguirlo.

—No lo creo... —responde y siento un dolor en el pecho.

Bajamos por las escaleras que conducen al sótano, donde Vasiliás lleva preso desde que lo capturamos. Mis ojos se fijan de inmediato en la figura de alguien que permanece de brazos cruzados, hablando seriamente con Killian. Me quedo paralizada, incapaz de reaccionar mientras mi cerebro lucha por procesar lo que tengo delante. ¿Pero qué demonios...? Ni siquiera puedo pensar con claridad. Lo único que se repite en mi mente es: «ya nos jodimos». El alcohol que aún corre por mis venas me empuja a reír nerviosamente, pero tengo que morderme la lengua con fuerza para no soltar algo que delate mi estado y me haga quedar todavía más ridícula.

—¿André? —pregunto sorprendida.

Quiero que la tierra me trague y me escupa en el lugar más remoto del mundo.

Su mirada cae en mí y en automático bajo la cabeza avergonzada de cómo me mira. Sus ojos me analizan y ni siquiera tengo el valor de mirarlo a los ojos.

—Tu papá me envió —dice. Su tono es seco, duro y solo yo puedo notar el coraje que emana.

Cierro los ojos con fuerza y me quedo mirando a Efraín en busca de algo que sé que ni él ni nadie puede darme, «apoyo». Camino hacia mi novio tratando de parecer segura de mí misma, pero es imposible no sentirse incómoda sabiendo que las personas que están en la habitación saben que el ganado se me ha juntado.

—¿Qué pasa? —pregunto.

La mesa que se encuentra junto a ellos tiene encima un sobre.

—¿Malas noticias? —se burla Vasiliás, el cual está en una esquina encerrado en una celda.

Lo ignoro.

—¿Qué pasó? —repito, impaciente.

Justo ahora soy un remolino de emociones. El alcohol y todos mis malditos problemas se me han juntado, y lo único que quiero hacer es llorar como una cobarde por cómo me siento ahora. La preocupación, los nervios y la vergüenza me están comiendo viva y en cuestión de segundos.

¿Qué voy a hacer?

¿Qué va a pasar?

¿Qué va a decir?

—Mira el sobre —no dudo en tomarlo y en abrirlo—. Aún no sabemos de quién se trata, pero tu padre está preocupado y quiere que te vayas de Grecia.

Esparzo las fotos en la mesa y me doy cuenta de que son fotografías mías de cuando estuve en el hotel de Vladimir.

—Enviaron esto junto a ellas —me extiende una nota y la leo.

«Su aroma es veneno, sus caricias radioactivas, sus besos son miel, su belleza cautivadora y sus ojos un desastre natural imposible de detener».

Me quedo en shock al terminar de leer.

—Con todo lo que ha pasado sinceramente todos están preocupados. Desde que quisieron matar a tu... —su mirada cae en Aedion y se calla.

El pánico me toma y la respiración se me va.

—¿Qué? ¿Matar a quién? —la voz se me corta.

—¿No le has contado nada? —André se dirige a Aedion—. Es importante para ella. —Aprieta la mandíbula y da un paso hacia él.

Efraín también da un paso hacia ambos, pero no dice nada, solo lo hace como precaución por si alguno quiere comenzar una pelea.

—Esto no es asunto de niños —le responde el tatuado y lo miro.

Mi cerebro tarda unos segundos en procesar, pero al final todo hace click.

—¿Me estuviste ocultando cosas todos estos días? —le reclamo.

Los ojos se me vuelven cristalinos por la impotencia que comienza a abarcarme.

—No podía abrir la boca si hice un juramento con tu padre —responde—. ¿Quieres dejar de actuar como una niña y poner un poco de madurez en este asunto?

—¡Es de mi familia de quien se trata!

—¿Qué ibas a hacer tú? ¿Llorar? ¿Ir de consuelo? —Lo miro con desprecio.

—Eso no era de tu maldita incumbencia —lo señalo—. Me quitaste el derecho de saber y estar con mi familia solo porque a ti no se te hace de utilidad el apoyo emocional. —No contengo las lágrimas.

—No lo pienso solo yo, también lo cree Leonel.

—¿Y solo por eso significa que era lo correcto?

—Tenías que concentrarte en la misión y eso solo era un distractor.

El coraje que siento es indescriptible y no puedo retener algunas lágrimas rebeldes. Cuando algo me da rabia tengo que sacarlo de una u otra manera y ya que no puedo darle la madriza de su vida tengo que resignarme a llorar, y eso todavía me da más coraje.

—¿Qué es lo que ibas a decir? —me dirijo a André.

Pelear con Aedion solo retrasa lo que de verdad me importa saber.

—Hace una semana quisieron matar a tu madre si no te entregabas.

La noticia me cae como un bote de agua fría y el coraje aumenta al darme cuenta que toda mi familia ha estado en peligro por culpa mía y yo ni siquiera me había enterado. ¿Qué mierda

pensaban al ocultarme esto?

—Hay muchas cosas que seguro me ocultaron y tú me las vas a decir —le digo.

No se cómo mierda se ha enterado André de todos estos problemas, se supone no tenía que saber absolutamente nada y ahora resulta que hasta está más enterado que yo.

—Leonel se va a molestar si lo haces —se entromete Aedion—. Y si él no te mata yo sí. —No me había dado cuenta de la daga que carga en su mano.

—¿Es una amenaza? —empieza André.

—Dejen sus malditas peleas de lado y pongan atención —les digo y miro a Aedion—. Tengo todo el maldito derecho a saber sobre lo que pasa en mi ausencia. —Miro a André—. ¿Qué más?

—No es lo que tú decidas —me habla Aedion.

—¿Volveremos al tema de quién tiene la autoridad? Deja la superioridad y coopera que quejándote no me sirves.

—Él tiene razón —dice André y lo miro con asombro—. Leonel dio órdenes y si él ya hizo un juramento no tiene por qué romperlo.

Sus palabras son un golpe de traición.

—¿Tú también vas a ser así?

—Los juramentos son irrompibles, Ann... —comienza a decir, pero lo callo.

—¿Qué? —frunzo el ceño, realmente no puedo creer lo que André está haciendo—. ¿Y tú desde cuándo perteneces a esto? —Se queda en silencio y eso me desespera.

—¡Basta, déjense de tonterías! —interrumpe Killian—. ¿Quién crees que pudo enviar esto? —me pregunta.

El coraje se me atora en la garganta.

—No lo sé, yo... —mi cerebro hace click y me quedo muda tras la idea que acaba de meterse en mi cabeza.

Tomo la nota y vuelvo a leerla: «su aroma es veneno, sus caricias radioactivas, sus besos son miel...» ¿Besos? ¿Cuándo he besado a alguien que no sea André, Aedion, Vladimir y el tipo que... «no me jodas»

—¿Qué?

—Creo que se quién pudo haber sido, pero no estoy segura.

—¿Quién?

—Mi papá hace años hizo una reunión con los lideres de la mafia en ese entonces, la mayoría eran amigos suyos y no tenía problema en llevar a su familia a ese tipo de cosas —todos me miran expectantes—. Pero había alguien en particular que me miraba mucho desde el momento en que entré, no recuerdo su nombre, solo que era un yakuza, de hecho, creo que era el hijo de uno de ellos.

—Kiyoshi Nakamura —la voz de Vasiliás me interrumpe.

Aedion camina hacia él y se pone de frente a su celda.

—¿Es de tu organización? —pregunta.

—Είναι το πιο φοβισμένο στο Τόκιο —responde pero no entiendo nada.

—Dice que es el más temido de todos en Tokio —me susurra Killian.

—¿Hijo de Kaori? —La expresión de Aedion se vuelve pensativa y eso altera todavía más mi ansiedad.

—Hermano —responde seguro.

—¿Por qué nos dices esto? —le pregunta Efraín, acercándose a ellos.

—Me debe —se encoge de hombros—. Si lo asesinan me harían un buen favor.

—Buen perro —dice Aedion con burla—. Gracias por la información.

Vasiliás se para del rincón donde está y camina hacia la puerta de la celda. Mira desafiante al tatuado y antes de que pueda decir algo, hablo.

—¿Qué te debe? —le pregunto.

—¿Tú que crees, bonita?

—Pero si muere ya no te pagaría, debe haber otra cosa por la que quieras que muera —me acerco a ellos.

Una sonrisa aparece en su rostro.

—Eres una chica muy perspicaz —agarra los barrotes—. Pero mis problemas son míos y no me gusta que se entrometan.

—Ni nos interesan. Como si algún día fueses a salir de la cárcel a la que te van a meter —el tono de Aedion es crudo, pero Vasiliás ni se inmuta, solo le dedica una sonrisa.

Me alejo de la celda y regreso a la mesa. Aedion toma una de las fotografías y se le queda mirando unos segundos antes de sonreír.

—Sé por donde empezar a investigar —sonríe y saca su teléfono, se lo lleva a la oreja y no tardan en responderle—. Te necesito en el sótano —no dice más y cuelga.

—¿Entonces ya saben quién fue? —pregunta André.

Es muy lento para captar y analizar las cosas, me da ternura.

—No, solo es una suposición —le respondo—. La probabilidad es de un 50/50.

—¿Quién fue el que irrumpió en el hotel de Vladimir y arruinó parte del plan? —Miro a Aedion.

—La policía —me pongo a pensar—. Fue la única que se encontraba tomando fotografías.

—Pero nunca vi que le tomara fotos a Angeline —dice Efraín.

—¿Quién dice que fue sola? —la pregunta me pone todavía más pensativa.

Policía no creo que sea, de otra manera hubiese actuado diferente. Nadie se va a meter sola al hotel del sicario más peligroso y mucho menos se atrevería a tomarle fotografías al príncipe de la mafia roja. Es algo suicida.

—Recuerdo que me dijo «tienes que pagar por todo lo que has hecho» —continúa.

Escuchamos que alguien baja por las escaleras y un segundo después aparece Lucian en pantalón de pijama.

—¿A qué se refiere? ¿Hiciste algo malo? —pregunta André y Killian se echa a reír.

No sé por que mi padre lo mete en estas cosas...

—Ni idea —responde Aedion y lo miro mal.

Efraín se aguanta la risa pero los hermanos Lorcan no pueden disimular la burla. Pueden comerse a André en un dos por tres. No debería estar aquí, papá lo envió al matadero.

—¿Qué ocurre? —pregunta Lucian.

—¿Recuerdas a la policía que estuvo en el hotel? —Lucian asiente—. Investígala.

—¿No dijiste que ibas a dejarla ir?

—Creemos que ella fue quien tomo estas fotografías —Aedion le lanza una de las fotos por la mesa y Lucian las mira.

—Dame hasta mañana y te tendré la información.

—Mejor vayan a dormir, mañana podrás hablar con tu padre —me dice Killian.

Miro de reojo a André y lo veo suspirar.

Ambos sabemos lo que pasará una vez que estemos solos.

Mi mirada cae en Aedion y lo veo comenzar a caminar hacia las escaleras. Su vibra es otra, pero como es bipolar no le noto raro que se vaya así nada más. Killian y Lucian lo siguen y me quedo solo con André y Efraín.

—Él es mi novio —Efraín le extiende la mano—, y el es Efraín —André la estrecha.

—Es un gusto —dice el rubio—, pero deberíamos dormir ya. Parece que mañana tendras un día muy largo.

—Lo sé —suspiro—. Descansa.

Efraín me dedica una media sonrisa y me estrecha contra su pecho para formar un abrazo.

—No te estreses, ponzoñosa —besa mi cabeza—. Y ten paciencia, pensar con la cabeza caliente no solucionará nada.

Me alejo de él y asiento con la cabeza, sin decir nada. Miro a André, pero su mirada llena de enojo me obliga a apartar la vista. Subimos los tres, y cada uno se dirige a su habitación. Sin embargo, durante todo el camino, no puedo dejar de pensar en la gran pelea que tendremos. La tensión entre nosotros es como una carga ineludible que sé que tarde o temprano explotará.

Y ni como para quejarme, sé que el tendrá la razón en todo.

Entramos a la habitación y cierro la puerta con cerrojo, me paro frente a él con los brazos cruzados y espero a que sea el primero en hablar. Pero lo veo quitarse la camisa y arrojarla hacia una de las esquinas de la habitación.

—¿No vas a hablar? —le pregunto.

—No —desabrocha sus pantalones.

Ni siquiera me mira, está de espaldas a mí y dudo que se de la vuelta.

—Bueno pues, yo sí. —Camino hacia él y tomo su brazo para darle la vuelta—. ¿Desde cuándo sabías que no estaba con Melissa?

—Desde hace unas semanas, no lo sé con exactitud —responde cínico.

—¿Y por qué no lo dijiste? Estuvimos hablando por teléfono todos estos días.

—Quería saber por cuanto tiempo ibas a seguir siendo una hipócrita conmigo.

—Lo siento, ¿sí?, pero no podía decirte la verdad.

—¿Por qué no? ¿Temías que te dejara por estar en estas cosas? Creí que todo este tiempo ya tenías bien claro que podías confiar en mí.

—¡Yo sé que puedo confiar en ti! —exclamo—. Pero no quería embarrarte en esto.

—Pues lo hiciste —responde crudamente—, y lo peor es que te dejó como una maldita mentirosa y a mí como al pendejo al que le viste la cara.

—No era mi intención...

—No me interesa, Angeline —da un paso hacia atrás—. No te reconozco... —Me señala de arriba a abajo—. Esta no eres tú. Jamás mentirías y menos a mí. —La voz se le corta y eso me desgarra por dentro a mi también.

—Lo siento tanto...

—Encontré a Melissa saliendo de tu casa el otro día y fue tu familia la que tuvo que hablar conmigo y explicarme todo.

—En serio lo siento, pero por favor entiéndeme un poco. —Tomo su mano—. No podía decirte por miedo a que pensaras mal de mí. Tienes razón en todo y no voy a negarte que fui yo la que se equivocó. Solo pido un poco de empatía.

Es injusto tener que pedirle algo, ya lo sé, no merezco que me perdone.

—¿Un poco de empatía? ¿Sabes cómo me sentí al enterarme que mi novia estaba al otro lado del mundo con quién sabe quién y haciendo quién sabe qué cosa? Me angustié como no tienes idea y también me enfurecí demasiado contigo. —Me quedo callada—. Incluso llegué a creer que habías conocido a alguien más.

Se que ahí ya me aventó la indirecta hacia Aedion y me siento mal al tener que mentirle en su cara.

—Te equivocas —miento con la presión en el pecho presente—. Si así fuese ni siquiera perdería el tiempo en marcarte todos los días para saber de ti. —No aguanto más y lo abrazo, aunque él no me corresponda—. Lamento tanto haber sido mala contigo, no estoy en una posición para exigir y en serio entiendo que estés tan enojado conmigo.

—¿Qué haces vestida así? —cambia el tema y me aleja de él—. No me gusta el vestido, pareces una... —se queda callado y bufa.

Eso me ofendió bastante y al mirarme en el espejo que tengo a un lado no dudo en que quizá tenga razón. No dijo la palabra, pero sé que la iba a decir.

—Fui a investigar a un tipo —respondo—. Yo iba a ser la distracción y por eso tuve que vestirme así.

Se me queda mirando con recelo y casi cruzo los dedos para que la suerte esté de mi lado.

—¿Cómo se supone que voy a creerte?

—Estoy aquí porque estoy trabajando y eso implica hacer todas estas cosas —me señalo—. Iré a ducharme —suspiro—, tampoco me gusta ser la distracción en casos como estos.

Me doy la media vuelta y entro en el baño. Aún huelo a Aedion y acostarme con André así sería un error enorme. Me quito el vestido y lo dejo en el bote de ropa sucia, entro a la ducha y ahí no dudo en soltarme a llorar por todas las cosas que han pasado hoy.

Llámenme llorona, pero esa y el golpear un costal de boxeo son las únicas formas que conozco de sacar la tensión y todo el mal sentimiento que algo me hace sentir.

Últimamente lo único que hago es mentir, hago lo que más me molestaría que me hicieran y me siento como una mierda de persona. Pero a pesar de eso no dejo de hacer todas esas cosas que sé que están mal, es gracioso, hipócrita y muy bajo, pero es como un maldito 50/50. Una parte de mí quiere hacer lo que le dé la puta gana con Aedion y otra me dice que está mal y que soy la peor persona del mundo. ¿A quién debo hacer caso? Obviamente a la que sea correcta, pero, aunque escoja estar con André jamás tendré ese placer y esa pasión que tengo con el tatuado, y si elijo a Aedion no tendré eso estable que tengo con el otro.

Ni siquiera me dan ganas de salir del baño, no quiero encontrarme de nuevo con él y sentirme mal. Quisiera reclamarle sobre no haberme dicho cosas tan importantes como la de mi madre o por haberme dicho que no me contaría nada sobre lo que ha pasado en mi ausencia, pero sé que no me dará respuestas. André a veces es muy terco y viendo la manera en como defendió la palabra de mi padre dudo en que vaya a ceder en decirme algo.

Espero no estar equivocada sobre la identidad de quien está detrás de esto, pero no me voy a detener hasta que esa persona termine muerta. Meterse conmigo es una cosa, pero mi familia es muy aparte y con ella es mejor no meterse.

Mañana me espera un día muy largo con André y mi padre. Tengo que hablar muchas cosas con ambos y en especial con el segundo nombrado. No es posible que me haya pasado por alto de esa manera. Él muchas veces me ha dicho que no soy una niña normal y que soy madura para casi todo, no sé qué haya cambiado pero mi padre jamás había hecho algo así.

Salgo de la ducha luego de media hora y para cuando salgo del cuarto de baño me encuentro con André durmiendo en el piso. «Sabía». Me acuesto en la cama y no le ruego para que duerma a mi lado, sé que ambos necesitamos nuestro espacio y es mejor dejar que piense las cosas.

CAPÍTULO 24

Terciopelo

Angeline

Hay una cosa que mi madre siempre decía desde que tengo memoria: «Entre el cielo y la tierra no hay nada oculto, la verdad siempre sale a la luz». Y es cierto.

Conforme fui creciendo y fui mirando al mundo pude ver que la lástima y el arrepentimiento son la cosa que siempre le va a calar a esa persona que te mintió y te lastimó. Pero no aprendes a caminar siguiendo las reglas, aprendes cayendo, ¿no?

A veces tienes que pasar por ciertas cosas para darte cuenta que cosas estás haciendo mal. Todo el mundo miente, todo el mundo dice cosas falsas que pueden herir a otras personas y aunque yo ya pertenezco al grupo de novias mentirosas, me atrevo a decir que me alegra haber llegado a tiempo el día de ayer y consciente, de lo contrario no solo habría sido descubierta respecto a lo que estuve haciendo este último mes, sino que también mi maldita infidelidad se habría revelado y hubiese sido peor.

Me encuentro desayunando y mientras como pan tostado no puedo dejar de observar de reojo a los dos hombres que están comiendo uno frente al otro. André se ve tenso y molesto, aunque no pierde ese toque de sonreír a los demás a cada rato, y bueno... Aedion, a pesar de que tiene a medio mundo odiándolo y queriendo acabar con su existencia se ve tan calmado, pero claro que igual se siente la misma vibra cuando estás cerca de él, esa que te dice «SOY SUPERIOR» en mayúsculas. Uno tan lindo e ingenuo y el otro tan hijo de puta. Es como si estuviera viendo al ying yang.

—Aquí está todo. —Entra Lucian al comedor con una carpeta en la mano, se la entrega a Aedion y yo dejo de lado mi plato.

Soy la primera en ponerse de pie y acercarse a ellos. Todos en la mesa nos miran expectantes, pero no digo nada, solo le arrebato la carpeta al tatuado y salgo al pasillo. Entro en la sala de estar que está alejada de los demás y solo Lucian, André y Aedion están conmigo.

—Esto no es asunto tuyo —dice el tatuado, su tono es duro y para nada amigable.

«No, por favor...»

—Es mi novia —contraataca André.

—Sigues siendo un don nadie y los estúpidos no escuchan cosas de este tipo —se le para de frente, a una distancia amenazante.

—Aedion... —comienzo a decir pero la mirada que me lanza me deja muda.

—Ella me importa y su padre dijo... —lo interrumpe.

—¡Qué te largues!, ¿estás sordo? —comienza a gritarle Aedion—. Estás en mi casa, así que vete.

André me mira y me da un beso en la frente antes de salir de la habitación.

—¿Era necesario? —Me cruzo de brazos.

—Anda tras él si tanto te quejas.

—Estás actuando tan infantil... —Sonríe y posa la mirada en su amigo.

—Volviendo al tema... —comienza a decir Lucian—. Su nombre real es Karina Perez, tiene 28 años y es de Monterrey, México. No es policía, de hecho, trabaja de periodista en una

compañía no muy conocida en Moscú —abre la carpeta y saca una fotografía de ella—. Sus padres viven en su ciudad natal, no tiene hijos, pero sí un novio que vive con ella en su apartamento.

—¿Tiene conexión con Kiyoshi Nakamura o Kaori?

—Se le ha visto en contacto con alguien, no se sabe quién ya que la otra persona no se deja ver, pero en las fotos está entregando carpetas y sobres.

Me pasa las fotografías y veo a Karina pasando documentos a una persona dentro de un auto.

—¿Cómo conseguiste estas fotos? —le pregunto.

—Hackeé la red de la policía —responde y lo miro sorprendida—. Resulta que nuestra amiga está siendo investigada. La acusan de distribuir drogas en su barrio.

—¿Tiene contacto con otros narcotraficantes? —le pregunta Aedion mientras mira las fotografías.

—De hecho, encontré algo importante que estoy seguro que debes saber —dice y lo miramos con atención—. Ella dijo «Tienes que pagar por todo lo que has hecho» y creo sé a qué se refiere.

—Tengo problemas con todo el mundo, ¿qué le hice a ella? —pregunta el tatuado con el más mínimo gesto de preocupación.

No lo juzgo, papá tiene igual montones de personas queriendo acabar con él. «Pero no a tantos». Bueno, eso sí. La mafia roja de un tiempo para acá ha sido la más temida y odiada. Todos los detestan, pero nadie se atreve a hacerles algo de frente.

—Ella está siendo investigada por culpa tuya —responde Lucian—. Ella te fotografió y publicó fotos tuyas en los periódicos de Moscú, ella jugó con tu identidad y tú la incriminaste.

—Ah, ¿eso?, fue la primera cosa que hice cuando me nombraron príncipe. —No puedo evitar rodar los ojos—. Fue hace años, ¿en serio sigue con eso?

—Yo también estaría molesta —concuerdo—. ¿Pero entonces no trabaja con otros narcos?

—No —responde—. Lo más cercano que tiene a un criminal es su primo, que está acusado de robo y extorsión.

—Queremos saber si tiene contacto con los Yakuza, así que manda a Scott para investigarla más a fondo. Quiero saber que hace todos los días —ordena y Lucian asiente.

Le dedico una sonrisa de agradecimiento y luego se va, me quedo a solas con Aedion y no se me ocurre decirle otra cosa más que darle las gracias.

—¿Y eso por qué? —pregunta.

—Por la noche de ayer, gastaste una fortuna —respondo.

—No es nada.

¿Que no es nada? Casi medio millón en un montón de vino. Es estúpidamente rico, y sé que esa cantidad no significa nada para él, pero para mí sí. Estoy acostumbrada a cosas caras, claro, pero solo cuando vienen de mi papá, y ni siquiera se las pido ni las exijo. Mucho menos voy a pedirle algo a otra persona; no lo necesito, y además no soy de andar pidiendo. Pero Aedion gasta una fortuna en todo lo que me compra: ropa, bisutería, perfumes, zapatos, vino... Y aunque me parece extraño, no puedo evitar admitir que, de alguna manera, me resulta patéticamente lindo.

Hace poco me compró el perfume que llevo buscando desde hace tiempo, y ese gesto fue lo mejor de todo. Se tomó el tiempo de recordar el nombre exacto, y lo consiguió solo para mí. No pude evitar dejar caer mi dignidad en cuanto me lo regaló; el detalle fue tan... genuino.

Ni siquiera André, con quien llevo años, ha sido así. Puedo compartirle mi opinión sobre ese perfume, pero no me pondrá atención; lo mismo ocurre con cualquier otra cosa que le cuento. No

necesito que me compre cada cosa que menciono, pero sí me gustaría que mostrara un mínimo interés en escucharme o en entender mi forma de ser. Son esos pequeños detalles que he estado observando, y aunque no quiera, me encuentro comparándolos. Es un buen chico, pero como en toda relación, hay problemas que aunque pase el tiempo parece que no se van a solucionar.

—Y también por ayudarme a investigar —le digo—. Aunque estoy dolida porque no me dijiste nada respecto a lo que estaba ocurriendo.

Ayer sentí una gran rabia, pero luego ese sentimiento empezó a desvanecerse, y en su lugar llegó el dolor de la traición. No fue solo uno de ellos quien me ocultó algo tan importante, sino también André, y no quiero perdonar a ninguno. De hecho, todavía no estoy lista para hacerlo.

—No podía hacerlo.

—Yo creo que sí, pero no querías hacerlo —le soy sincera—. No eres una persona muy empática.

—No es una de mis virtudes.

—Yo sí te habría dicho la verdad.

—No sabes lo importante que es una promesa en el mundo de la mafia, especialmente las promesas de la mafia azul y roja. —Frunzo el ceño.

—Explícame.

—No lo entenderías, Liebe.

—¿Por qué no? —le pregunto.

La silueta de André aparece en el salón y ambos lo volteamos a ver.

Aedion

No soy un hombre de mucha paciencia, y creo que no hace falta decírselo a todo el mundo. Lo que digo se hace al pie de la letra, y nada puede impedir que me salga con la mía. O al menos, eso pensaba hasta que una niña mentirosa, precoz, malcriada y, para mi desgracia, increíblemente irresistible, se cruzó en mi camino y rompió todas mis reglas sin pensarlo dos veces.

¿Cómo voy a soportar las ganas de no querer arrancarle la cabeza al mojigato de su novio sin parecer que me he dejado llevar por un arranque tóxico que, irónicamente, fui yo mismo quien prohibió?

«No deberías sentirte así». No, no debería, pero su presencia en esta casa no me gusta. Desde que llegó solo ha hecho que mi jaqueca empeore, pero si llego a hacerle algo a la primera que voy a tener encima va a ser a la pelinegra y tampoco soporto sus rabietas.

—Vamos —le dice ella y camina hacia él.

Ayer durmieron juntos y me quema pensar que André pudo haberla tocado. Con el vestido que llevaba puesto, ¿quien no querría tenerla? Carajo, no quiero pensar en eso, suficiente tuve ya con no poder dormir por culpa suya.

Mi mirada cae en el teléfono que yace a un lado sobre la mesita. Angeline lo olvidó y seguro que no tarda en regresar por él, así que lo tomo y lo desbloqueo. «No tiene contraseña», niña tonta. El video que tomó ayer me carcome la cabeza y solo espero que no lo haya borrado.

Entro a mensajes y mi atención capta la conversación de «Andy bebé». «Qué estúpido». Entro a nuestro chat a enviarme el video y sonrío al ver que no lo ha eliminado. Salgo del chat y no puedo evitar sentir curiosidad por mirar la conversación que tiene con el mojigato.

Mierda.

Entro a la conversación y lo primero que veo me hace querer aventar el teléfono contra la pared. Es Angeline posando frente al espejo que tiene en la habitación; está de espaldas y con el vestido alzado, dejando su culo al descubierto.

—¿Qué haces? —la voz de la pelinegra me hace salir rápido de la conversación.

Viene sola.

—Me envío nuestro video de ayer —respondo y la noto ruborizarse—. Muy valiente de tu parte al tener semejante cosa con tu novio presente.

—Lo borraré —me arrebata el aparato—. No toques mis cosas.

—¿Te asusta que mire tus conversaciones? —Se tensa—. ¿O tu galería?

—No —«Miente.»

—No te asustes, no lo hice —Miento.

¿Si ella miente porque yo no?

Veo como borra el video y luego se da media vuelta para salir, pero la tomo del brazo.

—Ayer no terminó nuestra cita —le digo.

—André está aquí, Aedion.

—¿Y qué? Será más divertido. —La tomo de la cintura y ella mira nerviosa a la puerta.

—¿Y si nos descubre? —La idea de ser descubiertos por el mojigato llega a mi cabeza y hasta me pone de mejor humor.

—No lo hará. —Trato de calmarla.

—Lo dices tan seguro porque a ti no te importa.

¿Que no me importa? Si mi familia llega a oír el más mínimo rumor, me matan, y lo digo literalmente. Estar con alguien del linaje Bellows traería consecuencias mortales. Killian es el único que sospecha algo; sin embargo, no ha podido confirmar nada, y claro, sería el único que, aunque se enterara, no lo contaría a los demás. Mi padre solo sabe que he estado en contacto con los Mikaelson para obtener información sobre sus movimientos, pero he omitido decirle que Angeline está bajo mi protección y que ahora es soldado de la mafia roja.

—Regresaremos a Alemania hoy y tendrá que irse —ignoro su pregunta.

—Bien —responde.

—Necesito que me des una respuesta, la misión está en la fase final.

—¿La quieres ahora? —pregunta.

—El avión sale dentro de cinco horas, tienes hasta entonces.

Si quiere irse dejaré que lo haga, pero no significa que las cosas hayan acabado. Tengo un plan para cada respuesta y en ninguna pienso dejarla ganar.

—Ok... —suspira y le da un vistazo a la puerta para verificar que no haya nadie—. Necesito decirte algo que no podía decir ayer con André presente —la miro expectante—. La fiesta en donde dije que Kiyoshi no dejaba de mirarme, pasó otra cosa. Hubo un momento en que yo me encontraba sola y él se me acercó, comenzó a darme plática y luego me besó.

Está claro que ser el novio de Angeline es algo que requiere de mucha paciencia y de alguien que realmente vea las cosas como son. Lo que acaba de decir me ha hecho enojar y eso que no es nada mío. André es tan ingenuo que ni siquiera ha notado que a ella la siguen los hombres como perritos.

—Me besó y luego quiso hacerme otras cosas... Pude separarme y el se disculpó. Pero jamás le había dicho a nadie —comenta en voz baja—. Esto sucedió cuando André y yo comenzamos a ser novios y decirle habría arruinado todo. Él nunca hubiese entendido que yo no quería el beso.

Trato de calmar la ira que me recorre al pensar lo que Kiyoshi quiso hacer.

—Por eso la nota habla de tus besos —digo, tragándome el coraje.

—Por eso sospecho que él está detrás de todo —continúa—. A pocos hombres he besado y a la mayoría los he tenido de frente estos días, menos a él.

—Aún creo que no hay muchos motivos para culparlo de las cosas que han pasado últimamente, pero sí podríamos matarlo por lo que quiso hacer. —Sonrío maliciosamente en mi

interior al pensar en todo lo que podría hacer.

Aparece una sonrisa en su rostro y la miro con el ceño fruncido.

—¿Qué es tan gracioso, Liebe?

—Nada —dice y esconde la sonrisa tratando de hacer una mueca.

—No me parece una mala idea. Si muere y paran las cosas con tu familia sabríamos que sí fue él, y si no, mínimo matamos a alguien que merecía morir de una u otra forma.

Probablemente diga que no y hasta se moleste por cómo quiero actuar, pero eso no me interesa.

—Me agrada la idea —su respuesta me sorprende—. No voy a quedarme de brazos cruzados, quiero hacer algo por mi familia y créeme que matar a un hijo de puta no me costará nada. —Se acerca a mí y pasa sus manos por mi pecho, sacudiendo mi camisa—. Por eso voy a quedarme a trabajar contigo, no me iré a casa, esa es mi decisión.

Todos la aman por ser tan hermosa, pero estas son el tipo de cosas por las que a mí me encanta. No había conocido a una mujer tan retorcida que apoyara alguna de mis ideas sobre asesinar. Angeline no acepta muchas de mis acciones, como lo que ocurrió ayer en el club de Killian, pero parece olvidarse de cosas así muy fácilmente y es porque, al igual que yo, ella ve la muerte como algo natural y no se trauma cuando ve un cadáver.

Angeline

A mi edad no me asusta la oscuridad, ni los muertos, ni el silencio; a mí me asusta más aquello que sonríe mientras me apuñala la espalda.

Por el tipo de vida que llevo me tocó ser así. Tuve que madurar más rápido y acostumbrarme a problemas de este tipo. Antes no podía hacer nada más que solo escuchar, mirar y callar, pero ahora siento que estoy lista para pelear junto a mi familia. Ellos son lo más importante para mí y tener que matar o torturar es algo de lo que seria capaz para que estén a salvo. No soy tan sádica como aparento, pero ser valiente y ver por los míos es algo que llevo en la sangre.

Salgo del salón luego de ser interrumpida nuevamente por André y camino hacia la parte trasera de la casa para poder hablar con mi padre a solas.

—¿De qué hablaban? —pregunta, caminando detrás de mi.

—De los problemas que ha habido últimamente —respondo cortante.

—¿Puedes ser más específica?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque hice un juramento sobre no decir nada y los juramentos no se rompen, ¿recuerdas?

Se queda en silencio y eso basta para complacer mi lado vengativo.

Entro a un salón y cuando volteo André ya no está detrás de mi. Es mejor así porque papá y yo seguro discutiremos. Marco el número de papá y al primer tono responde.

—¿Ya vienes para acá? —es lo primero que dice.

—No —respondo con mi tono duro—. Necesitamos hablar y lo sabes muy bien.

—Las cosas son sencillas Angeline, estás en peligro y tienes que volver.

——¿Y qué hay de mi opinión? ¿Qué hay de lo que yo quiero? Nadie quiere decirme qué está pasando con mi familia, ni siquiera André, ¡mi novio! Él no debería saber más de estas cosas que yo.

—No hay nada que puedas hacer —afirma—. Regresa a casa y aquí te contaremos todo.

—¡No! Ese es el maldito problema —suspiro—. No regresaré a casa, papá.

—¿Te estás escuchando? Estás actuando irresponsablemente.

—Yo necesito hacer algo más que solo llorar —la voz se me quiebra pero me mantengo firme

—. El motivo por el cual no me entero de las cosas es ese, ¿no?, pues ha llegado el momento de hacer algo más que solo lamentarme.

—¡Deja de decir tonterías! —comienza a gritar.

—¡Deja de tratarme como una niña! —le grito yo también—. Estoy en Grecia, en una misión donde prácticamente estoy arriesgando mi vida, he recibido una bala, me entreno todos los días para ser la mejor y tengo a alguien que se divierte amenazándome con mi familia. ¿Y de qué me entero? De que mi propio padre ha decidido ocultarme las cosas y verme la cara de estúpida —el coraje en mi voz es notorio.

—¿Entonces eso es lo que quieres? —su tono es más tranquilo y presiento que no es una buena señal—. Estamos demasiado preocupados por ti, yo estoy que me muero por ti, lo único que quiero hacer es protegerte.

—No me protegerás si me ocultas las cosas, papá —el nudo en la garganta me dificulta hablar —. No quiero pelear contigo, pero necesito que estemos del mismo lado.

—Quiero que regreses a casa, Ann.

—He estado entrenando desde niña por una razón y creo que es esta. Por favor déjame contribuir con esto, es mi problema y creo que es justo hacerme cargo de él, tú me lo has dicho ¿recuerdas?, «enfrenta tus problemas con el mentón en alto».

—Pero esto es diferente.

—No estaré sola. —Dudo en lo que voy a decir—. Te tengo a ti y también tengo a Aedion, él ha sido bueno y está contribuyendo en esto. —Me quedo en silencio para que él hable, pero no lo hace—. Nunca habías dudado de mí, ¿por qué ahora sí?

—No lo hago —responde—. Eres la mujer más valiente y capaz que he conocido, eres mi hija y por lo mismo tengo miedo a que te ocurra algo. Si esa es tu decisión la aceptaré, y te apoyaré, eres lo que más amo y estoy seguro de que sabes lo que haces.

—Gracias, papá —algunas lágrimas logran escapar, pero trato de mantener la compostura—. No voy a fallarte.

—Nunca lo has hecho y nunca lo harás.

—Te quiero.

—También te quiero.

—Quiero hacerte otra pregunta —le digo—. ¿Por qué enviaste a André?

—Creí que te daría gusto verlo —responde—. Cuando se enteró de tu paradero empezó a ir con más constancia a vernos y empezó a involucrarse poco a poco con tu caso.

—No me gusta que se entere de estas cosas.

—Habla con él, llevan saliendo por años, él parece entender el estilo de vida que llevamos y no sé si lo acepte o no, pero ha sabido lidiar con cada cosa estos días que ha estado en nuestra casa.

—¿Y que ha hecho en casa?

—Resultó ser muy útil haciendo cuentas, incluso le he enseñado algunas cosas sobre boxeo —contesta—. Él fue quien se acercó a mí y habló conmigo para que le enseñara cosas. Supongo que quiere estar más involucrado para poder entenderte más, no lo sé.

Suspiro con irritación. No me gusta que André esté metido en esto, lo conozco bien como para saber que ver una pistola podría hacer que se le baje la presión.

—¿Tienen problemas? No quiero meterme en lo suyo, pero si pasa algo puedes contarme.

—André no tenía idea de que yo estaba aquí, yo había hablado con él y le dije que estaría con Melissa —le cuento—. Y quedé como una mentirosa.

—No tenía idea de que no querías que supiera la verdad —confiesa—. Ibas a estar tanto

tiempo en otro país que pensé que le habías dicho la verdad. Incluso cuando fue a nuestra casa queriendo saber de ti nosotros le respondimos como si nada y no vi que estuviese sorprendido, por eso no le vi problema.

Termino cambiando de tema y es cuando comenzamos a hablar de lo que ha estado ocurriendo en mi ausencia: a mamá quisieron asesinarla y han llegado más cartas como las de ayer, solo que lo que llegó a alarmar a todos fue que esta vez hayan mandado fotografías mías de un día reciente. Ha tenido que duplicar la seguridad e incluso Melissa se ha estado quedando por cualquier emergencia. Le cuento acerca de mis sospechas hacia Kiyoshi, omitiendo el hecho de que quiso propasarse conmigo la primera vez y tan solo con haberle mencionado que me dio un beso pareció molestarse.

Odio que mi familia esté siendo afectada por estas cosas, y odio más que sea culpa mía. Pero no quiero y tampoco pienso dejar las cosas así. Toda mi vida he trabajado duro para este tipo de cosas y creo que va siendo hora de demostrar mi potencial.

CAPÍTULO 25

Enemies

Angeline

El avión aterrizó en Alemania hace 1 hora. Todo está mal. André y yo apenas nos hablamos, Aedion ha estado encerrado en su oficina desde que llegamos y no ha dejado de mandarme mensajes sobre que André tiene que irse. Pero la cereza del pastel ha sido que Andrea también se ha quedado aquí, no pudo rentar un puto cuarto de hotel porque «ya era demasiado tarde» y según ella no quería darle molestia a los demás yéndose con ellos.

Dejo mi laptop a un lado y volteo a mirar a André; está dormido y demasiado enojado conmigo, nunca lo había visto ponerse así.

Vasiliás también ha venido con nosotros, pero hay algo que no me cuadra bien y es que Aedion no lo ha entregado y tampoco ha mencionada nada al presidente, no sé la razón, pero hay un plan detrás de esto, lo presiento.

Me levanto y salgo al pasillo para luego bajar por algo de comer. No he descansado y el motivo es que no he dejado de pensar en Kiyoshi y en su siguiente jugada. La idea de perder a mi familia por culpa mía me está carcomiendo la cabeza, y no voy a negar que tengo miedo. Es aterrador y seguramente será difícil cazar al Yakuza más importante, pero no es imposible, solo tengo que ser más rápida.

—Creí que ya estarías dormida —una voz a mi espalda me hace brincar.

Me apoyo en la barra de la cocina y miro a Aedion; va sin camiseta y solo con el pantalón puesto. Mi mirada recorre su abdomen marcado y lleno de tatuajes.

—Yo creí lo mismo de ti —le digo una vez que mi mirada se posa en su cara.

—¿Entonces por no me respondes los mensajes? —se acerca al refrigerador que tengo a un lado y saca una jarra de jugo.

—No tengo mi celular a la mano —me excuso.

—Te dije que tenía que irse en cuanto llegáramos.

—Es de madrugada, Aedion.

—¿Y qué? ¿Le da miedo irse caminando al puto aeropuerto? —lo miro mal.

—Mañana por la tarde se irá —él también me pone mala cara.

—¿Es que acaso tiene que estar detrás de ti como un perro?

—Es un buen chico —lo defiendo, o al menos trato de hacerlo. Pelear con Aedion es como pelear con la pared.

—Es un inútil y lo sabes —se lleva el vaso a la boca sin mirarme—. Por eso tienes que estarlo defendiendo, sin ti no es nada.

—Eso no es verdad —suspiro—. Acaba de llegar y vino por una razón.

—Sí, para estorbar nada más.

Ya no digo más, es su casa y al parecer nunca va a cambiar de opinión una vez que toma una decisión. Se termina el jugo y no dice otra cosa, tampoco me mira, solo sale y me deja a solas en la cocina.

Durante toda la noche no pude conciliar el sueño, solo pensaba y contaba los minutos para que amaneciera. Cuando dieron las 5:00 am. me fui al gimnasio y eso logró hacerme olvidar todo lo que traía en mente. Estuve entrenando un poco de todas las artes marciales que me enseñaron y unas horas más tarde me fui a dar un baño. Todos seguían dormidos, a excepción de Aedion, que estaba haciendo ejercicio.

Me cambio y luego me acerco a la cama. André empieza a levantarse perezosamente cuando me siento junto a él. Sus ojos se posan en los míos y quiero morir del arrepentimiento que me atraviesa el pecho.

—Buenos días —canturreo con una sonrisa—. ¿Qué quieres hacer hoy? Quizá tenga algunas horas libres antes de que te vayas.

Él medio sonríe y luego me abraza, obligándome a acostarme junto a él.

—Quiero un beso tuyo desde que llegué, pero he estado tan enojado que no quise pedírtelo.

—Yo también estoy enojada —confieso—. Creo que ambos nos debemos una disculpa, ¿no crees?

—¿Tú por que estás enojada? —me mira con el ceño fruncido.

«Tiene que ser una broma».

—Me ocultaste todas estas cosas que estuvieron ocurriendo en mi ausencia —respondo.

—Sabes que no podía hablarlas.

—Bueno, pues igual sabías que no podía contarte sobre lo que estaba haciendo. —Su respuesta me hace enfadar—. Estamos a mano.

—No quiero que peleemos otra vez, Ann.

—Yo tampoco —me acomodo en su pecho—. Ahora dime, ¿qué quieres hacer?

La respuesta que quiero escuchar creo que no la dirá, pero no debo culparlo, André no es esa clase de chico atrevido.

—Primero quiero un baño —se sienta en la cama—. ¿Podrías darme un beso ya? —pide y me acerco a él.

Mis labios tocan los suyos, haciendo movimientos suaves y delicados. Los besos de André son tiernos y muy lindos, pero han quedado atrás luego de probar aquellos llenos de deseo y furor. Trato de mover un poco más rápido mis labios para intensificar más la cosa, pero se aparta de mí.

—Te deseo, Ann —murmura.

No digo nada. La piel se me eriza y dejo que baje sus besos por mi mentón hasta dar con mi cuello. Cierro los ojos y disfruto de eso, sin embargo, algo se siente diferente y no sé que es.

—¿Quieres hacerlo de nuevo, cariño? —pregunta y asiento levemente.

Mi teléfono suena, pero lo ignoro. Me quito la blusa y me subo a horcadas sobre él, comienzo a besarlo y sus manos viajan por mi cintura y mi espalda.

Y de nuevo ese sentimiento. Ese que me causa una sensación extraña.

Mi teléfono vuelve a sonar y por un momento quiero dejarme llevar por sus besos en mi cuello y escote, pero el móvil insiste en que responda y tengo que separarme de él a regañadientes. Lo tomo y respondo molesta.

—¿Hola? —mi voz suena acelerada.

—¿Y a qué hora piensa irse? —la voz gruñona de Aedion me hace poner los ojos en blanco —. No me hagas ir y sacarlo a la fuerza, que ganas de matar a alguien no me faltan.

—Jodido cabrón... —murmuro entre dientes.

—Tiene menos de diez minutos. —Cuelga.

Es un hijo de perra.

—Tienes que irte —le digo a André. Estoy segura que Aedion no juega con lo que dice, eso lo confirmé en el club—. Te llevarán al aeropuerto y tomarás un viaje para Los Angeles. Le hablaré a mis contactos, te darán un boleto de primera clase en el próximo vuelo.

—¿Estás jugando? —pregunta totalmente confundido.

—Aedion me tiene atareada y odia que mi padre te haya mandado.

—¿Es por eso o hay otra cosa más personal? —pregunta, pero con ese tono que insinúa algo.

—¿Qué quieres decir? —Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Está muy interesado en ayudarte a arreglar tus problemas, se está metiendo de más.

—Aedion solo hace lo que yo le permito que haga —le dejo claro—. Si me ayuda es por que así lo he querido yo. Además, es con quien trabajo y con quien mi padre habló cara a cara para que yo pudiera venir a estar aquí con él.

—A él le gustas.

—No puedes afirmar algo de lo que no estás seguro.

—Me molesta que te hagas la tonta —suspira y comienza a ponerse los zapatos.

—Él es quien me ofreció estar aquí, no puedes desconfiar de que él y yo sólo compartimos cosas laborales, no hay nada íntimo. —Definitivamente, soy una mentirosa horrible.

—No me gusta que estes aquí.

—¿Volveremos a discutir? Hace unos minutos acabamos de dejar una pelea atrás, ¿que ocurre contigo?

—Quiero a mi novia, no me gusta esta versión tuya. —Me señala entera.

—Esto es lo que soy.

—Pues no me gusta —se pone de pie y se acerca a mí—. Mi novia nunca mentiría y tampoco se vestiría como una prostituta por las noches mientras sale con un hombre con el que solo comparte «cosas laborales».

Sus palabras duras aterrizan en mi pecho. «Prostituta». Nunca en su vida me había dicho cosas como estas.

—Vete ya. —Los ojos se me llenan de lágrimas y el pecho de angustia.

—Eso haré, y ni te molestes en hablar para un avión. Yo mismo lo conseguiré.

—Suerte con eso —retengo las lágrimas.

Toma su chaqueta, me mira de arriba a abajo y luego sale de la habitación dando un portazo.

«Prostituta». La palabra retumba en mi cabeza y solo puedo pensar en lo sucia que debí verme aquella vez que fui con Aedion al club.

—¡Señorita! Pudo haberme pedido que lo hiciera. —Becka, la chica que vive en la mansión de los Lorcan, entra a la cocina.

Estos últimos tres días he estado con la cabeza llena de mil ideas de contactarme con Kiyoshi, pero ninguna termina de convencerme. No han ocurrido más incidentes con mi familia, o al menos eso creo. La verdad es que ya no sé si confiarme de eso.

—Está bien, me gusta de vez en cuando mantenerme distraída en cosas que no sean del trabajo.

Llevo toda la mañana horneando cupcakes. Cocinar es algo que me llama la atención. Desgraciadamente no soy buena haciéndolo y no me sé muchas recetas, pero los cupcakes creo que son de las pocas cosas que me salen bien.

Antes solía hornear mucho con mi madre y mis hermanas. A Kylie siempre le gustaba ponerles crema batida encima y a Ellie le gustaba más comerlos con chispas de colores.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta y niego.

—Tutéame, dime Ann. —Le sonrío.

—Lo siento. —Se va al fregadero—. No estoy acostumbrada a llevarme así con los invitados del señor Lorcan.

—Yo no me ofenderé si lo haces. —Me encojo de hombros.

Saco la primera bandeja de cupcakes del horno y les pongo un paño arriba mientras preparo

los otros.

—¿Qué tal va su día? —pregunta y luego ríe—. Lo siento... ¿qué tal va tu día? —Sonrío divertida.

—Normal, no me quejo. Ojalá siga así. —Doy un suspiro y comienzo a llenar los moldes—. ¿Y el tuyo?

—Atareado. Aedion me tuvo dando vueltas de aquí para allá desde el amanecer.

Aedion ha estado metido en su oficina estos días, apenas sale para cenar. Andrea ha estado aquí y la verdad odio su presencia. Cada vez que ella entra a algún lugar la vibra cambia y siempre espera a que me vaya, pero nunca lo hago. Los entrenamientos comienzan mañana y de nuevo estaremos entrenando con Feder, lo que significa que quizá mañana ya se vaya a quedar a un hotel.

—¿Y eso?

—¿Eres alguien en quien puedo confiar? —Su pregunta me hace sonreír.

—Becka... —Ella ríe.

—Aedion es muy cambiante de humor —«dímelo a mí»—, pero estos días ha estado muy extraño. La cosa que lo tenga así debe ser muy grande, pocas veces lo he visto de esta manera.

No es un secreto que las actitudes del tatuado sean así, sin embargo, creí que estaba molesto debido a que no le he estado hablando estos días por la manera en cómo corrió a André y por haber sido un mentiroso conmigo.

—¿Desde cuándo lo conoces? —pregunto.

—Hace seis años me dio asilo a mí y a mi madre —me cuenta—. Desde entonces he vivido aquí.

La verdad no me esperaba una respuesta así.

—Debe ser difícil vivir con Don gruñón bajo el mismo techo —me quejo, volteando los ojos.

—¿Quién es Don gruñón? —la voz de Aedion suena por toda la cocina y ambas volteamos a mirar hacia la puerta.

Tiene puesto solo el pantalón de pijama y unas pantuflas. ¿Cómo se supone que voy a ignorarlo si va así por la casa?

—Un imbécil que conozco de por ahí —finjo restarle importancia y él me mira mal.

Rebecka solo sonríe cabizbaja mientras enjuaga los platos.

—¿Te faltan ovarios para decirlo en voz alta, bruja? —Se acerca a la barra y se para al lado mío.

—¿En serio eres tan cabezota como para no entender el sarcasmo?

—No juegues conmigo si no te vas a aguantar. –Me amenaza y le sonrío de oreja a oreja.

Tomo la bandeja y la meto al horno. Me acerco al refrigerador y saco bolitas de blueberry y las fresas que puse a desinfectar.

—¿Ahora eres cocinera? —pregunta, recargándose en la encimera.

—¿Ahora eres Don preguntón? —lo molesto.

Saco una tabla de madera y comienzo a picar las fresas.

—Iré a barrer allá arriba —anuncia Becka y sale de la cocina.

—Te ves sexy cocinando —dice y meto las fresas picadas a la licuadora junto a los blueberrys —. Y tierna también.

Toma una fresa y se la mete a la boca. Yo me quedo cómo una tonta mirándolo. «Quisiera que mi boca fuera esa fresa»

—Soy sexy y tierna todo el tiempo —digo con una sonrisa y me doy la vuelta para que no pueda notar mi sonrojo.

Saco la leche y regreso para servirla en la licuadora.

—Qué pesada —se queja.

—Esfuérzate más. —Le guiño un ojo y enciendo la licuadora cuando empieza a hablar—. ¿Qué? No te escucho. —Me encojo de hombros y él pone mala cara.

Voy por un vaso y el frena el aparato de mal humor.

—Me estás colmando la maldita paciencia —comenta mientras yo vierto el licuado en el vaso —. Ya perdí la cuenta de cuántas veces...

Le pongo el vaso enfrente y hago que lo tome.

—Shh, calla y desayuna —no puedo describir su expresión—. ¿Quieres tu cupcake con crema batida? —le pregunto al ver que no se mueve.

—¿Quién te dijo que desayuno esto? —pregunta mientras se sienta en un banco, con una expresión de curiosidad mezclada con sorpresa.

—Nadie tiene que decirme —comienzo a ponerle la crema a los panqués—. El batido yo misma he visto cómo te lo preparas y los cupcakes fueron idea mía, pero sé que te van a gustar.

No dice nada. Solo se limita a mirarme mal y a arrebatarme el cupcake al que le acabo de echar crema. Se da media vuelta y sale por la cocina llevándose su mal humor.

Su mal y cambiante humor ya no me sorprende. Aunque no se me olvida lo que dijo Becka hace unos minutos. ¿Por qué estará raro? ¿Será que descubrió algo sobre mi problema? «Lo dudo».

Termino de decorar los cupcakes y luego de unas horas termino de alzar y dejar todo limpio como lo encontré.

Quizá debería llevarme lo que hice, no quiero que Andrea coma de lo que me estuve esforzando por hacer. «Basta, Ann». Debo dejar de darle importancia, ¿si no cómo voy a molestarla? Decido que no y dejo los cupcakes sobre una charola, amontonados haciendo una pirámide.

Salgo de la cocina y me voy a la sala de estar. Aquí nunca hay nadie, con tremenda casa y con pocas personas viviendo en ella, puedes estar donde tú quieras. Me siento en uno de los sofás y me pongo a revisar mi teléfono; entro en Instagram y contesto algunos mensajes de Maksim, Efraín y Maya.

No he hablado con André; apenas me enteré de que llegó bien a Los Ángeles.

No seré yo la que ceda esta vez. Aunque en la discusión sus puntos hayan sido válidos no quita el hecho de que me habló mal. Sé que he hecho mal, todos los días pienso en los errores que he estado cometiendo, pero el no lo sabe y ese es un gran punto a mi favor. Él me llamó «prostituta» y todo el tiempo esa palabra ha estado en mi cabeza jodiéndome y haciéndome sentir peor de lo que ya estoy. No me gusta pelear con él, y quizás esté siendo orgullosa, pero si le pido disculpas le daré la razón y hasta podría desconfiar más de mí.

Estoy un rato viendo mis redes sociales, pero al final termino en mi galería y entro al video que ha estado rondando en mi mente para recordarme que hay una joyita que podría poner todo patas arriba. «Mierda», fue culpa del alcohol hacer algo así. En mi vida se me habría ocurrido grabarme teniendo relaciones.

Miro el video y pongo atención; Aedion me está sosteniendo la cadera mientras me embiste. Puede verse su «V» marcada y también sus gestos. Su mano envuelve mi cabello y mis gemidos solo hacen que me penetre con más rudeza. Tan solo de ver esto ya me he puesto caliente. ¿Cómo se supone que voy a borrar esta cosa?

—¿Te pones a ver porno en cualquier lugar? —la voz de Andrea a mi espalda me hace quitar el video deprisa, pero tratando de disimular.

Está de pie en el marco de la entrada. Trae en la cara su típica expresión de querer joder, aquella que quiere denotar superioridad.

—A veces —respondo y vuelvo a mirar mi teléfono.

—Se me olvida que solo eres una cría de 18 —respiro hondo—. Tranquila, es normal que veas esas cosas, pero... ¿qué pensaría tu papi al ver qué haces este tipo de cosas? —Me dan ganas de reírme—. Por cierto, muy ricos los pastelitos que hiciste —se chupa los dedos.

—Mi padre probablemente solo diga que lo haga cuando esté en un lugar a solas y yo le diré «Lo siento, es que una anciana metiche vino a meterse a donde nadie la llamó» —sonrío—. Y respecto a los cupcakes...puedes tomar los que quieras, siempre y cuando Aedion te dé permiso, ya que son de él —miento, pero respondo con tranquilidad.

—Él no tiene que darme permiso de nada. —Sonrío de oreja a oreja y vuelvo a poner la vista en mi celular—. ¿Crees que no me doy cuenta como te le insinúas cada vez que lo miras?

—¿Otra vez te sientes amenazada? —me burlo.

—Aedion nunca se fijaría en alguien como tú, eres solo una cría y tienes todo lo que él odia.

Sonrío con el ego elevado hasta los cielos.

—¿Estás segura de eso? —Quiero gritarle a la cara que me lo cogí un montón de veces y enseñarle el maldito video.

—Por supuesto que sí. —Me señala completa—. Mírate, eres tan... —la corto antes de que me insulte.

—Las putas pelean por su clientela, y yo no soy de esas. Pelea tú sola, porque yo nunca pelearé con una mujer por un hombre —digo mientras me pongo de pie, mirándola con desdén —. Qué bajo has caído, Andrea... pero bueno, ¿qué se puede esperar de una fracasada? —Camino hacia ella, para irme de ahí.

Al pasar junto a ella, me agarra de los hombros y me empuja contra la pared. Mi reacción es automática; en un solo movimiento, la giro y la pongo contra la pared, mi mano rodeando su cuello mientras la miro con una mezcla de advertencia y control.

—¿Quieres pelear a este nivel? Sabes que no vas a ganar.

Pongo mi cara a pocos centímetros de la suya y la miro a los ojos, incitándola a que suelte otro movimiento, pero no lo hace. Puede fácilmente darme otro golpe y se está conteniendo, puedo verlo en su cara llena furia.

Su mirada viaja de mis ojos hasta las escaleras qué hay detrás de mí y de pronto sus ojos comienzan a humedecerse para un segundo después soltarse a llorar.

—¡Mira lo que está haciendo! ¡Me está atacando! —solloza y volteo para encontrarme con Aedion en el principio de las escaleras.

No la suelto, al contrario, aprieto más mi agarre, al grado de hacer que comience a tomar aire con frustración.

—Basta —escucho su voz detrás de mí, pero no le hago caso.

La cara de Andrea se pone roja.

—Angeline, basta. —Sus manos rodean mi cintura y me aleja de un jalón.

Andrea empieza a respirar con desespero y lo único que quiero hacer es terminar de matarla.

—No quiero verla de nuevo o te juro por Dios que voy a asesinarla —le digo furiosa al tatuado antes de salir de ahí.

CAPÍTULO 26

Até

Aedion

La cabeza está a nada de explotarme.

Tener a Andrea siguiéndome y quejándose me esta dando jaqueca. Desde el primer día que se quedó aquí su comportamiento me empezó a cansar. Empezó con sus tonterías de tener celos sobre cualquier cosa, y a pesar de que he tratado de sobrellevarla no puedo evitar cabrearme cada vez que cambia su carácter.

—¿Acaso no viste lo que hizo? —dice por décima vez.

Me siento frente al escritorio.

—Es una pregunta estúpida, Andrea —respondo irritado.

Se me para enfrente con los brazos cruzados.

—¿Y no vas a hacer nada? —me mira molesta—. Me prometiste que yo sería quien gobierne a tu lado. ¿Permitirás que sucedan estas cosas?

Hay una razón muy sencilla por la cual prometí eso. Ella todavía tiene contacto con la interpol y todos estos años me ha dejado en claro que ella no se metería con ellos. Así que solo fue cuestión de decirle un par de cosas amorosas para que aceptara. Necesito saber un par de cosas antes de entregar a Vasiliás y si todo es como creo que es, las cosas cambiarán, pero por ahora necesito que todo esté tranquilo y bajo control. Pude haber amenazado a Andrea y obligarla a sacar la información, pero necesito tener toda su confianza para que siga en el equipo. Quiera o no ella tiene mucha experiencia en misiones, es ágil y sabe hacer las cosas bien.

—Ambos sabemos que pudiste defenderte. No sé por qué te haces la indefensa.

—Ya te había dicho que ella amenazó con matar a toda mi familia —los ojos se le llenan de lágrimas.

Siendo sincero... sí, creo que Angeline sea capaz de hacer algo así. Pero para eso tiene que haber una razón detrás, de lo contrario nunca hubiese abierto la boca. Y conociendo a Andrea sé que es muy irritante y posesiva. Ya veía venir este momento.

—Tranquila, hablaré con ella.

—Quiero que se vaya —dice y me dejo caer en el respaldo de la silla.

—Ya te había dicho que no puedo hacer eso.

—¿Te da miedo su padre o qué? —Me molesta, pero me mantengo en mi sitio.

Ahora menos le daré la razón.

—Se llama tener palabra —corrijo—. La mafia azul tiene un trato conmigo que no puedo romper.

—¿Por qué no? —insiste.

—Por que hice una promesa y no de las normales —explico.

Necesitaba decírselo porque sé que solo así dejará de molestar.

Las promesas de sangre son un pacto que mi familia ha manejado desde hace ya muchos años. Nunca creí que alguien más supiese de ellas hasta que Leonel Mikaelson me hizo jurar que no le contaría nada a Angeline sobre lo que estaba ocurriendo en su casa.

Las promesas se manejan en casos especiales y solo cuando el caso sea de muy alto riesgo. Si tú llegas a romper alguna se te cobrará asesinando o torturando a alguien muy cercano a ti sin protestar. Por eso siempre debes de tener palabra cuando haces una promesa. Por eso muchas mafias les temen.

A Angeline no solo le ocultaron que quisieron matar a su madre, sino que la secuestraron y torturaron para sacarle información sobre donde podría estar su hija. Y aunque haya podido escapar, la perra de Anastasia debió aflojar la lengua porque poco tiempo después fue que le tomaron fotos a Angeline en el hotel de Vasiliás.

—¿Qué pretendes que haga entonces? —bufa.

—Sobrellevar el problema como la adulta que eres.

—No puedo creer que hagas estas cosas... —niega y sale de ahí dando un portazo.

«Por fin». Creí que la tendría detrás todo el día.

Empiezo a hacer mis deberes; organizar mis días con Lucian, resolver problemas sobre la distribución de la coca y arreglar cosas pendientes con «socios» que me deben.

Estar en la cima implica estar ocupado la mayoría del tiempo. Tener que organizar y planear cada paso que vas a dar y resolver asuntos tan rápido como puedas. Es agotador, pero amo tener el poder.

Voy a la cocina por la tarde y tomo un par de los pastelillos que hizo la bruja. Los ha decorado con chispas de colores y crema batida. Cualquier mafioso que me mire comiendo estas cosas junto a mi malteada de fresa con blueberry se burlaría de mí de por vida. Es como un maldito insulto, aunque solo se trate de comida. «Pero qué ricos quedaron». Me llevo un par más a mi oficina.

Mi teléfono vibra mientras estoy revisando algunas cosas en mi laptop y al mirar el nombre en la pantalla me pongo tenso.

Dejo que la llamada termine sola y al instante aparece un mensaje.

«No puedes vivir ignorándome, Carsten. Pronto nos veremos y lo mejor será que me des una explicación para justificar tu comportamiento».

Carajo.

No respondo y tampoco los siguientes dos mensajes más que me envía. Me siento mal por lo que hago. Por ignorar y no afrontar las cosas. Pero no puedo darle la cara a esa mujer luego de estar bajo el mismo techo con alguien a quien ha intentado asesinar desde el momento en que nació.

Tengo que sacarla de aquí antes de que todo se arruine.

Angeline

Golpear, golpear, golpear.

Es lo único que quiero hacer desde hace ya un rato. Tengo ira. Ganas de arrancarle la maldita cara a Andrea y dársela de comer a las ratas. Si antes no la soportaba, ahora menos.

Estoy haciendo un esfuerzo por no prestarle atención a ella ni a sus intentos de molestar, pero cuando alguien no me cae bien simplemente no puedo fingir, y si estaba haciendo algún tipo de esfuerzo, se acabó. ¿Quiere conocer mi lado cruel? Lo hará.

—¿Qué pasó con la chica que hornea pastelillos? —la silueta de Aedion aparece en el marco de la entrada.

Le lanzo una mirada airada.

—No quiero bromear ahora —le advierto.

Se acerca a mí y le doy una mirada de reojo antes de volver a golpear el saco de boxeo.

—Cuéntame que fue lo qué pasó, Liebe. —Se recarga junto a una de las máquinas y me mira expectante.

—¿No fue claro? —Ruedo los ojos.

—Solo quiero saber ambas versiones.

–No te daré la queja. No eres mi padre.

Miro de reojo cómo reprime una sonrisa.

—Cuéntame y a cambio yo te diré algo que quizá pueda interesarte.

Sabe dónde picar.

Dejo de lado el costal y me quito los guantes.

—Le molesta mi presencia porque tiene una mala autoestima. Me amenazó en el avión y quiso amenazarme hoy también.

—¿Y tú le crees?

—Por supuesto que no —respondo—. Ni siquiera le puse atención a todas las pendejadas que decía. Pero hoy cruzó el límite —me cruzo de brazos.

—No volverá a tocarte —dice y sonrío incrédula.

—¿Por qué? ¿Porque ya hablaste con ella? No necesito que des la cara por mí.

—Deja de ser una malagradecida —me regaña—. Ni siquiera tengo que decirle nada, simplemente a la próxima que te toque seré yo el primero en arrancarle los dedos uno por uno.

Eso me hace sonreír.

—Despídete del sexo con ella luego de eso —digo.

—El sexo es lo que menos me hace falta si te tengo a ti aquí conmigo. —Arqueo una ceja.

—No soy una prostituta.

—Eres una princesa para el mundo y para mí, pero actúas como una puta cuando estás en mi cama —sus palabras encienden algo en mi interior.

Si sigue hablando así no será muy conveniente para mi autocontrol.

—Ahora tienes que decirme algo tú —le recuerdo y mantengo distancia.

—Necesito que me ayudes y apoyes en algo —dice, cambiando su semblante a uno serio.

—Dime —me empino la botella de agua.

—Lo que voy a contarte es algo que traigo entre manos desde hace unos días. No lo he mencionado a nadie, solo lo sabrían tú y Lucian —lo miro expectante—. Te lo voy a resumir; creo que el presidente nos está utilizando para luego matarnos o amenazarnos.

«Hace unos días hablé con él y se le escuchaba nervioso, como si alguien estuviera con él. Insistió en sacar información no sólo de Vasiliás, sino que también quería saber la identidad de cada uno de nosotros. Dijo que quería nuestros expedientes y que solo era por precaución, pero desde un principio se le dijo que no se revelarían las identidades de los demás. Al final cortó la llamada a mitad de la conversación. Lucian la grabó como siempre y encontramos voces en el fondo, y una le indicaba lo que tenía que decir.»

—O sea que lo están amenazando.

—No tengo idea —suspira—. Es lo más probable, pero para eso necesito que Andrea siga en el equipo.

Pongo los ojos en blanco.

—Ella tiene contactos en la Interpol que podrían sacar el expediente del presidente —explica —. Es alguien corrupto que ha cometido muchos errores, todos lo encubren, pero yo no pienso hacerlo. Por eso la necesito, quiero sacar toda información sobre él y tener un respaldo por si las cosas salen mal —me pongo pensativa, intentando conectar cada punto del asunto—. O igual descubriríamos si está trabajando con la Interpol para atraparnos.

—Por eso mandó a que secuestráramos al sicario más peligroso de Grecia. Le ahorraríamos tiempo y se lo daríamos en bandeja de plata.

—Sería la primera cosa buena que haría por Alemania. Vladimir es muy famoso en estos lados por haber asesinado ya a varias personas.

—¿Entonces qué haremos? —pregunto.

—Estoy manipulando a Andrea, solo quiero que sea más fácil y menos escandaloso todo.

En mi cabeza cruza un «no» absoluto, pero el ahora me está ayudando a encontrar a Kiyoshi y aunque no me lo esté sacando en cara lo tomo muy en cuenta. Así que…

—Está bien —acepto—. Solo ten en cuenta que no me dejaré si intenta decirme algo de nuevo.

—Ella quiere que te vayas —sonrío divertida—. Lo mejor será que la ignores como hasta ahora has hecho. Solo busca qué sacar para que yo te eche de aquí.

—¿Y lo harías? —Me acerco a él y lo miro a la cara—. ¿Permitirías que ella me echara por capricho?

—No me hagas responder, Liebe. —Posa sus manos en mi cintura y aprieta mi piel.

Pongo las manos sobre su pecho y le dedico una media sonrisa.

—No te perdono aún por ocultarme las cosas —confieso—, pero aprecio lo que haces por ayudar a mi familia.

—Te ayudo a ti.

—Es lo mismo.

—No lo es —sonrío por su terquedad—. Por cierto... ¿sabes cómo te llaman ahora? —frunzo el ceño.

—¿Quiénes?

—Las mafias —responde—. Siempre fuiste famosa por tu padre, pero de alguna manera se corrió el rumor de cómo te enfrentas a los demás y ahora la mayoría te admira y quiere unir fuerzas contigo. —Me echo a reír.

—Eso es mentira —niego—, solo quieres subirme el ego.

—Es en serio —insiste—. Pero lástima, estás conmigo.

Lo dice con orgullo y eso hace que las mariposas en mi estómago revoloteen como locas.

—¿Cómo me llaman? —pregunto.

—Te dieron el nombre de una diosa demonio —sonrío con diversión—. Y la verdad creo que sí te queda.

—¿Ah sí?, dímelo.

—Até —frunzo el ceño.

—¿Quién es?

—Es la Diosa de la fatalidad y del mal —contesta—. Se dice que fue expulsada del Olimpo por generar la discordia.

—Queda tanto conmigo… —ironizo.

—Es la Diosa-Demonio que controla la venganza, la injusticia, la perversidad y fatalidad —comenta—. Le gusta causar el mal a los hombres.

—La investigaste bien —me burlo.

—Tenía que ver porque te llamaron así. —Se encoge de hombros.

Un apodo así me hace ver que los demás me ven como alguien muy... diferente. Ser conocida nunca me había pasado por la cabeza. En el mundo de la mafia si no eres quien manda es mejor pasar desapercibido, y que las personas estén enfocadas en mí me hace correr peligro más de lo normal, pero igual, me da fama y puntos de intimidación.

Y lo que queda es hacer de mi debilidad una fortaleza.

Caigo contra el piso del ring y enredo mis piernas alrededor de la cabeza de Stefan, creando una llave.

—Tiempo —dice Feder y lo dejo libre.

Fue una mala decisión poner a Stefan contra mí. Sigo siendo más rápida y ágil que la mayoría aquí. Ponerme contra Stefan es como si pusieras a pelear a un león contra un antílope.

—Qué piernas, mujer —dice entre jadeos.

—Lo siento —sonrío divertida.

—Piernas de gorda no cuentan —escucho murmurar a Andrea.

Me tengo que morder la lengua para no decirle algo que le deje la autoestima en el piso. «Paciencia...paciencia...»

—Eso estuvo bien, Angel —me pongo de pie—, y muy mal para ti —Feder señala a Stefan.

—Ni que lo diga —dice Nolan y Stefan le enseña el dedo corazón.

—Tendrás que pasar más horas conmigo para poder entrenarte bien —dice—. Te veré aquí dos horas antes de entrenar con los demás y no podrás irte hasta que termine todo el entrenamiento con todos —hago una mueca para Stefan.

Son como cinco horas.

—Está bien —acepta derrotado.

—Pueden irse. Los veo mañana —dice Feder y todos nos preparamos para irnos.

Estaba guardando mis toallas en la mochila cuando Efraín se acercó a mí.

—¿Qué harás esta tarde?

—Nada importante, ¿por qué? —le pregunto.

Se lleva la mano a la nuca y lo miro con curiosidad. Nunca lo había visto nervioso.

—Quiero que me acompañes a comer —dice y Maya se le para a un lado.

—Claro —respondo y lo sigo mirando con extrañeza—. ¿Está todo bien? —le pregunto y miro de reojo a Maya.

—Perdón por ser entrometida —dice la morena con una sonrisa tímida—. Hablé un poco con Aedion y lo convencí de ir a algún lado mañana para desestresarnos.

—¿A dónde? —se mete Mak.

—A un antro del centro.

—¡Sí, por favor! —grita Nolan, el cual está escuchando la conversación a un lado—. Ya hace falta hacer algo así.

—Bien —respondo sonriente—. ¿A qué hora?

—Nos vemos a las ocho en el club Dinamite.

Todos asentimos.

Me despido de todos y antes de irme quedo de verme con Efraín en un restaurante del centro. No sé qué lo tiene tan nervioso, pero si me está incluyendo es porque quiere que ayude o algo tengo que ver.

Al llegar a la mansión subo a darme un baño y al salir me coloco un vestido holgado de color amarillo y unos tenis blancos. Alemania se me hace un lugar muy rústico y elegante. Me gusta ese aire anticuado y quizá un poco cultural. Cualquier tipo de muda de ropa queda bien con el lugar, por eso no tengo que esforzarme, aunque se trate de un lugar ostentoso.

—¿A dónde vas? —pregunta Aedion cuando paso frente al salón.

Está sentado en uno de los sofás con su laptop encima.

—Saldré con Efraín a comer —respondo.

Su mirada me recorre de pies a cabeza y noto como se pone rígido. No dice nada y vuelve a bajar la vista hacia la pantalla de su laptop.

Salgo de ahí y le digo a uno de los escoltas que me lleve. Le doy la dirección y se pone en marcha.

Las cosas con André van empeorando cada vez más. Ya casi no hablamos desde nuestra

última pelea. Fue como si hubiésemos puesto una pared en medio de ambos y ninguno quisiese saltarla. Es complicado y también muy triste, pero las cosas no mejorarán hasta que yo pare de hacer cosas a sus espaldas y él deje de insistir en que quiere que regrese.

Trato de ponerme en su lugar, y siendo honesta, entiendo que no sería fácil aceptar que él hiciera lo mismo que yo. Más allá de la infidelidad, él sabía desde el principio que estar conmigo implicaba ciertos desafíos. He hecho muchos sacrificios pensando en lo mejor para ambos, sin esperar reconocimiento, porque los hice desde el corazón. Sin embargo, creo que también es importante que valore el contexto de mi vida, que siempre ha sido compleja y probablemente lo seguirá siendo. No tengo la opción de simplemente despedirme de mi familia y construir una vida común en otro lugar. Mi realidad está marcada por las circunstancias de mi familia, y eso es algo que no puedo ignorar.

«Si del cielo te caen limones aprende a hacer limonada».

Y dado a que no puedo salir de este infierno lo único que me queda es poder domarlo. Ser la mejor y ganarme un maldito lugar para pasar días tranquilos o mínimo para darles a las personas que quiero esa seguridad que se merecen cuando me rodean.

Por eso me entreno, por eso me apunto a cualquier cosa que tenga que ver con la acción. Para muchos eso es meterse de más, pero para mí, la hija de Leonel Mikaleson y Anastasia Bellows, es solo una batalla por la cual tienes que pasar.

Al llegar al restaurante le digo al escolta que le avisaré para que pase a recogerme y él dice que estará dando vueltas por el lugar por si ocurre cualquier cosa. Salgo del auto y me adentro al Gräfin. Un sitio de estilo rústico, muy clásico (supongo) y de un solo piso no tan grande.

Visualizo a Efraín sentado en una de las mesas con una chica frente a él. La chica me está dando la espalda y solo puedo alcanzar a distinguir su cabello rubio pálido, casi blanco. Me acerco a ellos y sonrío amable al ver mejor a la chica.

—Hola —saludo.

—¡Hola! —ella se pone de pie y me da un abrazo muy amistoso—. Me da mucho gusto conocerte.

Se aleja de mí y miro a Efraín en busca de una explicación, pero solo finge sonreírme.

—Ella es mi hermana —dice el rubio.

¿Pero por qué se pone así?

—Soy Amelia —se presenta ella—. Ef ha hablado mucho de ti, pero... ya veo que de mí no mucho —vuelve a sentarse.

Me siento en medio de ambos.

—No me gusta hablar de mi familia, Lia —le dice él—. Deja de poner esa cara. ¡No hice nada malo!

—¡No! Por supuesto que Ef ha hablado de ti —digo de inmediato—. Lo siento, estoy muy despistada el día de hoy.

—Haré como que te creo —dice con una sonrisa—. ¿Cómo estás? ¡Qué hermosa eres! Efraín había dicho que eras su mejor amiga y que nunca me arrepentiría de conocerte, así que cuéntame más sobre ti.

Efraín mete la cara entre sus manos y sonrío con ternura al enterarme de sus palabras.

—Estoy bien —respondo—. Tu igual eres muy hermosa, justo como Efraín lo mencionó. De hecho, son muy parecidos. —Ella se echa a reír.

Y no miento. Sí parecen parientes. El cabello casi blanco, la piel pálida y los ojos azul cielo no los tienen cualquiera. Ella lleva máscara de pestañas, pero apuesto a que son tan blancas como las de Efraín.

—No digas mentiras —bromea—. Este muchacho de aquí es menos guapo, de hecho es el más feo de la familia.

—¿Quieres dejar de ser una bravucona? —le reprocha su hermano.

—Ay, ya —le resta importancia—. Tengo que ir al baño, regresando podemos hablar de todo lo que vamos a hacer juntas.

Se pone de pie y me le quedo viendo con el ceño fruncido mientras se aleja. Volteo a ver a Efraín y él tiene una sonrisa forzada en la cara.

—¿Qué haremos juntas? —pregunto y entrecierro los ojos.

—Necesito que me hagas un favor —empieza a decir—. Mi madre murió hace tres días —abrí la boca para hablar, sin embargo él no me dejó—. No digas nada. Mi madre estaba loca, tenía tantos problemas mentales que ni siquiera pudo darnos una infancia sana y normal.

—Lamento... —me interrumpe.

—Amelia cuidaba de ella y ahora que mi madre falleció tuvo la idea de venir a estar conmigo —suspira frustrado—. A ella sí le afectó y no quise decirle que no...

—¿Y qué necesitas? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Necesito que hables con Aedion para que la deje entrar al equipo —hago una mueca—. Sabe usar armas y también sabe pelear, tiene el papel básico para entrar. Así ella podría estar conmigo.

—¿Por qué no le explicas la situación? Ella seguro lo entenderá.

—No lo creo —suspira—. Le dije que la habían aceptado. Echarme para atrás solo empeoraría las cosas. Y en serio no sabes cómo se pone cuando le miento...

Volteo hacia la dirección donde ella se fue y la veo salir de los sanitarios.

—Bien, te ayudaré —le digo rápidamente, antes de que ella llegue.

—Te adoro... —dice bajito cuando llega su hermana.

CAPÍTULO 27

El pasado

Angeline

Desde que era pequeña mi padre me acostumbró a no hacer rabietas cuando me decía que no a alguna cosa.

Había veces en que quería una muñeca, pero mi padre me decía que no podía comprármela, aunque tuviera el dinero. Con el tiempo entendí por qué lo hacía: quería evitar que me convirtiera en alguien que hiciera berrinches por cosas materiales. Y funcionó. A diferencia de mis hermanas, yo nunca hago una rabieta cuando me falta algo o cuando no puedo obtener lo que quiero. Tampoco armé una escena cuando mi padre me negaba permiso para ir a alguna fiesta o evento.

Todos somos distintos, pero cuando a mí me dicen que no es no. Por eso mismo no me gusta pedir o exigir. Me gusta hacer las cosas por mí misma y si quiero comprarme alguna cosa no paro hasta conseguirla, pero nunca lo hago rogando a alguien.

Bueno, nunca creí que llegaría este momento.

—Por favor... necesitamos a alguien más —invento, pero ya no sé de donde más rascar—. Somos nueve, un décimo no nos haría mal.

—Ya dije que no —responde y mi molestia sigue aumentando cada segundo.

—La conocí y es buena, puedo asegurártelo —me paro frente a la puerta cuando veo sus intenciones de salir.

—Muévete —ordena, pero no hago caso—. No acabes con mi buen humor, Angeline.

—Solo tienes que decir que sí y listo, me voy.

—¡Que no! —grita, furioso.

Lo miro con desaprobación y dejo escapar un suspiro pesado.

—Soporto todos los insultos de Andrea para que nada salga mal. No me vendría mal una amiga.

Dios, a qué grado he llegado.

—Tienes a Maya.

—Maya es amiga de Andrea, ella no me inspira confianza.

—Ese no es mi puto problema.

—Por favor, hazlo por mí... —ruego y pongo mis mejores ojitos de cordero.

Se me queda mirando mal. Sus ojos grises me recorren la cara y me siento pequeña bajo su mirada helada.

—No quiero que vuelvas a pedirme otro favor como este —sonrío—. No me gusta meter a personas que no conozco a trabajar con nosotros. Los pongo en riesgo a ustedes y a mí también.

—Gracias —hablo bajito.

—Y viendo como están las cosas contigo... es arriesgado confiar en alguien.

«Tiene razón». Claro que la tiene.

Le agradezco y salgo de ahí para luego dirigirme hacia mi habitación y avisarle a Efraín la respuesta de Aedion.

Supongo que por un amigo a veces tienes que hacer sacrificios así.

Me miro en el espejo por última vez antes de tomar mis cosas y salir de la habitación.

Me he puesto un vestido blanco corto. Las mangas van caídas por los hombros y la tela es abultada en esa zona y parte del escote. Es elegante y es de mis vestidos favoritos.

Hoy ni siquiera tengo ganas de bailar o beber; simplemente voy para no quedar mal con la hermana de Efraín. Siento el peso de todas las cosas que han pasado cargado sobre mis hombros, y aunque estoy agobiada, no quiero rendirme hasta detener esta situación. Tener que salir a un club solo retrasa todo.

Aedion ya se fue con Andrea. Parece que todo esto que tengo con él se basa en acuerdos y chantajes. No sé por qué sigo aceptando. «Porque te gusta estar con él». Es un punto válido, aunque quizá no sea suficiente, pero... ¿y él? Si tanto le gusta acostarse con otras y le molesta que a mí no me parezcan muchas de las cosas que hace, ¿por qué sigue conmigo?

Para eso sí que no tengo una respuesta.

Salgo de la mansión y subo al Audi de uno de los escoltas que se encargará de llevarme y recogerme. Yo no conozco la ciudad y sería muy fácil perderme entre las calles, es por eso que mejor no salgo sola.

Efraín

El club Dinamite es de los mejores que existen en la ciudad, lo sé porque lo googleé antes de venir.

Es moderno, con luces de neón de colores por todos lados, vasos y copas de colores divertidos y meseras vistiendo prendas diminutas. Podría decirse que parece más un burdel o algo parecido, porque incluso hay tubos delante de los sofás donde estamos sentados.

Estamos en la sala VIP, en la primera planta. Tan solo nos separa una cortina casi transparente de la pista de baile y un par de grandulones que cuidan la entrada.

Todos están sentados en los sofás charlando con Amelia, a excepción de Andrea, que no ha dejado de hacerle cariñitos melosos a Aedion.

Aedion nunca dura tanto con la misma chica y me sorprende verlos juntos después de tanto tiempo. Me pongo de pie y recorro las cortinas para recargarme en el barandal, saco mi cajetilla de cigarros y enciendo uno. Angeline debe estar echando humo por las orejas sabiendo que está con Andrea. Quizá por eso esté tardando en llegar.

—Dame uno —dice Raymond a mi lado.

Saco el paquete y toma uno, lo enciende y vuelvo a guardar la cajetilla.

—Tu hermana es más habladora que tú —comenta a mi lado.

—Amelia es como una lora. Nunca puede callarse.

—Es agradable —admite—. Y hasta ahora no ha puesto la típica cara de culo que pones tú todos los días.

—Le estás rascando los huevos al tigre, cabrón —se echa a reír.

—¿Lo ves? parece que ella sacó la parte linda y sociable que te falta a ti.

—No me preocupa ser un asocial.

—Claro... —ahora soy yo el que sonríe.

Tiro la colilla del cigarro al piso.

—¿Por qué no habías mencionado que ella existía? —pregunta.

Saco otro cigarro.

Raymond, Nolan y Maksim han sido con quienes más he entablado una amistad. Los conozco desde hace tiempo y realmente son los únicos amigos que tengo en todo el mundo.

—Mi infancia no fue normal —confieso, por primera vez en voz alta.

—¿Por qué? —pregunta.

La sensación amarga aparece en mi pecho como cada vez que recuerdo algo de mi pasado y le doy una calada larga al cigarrillo antes de seguir.

—Mi padre era un adicto que golpeaba a mi madre todos los días, la humillaba como si fuera un fenómeno —doy otra calada larga—. Ella tenía esquizofrenia y decía cosas extrañas que él callaba a golpes. Amelia fue como una madre desde que tenía siete años; me preparaba la comida, me llevaba al colegio y siempre me protegía de él —arrojo la colilla del cigarro—. Él murió cuando yo tenía quince y Amelia diecisiete, pero, aun así, las cosas no cambiaron.

—Lo siento, yo...

—Yo huí como un cobarde y dejé a mi familia atrás por mucho tiempo —sonrío amargamente—. Empecé de cero. Fui a la universidad, me gradué en pediatría y me empezó a gustar la acción.

—Fue cuando Aedion te encontró.

—Sí —afirmo—. Hablar de mi pasado no me gusta y Amelia está en él.

—Entiendo —dice—. Amelia comentó que tu madre murió hace tres días, lo lamento mucho.

—Gracias —le digo sincero.

Se da media vuelta y luego de unos segundos regresa con dos cervezas en la mano, me tiende una y ambos le damos un sorbo.

—Ánimo, tigre —dice y sonrío.

Mi mirada cae en la pista de baile, y para ser más específico; cae en ella.

Angeline camina hacia acá con ese porte de mujer poderosa e indiferente. La mayoría se gira a mirarla porque probablemente es la más hermosa del lugar.

—Parece un ángel —dice Ray a mi lado.

«Un ángel con alma de demonio».

Soy el único chico en la tierra que no se enamoraría de ella. La quiero y en verdad la quiero bastante. Estos meses con ella han sido suficientes para haberle agarrado cariño a esa chica enojona. Pero lo que siento por ella no es lo que sienten los demás. No hay deseo o morbo. Simplemente estoy encantado de su personalidad. Dicen que no se trata de tiempo, sino de química. Y yo con ella encajo bien y me siento bien. Es como si con ella tuviese esa relación de hermanos que nunca pude tener con Lía.

—Hola, chicos —saluda en cuanto el grandote la deja pasar.

—Tardaste mucho —le digo.

Se acerca a darnos un beso en la mejilla.

—Tenía que escoger un vestido —se excusa, pero soy el único que nota su mentira.

Su mirada viaja a las personas que están en el sofá y se detiene en Andrea y Aedion, pero rápidamente aparta los ojos de ahí y sonríe.

—¡Amiga! —exclama Lía en cuanto la ve, alzando los brazos al aire con emoción.

Angeline se acerca a ella y todos le hacen un espacio para que se siente junto a Lía.

—¿Ella tiene algo con Aedion? —me pregunta Raymond.

—No lo sé —me encojo de hombros—. Lo más seguro es que no. No son la clase de personas que se traigan, ¿no has visto el carácter de ambos?

Se queda pensando por unos segundos. Yo me termino lo que resta de la cerveza en un trago.

En parte tenía un poco de razón. Angeline es la copia exacta de Aedion, solo que en versión femenina y menos cruel. Pero ambos son como dos diablillos que quieren gobernar el mismo infierno.

Probablemente sean las personas que más pelean. Son tóxicos como chernobil y más soberbios y dramáticos que un personaje de telenovela, pero al final... se soportan de alguna

manera.

Raymond se acerca a los demás y yo me mantengo en mi sitio. Un par de chicas me saludan a lo lejos y les regreso el gesto con un movimiento de cabeza.

Paso las siguientes horas observando a las personas bailar o de vez en cuando pongo atención a la conversación que tienen mis amigos. Voy por otra cerveza cuando se termina la mía y regreso al barandal a fumarme otro cigarro.

—Vamos a bailar —Angeline pasa por mi lado y me toma del brazo sonriente—. Todos se me quedan viendo, pero nadie se atreve a invitarme —refunfuña como niña pequeña.

—¿Cuánto has bebido? —le pregunto con una sonrisa divertida.

—Un poquito —hace un gesto con la mano; juntando su dedo índice con el pulgar—. Así de poquito —junta ambos dedos y se les queda viendo con el ceño fruncido.

—Vamos por un vaso de agua —sonrío divertido, dejando mi cigarro de lado.

—¡Espera! Que yo quiero bailar con ella —Raymond aparece a mi lado y la toma del brazo.

Angeline se ríe mientras da unos pasos torpes hacia atrás. Se agarra de la barra y Raymond la toma de la cintura con una sonrisa socarrona.

Si no freno esto pasará algo de que lo se arrepentirá. Así que me acerco más a ellos y tomo a Angeline del brazo. Ella se cuelga de mi hombro, buscando algún tipo de seguridad.

No espero respuesta, solo la jalo de ahí y me meto con ella entre la gente hasta llegar al otro extremo.

—¿Te das cuenta cómo estás? —le pregunto.

—No estoy ebria —suelta hipo.

Pongo los ojos en blanco.

—Estoy consciente de que a un club se viene a tomar, pero... no me gusta que los hombres te vean como un blanco fácil.

—Sabes que no lo soy —se tambalea—. Además, eres mi amigo.

—Yo te cuidaré, pero no tientes al peligro. —Me mira con el ceño fruncido—. Hablo de Aedion, ¿ya viste cómo te ve cuando alguien se te acerca o cuando tú hablas con alguien? Evita que pase un accidente.

—Él no tiene por qué darme explicaciones —dice, con un tono molesto pero aún sin parecer del todo consciente—. ¿Ya viste con quién está? Esa bruja sigue sentada en sus piernas como si alguien fuera a quitárselo.

—¿Y no es así? —arqueo una ceja.

Pone los ojos en blanco.

—Puedo bailar con quien quiera y él igual. Mi relación es con André, o bueno, si es que aún somos algo —bufa—. No me acostaré con nadie, pero puedo hacer amigos o simplemente divertirme.

—Aedion no tiene paciencia.

—A él no le interesa.

—Estás jugando con fuego...

—Sí, sí, eso ya me lo han dicho antes —le resta importancia y da media vuelta.

La tomo del brazo.

¿Por qué tiene que ser tan terca?

—¿A dónde vas? —le pregunto.

—Quiero ir al baño, ¿sí? —Vuelve a soltar un hipo—. Espérame aquí —asiento.

Ella empieza a caminar, pero luego de unos pasos da la vuelta y se acerca a mí sonriente. Me toma de los hombros y me da un beso en la mejilla.

—Eres el mejor amigo de todos —dice y luego vuelve a alejarse.

CAPÍTULO 28

Bajo la piel

Angeline

Hoy no está saliendo como se supone que tenía que salirme la noche.

Desde el momento en que a Amelia se le ocurrió pedir una botella de vino blanco perdí el trato que había hecho conmigo misma de no beber nada.

Siento que todo me da vueltas, y no sé cómo sigo de pie. Los tacones me están matando, pero estoy poniendo todo mi esfuerzo en mantener el equilibrio y no caerme para evitar hacer el ridículo.

—Bailemos antes de irnos —dice Raymond cerca de mi oreja.

Muy cerca.

Miro de reojo a Aedion y lo veo haciéndole cariñitos con la boca a la oreja de Andrea. Me molesta que no se le haya despegado en toda la maldita noche, y me molesta más que él no la haya quitado ya.

—Bien —acepto.

Miro a Efraín y lo veo haciéndome caras graciosas... o eso creo. Se ve muy distorsionado.

Me pongo de pie y le tomo la mano a Raymond. Le dirijo una mirada rápida a Aedion y este apenas y me mira un segundo porque vuelve a hacerse el pendejo con Andrea.

Una canción de J balvin suena y a pesar de que me meto en la pista sigo quedando muy a la orilla.

Raymond me toma de la cintura y yo empiezo a moverme. No es que me guste, de hecho solo acepté porque ningún chico ha querido sacarme a bailar. Se acercan, hablan conmigo y luego de un momento a otro se dan la vuelta. Nunca me había pasado algo parecido, pero no me deprimo, bailé con Lia la mayoría del tiempo.

—Te ves muy bonita esta noche —susurra en mi oído.

—Gracias —le digo sonriente.

—¿Puedo decirte algo quizá un poco atrevido? —su pregunta no me gusta.

—Dime... —respondo dubitativa.

—Tienes un culazo que me vuelve loco.

Sonrío fingidamente.

—Oh...

¿Por qué el coqueteo tenía que pasar a otro nivel?

—Raymond... no mal entiendas las cosas —empiezo a decirle.

—Sé que tienes novio, pero te juro que las cosas quedarán entre nosotros.

Me voltea en un movimiento, haciendo que mi espalda quede contra su pecho.

—No me gustaría ponerle el cuerno —esa ni yo me la creo.

—Solo una noche... —me toma de la cadera y me presiona contra él.

Siento su erección presionando contra mi trasero, y mi respiración se acelera, no por deseo, sino por el nerviosismo que me recorre. De reojo, miro a la pareja al otro lado de la sala, y mis ojos se encuentran con los suyos, esos ojos grises que no se apartan de mí. Mi cuerpo se mueve por instinto; empiezo a mover mi trasero en círculos, apoyando las manos sobre mis muslos, haciendo un twerk que, aunque roza contra la erección de Raymond, va dirigido claramente al tatuado que no deja de mirarme.

La canción llega a su fin, y me incorporo, girándome para quedar de frente a Raymond.

—No va a pasar —afirmo—. Seamos amigos, ¿sí?

Frunce el ceño con una sonrisa.

—Acabas de bailarme provocativamente.

—Es tweerk, así se baila una canción de reggaetón —doy un paso atrás—. Me invitaste a bailar y eso acabo de hacer.

Vuelvo a mirar a Aedion y lo veo apretar la mandíbula. Me acerco a darle un beso en la mejilla a Raymond y regreso a la mesa.

—Ya es tarde, deberíamos irnos —dice Ef mirándome.

Trae en las manos las llaves de su auto y noto que las está sacudiendo como si estuviera nervioso.

Suspiro y me pongo a su lado.

—También nos vamos —dice Aedion, quitando por fin a Andrea de un empujón.

No sé si sea el alcohol o las ganas de molestarla, pero empiezo a reírme de ella.

Efraín me jala de ahí pero no paro de reírme. La cara de la rubia es de enfado y eso es como si mis ojos vieran un tesoro. De una u otra manera tengo que molestarla. Quedé con el tatuado sobre no seguirle la corriente a la otra, pero hay maneras de hacerlo con discreción.

Al llegar al estacionamiento me doy cuenta de que no traigo mi bolsa donde tengo las llaves del Audi.

—Dejé mi bolsa —le digo a Ef y me doy media vuelta para entrar de nuevo.

—Aedion la tiene —suspira irritado—. Amelia irá a dejar el Audi a la mansión, solo te llevaré y ya me voy con ella.

Miro hacia la puerta cuando la risa de Maya llama mi atención y pongo mala cara al ver que viene con Andrea.

Me voy al auto de Efraín y me subo en él. Durante todo el trayecto no me dejó poner música y tampoco dejó que bebiera de una botella de ron que tenía debajo del asiento. No sé que le pasa, pero parece estar muy preocupado por mí.

Cuando por fin llegamos, siento todo el alcohol subiendo y bajando por mi garganta, provocándome unas náuseas horribles. Siento que el vómito quema mi garganta y sin más termino sacándolo todo. Vomito al lado de la fuente y sobre varios arbustos cerca de la entrada. «Mierda», estoy mareada, ni siquiera quiero seguir caminando.

—Carajo, Ann —gruñe Efraín y niega con la cabeza mientras me ayuda a levantarme de las escaleras—. Te excediste.

—Lo siento —los ojos se me llenan de lágrimas—. Odio vomitar y odio que me veas haciéndolo, pero necesitaba beber porque estoy tan estresada de lo que pasa en mi vida que no quiero pensar.

Algunas lágrimas resbalan por mis mejillas y él las limpia con sus manos. Me da una botella de agua y me hace enjuagar la boca.

—Por eso estoy aquí cuidando de ti —dice—. Estoy evitando que te mates, que te maten o que hagas cualquier ridículo.

—Gracias.

—Pero no te confíes, tienes que estar siempre lúcida por si pasa alguna emergencia.

—Lo siento...

—Ok, esta bien.

Entro a la mansión y Efraín sube conmigo a mi habitación para verificar que esté bien. Me despido y le agradezco, luego se va y mientras me voy a vomitar al retrete escucho que alguien entra por la puerta principal.

La rabia me recorre las venas tan solo de pensar en que Andrea estuvo toda la noche con él.

Cuánto me hubiese gustado bailarle, besarlo o mínimo sentarme sobre sus piernas justo como ella lo hizo...

Una arcada me llega y en una pausa me hago una coleta alta para no embarrarme el cabello de porquería. Todo me da vueltas y ni siquiera sé qué hacer ahora. No tengo sueño y tampoco me siento tan cuerda como para hacer alguna actividad cotidiana.

—¿En serio, Angeline? —una voz en la puerta me sobresalta y bajo la tapa del retrete en cuanto veo a Aedion en el marco.

—¿Tú qué? —contraataco de mala gana, poniéndome de pie.

Me recargo en el lavamanos cuando me tambaleo.

Da unos pasos hacia mí y suelta mi coleta de un movimiento. Mi cabello cae sobre mis hombros y solo puedo mirarlo a la cara con enojo.

—Entra a la ducha —ordena—. Ya mismo te baño yo.

Me empiezo a reír.

—No necesito una niñera, ya lo sabes.

—Pues viendo cómo estás yo creo que sí. —Pasa de largo el brazo y abre la regadera a mi espalda.

—No te quiero a ti —lo fulmino con la mirada.

Me toma de la cintura y de un movimiento me mete en la ducha. El agua cae sobre mi vestido y jadeo al sentir el agua helada recorrerme poco a poco.

—Eres un... —jadeo—. Eres un imbé... —no termino de hablar porque sus labios me roban un beso de pico.

Es cuando me doy cuenta de la locura que hizo: él también está bajo la ducha.

—Soy un imbécil por tu culpa —me da otro pico—. Trataste de ponerme celoso. ¿Sabes qué tortura fue para un asesino como yo no poder cortarle la garganta a Raymond? —apoya la mano en la pared, al lado de mi cara.

—¿Eso significa que...? —Bufa enojado y cierra la llave de la regadera.

—Calla —suspira pesadamente—. Estás en mal estado, mírate, tienes que agarrarte de mí para no caer.

Me fijo en mis manos, las cuales están sosteniéndose en sus brazos.

—¡Necesitaba un jodido respiro! —me desespero—. A eso se va a un maldito club. —Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Eso ya no importa —sus manos acunan mi rostro—. Te bañaré, te vestiré y te pondré a dormir.

—No quiero que me veas así —confieso—. El maquillaje ya se me corrió y seguro mi boca sabe a vomito.

Una sonrisa aparece en su rostro, pero a mí no me hace gracia la situación.

—Ya te metí bajo el agua fría y eso pareció ayudarte. Te ves más lúcida. —Limpia las lágrimas que resbalan por mi rostro—. Puedo ayudarte mejor.

—¿Qué hay de Andrea?

—Se fue a dormir al hotel con Maya —responde y eso me hace feliz.

—Entonces... —sonrío coqueta y me desabrocho el vestido lentamente.

—Me tienes duro desde que te vi llegar, pero no haremos nada si primero no te sientes mejor.

—¿De qué hablas? —Dejo caer el vestido—. Estoy perfecta —quiero posar sexy pero casi me caigo al hacerlo.

Deja salir un suspiro cansado.

Vuelve a abrir el agua y comienza a templarla mientras yo me desnudo, intentando provocarlo. Sin embargo, no me permite tocarlo en todo el tiempo que estamos ahí. Solo se quita la camisa, y eso basta para que me sienta como una niña mirando un caramelo irresistible.

El alcohol parece disiparse un poco; ya no me siento tan mareada ni con ganas de vomitar.

Cierra la llave y me ayuda a salir de la ducha para que no pierda el equilibrio.

Mis pasos aún no son firmes, así que me deja sentada en el retrete, lavándome los dientes mientras él se deshace de su pantalón y...también de sus calzoncillos.

—¿Quieres dejar de mirarme como una pervertida? —se queja.

—Lo haría si no la tuvieras tan grande y dura —miro hacia otro lado y sonrío.

Me pongo de pie y me enjuago la boca. Él se pone a mi espalda, con ambas manos a mis costados recargadas en el lavabo. Su miembro queda rozándome el trasero y me sonrojo al ver a través del espejo su sonrisa socarrona.

—No me hables así que voy a arrepentirme de estar aquí —bromea y muerde mi lóbulo.

—Estamos desnudos, ¿qué quieres que te diga? ¿«Hazme el amor»? —ahora bromeo yo.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo y el corazón empieza a latirme más rápido de lo normal.

—Pruébame —dice pero no veo atisbo de broma en sus palabras y en su mirada.

—No creo que seas capaz —lo desafío.

Esconde su cara en mi cuello y deposita algunos besos que me erizan la piel.

—Por ti sería capaz de todo —dice sin asomar la cara.

Ay, Dios.

Su mano acomoda su erección entre mis glúteos y me siento temblar.

—Quiero que me hagas el amor cuando de verdad sientas eso —las palabras salen sin antes haberlas procesado.

—¿Crees que no soy capaz de fingirlo? —pregunta con una sonrisa burlona.

Sus palabras me dejan un sabor amargo.

Alcanzo una toalla del cesto y salgo de entre sus brazos. Me la coloco alrededor y le medio sonrío.

—Vamos, quiero dormir.

Me mira con el ceño fruncido y salgo de ahí antes de que responda. No volteo a mirarlo cuando me coloco la ropa interior y tampoco cuando voy a sacar mi pijama del closet.

—Iré a traerte sopa —dice.

—No, gracias, tengo náuseas —admito.

—Eso te las quitará.

No le digo nada. Llevarle la contraria no servirá de nada, siempre va a querer salirse con la suya.

Sale de la habitación y yo voy a desenredarme el cabello.

Mentiría si digo que no me dolió el hecho de pensar que no me ama. ¿Fingir? ¿Él fingiría amarme?... Niego con la cabeza y limpio la lágrima que se me escapa de la mejilla. Debo dejar de ser tan ridícula. ¿Por qué carajo tiene que dolerme el que no lo haga? No es correcto. Lo que sea que estoy sintiendo por él... tiene que parar, o de lo contrario no podré seguir estando con él como tanto me gusta.

¿Cómo puede haber hombres tan... crueles?

Fingir que amas a alguien solo para satisfacerte habla mucho del tipo de persona que eres. Más si aquella persona de verdad te ama...

—Aquí está —entra a la habitación y yo me voy a la cama.

Me arropo con las cobijas y él se acerca a mí. Ya trae un pantalón de pijama puesto, eso es una ayuda. Se sienta en la orilla de la cama y me pasa el plato.

—Gracias —digo soplando la cuchara—. Has hecho bastante, creo que puedes irte. Ya me siento mejor.

—¿Y dejar que todo mi esfuerzo haya sido en vano para que cuando me vaya termines tirando la sopa? —intenta bromear, pero yo no tengo ánimo para seguirle el humor.

—Prometo que me la comeré —digo, llevándome otra cucharada a la boca.

Guarda silencio unos minutos, pero al final vuelve a hablar.

—¿Qué tienes?

—¿Yo? —no lo miro.

—¿Quien más?

—Nada.

—Liebe —me llama la atención y doy un fuerte suspiro.

—¿Alguna vez te has enamorado? —pregunto directa.

—¿Por qué me preguntas eso? —me mira confuso.

—Olvídalo —sigo comiendo.

Me quita el plato y lo miro.

—¿Qué ocurre?

—Solo... solo se me hace extraña tu falta de sensibilidad para algunas cosas —confieso.

—¿Te hice algo?

—Hace rato dijiste que podías fingir hacerme el amor.

—¿Y qué pasa?

—Imagina si te digo que no finjas, ¿qué harías? ¿Lo ignorarías y seguirías?

Se queda unos segundos pensando, mirándome dubitativo.

—No si eso te destrozaría —responde por fin—. Pero solo te dolería si estuvieses enamorada o algo por el estilo.

Ahora soy yo la que se queda en silencio.

¿Cómo he llegado hasta este punto?

—¿Y si lo estuviera? —en sus ojos cruza el horror.

Se para de la cama de un salto.

—¿Me estás jodiendo? —su tono es duro.

—¿Te parece poco creíble?

—Estas con André —lo saca como si eso fuera a cambiar algo.

—Eso ya lo sé —suspiro fuerte—. Déjame sola.

—Lo haré —dice molesto—. El alcohol te hace decir puras tonterías.

No puedo evitar soltar una risita dolida, y antes de salir me dedica una mirada que no me deja dormir durante lo que resta de la noche.

CAPÍTULO 29

Rabia

Aedion

Durante todo lo que restó de la noche no dormí.

Sentía que me faltaba el aire, no me encontraba centrado y la primera cosa que hice fue huir de ahí. Eran las cinco de la madrugada cuando terminé sobre los pechos de una stripper. Tenía que sacármela de la cabeza o las cosas iban a empeorar... Y justo como temía, empeoraron.

Cuando dieron las ocho de la mañana terminé sobre la boca de una turista francesa.

Y sin embargo no me ayudó a nada.

Me siento como un verdadero pendejo por dejar que algo tan patético me afecte. Pero, ¿por qué siempre tiene que estar presente para todo? Ni coger con otras puedo porque en todo puto momento la tengo dentro de mi cabeza. Estoy pensando que hasta quizá me lanzó una clase de hechizo. Nunca me había pasado algo parecido. «Debí mantener distancia como todos estos años».

—Te ves mal —dice Lucian, doblando ropa de una canasta.

Llegué a su habitación hace no sé cuanto tiempo, no recuerdo ni siquiera como fue que terminé aquí.

—La cabeza me está matando.

Protejo mis ojos de la luz que entra por la estúpida ventana con el brazo y respiro hondo para no explotar.

—¿Hablaremos sobre lo que ocurre? —pregunta.

—No ocurre nada.

—Pocas veces te he visto así. Mejor suelta la sopa.

«Solo te dolería si estuvieses enamorada o algo por el estilo». «¿Y si lo estuviera?». Se me forma un hueco en el estómago.

Me pongo de pie y camino hacia el tocador. Tomo la botella de whisky y le doy un sorbo grande.

—Deja de beber, tienes que hacer cosas hoy.

—Arregla mis asuntos, hoy no quiero ver a nadie.

—Dime qué pasa o no sabré como ayudarte.

A mi mente llegan su sonrisa y sus ojos de corderito. «Carajo».

—Aedion...

—¡Es ella, carajo! —estallo y azoto la botella contra el piso.

Los pedazos de vidrio salen disparados, pero Lucian ni se inmuta, solo me observa seriamente.

—¿A ella? ¿Te refieres a.…?

—Angeline —lo interrumpo—. La chica que desde siempre me dijeron que tenia que odiar, la chica loca a la que estoy usando... la chica que se supone tenía que matar pero que solo puedo proteger —no dice nada—. Creo que se está... enamorando —trago grueso y me paseo de un lado a otro.

—¿Eso te tiene así? —Recuerdo cómo cambió su semblante al escuchar mis palabras y le doy

un golpe a la pared—. ¡Hey! Basta, tienes que controlarte.

—¿Qué me controle? —Lo miro mal.

—Estás actuando como un puto loco —me regaña y me dan ganas de molerlo a golpes—. ¿Cómo sabes que está enamorándose?

—No lo dijo exactamente pero... preguntó que si estuviera enamorada qué pasaría —trato de explicarle pero me acuesta hablar—. ¿Que pasaría de qué? ¿Con nosotros? No la entiendo.

—¿Y en qué te afecta? ¿Cuántas mujeres no has rechazado cuando se te declaran?

Suspiro agotado y me dejo caer en un sofá.

—Ella... —Cierro los ojos con fuerza y la recuerdo—. Ella no es...

—Hey, cálmate. —Se sienta a mi lado—. No tienes que contármelo, lo sé, solo pido que te calmes para poder hablar bien.

—Necesito sacarlo —confieso.

—Entonces hazlo.

Pienso las palabras correctas para comenzar a explicarle todo, pero no veo la forma de hablar sin sonar como un pendejo.

—Ella está loca —abre la boca para hablar, pero no lo dejo—. Ella no es la clase de chica que, si tú te vas, va a ir corriendo detrás de ti; ella te sostiene la puerta, se ríe y te la azota en la cara como si no valieras nada.

«Con ella todo es caos y locura, sin ella todo es monotonía y aburrimiento. Ella te consume. Te enfada y desespera pero cuando te sonríe o la miras distraída lo compensa todo. Ella es caótica e impredecible, nunca sabes si te va a amar o te odiará. Se emociona cada vez que ve baratijas en los mercados o cada vez que le das un regalo, es de esas que cualquier detalle les da curiosidad, de esas que son distraídas pero a la vez observadoras, de esas que no se rinden a la primera. Es la mujer más engreída que he conocido, pero tiene un corazón sensible aunque sé que no le gusta darlo a notar.

Ella destaca, brilla como un puto diamante y es tan inteligente que a veces me molesta que sea una sabelotodo. No es como otra mujer, ella es más complicada, más dramática, más irritante... Pero joder, en la cama parecemos entendernos tanto que hasta me hace olvidar mi orgullo. Ella es mucho más que cualquier mujer, es otro puto nivel».

No puedo descifrar su expresión.

—Ahora entiendo por qué estás tan asustado —dice luego de varios segundos.

—No sé qué voy a hacer.

—¿No has pensado en enfrentar todo? —Frunzo el ceño.

—No hay nada que enfrentar. Ella es una Bellows, Lucian, ¡una Bellows! —exclamo—. Su apellido está maldito en mi familia. Su madre fue quien destruyó a mi madre.

Nos quedamos en silencio varios segundos. «Necesito tomar algo». Me pongo de pie en busca de una botella de lo que sea.

—Hiciste una promesa con su padre, ¿no? —pregunta.

Encuentro una botella de ron en uno de los muebles.

—Sí.

—¿Promesa de sangre? —su pregunta me hace sentir escalofríos.

—Sí.

Su expresión cambia a una de preocupación y luego a una de frustración.

—¿Qué fue lo que prometiste?

Me empino la botella y miro para otro lado intentando evitar la respuesta, como si el negarme a hablarlo en voz alta fuese a cambiar las cosas.

Efraín

No soy una persona amorosa, nunca lo he sido. Por mi infancia quizá, crecí siendo un poco distante a los cariños y no sé por qué, pero Amelia sí es afectuosa. A pesar de que experimentó cosas que supongo han sido peores para ella, le gusta confiar en la gente, socializar más que nada.

—¿Qué no me querías aquí? —pregunta con aire dolido–. Solo tenías que decirme la verdad.

—Según tú, ¿cuál es la verdad? —le pregunto irritado.

Estamos en la suite del hotel esperando a Lucian, se supone iríamos a desayunar juntos pero el cabron debió quedarse dormido.

—Que soy un estorbo en tu vida —dice y volteo los ojos—. No te veo feliz desde que llegué aquí.

La miro a la cara y noto que tiene sus ojos húmedos. «Ay, no».

—No llores —bufo—. Estoy feliz de que estés aquí, hace años que no te veía.

—Pues no parece que me aceptes bien —se le resbalan las lágrimas.

No me gusta ver a la gente llorar. Nunca sé cómo actuar y terminan desesperándome.

—Sí que lo hago.

—No es verdad —solloza—. Todos estos años ni siquiera tuviste la decencia de marcarme por teléfono.

—Te enviaba mensajes y dinero.

—Eso no era lo que necesitaba, Efraín —se enoja—. Yo quería a mi hermano.

No puedo evitar no sentirme mal por sus palabras.

—La herida aún no cierra, Lía. Y en verdad lamento mucho el haberme ido... —Los recuerdos llegan a mi mente y miro mis manos cabizbajo—. Pero no soportaba más estar en esa casa de locos.

—Teníamos que cuidar a mamá.

—Te dije que podíamos hacerlo en otro lugar y tú te negaste.

—¡Mamá estaba enferma! No teníamos a dónde ir.

Tiene razón. Era un jodido crío, pero seguro hubiésemos buscado la manera de estar bien.

—Hubiese hecho lo que fuera para tenerlas a salvo a las dos.

Nos quedamos mirando uno al otro por unos segundos que se me hicieron eternos. En su mirada se mira el enojo, la tristeza y quizá el rencor, y me duele, me duele no ser el hermano que ella esperaba, me duele que las cosas hayan sido así.

No sé qué ocurre, pero como si fuésemos imanes, ambos nos unimos en un abrazo cálido. Sus sollozos llaman la atención de varias personas a nuestro alrededor, pero mi atención solo está en ella y en el momento.

Recuerdo nuestra niñez; la recuerdo a ella cocinando huevos revueltos para mí. Recuerdo que se levantaba todas las mañanas para llevarme a la escuela. Recuerdo la vez que papá me golpeó por no haber llevado dinero a casa y ella se metió a defenderme. Recuerdo a ese niño asustadizo e indefenso que era cuidado por su hermanita superheroína.

—Te extrañé —le digo tragándome el nudo que tengo en la garganta.

—Te perdono, Efi —susurra cerca de mi oído y la aprieto más contra mi pecho—. También te extrañé un montón.

No quiero, pero termino alejándome de ella. Le seco las lágrimas con el pulgar y trato de medio sonreír.

—Parece que Lucian no va a bajar —dice abanicándose la cara con las manos.

Mi teléfono suena y lo saco del bolsillo de mi pantalón. Es Stefan.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—¿Dónde está Aedion que no responde el teléfono? —se escucha alterado—. Hay un problema aquí en la mansión, tienes que venir. Busca la manera de contactar a Aedion porque no sé cómo...

Se escucha un disparo del otro lado de la línea y me pongo de pie rápidamente.

—Mierda...

—¿Qué pasa? ¿Vásilias escapó? —pregunto asustado.

Solo espero que Angeline no esté en la mansión.

—Andrea y Angeline están peleando, tienes que venir a calmar a Ann, esta a punto de hacer algo muy malo.

Su respuesta me descoloca y no pierdo tiempo. Termino la llamada y junto a Lía me voy corriendo al estacionamiento para tomar el auto e irnos.

Una vez de camino Amelia comienza a marcar sin parar a Lucian y a Aedion.

—No me responden —maldice y vuelve a intentar—. ¡Gracias! —exclama—. Lu, tienes que ir a la mansión con Aedion, pasó algo con Angeline... no... no lo sé, aún no llegamos... bien, los veo allá.

—¿Qué dijo? —le pregunto.

—Vienen para acá, Aedion esta con él —asiento.

Una pelea entre chicas no es bonita, mucho menos si esas son Angeline y Andrea. «Es momento de rezar». Angeline es muy impulsiva y si se escuchó un balazo de fondo, significa que ya perdió la cordura.

Media hora antes

Angeline

Me levanto a apagar la maldita alarma de todos los días. Son las seis de la mañana. Apenas y pegué el ojo durante una hora.

Siento que la cabeza va a explotarme y solo me gustaría dormir, pero lo que pasó hace un rato no me dejó descansar.

La alarma no cesa y termino arrojando el despertador que compré en un mercadillo hace unos días. «Nunca debí gastar en esto».

Camino hacia el baño casi con los ojos cerrados y miro mi apariencia en el espejo. Cabe mencionar que estoy horrible. Entro en la ducha y no tardo mucho en salir por querer tomarme alguna aspirina.

No he dejado de pensar en lo que ocurrió ayer. Me gustaría decir que lo olvidé, que el alcohol me hizo olvidar mis palabras y que también fue el causante de haberlas dicho, sin embargo no fue así. Lo recuerdo bien. Y aunque quizá el alcohol me haya dado más valor del que tengo, lo que dije fue sin pensar en las consecuencias.

Por mi mente pasó el «no importa», pero vaya que sí iba a importarme luego.

¿Estoy enamorada de Aedion? La verdad es que no lo sé.

Lo que siento cuando estoy con él es muy diferente a lo que siento cuando estoy con André.

Con André me siento bien, me siento querida y cómoda, siempre siento la necesidad de protegerlo de todo y me gusta que sea inocente.

Pero con Aedion me siento protegida. Siento que puedo hacer y hablar cosas que con André jamas podría. Me gusta el sexo con él porque me conoce a un nivel increíble, cuando estamos juntos encajamos bien, nos entendemos y queremos lo mismo. Pero fuera de la intimidad, aunque tenga el carácter más horrible que haya conocido, es bueno conmigo.

Digo, en un principio me secuestró, pero nunca hizo nada de lo que se supone todos creían

que iba a hacerme. Si su familia está en guerra con nosotros y aún así me está ayudando a averiguar quién quiere hacerme daño y quién le está haciendo daño a mi familia.

Eso habla de el tipo de persona que quiere ser para mí.

Me pongo ropa y salgo de mi habitación con el fin de desayunar y tomarme algo para el dolor de cabeza.

Con André las cosas no parecen mejorar y la verdad es que… ¿para qué sigo en este teatro? Lo que siento está fuera de lugar y ya ni siquiera yo me entiendo. Lo mejor será que termine las cosas o ambos a acabaremos peor de lo que estamos y no quiero eso.

Entro a la cocina y luego de tomarme una aspirina Becka entra seguida de la persona que me arruina la mañana.

—¿Buscas esto? —Andrea me muestra mi bolso y luego lo avienta sobre la barra de la cocina.

El corazón se me encoge al creer que quiza Aedion se fue lo que restó de la noche a pasarla con ella. De otra manera ¿cómo es que ella tiene mi bolso? Efrain dijo que Aedion lo tenía luego de haber salido de la discoteca.

—En realidad no, pero gracias por tomarte la molestia.

Noto que sus ojos están hinchados y su cara me dice de mil maneras que quiere matarme. ¿Ha estado llorando?

—¡Eres una hipócrita! —me grita—. ¿¡Como pudiste!?

Me quedo perpleja.

—¿Qué? —la miro confundida.

No me aguanto la risa por el drama de la situación y eso la enfurece más.

—Te acostaste con él.

Ahora todo tiene sentido.

—Ah, ya te enteraste —le digo y me sirvo un poco más de jugo.

Si algo estoy disfrutando, es verla de esta manera.

—Eres tan poca cosa como para meterte con alguien que tiene novia —me mira con desprecio.

Becka mira la escena con confusión y no dice nada, pero noto que está tensa y muy pendiente de los movimientos de ambas.

—¿Decepcionada de que nunca fuiste la excepción? —mi tono es burlesco.

—¿Quién te crees para hablarme asi?

—¡No me creo! Soy. —Me le paro enfrente, con la barbilla arriba y mi aire de superioridad.

—Basta... tienen que calmarse —Becka se interpone.

—¡No voy a calmarme! —le grita Andrea.

—Deja de hacer tanto drama. El culpable es él, no yo.

Su cara esta roja y parece que en cualquier momento su cabeza va a explotar. ¿Cómo puede ponerse así?

—Tú fuiste la zorra que se le tiró encima —afirma entre dientes, llena de rabia.

—¿Después de todo sigues culpándome? —Me cruzo de brazos.

—Es un hombre, debes haberlo seducido como lo haces con todos.

—Él no es un hombre cualquiera, Andrea. Sí sabes que hablamos de Aedion Lorcan, ¿verdad?

—No me creas estúpida, Angeline.

—No, cómo crees —digo con sarcasmo y sonrío—. Solo digo que él sabe que no es feo, tiene dinero, poder... no eres la primera y tampoco la última chica que ha estado con él. ¡Y tampoco

yo! No es nada mío y créeme que tampoco quiero que lo sea. —Eso último me deja un sabor amargo—. Pero si estabas tan segura de que tu serías «su mujer» ya debías de haberlo conocido.

—Yo lo conozco, él no estaría con nadie más.

Aedion le debió de echar un buen cuento para que esté tan convencida de eso.

—No soy tu amiga, mucho menos me interesa si te sientes mal o no, pero por tu bien mejor aléjate. No lo digo porque yo vaya a hacerte algo, jamás pelearía por un hombre que solo ha sido un acostón —suspiro—. Pero vas a terminar más dañada, ¿sabes por qué? —Las lágrimas no dejan de salir por sus ojos—. Porque lo que viste en mi teléfono no ha sido la única vez, han sido tantas veces que ya he perdido la cuenta. Así que deja de creerte la excepción.

—¡Maldita mocosa de mierda!

Se me tira encima, tomándome del cabello como si no supiera pelear. Su tirón no me duele, pero que esté tocándome enciende la furia dentro de mí.

Le doy un golpe en el estómago y otro en las costillas, cosa que la hace soltarme y sobarse en las partes afectadas.

—¡Revisa tu estúpido teléfono! —llora—. Le envié el maldito video a tu querido novio, ramera.

Me quedo perpleja y siento tanta angustia acumulada en el pecho que en vez de preocuparme me enfurezco como nunca antes.

Ni siquiera digo nada al darle la primera patada en el abdomen. Ella chilla y quiere ponerse de pie, pero no la dejo. Me ciego y me dejo llevar por el impulso de desaparecerla del planeta tierra.

La tomo del cuello y aprieto con fuerza, poniéndola de pie y pegandola fuerte contra la encimera.

—¿Qué te pasa? ¿Ahora no sabes pelear? —le digo apretando mi agarre.

Su rodilla impacta contra mi entrepierna y me obliga a soltarla. Se me viene encima y quiere golpearme a puño cerrado, pero predigo cada uno de sus movimientos y apenas logra rozar mi abdomen con el puño.

—Te vas a morir —gruñe.

Me toma de los hombros y me tira al piso, toma un cuchillo de no sé donde y camina hacia mí con la intención de subírseme encima, pero alzo mi pierna en una patada que le da en la nariz y la hace tambalearse hacia atrás.

Me pongo de pie y también tomo uno de los cuchillos que hay sobre la barra. «Hoy la mato porque la mato». Veo horror en sus ojos y sale corriendo por la puerta de la cocina.

¿No me creía capaz? Pues ahora va a ver quién es la que tiene más ovarios.

Salgo caminando detrás de ella y me topo con Stefan, que al verme se acerca a mi rápido y me quita el cuchillo.

—¡Hey! ¿Qué pasa? —nos grita—. ¿Están locas?

Lo hago a un lado y al caminar hacia la sala donde está Andrea me doy cuenta de que ella aún tiene el cuchillo en mano, pero me da igual. Me le acerco y ella intenta enterrarme el cuchillo en varias ocasiones, pero lo único que consigue es que yo la esquive y que mis puños impacten contra su cara y su pecho.

—¡Te voy a matar! —grita y me avienta el cuchillo.

Gruño al sentir el filo rozarme el abdomen y mi coraje se duplica. Sonrío tocándome la herida y mi lado más oscuro sale a la superficie.

Me doy la media vuelta y me topo con Stefan y Becka. Stefan corre hacia Andrea para quitarle el cuchillo y Becka quiere revisar mi herida, pero no la dejo.

Camino directo hacia ese lugar que solo Aedion y yo sabemos que existe y luego de tomar lo que necesito regreso a donde antes.

«Que me va a matar dice». Estúpida.

Al verme llegar, Becka se cubre la boca y no pierdo tiempo al apuntarle a la cabeza con la pistola a Andrea.

Las cosas pasaron a otro nivel desde que me puso la mano encima y el que haya agarrado el cuchillo fue su acta de defunción.

Stefan alcanza a quitarla antes de que la bala le dé y un segundo después Andrea se me vuelve a tirar encima.

Quiere quitarme la pistola y mientras tanto Stefan también trata de separarnos.

—¡Paren, ya basta! —grita a la vez que logra arrebatarme la pistola.

Me le subo encima a Andrea y no la suelto ni un segundo a la hora de darle golpes en la cara. Ella igual me da algunos de vuelta, pero no me le despego.

No sé cuánto tiempo permanecemos ahí, pero de un momento a otro Andrea deja de gritar y es entonces cuando siento unas manos rodearme la cintura con fuerza y alzarme de igual manera.

CAPÍTULO 30

Terreno peligroso

Angeline

Las manos alrededor de mi cintura me cargan con facilidad, aunque en ningún momento dejo de patalear e intentar aventarme con todas mis fuerzas hacia Andrea.

—Lucian, sácala de aquí.

Lucian toma a Andrea, la cual parece no estar en sus cinco sentidos y mientras tanto, el hombre que me sostiene (a quien reconozco como Aedion) me lleva a rastras hacia la cocina y una vez ahí me suelta y me acorrala contra la encimera. Sus dos brazos a cada lado de mi cuerpo.

Trato de abrirme paso, pero él no me lo permite.

—¡Respira, carajo! —me grita.

Lo empujo con fuerza, cegada por la ira, pero ni se inmuta. Así que luego de varios intentos deduzco que no me dejará ir. «Cálmate», me digo, respirando hondo, tratando de hacer que la furia desaparezca de mi sistema, pero simplemente no puedo. La rabia, impotencia y adrenalina corren por mis venas.

Su mano se cierne sobre mi cara, apretando mis mejillas y haciendo que lo mire.

—Angeline —me habla y lo manoteo—. ¡Mirame! —vuelve a gritarme.

Me le quedo viendo a sus ojos, los cuales están tornándose de un gris muy oscuro que pocas veces he visto. Me concentro en su rostro; miro sus ojeras y las venas dentro de sus ojos muy rojas. «Ha seguido bebiendo». Miro sus pestañas, largas y demasiado bonitas, como las de un bebé. Sus labios carnosos y adictivos están entreabiertos y su cabello oscuro está enmarañado.

¿Cómo no iba a ocasionar un problema este hombre?

Pasan algunos minutos, mientras él me ordena que respire hondo y que lo mire a la cara. Y solo así parece que la ira se me calma un poco.

—¿Estás más tranquila? —pregunta y asiento, desviando la mirada de él.

Siento que la adrenalina va dejándome poco a poco, a un ritmo muy lento. Pero el coraje se ha esfumado y ha sido remplazado por la angustia de saber cómo se ha de encontrar André.

—Cuéntame qué pasó —se aleja de mi un poco, dejándome espacio—. Andrea se fue y quiero que me digas qué carajo te hizo como para que actuaras como un animal.

De pronto me siento como una niña bajo esa mirada gélida que me lanza.

La puerta de la cocina se abre y le da paso a Becka, la cual trae un botiquín en la mano.

—Vete —le ordena Aedion y ella no rechista.

Deja el botiquín a un lado y se va cerrando la puerta.

Vuelvo a mirarlo y de nuevo me siento pequeña frente a él. El corazón me late con rapidez y mi respiración no se regula ni un poco. Aún estoy alterada y tengo ganas de sacar todo el revoltijo de emociones que llevo dentro.

—Mira cómo te dejó —murmura.

Su dedo pulgar roza mi labio, el cual esta ligeramente cortado e hinchado. Sus ojos están sobre mi boca, pero los desvía un segundo hacia mis ojos, hago lo mismo y cuando su gris se conecta con el gris de los míos siento el impulso de lanzarme a sus labios.

Veo como su garganta se mueve al pasar saliva y aguanto la respiración para retener todo lo que tengo dentro.

—Ella revisó mi teléfono —comienzo a contarle—. Vino a gritarme y a llorar aquí, pero a

pesar de eso te juro que traté de mantenerme a raya, pero luego —doy un largo suspiro—… ella dijo que le envió nuestro video a André.

Se pasa las manos por la cara, exhausto. No se ve bien.

—Se supone que ibas a borrarlo.

«No podía borrarlo porque en realidad amaba ese video», quiero decirle, sin embargo no digo nada, solo miro hacia algun rincón de la habitación tratando de evitar su mirada y la sensación de tenerlo cerca.

—Ahora tengo que arreglar esto también —bufo molesta—. Parece que los problemas que tengo no son suficientes.

—¿Ibas a asesinarla?

—Sí —respondo—. No la tolero.

—Acabas de arruinar los planes que teníamos. ¿No se supone que seríamos equipo? —Vuelve a poner sus brazos a cada lado de mi cuerpo, acorrálandome.

—¿¡Qué querías que hiciera!?, ¿pedirle perdón? ¿Decirle que lo que vio es editado y fake? —Trato de apartarlo pero no se mueve.

Suspira pesadamente y se aleja para ir al refrigerador. Saca una bolsa de hielo y se saca la camisa. «¿Qué esta haciendo?». Me quedo mirándolo como una tonta. Arranca un pedazo de tela de su camisa y envuelve la bolsa, luego se acerca a mí.

Me pone la bolsa sobre la comisura de mi boca y cierro los ojos para tratar de tranquilizarme. Tengo la rabia atorada en el pecho y no me está dejando respirar.

—¿Tenías que quitarte la camisa? —me quejo—. ¿No pudiste agarrar un trapo?

—¿Por qué? ¿Te molesta verme sin ella?

Guardo silencio.

El frío en mi piel ayuda a calmar el dolor que poco a poco va haciéndose presente. Eso es señal de que la adrenalina está bajando. Sin embargo el coraje sigue presente y lo único que puedo pensar es en la suerte que tiene la otra de haber escapado de mí.

No pienso quedarme con las manos cruzadas.

Lo mío con André ya estaba mal, pero se suponía que las cosas se harían de manera diferente. Ahora no sé qué hacer. «Irónico, ¿no?» Cometo un error y en vez de evitar caer de nuevo, sigo y sigo, aunque ya haya pensado en las consecuencias. Debí haber hecho algun plan sobre si llegaba a pasar algo así.

«¿Hacer un plan sobre si llegaba a ver el video donde me cogía a otro?». Bueno, pensándolo así suena realmente estúpido. Pero yo qué iba a saber que así se sabrían las cosas.

¿Cómo se supone que voy a explicárselo?

Abro los ojos y estiro mi mano sobre la encimera para alcanzar mi teléfono. Aedion aleja la bolsa con hielo de mi rostro y se da la media vuelta para luego sacar una taza y servirse café.

Me coloco la bolsa sobre la mejilla y el labio mientras miro mi celular. Todo mi cuerpo tiembla y quiero suponer que es por la adrenalina y no de miedo.

—Sólo hazlo —dice Aedion, a mis espaldas—. No es como si fuera a traspasar el teléfono.

Pongo los ojos en blanco.

—No lo entiendes.

Se da la vuelta, se recarga en la encimera y bebe un sorbo de café.

—Fue tu primer novio, estas cosas pasan.

Sus palabras me molestan.

—No tenían por qué pasarme a mí.

—Se les llama consecuencias.

—¡Oh! Entonces no tengo por qué reprocharle nada a Andrea.

Se encoge de hombros y bufo más molesta. Hace una cara de asco cuando prueba el café y deja caer la taza en el lavabo. Se va hacia uno de los cajones y saca una botella de whisky.

Quiero decirle algo respecto a que siga bebiendo a estas horas, pero me muerdo la lengua.

No se me olvida lo que dijo hace unas horas.

—Aún no me explico cómo mi teléfono cayó en sus manos —le digo.

Le da un gran sorbo a la botella y me mira, con los ojos tan ensombrecidos como nunca antes.

—Ayer yo me llevé tu bolso de la discoteca. Debió tomarlo cuando la dejé en el hotel.

Niego con la cabeza cuando una ola de furia me recorre y suelto un suspiro cargado de odio hacia la rubia metiche.

Desbloqueo mi teléfono y miro los mensajes.

«AQUI TIENES UNA PISTA DE LO QUE HIZO TU NOVIA HACE UNAS NOCHES».

Y luego está el video y a un lado el «leído».

«Mierda».

Leo el principio del mensaje larguísimo que me ha enviado y no me atrevo a leer más de las primeras palabras.

«Lo sabía».

Pienso en marcarle, pero descarto la idea de inmediato. Ni siquiera sé que debo decir.

Miro la hora y veo que fue hace horas que mandó el último mensaje.

Ay... no tengo un buen presentimiento al ver que dejó de insistir.

André es muy persistente cuando se lo propone, mucho más cuando se molesta. Y es extraño ver que ha dejado de molestarme en esta ocasión.

—¿Por qué te preocupa tanto? —pregunta Aedion, haciéndome salir de mis pensamientos.

—Por que es mi nov... —Me callo. Ahora no creo que lo siga siendo—. Porque es una de mis personas favoritas.

Sonríe, pero no con gracia, sino con amargura.

—¿Lo amas? —su pregunta me descoloca.

¿Lo amo? Ahora me lo pregunto yo.

Si lo amara no hubiera hecho lo que he hecho.

—No lo sé —respondo sincera—, pero no deberías de preocuparte por esto.

—No lo hago.

No sé a qué viene su pregunta, pero sin duda siento que estoy perdiendo el tiempo. Me siento con tantas presiones encima que estoy demasiado agotada, pero necesito arreglar una por una.

—¿Vas a echarme? —le pregunto.

Su silencio y la forma en que me está mirando me asusta. «Lo hará». Mi mente empieza a imaginarse lo peor: me echará, tendré que regresar a casa donde ya no tendré a mi persona favorita, y lo más importante, donde no podré ayudar mucho a mi familia.

Ya me imagino a papá enviándome a la torre más alta con un dragón como guardián.

—Mejor pregúntate si tu padre no te llevará de aquí —sonríe amargamente—. Seguro tu novio ya fue a llorar con tu familia.

Me pongo tensa tras esa suposición.

Salgo de ahí y marco el número de André mientras camino hacia mi habitación. El celular suena y suena, pero me termina mandando al buzón de voz. Intento de nuevo y otras dos veces más pero no responde. «Carajo», seguro papá ya viene hacia acá para hacer el desmadre de su vida.

¿Qué voy a hacer?

¿Qué opciones tengo?

Siento que la cabeza me hierve y que en cualquier momento me explotará.

Tengo temor de lo que viene, demasiado. Me siento horriblemente mal y enojada. Busco mis opciones durante varios minutos, pero estoy perdida.

Me muerdo las uñas mientras miro la pantalla de mi celular. Las horas han pasado, aunque realmente no sé cuántas; solo sé que André no responde aún mis mensajes.

Llegué a la conclusión de que si mi padre se enterase tendría que decir la verdad y hacerme cargo de mis propios asuntos. Y aunque yo le diga a mi padre que las cosas que tenemos entre nosotros son por parte de ambos, sé que él se pasará todas mis palabras por el arco del triunfo.

Así que resignarme es la única y mejor opción.

Las consecuencias serán graves, tanto que seguramente sería capaz de quitarme su apellido. Pues, ¿cómo su hija favorita, la que siempre hizo todo bien, la que ha sido la mejor en cada cosa, termina haciendo este tipo de cosas con el hombre que la secuestró y que ahora es su jefe?

Ridículo, esa es la palabra que seguramente papá pensará en cuanto André le vaya con el chisme (si no es que ya lo hizo).

Y durante estas horas he llegado a pensar tanto las cosas que he logrado calmarme.

Siempre he visto por mí, por mis necesidades, por lo que yo quiero, mis caprichos, mis metas y demás. A pesar de que papá sea quien me haya pagado mis entrenamientos o que gracias a él y a mamá tenga las mejores habilidades, todo ha sido mi esfuerzo. Ellos quizá me hayan puesto palancas, pero yo he sabido aprovecharlas. Desde un principio pude haberme hecho a un lado, dejar que papá me pagara los entrenamientos, que me mandara a china con el mejor instructor y al final hacerme a un lado. Pero no. Tuve que aprender a la mala que el estilo de vida que llevo no es normal y que tengo que estar siempre tres pasos más adelante que los chicos de mi edad.

Así que aunque papá haya querido que yo me dedicara a ser militar o mi madre haya querido que estudiara medicina, yo iba a escoger lo que yo quisiese.

Todo lo he hecho sola, mi sudor ha sido por el esfuerzo que yo hago. Y creo que he hecho todo bien como para que por una vez las cosas no sean del todo correctas.

Soy soberbia, un poco egoísta y quizá muy egocéntrica. Pero también sé respetar y aceptar mis errores cuando se debe. Y como sea, con defectos y mil cosas más, estoy donde estoy.

No puedes actuar como ángel en un infierno infestado de demonios porque te comerán viva.

Y aunque André sea de las personas que más amo tengo que reconocer que desde un principio yo sabía las consecuencias, yo sabía que le haría daño y (aunque me gustaría) no puedo ponerme a llorar por haberle fallado.

Lo mejor es enfrentar los problemas, darles la cara y solucionarlos.

Soy una mujer fuerte, de dieciocho años pero que ha sabido construir su carácter y su lugar en medio de este mundo de la mafia.

Las cosas con André dudo que se compongan y sinceramente no haría el esfuerzo por regresar a tener una relación con él, pero lo haría para que no se alejara de mi vida y terminar bien. Él fue mi mejor amigo, fue mi novio y hemos pasado tantas cosas que lo considero como alguien esencial para mí.

Fácilmente puedo pedirle perdón e inventarme una buena excusa y estoy segura de que él va a perdonarme y regresar conmigo. Pero no quiero. Y aunque las cosas que tengo con Aedion no valgan la pena como para que me quede sin novio, sé que al final terminaré cometiendo el mismo

error. Y si ya iba a terminar las cosas de una vez, no le veo caso volver a estar en un lugar donde no hay un futuro concreto.

Yo estoy en Alemania y él en Los Angeles, no sé cuanto tiempo vaya a seguir aquí y aunque él sea una persona paciente, dudo que eso le dure todo el tiempo.

En conclusión, de una u otra forma terminaríamos.

El sonido de la manija me hace poner la mirada en la puerta y me levanto para quitarle el cerrojo y abrirla.

Aedion está frente a mí.

Los ojos los trae inyectados en sangre, tiene unas ojeras enormes y no parece realmente él.

Siento una presión horrible en el pecho al verlo así.

—Míralo y deja de sentirte como la peor mierda del mundo —me pasa una USB junto a un sobre.

Frunzo el ceño y él no dice más, solo se va. Me quedo observando como se mete en su habitación y doy un paso fuera al querer seguirlo y asegurarme de que deje de beber, pero algo no me permite hacerlo.

Me le quedo mirando a la USB y al final regreso a encerrarme. Coloco la memoria en la computadora y mientras carga el archivo reviso el sobre.

Nombre: André Johnson Carter.

Edad: 19 años.

Última vez visto: Calle Rodeo Drive.

Acompañante: Mia Abigail Lancaster Peña.

Mi mirada se posa en las fotos, donde a ambos se les ve agarrados de la mano y riendo, y conforme voy pasando de fotografía se vuelven más cercanos, tanto que en dos aparecen dándose un beso.

Me quedo estupefacta, sin saber cómo reaccionar. Tengo sentimientos encontrados y no sé clasificarlos como buenos o malos.

La pantalla de mi laptop abre el archivo y ahí aparece otro escrito.

André Johnson y Mia Lancaster (19/07)

Y al ver las fotos me quedo todavía más en shock.

Ambos salen sentados muy juntos bebiendo, están en una fiesta y yo sé cuál es porque en una salgo yo.

Es la fiesta de Billie, aquella a donde fui con André y en la que terminé escapándome al baño.

Sale Mia besando a André y todos los demás mirándolos con una sonrisa y con sorpresa. Ambos sonríen en cada foto, a excepción de una, la primera, donde salgo fotografiada yo poniéndome de pie y a ambos se les ve una cara muy diferente a cuando ven que desaparezco.

«Qué infeliz».

Y pensar que me envió tantos mensajes reclamándome cuando nunca fue una víctima. Descarado fue, que hasta lo hacía cuando veía la oportunidad.

Coraje es lo que siento, pero a pesar de eso estoy tranquila.

Lo engañé también, así que estamos a mano.

Pero... ¿Mia?, ¿en serio? Ya lo sospechaba, por la manera en como ella lo miraba a él era obvio que André le gustaba. Pero nunca me imaginé que André tuviera gustos... así.

No quiero sonar mal.

Pero Mía es todo lo contrario a como soy yo. Ella es tierna, linda y no sexy. La clase de chica que podrías catalogar como sumisa. Mala no es. Incluso hubo un tiempo en que pensé que si

André y yo terminábamos ella le haría buena pareja. Pero claro que esa idea se desvaneció al pensar que André no se fijaría en ella.

Aunque dados sus patéticos comentarios hacia mí de «Qué bonita eres» o «Me encanta tu ropa» está más que claro que se burlaba de mí y eso sí me interesa cobrárselo.

Quién sabe desde cuándo estén juntos, pero supongo llevan más tiempo del que me imagino. Es doloroso, incluso algunas lágrimas se me han escapado pero la mayor parte de lo que siento se debe a la decepción de ver que lo suyo y lo mío no iba a terminar como nosotros pensábamos, o como yo pensaba.

Cierro la laptop y guardo las fotos en el sobre. Me levanto con los ojos llorosos y salgo de la habitación para dirigirme a la de Aedion. Toco la puerta pero no responden, así que abro sin más.

La habitación solo está iluminada por una lámpara de mesa. La cama esta destendida y sobre ella no se encuentra el tatuado pero sí algunas prendas de ropa. Entonces mi mirada se posa en el sofá que hay en una de las esquinas y ahí lo veo sentado, con los codos recargados en sus rodillas y su cara escondiéndose entre sus manos.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto y no sé si acercarme a él o no.

Desde que lo vi esta mañana no ha dejado de beber y no lo he visto descansar en ningún momento. Es preocupante verlo así.

—¿Ahora vienes a verme? —pregunta con recelo mirándome a la cara.

—Hace un rato no me dejabas.

Y era cierto.

Como si fuera un niño pequeño cada vez que yo llegaba para verlo él salia de la habitación, evitándome, como lo hace cada vez que está molesto.

—Pues ahora tampoco —trata de ponerse de pie pero no lo logra—. Mierda.

Me acerco y hago que se siente de nuevo. Sus ojos se posan en mi cara y es cuando me fijo en que se ve todavía peor que hace un rato.

—¿Quieres dejar de actuar como un niño? —me cruzo de brazos.

—Lo haré cuando tú dejes de decir estupideces.

—¿Lo dices por lo de anoche? ¿Es por eso que estas actuando como un imbécil?

—No sé ni de qué me hablas —cada palabra que dice la va arrastrando.

Me sentiría mal pero algo me dice que no es verdad lo que dice.

Trata de ponerse de pie nuevamente y esta vez sí lo logra, tambaleándose pero lo hace.

—¿A dónde vas? —lo tomo del brazo para evitar que se caiga.

—A donde sea pero lejos de ti.

—¿Yo qué te hice?

No dice nada. Trata de zafarse de mí y comenzar a caminar pero le cuesta trabajo.

—Basta ya —me desespero—. Si sigues bebiendo te dará una congestión.

—¿Y a ti qué?

—Lo mismo digo.

Lo tomo del brazo con fuerza y como está débil no me cuesta halarlo hasta el baño. Se queja pero ni siquiera puedo entender bien lo que dice.

Necesita darse un baño para que se le baje un poco todo el alcohol, luego planeo ponerlo a dormir. No sé qué carajo sucede con él como para que bebiera así, tampoco sé si yo y mis palabras fueron la razón pero no me gusta verlo así.

—Bruja —dice cuando lo siento sobre la taza de baño, como si eso fuese a ofenderme.

Lo ignoro y me agacho para quitarle los tenis, seguido de los calcetines. Cuando tomo el

elástico de sus pantalones lo veo reír y luego poner la mano sobre mi cabeza.

—¿Quieres ahora? —dice y pongo los ojos en blanco.

Le ordeno que se levante un poco y le bajo los pantalones hasta los tobillos. «Ay, mierda», su erección está muy marcada y a pesar de traer puestos unos bóxers parece que en cualquier momento romperán la tela, la cual es casi transparente.

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos con fuerza mientras yo no dejo de mirar su... Sacudo la cabeza y continúo quitándole la camisa.

Será mejor que le deje su bóxer donde está.

—Arriba, espécimen —le extiendo la mano pero sigue en la misma posición.

El miedo de pensar que quizá ya se durmió se hizo presente y rápido tomo una de las regaderas de mano para echarle agua sobre el pecho.

—Sigo despierto, loca.

Le tomo la mano y luego de varios intentos consigo que se ponga de pie y entre. Abro las llaves y empiezo a templar el agua hasta que está a una temperatura un poco más fría que caliente, entonces es cuando hago que entre. Gruñe bajo el agua y un escalofrío me recorre completa.

—No me complace verte así —le digo.

—¿Duro?

Abro la boca pero la cierro al instante. «Él y su manera de hablar sucio»...

—Voy a tener que entrar contigo —trato de cambiar el tema.

Me quito los zapatos de un punta pie y cuando me doy cuenta ya me tiene frente a él, tomándome de la cintura y pegándome a su pecho.

—Si vas a bañarme, hazlo bien —dice.

El agua me empapa en cuestión de segundos y ni siquiera soy capaz de articular palabra u ordenar el caos que ha causado su maldita voz.

Estoy en terreno peligroso.

Me alejo de él suavemente y tomo la esponja y el jabón. «No mires abajo, Angeline», me digo y paso la esponja con espuma por su pecho pero su mano toma mi muñeca.

—Desnúdate.

Abro los ojos de par en par y miro hacia otro lado.

—Ya casi acabamos —le digo y vuelvo a tomar mi tarea de enjabonarlo.

—¿Ya no me quieres?

Por un momento pienso en sonreír al escucharlo como si fuera un niño pequeño, pero me reprimo.

—Sí lo hago.

—Hablo de manera sexual —ahora sí sonrío.

—Estás ebrio, Aedion. Solo necesito que se te baje un poco para poder dormirte.

—No pregunté eso.

—Pues no pienso responder a lo otro.

Él y sus temas me van a volver loca.

—No hace falta —dejo la esponja a un lado y alzo la cara para mirarlo—. Tu cuerpo respondió por ti.

Su dedo pulgar roza mi pezón y manoteo su mano.

—Es el frío —miento.

Estoy tan caliente como una fogata.

Cierro las llaves del agua, pongo los pies afuera y cuando me giro para tomarlo de los brazos

y sacarlo me doy cuenta de que se ha quitado el jodido bóxer. Su miembro está erecto y se mira tan duro que hasta algunas venas son visibles.

—Aedion...

—No te reprimas —sale y me empuja contra el lavabo—. Podría oler tu excitación desde kilómetros.

Sus manos rompen mi blusa y gimo en respuesta cuando se posan en mis pechos desnudos.

—No tienes pretextos ahora —dice y veo que tiene las pupilas muy dilatadas—. André ya no está contigo y puedes hacer lo que quieras.

Mi corazón late desbocado y la concupiscencia me recorre completa.

—Gracias por la evidencia, de hecho —digo agitada.

Su boca besa la mía con cierto desespero y yo le correspondo de la misma manera.

—Esa chica no te llega ni a los talones, Liebe —dice entre besos.

—Lo sé —jadeo cuando pellizca mi areola.

Vuelve a unir sus labios con los míos y es ahí cuando pierdo todo tipo de razón.

Me toma de la cintura, me sube al lavado y luego me abre de piernas. Sus manos toman el elástico del pijama mojado y lo rompe, así como hizo con la blusa.

Sus labios se unen a los míos y poco después baja sus besos a mi mandíbula, cuello y al final a mis pechos. Gimo en respuesta y dejo que succione las veces que quiera.

Aedion tiene ese gusto por mis pechos como si se tratase de su comida favorita. Me doy cuenta de cómo los mira cuando traigo escote o cuando entreno y estos brincan cada vez que troto o hago ciertos ejercicios.

Regresa sus besos a mis labios y me concentro en tocar cada musculo marcado de su abdomen. Dios. Podría lavar mi ropa sobre él y no me daría problemas.

Aparta mis bragas y de una estocada me penetra. Gimo conforme la va metiendo y sacando, e incluso tengo que morderme el labio para no gritar. Porque aún habiendo cogido con él ya varias veces, algunas partes no han sido exploradas y duele, pero es una sensación inefable y placentera que solo él ha causado y dudo que alguien más lo pueda hacer.

Es delicioso y perfecto. Extrañaba sentirlo dentro, recorriendo cada parte de mí.

—¿Duele? —gruñe y muerde mi labio inferior, mientras que su mano se enreda en el cabello de mi nuca—. ¿Duele sentirme así, Liebe?

Choco mi boca con la suya, besándolo con ferocidad y desespero. Entierro mis uñas en su espalda mientras lo atraigo más a mí para que entre más profundo.

Necesito sentirlo así siempre.

—Solo yo estoy acostumbrada a tu tamaño, imbécil —gimo en su oreja—. Solo yo soy perfecta para ti.

Muerdo su cuello, succiono y lamo hasta su oreja. Su ritmo aumenta y el sonido de su miembro chocando contra mi periné me excita a un nivel irracional.

Me toma como una muñeca entre sus manos, bajándome y poniéndome de espaldas. Me baja lo que resta de la tela del pantalón junto a mis bragas y da una fuerte nalgada mientras se hunde en mí de nuevo.

Me agarro del lavabo con fuerza y gimo más fuerte cuando sus embestidas se vuelven lentas y duras.

—Eres preciosa.

Detiene el ritmo y su mano viaja hasta mi cara, donde mete dos de sus dedos en mi boca. Nuestros ojos se encuentran en el espejo y saco la lengua para que pase sus dedos por ella. Mirarme así de sexy me pone más caliente y sé que a él también le encantó el gesto. Sus dedos

con mi saliva estimulan uno de mis pezones y cierro los ojos concentrada en la maravillosa sensación.

—Aedion, dame duro —le pido.

—Espera, quiero que te mires —dice y me hace incorporarme un poco, todavía con su miembro dentro.

Sus manos rodean mis pechos y pellizca ambos.

—Mira qué sexy te ves así —murmura en mi oreja—. Tan delicada y feroz... con mi verga dentro y embarrandome de tus fluidos —muerde mi lóbulo y me estremezco—. Eres la cria más hermosa que mis ojos hayan apreciado, Liebe.

Siento mi intimidad palpitar de ansias y él lo nota, porque mueve un segundo su cadera en círculos.

—Amo tus tetas —pellizca ambas—. Me encanta tu culo y estoy embelesado con tu maldita cara de ángel.

Mi ego sube y eso me gusta. Me encanta que me suba el ego con esas palabras, pero lo que amo es que todo eso me acelera el corazón y me hace sentir las malditas mariposas en el estómago.

—Estás ebrio —lo molesto y me da una embestida dura. Gimo.

—Me vale una mierda —gruñe y empuja hacia adelante, recostándome bruscamente contra el lavabo, con mi cara pegada a él—. No me taches de mentiroso.

Me toma con una mano de la cadera, presionando fuertemente mi piel con sus dedos, y la otra mano la recarga en mi cabeza para impedir que me incorpore. Es así cuando me empieza a empalar con cero delicadeza y me lleva al maldito paraíso.

CAPÍTULO 31

Identidad

Angeline

Abro los ojos poco a poco cuando unos golpes en la puerta me despiertan.

Tardo unos segundos en acostumbrarme a la luz y cuando quiero incorporarme, un brazo alrededor de mi cintura no me deja.

Anoche luego de lo del baño me quede con Aedion en su cama. Solo así fue que pudo dormir.

Intento ponerme de pie de nuevo pero aprieta más su agarre y me es más difícil.

—Déjame ir —murmuro y él suelta un quejido—. Aedion, por favor.

—Deja que sigan tocando —dice contra mi nuca—. Quiero dormir.

—¡Duerme solo!

—No puedo.

Me aprieta más contra él y suelto un suspiro exasperado.

—El celular de la señorita Angeline está sonando desde hace un rato —escucho la voz de Becka al otro lado de la puerta. Intento levantarme de nuevo, con esfuerzo, mientras el sonido persiste en el silencio de la habitación.

—Pasa —le ordeno.

Aedion me suelta y se pone boca abajo rezongando entre dientes. Me incorporo en la cama cuando Becka entra a la habitación y me pasa mi celular.

—Lamento interrumpir —dice, mirando hacia otro lado.

Traigo puesta una camisa de Aedion como pijama y unos boxers.

—No interrumpes nada —le digo.

Me dedica una sonrisa amable y luego se va cerrando la puerta.

Miro el celular y veo que tengo veinte llamadas perdidas de Melissa y seis de André.

Las consecuencias comienzan ya.

Aedion sigue en la misma posición, así que me levanto y salgo de la habitación para ir a la mía. Entro y me encierro.

Marco el número que me interesa y al primer tono me contestan.

—Necesitamos hablar.

Suspiro y me limpio el sudor de las manos en mi camiseta.

—Sé lo que vas a decir y... —empiezo a decir, pero me interrumpe.

—¿Te acostaste con Aedion Lorcan? ¿Es en serio?

—¿Papá lo sabe?

Salgo al balcón y me recargo en la baranda.

—Claro que no, ¿sabes lo que haría si se enterase?

La sensación de alivio me toma completa y dejo salir el aire que he retenido en mis pulmones desde hace no sé cuanto tiempo.

—Fue un error, Mel.

—¿Él te obligó?

—No, claro que no —frunzo el ceño—. Jamás dejaría que me hicieran algo que yo no quisiese.

—Dime la verdad, porque te juro que si ese mal nacido te obligó...

—¿Me estás escuchando? Acabo de decirte que no. —Hay silencio por un momento—. Fue

un error, simplemente pasaron las cosas.

—Ojalá que no llegue a oídos de tu padre, Angeline. Porque, si se entera, dalo por hecho que todo se acabó.

—No pueden meterse en ese tipo de cosas.

—¡Todavía eres su hijita, Ann!

—¡Solo cuando les conviene! —exclamo molesta—. Para unas cosas me tratan como una adulta y para otras como una niña. Díganme ya entonces que va a pasar porque no pienso seguir así.

—No entiendes.

—¿O sea que soy una niña cuando me acuesto con otros hombres, pero soy una adulta para salir y arriesgar mi vida?

—Se trata del tipo con él que te acostaste.

—Las cosas con Aedion no empezaron bien pero ya hay una tregua y ahora estoy en Alemania con él formando parte de su equipo —espeto—. Papá fue quien sugirió la idea de estar aquí, sabiendo los riesgos que corría de ser asesinada. Y no lo culpo, yo lo quería, pero a lo que me refiero es que no pueden ponerse a reclamarme algo tan absurdo como el haberme acostado con un hombre al que veo siempre, que es atractivo y no es malo conmigo —suspiro molesta—. Tú fuiste quien apoyó la idea de que yo fuese la carnada en la primera misión que tuve. Yo me arriesgué en ese momento y fui secuestrada. ¿Ahí no era una niña?

Su silencio me confirma que di justo en el punto.

—¿Quién más sabe de esto? —pregunto, intentando mantener la calma—. ¿Fue André quien te lo dijo, o cómo te enteraste?

—Solo lo sé yo —responde—. André vino a buscar a tu padre y como lo vi tan enojado no dejé que pasara. Así que me contó a mí y para calmarlo le dije que las cosas no se iban a quedar así.

Sonrío con amargura.

—Él me engañó primero —le cuento—. Se besaba con su amiga hasta cuando yo me levantaba al baño.

—Lo siento mucho, Ann.

—No pasa nada —lo digo más para mí que para ella—. De hecho, me siento tonta. ¿Cómo es que no me di cuenta?

—Lo importante es que ya no son nada.

—Pues sí... —suspiro—. Por favor no le digas nada a nadie. Sigues siendo como una madre y una amiga para mí, aunque me hayas traicionado y no me hayas dicho la verdad sobre las cosas que han pasado últimamente.

—Sabes que no podía hacerlo.

—Lo sé.

Después de todo es como la mano derecha de mi padre.

—Tengo que irme—dice—. Estoy en Moscú, pronto te llamaré de nuevo.

—Está bien —suspiro—. Y oye... deja que me haga cargo yo de André.

Conociéndola sé que querrá hacerle algo por haberme engañado. Melissa es muy protectora y odia cuando se meten conmigo.

—Bien, pero no prometo nada.

Sonrío y cuando cuelga voy directo a darme una ducha.

Aedion

Camino por el túnel que está bajo la mansión. Los pasos retumban y el que solo esté

alumbrado por unas cuantas lámparas lo hace más espeluznante.

Papá siempre tuvo afán por las cosas de terror. Siempre le gustó que sus víctimas se cagaran de miedo cuando los llevaban por estos pasillos directo hacia la cámara de tortura.

Puedo escuchar los gritos femeninos con más claridad conforme me acerco.

—No ha dejado de gritar desde ayer —me dice Lucian.

—¿Hablaste con Stefan y Amelia? —le pregunto.

—Sí, aceptaron no comentar nada sobre el incidente y sobre el tema de Angeline —responde —. Por si acaso también le dije a Efraín.

Efraín lo sabía, era obvio que Angeline le contaría el secreto, es como su maldita mejor amiga.

Entramos a la cueva y la figura de Andrea aparece en mi campo de visión.

—¡Sácame de aquí! —me grita tomando los barrotes.

—¿Aprendiste la lección? —la molesto, parándome frente a ella con los brazos cruzados.

—¿Por qué haces esto por ella? ¡Yo te conozco desde hace más tiempo!

La miro con desdén y volteo a ver a Lucian y a mis verdugos.

—¿Qué hicieron con ella? —les pregunto.

—No le hemos dado comida ni agua y la rociamos con agua hirviendo como ordenó.

—No quiero hacerte sufrir, Andrea —suspiro—. Solo tienes que cooperar con lo que te pedí ayer.

—¡Yo no sé nada! —llora.

—Tengo las pruebas de cómo y cuándo traicionaste a la mafia roja, ¿tengo que recordarte cómo nos cobramos las traiciones aquí?

—¡No!, ¡no, por favor! —chilla—. ¡Perdón! ¡Perdóname por haber golpeado a la chica Mikaelson! No quiero morir...

—Lo de ayer considéralo como tu paga por causarme un problema, pero no será todo si es lo que piensas —me arrodillo frente a ella—. Estuviste pasando nuestra ubicación a las Fuerzas Armadas. Diciéndoles cada uno de nuestros movimientos —huye de mí hacia la esquina más lejana.

—¡Perdóname! ¡Perdóname, por favor!

Me pongo de pie y miro a los verdugos.

—Cuélguenla, rápenla y vuelvan a rociarla con agua hirviendo —la miro detenidamente—. La quiero viva todavía.

Si algo le duele a una chica vanidosa es su cabello.

—¡No! ¡No! ¡Haré lo que quieras! ¡Lo juro! —su voz tiembla, aferrándose a la última pizca de esperanza, mientras sus manos se extienden hacia mí en un gesto de súplica.

—De todos modos, lo harás.

Camino fuera con Lucian a mi lado mientras escucho como pasan por ella a la jaula.

No tengo el mismo gusto por torturar a la gente como mi padre, pero aún así lo tengo en las venas. Me desagrada tener que hacerle esto a Andrea, no voy a mentir, habíamos pasado mucho tiempo juntos. Pero la traición es la cosa que más me repugna en el mundo.

«¿Es eso o que haya golpeado a la bruja Mikaelson?».

—¿Qué sigue? —me pregunta Lucian.

—Voy a obligarla a que me deje entrar a la milicia. Tiene que cooperar.

—¿Hablas de entrar, entrar?

—Sí, Lucian, hablo de entrar de encubierto.

—Entiendo...

Salimos del túnel y me volteo para mirarlo cara a cara.

—¿Leonel respondió a mi mensaje?

—Accedió.

—Bien, prepara las cosas —ordeno—. Nos iremos a Colombia en cuanto amanezca.

—¿Todo el equipo? —pregunta.

—Sí —respondo—. Si preguntan por Andrea diles la verdad: que es una traicionera de mierda.

Me doy la media vuelta, pero Lucian vuelve a llamarme y lo miro de nuevo.

—El plan me parece bien, ¿pero estás seguro de llevarla a ella? Ahí estará Kiyoshi.

—El plan se llevará a cabo por ella —respondo—. Nosotros no podemos acercarnos a Kiyoshi, pero sí podemos hacer que Kiyoshi se acerque. Con Angeline en el mismo sitio que él, querrá tenerla sin importar cómo. Solo así podremos saber cómo maneja sus tropas y quiénes son sus aliados.

—Siempre un paso adelante, ¿no?

—Es arriesgado, pero saldrá algo bueno, ya lo verás.

Angeline

Amelia me mira atenta mientras le cuento como pasaron las cosas con Andrea el día de ayer.

—¿Por qué existirán mujeres así? Digo, hay mujeres más bonitas que otras, pero no por eso hay que ser envidiosas —hace una mueca.

Nunca me ha gustado reconocer que una chica es envidiosa. La envidia no es un tema que yo entienda, por eso me parece ridículo llamar así a otra persona. Mi pensar siempre ha sido que quizá la envidia venga desde tus problemas desde pequeño y mayormente siempre surgen por problemas familiares.

Porque hay envidia buena.

Esa que dices «quisiera ser igual de bonita que ella» pero que queda hasta ahí. No tratas de humillar a la otra persona ni intentas arruinarle la vida.

—No te sientas mal —me dice y medio sonrío.

—¿Por qué lo haría? —frunzo el ceño—. Problemas de otros no son problemas míos. Si ella tenía algo contra mí ya no me interesa.

—¿No vas a vengarte? —noto su tono juguetón.

—Casi la mato, eso es suficiente.

—¿Y que ha pasado con André? ¿Ya hablaste con él? ¿Arreglaron las cosas?

—No —respondo—. Dudo que arreglemos algo que ya está roto por completo.

—Si se aman no entiendo por que no pueden arreglar las cosas.

El problema es que ya no lo amo.

—Hay cosas que ya no pueden ser reparadas y otras que, aunque intentes repararlas, quedan con grietas.

—Entiendo... —Medio sonríe—. No quiero meterme en tus decisiones.

—No te preocupes.

—¿Qué harás hoy? ¿Te gustaría salir por un café? —pregunta y acepto.

Amelia tiene el don que tiene Efraín. Ambos tienen facilidad para ganarse la confianza de la gente. Solo que Amelia es un poco más curiosa que su hermano, pero a ambos los considero mis amigos, aunque a ella casi no la conozca me basta con saber que es la hermana del chico que es casi como un hermano para mí.

Me pongo de pie y tomo mi chaqueta, estamos por salir cuando Aedion abre la puerta. Me mira de pies a cabeza y luego mira a Amelia con esa expresión airosa.

—A primera hora sale el jet que nos llevará a Colombia.

—¿Qué hay que hacer ahí? —le pregunta Amelia.

—Lucian te explicará todo —le dice—. En cuanto a ti —se dirige a mí— te lo explicaré yo.

—Creo que no habrá tiempo para el café —me dice Amelia—. Lucian acaba de escribirme para vernos en su habitación del hotel.

Sonrío y ella se sonroja al ver como sonó lo que dijo, pero no dice nada más al respecto. Se despide de Aedion y luego se va.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

Trato de mantener mi distancia porque su cercanía siempre parece desequilibrar mi sentido racional.

—Kiyoshi estará en Colombia visitando a Camilo Sánchez, un abogado —lo miro atenta—. Creo que es el momento de actuar.

—¿Te refieres a atacarlo? —le pregunto.

El aire se siente tenso, incómodo, pero trato de dejarlo de lado y concentrarme en lo que dice. Todo tema que involucre a Kiyoshi ahora es mi favorito.

—No exactamente, pero es la única oportunidad que tenemos de acercarnos a él —suspira—. Siempre está en Tokio y como son sus tierras no podemos pararnos ahí —se cruza de brazos y miro hacia su pecho, imitando su postura—. En cuanto él llegue a saber que tú estás en Colombia querrá ir por ti, por eso serás la carnada.

—¿Cuál es el plan? —pregunto.

—En Colombia tengo un amigo. Un mercenario que es conocido y temido por todo Bogotá y Medellín. Es Gregorio Santana, mejor conocido como Carrillo.

«Hay un restaurante llamado Marbella. El plan es hacerles una cita a ti y a Kiyoshi ahí. No será estúpido e irá con su equipo, pero nosotros ganaremos por mayoría. Carrillo y sus hombres estarán de nuestro lado y nos ayudarán a capturarlo. Pero te aclaro que no planeo mandarte a ti a sentarte en una mesa y ser el blanco de todos.»

—¿Entonces? —le pregunto.

—Mandaremos a alguien parecido a ti.

Doy un paso atrás disimuladamente cuando su mirada cae en el escote de mis senos.

—¿Carrillo es de confianza? Papá solía decir que a veces es un poco hipócrita.

—No conmigo. Tenemos un buen historial juntos.

—Entiendo.

—Te explicaré el plan en cuanto subamos al avión.

—Ok.

Me doy la media vuelta y apenas doy un paso hacia mi cama, me detengo cuando habla.

—No puedes enamorarte de mí, Angeline.

Volteo a mirarlo.

—¿Por qué? —le pregunto.

Noto como se le tensa la mandíbula.

—Porque no.

—Muy buenas tus razones —digo sarcástica—. Olvídalo.

—Tienes a muchos hombres a tus pies, consigue a uno de esos.

Ninguno es como tú.

—Eso ya no es problema tuyo —lo corto—. No estoy enamorada de ti, las cosas se confundieron.

Quisiera que mis palabras fueran reales.

—Me alegro.

Se da la media vuelta y sale de la habitación.

—Odio sudar —dice Efraín por milésima vez—. Odio el sol.

Subimos las rocas con cuidado y al llegar a la cima me siento en una de ellas.

—Disfruta esto —respiro hondo y cierro los ojos, disfrutando de los rayos del sol en mi cara.

—Te puede dar cáncer de piel.

Miro a Efraín que está sentado junto a mí, pero un poco más atrás para cubrirse con la sombra de una palmera.

—Solo estaremos un momento.

—Las cosas malas pasan en un ratito.

Pongo los ojos en blanco.

—Parece que estoy escuchando a mi madre.

Miro el precioso paisaje que tengo enfrente; desde aquí se puede ver la ciudad de Bogotá. Nunca había estado en Colombia, aunque lo único que sé con certeza es que aquí tienen una cultura muy linda y que las personas suelen ser muy guapas.

—Así que... Até. —Lo miro sonriente—. Todos hablan de la nueva chica con apariencia de ángel y alma de diablo.

—No mientas.

—Escuché que te llaman así los del cartel de Jalisco y los de la mafia amarilla.

—No te olvides de los Yakuza —vuelvo a poner la vista en la ciudad.

—Sí sabes el significado de tu apodo, ¿cierto?

—Até es la diosa demonio de la fatalidad y del mal.

—Bueno... te queda muy bien.

—No soy la peor cosa del mundo, Efraín.

—Claro que no, de lo contrario no te hubiesen dado un apodo —saca su cajetilla y se pone un cigarro en la boca, lo enciende y saca el humo lentamente—. En el mundo de la mafia te tienes que ganar un lugar. Muchos pelean e incluso mueren por tener por lo menos un puesto asqueroso. ¿Sabes cómo te enteras que tienes un lugar en ese mundo? —Niego—. Cuando te dan un apodo.

Me quedo pensando en eso mientras veo cómo el humo se desvanece en el aire.

Por fin soy alguien más que la hija de Leonel Mikaelson.

—¿Qué puesto tengo yo? —pregunto.

—Supongo que por ahora te ven como un soldado de alta calidad —se pone de pie, tira el cigarro y aplasta la colilla con su zapato—. Por ahora... —hace énfasis.

Me pongo de pie y lo sigo cuesta abajo mientras bromeamos y hablamos sobre Colombia. También es su primera vez visitando este lugar, solo que él no parece tan emocionado como yo.

Llegamos a la pequeña casa donde Aedion nos instaló. Una casita de una planta, apartada de la ciudad y escondida entre los árboles. Justo donde nadie puede vernos.

Stefan y Maya están practicando, luchando cuerpo a cuerpo frente a la casa. Nolan está sentado en una de las mesitas que están a un lado, hablando con su hija y su esposa.

Sonrío al verlo tan feliz.

No tenía idea de que él tenía una familia hasta que me habló de ellos en el avión, mientras veníamos para acá. Su hija se llama Nicole, y su esposa, Raquel. No viven juntos por ahora porque tanto Raquel como Nicole son mexicanas, y el padre de Raquel, que es militar, lo amenaza constantemente con entregarlo si intenta acercarse a ellas. Esa es la barrera que lo

mantiene lejos de su hija y de su hogar.

Así que se hablan desde la distancia. Además de que Nolan se encuentra trabajando acá para mandarles dinero.

Odia a más no poder a su suegro, ¿y quien no lo haría?, pero no puede hacer nada por ser familiar de su esposa.

Me acerco a la pequeña banca donde dejé la maleta con mis armas.

—¿Sabes usar francotirador? —me pregunta Stefan, acercándose.

En el avión aproveché para pedirle disculpas, él aceptó y comprendió luego de haberle contado cómo sucedieron las cosas.

—La verdad es que solo lo he usado pocas veces —respondo—. Me encantaría saber usarlo, créeme, sería imparable.

—Puedo enseñarte —dice con una sonrisa.

—Yo también quiero —se apunta Nolan.

—Pero si tú ya sabes.

—Sí, pero con un maestro tan sexy como tú quien no va a querer ser tu aprendiz.

Miro la escena divertida mientras desarmo mi arma para limpiarla.

Stefan pone los ojos en blanco y Maya se une con una sonrisa.

—Chicos —la voz de Amelia llama nuestra atención.

Miramos hacia la entrada de la casa y vemos a Aedion salir junto a un señor de treinta y tantos. Moreno, con barba y medio calvo.

—Él es Carrillo —Aedion lo presenta y por primera vez lo veo hablando español.

—Mucho gusto, señor —estrecho mi mano con la suya—. Soy Angeline Mikaelson y ellos son mis compañeros de equipo —soy la primera en presentarse—. Stefan, Efraín, Maya, falta Maksim y Nolan pero a ellos los conocerá en un rato.

Me mira detenidamente, de pies a cabeza, pero no con morbosidad sino con cierto interés, curiosidad o algo por el estilo.

Quizás le sorprendió que le hablara en su idioma.

—Así que tú eres la famosa diosa Até —dice y medio sonrío—. Una chica como tú puede dejar de llamarme señor y decirme por mi sobrenombre.

—Gracias —sonrío amable.

—Tienes a un buen equipo, Aedion.

Miro al tatuado y mi mirada se cruza con la suya. Le sonríe a Carrillo en respuesta.

Después de todo resultó ser cierto; me llaman Até, como la diosa demonio.

Justo como Efraín dice, un apodo te hace tener una identidad dentro del mundo de la mafia. Pero eso, ¿qué precio tiene?. Es cierto que todo tiene su lado bueno y malo, y así como me gané la fama de ser un encanto o un arma mortal para muchas organizaciones, también me podría ganar ser considerada como una amenaza.

CAPÍTULO 32

Garrita

Angeline

Papá dice que nuestra manera de caminar a veces puede delatarnos respecto a cómo nos sentimos. Él dice: «Siempre camina con seguridad, aunque no te sientas segura. Los perros huelen el miedo al igual que las malas personas.»

Así que cada vez que me encuentro en un lugar que no me gusta, que no conozca o que simplemente me ponga nerviosa o me dé terror, trato de mantenerme calmada y actuar como si no pasara nada. Eso incluso me ayuda a realmente mantener la calma.

Camino por el piso de concreto mientras balanceo mis caderas de lado a lado. El sol me golpea entera haciendo que mis arracadas y mis pulseras doradas brillen. Chupo la paleta de fresa de manera sensual y discreta, con tal de llamar solo su atención.

—Objetivo en la mira —escucho hablar a Stefan por el auricular y se me ponen los pelos de punta.

Miro discretamente a mi alrededor en busca de Kiyoshi Nakamura, pero no logro ubicarlo.

Me acerco a un puesto y saco mi monedero en busca de dinero. Tomo una revista, pago y comienzo a pasearme mientras la leo como si estuviese embobada.

Una ventaja de tener 17 años, es que puedo actuar como una chica de tal edad; distraída e inocente.

Me freno en una esquina y finjo leer la noticia de Kylie Jenner y su nuevo embarazo con Traves Scott, hasta que una sensación extraña me atraviesa cuando noto a alguien caminar muy cerca de mí.

Trago grueso.

Cruzo la calle y entro en el primer restaurante. «MARBELLA», dice en letras grandes en la entrada.

Pido una mesa y dejo que el encargado me guíe hasta ella. En el transcurso busco la cara de Efraín y Maya, pero no los encuentro y eso significa que se están escondiendo muy bien.

—Gracias —le agradezco al chico y tomo asiento en la mesa.

Empiezo a leer sin interés la carta y al final pido unas patatas rellenas, aunque no vaya a comerlas.

Siento el corazón en la garganta y me cuesta respirar. Las manos me están sudando por los nervios y tengo que concentrarme en mi respiración para calmarme y no ser tan obvia.

«Si otras pueden completar misiones así, tu también».

—Aquí va —escucho por el auricular y un segundo después tengo a alguien sentado frente a mí.

Mi mirada lo recorre por instinto, grabando cada detalle en mi memoria como el hijo de perra que desearía ver a mil metros bajo tierra. Es delgado, de facciones finas, con el cabello castaño y algo largo. Lo recordaba distinto, con los rasgos más toscos, como los de su padre.

Las ganas de arrancarle la cabeza me invaden, pero hago un esfuerzo monumental por contenerme y no arruinar el plan.

—Angeline —dice con una sonrisa.

—¿Te conozco? —me hago la tonta, aunque estoy segura que no funcionará.

—Lo de hacernos los desconocidos no nos queda, ¿no crees?

Le sonrío de vuelta.

—Es irónico lo que dices, teniendo en cuenta que eres tú al que le gusta enviar cartas anónimamente.

Sonríe con gracia y se recarga en la mesa.

—¿Vienes acompañada de tus amigos? —dice con los ojos bien fijos en mí, como si buscara algún rastro de mentira en mi rostro.

—Me he escapado un rato —suspiro—. Buscaba tener algo de tiempo para mí, pero veo que ya ni eso puedo tener.

—¿Están aquí? —vuelve a preguntar.

—Mira a tu alrededor y dime si ves a alguien —mira discretamente hacia todos lados—. Debe ser difícil tener que salir y tener miedo siempre.

—Creo que nos entendemos más de lo que tu crees, Até —comenta.

—¿Por qué? ¿Porque ambos pertenecemos al mismo mundo? —inquiero.

En sus ojos puedo ver cierta vacilación que me hace querer cuestionarle su silencio.

—Tengo entendido que has unido fuerzas con los Lorcan —vuelve a cambiar de tema—. Me parecen interesantes tus acciones teniendo en cuenta la guerra que tu familia y la suya han tenido a través de estos años.

—A veces no hay que creer todo lo que nos cuentan.

—¿Lo niegas? —se ríe—. Has estado trabajando con la mafia roja y niegas lo que claramente todos hemos visto.

—Niego el haber unido fuerzas —miento—. La mafia azul no necesita de nadie.

—No te creo.

—¿Crees que me importa? —inquiero con una sonrisa—. Aunque te creí más inteligente, ¿sabes?

—No subestimes a quien no conoces, Até.

—No te ofendas —me inclino hacia adelante, recargando mis antebrazos en la mesa—. Solo estamos charlando.

—No lo digo por mí, cariño —sonríe socarrón.

—¿Qué insinúas?

—Dicen que hay que tener a tus enemigos en tu propia cama, o a veces hasta tenerlos viviendo contigo es mejor, ¿verdad? —se pone de pie.

Le frunzo el ceño.

—¿Atacamos? —escucho la voz de Efraín por el auricular.

—Cuídate y cuida a todos tus amigos —sonríe y quiere tocar mi rostro, pero lo manoteo—. Lamento tener que hacer esto, pero he descubierto su plan.

Saca un aparato de su bolsillo y me muestra la pantalla. Siento que el corazón se me encoge.

—Eres un hijo de... —Trato de ponerme de pie, pero me empuja y me hace sentar de nuevo.

—Mierda —escucho maldecir a Aedion.

—¿Quieres que tu amiga Melissa esté bien? Quédate dónde estás, zorra —la sangre me hierve —. Ahora dile a tu amo que no haga ningún movimiento brusco para que pueda salir en paz y sin hacer escándalo.

—Déjala ir y lo haré —digo entre dientes, con la poca cordura que me queda.

—Melissa está aquí mismo en Colombia, la soltaré aquí mismo en cuanto yo pueda salir.

—No te conviene verme enojada, Kiyoshi —le amenazo—. Suéltala, te doy mi palabra de que saldrás de aquí sano y salvo.

—¿Tu palabra vale tanto como la de tu padre?

—Soy su hija, pruébame.

Sonríe y saca su teléfono, se lo lleva a la oreja y empieza a hablar en su idioma. Termina la llamada unos segundos después y me mira.

—Ven conmigo, Angeline —se ofrece y tomo su mano sin dudarlo.

Me guía hasta la salida del restaurante y frente a él se encuentra una camioneta negra.

El estómago se me comprime al igual que el corazón cuando las puertas se abren y veo a dos tipos encapuchados.

—Eres tan ingenua —susurra en mi oído.

Una sonrisa se me dibuja en la cara.

—No subestimes a quien no conoces —imito sus palabras.

Aedion aparece y lo toma por la espalda mientras que Maksim y Raymond empiezan a pelear con los tipos encapuchados.

Dos hombres aparecen y le dan a Aedion un golpe en la espalda que le hace soltar a Kiyoshi. El japonés saca su arma y le apunta a Aedion, pero apenas la bala le roza ya que mi mano impacta contra la suya y hace que aquella caiga. Le doy dos golpes seguidos en el rostro y empujo con mi pie el arma hacia abajo de la camioneta. Su puño golpea mi rostro y su mano se enreda en mi cabello, detrás de mi nuca.

Los disparos de Stefan se hacen presentes, atravesando el cráneo de los encapuchados y llamando la atención de mi contrincante.

Aprovecho el momento para hacerle una llave, llevándome sus manos detrás de su espalda y haciéndolo caer de rodillas.

Se escucha un disparo y seguido siento un ardor en mi hombro que me hace querer soltar al hombre. «Ni de coña» me aferro a él a pesar del dolor y hago que se ponga de pie para luego ponerlo delante de mí y usarlo como escudo.

El corazón se me atora en la garganta cuando veo que de una esquina salen tres hombres más con ametralladoras en mano, pero ni siquiera llegan a apretar el gatillo ya que aparece una multitud de hombres con más armas, los cuales reconozco como la gente de Carrillo. Todos terminan matando a cada uno de los soldados de Kiyoshi y el japonés queda arrinconado entre un montón de armas.

Le doy un golpe en las costillas y lo arrojo al suelo.

—Zorra —gruñe con una sonrisa nerviosa.

—Para ti soy el diablo, hijo de perra.

Le doy una patada en la cara con todas mis fuerzas que lo hace caer al piso, desmayándolo por completo.

—Déjame limpiarte, niña —se queja la enfermera.

—Mi cuerpo lo hace inconscientemente —le explico enojada pero no parece entenderme.

Vuelve a limpiarme la herida con alcohol y vuelvo a dar un saltito que la hace espantar de nuevo. Ya no dice nada, solo se dedica a limpiarme durante los próximos cinco minutos y yo tengo que aguantar el maldito dolor cada vez que me toca.

La bala no entró en mi hombro, pero si me rozó, así que hay que limpiar o la herida se me puede infectar.

Aunque para ser sincera eso me vale mil hectáreas de mierda. No he dejado de lado el maldito coraje de saber que tienen a Melissa. Aedion dijo que se haría cargo, pero la verdad es que estoy desesperada. No soportaría que le hicieran algo a ella, es de la familia y eso me rompería el alma.

Kiyoshi esta de camino a Alemania junto a todo el equipo, a excepción de Stefan, Aedion y

yo. Se supone lo están torturando y demás para sacarle información sobre Mel. Yo debería de estar ahí cortándole los huevos, pero Aedion no me dejó porque estaba herida y tenia que ser revisada.

A veces exagera tanto como mi padre.

—Lávate todos los días —dice y saca un frasco de píldoras de su bolso—. Te dejaré este antibiótico, tienes que tomarlo cada doce horas.

Le acepto el frasco y miro hacía la entrada de la sala cuando escucho pasos; Aedion aparece un segundo después y entra.

—¿Me necesitan para algo más? —pregunta la doctora, mirando hacia el piso.

—Me parece que en la habitación del fondo —le responde y la doctora sale.

—¿Hirieron a Stefan? —pregunto, poniéndome de pie.

—Me parece que también fueron algunos roces.

—¿Cuándo nos iremos?

—Ahora.

—Bien, iré por mis cosas.

Paso por su lado y empiezo a caminar hacia la habitación donde he dejado mi maleta.

Aedion

—¿A qué hora llegó? —le pregunto a Killian.

—Ayer por la noche.

Me quedo en silencio.

—¿Le has dicho algo sobre... —me interrumpe.

—¿Sobre que tienes a la chica Mikaelson trabajando contigo? Claro que no, se infartaría si se llegase a enterar.

—Bien.

—¿Qué harás? Se rehusa a marcharse de tu casa hasta que vayas a verla.

Mierda.

—Voy a decepcionarla porque no puedo regresar si Angeline va a conmigo —se queda en silencio—. Iré a Los Angeles.

—Mamá se pondrá como loca si no te ve, Aedion.

—Haz lo que sea para calmarla —le pido—. Necesito que no se entere de Angeline, no hasta que hable con nuestro padre primero.

—¿No vas a contarme lo que ocurre?

—No por ahora —respondo.

—¿Los planes cambiaron?

Escucho pasos por el pasillo.

—Te marco después —le digo—. No dejes que mamá se entrometa en mis cosas.

—Tenemos una conversación pendiente.

Le cuelgo.

Mi madre me hace poner de mal humor. No sé qué espera de mí si ya ha dejado muy claro cuáles son sus malditas opiniones.

Volteo hacia la entrada de la casa para ver a Angeline.

—Sorpresa, nos vamos a Los Angeles —digo y paso por su lado para ir por mis cosas.

Las alturas no son algo que suela darme terror o que me moleste. Papá me enseñó a volar un avión, hasta fui a una escuela de aviación. Y creo que nunca me había sentido tan irritado en un vuelo hasta el día de hoy.

Angeline no deja de mirarme mal. Murmura quién sabe qué cuando pasa por mi lado y solo está mandándome indirectas cada vez que habla con Stefan.

La azafata pasa con una bandeja de galletas y veo que la pelinegra va a agarrar una, así que para molestarla tomo toda la bandeja. La azafata no dice nada. Sin embargo, la bruja se queda con la mano estirada mirándome como si quisiera aniquilarme con sus rayos láser imaginarios.

—Cómo hay gente hambreada —la escucho susurrar.

Sonrío y me pongo de pie para sentarme frente a ella. Está recostada con su brazo cubriendo sus ojos.

—Vete a dormir a la habitación —le digo y abre los ojos para mirarme de mala manera.

—Stefan está durmiendo.

—Quítalo —me encojo de hombros.

—Déjalo —refunfuña.

Desde hace horas está que ni se soporta ella misma. No la culpo y tampoco la juzgo, pero tenía que llevarla a otro lado que no fuera Alemania o todo se iría a la mierda.

Miro la bandeja que aún tengo en mis manos y la dejo frente a la mesa que está entre nosotros. Se me ocurre una idea y sonrío internamente. Tomo una galleta y me incorporo hacia adelante para quedar más cerca de la bruja.

—Abre la boca —le pido.

Angeline podrá ser la mujer más fastidiosa, engreída, orgullosa y mandona que haya conocido, pero sé que le gusta muchísimo cuando la dominan.

Nunca llegué a imaginarme que le gustase ser de esas chicas sumisas en la cama. Aunque lo que la distingue de las demás es que, a pesar de que le guste que la dominen, no es de esas que fingen inocencia como las baby girl, a ella se le mira la lascivia hasta en su manera de mirar. No le da pena y deja que le hagas lo que ella te permita hacer, además de que siempre conectamos mucho y ambos logramos entendernos a la perfección.

Siempre me había importado que una mujer llegara al orgasmo, pero nunca me paré a fijarme qué les gustaba y qué no. Solo las escuchaba decir un «sí» y me dejaba llevar.

Sus ojos me miran con ese brillo que me dice que le encanta mi petición y obedece. Abre la boca y el mero acto hace que la verga se me ponga dura. Le meto un pedazo de galleta de chocolate y ella la mastica desviando la mirada hacia la ventanilla.

—No vengas con tus trucos —dice y me río—. No quiero verte, estoy demasiado enojada.

—Kiyoshi no irá a ninguna parte, Angeline. Necesitabas un descanso fuera de todo esto y quise dártelo luego de que la misión salió de maravilla —le digo.

—No necesito un descanso, Aedion. Necesito encontrar a Melissa y hacer pagar a ese hijo de puta todo lo que le ha hecho a mi familia —brama.

—Siguen torturando a Kiyoshi y mis hombres ya están en busca de tu amiga —le cuento—. Solo serán un par de días, después de todo no podemos tomar unas vacaciones tan repentinas porque aún tenemos cosas que hacer.

—Quiero irme para Alemania —ruega.

Yo también.

—Solo dos días, tu padre y yo lo discutimos y creímos que esto sería una buena idea.

—¿Por qué no puedes entender mi desesperación? Melissa es como mi segunda madre, necesito hacer algo.

—Sí, te comprendo. Solo que debes tener paciencia —suspiro—. Aunque nos vayamos para Alemania no podrías hacer nada muy útil.

—Cortarle las pelotas a Kiyoshi se me hace algo útil.

—Dejaré que se las cortes cuando lleguemos, lo prometo —le extiendo mi mano y alzo mi dedo meñique.

—¿Pinky promise? —frunce el ceño.

—Papá y yo le deciamos garrita —respondo—. Ya sabes, por la película de Tierra de osos.

Sonríe divertida.

—Bien —enreda su dedo meñique con el mío—. Por la garrita entonces —sonrío—. Pero solo dos días, porque te juro que si no a quien le arrancaré las pelotas será a ti.

Pongo los ojos en blanco.

La dejo dormir un rato mientras reviso los últimos acontecimientos de la coca que he estado vendiendo estos días. Hablo con Killian sobre el asunto de mamá y le ordeno que haga de las suyas para que dentro de dos días ya no haya rastro de ningún familiar en mi mansión.

Al llegar a Los Angeles despierto a la bruja y luego de haberle avisado a su padre que iremos directo para allá le presto atención.

Viene dormida, es de noche aquí en California y ella parece estar demasiado cansada. Miro su rostro tan fino y perfecto como la piel de un bebé. Sus mejillas levemente rosadas me hacen querer morderlas y sus labios carnosos me incitan a besarlos y lamerlos.

Angeline es mucha provocación para mis ojos. Es como si hubiese sido hecha para mí, aunque lo dudo. Angeline no le pertenece a nadie, creo que eso lo ha dejado muy en claro, sin embargo el creer que quiza algún día pueda ser mía completamente me pone... un poco raro.

Sus pestañas largas y oscuras son como las de un bebé y probablemente muchas mujeres le tengan envidia por tener una nariz tan bonita.

Tiene facciones demasiado refinadas. Es hermosa.

—La otra unidad dejará al señor Stefan en el hotel, ¿está bien? —me pregunta Jack, uno de mis guardaespaldas.

—Sí, lo veré mañana.

Asiente con un movimiento de cabeza y sigue conduciendo.

No me gusta estar en Los Angeles. Siempre me ha parecido el lugar más turístico de todos y eso no me agrada en lo absoluto. Mi apariencia llama mucho la atención y no se sabe quién podría estar aquí en California. En cualquier momento alguien podría reconocerme y empezar a hablar de mí y dar mi ubicación, y eso no es muy grato para alguien en mi mundo.

Además de que aquí manda Leonel y es pésimo estar en tierras de alguien más.

Mi teléfono vibra y lo saco cuando veo que es un mensaje de Lucian; me ha enviado una foto de Kiyoshi amarrado con cadenas de pies y muñecas en la cueva. Parece inconsciente pero una vez que empiece a ver la gravedad de los problemas va a querer morir al instante.

«Rocíalo de agua caliente para que despierte. Y córtale pedazos de piel para que hable acerca del paradero de Melissa. Lo quiero vivo para cuando regrese, pero quiero que su tortura sea colosal».

Le envío el mensaje y vuelvo a fijarme en la pelinegra.

Somos la mafia más temida y hay razones para ello. Mejor que no se metan conmigo porque puedo hacerlos pasar las peores horas e incluso los peores días antes de su muerte.

CAPÍTULO 33

Epifanía

Angeline

Abro los ojos poco a poco mientras me acostumbro a la luz que entra por la ventana de mi habitación.

Las paredes siguen de color morado al igual que los muebles siguen en el sitio donde están.

Han sido solo meses los que he estado fuera y siento como si hubieran pasado años desde que dormí en mi habitación.

Ayer por la noche, todos me recibieron en el recibidor a pesar de la hora tan avanzada. Sin embargo, no pude contarles en detalle cómo me había ido, ya que todos necesitábamos descansar.

Me pongo de pie y entro en la ducha para luego de unos minutos salir y ponerme una de mis tantas prendas que amaba usar en días tan soleados como los de hoy; unos shorts rasgados y cortos, con una blusa de tirantes y unos vans negros.

El típico outfit americano.

Es muy raro verme tan... sencilla, pero es cómodo y mientras me sienta bien no importa lo demás.

La puerta de mi habitación es abierta y mis hermanas entran con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sigues aquí! —exclama Ellie rodeándome con sus brazos.

La abrazo de vuelta y un segundo después se nos une Kylie.

Extrañaba tanto a mis hermanas que se me hacía poco tener que hablarles solo por medio de mensajes.

—Las he extrañado muchísimo —les digo.

Nos separamos y Ellie va a sentarse a la orilla de mi cama.

—Papá dice que llegaste para quedarte —comenta.

—¿Lo harás? ¿Regresarás a casa? —pregunta Kylie y percibo cierto atisbo de ilusión en su voz.

—Pronto lo haré, pero esta vez no será —respondo—. ¡Pero no pongan esas caras! No me he muerto aún.

—No creí que diría esto pero... te extrañamos —dice Kylie, recargándose en la puerta.

—Y yo a ustedes —suspiro.

—Mamá se ha estado volviendo loca desde que te fuiste —comenta Ellie—. No ha dejado de cocinar desde que no estás.

Frunzo el ceño.

—¿Cocinar? —pregunto.

Mamá no cocina, odia hacer cosas por su cuenta cuando sabe que tiene a personas que pueden hacerlas por ella. Es extraño viniendo de ella.

—Su comida es terrible —murmura Ellie y sonrío—. La vez pasada hizo un risotto horrible.

—Mamá no ha tenido nunca buena sazón —añado.

—Papá dijo que no dijéramos nada acerca de lo rara que hace la comida porque no quiere hacerla sentir mal.

—Pues hagan caso. Mamá suele ser muy sensible en temas así de pequeños.

—Sigue molesta contigo, ¿cierto? —cambia de tema Kylie.

—No lo sé —admito—. Aunque no me sorprendería si lo estuviera.

—Ya se le pasará —Ellie le resta importancia.

Tocan la puerta de la habitación y dos segundos después mi padre asoma la cabeza.

—El desayuno está listo —avisa con una sonrisa y sale cerrando la puerta.

Extrañaba tanto ver a mi papá así.

—Vayan, tengo que hacer algo primero —les digo.

Asienten y salen, segundos después escucho sus risas y sus pasos bajando las escaleras.

Saco mi teléfono y me lo llevo a la oreja cuando encuentro el contacto que quiero.

—¿Qué? —responden en la otra línea.

—Quería agradecerte por haberme hecho venir —cierro los ojos con el miedo de que vaya a decir alguna cosa que me corte la buena vibra que tengo hoy.

—Bueno, puedo hacerte venir cuantas veces quieras.

Siento mis mejillas arder y no puedo evitar no sonreír con diversión. El y sus temas siempre me ponen en un modo que no sé como explicar.

—Sabes de qué hablo.

—No es nada, pero te lo dije. Sabía que la pasarías bien.

Entonces se me ocurre algo. Una escena llega a mi mente y empiezo a sentirme tentada a lo que voy a hacer.

—¿Qué harás hoy? —le pregunto.

—¿Por qué?

—Quiero salir a caminar por ahí... —comienzo a decir, dubitativa, evitando su mirada—, me preguntaba si querías venir... —termino la frase con una mueca que traiciona mi inseguridad.

Hay un corto silencio.

—Los Angeles no me gusta —dice al fin.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No hagas más preguntas y baja que no empezará el desayuno sin ti.

Cuelga y salgo aprisa de la habitación, bajo las escaleras y camino hacia donde se escuchan las voces. En la mesa que hay en el jardín visualizo a mi familia y... al espécimen. Luce tremendamente atractivo desde el ángulo donde estoy.

Lleva unos pantalones negros combinados con unos tenis Vans del mismo color y una camisa ceñida de un rojo cereza intenso. En la cabeza, unos lentes oscuros que ocultan su mirada, y sus manos llaman la atención con los distintos anillos que adornan sus dedos, dándoles un aire diferente, casi intrigante.

—Perdón —me disculpo mientras tomo lugar junto a mis hermanas—. No tenía idea de que nos acompañarías, Aedion.

Tomo mis cubiertos y lo vuelvo a mirar discretamente, entonces confirmo que no importa el ángulo, él siempre se ve bien.

—¿Sorprendida de verme? —pregunta con una media sonrisa.

Siento que la piel se me eriza.

—No —respondo y me concentro en mi plano.

—Bueno, la verdad no sé por qué estás aquí —escucho que mamá murmura mientras mira su plato, pero nadie parece darse cuenta de sus palabras.

Ayer me dio un abrazo muy cariñoso y de verdad sentí que se alegró de verme, pero se mantuvo un poco distante y ni siquiera tengo que preguntar por qué. Más tarde hablaremos y

seguro las aguas se calman.

—Le preguntaba a Aedion cómo estuviste en las misiones —comenta papá—. Dijo que eres sumamente ágil y que estuviste muy bien.

—Sí... las cosas allá fueron buenas —respondo.

Mi mirada se encuentra con la del príncipe de la mafia y me sonrojo cuando empiezo a recordar todo lo sucio que hicimos en Alemania y Grecia.

—Dijo papá que te llaman Até —dice Kylie—. ¡Mira lo roja que te has puesto! —se ríe y miro hacia mi plato.

—Siempre se sonroja cuando la halagan —dice Aedion y lo miro de reojo; tiene una sonrisa burlona en su cara—. Ya le he dicho que se le nota bastante cada vez que se pone así.

—Lo siento —finjo una sonrisa mientras le sigo la corriente.

Dios, qué incómodo.

—Cuéntenme como es Alemania —dice Ellie—. Nunca he ido... —ni siquiera termina la frase cuando mi madre la interrumpe.

—Ni vas a ir —la corta y un segundo después se pone de pie—. Con permiso, tengo cosas que hacer.

Mamá entra a la casa, dejando un silencio denso en el ambiente. Muy propio de ella.

—Alemania es bonita —digo para apaciguar el ambiente. Está bastante claro que a mi madre no le hace gracia tener a Aedion aquí—. Siempre quise visitar una cafetería y desayunar ahí pero nunca tuve tiempo.

—¿En serio? —pregunta Aedion y asiento.

—La puerta de Brandeburgo está en mi lista de lugares pendientes por visitar —añade Ellie —. ¿Por lo menos la visitaste? ¿Cómo es?

—Si no tuve tiempo para desayunar en una cafetería menos lo iba a tener para ir a turistear.

—Tu hermana fue a trabajar, lo que hace no es cualquier cosa, Elizabeth —dice papá.

—¿También te gusta pelear como a tu hermana? —le pregunta Aedion.

—No, yo quiero ser doctora.

—¿Y ya la has metido a clases particulares? —le pregunta Aedion a papá.

—Tiene su propia maestra —responde.

—Killian es un excelente doctor, cirujano e investigador, puedo ver si tiene cupo para darle algunas clases o que vaya a visitarlo por su hospital.

Frunzo el ceño, confundida y un tanto asombrada por su invitación.

—¿Quién es Killian? —pregunta mi hermana.

—Mi hermano.

—¿Tienes hermanos? —pregunta Kylie y cuando noto el interés de su pregunta le doy una patada por debajo de la mesa, eso la hace sonreír.

—Una pregunta muy tonta si acabas de escuchar que dijo que es su hermano —dice Ellie y me río.

—Tengo dos —responde de pronto y las tres lo miramos al mismo tiempo.

—¿Cómo que dos hermanos? —pregunto sorprendida—. Creí que solo era Killian.

—Pues no.

Lo miro con intriga, sus ojos han cmbiado, ahora parecen más oscuros, como si se hubiese molestado o algo así.

La llamada del celular de papá nos distrae a todos y cuando se disculpa y sale por la puerta me desplazo dos asientos para quedar más cerca de Aedion.

—¿Qué hay de Melissa? —susurro para que mis hermanas no me escuchen.

Nadie les ha dicho nada y así prefiero que sea, no quiero preocuparlas.

—De eso quería hablar contigo —dice y mira de reojo a mis hermanas—. Mejor te lo digo en un lugar con menos gente.

Me pongo de pie enseguida.

—Esperen aquí, ya regresamos —les digo a ambas.

Asienten y Aedion me sigue al entrar a la casa. Escucho la voz de papá en el living y camino hacia el lado contrario. Las señoras de limpieza están conversando en las escaleras y para evitar que haya chismes empujo a Aedion en la primera habitación que hay a la vista.

Terminamos en el cuarto de lavado.

—¿Por qué actuas así? —pregunta, gruñón.

—Las señoras de limpieza se alimentan de los chismes, no quiero que llegue a oídos de mis hermanas lo que sea que vayas a decirme.

—Bien —suspira—. Melissa está bien. Kiyoshi reveló donde la tenían y por suerte llegamos antes de que el líder de los yakuza lo hiciera.

Siento que por fin puedo respirar y sonrío alegremente. «Gracias a Dios». No sé qué hubiese hecho si me hubieran dicho que la encontraron muerta, o peor aún, que jamás la encontraron. La mera idea me da escalofríos.

—Aunque —trago grueso—… tenía una fuerte cortada en la mano. Cuando la llevaron con una doctora tuvieron que solucionarlo de una manera un tanto traumática.

—¿A qué te refieres? —pregunto asustada, imaginando lo peor.

—Perdió el dedo anular de su mano derecha y por poco pierde el meñique.

Las ganas de llorar por aquello aparecen, y es que... ¿cómo se supera algo así? Tan solo pensar lo que está sufriendo y lo que ha sufrido me pone en un estado muy sensible.

—Necesito verla, Aedion —le digo.

—Mañana por la noche partiremos a Alemania, lo prometo.

La noticia me da ansias.

—¿Está en la mansión ahora? ¿Puedo hablar con ella? ¿Mi padre ya lo sabe? —su mano se posa en mi boca.

—Está en una casa que yo mismo he escondido, y no, no puedes hablar con ella porque ahí no hay señal —sus ojos grises me miran con intensidad—. Y sí, tu padre ya lo sabe desde hace unas horas. Por eso vine —añade.

Su mano se aparta de mi cara y le medio sonrío.

—Gracias por haberla salvado —me pongo de puntitas y lo rodeo con mis brazos.

Mi cabeza se recarga contra su pecho y aunque lo siento tensarse dejo que la sensación cálida me invada y me sumerja en un bonito momento.

No será el más cariñoso, el más carismático o el más simpático, pero está haciendo más de lo que algunas personas harían por mí.

Sus brazos rodean mi cuerpo y me estrujan contra él. Me río y miro hacia arriba.

—¿Estás seguro de que odias Los Ángeles? —le pregunto.

Lo veo poner los ojos en blanco y luego soltar un suspiro.

—Creo que odiaré más quedarme encerrado —sus palabras me hacen sonreír.

Vuelvo a recargar mi cabeza contra su pecho y cierro los ojos. Su colonia penetra en mi nariz cada vez que respiro y me hace sentir cosquillas en el estómago de lo rica que huele.

La puerta de la lavandería es abierta y apenas y me da tiempo de separarme de él. Me giro para ver de quién se trata y me encuentro con mi padre.

—¿Por qué no me dijiste desde un principio que Melissa estaba bien? —le reclamo para sonar

normal y no hacer un momento incómodo y demasiado obvio.

Papá mira la escena detalladamente y doy mi mayor esfuerzo para no ponerme roja.

—Tus hermanas estaban ahí.

—Yo ya me voy —anuncia Aedion y lo miro rápido, confundida—. Te veré luego.

—¿Tan rápido? —le pregunta mi padre.

—Tengo cosas pendientes que discutir y por hacer —pasa por mi lado y se detiene junto a mi papá—. Gracias por el desayuno, Leonel.

—Claro —es lo último que dice mi padre antes de que siga su camino y nos deje solos.

—Melissa perdió un dedo —le cuento, aunque seguro ya lo sabe—. ¿Vendrás a verla cuando regresemos a Alemania?

—¿No vas a quedarte? —pregunta y miro mis dedos.

—Necesito regresar allá.

—No es cierto —dice—. Podrías quedarte y dejar que yo resuelva todos los problemas.

—Problemas que no son tuyos.

—Todos tus problemas son míos, cariño.

—Necesito hacer algo —le recalco—. No me gustaría quedarme aquí no haciendo nada mientras tú lidias con todo esto.

—Fue un error haberte dejado ir y que te expusieras a los locos que hay allá afuera —en sus ojos se nota la angustia y desespero, y eso me parte el corazón.

—Ese loco ya está siendo torturado —le digo—. Y aunque los problemas no hayan acabado, mantendré cuidado como hasta ahora.

Kiyoshi ha sido casi ejecutado, pero aún no terminan las cosas y de eso estoy 100% segura. Así como mi padre ha hecho de todo por mantenerme a salvo, dudo que su padre se quede tan calmado.

—No quiero que te vayas, Ann —insiste.

—Cada día algo nuevo se aprende, ¿recuerdas? —me cruzo de brazos—. Quiero prepararme completamente para cualquier situación —le digo—. Tú lo has dicho: estar en este mundo no es cualquier cosa, la mayor parte del tiempo casi todo es malo y no hay manera de que podamos huir de esto. Lo hecho, hecho está y no van a cambiar las cosas hasta que uno decida caminar distinto.

—Entiende que no quiero que te pase nada.

—No puedo prometerte que me mantendré al cien por ciento a salvo, pero te puedo asegurar que haré de todo por mantener a nuestra familia segura —añado—. Quiero ayudar, papá. Si me quedo sin hacer nada la culpa me va a estar carcomiendo.

No tarda en abalanzarse hacia mí para darme un abrazo. Le correspondo y dejo que me meza entre sus brazos como niña pequeña.

—Por favor, Ann... —verlo suplicar me hace llorar de inmediato.

—Te amo, papá —lo aprieto contra mi pecho—. Todo va a estar bien, ¿de acuerdo?

—Yo los cuidaré a todos, Ann.

—Ya lo haces —corrijo—. Eres un padre increíble, me has ayudado a superarme y a ser una mejor persona. Todo lo bueno que sé ha sido gracias a ti, a tu sabiduría y paciencia —admito—. Así que confía en mí, que no soy ninguna tonta como para no saber lo que valgo y lo que merecemos mi familia y yo.

—Bien —suspira—. No quiero meterme en tus decisiones, si es eso lo que quieres está bien. Ya no eres una simple niña que no sabe lo que hace con su vida, sabes lo bueno y lo malo de todo y estoy seguro que serás alguien que luchará por el bien de otros.

—Te prometo que no haré nada malo papá.

—Yo sé que no —dice—. Pero te arriesgas demasiado en el mundo exterior. Créeme que si fuera por mí te tendría en una caja de cristal para que nada te pasara.

Sonrío con ternura.

—Aedion cuida de mí —le cuento—. Y en Alemania estoy muy segura, de todos modos, no salgo mucho por allá.

—Más le vale tenerte como su prioridad —dice y me alejo de él—. Trata de no estar mucho rato en lugares públicos y en lugares solitarios, procura estar en la mansión Lorcan. Ahí estarás más segura que en cualquier otro lugar, ¿ok? —pregunta y asiento.

Mi celular vibra en la bolsa de mi short y lo saco. En la pantalla aparece un mensaje de Aedion.

Te veo en una hora frente a la casa de tu novio.

Frunzo el ceño. ¿Qué cosa está tramando ahora?

—¿Todo bien? —pregunta mi padre.

—Sí, solo iré a verme con André —le digo.

—Puedes traerlo si quieres —se encoge de hombros.

Vuelvo a mirar el mensaje. «Ni loca».

—Las cosas con él no han ido muy bien, lo mejor será que vaya a verlo y hable con él sobre lo que está pasando.

—¿Y qué está pasando?

—Papá —le reprendo—. Déjame arreglar esto, ¿sí? —alza las manos a modo de rendición y le sonrío.

—Olvidaba que mi chica ya es alguien mayor —me hace reír.

—Te amo. —Le doy un beso en la mejilla.

—También te amo. —Camino hacia la puerta—. Que te lleve Simon.

—Bien —acepto, de lo contrario nunca me dejaría salir si voy sola. —. Lo veo afuera en cuarenta minutos.

Salgo de ahí y subo las escaleras hasta mi cuarto. Una vez ahí saco mi celular para responderle el mensaje al espécimen.

¿Por qué ahí?, le escribo.

Espero algunos minutos y nada. Solo aparece debajo el «visto» . No me preocupa que André me vea, no, lo que de verdad es inquietante es que Aedion vaya a querer matarlo o algo así.

«Capaz entra a su casa a descuartizarlo».

Trato de no hacerle caso a mi conciencia, pero... ¿cómo no le voy a hacer caso? Si mató a un chico sólo por mirarme.

La puerta de la habitación vuelve a abrirse y aparece Kylie. Cierra la puerta y se deja caer en mi cama junto a mí.

—Tengo que preguntarte algo —dice.

—¿Qué? —dejo mi celular de lado y le pongo atención.

—Tienes algo con Aedion Lorcan, ¿no es así?

Mierda.

Frunzo el ceño y pongo mi cara lo más confundida.

—No, ¿por qué lo dices?

¿Estoy siendo muy obvia? ¿Habré dicho algo? Hasta ahora solo nos han visto unos cuantos minutos en el jardín. ¿Acaso fue suficiente para hacernos notar?

—¡Ay, por favor! —sonríe—. Solo dime la verdad, sabes que nuestros secretos nunca se

cuentan.

Kylie, Ellie y yo siempre nos contamos todo desde que eramos pequeñas, y como nuestros padres siempre nos enseñaron a respetarnos entre hermanas, nos tenemos mucha confianza y nuestros secretos nunca se los contamos a nuestros padres.

Tenemos una buena relación.

—No tenemos nada —le digo—. Al menos nada formal.

Su expresión cambia a una pícara y se echa a reír.

—¡Lo sabía! —exclama.

—¿Qué? ¿Es muy obvio?

—Lo supuse por como se miraban —responde.

—Si papá se entera, me mata.

—Lo sé, por eso Ellie y yo tratamos de sacar diferentes temas, de lo contrario papá ya estuviera como loco.

—Guarda el secreto, ¿quieres? —asiente con una sonrisa—. Y amm... ¿Has sabido algo de André? —le pregunto.

—¿Aparte de que terminaste con él? —la miro asombrada—. Estaba escondida cuando Melissa le abrió la puerta y dijo todo lo prohibido que hiciste con Aedion.

Siento mis mejillas sonrojarse.

—Él me engañó también —comento.

—¿Primero o después de que lo engañaras tú?

—Primero.

—Entonces se lo merecía —se encoge de hombros—. Lo he visto en las redes sociales, sale de fiesta muy seguido con su mejor amiga.

Sonrío amargamente.

—Mia es la otra —abre la boca sorprendida.

—¿Ella? —asiento—. ¡Dios! Mínimo que te engañe con una mejor que tú.

—Siempre he pensado que los hombres engañan a sus novias con una menos bonita o con una mujer que incluso es peor en carácter que sus novias.

—Qué bueno que no somos hombres —dice—. Pero hablando de eso... yo quiero contarte algo.

—¿Ah, sí? ¿Qué? —La miro con una sonrisa de curiosidad.

Muy pocas veces son las que Kylie se acerca para contarme algo, y siempre que lo hace son cosas muy importantes para ella.

La noto sonrojarse y es cuando me entra más o menos una idea de lo que puede llegar a decir.

—Hay un chico que me pretende muchísimo —empieza a decir y sonrío pícara—. Digo, siempre hay chicos que me pretenden, pero luego de rechazarlos dejan de insistir. Pero él no se ha rendido y... —la interrumpo.

—Y por eso te gusta —completo y ella sonríe, dandome la razón.

—No es muy importante pero como es el primer chico que llama mi atención pensé que te gustaría saberlo.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

—Cameron —responde—. Me ha mandado mensajes, pero ya lo había visto varias veces cuando íbamos al instituto.

—¿Por qué no intentas entablar alguna relación con él? —le pregunto.

—¿Has visto el estilo de vida que llevamos?

—André y yo duramos años, ¿quién dice que Cameron y tú no lo harían? —Hace una mueca —. Quien realmente desee estar contigo no dudará en asumir tus retos como propios. Así es el verdadero vínculo.

Ella concuerda y luego de varios minutos Ellie se une a la conversación. Extrañaba más que nunca a mis hermanas. Ya me hacía falta tener un momento así con ellas para contarles cómo ha ido mi vida este tiempo al igual que escuchar lo que ellas han estado viviendo.

Es increíble el amor que sientes por un hermano. La familia siempre es importante pero cuando se trata de hermanos, es otro nivel. Estar tanto tiempo alejada de ellas me ha costado mucho, la costumbre de siempre verlas ahí y de repente ya no... es dolorosa. Por eso, aunque quizá parezca un poco exagerado decir que las extrañé mucho, no lo es, fueron meses, pero las extrañé con mi vida entera.

No quiero imaginar un mundo sin ellas.

Luego de varios minutos me despido y salgo de casa para subirme al auto de Simon.

—Hola —lo saludo con una sonrisa.

—¿Cómo ha estado, señorita? —pregunta.

—¿Qué te puedo decir, Simon? —arranca el auto—. Las cosas han estado difíciles, pero a pesar de eso no me rindo.

—Me alegra que esté bien, y lamento mucho que esté pasando un mal rato.

—Gracias.

Durante el resto del camino le cuento algunas de las cosas que hice estando en Alemania y en Grecia. Le cuento de Efraín y de su linda y carismática hermana. Simon me escucha atentamente y comenta como si se tratase de mi tío, y es que así es como lo considero.

Siento una sensación extraña cuando entro en la calle de André y la nostalgia me golpea de repente cuando miro a lo lejos su casa. Aquella casa donde habíamos pasado las tardes viendo películas, haciendo chistes y besándonos.

Todo eso acabó.

Y duele, sí me duele, aunque no quiera.

—Déjame aquí, Simon —le digo cuando llegamos frente a su casa.

Visualizo el auto que podría ser de Aedion; es un Mazda. Bajo del auto y me pongo mi chaqueta para así camuflajearme un poco si es que André llega a asomarse o yo qué sé.

—Vendré por usted a la hora que me diga —dice.

—Te avisaré —asiente—. Gracias por traerme.

Camino a paso lento hacia la entrada, con la cabeza gacha y escondiendo la cara con mi cabello. Simon arranca y me mantengo escondida en uno de los árboles hasta que lo veo lo suficiente lejos.

Volteo hacia la avenida y bajan una de las ventanas del Mazda. Me acerco y subo al asiento del copiloto.

La colonia de Aedion llega a mi nariz, alborotando a las mariposas en mi estómago y por supuesto, mis hormonas.

¿A qué mujer no le gusta la colonia de un hombre?

—¿Qué haces aquí? —le pregunto una vez que cierro la puerta.

No trae puesta la camisa y sus tatuajes se roban mi atención como siempre. Busco alguna explicación de por qué esta vestido así y es cuando me doy cuenta de que el aire acondicionado está encendido.

—Quiero enseñarte algo —dice.

—¿Algo de qué? —pregunto—. ¡Ay! No vayas a empezar con esos temas.

Una sonrisa aparece en su cara y yo no puedo evitar ponerme roja.

—No es eso, bruja —dice—. Dime algo, ¿no planeas vengarte de André?

Su pregunta me descoloca.

—¿Qué tienes en mente? —entrecierro los ojos.

—Si fuera por mí, le lanzaría una bala al cráneo. Pero dudo que quieras hacer eso —responde con simpleza.

—Obviamente no haremos eso —recalco—. De hecho, ni sabía con certeza si quería vengarme —admito—. Yo igual lo engañé.

—Traicionó tu confianza primero —se encoge de hombros—. Incluso te vio la cara frente a tus narices.

—Igual yo —sonrío—. Si acaso, me vengaría de ella, porque fue muy cínica y burlona conmigo.

—Te traje aquí por que quiero que veas cómo se la está pasando sin ti —dice—. Sé que ya no quieres saber de ellos, pero tú y yo sabemos que te sientes culpable por haber hecho lo que hiciste, no te arrepientes, pero te hace sentir mal, ¿no es así?

Me quedo callada y sin avisar el nudo en mi garganta aparece y las lágrimas se asoman por mis ojos.

—La lealtad hacia alguien es muy importante para mí —le cuento—. Mi padre siempre me enseñó a que tenía que ser una línea, que las traiciones solo las comete la gente que no vale la pena...

—Tu novio fue infiel antes de que tú lo fueras y no lo sabías, así que eso no te hace mala, porque él te traicionó primero —dice y me seco las lágrimas—. Y mientras tú te sientes mal, él está con aquella chica pasándosela bien.

Una pareja aparece en la acera de enfrente, justo donde está la casa de André. Al observar con más atención, me doy cuenta de que es él. Está con Mia, agarrados de las manos, uno frente al otro charlando. Ambos están sonriendo y mirándose con lo que creo es amor. Siento que el corazón se me comprime al verlo con ella justo como solía mirarme a mí, justo como solía tomarme a mí...

La mano de Aedion se posa en mis mejillas, las seca y yo no puedo evitar romper en llanto. Me toma de ambos brazos y me hace subir a su regazo.

—Liebe —me llama, pero escondo mi cabeza entre su cuello y hombro—. Bruja, a veces tienes que ser justa.

—Es que me siento como la peor persona por haberlo engañado. Yo no soy así... —confieso.

—¿Y qué si somos las peores personas del mundo? —Me alejo y lo miro, posa sus manos en mi cara, sosteniéndola—. No conozco a una persona que sea un santo, y créeme cuando te digo que André no merecía tener a alguien como tú.

Trato de voltear a mirar a André y Mia pero Aedion no me lo permite.

—¿Cómo sabes que él me engañó primero? —pregunto.

—Hackeé su teléfono y me di cuenta de que tiene conversaciones con su amiga Mia desde hace meses —confiesa.

Me ha hecho a reír.

—Hasta parece que la novia eras tú —digo.

—Si yo fuera su novia lo hubiese mandado a la mierda desde hace mucho tiempo.

Sus manos se posan en mi cintura y un escalofrío me recorre de punta a punta. Sonrío y volteo a ver hacia donde estaban esos dos. Ahora están sentados en un pequeño columpio que hay junto a su casa.

—¿Sabías que cuando lloras tus ojos se vuelven azules? —pregunta y le pongo atención—. Te ves realmente tierna cuando lloras.

—¿En serio? Pues, gracias. —Poso las manos en su pecho.

Sus manos aprietan mi cintura y me remuevo sobre él por la llama que empieza a crecer dentro de mí.

—Pero prefiero verte con tu cara de mal humor y tu carácter de los mil demonios a verte llorando, Liebe.

Me quedo muda, sintiendo cada palabra que ha salido de su boca. Saboreándolas. Sintiendo mil sensaciones a la vez que me dejan en shock y con millones de mariposas revoloteando en mi interior.

CAPÍTULO 34

Prophezeiung

Aedion

Entro a la famosa heladería sonando la campana que está sobre la puerta de entrada. El aroma a crema y dulce me invade y suelto un pesado suspiro.

Miro a mi alrededor y las personas que están sentadas no tardan en posar su mirada en la pelinegra que viene conmigo.

He aceptado que me trajera aquí a cambio de que dejara de llorar y con el fin de hacerla pensar en otra cosa.

¿Pero a qué costo?

—Tienes que probar el de vainilla —dice cuando llegamos a la barra—. Viene hasta con trocitos de chocolate.

La sonrisa que se le dibuja en el rostro y el brillo en sus ojos me hacen querer probar su sabor favorito aunque odie el helado.

—Van a ser dos helados de vainilla —dice sonriente—. Dobles y por favor pongale muchas chispas de colores a uno —añade—. ¿Vas a quererlo con chispas? —me pregunta.

¿Chispas de colores?

—No.

—Las chispas saben muy bien con el helado, yo las recomiendo —dice y pongo los ojos en blanco de nuevo.

—Está bien —acepto y ella sonríe más.

Saco mi cartera y pago los helados.

—Esta heladería es mi favorita —dice mientras nos sirven—. Papá solía traernos aquí cuando veníamos a pasar la tarde en la playa.

—¿Y siempre pedías el mismo sabor de helado? —le pregunto.

Si fuese otra persona me valdrían mierda sus anécdotas, pero como se trata de Angeline todo es diferente. Hay algo en ella que me pide escucharla, que me pide querer saber de ella o de lo que sea que vaya a decir.

—Sí —responde.

Nos dan los helados y salimos de ahí.

—¿Quieres dar un paseo? —pregunta y no me niego.

Caminamos por el piso de concreto que se encuentra junto a la arena. El sonido de las olas se escucha hasta acá y disfruto de eso.

El mar es algo que suele tranquilizarme, el sonido, el agua, las olas... todo me parece pacífico. Y es raro, ya que nunca voy a lugares con playa.

Miro mi helado y hago una mueca, pero termino lamiéndolo y es entonces que me doy cuenta de que no está tan mal. No sé si sea el sabor, el chocolate o las chispitas, pero sabe bien.

—¿Por qué no te gusta estar en Los Ángeles? —pregunta.

La miro y es cuestión de mirarla solo un segundo para prenderme. Su lengua lame el helado y ese acto...

—Pero la verdadera razón —dice y frunzo el ceño—. No puedes poner pretextos del calor y ese tipo de cosas porque aunque haya playa no significa que está soleado todo el tiempo.

Desvío mi mirada hacia el mar.

—No hay una verdadera razón.

Comienzo a sentir esa sensación incómoda, extraña.

—¿Un ex amor? —pregunta curiosa, con una sonrisa. Me hace sonreír también —. ¿Un ex romance lleno de pasión y compromiso?

—Nadie ha tenido el privilegio de enredarme en un romance así.

—¿Nunca piensas casarte? —su pregunta me pone todavía más tenso.

—No.

—¿Por qué no?

—Odio el compromiso —respondo simple—. ¿Y tú, quieres casarte? —pregunto, antes de que curiosee más.

—No lo sé —se encoge de hombros.

Su respuesta me sorprende y ahora es a mí a quien la curiosidad invade.

Creí que Angeline era de esas chicas que se emocionaban al hablar de la boda de sus sueños.

—¿Cómo que no sabes?

—¿Has leído «Orgullo y prejuicio»? ¿O has visto la película?

—No, ninguna cosa, suena como a película vieja.

—Es una historia muy bonita —comenta—. Pues... hay una frase que la protagonista dice y que en eso concordamos muy bien.

—¿Ah, sí? —Asiente.

—Ella dice: «solo el amor más profundo me hará contraer matrimonio, y es por eso que me quedaré soltera» —cita la frase y da un suspiro, su rostro cambia y ahora parece lleno de nostalgia o tristeza, no lo sé, pero se ha apagado—. Yo creí que me casaría con André y al final resultó ser la mentira más grande que la vida me ha dicho.

Contengo el poner los ojos en blanco. Me sorprende que en este tipo de temas sí actúe como una adolescente.

—André no es el único hombre en el mundo —le digo.

—No es eso —comienza a morder su cono de helado—. Es solo que me cuesta creer que alguien en tu vida a quien estuviste acostumbrada, a quien diste lo mejor de ti e incluso llegaste a considerar como tu familia, se vaya así de rápido —dice—. Me refiero a que las personas que quieres pueden desaparecer de la noche a la mañana.

—No está muerto, Angeline —le digo.

Frenamos bajo una palmera. Este tema comienza a desesperarme, pero más que nada porque André ya me tiene harto hasta la puta médula.

—Lo sé, pero nunca voy a perdonarlo —se encoge de hombros—. Así que jamás le voy a hablar o lo volveré a ver, así que prácticamente murió para mi.

Escuchar eso me hace querer sonreír, pero también lo reprimo y es que no quiero que piense que me burlo de ella.

—Fue tu primer amor y el primer chico que rompió tu corazón —le digo.

Deja de lamer el helado y sonríe, pero no sonríe feliz, sino que lo hace amargamente.

—Supongo...—la escucho murmurar—, en fin, no es que haya dejado de creer en el amor, sino que ahora simplemente quiero asegurarme de saber con qué persona voy a casarme. Porque si mi novio de años me engañó y me hizo creer que yo había sido la mala, ¿qué puedo esperar de los demás chicos?

—No quiero hablar esa mierda de que no todos son iguales. Probablemente lo que buscas nunca lo vas a encontrar.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Nunca te has enamorado? —pregunta.

—El amor y yo no somos compatibles —me encojo de hombros—. No es que no crea en él... —me remuevo, incomodo—. Solo no se me hace algo primordial.

—Cada quien sus opiniones —se encoge de hombros y empieza a morder su cono.

¿En qué momento se acabó el maldito helado?

—¿Cómo está Melissa? —pregunta—. ¿Ya se siente mejor?

—Está en reposo —respondo.

Asiente despacio mientras mira su cono casi inexistente.

Creo que es la primera vez que hablamos tranquilamente. Es extraño y sé que ella siente la misma sensación, puedo verlo en sus expresiones.

—¿Qué más quieres hacer? —le pregunto.

Mira hacia el cielo, pensativa.

—Se me ocurre que podemos ir a una fiesta —dice y hago una mueca.

—No.

—Anda, es de unos compañeros que iban conmigo cuando estaba en la escuela.

Me arrebata el helado y empieza a lamerlo. Me quedo como un idiota observando como pasa su lengua por la crema y mil ideas perversas empiezan a llegarme a la mente.

—No quiero ir a una fiesta de adolescentes idiotas —me sigo negando.

Me obligo a mirar hacia otro lado o terminaré babeando como un puto animal.

—Ni que estuvieras tan grandecito de edad, ¿eh?

La miro mal.

—No quiero y dame eso —le arrebato el cono ya que estoy apunto de perder el control y tener una erección frente a todos.

—¡Hey! —se queja cuando me ve caminar de regreso.

Siento sus pasos detrás de mí mientras voy camino hacia el coche.

No puedo creer que una simple acción estaba apunto de ponerme duro como si fuese un puto crío. Paso por un bote de basura y no desperdicio la oportunidad de tirar el maldito cono.

Llego al auto, subo y ella hace lo mismo. Empiezo a buscar el control que enciende el auto en mi bermuda.

—¿Por qué te molestas tanto? Solo te invité a una estúpida fiesta —refunfuña.

La miro hacer un puchero y dejarse caer en el respaldo del asiento con los brazos cruzados.

Luce como la típica chica americana vestida así. Caprichosa y berrinchuda. «Siempre de mal humor».

—No hagas eso —la reprendo.

—¿Hacer qué? —se enfada más.

—No hagas berrinches ni pucheros —mis ojos viajan de su boca a sus ojos.

Cómo me encanta el gris de sus ojos.

Y como niña pequeña, me mira a los ojos y vuelve a hacer esos malditos pucheros. Pestañea repetidas veces y mi mano acciona rápido.

La tomo de las mejillas y la acerco a mí para luego besarla. Me corresponde como siempre lo hace: con ferocidad, como si nunca me hubiera besado y fuera la primera vez en probarme.

Muerdo su labio inferior y la miro a los ojos, estos tienen un brillo que siempre que los veo me dejan atolondrado.

—Deja de llevarme la contraria, Angeline —le digo.

—Deja de rechazar mis invitaciones —dice y vuelvo al volante, poniendo los ojos en blanco —. Es que tengo una idea.

Entonces pienso en algo, algo que en mi mente suena absurdo pero que al final podría resultar

siendo divertido.

—¿En la fiesta estará el mojigato? Porque si es así creo que ya sé qué es lo que piensas hacer.

—¿Ah, sí? Y según tú, ¿qué pienso hacer?

—No vas a usarme para darle celos —le digo—. Tengo cosas por hacer y no estoy para ese tipo de fiestas y menos para esas tonterías.

—Mia se burló de mi varias veces y le quiero enseñar que... —se queda callada a media oración.

Sonrío con burla y mi ego se alimenta de lo que sé que iba a decir.

—Que te conseguiste a alguien mejor que André —termino la frase por ella y sonrío todavía más cuando ella se enfada y mira hacia otro lado—. ¿Qué pasa, Liebe? ¿Acaso me he equivocado y no ibas a decir eso? —me burlo.

—Pienso que es una venganza buena a diferencia de lo que he pensado.

—Opino que las otras ideas son mejores —enciendo el auto.

—No quiero lastimarlo físicamente —dice.

—Aburrida.

—Asesino.

—Peores cosas me han llamado, amor.

—Casi te pregunto —contraataca.

—Jeg forguder deg —digo y sé que lo entenderá.

—Tambien te adoro, kjærlighet —(Amor).

Sonrío tras escuchar lo último y arranco el auto.

Angeline

No sé qué estaba pensando.

¿Ir a una fiesta que no es de mi interés solo para causar una reacción en André? Muy maduro de tu parte, Angeline.

Me siento en mi cama con mi teléfono en mano, dudando en si debería cancelar el plan ya que es demasiado patético e inmaduro.

Puedo vengarme de otras maneras, pero absolutamente todas conllevan agresión. Y para ser sincera no quiero hacer algo que lastime físicamente de por vida a André. Por eso he decidido que esta era una buena opción.

Él me hizo mal al igual que yo a él. Pude haberlo dejado así, pero el coraje y el rencor que siento hacia lo que hizo me hace querer vengarme más. Aparte de haberse burlado prácticamente en mi cara, me juzgó por hacer la misma cosa que él había hecho y más. Aparte tuvo el descaro de querer venir a enseñarle a mi padre cómo es que le fui infiel.

Es triste y decepcionante que haya querido hacerme sufrir todavía más de lo que ya sufria. Es un hipócrita, doble cara y un maldito mustio.

La ira que siento es aquella que alimenta ese deseo de hacerlo sentir mal de mil maneras, pero mi maldito corazón y los recuerdos lindos que se han guardado en mi memoria me ponen un límite.

Marco el número de Aedion y me llevo el teléfono a la oreja. Pasan algunos segundos y cuando pienso que no responderá escucho su voz.

—Hola —dice al contestar.

—Hola. —Me dejo caer en el colchón.

Hoy es el primer día en que no peleamos o nos gritamos. Se sintió verdaderamente extraño

estar así durante toda la tarde, pero igual fue divertido y entretenido. Quizá solo hace falta que ambos sobrellevemos nuestro carácter.

—¿Qué necesitas, Liebe? Estoy en medio de algo importante.

—He pensado las cosas y... ahora creo que es una idea horrible ir a esa fiesta —le cuento.

Escucho como deja salir un suspiro pesado.

—¿Qué harás esta noche entonces?

—Nada, supongo que ver algún programa con mis hermanas —respondo—. Te dejo, sigue en tus asuntos.

—¿Por qué te arrepentiste de haber ido?

—Te lo cuento mañana, termina de hacer lo que sea que haces.

—Bruja, no me hagas rogarte.

—No lo hago, solo no quiero quitarte más tiempo.

—Me haces perder más tiempo insitiéndote, ya hubieras respondido.

—Es que es algo inmaduro ir a hacer algo así —le explico—. ¿Para qué quiero demostrar algo? Solo me veré más ardida.

—¿Y piensas quedarte encerrada a deprimirte mientras ellos piensan que la tienen fácil?

—No me importa lo que ellos piensen.

—Eso está bien, pero no hay que dejar que pasen tu nombre y apellido por el piso.

—¿Pero en verdad vale la pena? —me río sin ganas.

—Te veré en la dirección que me diste.

—Hasta tu piensas que la idea es patética, ¿ahora por qué insistes? —inquiero.

—¿Qué prefieres? ¿Irrumpir y demostrarles en la cara que estás perfectamente sin ninguno de ellos, llevándote a tu amante al mismo lugar que tu ex? ¿O hacemos las cosas a mi manera? Pero ya sabes bien cómo me gusta resolver este tipo de situaciones.

—Mira qué chistosito...

—No bromeo, Angeline, así que mejor báñate y ponte el vestido más corto y escotado que encuentres.

—Suenas como si fueras mi mejor amiga —sonrío divertida.

—Es para que todas se mueran de envidia, además será más fácil para mí meterte mano.

No tardo en comenzar a sonrojarme.

—Esperaré esta noche con ansias, príncipe —bromeo.

—Ese apodo es horrible.

—Ya sabes, por príncipe de la mafia —bromeo—. ¿O prefieres que te diga «sombritas»?

—Deja de jugar y cuelga.

—Sombritas será entonces —suspira pesadamente y me río—. ¿Sí entiendes por qué?

—La verdad no me interesa.

—Porque siempre mantienes tu identidad misteriosa. Te haces el frío y el más malvado de todos. Solo te falta tener un oscuro pasado así como Christian Grey.

—Angeline...

—Bien, ya me voy.

Cuelga y me voy a dar una ducha rápida para sentirme mejor. Al salir me encuentro con mi madre sentada en el sofá que tengo en una de las esquinas.

Me quedo quieta, esperando a que hable ya que nunca hace este tipo de cosas y además no sé qué decir.

—¿Vas a salir? —pregunta.

—Iré a una fiesta de mis antiguos amigos de la preparatoria —le cuento.

Se pone de pie y camina hacia mí.

—Te va muy bien en Alemania, ¿cierto? —pregunta y asiento—. ¿Aedion te ha tratado bien?

—Sí —respondo y empiezo a ponerme algo nerviosa—. ¿Sigues molesta conmigo?

Se me queda mirando en silencio.

—La verdad un poco —suspira—. Aún no creo que hayas hecho semejante cosa.

—¿Por qué dices eso? —inquiero.

—Aedion es quien te secuestró, ¿lo olvidaste? —se detiene frente a mí, con su rostro inyectado en coraje.

—No me hizo nada malo estando allá, mamá —digo—. Se supone llegaron a un acuerdo, ¿no es así? Papá siempre dice que hay que tener palabra.

—Los Lorcan no conocen de lealtad.

Frunzo el ceño y la curiosidad me toma entera.

—¿Por qué dices esas cosas? —pregunto.

—No lo entenderías.

—¿Por qué no? —empiezo a enojarme—. ¿Qué es lo que nunca quieren contarme acerca de ellos?

—Solo tienes que saber que no son de fiar. Tu padre lo sabe, no sé por qué te deja hacer estas cosas.

—Si me explicaras tal vez lo entendería.

La puerta de la habitación se abre y ambas nos giramos para ver a mi padre en el marco de la puerta.

—Felina está abajo, Anastasia —dice cortante y mirando a mamá amenazante.

—Cámbiate, Angeline, necesito que bajes a conocer a alguien —dice tajante y sale de mi habitación chocando hombro con mi padre.

Papá no dice nada, solo cierra la puerta y me deja ahí parada con el coraje atascado.

Mamá ha dejado muy claro que el que los Lorcan sean los mafiosos más temidos y peligrosos no es la razón o al menos no la única razón por la cual hay que detestarlos.

Voy a mi armario y tomo el vestido que desde la tarde escogí, me lo coloco rápido y luego me coloco los tacones. Voy rápido al tocador y me seco el cabello con la secadora. A mitad de mi maquillaje de ojos viene Kylie a decirme que mamá me quiere abajo y me apresuro a ponerme la base, el contorno y el rimel.

Termino en tiempo récord y mientras bajo al living me coloco los aretes y el collar de diamantes que Aedion me regaló.

Llego a la sala de estar y me encuentro a mi familia charlando con una señora de la tercera edad, bajita, con el cabello blanco, y con la ropa desgastada. Esto último me parece extraño, ya que no recibimos a nadie en esta casa, y si lo hacemos normalmente son socios de papá, los cuales cuando llegan a traer a sus madres o a sus abuelas, visten con ropa fina y joyas extremadamente llamativas.

—Hija, ven —mamá me toma de la mano y me coloca frente a la anciana—. Ella es Felina.

La señora me mira y me doy cuenta de que tiene cataratas o algo parecido en uno de sus ojos.

—La mayor de las Mikaelson —me toma de la mano y deposita un beso en mis nudillos—. Es un gusto poder verte de nuevo —frunzo el ceño y miro a mis padres en busca de una explicación—Te conocí cuando estabas en el vientre de tu madre —continuúa con una sonrisa enigmática—, y luego te vi por primera vez cuando tenías apenas unos minutos de haber nacido.

—Felina es como una madre para mí, Angeline —dice mamá y le pongo atención—. Cuando

era joven ella fue quien me ayudó a salir de muchos problemas.

—¿Fueron compañeras? —pregunto.

—Felina es una bruja gitana —sus palabras me impactan—. De hecho, es la mejor de su nación.

Sabía que mis padres eran religiosos, incluso que creían en eso de la brujería, sin embargo que digan esto me ha desconcertado.

Miro a la anciana y la idea de verla como una bruja me da escalofríos.

Yo sí creo en la brujería. Sé que así como existe Dios también existe el Diablo, así que eso de creer en los espíritus y brujas sí se me da.

—Oh... —es lo único que sale de mi boca.

—No tengas miedo, yo soy quien más ama a esta familia —vuelve a tomar mis manos—. He venido para bien, no para hacerles algún mal.

Medio sonrío.

—Mucho gusto en conocerla —digo nerviosa.

Le doy una mirada rápida a mamá y es cuando caigo en cuenta que mamá jamás creería en alguien que dijese que fuera una bruja. Felina debió de haberle demostrado alguna cosa para que mi madre creyera en ella.

—Siéntate —me dice mamá y luego mira a mis hermanas—. Vayan arriba.

Mis hermanas se despiden y salen de ahí. Felina me indica que me ponga de rodillas y eso hago. Papá la ayuda a sentarse en el piso frente a mí y ella saca unas veladoras rojas, blancas y negras.

Miro el reloj de la sala y aún quedan dos horas para las ocho. Creo que ha sido bueno arreglarme temprano después de todo.

La señora saca una especie de rosario y luego una pequeña cajita. Mete la mano en la caja y al sacarla veo que tiene la mano negra, como si hubiese agarrado tinta o una especie de polvo.

Hace unos símbolos a cada lado mío y luego hace otros diferentes a cada lado suyo y entre nosotras. De una pequeña bolsa saca un juego de cartas y las esparce por el piso. Por último, enciende cada una de las velas y le ordena a mi madre que apague las luces y que cierre las cortinas.

Para este punto, ya estoy que me muero de nervios.

Me toma las manos y en cada una de mis palmas me hace otros símbolos que no conozco, pero que tienen forma como de un ojo.

—¿Qué hará? Si no le molesta que pregunte... —inquiero.

—Solo veré qué tal van las cosas contigo, aunque por lo que veo no van muy bien.

Mis padres toman asiento detrás de mi, en uno de los sofás.

—Cierra los ojos —pide y eso hago.

Ella comienza a decir palabras en un idioma que nunca en mi vida había escuchado. Las manos me sudan cuando veo que se le forma una sonrisa en el rostro al pasar la mano por una de las cartas, las cuales permanecen extendidas y boca abajo.

—Veo que has encontrado a tu alma gemela, ¿eh? —dice, aún con los ojos cerrados. Me pongo tensa—. Eres una chica un poco confiada, Angeline, y eso no es bueno.

Me quedo en silencio, con el corazón latiéndome al mil tras escuchar sus palabras.

—Sabes lo que quieres, eres una chica segura de sí misma y muy guerrera, como tu mamá. —Miro de reojo a mis padres y me sobresalto cuando ella se acerca más a mí, hasta poner su boca cerca de mi oído—. Yo sé que no quieres que se enteren de muchas cosas, pero tienes que ser muy cuidadosa con aquel diablo.

Trago grueso y la respiración se me corta.

—Recuerda que la vida no es un problema a ser resuelto, sino una realidad a ser experimentada. —Reposa las manos sobre su regazo—. Aquello que temes está cerca y no sé si sea un momento, persona o lugar, pero pronto sabrás qué es.

—¿Está en peligro? —escucho que pregunta mi madre.

—Siempre lo estará, Anastasia —se me hiela la sangre—. Tiene la maldición.

Ay, Dios.

—¿Qué hacemos para quitarle aquello?

—El destino le depara muchas cosas, entre ellas la felicidad, pero el arcoiris no está a la vuelta de la esquina —enciende una clase de incienso—. Tienes que ser alguien muy fuerte y valiente, ya lo eres, sé que tienes un carácter muy fuerte, pero tendrás que ser todavía más.

—Saldrá esta noche, ¿hay algún problema con eso? —vuelve a preguntar mi madre.

Una sonrisa se vuelve a formar en su rostro.

—No —es lo único que dice—. Pero mantén los ojos abiertos.

—Bien —murmuro, con un hilo de voz.

Estoy confundida, no entiendo la manera de trabajar de Felina. Es más, ni siquiera sé si esto es verdad. Pero, ¿y si lo es? No me cuesta nada hacerle algo de caso.

—Eres una mujer demasiado bella como para tener una vida ordinaria. Tu belleza te hará entrar en donde sea, moverte con facilidad e incluso te hará conseguir todo lo que quieres, pero tienes el don de atraer no solo aquellos que son buenos, sino que tu belleza puede ser tan cegadora que te puede traer demasiados problemas respecto a la libertad de tu vida, pero eso ya lo sabes.

—¿Qué es lo que necesito? —me atrevo a preguntar.

—Protección —dice—. Pásame alguna joya u objeto que puedas llevar a todos lados.

Inmediatamente pienso en mis aretes, que aunque sean de diamantes, son pequeños y no estorbarán si los uso todos los días. Me los quito y se los entrego.

Abre los ojos y empieza a decir palabras que no entiendo mientras los cubre con ambas palmas de su mano. Luego les echa una clase de colonia, que a decir verdad huele muy rico.

—Úsalos siempre —me los entrega—. Te acompañará una de mis criaturas favoritas; solo tienes que poner un vaso de agua a tu lado antes de dormir y poner algunos dulces o comida en una esquina.

—¿Esto lo hago siempre? —pregunto.

—Todas las noches el vaso tiene que estar junto a ti —aclara—. Puedes cambiarlo cada semana.

Asiento.

—Tu otra mitad hará lo que sea para cuidar de ti —dice—. ¿Sabes por qué? —niego—. Bueno, sorpresas bonitas vienen en camino.

No entiendo lo que quiere decir, pero no me atrevo a seguir preguntando. Algo me dice que «mi otra mitad» es el espécimen, y seguir preguntando es recorrer terreno peligroso si están mis padres presentes.

¿En qué momento mi vida se convirtió en una película de brujas?

CAPÍTULO 35

Limerencia

Angeline

Bajo del auto de Simon, y el aire frío me golpea de lleno, erizándome la piel.

Todavía estoy un poco atolondrada por lo que sucedió hace unas horas. Mamá insiste en que Felina es, sin duda, una bruja de verdad. Dice que debemos confiar completamente en ella, pero se niega a explicarme qué la ha convencido de que todo lo que Felina afirma es cierto.

Me despido de Simon, y él se marcha tras asegurarse de que camino hacia la entrada de la casa. Sin embargo, me detengo en seco cuando veo a Aedion bajar del auto.

Trae puestos unos pantalones negros ajustados, una playera del mismo color que se ciñe a su abdomen marcado y a sus brazos definidos.

Entonces sonrío al ver aquello que me da la excusa perfecta para molestarlo.

—¿Estás usando Vans? —bromeo—. ¡Wow!, hoy amanecimos locos.

Siempre lo veo usando botas o tenis de marcas más costosas, y verlo así me resulta divertido. Siendo tan especial en todo, jamás me hubiese imaginado que usaría de estos.

Pone los ojos en blanco y posa su mano en mi espalda baja.

—Calla y dame un beso —murmura—. Llamas mucho la atención.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que los chicos que están charlando sobre la acera y patio delantero nos miran expectantes.

Estoy segura que los rumores se han esparcido por toda la escuela, igual no me importa, ya que no conozco a ninguna de estas personas.

Le doy un corto beso y le sonrío tiernamente.

—Tú también llamas mucho la atención, sombritas, ¿ya viste cómo te miran todas las chicas de aquí?

—No las mires mal, no es su culpa que niguno de los hombres de aquí sea atractivo.

—Bueno, tiene razón su alteza griega, no todos los días se puede ver a una divinidad —le logro sacar una sonrísa.

—Ni a una alta diosa del inframundo —me sonrojo—. Vestido bonito. ¿Sabías que el rojo es de los colores que más me gustan en ti?

—Por la manera en que babeas ahora lo sé —echo mi cabello hacia atrás.

—¿Babear? Babear lo harás tú cuando te tenga frente a mí de rodillas.

Aquel cosquilleo aparece y me acelera la respiración, así como también el corazón.

Siempre tiene ese efecto en mí.

Su altura, su aroma, rostro y cuerpo me ponen... ni siquiera es necesario decir la palabra. Todo lo que siento se multiplica cuando dice cosas como estas.

—Ahora calla tú y camina —le tomo la mano.

Doy un suspiro, nerviosa, y él me hala para que comience a caminar.

Estamos en la casa de Michael, un chico que solía hablarme cuando iba a la preparatoria. Recuerdo su casa, al igual que las fiestas a las que solía venir con André cuando teníamos meses de ser novios, y eso me da... nostalgia.

Las miradas de los chicos se hacen notar en cada momento, no es muy común mirar a una pareja como Aedion y yo, además de que siempre me ha gustado sobresalir entre las demás chicas usando mi ropa favorita y atributos.

Llegamos a la entrada de la casa, donde la música se escucha más alto y donde la mayoría de

los invitados se encuentra bailando y bebiendo.

Nos acomodamos a un lado de la puerta, mi cara queda contra el pecho de Aedion cuando su mano me envuelve la cintura y me atrae contra él.

—Si no te sientes cómodo podemos irnos. —Alzo la cara y lo miro.

—¿Tú quieres irte? —Niego—. Pues yo tampoco.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en una fiesta así? —le pregunto, tratando de hacer plática, ya que estaremos algo de tiempo aquí.

—Desde los 17 no he salido a nada de esto —admite—. Sé lo básico, sé cómo funciona este ambiente. Pero llegué a un punto en el que me cansé.

Lo miro sorprendida.

—¿Por? —le pregunto.

—Todo era monótono. —Sus dedos aprietan mi piel y un cosquilleo me recorre—. Así que empecé a hacer mis propias fiestas.

—¿Y en qué no eran iguales?—Una sonrisa divertida aparece en su rostro.

—La pregunta me ofende, Angeline.

—Bueno, espero que hagas una fiesta pronto ya que yo seré la primera en juzgarla.

Pone los ojos en blanco y me toma la mano.

—Vamos —me hala y lo sigo confundida.

—¿A dónde vamos? —le pregunto cuando veo que pasea por la sala de estar como si ya hubiera estado aquí antes.

—Todo juego se hace en la cocina, ¿qué tan perdida esta tu vida social? —Apenas y lo escucho por la música.

«Yo diría que mucho», pienso.

Entramos a la cocina y dicho y hecho. Hay chicos jugando a lo que parece ser el juego de pasar las cartas. Automáticamente las miradas se posan en nosotros y los chicos que parecen ser los «popularcitos» me miran como si fuese su próxima presa.

Comienzo a orar por ellos, ya que Aedion me ha dejado claro que odia que me miren así.

A una de las chicas se le cae la carta debido a la distraccion que hemos causado y todos vuelven a poner atención a lo que acaba de suceder.

—¿Jugaremos? —le pregunto al espécimen.

—¿Por qué no? —Abro la boca sorprendida—. No hagas esa cara, Liebe, que solo me haces mal pensar.

Voy a reclamarle por decir aquello en voz alta, ya que alguien puede escucharnos y la verdad sí me daría algo de vergüenza, sin embargo, uno de los chicos que antes me estaba mirando nos interrumpe.

—¿En qué carrera estás? —pregunta, para ser más exacta, me lo pregunta a mí.

Miro de reojo a Aedion en busca de alguna señal que me diga que va a arrancarle la cabeza.

—No estudio en el campus —respondo—. Solía hacerlo, por eso estoy aquí, Michael fue quien me invitó.

Asiente y mira a Aedion, se gira un segundo y luego nos ofrece a ambos un par de cervezas.

Aedion la toma y a diferencia mía, él no la abre.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta de nuevo el chico.

—Angeline Mikaelson de Lorcan —responde el tatuado y lo miro rápidamente—. ¿Nos vas a invitar a jugar o por qué preguntas?

—Tóxico —murmuro solo para él.

El chico abre la boca y Aedion solo tiene que enderezar su postura para que este vuelva a

cerrarla.

—Hubieras hecho lo mismo —se defiende.

—«De Lorcan». ¡Sí, cómo no! —Me cruzo de brazos.

No dice nada más, solo deja la cerveza de lado.

—¿No vas a beberla? —le pregunto.

—No.

—¿Por qué?

—Prefiero el whisky —ruedo los ojos.

—Esto no es un bar, sombritas —me fulmina con la mirada—. ¿No te gusta la cerveza?

—Sí, pero no quiero beber ahora.

—¿Es eso o no la bebes por el hecho de que él fue quien te la dio?

—Ya dije mi respuesta, Angeline.

La carta vuelve a caer y de nuevo se repite el paso de dar el beso. Sin embargo, es bueno ver que las personas que están jugando deshacen el grupo y empiezan a irse a otro lugar.

Me acerco a la barra y me recargo en ella. Aedion la rodea hasta posarse al otro extremo frente a mí.

—¿Jugamos? —pregunta.

—¿A qué?

—Beerpong —se encoge de hombros—. Es lo más divertido que se puede hacer en una fiesta.

—¿En serio te gusta?

—En realidad no, siempre se me hizo poco divertido —responde—. Pero la diferencia es que jugaré contigo.

—Claro, eso ya lo hace especial —bromeo.

—Así es. —Sonrío.

Coloca los vasos correspondientes en cada uno de nuestros lados y un grupo de chicos que están charlando a nuestro lado le ofrecen la pelotita. Aedion la toma y luego me la entrega.

—Empieza —dice.

Apunto con la pelota hacia uno de los diez vasos que están frente a él y la lanzo pero no encesto. Maldigo.

Aedion toma la pelota y la lanza sin siquiera apuntar o pensárselo mucho, y claro que por supuesto, la estúpida pelota entra en uno de los vasos.

La sonrisa aparece en su cara y tomo de malas el vaso. El liquido me quema la garganta cuando me lo tomo de un solo golpe e incluso me dan ganas de vomitarlo.

Dios, es vodka, si bebo muchos de estos terminaré muy mal.

—No presumas —le digo y rie.

Me avienta la pelota y repito el mismo paso, ahora concentrándome todavía más, pero fallo, y sin embargo cuando vuelve a ser su turno él de nuevo gana y bebo otra estúpida vez.

—Beberé solo uno para darte el gusto y que no te sientas mal por tomar sola —dice y se toma el líquido de uno de los vasos.

Me sobran ocho y a él nueve. «Genial».

No digo nada, solo tomo una pelota y la lanzo rápido, a ver si haciéndolo como él me sale, y en efecto, la pelota termina en uno de sus nueve vasos.

Sonrío con orgullo y el bebe sin más.

Estoy a punto de lanzarle la pelota cuando mi atención se va hacia la pareja que entra tomados de la mano.

Sus ojos miel me miran a mí para luego posarse en Aedion. Y lo único que se me ocurre hacer es querer reclamar sobre lo que él ha hecho antes de que él lo haga primero, pero no puedo.

Aedion le lanza una mirada fugaz a André y luego vuelve a poner la mirada en mí.

—Te regalo otra oportunidad, amor, a menos que quieras terminar peor —me dice y siento mis mejillas ponerse rojas.

¿Le acaba de lanzar una indirecta?

Aviento la pelota con los nervios a tope y por milagro le atino.

Mis nervios aumentan cuando veo que André no camina, sino que solo mira a Aedion con ojos de odio, y por un momento pienso que esto va a terminar mal, que nunca debí venir, que André morirá y que será por traer al diablo a la fiesta. Pero no, toma a Mia y camina de regreso por donde vino.

—¿Estás bien? —es lo primero que pregunta el espécimen—. Si dices que no, nos iremos.

Proceso lo que acaba de pasar. Proceso el hecho de que André ya está con Mia y no conmigo. Y no sé si fue el hecho de verlos frente a mí tomados de la mano, pero es entonces que asimilo las cosas.

—Sigamos —le digo.

—¿Qué significan tus tatuajes? —pregunto, señalando un escorpión que tiene en uno de sus brazos, al principio de la manga de su playera—. ¿Por qué un escorpión?

—Mi signo zodiacal es escorpio.

Hago una mueca.

—Soy Leo y lamento decir que no somos compatibles.

—No estoy muy metido en eso de los signos, solo quería tatuarme un escorpión y tuve la excusa perfecta para hacerlo.

Llevamos sentados en el sofá aproximadamente dos horas, ambos estamos bebiendo. Aedion cada vez que toma más alcohol parece que se va poniendo más serio, más tranquilo… y sexy.

André ha estado en una de las esquinas con Mia y su grupo de amigos, aunque de vez en cuando voltea hacia acá. Supongo que no hace un escándalo porque tiene a su novia y seguro ella es quien tiene el mando.

—Ven aquí —dice el tatuado, palmeando su regazo.

Obedezco.

—¿Cuánto nos va a durar esto? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—Hoy tuvimos un día fuera de peleas y gritos, pasamos tiempo juntos y míranos ahora, pareciera que de verdad somos una pareja —le explico.

Apaga su cigarrillo con una de sus manos y me sorprendo. ¿Por qué no he visto que le deje marca el que haga esas cosas? Juraría que son las manos más bonitas que le he visto a un hombre.

—Soy bueno mientras sean buenos conmigo —responde.

Saca el humo y su mano aprieta mi cintura.

—Siempre soy buena contigo —le digo y me lanza una mirada irónica—. ¿Qué? —me ofendo.

—Eres desesperante la mayor parte del tiempo. —Hago una mueca—. Nunca dejas de hablar o de mandar. Tu orgullo es exasperante y nunca haces lo que se te ordena.

—Tú eres el mandón, crees que siempre te tienen que obedecer. Pero tienes que entender que no todos somos tus malditos esclavos —contraataco.

—Puedo ser el rey del mundo si yo quiero. —Me río.

—Solo te recuerdo que sin reina no hay rey y sin rey no hay reino que dominar.

—No necesito de alguien, puedo hacer todo solo.

—¿Tu orgullo es tan grande que no puedes admitir que una mujer pueda gobernar contigo? —pregunto.

—Bueno, «solo el amor más grande me hará contraer matrimonio» —cita y me hace sonreír.

—La autora es Jane Austin, por si te interesa —comento—. Orgullo y prejuicio es de mis novelas favoritas.

—Lo sé, nunca conocí a alguien que citara frases de sus libros favoritos más que tú.

—Amo leer —confieso—. Pero casi nunca lo hago porque siempre estoy ocupada en otras cosas.

—¿Lees siempre novelas románticas?

—No, me gusta el terror —respondo—. Aunque el romance es de mis géneros favoritos, al igual que la ciencia ficción y fantasía.

—Eres fan de Harry Potter, supongo.

—El prisionero de Azkaban, tanto la película como el libro son demasiado buenos —comento —. No me leí todos los libros de Harry, pero los que sí leí fueron los de «Juego de Tronos» y la saga «Acotar». Y déjame decirte que son bue-ní-si-mos.

—Yo no me concentro al leer, así que nunca he leído un libro completo.

—Bueno, eso sí me da lástima.

A ambos nos llama la atención que alguien se ha sentado en uno de los sofás que tenemos enfrente y es cuando veo que se trata de André y Mia.

—Quiere llamar la atención —se burla el tatuado.

—Se ha molestado bastante —le digo.

—No se atreve a voltear a verte porque la otra está atenta a cada movimiento que hace con los ojos —se ríe—. Qué patético.

Miro su rostro detenidamente. No sé si sea el alcohol o si las mariposas de mi estomago hayan volado hasta mi cerebro, pero el corazón se me acelera al ver su sonrisa y me quedo atolondrada mirando sus ojos grises.

—Gracias —le digo y me atrae más hacia él—. Por hacer esto.

—Bruja, no... —lo interrumpo.

—No es obligación tuya cumplir con esto y admito que fue muy malo de mi parte involucrarte. —Abre la boca, pero no lo dejo decir nada—. Sé que, en parte, que mi relación con André terminara fue porque fuiste mi ...amante, pero al final yo también tuve la culpa y mis problemas con él no eran tuyos.

—Me meto porque me molesta lo hipócrita que es. —Su mirada se posa en ellos y veo que su semblante cambia—. Lo de ustedes no me interesa, pero lo que sí, es que crea que va a pisotearte o hacerte sentir miserable cuando él es mucho peor.

Mis brazos rodean su cuello en un abrazo sincero y cariñoso. Su mano se posa en mi trasero y siento cómo me baja el vestido en esa parte.

Aedion podrá tener el carácter más mierda de todos, pero de algo sí estoy segura y es que él no es tan mala persona como muchos se atreven a decir. Al menos no lo es conmigo y es por eso que me siento tan agradecida con él.

Todo lo que ha hecho por mí hasta ahora compensa lo malo que, en comparación con lo bueno, es mínimo.

Me quedo ahí unos segundos, respirando su aroma, escuchando el latido de su corazón, hasta

que me entra el querer meter mi cara entre su cuello.

Su piel se eriza, puedo sentirlo en los vellos de sus brazos. Rozo mi nariz contra su piel sensible y lo siento tensarse cuando lamo mis labios y los rozo contra su piel.

Me aleja y lo miro a la cara. Sus ojos han cambiado y se han vuelto oscuros, solo así se que he logrado mi objetivo: calentarlo.

Su mano sube de mi trasero a mi cintura y da un apretón ahí. Sabe que eso me gusta y no sé desde cuando, no hace mucho que me di cuenta.

Me acerco a su boca un poco dudosa y no sé por qué, pero luego de rozar sus labios me uno a él en un beso lento y poco común en nosotros.

La sensación eléctrica no tarda en atravesarme de pies a cabeza y el corazón vuelve a latirme con fuerza.

Me siento como cuando una chica tiene a su crush muy cerca. Esas mariposas, esas cosquillas, esas ganas de reírte de nervios, y sentir tu corazón latir tan rápido que te dan ganas de salir corriendo.

—¿Quieres irte de aquí? —pregunta luego de varios segundos, aún con mi boca rozando la suya y su frente pegada a la mía.

—Tengo que llegar a casa —digo y me dan ganas de sollozar al saber que si no llego a dormir papá me dará la regañada de mi vida—. Se preocuparán bastante si no llego a dormir temprano.

—Tengo una idea —dice y me pone de pie.

Me bajo el vestido con las manos y dejo que me tome la mano y me guie hacia donde sea que quiera llevarme.

Cualquier lugar donde esté con Aedion, para mí es seguro.

Paso junto a André sin prestarle atención. Ya no me importa lo que haga ni lo que piense. Mi mente está fija en otro destino, en ir hacia donde realmente quiero estar, con la persona que de verdad me importa.

Ignoro todo a su paso en cuanto vamos saliendo de la casa. Llegamos a la calle y me sorprendo cuando veo a unos mastodontes arrodillando a dos chicos frente al auto de Aedion.

Las personas se han quedando mirando desde lejos y no los culpo, deben tener miedo.

Ambos nos acercamos.

—Los encontramos queriendo rayar su auto —dice uno de ellos—. Tenían navajas y también una lata de pintura.

Idiotas.

No saben el problema en que se metieron. Este hombre no va a querer dejarlos en paz.

—Ya saben qué hacer —les dice el tatuado.

—Aedion —lo reprendo.

Está de espaldas a mí, pero lo conozco lo suficiente como para saber que ha puesto los ojos en blanco.

Les hace una seña y ambos se ponen de pie.

—¿Por qué lo hicieron? —pregunta—. Si responden con la verdad prometo no hacerles algo muy feo.

—Aedion —lo reprendo de nuevo—. Todos están mirando —murmuro.

Se encoge de hombros, restándole importancia.

—Un chico dijo que si hacíamos esto nos iba a pagar mucho —dice uno de ellos y Aedion me voltea a ver.

Ay, mierda.

—Pues dile que estoy a punto de estar con la mujer que más ama y que disfrute a la miseria

que tiene al lado —proclama—. Y agradézcanle a ella que no los dejo sin manos por lo que iban a hacer.

Los chicos me miran y ambos me piden disculpas, yo solo quiero irme ya.

Me tenso cuando el espécimen vuelve a hacerle unas señas a sus hombres, un segundo después los chicos salen disparados.

¿Qué voy a hacer para que este problema no explote?

Subo al auto mientras Aedion habla con sus hombres y un par de segundos después entra también.

—Y lo creías santo —dice una vez que enciende al auto—. ¿Cómo pudiste fijarte en alguien tan idiota como él? —suspira pesadamente.

Siento pena ajena por André. Querer rayar el auto y pintarrajearlo solo iba a hacer su sentencia. Porque, si lo hubieran hecho, hubiera quedado con la cara de estúpido todavía peor que ahorita. Ya que lo habrían matado y Aedion arreglaría o incluso tiraría su auto para luego comprarse uno todavía mejor.

Antes solía decir que era muy inocente, que André no estaba maleado. Sin embargo, con esto me demostró que en verdad su cerebro no da para más.

Literalmente quiso hacerle la tontería, venganza, broma, o yo que sé, más estúpida y patética de todas al príncipe de la mafia más peligrosa a nivel mundial.

Pasan algunos minutos durante los que ambos nos quedamos en medio de un silencio un poco incómodo. Yo me dedico a mirar por la ventana mientras él conduce.

—¿Estás molesto? —le pregunto bajito.

—No —responde.

—¿Por qué no?

—Solo un tonto se enojaría por algo así.

¿Qué está pasando? ¿Dónde ha quedado el Aedion explosivo?

Me quedo en silencio y unos minutos después mi teléfono suena. El nombre de Simon aparece en la pantalla y maldigo en voz baja.

—Tengo que ir a casa —le digo.

—Dile que te quedaras con André.

—No —digo—. Jamás me he quedado a dormir con André, no puedo decirle eso.

—¿Y así duraron años? —se burla.

—¡Oye! Llevábamos nuestro tiempo, además fue porque yo nunca quise.

—¿Por qué? —pregunta.

—No preguntes si no te va a gustar la respuesta —digo.

Sale de la carretera y se estaciona a un lado. Trago grueso al pensar que ya se molestó, pero me sorprende ver que me mira con una media sonrisa.

—Ven —desliza el asiento hacia atrás.

Me quito el cinturón y me subo sobre él.

Sus manos se posan en mi cintura y las baja hasta mis caderas, muy cerca de mis glúteos.

—Si lo haremos tendremos que ser rápidos —le digo.

—Deja de pensar en el sexo, Liebe. —Sonrío divertida—. Iba a preguntarte unas cosas y te pones cachonda.

—Bueno, tu amiguito me dice que igual está cachondo. —Muevo mis caderas de adelante hacia atrás y él presiona su agarre.

Muerde su labio y lo hace de una manera tan sexy que me calienta todavía más.

—Necesitamos hablar, Angeline —dice.

—¿Sobre qué? —le pregunto.

—Mi madre está en Alemania —dice y frunzo el ceño.

—¿Y eso es malo? —pregunto.

—Sí, y antes de que digas algo solo escúchame. — Lo miro con atención, tratando de descifrar la seriedad en su rostro. — Mi madre odia a tu familia con todo su ser, es lo primero que debes saber. —Hago una mueca—. Mi padre y ella se separaron por... —Se queda callado y lo miro confundida al ver que ha cambiado su semblante—. Ellos se separaron y mamá no sabe que tengo una alianza con tu padre.

—¿A qué viene esto? —pregunto.

—Intenté que mamá se fuera lo más pronto posible pero no pude lograrlo, está aferrada a verme y no se irá de la mansión hasta cumplir su objetivo.

—¿Y qué significa? ¿No podré ir? —Me molesto—. Quiero y necesito ir a ver a Melissa y al idiota de Kiyoshi.

Pone los ojos en blanco y me pone la mano en la boca. Lo miro mal.

—Solo necesito que te presentes con otro nombre y que mínimo cubras tus ojos con algunos lentes de contacto —aclara y manoteo su mano—. No quiero que te reconozca.

—¿Y es que no se puede aguantar el coraje? —inquiero.

—Angeline....

—¿Por eso has sido tan bueno hoy? —me enfado más.

Trato de quitarme de su regazo, pero él no me lo permite y me sujeta con fuerza.

—Deja de hacer tanto drama —impone—. Solo quiero llevar las cosas en paz, no conoces cómo es mi madre y créeme que tampoco querrás hacerlo.

—¿Has sido bueno hoy solo para que acepte esto? —pregunto seriamente.

De su respuesta depende mucho de lo que sucederá en los próximos segundos.

—No.

Le doy un manotazo en el pecho.

—No seas animal y dime la verdad —exijo.

—Ya he dicho la verdad —gruñe.

—Aceptaré ponerme pupilentes, pero no usaré peluca, ¿ok? —Pone los ojos en blanco.

Mi celular vuelve a sonar y esta vez veo el nombre de mi padre en él.

Pellizco uno de los pezones de Aedion y él me hace lo mismo, pero yo no chillo y él sí. Le saco la lengua y respondo la llamada.

—¿¡Dónde demonios estás!? —Siento que el grito de papá me va a dejar sorda y tengo que separar un poco el teléfono de mi oreja—. Simon está buscándote, ¿no entiendes que debes responder el jodido teléfono? Las cosas no están bien como para que hagas este tipo de cosas...

—Lo lamento mucho —le digo, fingiendo un arrepentimiento que no siento—. Lo que pasa es que una amiga y André me llevarán a la mansión. De hecho, ya estoy en el auto.

Aedion sonríe con esa mezcla de desafío y diversión que siempre le acompaña. Sin decir una palabra, me toma de las caderas y empieza a balancearme de adelante hacia atrás sobre él, marcando un ritmo lento, casi deliberado, como si el control le perteneciera por completo.

Su miembro hace fricción contra mi intimidad y siento que al instante me mojo pero trato de parar lo que hace, ya que si sigue así terminaré gimiendo con mi padre en el teléfono.

—Es media noche, mínimo hubieras avisado que te iban a traer —sigue regañándome— ¿Tienes idea de lo preocupados que estábamos?

Sus manos me alzan y rápido se desabrocha el pantalón, le indico con mis ojos que no haga nada pero me ignora.

—No quería molestar a Simon —digo y el tatuado me alza un poco para luego mover mis bragas y poner su miembro en mi entrada—. Ire para allá ahora mismo.

Su miembro entra en mí y ahogo un gemido mientras cierro los ojos y disfruto de la sensación.

—Te esperaré despierto.

Cuelgo en seguida y manoteo el pecho de Aedion mientras este no deja de mover mis caderas de adelante hacia atrás.

—No hagas eso —gimo.

—Estás mojada, ya esperabas esto —dice con su voz más ronca que antes.

Empieza a moverme de arriba hacia abajo al ritmo que él quiere y yo lo ayudo un poco.

—Mmmh... —muerdo mi labio.

—Gime alto, no te reprimas —ordena.

Tomo el control y empiezo a moverme sin su ayuda. Subo y bajo sobre su miembro erecto, y empiezo a gemir como se me da la gana; alto y sin pudor.

—¿Me extrañaste, Liebe? —pregunta.

—Sí... —gimo.

Sus manos viajan hacia el escote de mi vestido y lo bajan; mis pechos quedan libres y rápido sus manos los masajean.

—Carajo, Liebe... —gruñe—. ¿Por qué mierda no traes sujetador?

Sus manos no dejan de masajear mis pezones y cuando les da un leve pellizco se me pone la piel de gallina.

—¿No te gusta que no traiga sujetador? —Lo molesto, haciendo mis movimientos circulares y lentos, muy tortuosos para él—. Así mis pechos rebotan mejor, ¿no lo crees? —me acerco a su boca y doy un leve lengüetazo a sus labios—. Parecieron llamar la atención de muchos.

Su mano se enreda entre el cabello de mi nuca mientras que la otra la pone alrededor de mi cuello. Sonrío victoriosamente.

Cuando coge furioso es todavía más brusco y eso me encanta más de lo que debería.

—Amas hacerme enojar, ¿verdad? —Asiento—. Estas son mías —baja la mano de mi cuello hasta una de mis tetas y les da un leve pellizco—. Mirarlas pueden hacerlo, al menos mientras yo no vea que lo hacen, pero tocarlas... nunca. —Muerde mi labio inferior.

—Lo que digas, papi —sonrío y él también lo hace.

Me muevo de nuevo al ritmo que a él y a mí nos gusta: rápido, de arriba a abajo y en círculos de vez en cuando. Él chupa mis areolas. Sabe que eso me encanta ya que no deja de hacerlo.

Los vidrios del carro ya están empañados al igual que nuestros cuerpos están bañados en sudor. Nuestras respiraciones son aceleradas y se mezclan entre ellas creando un sonido erótico que se queda guardado en mi memoria como uno de mis sonidos favoritos.

No hay nadie en la carretera, no pasan los autos y tampoco hay un alma cerca de aquí. Tan solo estamos él y yo, y tenemos a la noche y a la luna como testigos de que probablemente seamos los amantes más insólitos, chocantes e inadecuados de todos los tiempos.

CAPÍTULO 36

Interpol

Angeline

Dejo mis maletas sobre el piso de concreto y mis hermanas no tardan en ser las primeras en abalanzarse hacia mí y darme un abrazo.

—¿Cuándo regresarás? —pregunta Elizabeth.

—No hay fecha —respondo y me alejo de ambas—. No se pongan así, podemos hacer videollamadas algunas noches.

—¿Lo prometes? —pregunta, con sus ojos cristalinos.

—Lo prometo.

—A la próxima tráeme algún abrigo o mínimo un llavero —dice Kylie, con los ojos igual que Ellie, pero con una sonrisa en el rostro.

—Te traeré unas botas si prometes que sacarás las mejores notas.

Acepta y luego prosigo a despedirme de mis padres. Los abrazo y les doy un beso en la mejilla a cada uno.

—No quiero tonterías, Angeline —me dice mamá—. No quiero que te vayas y que estemos mal.

—Lo sé —suspiro—. Aún tenemos cosas que aclarar, pero por el momento estamos bien.

Me envuelve en un abrazo y disfruto de ese momento, ya que en mucho tiempo no volveré a tener uno de ella.

Papá me abraza con fuerza cuando me paro frente a él y yo respiro su aroma. El perfume que usa mi padre siempre será de mis favoritos. Me da paz y me hace sentir pequeña y segura.

—Te amo —dice—. Eres mi orgullo, Ann...

Los ojos se me ponen cristalinos y no retengo las lágrimas.

—Yo te amo más, papá.

Doy media vuelta y camino hacia el avión mientras los hombres de Aedion suben mi equipaje. No miro hacia atrás, no podría evitar ponerme a llorar peor si los miro por última vez.

Sé que esto no es para siempre, pero es doloroso.

Me siento en uno de los asientos del Jet, alejada de Stefan. Aedion entra unos minutos después y toma asiento junto a él.

Miro por la ventana mientras el avión despega, y una vez en el aire me pongo los auriculares y me pongo a crear imágenes en mi cabeza que nunca pasarán.

Abro la puerta de la mansión. Mis pasos hacen eco conforme voy caminando, y mi respiración aún está un poco agitada.

Son las siete de la mañana, llegamos a Alemania hace aproximadamente seis horas y desde entonces no he dormido nada.

Necesito ver a Melissa. Me urge saber cómo se encuentra y en dónde está ubicada. Aedion no quiso decirme su paradero y creo que era porque se las olía que iba a intentar ir a buscarla.

Entro a la cocina y ahí me encuentro con Becka.

—Buenos días —la saludo.

—Buenos días, Liebling —dice de vuelta—. ¿Gustas café?

—Sí, por favor.

Me siento en uno de los bancos frente a la barra y Becka no tarda en servirme una taza de

café.

—Aedion dijo que estarías usando lentes de contacto —dice en un susurro—. Sophia es muy... especial, así que no te ofendas si Aedion te pidió este tipo de cosas.

Antes de salirme me puse unos pupilentes oscuros que Aedion me dio en el avión. Quedé en usar ropa lo suficientemente holgada ya que Aedion dice que su madre es muy observadora y no tardará en encontrar algún parecido con mi familia.

—No la conozco —le digo—. Pero viendo cómo es su hijo puedo deducir que ella es peor.

Sonríe.

—Aedion sacó el carácter de su padre. Totalmente —dice.

—Tampoco lo conozco.

—Stefan Lorcan es todavía mucho peor que Sophia —se sienta frente a mí—. La familia Lorcan son las personas más especiales, inteligentes e incluso guapas, que he conocido.

—Los conoces muy bien, ¿verdad?

—Así es —asiente—. Sé bien a qué se dedican y créeme que eso no me importa en lo absoluto. Siempre estaré agradecida con Aedion y su padre.

Ella debe saber entonces qué es lo que ha pasado entre mi familia y la de ellos como para odiarse.

—Deben ser muy buenos contigo —le digo—. Aedion no suele serlo siempre, pero sé que tiene mucho corazón.

—Eso es lo que tienen los Lorcan —dice—. Todos son varones y absolutamente todos tienen un carácter terrible, pero son muy leales y aunque digan que no, siempre les gusta ayudar a las personas que quieren.

—¿Sabes... por qué mi familia y la suya tienen rivalidad? —pregunto dubitativa.

—No —dice—. No me gusta meterme mucho en ese tipo de asuntos, así que no pregunto y Aedion jamás ha mencionado algo sobre eso.

—Parece que es muy delicado —comento—. Es mucho pedir pero, ¿podrías tratar de investigar algo? —le pregunto—. Me tiene exhausta todo esto.

—Veré qué puedo hacer —dice.

Mi teléfono suena y lo saco. Abro la app de mensajes y entro al chat de Efraín.

«Buenos días, diabla, ¿ya estas despierta?»

Le envío una foto con mi taza de café.

«¿Me vas a invitar a desayunar?» Envío.

«Sí».

«Entonces, sí».

—Iré a darme una ducha —le digo a Beck— ¿quieres ir conmigo a desayunar? —me levanto de la barra.

—No, aún tengo cosas por hacer.

—¿Segura? —insisto y vuelve a negar.

Lavo mi taza y luego subo a darme una ducha y a ponerme ropa limpia. Estoy a punto de salir cuando me doy cuenta de que no llevo encima los estúpidos pupilentes, así que regreso y me los pongo.

Termino con los ojos llorosos debido a que aún no estoy acostumbrada a usar estas cosas. Una vez hecho todo salgo de mi habitación y bajo las escaleras. Escucho la voz de una mujer por la parte del comedor y deduzco que es la de Sophia. Salgo de la casa y subo al auto que Aedion me ha dado con chófer y todo.

Quedé en verme con Efraín en uno de los mercados que hay en el centro. No quiso aceptar ir

a una cafetería, así que tendré que ir en otra ocasión.

Llego al lugar treinta minutos después y veo a mi amigo sentado en una mesa que está junto a la acera. Me acerco hacia allá con una sonrisa y tomo asiento frente a él.

—Hola, ¿me extrañaste? —le pregunto.

—No tienes ni idea —dice en un suspiro.

—¿Mala noche? —le pregunto.

Toma su cabeza entre sus manos y suspira pesadamente. Tiene unas ojeras muy oscuras bajo los ojos.

—Amelia no me dejó dormir —suspira pesadamente, dejando caer los hombros con cansancio—. Conoció a un chico italiano por Internet. Estuvieron hablando durante un año entero y, anoche, él simplemente le dijo que había conseguido una novia. Que tenían que dejar de hablar porque su "nuevo amor" se pondría celosa.

Auch.

—¿Y estuviste consolándola?

—No, pero no dejaba de escucharla llorando —bufa.

—No seas así —lo reprendo, pero no puedo evitar sonreír divertida—. Pobre. Todos los hombres son iguales, menos mi mejor amigo —subo y bajo las cejas, bromeando.

—¿Qué tal estuvieron los días en Los Angeles? —pregunta.

Mi sonrisa divertida se transforma en una sonrisa tonta, embobada, pero tiene justificación y es que cada vez que recuerdo lo bien que me la pasé ayer y anteayer me hace sonreír de esa manera.

—Estuvieron súper bien —le digo.

Achina los ojos y una sonrisa burlona se le dibuja.

—¿Qué tanto? —pregunta.

—Extremadamente buenos —respondo.

—Cuéntame —pide y me río.

Un mesero se acerca y nos sirve café a ambos, luego nos toma la orden y se va.

Le cuento lo que pasó estando allá; lo de los helados, mi discusión con mamá, la fiesta, mi encuentro con André y lo de Felina. Efraín, como siempre, parece vieja chismosa cuando le hablo de cada uno de los temas.

—Vengo de una familia que cree en esas cosas de brujería —dice—. Esa clase de brujas como Felina son las que más me dan miedo.

—Igual crecí creyendo en ese tipo de cosas —le cuento—. Mi madre, al igual que yo, amamos las cosas de terror porque creemos en espíritus, duendes y ese tipo de cosas. Así que de ahí, supongo, viene el que mi padre y hermanas también crean en ello.

—¿Tu padre no te dijo nada al respecto?

—No, y se me hizo extraño —frunzo el ceño—. Papá cree en eso. Sin embargo, nunca ha estado tan metido como mi madre. Podría decirse que en cierta parte es un poco incrédulo, pero... es raro que no haya frenado aquello que hizo Felina.

—Deben tener un buen motivo como para creer en ella, ¿no?

—Sí, pero dudo que vayan a decírmelo.

Termino de comer mi omelette y paso a tomarme lo que resta de mi jugo de betabel.

—¿André no ha intentado comunicarse contigo? —cambia de tema.

—No —sonrío—. Pero estoy segura de que lo intentará. Hubieras visto su cara, estaba muy enojado cuando nos vio.

—Eso significa que aún le interesas —suspira—. ¿Regresarías con él?

—Claro que no —respondo—. Ambos nos fallamos, pero creo que él lo hizo más. Me estuvo engañando desde antes de yo ponerle los cuernos.

—No te merecía.

—Nadie me merece —bromeo.

—Qué ego... —se queja y me echo a reír.

—Extrañaba platicar contigo —le digo—. Eres con el único que puedo platicar de mil cosas y nunca va a juzgarme.

Sonríe en respuesta.

—Solo no termines enamorándote de mí —bromea.

—¿Y yo soy la del ego alto? —sonrío.

Pone los ojos en blanco.

—Vamos, tenemos que regresar a alistarnos —dice.

Pone billetes sobre la mesa, tomamos nuestros abrigos y comenzamos a caminar.

—¿Alistarnos para qué? —pregunto.

—Aedion y Lucian dijeron que íbamos a tener una misión pronto.

—Oh, lo olvidé.

Subimos a su auto y arranca directo hacia el salón de Feder. Conecto mi celular al aparato de sonido y pongo una de mis canciones favoritas. Empiezo a tararear la letra mientras miro la ciudad por la ventana.

Efraín me hace sentir en confianza y segura. Mi amistad con él es distinta a la que solía tener con André, y la diferencia es que con André sentía atracción y a Ef lo veo como un hermano, como si fuera familia. Y me gusta, me agrada su compañía y me agrada él.

—Oye —dice de repente—… ¿crees que puedas hablar con Lia? No me gusta verla llorar.

Lo miro con ternura.

—Claro —respondo.

—No soy bueno dando apoyo emocional —dice.

—Lo sé, lo he notado —respondo—. Pero no te preocupes, ella también lo sabe.

—Gracias... —dice.

—¿Quieres dormir mientras yo conduzco? —le pregunto al ver lo mal que se ve.

Empiezo a creer que Lia no es la única razón por la cual no ha dormido.

Acepta y frena en una esquina, intercambiamos lugares y ahora soy yo la que conduce.

—Ef —lo llamo—. ¿Amelia es la única razón por la cual estás así? —le pregunto.

Se tarda unos segundos en responder y luego alza la cara y me dedica una media sonrisa.

—Sí —responde, pero no me convence nada.

No quiero presionarlo y empeorar las cosas, así que decido darle su espacio.

Efraín se duerme casi al instante y yo me dedico a manejar.

Aprendí a manejar desde los 15 años. El regalo de mi padre fue un Dodge Challenger y casi al mes fue cuando choqué por primera vez. Fue un choque muy leve, pero al final fue choque. Terminé en el hospital y papá hizo un desastre, aunque se lo repitieron diez doctores distintos mandó a hacerme rayos x y muchos estudios más solo para asegurarse de que estuviera bien.

Casi cerraba el hospital para que todos me pusieran atención.

Mi celular suena y respondo sin despegar la mirada de la carretera.

—¿Hola? —pregunto, a la vez que doy vuelta en una esquina.

—¿Dónde estás?

La voz de Aedion suena del otro lado.

—Vamos camino hacia el gimnasio de Feder —respondo.

—¿Cómo que «vamos»?

Su voz se escucha más grave de lo normal, justo como cuando estamos en pleno acto sexual. Eso me prende.

—Voy con Efraín —explico—. ¿Ya estás ahí?

—Casi —responde—. Te veo luego.

Cuelga y dejo el celular sobre mi regazo. A veces no entiendo lo que pasa con él.

Le doy una mirada rápida a Efraín y me doy cuenta de que tiene un par de moretones en el cuello.

Por lo menos hizo algo bueno por la noche.

Pero aún así su estado es preocupante. Hay algo malo y me lo ha confirmado hace un rato. Tengo mis teorías, pero no quiero suponer nada hasta que él me lo diga.

Antes de llegar decido ir a dar una vuelta para que mi amigo pueda dormir un poco más, pero cuando veo en la pantalla los siete mensajes de Aedion termino manejando hacia allá.

Llego a los pocos minutos y despierto a Ef. Ambos bajamos del auto y caminamos hasta el gimnasio. Entramos y visualizo a todos, pero mi mirada se centra en una chica de cabello castaño.

Que no sea el remplazo de Andrea por favor.

—Llegamos —le digo al tatuado cuando nos detenemos frente a ellos.

—Tarde —bufa.

—Lo siento, había tráfico —digo, intentando sonar casual, pero no sirve de mucho.

Su mirada sigue fija en mí, afilada y cargada de una intensidad que podría intimidar a cualquiera.

—Hola, pequeñita —me saluda Maksim.

Dejo que pase su brazo por detrás de mi cuello y le sonrío en respuesta.

—Les explicaré cómo van a estar los planes —dice el tatuado.

Nos reunimos alrededor de la mesa que hay a un lado del ring y Aedion es quien toma lugar en el centro.

—La Interpol está pisándonos los talones, no les voy a mentir —suspira—. Andrea ha sido quien ha estado pasando reportes sobre nosotros y por eso ha quedado fuera.

—¿La dejaste ir? —pregunta Maya.

—Sabes cómo se pagan las traiciones en la mafia roja, Maya —le responde.

Bueno...

Nadie dice nada, y sé que no debería burlarme, siempre me han dicho que no hay que alegrarse por las desgracias de otros, pero me alegra que todo haya tomado justicia.

—Tengo mis propias razones para creer que Andrea estaba en el mismo bando que el presidente —dice—. Lo que vamos a hacer será infiltrarnos en la Interpol —las expresiones de todos cambian y no para bien—. Necesito saber cuánta información tienen sobre esto y qué es lo que planean hacer, así que para eso necesito que nos infiltremos.

—Me niego —dice Nolan—. No quiero caer en manos de esa gente si me descubren.

La expresión de Aedion cambia a una todavía más seria, más intimidante.

—Si no participas de todos modos caerás —declara—. Aquí somos un equipo, si cae uno caen todos, pero no quiero ser el malo, cada quien toma sus decisiones y es libre de hacer lo que quiera.

Nolan tiene razón, si caemos con ellos estaríamos más que arruinados. Una parte de mí no quiere aceptarlo, se rehúsa ya que sería algo totalmente peligroso arriesgarme de tal manera, pero también sé que Aedion tiene razón. Y si Andrea les daba información a ellos, ¿cuánta

información no habrá dado sobre mí?

—¿Cómo planeas entrar? —inquiero—. ¿Cuál es el plan?

—El presidente y yo no nos hemos visto jamás de frente, así que no conoce ninguna parte de mi ser —dice—. A todos ustedes los mantengo ocultos por igual, ya que no quiero arriesgarlos. Pero Andrea ha enseñado videos y fotos sobre los documentos donde no sale foto de ninguno.

—¿Cómo sabes que no estaba mintiendo, Aedion? —pregunta Stefan.

—Porque la encontré intentando enviar las fotos —responde—. Y luego de un par de horas confesó todo e hizo que alguien más tomara fotos y grabara audios y videos donde se aseguraba que nuestras identidades eran un misterio.

—¿Dónde está Andrea? —pregunta Raymond.

—No hagas ese tipo de preguntas si no te va a gustar la respuesta —.

—No lo sé... —dice Nolan, puedo sentir su frustración desde donde estoy.

—¿Y si todo está planeado? —pregunta Maya.

La miro directo a los ojos.

—¿Crees que mintió a media tortura? —le pregunto—. La verdad debió salir de su boca sí o sí, y para demostrarlo hizo que dieran pruebas, pruebas que Aedion acaba de confirmar que son reales.

—¿Estás de su lado? —pregunta y la siento un poco «ofendida».

—Sí —respondo segura—. Aedion hasta ahora siempre ha dado la cara por nosotros. Nos ha ayudado y siempre trata de no arriesgarnos y planear todo a la perfección para que no haya percances —digo—. Es el heredero a la corona de la mafia que todos temen. Nadie en su sano juicio se atrevería a mentirle, mucho menos alguien a quien torturaron probablemente de mil maneras.

Se queda callada, pero yo no paro de hablar.

—¿Andrea sigue viva? —le pregunto a Aedion.

—Sí —responde Lucian al ver que el tatuado no lo hace.

—Andrea ya vio las consecuencias por haber sido una traidora, lógicamente no querrá conocer qué le pasaría si aparte de pasar informes, miente y trata de hacer una emboscada —digo —. Puede decir «me matan pero mínimo termino jodiéndolos», pero créeme que esto no lo hace por ella —me dirijo a Maya—. Andrea sabe que va a morir, o dime ¿cuándo has visto que alguien salga vivo de la mafia roja? —pregunto—. Si está cooperando es porque quiere salvar a los suyos. Ella tiene seres queridos y familia, si ella muere y termina fallándonos, hay quien este detrás de nosotros y tarde o temprano terminarán muertos todos aquellos que fueron cercanos a ella, o peor aún, terminaran vivos no sé en qué condiciones —miro a Aedion—. ¿O me equivoco?

El tatuado me mira con sus ojos oscuros, algo en su expresión me resulta excitante y no tengo idea de por qué. Cualquiera que lo viese pensaría que está mucho más que furioso, pero lo conozco lo suficiente como para darme cuenta que no lo está.

Una media sonrisa se forma en su rostro y luego asiente.

—Estoy dentro —dice Efraín.

—Entonces también yo —habla Amelia.

—No estoy seguro de si esto resultará bien, pero nunca te he dejado solo —le dice Nolan a Aedion—. Estoy dentro.

Una sonrísa se me forma en el rostro cuando Stefan acepta también y en un vistazo rápido me doy cuenta de que Raymond me está mirando detalladamente.

Recuerdo lo que pasó aquel día en el antro y solo le dedico una media sonrisa, ya que no

quiero darle alas.

Todos terminan aceptando y Aedion empieza por explicarnos lo que tiene en mente.

Hay una instalación secreta en Australia, ahí es donde tienen los documentos. Aedion aclara que tenemos que ir por ellos ya que están bajo llave en un área donde solo se permite la entrada a algunos agentes. No tenemos a alguien ahí para que los destruya. Tampoco podemos amenazar o comprar a alguien porque sería demasiado obvio.

Andrea pudo conseguir que nos metieran a algunos, no pudo hacerlo con todos. Así que Aedion, Amelia, Lucian, Raymond y yo seremos quienes más se arriesgarán. Los demás se encargarán de apoyarnos desde afuera.

Aedion nos pasa un folder a cada uno luego de habernos explicado cómo es el plano de la instalación. Adentro hay papeles y una credencial.

—Esos serán sus papeles —dice—. Tienen una credencial que les dará acceso hacia las salas más comunes y a las que solo están permitidas para su papel dentro de la instalación.

Leo el mío:

Nombre: Marjorie Payton Riggs Caster.

Edad: 23 años.

Nacida en: Manhattan.

Padres: Zoe Anne Caster Brooks y Mario Riggs Clark.

Hija única.

Fecha de nacimiento: 1 febrero de 1998.

—Aprendan sus datos, no hay nada más que decir —ordena.

—Me toca ser la de limpieza —le digo a Efraín.

—Hasta uniforme vas a usar —se ríe—. Quisiera ver eso.

Lo miro mal y me doy media vuelta.

—Seremos las chicas de limpieza —se nos une Amelia.

—No creo que sea tan malo —le digo.

—¿Sabes hacer lo básico? —pregunta.

—¿Por quién me tomas? Claro que sí —me hago la ofendida.

—Les presento al nuevo integrante —Aedion llama nuestra atención y me giro para mirarlo.

Debe ser una broma.

CAPÍTULO 37

Intruso

Angeline

Todos nos quedamos mirando al hombre que esta detrás de Aedion. Mi mirada se encuentra con la suya y me pongo horriblemente tensa.

—Hola, bonita.

Su cabello castaño está humedo, su cara luce bien y no parece tener alguna señal de que haya sufrido torturas.

—¿Él? ¿Por qué él? —pregunta Efraín.

—Yo también estoy encantado de estar junto a ustedes —dice el otro.

—Vasiliás es experto en el tema de la Interpol —responde Aedion—. Hicimos un acuerdo y de eso no tienen que enterarse, solo deben saber que está de nuestro lado.

—Mañana estaremos teniendo su primera clase, amores —dice el castaño.

Su mirada se posa en mi nuevamente y recuerdo lo que pasó aquel día en la misión. Me sonrojo casi de inmediato y me cruzo de brazos, molesta.

¿Qué carajos tiene Aedion entre manos? ¿Está loco? ¿Se le cruzaron los cables?

Todos terminan aceptando el plan de entrenar con Vasiliás, a excepción mía. Solo me mantengo mirando a Aedion de mala manera y a Vladimir ni siquiera me atrevo a volver a mirarlo.

El día de hoy creo que a la mayoría de nosotros no nos parecieron bien las noticias. El plan está perfecto, pero esto... no lo creo.

Salgo molesta de ahí y cuando estoy por llegar al auto de Efraín escucho la voz de Amelia llamando.

—¡Hey! —grita, acercándose a mi—. ¿Irás a la mansión? —me pregunta.

—Sí —respondo y suelto un suspiro largo.

—¿Todo está bien?

—Sí, solo que estoy de mal humor y cuando me encuentro así suelo ser muy desagradable.

—Entiendo —dice con una media sonrisa.

Entonces recuerdo lo que Efraín me pidió.

—¿Te gustaría ir por un café? —le pregunto—. Aún tenemos pendiente esa salida.

Acepta y nos subimos al auto que le ha prestado Ef. Durante el camino comentamos acerca de la ciudad, del clima y sobre los chicos que hemos visto por las calles.

Alemania tiene unos genes buenísimos en los hombres.

No sé como sacar el tema de lo que le ha pasado, y no puedo decirle que me ha contado Efraín porque sería incómodo y además podría molestarse.

Al llegar a un pequeño restaurante pedimos dos cafés y ella pide algo de comer, mientras que yo solo ordeno un helado de vainilla con chocolate derretido encima.

—¿Qué harás hoy por la noche? —le pregunto.

—No lo sé —se encoge de hombros—. Mañana empiezan las prácticas, así que no hay mucho por hacer más que dormir bien —suelta un suspiro y puedo notar cierta tristeza.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, ¿por qué? —sonríe.

—Nada más —le digo.

Si no quiere contarme será por algo. No quiero forzar nada.

«Efraín te lo pidió», me recuerdo.

—André me engañó —le cuento, sacando esa clase de tema—. Con su mejor amiga —añado.

Abre la boca sorprendida y luego hace una mueca de lástima.

—Lo lamento mucho.

—No importa —le digo— Resulta que llevaba muchísimo tiempo haciéndolo, quién sabe cuánto. Pero me han asegurado que han sido amantes desde hace meses.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunta.

—Ya tiene un par de días, pero no he querido hablar sobre ello con nadie.

Esto último ha sido una indirecta y espero que muerda el anzuelo, de lo contrario la dejaré tranquila.

—¿Y qué ha pasado? Tengo entendido que fuiste a Los Angeles, ¿hablaste con él? —pregunta y niego.

El mesero trae la comida y empiezo a comer de mi helado.

—Los he visto juntos —le digo—. Me senti realmente mal, pero, ¿sabes?, creo que al final tenía que pasar.

—¿El qué?

—Que lo viera con ella —le respondo—. Que nos separáramos, que nos diéramos cuenta de que eso era lo que necesitábamos.

—¿Entonces estás bien con eso? —pregunta.

—No —respondo sincera—. Duele que las cosas hayan acabado de esta manera, porque siempre creí que estaríamos juntos y felices —medio sonrío—. Pero la realidad a veces te golpea muy fuerte.

—Para tener dieciocho pareces saber bien sobre el tema del amor —medio sonríe.

—Bueno, mi relación duró años —sonrío.

Sonríe igual y luego suelta un largo suspiro.

—Yo también acabo de terminar con alguien —dice.

«Eso es...»

—Oh... —frunzo el ceño—. Lamento haber sacado el tema, ¿estás bien? —asiente y de inmediato sus ojos se ponen húmedos.

Ser actriz es mi pasión.

—Su nombre es Carlo —empieza a decir con voz entrecortada—. Lo conocí por medio de una página de citas en Internet —medio sonríe—. Debes pensar que soy ridícula, pero con mi madre enferma no tenía tiempo para salir y conocer chicos. —Las lágrimas empiezan a salir.

—No eres ridícula —aclaro—. No tiene nada de malo aquello.

—Gracias. —Me aprieta la mano por encima de la mesa y me da una media sonrisa—. Hace dos días terminó conmigo porque se consiguió a una italiana —ríe ironica—. Lo más gracioso es que me dice: «Hola, Amelia, ya tengo novia, su nombre es Karla y no quiero hablar más contigo porque se pone celosa» —bufa—. Se supone que teníamos una relación formal, él me lo dijo y mantuvo eso durante un año, para que al final resulte que no fuimos nada.

Yo antes creía en las relaciones a distancia, es ahora cuando comprendo lo que el ama de llaves solía decirme cada vez que me iba de viaje y dejaba a André esperándome. Ella solía decir: «Amor de lejos, amor de pendejos». Nunca le hice caso, pero resultó (como siempre) que tenía razón.

Hago una mueca porque no sé de qué manera reaccionar.

—Lo siento —es lo único que digo.

—Da igual —llora y limpia las lágrimas con la servilleta —. A veces la realidad te golpea

muy fuerte —cita lo que dije.

Acaricio su mano por encima de la mesa y le medio sonrío.

—Mira el lado bueno —le digo—. Por lo menos te libraste de un hombre que no sabe lo que quiere.

—Sí... —suelta un suspiro.

Aedion

Entro a la pequeña cabaña y el aroma a medicina no tarda en entrar por mi nariz. La rubia yace tendida sobre una pequeña cama con trapos húmedos en la frente y una enfermera al lado dándole sopa.

—¿Cómo te sientes? —escucho que le pregunta Lucian y volteo a mirarlo mal.

—Mejor —responde Melissa.

—¿Está apta para irse? —le pregunto a la enfermera.

—No, amo —responde cabizbaja—. Si estuviera en un hospital podríamos darle una mejor atención.

—No puede irse a un hospital —declaro—. Suficientes problemas hay ya como para que le pase otra cosa.

—Solo necesito estar mejor para trasladarme a un hospital en otro país —dice Melissa.

—Pues, tendrá que esperar unos días más —dice la enfermera—. La infección esta atacando muy fuerte, además su herida de bala en el estómago es muy delicada.

—¿Cuánto tiempo más? —pregunto.

—Quizá una semana —responde.

Suspiro pesadamente y me doy media vuelta para salir. Una vez fuera espero a Lucian.

—Dale los medicamentos que requiera, entre más rápido se vaya mejor —le digo—. Hazlo discretamente, recuerda que mi madre solo está merodeando y sabes lo que pasa si se entera.

—No te preocupes —dice.

—¿Qué pasa con Víctor Volkov? ¿Ya mandó los reportes? —le pregunto.

—Ya se le ha mencionado, dijo que enviaría todo mañana —dice.

—¿Mañana? —me enfado—. Los quiero hoy, dile que me los mande hoy.

—Está bien. —Me tomo el puente de la nariz—. ¿Dónde está Angeline?

—Me parece que salió con Amelia.

—Recuerdale usar los pupilentes, maquillarse de alguna forma diferente y usar algo más holgado. No quiero que mi madre la reconozca, Lucian.

—Claro —dice—, ¿algo más?

—Quédate aquí para ver qué necesitan, iré a la mansión, te veo más tarde.

Camino hacia mi camioneta, Connor me abre la puerta una vez que llego, y subo.

Víctor tiene que mandarme el reporte de cuánta droga se ha distribuido por Rusia. Está molesto por lo que le he hecho a Natalie pero me vale mierda, y eso ya debe saberlo, por eso está actuando así. Igual y no va a ser como quiere. Aquí hay un orden, reglas y un líder. Se hacen las cosas a mi modo, no al de él.

Al llegar a la mansión me quito la chaqueta y se la doy a una de las mucamas.

—¿Y mi madre? —pregunto.

—Está descansando en su alcoba, amo.

Decido no decir más.

Camino hacia la cocina para buscar a la cocinera y que me sirva algo de comer, pero me encuentro con la «pelinegra hechiza-humanos» con harina en la cara, mezclando alguna cosa

dentro de un bowl.

No sé por qué tiene eso de querer hacer galletas, postres o yo que sé. Hay una cocinera para eso y en cambio gasta su tiempo en hacer esas cosas.

Paso por detrás de ella y voy hacia la cafetera. Tomo una taza y me sirvo un poco.

—¿Qué haces? —le pregunto y me quedo esperando una respuesta que no llega—. Te pregunté algo —alzo un poco más la voz.

Sigue revolviendo y me ignora.

Me acerco a ella y azoto la taza sobre la barra, pero ni se inmuta, ella sigue haciendo lo suyo como si nada.

Le tomo las manos.

—¡Hey! —se queja y me mira mal.

Tiene el batidor en la mano, aún lo sostiene con fuerza. Sin embargo, no me fijo mucho en eso porque sus ojos parecen querer aniquilarme.

Su mano se sacude y la mezcla me da en la cara. Cierro los ojos con fuerza y me digo a mí mismo que no debo perder la poca cordura que me queda cada vez que estoy con ella.

—¿Qué mierda te pasa? —le pregunto.

—Pasa que te has vuelto loco, cabezota —se zafa de mi agarre—. ¿Qué te crees para poner a Vasiliás en nuestro equipo?

—El líder —respondo obvio.

Tomo una servilleta y me limpio la cara.

—¿Pero que estás idiota? ¡Tienes que consultarnos primero! —me manotea el pecho.

—Hago lo mejor para ustedes —doy un paso hacia atrás.

—¡Somos tu equipo! —grita—. ¿No pudiste por lo menos preguntar nuestra opinión? Nosotros seremos quienes trabajaremos con él, eso nos vuelve importantes.

Observo sus facciones, las cuales me dicen que esta más que furiosa, ya que siempre que le molesta muchísimo algo, empieza a arrugar la nariz como por instinto.

—Él es muy útil para nosotros, ¿entiendes? —reitero—. Hicimos tratos, él es quien más nos conviene ahora.

—¡Va a querer matarme! —bufa—. De veras no te entiendo, carajo.

—No va a tocarte un pelo porque primero me cargo a su familia —aclaro—. Él es la clave para todo este problema que hay con el presidente.

—¿Ah, sí? —bufa.

—El presidente fue quien lo contrató para matar a sus propios familiares —le cuento—. Nos ha querido hacer una jodida emboscada y salir ileso de todo eso.

Se queda muda y noto cómo su respiración se va calmando.

—Vasiliás tiene rencor a Kiyoshi y a su gente, además ahora también quiere matar al presidente. Vladimir es un sicario, asesino a sueldo que viene de una familia de militares y agentes de la Interpol —le explico—. ¿Por qué crees que no lo habían capturado jamás? Conoce tanto a su familia, sus técnicas, sus movidas, jugadas, y hasta sus malditas instalaciones. Sabe lo que necesitamos al pie de la letra, ¿comprendes?

Me fulmina con la mirada y luego suspira suavemente.

—Sí, lo comprendo —dice sin mirarme.

—Mataremos al presidente de Alemania —le digo—. Pero primero hay que limpiar nuestros nombres.

Asiente levemente.

—¿Tienes alguna objeción? —niega—. Cambia tu actitud conmigo, Liebe, que no me gusta.

Me fulmina con la mirada y pone las manos en su cintura.

—Pues no hagas cosas buenas que parezcan malas —dice—. Ese hombre no me agrada.

—A mí tampoco —le respondo—. ¿Crees que quisiera tenerlo aquí después de ver lo que hizo contigo? —La sangre me hierve nada más de recordar.

—Entonces hubiéramos buscado a alguien más.

—Los tratos están hechos, no puedo llevar la contraria a la palabra de mi padre.

—¿Cómo sabes que no querrá hacerme algo?

Sus ojos me miran fijamente a la cara. Está molesta y preocupada, lo sé bien.

—Porque me conoce —afirmo—, y porque también sé que tú jamás te dejarías tocar un pelo, ¿verdad?

Si lo hiciera, terminaría matándolo.

—Bien —dice firme.

Regresa su atención a lo que se encontraba haciendo y yo me doy media vuelta para salir de ahí.

Vladimir esta en una posición donde no le queda más opción que aliarse conmigo. Su hermana me considera el amor de su vida, y resulta que le he hecho tantos favores que él está dispuesto a pagarlos por ella.

Cuando estuvimos en esa misión en Grecia me decepcionó ver que era tan idiota como para no darse cuenta de que la chica que se habia llevado era Angeline Mikaleson Bellows, la hija del tipo que asesinó a su padre. Pero no. Cuando creí que la mataría quedé como estúpido al ver cómo le chupaba las tetas. En ese momento algo se apoderó de mí, mi lado más patético, posesivo y psicópata salió a la luz y me hizo perder el maldito control.

Entro a mi oficina y azoto la puerta con fuerza.

Me molesta el maldito recuerdo que tengo de ellos dos.

He pasado noches convenciéndome de que tengo que buscar la manera de seguir con el plan de acabar con el legado de las Bellows, pero siempre que trato de tomarle un poco de odio aparece y hace algo sumamente tierno, que altera mis hormonas y sangolotea mi sentido común. Y lo peor es que lo hace sin querer, no tiene que esforzarse en hacer algo bien porque literalmente todo lo que hace es perfecto.

He corrido con la mala suerte de tener a un desastre natural con patas merodeando a mi alrededor, y vaya que soy fanático de lo catastrófico.

En mi familia se acostumbra soportar lo doloroso, tener valor para enfrentar la vida sin importar todo lo que venga. Estoy acostumbrado a escuchar que quieren asesinarme y no sentir terror.

Porque si algo he aprendido bien es que el miedo a veces te hace reaccionar de mala manera. Es mejor controlarlo. Tener esa capacidad de controlar cada sentimiento de tu cuerpo te convierte en alguien poderoso.

Aunque eso no va conmigo cuando tengo a la bruja Bellows cerca.

Me acerco a mi escritorio y cojo el iPad que está encima. Doy un suspiro pesado y entro a facetime. «Todo lo que hago por tenerla tranquila». Lucian responde enseguida.

—¿Sigues ahí? —le pregunto, tomando un cigarro de la cajetilla que tengo a un lado.

—Estaba por irme —responde.

—Lleva tu teléfono con Melissa y espera —le digo y me apuro a salir de la oficina.

Entro en la cocina y le tiendo el iPad a la pelinegra. Se limpia rápido las manos en el delantal y su ceño fruncido se desvanece al ver la pantalla. Sonríe contenta.

—¡Mel! —dice y sus ojos se cristalizan al instante—. Mel, ¿cómo estás? —llora.

Enciendo mi cigarrillo y me recargo en la barra junto a ella.

—Lamento mucho no poder estar contigo —dice entre llantos—. Te juro que lamento tanto todo esto...

Algo se remueve en mi interior y termino saliendo de ahí.

Estoy terminando de fumar cuando mi mirada se posa en la persona que va bajando las escaleras. «Debe ser una puta broma».

—¡Aedion! —exclama.

Miro a Killian en busca de alguna explicación, pero parece hasta más molesto y confundido que yo.

—Dominik... —llega hasta mí y me palmea el hombro con una sonrisa.

—¿Cómo está mi sobrino favorito? —entrecierro los ojos.

—Deja de llamarme así —le digo y quito su mano de mi hombro—. Y no me toques.

—¡Aedi! —exclama—. No me digas que sigues siendo rencoroso. —Sonríe burlon.

—Bueno, por lo menos no me he vuelto un hipócrita —sonrío de la misma manera—. No te quiero aquí.

—Pues te vas a tener que aguantar el berrinche —suspira—. Porque no pienso irme.

—Es mi casa.

—Tu madre no dejará que lo hagas —la sangre me hierve de solo mirarle su sonrisa burlona —. No armarás un escándalo, ¿o sí? A tu madre no le hará bien pasar por este tipo de problemas.

Doy un paso hacia él y lo tomo del cuello de su camisa.

—No me toques los cojones porque soy capaz de olvidar que llevas mi apellido.

—Aedion —Killian se interpone.

Lo miro mal, deseando de mil maneras que algo malo le pase. «Podría romperle el cuello» o «Dárselo de comer a las hienas».

La tentación se hace cada vez más fuerte y termino empujándolo y regresando por donde vine.

Entro a la cocina y Angeline ya se encuentra recién terminando la llamada. Al verme me medio sonríe y me fijo en sus ojos hinchados de tanto llorar. La cara se le ha vuelto rojisima y si no tuviera esos pupilentes juraría que sus ojos se le han puesto de ese color azul persia.

—Gracias —es lo único que dice, entregandome el iPad.

Respiro aliviado, sin saber exactamente por qué, pero verla ha desvanecido todo el maldito coraje que llevaba encima.

«Jodido bipolar».

Me acerco a ella y sin saber el motivo la abrazo, dejando que esconda su cara en mi pecho y me llene de lágrimas la playera.

Su llanto me llena el pecho de un sentimiento asfixiante y lo único que se me da por hacer es acariciar su espalda de arriba hacia abajo.

Mierda.

No tengo la más mínima idea de qué hacer en un momento como este. Nunca he sabido reaccionar ante estas situaciones, es algo nuevo para mí.

—¿Estás bien, Liebe? —le pregunto luego de un momento.

Su respiración se ha calmado ya un poco y lo único que noto es que ya ni siquiera puede absorber por la nariz.

Asiente levemente y se aleja, dándome la espalda y escondiendo su rostro de mí.

—Gracias —repite—. Estaré bien, no tienes de qué preocuparte.

«Claro que sí».

—¿Harás pastelillos? —le pregunto.

Sigue dandome la espalda y supongo que es para que no le vea la cara hinchada.

—Sí, haré cupcakes —dice, pasándose una servilleta por la cara.

Me acerco a ella y hago que se de vuelta.

—Liebe, mírame —la tomo de las mejillas—. Eres linda hasta cuando lloras.

Sus ojos se vuelven más cristalinos que antes, y de inmediato el temor se instala en mi pecho. No sé si la he cagado, pero la incertidumbre empieza a carcomerme. El nerviosismo crece y, con él, la desesperación de no saber cómo arreglarlo.

—Te daré tu espacio —le digo—. Estaré en mi oficina por si me necesitas —deposito un beso rápido en su boca.

Me alejo de ella sin darle la espalda y cuando estoy por salir le hablo de nuevo.

—Quiero comer de esos cupcakes —digo—. Los quiero con chispas.

—Bien —sonríe y con eso me basta para estar más tranquilo.

—Mi tío está aquí, no quiero que te vea demasiado, ¿está bien? —suspiro—. Por favor termina rápido y luego sube a tu habitación, entre menos te vean mejor.

—He evitado a tu madre a toda costa —dice—. Terminaré aquí y me iré, lo prometo.

Salgo de ahí y me voy a la oficina. Termino de hacer un par de llamadas y justo cuando estoy por levantarme e ir a donde la bruja, mi celular vuelve a sonar y el nombre de mi padre aparece en la pantalla.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Me han atacado mientras iba en mi vuelo hacia Rusia —me pongo de pie por instinto—. Ya estoy a salvo —aclara.

—¿Quién lo ha hecho? —le pregunto.

El corazón me va a mil y el coraje me llena todo el cuerpo.

—No tengo idea —suspira—. Pero desde hace días alguien ha estado muy cerca de mí.

—¿A qué te refieres? —pregunto—. ¿Dónde mierda estás?

—Estoy en casa de un amigo mío, no te preocupes, son discretos y confiables —eso me molesta más—. No es lo que importa, Aedion.

—¿Qué quieres decir? —me altero.

—Sabes que soy muy discreto respecto a mis ubicaciones, pero estas últimas semanas sé que alguien me ha estado vigilando. Puedo sentir su mirada y esa sensación angustiosa que me hace querer entrar en pánico.

—Regresa, estarás a salvo acá.

—La pirámide es muy importante, Aedion, lo sabes —suspira—. Soy el rey de la mafia roja y sabes que si queremos seguir estando en la cima de la pirámide hay que hacer sacrificios.

—Nunca voy a entender esa estúpida pirámide.

—No hace falta —dice—. Pero cuando seas el rey no te gustará que alguien más esté en la cima.

Me quedo callado, molesto y preocupado.

—Avísale a tu madre que estoy bien —dice—. Escuché que Dominik está con ella.

—Sí.

Estoy a punto de explotar y decirle que lo voy a matar, pero sé cual será su respuesta y decido quedarme callado.

—No hagan discordias, a tu madre le hará daño.

No le respondo.

—Tengo que irme —dice—. Iré pronto a Alemania —cuelga.

Me recargo en el respaldo de la silla y doy un suspiro pesado. Todo esto es demasiado estresante y ya estoy empezando a hartarme.

CAPÍTULO 38

Liberosis

Angeline

Coloco el vaso de agua en la esquina más cercana de mi habitación junto a un pan de dulce. He hecho todo esto desde que Felina me lo ha indicado y hasta ahora no he recibido algún susto o algo por el estilo.

Mis pendientes los he traído puestos en todo momento, ni siquiera necesito quitármelos para bañarme.

Ya es media noche y estoy a unas horas de alistarme para irme rumbo a Australia a lo de la Interpol.

No sé si mi padre sabe de esto, pero no me he atrevido a contarle. Estoy lo suficientemente nerviosa y preocupada como para poner del mismo modo a mi familia y que me hagan sentir todavía el doble de angustia.

La Interpol no es una organización sencilla. Esto es demasiado peligroso y temo a que vayan a descubrirnos. Porque si lo hacen me doy por muerta al instante.

Me recuesto en mi cama y le doy un chequeo rápido a las hojas con la información del personaje que haré.

Nombre: Marjorie Payton Riggs Caster.

Edad: 23 años.

Nacida en: Manhattan.

Padres: Zoe Anne Caster Brooks y Mario Riggs Clark.

Hija única.

Fecha de nacimiento: 1 febrero de 1998.

No me gusta ser pesimista pero en verdad estoy demasiado asustada. La interpol es la organización internacional de policía criminal. Prácticamente estaremos dentro de la boca del lobo.

Ni siquiera quiero dormir.

Me levanto y tomo mi celular, entro a Instagram mientras salgo de la habitación y bajo hacia la sala de estar. Creo que necesito algo de espacio y mi habitación no me da eso que busco.

Llego al sofá y me siento con los pies arriba.

Estos días no he podido salir como si nada por la casa. Hasta ahora no me he cruzado con Sophia y agradezco muchísimo eso, porque no me cae bien. Le habla de mala manera a Rebecka y siempre quiere hacer menos a Lucian cada vez que lo ve. El otro día casi me la encuentro cuando iba de salida y tuve que esconderme detrás de una maceta para no ser descubierta. Rebecka me advirtió que una vez que me vea empezará con un cuestionario horrible, además, no quiero arriesgarme a que me reconozca como la hija de Leonel y Anastasia. Quién sabe qué me haría si se entera. Y dudo que unos lentes de contacto y ropa holgada vayan a hacerme ver irreconocible.

Mi estómago ruge y hago una mueca. «Pero si acabo de cenar...». Tengo tanto antojo de una hamburguesa desde hace días, pero no he podido comer nada de eso porque se supone estoy a dieta.

«Puras jaladas».

Aedion siempre quiere que comamos bien, pero cuando se trata de mis cupcakes ahí no dice nada. Creo que le han gustado demasiado porque ya me los ha pedido varias veces y nunca quiere compartirlos con nadie. Apenas y pude soltarle uno a Lucian, pero tuve que robárselo cuando estaba distraído, porque hasta los tenía contados.

A veces es un ser tan frívolo, antipático y nada amable, pero también a veces puedo ver su corazón, y puedo ver que es muy dulce cuando se lo propone. Sin duda podría decir que es un bipolar pero no soy quién para hacer un diagnóstico.

Estoy subiendo una foto con Amelia cuando me llega una notificación: «mia_lancasterjohnson le ha dado like a tu foto».

Rápidamente entro a mis notificaciones, pero no aparece nada. Sonrío con burla al ver que se le ha ido darme un like. Sin duda eso debió ser la vergüenza más grande por la que ha pasado.

Sin dudarlo le mando mensaje a Efraín para contarle lo ocurrido, aunque dudo que me responda, ya que es demasiado tarde.

Mía es muy hipócrita, ahora veo que sus «cumplidos» eran falsos, pero aún así, sé que todas esas veces que iba a donde ella estaba yo lucía bien. Está bien tener la autoestima alta, no veo mal el ser egocéntrica.

Siempre he tenido el pensamiento de que a una persona la ven como quiere que la vean. Si te vas a sentir inseguro, los demás te verán de la misma manera y buscarán la razón de tu inseguridad.

Puedo vestirme como me plazca, puedo peinarme o no peinarme, puedo maquillarme o salir sin una gota de maquillaje solo porque me siento mal. Nada de eso es malo.

Yo crecí rodeada de mujeres que para muchos de ahora son ejemplo de perfección, y en su momento igual creí que el ser gorda o no tener mucho busto era algo que se veía mal. La razón por la que cambié mi pensar fue porque comprendí que, así como nadie tiene derecho a hablar sobre mí y sobre mi cuerpo, yo tampoco debía de hacerlo. Y eso se lo debo a mi padre, que fue quien me enseñó a respetar a los demás.

Pero a veces, solo con pocas personas, se me sale ese lado maldito que me hace querer destruir cada punto de su vida. Esa Angeline es demasiado mala. Es como tener a un alacrán en el sostén y saber que en cualquier momento te inyectará su veneno.

Pues de esa manera estoy con Mia.

Antes de subir mi foto con Amelia subo otra donde estoy en traje de baño y en la descripción pongo: «Podrás tener a otras, pero sigo siendo yo».

André ha ido dejando de doler conforme los días pasan, y creo que de la única manera en que lo extraño es como un amigo. Éramos inseparables cuando éramos los mejores.

Una silueta en el marco de la entrada me hace dar un brinco. Me río nerviosa cuando veo a Dominik, el tío de Aedion, recargado ahí, mirándome en la penumbra con un vaso de whisky en la mano.

¿Por qué a esta familia le gusta tanto acechar?

—Lo siento —se disculpa y camina hacia mí.

Traigo mis anteojos puestos, aquellos que me pongo solo cuando leo o usaré mucho rato el teléfono. La chimenea es la única cosa que está alumbrando la habitación y espero que todo esto sirva para por lo menos hacer que mis facciones pasen desapercibidas.

Me hace una seña para preguntarme si se puede sentar junto a mí y asiento levemente.

—¿Qué haces despierta? —pregunta—. Tengo entendido que en unas horas tienes un vuelo.

—No puedo dormir —le cuento, mirando hacia abajo.

—¿Hay alguna razón? —pregunta.

—No —miento—. Solo no se me da por dormir temprano.

Sus dedos golpetean el vaso y mi mirada va desde ese lugar hacia su rostro. El ambiente se ha tornado denso y me siento incómoda, como si su mirada me observara con otra intención, pero no sé cuál.

Dominik aparenta los treinta y tantos años, tiene barba y a diferencia de Aedion, su cabello es un poco más claro.

—Entonces —intento establecer una conversación—, ¿eres el tío de Aedion?

—Veo que ya te habló sobre mí —sonríe.

—No exactamente —digo—. Solo mencionó que eran parientes.

Una sonrisa burlona cruzó su cara y dejó de golpear el vaso.

—Aedion no conoce el significado de lo que es una familia —dice.

—¿Por qué? —pregunto.

Sus palabras no me las creo. Fue Aedion quien me ha obligado a usar todo esto de los pupilentes para no lastimar a su madre y fallarle.

—No quiero hablar mal de mi propio sobrino —dice—, pero ya que insistes...

Lo miro con atención, esto no es de mi incumbencia, pero no voy a negar que siento curiosidad.

—Aedion traicionó a su propia familia vendiendo a una de sus primas —dice.

Me quedo atónita tras escucharlo.

—La vendió… y luego quiso culpar a su propia madre—sonríe sin gracia—. Por eso su hermano dejó de hablar con él.

—¿Killian? —pregunto.

—No —responde—. Heinz.

—Oh... —trato de no sonar sorprendida.

Hace unos días me enteré de que tenía otro hermano y ahora he descubierto su nombre. Pero si Aedion no quiso decírmelo fue por algo. «Quizá por esto». Me pone los pelos de punta tan solo pensar que Aedion hizo lo que su tío dice. No debería confiar en este hombre, no lo conozco y tampoco me consta que lo que dice es verdad, así que mejor dejaré de lado la conversación, aunque la curiosidad me esté matando.

—No es común escuchar aquel nombre —dice—. Aedion prohibió decirlo en su presencia desde hace unos años.

Me quedo muda, sin saber qué debería decirle.

—Creo que estos temas son entre familiares, ¿no lo cree? —pregunto—. Tal vez debería discutirlos con otra persona.

Me mira detalladamente con una sonrisa oscura y miro hacia abajo para evitar que me inspeccione mucho la cara.

—Hace unos días te vi en la cocina decorando unos pasteles, creí que eras la cocinera de Aedion —admite.

—Me gusta la repostería.

—¿Haces esos panecillos para Aedion? —pregunta.

—Los hago para todos en la casa —respondo—. No soy alguien selectiva.

—Habría creído que eres su novia —sonríe—, pero tan solo te he visto un par de veces a lo lejos.

—Aedion es mi líder —aclaro rápidamente—. De haber sido su novia tenga seguro que ya me hubiese presentado con su madre.

Una sonrisa aparece en su rostro y, no sé por qué, pero me enfada.

—Claro...—asiente—. Deberías ir a dormir.

—Creo que sí —le digo y me pongo de pie—. Descanse.

Me pongo de pie sin mirarlo, pero puedo sentir su mirada fija en mí. Me incomoda.

No es como las otras miradas a las que estoy acostumbrada, esas que ya no me afectan. Esta es distinta. Hay algo en ella que se siente indebido, invasivo, como si estuviera cruzando un límite invisible.

Es extraño que me sienta así, pero hay algo en su forma de mirar que me resulta verdaderamente tenebroso.

Camino hacia el marco de la puerta para salir, pero su voz me detiene.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta.

He hablado con Aedion sobre esto.

—Aria.

Salgo de ahí y subo las escaleras hasta llegar a mi recámara. Al entrar me sobresalto al ver al espécimen recostado con ambos brazos detrás de su cabeza.

—Vuelve el perro arrepentido... —canturreo con una sonrisa.

—No quieres empeorar mi mal humor, Liebe —dice.

Camino hacia mi cama y me acuesto junto a él como las otras noches que ha venido a dormir aquí, con mi cara en su pecho y su brazo sobando mi espalda de arriba abajo.

—¿Por qué estás de mal humor? —le pregunto.

—Curioso que lo preguntes —suspira.

—Es cierto, no me interesa —bromeo y lo siento sonreír.

—Tenías una expresión rara al entrar —me dice.

Lo que me contó Dominik llega a mi cabeza y guardo silencio un momento mientras me debato en si debería decirle o no. «No es mi problema», me digo.

—Me encontré con tu tío —le respondo.

Alzo la cabeza para mirarlo en cuanto lo noto tensarse.

—¿Te dijo algo? —pregunta.

—Nada interesante —trato de sonar normal, pero la lengua me pica por querer contarle lo que dijo hace unos minutos—. Solo preguntó qué hacía despierta y le dije que tenía insomnio.

—¿No me estás mintiendo, Liebe? —pregunta.

Mierda.

—No —respondo.

—¿Te ha reconocido o ha mencionado algo al respecto?

—Preguntó mi nombre y le he dicho que es Aria.

Lo siento volver a respirar, como si se hubiese quitado un peso de encima. Me incorporo y volteo a mirarlo.

—¿Está todo bien? —le pregunto.

—Sí —medio sonríe—. ¿Por qué te vas? —refunfuña.

Vuelvo a mi lugar de antes.

Mi mente vaga mientras su mano abre y cierra sobre mi cabeza, dando un masaje sumamente placentero que me hace cerrar los ojos y soltar mi cuerpo.

Esa acción me ayuda mucho cuando estoy estresada.

—Estoy nerviosa por esta misión —confieso luego de varios minutos en silencio.

—No tienes por qué —dice—. Sabes que todo saldrá bien.

—Estaremos en la boca del lobo, Aedion —suspiro—. No es cualquier gente.

—Nosotros tampoco lo somos.

—Pero ellos tienen ventaja porque es su territorio.

—No saben quiénes somos —dice—. Por eso iremos allá a robar la información que tienen de nosotros —volteo a mirarlo—. Nadie sabe nuestra identidad, Liebe. El día que lo sepan estaremos arruinados porque seremos igual de buscados que nuestros padres.

—No entiendo como hicieron para poner nuestra identidad fuera de esto todos estos años.

—El dinero compra la seguridad —dice.

No me imagino en cuánto habrá salido tener que protegerme a mí y a mis hermanas todos estos años. Si llegasen a descubrir quién soy, seguro también dan con las identidades de mis hermanas y me rehúso a que pase eso.

Termino cerrando los ojos y pasando mi brazo por encima de su torso. Pocos minutos después ambos logramos quedarnos dormidos, y cinco horas después soy la primera en levantarme.

Tomo una ducha tibia para despertar mis sentidos y salgo a la habitación envuelta en mi bata de baño.

La canción Heaven de Finneas se escuchan por las bocinas que hace un par de semanas Aedion me dijo que existían dentro de la habitación, no la reconozco, pero me gusta. Aedion se encuentra con una toalla alrededor de la cintura y al verme sonríe con picardia.

—Ve a bañarte, idiota —le digo y camino hacia el lado contrario de donde el se encuentra.

Camina hacia mí y la respiración se me corta cuando ya lo tengo demasiado cerca. Sus manos se posan alrededor de mi cintura y sus labios rozan los míos.

—¿Un polvo antes de fingir que nos detestamos? —pregunta.

Mantengo mis ojos cerrados y el latido de mi corazón hace eco en mis oídos.

—Pero sí es verdad que te detesto —le digo y, como siempre, parece no molestarle y al contrario, sonríe.

—Eres muy mentirosa, Liebe.

Sus labios impactan con los míos y le sigo el paso. Primero lento, suave y... luego ya un poco más salvaje.

Aedion y yo hemos estado muy cercanos últimamente. Y mentiría si dijera que solo es por el sexo. Ahora hablamos más y parece que hemos logrado comunicarnos de una manera más civilizada. No sé qué ha pasado ni como ocurrió, pero lo que sea que tenemos ha parecido intensificarse estas últimas semanas.

Sigue tiendo el mismo carácter de mierda, y la mayoría del tiempo me estresa, pero ahora parece que nos hemos convertido en amigos, o algo parecido.

—Hueles a bebé —dice, escondiendo su cara en mi cuello.

Respira exageradamente contra mi piel provocándome cosquillas. Me río y lo alejo un poco.

—Es tarde —le recuerdo.

Desde hace días lleva diciéndome que mi aroma es de bebé y que mi piel es tan suave como las pompas de uno.

Realmente no sé qué le ocurre.

—¿Te pones colonia o usas shampoo de bebé para oler así? —lo pregunta tan serio que me hace reír.

—No me he puesto nada.

—Supongo que ya es parte de ti —me acerca a él hasta pegar mi pecho con el suyo.

¿Dónde está el príncipe de la mafia al que tanto le temen todos? Este hombre no es como los demás creen.

Su miembro roza contra mi abdomen y me sonrojo ante el contacto.

—¿Estás caliente, Liebe? —pregunta y muerde mi labio inferior. Asiento con un movimiento de cabeza—. Date vuelta.

Obedezco.

Sus manos desatan el nudo de mi bata y esta cae al suelo. Hace a un lado mi cabello y deposita un camino de besos desde detrás de mi oreja hasta mi hombro, mientras que las yemas de sus dedos rozan mi cintura de manera torturante.

—Esa canción me recuerda a nosotros —susurra contra mi oreja y la piel se me pone de gallina al sentir sus dientes morder mi lóbulo.

Siento mi corazón latir tan rápido que cada latido retumba en mis oídos. Aedion sabe dónde tocar para volverme loca, es como si hubiese creado un mapa y supiera donde están mis puntos débiles.

Me inclina hacia adelante en un movimiento rápido y brusco, luego con sus manos me indica que separe las piernas y eso hago.

Su miembro se posa en mi entrada y de una estocada me penetra. Su mano se enreda en mi cabello y gimo cada vez que da una embestida.

He estado tomando pastillas anticonceptivas y hasta ahora no he fallado ninguno de estos días. Muy pronto me llegará el periodo.

—Estás muy mojada, amor —gruñe y baja la velocidad de sus movimientos—. Tus fluidos están escurriendo.

Su mano libre soba mi trasero en círculos y un segundo después lo golpea con fuerza.

Debo ser muy masoquista para que me guste que sea así de rudo.

—Más —pido.

Una segunda nalgada hace eco en la habitación.

—¿Te gusta, bruja? —empieza a moverse rápido, enterrando sus dedos en mis caderas.

—¡Sí! —gimo alto.

—¿Qué tanto me detestas? —pregunta.

—Sabes lo mucho que no te soporto —le digo—. ¡Dios, sigue así!...

—¿Quién es mi chica?

Dios... cómo me prende que me diga así.

—Yo... —gimo.

—*Du gehörst nur mir*, liebe.

(Solo eres mía, amor).

Las palabras se me atascan en la garganta, pero sé que él entiende. Me embiste con fuerza, una y otra vez, hasta que finalmente se retira. Me toma de la cintura, me guía suavemente hacia la cama y me coloca a cuatro para sentir más placer. Siento su aliento en mi cuello mientras me penetra profundamente. Un gemido escapa de mis labios al sentirlo tan dentro de mí. Mi cuerpo se estremece y una ola de calor me inunda.

Entra y vuelve a salir al ritmo perfecto y cierro los ojos dejándome llevar por la exquisita sensación.

No sé si me he vuelto una ninfómana, pero siempre quiero tener sexo con él, no me canso y tampoco me ha importando el lugar.

Siento cómo mis paredes se aprietan, cada contracción más intensa que la anterior. Un zumbido invade mis oídos, acallando todos los demás sonidos. Con cada embestida, la sensación crece, se expande, hasta que estalla en un orgasmo que me deja sin aliento. Aedion se libera dentro de mí, su semilla caliente se mezcla con mi esencia. Un líquido cálido comienza a brotar, una fuente de placer que se prolonga por segundos.

Los gruñidos de Aedion son como música para mis oídos y me dan ganas de pedirle más, pero la llamada que ha entrado a su celular me dice que ya no tenemos tiempo.

Camino junto a Amelia por el pasillo de la entrada a la unidad. Paty, la administradora de la unidad, se encuentra frente a nosotras guiándonos hasta la sala donde encontraremos los productos de limpieza.

—¿Son de aquí? —pregunta.

Durante todo el rato no ha dejado de hacernos preguntas.

—Soy de Manhattan —respondo yo.

—Yo soy de Italia, pero me crié en Manhattan —responde Amelia.

—¿Son hermanas? —pregunta.

—No —respondemos al unísono.

—Somos mejores amigas —le digo.

—¿Viven por aquí cerca?

Se detiene ante a una puerta que se ubica frente a un salón lleno de escritorios y de personas monitoreando en sus computadoras. La pared es de vidrio, así que podemos ver todo desde nuestra posición.

—Estamos viviendo con nuestros novios —responde Amelia—. Pero ya sabe, tenemos que ayudar con la renta.

Paty nos da una mirada de arriba a abajo y abre la puerta.

—Aquí es la bodega donde se guardan los jabones, escobas, y todas esas cosas —suspira—. Entrarán a las ocho de la mañana y saldrán a las cinco de la tarde. Tendrán sus debidos descansos, pero estoy segura de que al terminar de limpiar todas las áreas del edificio lo que seguirá después solo será repasar algunas áreas.

—Bien —dice Amelia—. Le avisaremos si necesitamos algo.

—Su próximo descanso es a las once de la mañana —suspira—. Les recomiendo comenzar por este piso o igual pueden separarse.

—Ok —le digo, con esperanzas de que ya se largue.

—Si necesitan algo avísenme, su radio solo servirá para comunicarse con el mío.

Dicho esto, se va y nos deja solas en la bodega.

—Si quieres puedo empezar por el piso de abajo —le digo.

—Bien —dice ella—. Te veo en la entrada de la planta baja a la hora del almuerzo.

Sonrío.

—Claro.

Mi uniforme consiste en una falda verde plisada que llega arriba de la rodilla, una camisa blanca, abotonada y de manga corta con el escudo de la interpol y detalles en verde alrededor de los botones.

Llego a la planta baja como puedo y empiezo a hacer los quehaceres.

Aedion dijo que los primeros tres días íbamos a estar siendo observados, entonces tenemos que actuar normal. La interpol no es alguien que se confíe, están alerta en todo momento.

No sé cuanto tiempo dure esto, pero espero que sea poco.

Miro mi reloj luego de un rato y aún falta una hora para el almuerzo. Estoy a punto de entrar en una de las puertas del pasillo cuando alguien la abre primero y choca contra mí. La escoba se me cae al piso al igual que algunos trapos.

Con trabajo pude traer todo esto hasta aquí...

—Lo siento muchísimo —me disculpo de inmediato y me agacho a recoger las cosas.

—Qué torpe soy —dice el hombre—. Discúlpame tú a mí.

Me da la mano para ayudarme a levantar y la acepto.

—No me fijé, en verdad lo siento —digo nuevamente.

Quien esta frente a mí no aparenta ser un hombre adulto. Tiene el cabello rubio, ojos azules y su tez es blanca. Es muy lindo y tiene pinta de niño bueno.

—Soy Cole —dice con una sonrisa—. Cole Edwards, especialista en cíber-crimen.

—Marjorie Riggs —me presento—. La chica de limpieza —sonrío cabizbaja.

Sería bueno ir haciendo amigos, así sospecharían menos de mí. «Tendría que ser más cuidadosa», pero igual traería más cosas buenas que malas.

—¿Qué no es tu hora libre? —pregunta.

—Es dentro de una hora —respondo—. Termino de limpiar esta sala y pienso irme a encontrar con mi amiga para ir a comer algo.

—¡Oh!, no te había visto antes —dice—. ¿Eres nueva?

—Sí —medio sonrío—. Es mi primer día y creo que ya lo he arruinado...

—No digas eso, solo fue un accidente. Además, yo lo ocasioné, ¿estás bien?

Me resulta demasiado tierno, ni siquiera siento aquella vibra de que me esté coqueteando. Parece que solo esta tratando de ser amable y eso me agrada.

—Bien... —termino cediendo.

—Gusto en conocerte, Marjorie —dice, pasando por mi lado.

—El gusto es mío —le digo.

Me sonríe por última vez antes de entrar a un salón como el que se encuentra frente a la bodega. Lo veo acercarse a hablar con una señora vestida de traje y me quedo por un momento observándolo detalladamente.

Me ha caído bien.

Regreso a lo mío y me pongo a limpiar la sala. Esto de ser la de limpieza no es fácil. No minimizo el trabajo de los demás, pero yo creía que era sencillo, que solo era limpiar y listo. Pero no. Tienes que exprimir los trapos, mezclar jabones y mover muebles, entre otras cosas, para que todo esté limpio.

Valoraré aún más este trabajo por todo el esfuerzo que le he puesto.

Al llegar la hora del almuerzo me voy con Amelia a una cafetería que queda a dos calles, pedimos un café y algunas tostadas.

Romper la dieta este día valdrá la pena. Tengo hambre como nunca en mi vida.

Lucian nos dio un pequeño aparato que tiene la pinta de ser un polvo translúcido, pero que es como un celular. Lo usaremos para despistar y mandarnos mensajes importantes.

Estoy a punto de sacarlo cuando veo que el hombre que venia detrás de nosotras se detiene en la entrada de la cafetería y empieza a hablar por teléfono.

Lo observo disimuladamente y cuando entra se va directo a la barra, a unos cuantos bancos de nosotras. Puedo asegurar que se trata de alguien de la Interpol.

Deben de estar tan siscados como para mandar a alguien a vigilar a las de limpieza.

Amelia también se da cuenta y terminamos por hablar de chismes, como si no nos diéramos cuenta de que nos han seguido.

Regresamos a la instalación cuarenta minutos después y volvemos a separaranos para limpiar. Son 4 pisos enormes y con un montón de oficinas.

Durante el día me encuentro un par de veces con Cole, pero tan solo nos sonreímos.

Al finalizar el trabajo vamos a entregar nuestra tarjeta de salida, aquella que tenemos que pasar por una pequeña máquina cada mañana y cada noche para que así cuenten nuestra

asistencia.

Caminamos frente a los bares y cafeterias. Las calles están iluminadas y no parece ser un sitio peligroso.

—¿Qué te parece Lucian? —me pregunta.

Su brazo está entrelazado con el mío.

—Es agradable —respondo.

—¿Pero lo ves como un buen chico? —freno y la miro con una sonrisa—. No me mires así, Ann.

Volvemos a caminar.

—Lo importante es si tú lo consideras como un buen chico.

—Hace unos días lo ayudé a limpiar un par de armas —me cuenta—. Y en verdad no sé cómo pasó —sonríe—, pero terminamos dándonos un beso.

Sonrío con emoción y ella se ríe de mi expresión.

—¡Uuuuh! —canturreo y la veo sonrojarse—. Es una buena noticia.

—¿Lo es? —hace una mueca.

Mi sonrisa se desvanece.

—¿Qué pasa?

—Me siento mal por estar con otro chico cuando voy acabando algo con alguien —responde.

—No tienes que guardar un luto —le digo—, no es obligatorio.

—Siento que me veo mal no guardando un luto.

—Lia, te rompieron el corazón, es válido si quieres ir a besarte o a acostarte con otros hombres. Igual si quieres guardar luto también está bien, pero siempre y cuando lo hagas por ti y no porque pienses que te vas a ver mal si no lo haces.

Deja salir un suspiro y entramos al edificio donde nos hemos instalado.

Hemos rentado dos departamentos. Uno será donde estaremos durmiendo y el otro Aedion lo ha sacado a nombre de un desconocido. Es donde tenemos las armas y varios equipamientos guardados. En ese piso y en las escaleras que dan hacia él, Maya ha logrado hackear las cámaras por si cualquier cosa.

—Lucian es un buen chico, estoy segura de eso —dice a mitad de la escalera—. ¿Crees que debería intentarlo?

—Depende de cómo te sientas.

—¿Tú lo harías estando en mi lugar?

—Somos muy diferentes en el carácter, Lia —le digo—. Pero en tu caso yo sí lo haría. Suena mal pero ahorita tu ex ya está con otra, y él no siente feo —suelto un suspiro—. Tampoco está bien que estés con otros solo porque él está haciendo lo mismo, así que tienes que pensártelo bien.

—Bien.

—Tómate tu tiempo y seguro Lucian lo comprenderá —asiente con la cabeza levemente.

Llegamos al departamento y abrimos la puerta, entramos y nos encontramos con los chicos mirando el fútbol en la televisión.

Nos acercamos a ellos y nos sentamos en el sofá vacío.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta Raymond.

—Horrible —respondo yo.

Aedion medio sonríe y me doy cuenta de que está limpiando una de sus armas.

—Estuvieron vigilándonos justo como dijiste —le dice Amelia al espécimen—. Nos siguieron a la hora del almuerzo.

—Seguro también las siguieron hasta aquí —dice Aedion—. Son muy desconfiados.

—Ya me di cuenta —digo yo.

—¿Que hicieron aparte de limpiar? —pregunta Ray.

Lucian esta poniendo atención, y a diferencia de Amelia, no parece estar tan incómodo ante la presencia de la rubia.

—Recorrimos todos los pisos —cuento—. Inspeccioné el tercer y cuarto piso.

—Yo estuve viendo el primero y el segundo —habla Amelia.

—Hay una sala en el cuarto piso a la que no me han dejado entrar, pero tengo una idea para averiguar eso —digo.

—¿Qué? —pregunta Lucian.

—Creo que he hecho un amigo —les digo.

—¿Crees? —pregunta Aedion y empieza a unir las piezas de su arma.

—Bueno, he cruzado palabras con un chico —les cuento—. Su nombre es Cole Edwards, parece amigable y creo que puedo empezar a hacerme amiga suya.

—¿Cómo lo conociste? —pregunta Amelia confundida de que no le haya contado esa parte de mi día.

—Tropecé con él cuando iba a entrar a una de las salas. Me dijo su nombre, yo le dije el mío y empezó a preguntarme si era nueva —cuento—. No parecía querer interrogarme por alguna razón específica, creo que solo trataba de ser amable.

Aedion me fulmina con la mirada.

—Vas a tener que sacar información —dice él—. ¿Sabes en qué se especializa?

—Cíber-crimen —respondo—. Lo observé y pude ver que entraba a las salas que él quería, no le decían nada a diferencia de a algunos otros.

—Un cerebrito en la tecnología —dice Lucian.

—Mañana entrarán Lucian y Raymond —dice el espécimen—. Yo entraré al día siguiente, pero si mañana pueden tomar alguna foto de aquel chico sería mucho mejor.

—Trataré de ver qué puedo hacer.

—Iré a cambiarme y luego regreso a dibujar el plano —les digo poniéndome de pie.

—Iré a hacer lo mismo —me sigue Lia.

Solo hay dos habitaciones y una de ellas es la que comparto con Lia. Amelia se va al baño de nosotras y yo me voy al baño de la habitación de los chicos.

Me duelen las rodillas y la espalda. Nunca me había esforzado tanto haciendo labores de limpieza. Mañana seguramente me dolerá todo el cuerpo y todo será todavía más pesado.

Entro a la regadera y dejo que el agua caliente me relaje por entero.

Saliendo de aquí iré a escribir el nombre de cada una de las oficinas sobre el plano de la instalación. Pero luego iré a dormir.

Mis nervios aún no disminuyen y lo único que he estado haciendo desde que me subí al avión ha sido rezar para que nada salga mal.

Esperemos que vaya a servir de algo.

CAPÍTULO 39

Irlandés

Angeline

Paso el trapo sobre uno de los estantes que se encuentra lleno de libros. Es increíble que hace dos días fue cuando limpié esta zona y ahora venga a encontrármela con polvo.

Creí que estos últimos dos días se me harían más fáciles. Se supone que como ya había limpiado algunas cosas el día anterior ahora limpiaría menos, pero los señores de la Interpol me la ponen difícil.

La nariz no deja de picarme y mis ojos no paran de lagrimear como si tuviera gripe, pero claramente es mi alergia al maldito polvo.

Hacer la limpieza me tiene mal.

La puerta de la habitación se abre y aparece Amelia.

—¡Aquí estás! —exclama—. Te busqué por todo el piso.

—No he acabado.

—Te ves mal —dice—. Toma tu medicamento para la alergia.

—Me he olvidado de comprarlo —le digo—. No importa, dime qué pasa.

—Ya he acabado con los quehaceres y Paty prácticamente me dijo que me fuera —se ríe—. Te espero abajo para irnos juntas.

—No, mejor ve a hacer tus cosas. —Mete la mano a su bolso y saca un rollo de papel de baño —. Termino y te alcanzo.

Tomo un poco de papel y me limpio la nariz. «Odio que mé de alergia.»

—¿Segura? —asiento—. Bien, entonces te veo en el departamento.

Me entrega el rollo de papel y se va. Regreso a mi trabajo y luego de un par de pasadas más siento que he terminado con el estante. Miro la habitación y me doy cuenta de que me falta limpiar un mueble que está frente a la puerta. En las puertas inferiores se nota que hay algo de polvo, así que me pongo de rodillas y empiezo a limpiar aquel lugar.

Esta es una de las habitaciones que se usan como bodega. Hay libros de todo tipo y escritorios vacíos, pero Paty fue muy clara al indicar que las habitaciones y oficinas deben estar limpias o de lo contrario, me despedirían.

Entro un poco más al mueble y tengo que estirarme para alcanzar a limpiar la última esquina. «Llegando me daré la ducha más larga de todas».

Escucho la puerta abrirse y luego la presencia de alguien que entra.

—Te dije que te fueras, estoy a punto de acabar —le digo a Amelia saliendo de aquel espacio.

Cuando me doy la vuelta me quedo atónita al ver que no se trata de la rubia, sino de un hombre alto, de cabellos rubios y barba de aproximadamente cuatro días.

—Lo siento —habla.

Su voz es varonil y ronca.

—Pase. —Me pongo de pie y me sacudo el uniforme—. Creí que era una amiga, lo siento.

Sus ojos azules se posan sobre mí y una media sonrisa se le forma en el rostro.

Debo admitir que es un hombre muy atractivo.

—No te preocupes, solo vengo a buscar un libro. —Pasa por mi lado y empieza a buscar en la estantería—. Eres de las nuevas, ¿cierto?

—Sí.

—Lamento interrumpir tu trabajo.

—Ya estaba por acabar —le digo y me acerco a limpiar otro de los muebles.

—¿Eres de por aquí? —pregunta.

—Acabo de mudarme con mi amiga —le cuento—. Solíamos vivir en Manhattan.

—Así que eres neoyorquina —dice—. Hubiese apostado a que eras griega.

—Lo tomaré como un cumplido —sonrío.

—Tus facciones son muy finas —comenta.

—Gracias.

Empieza a hojear uno de los libros.

—Soy Elijah.

Su nombre aumenta puntos. «Sí queda con él».

—Marjorie —me presento—. Pero puedes decirme Mar.

—Suelo llevarme bien con las chicas de limpieza, así que cualquier cosa que necesites no dudes en pedírmelo.

—Lo tendré en mente.

Camina hasta la salida con el libro en mano.

—Nos vemos luego, griega.

Suelto una risa por lo bajo y no digo más.

Bueno, muy lindo y todo, pero se nota que es alguien importante. Será mejor investigar quién es y si es alguien que puede ayudarme, tendré que sacar mi lado atrevido y aventarme a ver qué puedo hacer.

Termino de limpiar y voy a por mis cosas. Una vez con mi bolso en mano, salgo de la bodega y tropiezo con un cuerpo, haciéndome tambalear.

Siempre tengo que ser yo la que debe pasar estas vergüenzas.

—Lo siento —hablo mientras me sostengo en sus brazos.

—Vaya forma de encontrarnos —dice Cole sonriente.

—Siempre soy muy despistada —le sonrío de la misma manera.

—No pasa nada —le resta importancia.

Miro a su espalda y veo que Aedion pasa junto a dos hombres más. El tatuado me ve un instante y luego le da una mirada de desdén a Cole.

Me vuelvo a concentrar en el rubio.

—¿Ibas de salida? —me pregunta.

—Así es.

—¿Quieres ir a tomar un café? Yo invito —ofrece.

—Está bien —acepto—. Solo que no tengo ropa para cambiarme aquí.

—Tu atuendo está bien, no te preocupes.

Cierro la bodega y empiezo a caminar hacia la salida con él a mi lado.

—¿En qué calle vives? —pregunta.

—Pitt street —respondo.

—¿Quieres un café o ir por algo de comer? —pregunta cuando salimos de la instalación—. Conozco lugares muy buenos cerca de donde vives. Y no te preocupes que yo invito.

—Un café estaría bien. No me encuentro vestida como para ir a un restaurante y la verdad sí me da algo de vergüenza —admito—. Otro día quizá podamos ir a comer.

Tengo que asegurar una segunda salida. Él podría ser un buen amigo en esta misión.

—Vale, es justo —dice—. ¿Trajiste auto? —pregunta.

—No, no tengo.

—Entonces iremos en el mío.

Se acerca a un Versa último modelo y me abre la puerta del copiloto. Le sonrío con amabilidad y entro.

El aroma fresco del auto me invade la nariz y me acomodo en el asiento mientras él sube a su puesto. Un minuto después arranca y bajo la ventanilla del auto.

—¿Tú eres de aquí? —le pregunto.

—No, soy de Italia, pero me transfirieron aquí.

—¿Por qué? —le pregunto y espero no ser tan indiscreta.

—Los hombres de mi familia son parte del FBI o sirven para los Estados Unidos. Algunos son agentes especiales, otros son militares, guardaespaldas y ese tipo de cosas. —Se encoge de hombros—. Mi tío fue el que me metió a formar parte de la Interpol y desde entonces lo sigo a todas partes. Hace seis meses que me mudé aquí con él y claro que no dejé pasar la gran oportunidad.

—Qué interesante —sonrío—. No hay muchas familias que se dediquen a lo mismo. Es como una tradición, ¿no?

—Algo así.

—¿En que puesto estás? —Miro por la ventana—. Debo parecer loca preguntándote estas cosas, pero soy muy curiosa.

—Soy el chico de electrónica —responde mirando a la carretera—. Tengo maestría en informática y en criminología, pero casi siempre ocupo más mis conocimientos técnicos.

—La criminología suena interesante —comento.

—¿Tú no estás estudiando? —pregunta.

«Mierda, piensa en algo...»

—Solo he terminado mi bachillerato —hago una mueca—. Aunque siempre quise estudiar para ser psiquiatra.

—¿Qué te impide estudiar? Claro, sino te molesta que pregunte.

—Para nada —le digo—. Es que hace unos años tuve problemas con mi familia y tuve que salirme de casa.

—¡Oh!, lo lamento...

Hago mi cara más triste.

—No hay nada que lamentar —sonrío—. Pasó hace mucho.

—Así que... ¿vives sola? —vuelve a preguntar.

—Con mi mejor amiga Amanda, de hecho, ella está trabajando conmigo.

—¿Es la chica rubia? —asiento.

—Me da gusto que su apoyo sea mutuo —se estaciona en una esquina.

Ambos bajamos y nos adentramos a la cafetería «Good Coffee». El aroma a cafeína no tarda en inundar mis fosas nasales y la piel se me pone de gallina.

Siempre he amado el olor a café.

—Ve a la mesa —dice—. ¿Qué te pido?

—Un irlandés estaría bien —me sonríe y empiezo a buscar mi cartera en mi bolso, pero me lo impide.

—Déjalo, esta vez invito yo.

No digo nada, solo le sonrío y me voy hacia una de las mesas vacías que está en una esquina.

Empiezo a revisar mi Instagram desde mi teléfono. Es la primera vez que lo traigo al trabajo, todas las notificaciones las he silenciado para ser discreta. Hemos hecho algunas pruebas para saber si todavía nos está investigando la gente de la Interpol, pero no, hemos pasado todas las

pruebas. Incluso Raymond, Aedion y Lucian.

Aedion es quien ha adoptado uno de los mejores papeles. Se ha hecho pasar por un agente de intercambio llamado Sebastián Zimmerman, está a la altura de los demás en la institución y nadie ha tenido que investigarlo.

Raymond está haciéndola de chofer del agente Eduardo Carolina. Uno de los mejores agentes del comando. Y Lucian por ser un cerebrito trabajara en la sala de bioquímico.

Todos nuestros puestos conectan con diferentes zonas en el comando para así investigar más rápido. Amelia y yo estamos conectadas con las oficinas, podemos entrar y tocar toda clase de cosas con la excusa de «ordenar».

Raymond puede escuchar las conversaciones de Eduardo, mirar a dónde va, con quién se relaciona y además puede interactuar con los otros choferes para hablar sobre los chismes de sus jefes.

Lucian trabaja en los laboratorios junto a una de las salas a las que no entra cualquiera, donde sospechamos que tienen ocultos los expedientes, y su trabajo será espiar y buscar la forma de conseguir la clave o entrar.

Y Aedion es quien puede moverse por todos lados como si fuese su terreno de siempre. Él se encargará de hablar con los oficiales e investigar más a fondo todo.

—Aquí está... —dice Cole, llegando a la mesa y poniendo el café ante mí—. Un irlandés.

—Gracias.

Toma asiento frente a mí y pone en la mesa una canasta con pastelillos. Tomo uno de chocolate y empiezo a quitarle el papel.

—Adoro estos —comento.

—Pues mis favoritos son los de pan de vainilla.

—¿No te gusta el chocolate?

—La verdad es que no mucho.

—Dios... no puedo creerlo —sonrío.

—Sí... suelen decirme eso muy seguido —dice sonriente.

Le quita el papel a uno de vainilla y crema.

—Hay unos que son rellenos de crema de zanahoria, ¿los has probado?

—No.

—Pues lo harás muy pronto, Cole Edwards —le digo—. Soy una excelente repostera cuando se trata de pastelillos.

—Entonces estaré encantado de probarlos.

Narrador Anónimo.

Abro la puerta de mi oficina y camino hacia el escritorio. Kenzie entra detrás de mi echando humo por las orejas y al sentarme se me planta enfrente con las manos en las caderas.

—Lo has visto, ¿cierto? —pregunta.

—No sé de que me estás hablando —miento.

—Viste a Aedion, ¿no es así?

—No sé de dónde sacas tal tontería, Kenzie.

Zapatea duro contra el piso y bufa.

—¡Lo sabía! —exclama, pasándose las manos por el pelo—. ¿¡Cómo no has podido acabar con él!? —grita.

—Ve a gritar a tu casa que yo no estoy para aguantar estos desplantes.

—Él me ha hecho mucho daño... —empieza a llorar y pongo los ojos en blanco—. Sabes todo

lo que he pasado por su culpa, así que no te atrevas a callarme.

—Todas esas cosas pasaron porque tú lo permitiste —digo simple.

—¿Cómo puedes decir esas cosas? —llora—. Tú también lo odias. ¿Por qué no haces algo al respecto?

—Porque lo necesito para mantener a mi mujer cerca de mí.

—¡Yo soy tu maldita mujer! —me grita y azota las manos contra el escritorio.

Me pongo de pie, la agarro del cabello con fuerza y la acerco a mí hasta tener su cara a tan solo centímetros.

—Bájale a tu carácter de mierda —gruño—. Nunca serás mi mujer, no importa cuantas operaciones te hagas, no importa de qué color tengas el cabello o cuánto ejercicio hagas. Nunca te parecerás a ella —la aviento contra la puerta.

Sus ojos me miran con tristeza, pero me doy la media vuelta para volver a mi lugar. Ella sale disparada de aquí y a su vez entra Abby.

—¿Qué le pasa? —se queja, mirando por donde se fue la pelinegra.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Vengo por la paga que me debes.

Pongo los ojos en blanco.

—Empiezas a cansarme, Abigail.

—Te recuerdo que fui yo la que fue a Grecia a meterme a la boca del lobo.

—Fue tu decisión.

—Aedion Lorcan casi me vuela la cabeza.

Abigail solía ser una buena periodista, lástima que Aedion la hundiera. Aunque, bueno, su odio hacia él la hizo crecer de alguna manera. Su sed de venganza es lo que la hace ser más inteligente a la hora de hacer un plan y llevarlo a la práctica.

—Fuiste tú la que lo echó todo a perder. —Me encojo de hombros—. Descubrieron tu estúpida cámara.

—Todo por sacarle fotos a la maldita princesa de la mafia azul —dice entre dientes, mirándome de mala manera—. Esas fotos tú las querías, te lo vuelvo a recordar.

—Sí, y gracias por eso —suspiro—. Te haré llegar tu paga esta tarde.

—Bien —dice tajante—. Kiyoshi está muerto y su padre no deja de insistir en hablar contigo.

—Por lo menos el niño sirvió de algo —me río.

—Eres un monstruo.

—Hay que ser sinceros, Abigail. —Cruzo mis manos por encima del escritorio y la miro con una media sonrisa—. Kiyoshi solo era un hombre que pensaba con la cabeza del miembro. No servía de ayuda en ninguna misión. Solo lo necesitábamos para encubrirnos y por supuesto, para tener a los Yakuza de nuestro lado.

—Te has metido en problemas con los Yakuza —me acusa—. Entre las piernas venimos nosotros también, pero por supuesto que a ti no te importa nada de eso.

—Todos se arriesgan estando dentro de esto, no es mi maldita culpa que esperen que otros den la cara por ustedes.

—Eres un egoísta.

Sonrío con cinismo.

—¿Es un leggin nuevo? —Le miro las piernas—. Se te ve bastante bien.

—Solo te digo que su hermano Kaori y su padre dijeron que irían tras la princesita.

Me mira mal y se da la media vuelta para luego salir de ahí.

«Estas mujeres ya no saben que hacer para joderme la vida».

Miro la foto de la chica de cabello negro, blusa corta y cara angelical.

Dios...

Anastasia era una belleza, lástima que nunca supo valorar todo lo que hice por ella.

Pero Angeline es la mujer perfecta, incluso más que su propia madre. Ahora entiendo que la chica es como un regalo para mí por todo lo que su madre no supo apreciar.

Angeline.

—Entonces te gustan mucho los animalitos... pero no las arañas —dice Cole.

—Ajam —asiento.

Me recargo frente a la puerta del edificio.

—Te sorprenderá saber que tengo una de mascota. —Abro mucho los ojos.

—¿Qué? No es cierto...

—Sí —sonríe—. Tú me harás esos pastelillos de zanahoria y yo me los comeré, pero a cambio, conocerás a Merlín.

—¿Tiene nombre y todo? —me burlo.

—Y hasta una casita.

—Debe ser muy afortunado —sonrío.

—De hecho, es afortunada —me corrige.

Sonrío y él me sonríe de la misma manera.

Hemos pasado las últimas horas conversando mientras caminamos por las calles. Hay algo en Cole que me recuerda mucho a Efraín. Quizá en su manera de mirarme o en su forma tan amable de ser conmigo, eso me ha agradado mucho de Cole.

—Bueno, debo confesar que no estaré ansiosa de conocerla.

—Te avisaré en estos días cuándo será que podrás verla —dice.

—Bien —acepto—. Gracias por el café.

—Gracias a ti por aceptar. —Me da un beso en la mejilla—. Espero podamos ser buenos amigos, no tengo muchos en el trabajo. —Se rasca la nuca con cierta vergüenza.

—Ya somos amigos, Cole, despreocúpate —le resto importancia.

—Descansa, chica. —Sonríe a boca cerrada.

—Adiós. —Lo miro alejarse.

Entro en el edificio y subo las escaleras mientras saco mi celular y le envío un mensaje a Efraín para saber cómo van las cosas.

Estar con Cole me hizo extrañar a mi amigo.

Entro al departamento y veo a Amelia con llaves en mano y su chaqueta en el brazo.

—¿Dónde estabas, mujer?, estaba bastante preocupada por ti —me reclama.

Miro a sus espaldas y veo a Aedion sentado en el sofá mirando la televisión.

—Salí a tomar un café con Cole, el chico del cíber-crimen —le respondo—. No podía avisarte enfrente de él.

—Aedion dijo que te vio subir con él, pero no sabía de ti, estaba preocupada —dice.

—Estoy sana y salva.

—Bien... iré por algo de cenar —dice—. Hay cosas en el refri, pero no quiero hacer nada, las manos me arden.

—Puedo hacer... —me ofrezco, pero me interrumpe.

—No, ve a darte una ducha, debes estar muy cansada —dice—. Te mandaré mensaje en cuanto llegue al primer restaurante para saber qué traerte.

Camina hasta mí y me da un beso en la frente, le sonrío en respuesta y luego se va cerrando la puerta.

—¿Y los chicos? —le pregunto al espécimen.

Me acerco a él y dejo mi bolso junto al sofá.

—Aún no llegan —responde tajante.

Voy hasta mi habitación y saco mi pijama para luego irme a dar una ducha que solo dura 10 minutos porque no quiero estar un segundo más de pie.

Salgo de la habitación ya vestida y me acerco al tatuado, el cual sigue en el mismo lugar que antes.

—¿A qué hora llegaste? —le pregunto.

—Salí a la misma hora que tú cuando te marchaste con tu amigo.

Noto que su tono tiene cierto toque ariscado y lo miro con el ceño fruncido.

—¿Cómo que «tu amigo»? —sonrío.

—Lo es, ¿o no? —ni siquiera voltea a mirarme.

—¿Estás celoso, Aedion? —le pregunto directamente.

Voltea a mirarme, con sus ojos grises y su mirada gélida.

—Sí, Angeline —responde, sorprendiéndome—. Estoy muy celoso y también muy furioso contigo por hacerme pasar estas cosas —dice—. Y no sé cómo manejar esto porque en mi vida había sentido algo parecido, Liebe.

Guardo silencio, sin saber qué decir de vuelta.

No me esperaba una respuesta así.

—Aedion, es muy difícil que un chico logre superarte —digo sinceramente—. Cole es el enemigo. Es amigable y muy amable, pero nunca podría meterme con él porque, en primera, es el enemigo, y en segunda, no es mi tipo.

—No debería preocuparme por él.

—Exacto —afirmo.

—Pero lo hago —dice—. No me gusta que otros se sientan con el derecho de pretenderte.

—Hasta donde yo sé, tú no eres algo oficial en mi vida.

—Soy tu amante oficial —dice y me hace sonreír.

—Eras mi amante, ya no porque ya no tengo novio, Aedion.

—Entonces soy tu único polvo oficial —eso sí me hace reír.

Sus manos halan las mías y me hacen subir a su regazo.

—¿Y yo? —le reclamo.

—¿Tú, qué?

—¿Qué hay si alguna vez yo me siento celosa? —me cruzo de brazos.

—Ya te has puesto así, Liebe —dice y acaricia mi cintura con sus dedos.

—Según tú —bromeo—. ¿Qué has hecho al respecto? —pregunto, dispuesta a que responda y deje de lado el tema de que en ocasiones me he puesto celosa.

—La maté —responde simple.

Debo ser una loca para que eso me cause gracia.

«Te causa risa porque sabes que habla de Andrea».

—¿Qué insinúas? ¿Que yo asesine a Cole?

—Puede ser.

—Estás loco —sus manos me pegan más a él.

—Loco por ti, Liebe.

—Eso sonó muy cliché —bromeo—. Pero te queda.

—Deja de ser tan egocéntrica.

—¡Pero si tú lo has dicho! —exclamo.

Su nariz roza la mía formando un besito de esquimal y no puedo evitar sonreír dulcemente y cerrar los ojos por instinto.

Estar con Aedion se ha vuelto de las cosas que más amo hacer.

—¿Quieres cenar algo, espécimen? —le digo aún con los ojos cerrados.

—Sí —responde—, pero esta vez cocino yo.

Estampa su boca con la mía, dándome uno de esos besos rápidos a los que se les llama "piquitos" y me aparta de su regazo para ponerse de pie.

Camino con él hacia la cocina y me siento frente a la barra mientras él empieza a buscar los ingredientes.

Saca un plato con alitas de pollo crudas pero bañadas en salsa.

El estómago me ruge y hago un puchero.

—Últimamente me ha dado por cenar mucho en las noches —le cuento—. Creo que los nervios de la misión me están afectando.

—No es malo comer —dice.

—No, pero es malo tener que cenar dos o tres veces.

—A mi parecer sigue siendo algo no malo. —Pone a calentar el aceite—. ¿Cuántas vas a querer? —pregunta, refiriéndose a las alitas.

—Cinco. —Asiente y empieza a freírlas—. No sabía que cocinabas.

—Estoy lleno de sorpresas, Liebe, ya deberías saber eso.

—Lo sé. —Me mira por encima de su hombro y sonríe.

Aedion es un hombre tan inusitado que hay veces en las que me deja sin palabras. Desde que él apareció ha hecho un torbellino de mis sentimientos y emociones, los cuales destruyen todo a su paso y no me dejan más opción que amar cada parte de la persona que es el espécimen.

Es el hombre con más problemas mentales que conozco, el más loco y también a veces el más estúpido conmigo. No me gusta justificar nada de lo malo que ha hecho, pero he mirado que tiene más cosas buenas que malas, y eso es una razón que me dice que está bien quererlo.

Y, sinceramente, aunque fuera el asesino más despiadado de todos, estoy segura de que lo amaría. Porque lo único que me importaría es como me trata.

Tal vez estoy mal, quizá no es lo correcto, y me ha costado bastante tener que admitírmelo a mí misma. Pero la verdad es que me enamoré de Aedion, o al menos sé que lo estoy haciendo cada día que paso con él.

No estaba segura porque creí que en unos días el tratarme bien se le pasaría, pero ya han pasado semanas e incluso cada día me trata mejor y se porta conmigo como nunca lo he visto con nadie más.

Cuesta creerlo, pero sé que Aedion no es como todos dicen, algo en él lo hace mantener una especie de armadura que lo pone en estado de alerta cada vez que alguien se acerca o quiere entrar en su vida. Por eso es una persona desconfiada y malhumorada.

Cada día que pasa se va abriendo más a mí y he podido ver algunas de sus tantas facetas. Sé que es alguien grosero, engreído y malhumorado, eso es parte de él y de su esencia, pero también es tierno, juguetón y muy dócil cuando se lo propone.

—¿Por qué te quedas callada, Liebe? —pregunta sin mirarme—. ¿Qué tanto estás pensando?

La impulsividad amenaza por apoderarse de mi cuerpo.

«Te amo» quiero decirle.

Sonrío.

—En nada.

CAPÍTULO 40

Pastelillos .

Aedion.

Camino por el estrecho pasillo de paredes de piedra. Del techo gotea agua, agua que cae de las tuberías que se encuentran bajo el suelo de la iglesia.

Mis pasos retumban en mis oídos cada vez que avanzo y tan solo el encendedor que llevo es lo que me deja ver por aquel oscuro pasadizo.

Las manos me sudan al igual que la frente, la desesperación me mantiene alerta, pero a la vez me ensordece y me hace estar a punto de perder el control.

«Debo salvarla...» me digo una y otra vez, pero cada segundo que pasa me lleno de ideas negativas.

Estoy seguro que no llegaré a tiempo.

Tengo ganas de echarme a llorar como un cobarde, pero el deseo de salvar a mi hermano y a...

—¡Heinz! —escucho el grito de Camila—. ¡No hagas esto, te lo pido! —chilla.

Empiezo a correr con la esperanza de llegar y frenar todo.

—¡Hazlo o vamos a acabar muertos! —escucho la voz de mi madre.

Finalmente veo la puerta al final del túnel y la abro sin pensármelo dos veces.

Me levanto agitado, con el corazón desbocado y el sudor empapando mi ropa de pijama.

La angustia en mi pecho sigue ahí, aferrada, comprimiéndome, con la intención de hacerme llorar.

Mis lágrimas no tardan en salir sin permiso y rápidamente me limpio la cara con las manos.

«No empecemos a hacer esto de nuevo, Aedion», me digo.

Mi mirada la busca en la cama, en el sofá frente a ella o en algún rincón, pero no está.

Me levanto despacio con la intención de no despertar a Lucian y salgo de la habitación para ir a la cocina, pero en me detengo en el pasillo, justo en su puerta.

«Quiero despertarla».

Me pregunto si debería hacerlo o no. Siento la necesidad de verla, de abrazarla por lo menos un segundo, pero al final sigo mi rumbo hacia la cocina.

Las pesadillas se vuelven comunes en esta temporada del año, y por eso la detesto. Ni siquiera tomando algo para dormir logro descansar. Es como si mi cerebro activara una alarma automática que suena sin tregua desde agosto hasta septiembre.

En ocasiones también suelo tenerlas en algunas fechas variables del año, pero es muy rara la vez que llega a pasar eso. Pero lo que nunca falla es que las tenga todos los días del octavo mes.

Saco un vaso y me sirvo un poco de agua.

No creo que pueda llegar a dormir.

—¿No puedes dormir? —me sobresalto al escuchar la voz de Angeline.

Me volteo a mirarla rápidamente y en cuanto mis ojos conectan con ella una sensación de alivio me recorre de pies a cabeza.

Es mágica.

—No —respondo—. Y veo que tú tampoco.

—Tengo una sensación en el pecho que no me ha dejado estar en paz desde hace como una hora.

Se acerca a mí y me arrebata mi vaso con agua para ella darle un sorbo.

Su cabello luce en un moño enmarañado, no lleva ni una sola gota de maquillaje y su pijama consiste en una blusa ancha con lo que parecen ser manchas de cloro.

Su transparencia me gusta demasiado.

—¿Qué te tiene mal, Liebe? —le pregunto.

Se relame los labios y no puedo evitar el endurecimiento de mi miembro.

¿Cómo es que ese simple acto se me hace tan excitante?

—Pronto será mi cumpleaños —dice.

—¿Cuándo es? —le pregunto, aunque yo ya me sé la respuesta.

—Diez de agosto —responde.

Faltan nueve días.

—¿Y es malo cumplir años?

—No —se sube a la barra de la cocina—. Es solo que nunca me he pasado un cumpleaños sin mi familia.

—Bueno, por lo menos será tu primera vez —le digo—. En mis cumpleaños mis padres nunca me hicieron algo, más que mis hermanos.

«Y Camila».

—Pero te hacían fiesta, ¿no?

—Solo me compraban un pastel y apagaban conmigo las velas. —Medio sonrío.

—Pues déjame decirte que el apagar las velas era mi parte favorita de toda la fiesta —sonríe —. Papá me contrataba payasos y toda clase de juegos para el patio, pero lo mejor era que ya casi al final, se reunían alrededor de la mesa para verme soplar las velas y partir el pastel.

La forma en como me lo está contando, el brillo en sus ojos y su sonrisa radiante me contagian y me hacen sonreír a mí también.

—Si alguna vez tengo hijos me gustaría que tuvieran sus fiestas como ellos quisieran —comenta.

—Sí, también yo. —Saco otro vaso y lo lleno de agua—, aunque no quiero tener hijos ahora.

—Pensé que eras del tipo que se negaba a ser padre.

—Soy más del tipo que tuvo una infancia de mierda y que quisiera tener hijos para hacer con ellos lo que no hicieron conmigo.

Se toma de un trago toda el agua del vaso.

—¿Y tú por qué no puedes dormir? —me pregunta.

Me recargo en la barra del lavabo, quedando frente a ella.

Sus pies cuelgan de la encimera y sus muslos se ven incitadores desde mi posición. Desde que la vi por primera vez lo que más me gustó fueron su tipo de cuerpo y su estatura.

La primera vez que la miré, llevaba una ombliguera blanca que dejaba al descubierto su pancita, que en ese entonces no era tan delgada como ahora. Lo que más llamó mi atención fueron sus caderas anchas, sus piernas y esa bonita cara de malhumorada que, hasta la fecha, sigue llevando con la misma naturalidad.

Años atrás, lo único que pasaba por mi mente era la idea de tocar su abdomen. Las chicas con las que me acostaba solían ser muy delgadas, y Angeline no lo era. Pero, precisamente por eso, la curiosidad me consumía. Quería saber cómo se sentiría acostarme con ella, abrazarla y deslizar mis manos sobre esas llantitas que solía tener.

—Tuve un mal sueño —respondo.

—¿Uno de esos sueños de terror? —pregunta, inocente.

Balancea sus pies de adelante hacia atrás como niña pequeña.

Su estatura de 1.65 me incita mucho a querer tomarla.

Estoy consciente de mi estatura de 1.98, pero es que tengo una debilidad por las chicas que miden 1.60 que no sé cómo explicarla.

—Algo así... —Miro mi vaso.

—¿Quieres contarme? —pregunta.

Dudo en si debería hacerlo.

El plan desde un principio era matarla para derrocar a la mafia azul, pero ya ni siquiera estoy seguro de si eso es lo que quiero.

Todo en mi vida se complicó desde que su madre estuvo en la mafia roja, pero ya no sé si vale la pena hacer todo esto.

La familia es para mí la cosa más importante en el mundo, he hecho demasiados sacrificios por ella, aunque nadie me ha apoyado. ¿Vale la pena?, me lo pregunto muy seguido.

Después de lo que me hizo mi madre y lo que le hizo a Heinz y a Camila, ¿en verdad quiero tenerla contenta?...

«A pesar de todo sigue siendo tu madre y tienes que respetarla y seguirla», recuerdo las palabras de mi padre.

Siento que mis ojos se humedecen y suelto un pesado suspiro antes de responderle.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunto sin antes pensarlo.

—Tú dime —responde.

La miro y finjo una media sonrisa.

—Voy a contarte algo que nunca le he dicho a nadie más que a mi padre —empiezo, ella escucha con atención y guarda silencio—. ¿Tienes alguna idea que por qué no hablo sobre mi hermano menor?

—No... —responde.

Finjo sonreír nuevamente para no derrumbarme en llanto.

—Su nombre es Heinz —digo—. El, Killian y yo siempre fuimos muy unidos. El significado de la palabra «hermano» es para cada uno la cosa con más valor en nuestras vidas. Papá nos crió de esa manera y hasta la fecha tengo claro que la familia es lo más importante.

«Yo tenía una prima muy querida, Ann. Todos la tratábamos como una hermana. No sé exactamente qué ocurrió, porque el único que conoce la verdad es mi padre.

Lo que sí sé es que mi madre obligó y chantajeó a Heinz para que matara a Camila. Le dijo que, si no lo hacía, ella misma se quitaría la vida. Tenía solo trece años cuando fue sometido a los retorcidos juegos de mi madre. Desde entonces, nada volvió a ser igual.»

—Aedion, yo... —murmura cabizbaja, pero no la dejo hablar.

—Llegué a tiempo para impedir que ocurriera eso y pude hacer que mi hermano y ella escaparan de esta familia —me trago el nudo que se me ha formado en la garganta—. Para cuando mi tío Dominik llegó, mi madre ya había cambiado los papeles de la historia —sonrío sin ganas—. Ella me culpó de haber entregado a Camila a la mafia de tu padre y aseguró que Heinz y yo discutimos y que lo amenacé para que se fuera.

—Yo... —Empieza a mirar sus dedos, nerviosa—. Siento mucho que haya pasado eso...

—No lo sientas, Liebe. —Me acerco a ella y me meto entre sus piernas—. Pero ahora ya sabes el motivo de mi tormento nocturno.

Pongo mis manos en su cintura y ella pasa sus brazos alrededor de mi cuello.

—Puedo quedarme contigo despierta si es lo que necesitas —dice.

La atraigo hacia mí y escondo mi cara entre su cuello y cara. Mis ojos vuelven a humedecerse tras la sensación de alivio que me recorre en cuanto la pego a mi pecho.

Esta niña se está convirtiendo en mi jodida perdición.

—Mañana es un largo día y necesitas dormir.

—Pero tú también.

—Yo iré pronto —me alejo un poco de ella.

Una media sonrisa aparece en su rostro y algo en mi interior empieza a alterarse.

—Veamos alguna película —dice—. El sofá está ocupado, pero podemos sentarnos aquí y ver algo.

—Terca como me gusta —le doy un beso sonoro en la mejilla.

Ella ríe y se echa hacia atrás.

Le alzo la camisa y meto mi cabeza en ella para luego esconder mi cara entre sus pechos desnudos.

—Sal de ahí, espécimen —dice entre risas.

—Mi nuevo lugar favorito. —Le doy un corto beso en su pezón.

Me saca de ahí y me toma de ambas mejillas para luego depositar un beso en mis labios. Me contagia su sonrisa y me entra la impulsividad de decirle todo lo que siento ahora.

«¿Y que vas a decirle, Aedion? ¿Que la necesitas para estar bien? ¿Que amas su sonrisa? ¿O que la estabas usando para destrozar a sus padres?»

Sus dedos acarician mis mejillas y se queda mirándome a los ojos con la intención de algo, pero no sé de qué. Mis manos en su cintura dejan de acariciarla y me pierdo en el gris de su mirada que ahora más que nunca me resulta cegadora.

Mi liebe tiene los ojos del color de un cielo nublado, de esos colores que están en plena tormenta, y es curioso, ya que el gris puede representar muchas cosas y entre esas la tristeza. Pero su mirada me resulta tan llena de vida que ahora me doy cuenta de que ella tiene la facilidad, el don, o yo qué sé, para hacer de las cosas malas algo bello.

Dicen que el color de ojos más lindo es el azul, pero, para mí, los ojos más lindos son los de ella.

—Aedion, yo... —empieza a decir y se me acelera el corazón como un puto loco.

La puerta de la cocina se abre y aparece un Lucian somnoliento.

—Lamento interrumpir —murmura adormilado.

Me alejo de Angeline y miro mal al castaño.

—No importa —dice ella y se baja de la encimera.

Lucian ignora la escena que vio y camina hacia la encimera para tomar un vaso.

Angeline me toma de la mano al ver que estoy a punto de decirle algo a mi amigo y luego se acerca a decirle algo en el oído a Lucian. Me pongo tenso al ver que él sonríe al escucharla.

—Suerte con ello —habla él.

Salgo de la cocina con Angeline halándome del brazo y me tengo que tragar el puto coraje de maldecir a Lucian.

Entramos a mi habitación y le pone cerrojo en cuanto cerramos la puerta.

—¿Actuaremos como adolescentes a punto de tener sexo en casa de los padres? —bromeo.

Se da la vuelta y estampa su boca con la mía. Cierro los ojos y me quedo esperando el beso salvaje, pero no llega, y en cambio solo deja sus labios unos cuantos segundos y luego los separa.

—Nadie va a tener sexo —dice.

Me pongo tenso y le lanzo una mirada confundida.

—Vienes a encerrarme aquí, ¿para qué? —me quejo.

Se va hacia mi cama y se acuesta, tapándose de paso.

—Oye, no pienso tener relaciones contigo después de lo que me contaste en la cocina —dice

y da unas palmadas al colchón—. Ven a poner tu trasero aquí y deja que te abrace un rato.

Camino hacia ella y me tumbo a su lado.

—Me acuesto, pero no porque tú me lo hayas ordenado.

Me pongo boca arriba y dejo que se acomode en mi pecho.

—Desde hace noches que te busco en mi cama —dice, cariñosa.

Me quedo mirando al techo y se me escapa una sonrisa de los labios cuando escucho los sonidos extraños que hace mientras se acurruca en mi pecho.

Algo en mí ha cambiado desde que esta niña apareció. He hablado mucho sobre esto con Lucian ya que el cabrón me obliga a hacerlo.

Angeline es la mujer más impredecible que he conocido. Estar con ella cada día es un mundo nuevo casi siempre. No sé lo que va a pasar con ella, ya que, si soy sincero, ella es tan difícil como lo soy yo.

De alguna manera me encanta más que cualquier otra mujer. Si la tuviera entre un montón de modelos, actrices porno, o incluso delante de una princesa, la escogería a ella sin dudarlo. ¿Por qué? La respuesta es fácil.

Me gustan sus curvas, sus ojos, su sonrisa, su cabello, su boca y cada parte de su anatomía. Pero lo que realmente me vuelve loco es su inteligencia. Me fascina cómo se derrite en mis brazos cada vez que le rozo la cintura o la envuelvo en un abrazo.

Adoro su risa, su forma de gritarme y soltarme palabrotas que nadie más se atrevería a decirme. Me encanta su actitud vanidosa, esa mirada de malhumor que lanza sin aviso y la forma en que arruga la nariz cuando se enoja. Todo en ella me parece una contradicción perfecta, y quizás por eso no puedo dejar de mirarla.

Ella es inteligente, ingeniosa, valiente, alegre y a la vez malhumorada.

No necesito una modelo, porque su cuerpo y rostro superan la belleza de este mundo. No necesito escoger a una princesa, porque ella prácticamente es una diosa.

No soy estúpido, y realmente lo veía venir, pero me cuesta aceptar en voz alta que es la mujer que quiero. Y no es por ser el crío que no quiere enamorarse, sino que aquí el error es que la persona por la que siento un enorme cariño es la hija del enemigo más grande de mi familia.

Mi madre no ha sido la mejor, eso lo sé, pero a mí me enseñaron a obedecer a mis padres y a seguirlos en cualquier cosa que ordenen. Tengo lealtad por mi familia, y Angeline hace que todo mi sentido común se vuelva un huracán.

Asesinarla ya no está en mis manos, lo he dejado desde hace semanas. Ahora ya no sé qué más hacer con este asunto pero, conociéndome, sé que no falta mucho para que esto termine explotando.

Angeline.

Entro en la cocina a paso apresurado. Amelia está preparándose un emparedado en silencio como todas las mañanas desde que estamos aquí.

Me sirvo una taza grande de café y lleno mi termo de otro poco. Amelia me pasa un emparedado y le doy una mordida.

—Saliendo del trabajo iré a comprar algunas cosas para el departamento, ¿quieres ir conmigo? —me pregunta.

—Claro.

—Bien, apresúrate para que ellos empiecen a apurarse aquí —dice—, iré a arreglar mi bolso.

Asiento y ella sale de la cocina.

Voy hacia el refri y de la cima de este tomo una charola con los pastelillos que prometí

llevarle a Cole. Los abro y tomo el frasco con chispas que compré ayer.

—Me alegra que aún haya pastelillos —dice Aedion, mirándome desde el marco de la entrada —. Creí que ayer se habían acabado.

Una sonrisa se me escapa al verlo y escucharlo.

—¿Estos? Son para el trabajo —le digo.

Se posa detrás de mi y me abraza por la cintura, escondiendo su cara en mi cuello.

—¿No vas a darme uno? —pregunta.

—Son para Cole.

Y esas tres palabras fueron las causantes del berrinche que vino después. Insultó mis pastelitos de mil maneras y a Cole lo maldijo en todos los idiomas existentes, e incluso se inventó algunos más.

—¿Haremos una escena por esto? —le pregunto.

—Nadie está haciendo una escena —dice del otro lado de la puerta de su habitación.

—Aedion...

—Llévatelos, no los quiero.

—Era para socializar.

—¿Y tenías que hacerle a él de esos? No eres su maldita cocinera. —Abro la puerta y entro importándome poco si lo veo desnudo.

—Ya, ya, entendí —le digo—. No haré jamás pastelillos de esos para Cole.

—Y lo peor es que ni siquiera me dejaste agarrar uno —dice y siento su tono de voz muy sensible.

Ay, Dios.

—Te daré los que quieras —me le planto enfrente, pero el sigue acomodándose la corbata del traje.

Nunca pensé que fuese a ponerse de esta manera.

—No —dice—, pero que tenga cuidado, no vaya a ser que tengan veneno.

Me echo a reír.

—Basta. —Se da la vuelta—. No creí que te molestarías por esto.

—No estoy molesto —dice.

—Ajá.

Sé que esto que está haciendo es mero berrinche, pero por lo menos no está actuando como otras veces. Creo que solo está «sentido», porque a partir de ahí se puso a hacer su drama en voz baja y en la cocina.

Puedo mandarlo al demonio, no es nada mío y no tengo por qué aguantar sus dramas. Pero esta guerra que solíamos tener, sobre ver quién era el que gritaba más fuerte o quién ganaba en las peleas, quedó de lado hace semanas.

Por eso, cada vez que hemos estado peleando, él me busca la cara o yo a él, depende mucho de nuestro orgullo.

Camino hasta él y le rodeo el torso con mis brazos.

—¿Me perdonas? —le pregunto.

—No tengo por qué.

—Anda, no seas berrinchudo —le ruego.

Tocan la puerta y la voz de Amelia suena del otro lado, avisándome que ya es hora de irnos.

—Espécimen —lo llamo y él se da la media vuelta.

—Vete o te regreso a tu casa —amenaza y entrecierro los ojos—. Es broma, estamos bien.

Sonrío y le doy un pico en la boca.

Camino hacia la puerta, pero me hala del brazo para regresarme hasta él. Su boca impacta con la mía y su lengua entra a los pocos segundos, haciendo el beso muy profundo. Sus manos me acarician la cintura y poco después se cuelan en la falda de mi uniforme.

Gimo al sentir su dedo tantear mi zona por debajo de mi braga.

—*Du gehörst mir*, Liebe —dice con voz ronca y muerde mi labio inferior.

«Eres mía, amor» lo entiendo bien.

—Lo que digas —sonrío.

Su mano golpea mi trasero y lo estruja.

—Y tu comida también es mía —agrega.

Me alejo antes de perder el control y camino a la puerta.

—Llevaré solo un pastelillo, ¿trato? —digo.

—Llévale todos y da gracias a que quiero que le agrades para la misión porque si no...

Abro la puerta y salgo de ahí para después tomar mis cosas e irme con Amelia.

—¿Y bien? —le pregunto a Cole.

—No me vas a creer, pero... —dice, mirando a los pastelillos de manera asquerosa.

—¿Pero? ¿Cómo que «pero»? —Frunzo el ceño.

—Pero están deliciosos. —Hace un bailecito con las manos y lo miro con los ojos entrecerrados—. Mujer, son los mejores cupcakes que he probado.

—Yo les digo pastelillos —comento—. Y gracias, me halagas muchísimo. Aunque bueno, ya te había dicho que eran los mejores.

Se echa a reír.

—Pues estuviste en lo correcto.

El estómago me gruñe y Cole y yo sonreímos con diversión.

—Tengo mi hora de comer dentro de poco —le digo al ver que me ofrece uno.

—¡Oh! Tengo algo que decirte —dice, y lo miro curiosa.

—¿Ah, sí?

—Dijiste que no te habías graduado en la universidad, pero... tengo algunos contactos y... te he conseguido un mejor puesto —dice, rascándose la nuca nervioso.

Abro la boca, sorprendida.

—¡Oh, por Dios! ¿Es en serio? —le pregunto.

Mentiría si dijera que no estoy contenta. Odio tener que limpiar.

—Sí. —Sonríe—. Serás la secretaria de mi tío. No sé si tengas problemas con eso.

—¿Por qué los tendría?

—Es muy estricto y —hace una mueca—… sus secretarias y compañeras siempre se quejan de él debido a que tiene un carácter muy difícil.

—Créeme estoy acostumbrada a lidiar con hombres así. —Me cruzo de brazos.

—¿Segura? Porque todos aquí lo respetan demasiado por lo mismo —dice—, no quiero meterte miedo, solo quiero advertirte.

—¿Quién es tu tío? —le pregunto.

—Elijah Edwards.

CAPÍTULO 41

Saliendo de dudas

Angeline

Salgo del departamento con la mejor actitud y empiezo a bajar las escaleras del edificio junto a Amelia.

Ayer dejé mi puesto como señora de limpieza y hoy empiezo el de secretaria. Sinceramente lo que ha hecho Cole me ha alegrado la vida. No soportaba más los días limpiando repisas empolvadas y jodiéndome la nariz.

—No sé por qué te tocan siempre las mejores cosas —me dice Amelia, haciendo una mueca.

—Chica, quisieras, pero no pudieras —respondo con una sonrisa divertida.

Salto los dos últimos escalones y camino a la salida con una sonrisa.

Elijah, el hombre con el que tuve una conversación en una de las salas, resultó ser el tío de Cole.

Qué chico es el mundo.

Amelia y yo comenzamos a caminar por las calles, charlando sobre el clima, que desde tan temprano ya es muy cálido.

Ayer, luego de haberles contado sobre la sugerencia de mi cambio de puesto, todos accedieron a que era mejor que fuese la secretaria.

Elijah Edwards es considerado uno de los mejores agentes. Tiene muchos logros, estrellas, y también tiene las mejores habilidades para poder destruir a una mafia entera.

Aedion es el agente que vino de intercambio y es quien ha estado tratando de ganarse la confianza de Elijah. Ahora todo será más fácil porque yo podré vigilarlo más de cerca y manteniendo un bajo perfil.

Todo se está acomodando justo como necesitamos.

Elijah debe saber, al igual que Cole, donde están los expedientes. Nosotros suponemos que están bajo llave en aquella habitación a la que no dejan entrar a cualquiera. Sin embargo, Lucian está descifrando el código, y una vez que lo tenga, yo o Aedion podremos entrar. Yo con la excusa de que Elijah me mandó por algo, y así como he visto y escuchado que son los demás con él, seguro nadie le rechista.

—¿Te veo a la hora del almuerzo en la entrada? —pregunta Lia.

—Sí —respondo.

Llegamos a la instalación y nos separamos. Yo recorro el pasillo hasta una de las oficinas, donde muestro mi credencial para que me tomen asistencia.

Luego de ahí empiezo a caminar hacia la oficina de Elijah, que se encuentra en el segundo piso.

—Estás a tiempo de echarte a correr —Cole se me une cuando voy subiendo las escaleras.

—Me voy, pero tú tendrías remordimientos.

—¿Y yo por qué? —sonríe.

—Porque fuiste tú el que me ofreció esto —respondo—. Estaré bien, no es una misión suicida o algo así.

—Créeme, todo lo que tenga que ver con mi tío es una misión suicida.

—No mejoras mis nervios, Cole.

Llego a la segunda planta y visualizo a Aedion dentro de una sala, charlando con unos hombres y con una mujer al lado.

—¿Te gusta Sebastián Zimmerman? —pregunta Cole, refiriéndose al espécimen.

—Es lindo —respondo y desvío mi mirada de él.

—Es nuevo, llegó casi en el tiempo que llegaste tú.

—¿Ah, sí?

—Sí —ambos frenamos frente a la oficina del jefe—. Te veo luego, niña.

—Deseame suerte —Cole comienza a caminar.

—¡Mucha suerte! —grita.

Siendo sincera, sí estoy un poco nerviosa.

Sé que puedo hacer lo que sea que el señor me diga, pero me da pánico ser descubierta.

Toco la puerta y al instante pronuncian un «Adelante» del otro lado. Abro la puerta y me adentro en la oficina, cerrándola a mis espaldas.

—Buenos días —saludo, plantándome frente a su escritorio.

Elijah se encuentra sentado revisando papeles. Trae una camisa color rojo ladrillo, remangada hasta los codos. Sus ojos azules se posan en mí y una media sonrisa aparece en su rostro.

—Griega —habla, poniéndose de pie—. Me da gusto que hayas llegado a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —pregunto.

—Para el trabajo. —Se posa frente a mí y se recarga en el escritorio con los brazos cruzados —. Tomo muy en cuenta la puntualidad.

—Yo también —digo, pero es más para agradarle.

—Entonces creo que nos entenderemos muy bien.

—Eso espero, jefe —digo y le medio sonrío.

—Llámame Elijah o como prefieras. —Sonríe.

Algo en su sonrisa me dice que lo último lo ha dicho con la intención de pensármelo en doble sentido y me hace sonrojar.

—Claro... —Sonrío—. ¿Qué es lo que necesita? —pregunto.

—Por el momento solo necesito que me clasifiques estos casos. —Me entrega una gran pila de carpetas con documentos y trato de no parecer sorprendida—. Separa los casos más urgentes de los no tan urgentes, y cuando termines pasas y los dejas aquí en mi escritorio.

—Vale. —Tomo el montón de papeles y me doy la vuelta.

—Y Mar —me llama y volteo a mirarlo—. No te dirijas a mí tan formalmente, puedes tutearme.

—Esta bien —digo con una sonrisa y salgo de ahí.

Camino hacia la sala donde antes vi a Aedion, pues es ahí donde tengo mi espacio de trabajo.

Al entrar solo le doy una mirada rápida al tatuado y él hace lo mismo. No sé si sea su camisa negra o la sonrisa en su rostro, pero me pongo caliente al instante.

Dios, no sé que les pasa a mis hormonas últimamente.

Tomo asiento frente a mi escritorio y empiezo a hacer todo lo que me ha pedido Elijah.

¿Acaso no todos los casos son importantes?

Las próximas dos horas las paso clasificando un montón de casos. El hambre se hace presente y saco mi termo con café para calmar el apetito y de paso despertarme, que esto está a punto de hacerme dormir.

Le doy un trago, pero me sabe diferente.

«¿Qué mierda?», pienso mientras le doy otro sorbo, pero al hacerlo ni siquiera lo puedo

pasar.

Me levanto de la silla y camino rápidamente hacia el baño. Entro en uno de los cubículos y suelto el vómito mientras me sujeto el cabello en alto.

El vómito quema mi garganta y cierro los ojos para no ver lo que expulso.

Acabo luego de algunos segundos y bajo la palanca. Me recargo en la pared sintiendo los latidos de mi corazón en mis oídos y me tomo un momento para tranquilizarme.

No me gusta vomitar.

La noche anterior me he puesto a pensar sobre las últimas veces que tuve relaciones con Aedion porque sé que algo anda mal. Hace unos días me puse a pensar en los últimos síntomas que he tenido y llegué a la conclusión de que tenía que ir a hacerme una consulta médica para ver si... si podría estar embarazada.

Llevo quince minutos mirando el edificio frente a mí. Las personas a mi alrededor deben estar pensando que estoy loca o en un estado de shock, pero los nervios no me dejan en paz.

Hoy es mi cumpleaños número diecinueve y tengo cita para hacerme un ultrasonido.

Mierda.

Me limpio el sudor de mis manos en el pantalón y suspiro pesadamente mientras me digo mentalmente que la hora de entrar ha llegado.

Mientras entro al edificio empiezo a pensar sobre lo que podría decirme la doctora. Si no estoy embarazada estaré muy feliz, pero, ¿y si me dice lo contrario?

—Hola, vengo a ver a la Doctora Flores —le digo a la recepcionista, tratando de sonreír.

—¿A nombre de quién? —pregunta.

—Marjorie Riggs.

La chica mira su libreta y empieza a buscar mi nombre.

—Sí... aquí estás —sonríe—. Son $390 dólares, ¿paga con tarjeta o en efectivo? —pregunta sonriente y por un momento envidio su buen humor.

—Efectivo.

Saco el dinero de mi cartera y se lo paso, ella teclea en su computadora, luego me entrega una ficha.

—El consultorio está en la segunda planta, te llamarán por tu nombre y solo tienes que darle la ficha a la doctora —me explica y asiento.

Me da la ficha con el numero 17 grabado en grande y le agradezco. Tomo el ascensor mientras mi mente no deja de imaginarse los diferentes tipos de vidas que podría tener si las cosas salen bien o mal.

Al llegar al segundo piso tomo asiento en una banca y mientras espero siento las miradas de algunas señoras embarazadas.

Me siento fuera de lugar. No hay siquiera una mujer que aparente mi edad o que aparente tener la misma situación que yo.

Pasan alrededor de cuarenta minutos y mientras tanto me envío mensajes con Efraín. Aún no le comento a nadie y creo que es porque esto lo considero algo sumamente íntimo.

—Marjorie Riggs. —Se asoma la doctora por la puerta a la vez que una pareja sale de su consultorio.

Me hubiese gustado venir con Aedion, pero no quiero meter a nadie en esto todavía. Además, tengo pánico a lo que suceda en cuanto le diga.

Me pongo de pie y camino hacía allí. Al entrar, la doctora cierra la puerta y se sienta en su lado del escritorio, mientras tomo asiento frente a ella.

—¿Cómo has estado, Marjorie? —pregunta con una sonrisa amable.

—Bien, creo... —respondo, fingiendo una sonrisa.

—Tengo entendido que vienes a ver si estás embarazada, ¿no es así? —pregunta, revisando una hoja donde no alcanzo a ver qué es lo que está escrito.

—Así es.

—Bien, entonces lo primero —saca de debajo del escritorio un pequeño vaso de plástico transparente—. Llena esto de orina y me lo traes —me lo entrega—. ¿Has orinado al despertar?

—No, leí que es recomendable no hacerlo si te harás una prueba de embarazo.

—Perfecto —sonríe—. El baño es esa puerta —me señala una que está del otro lado de la habitación—, adelante.

Dejo mi bolso sobre la silla y me adentro en el baño.

Mierda, estoy muy nerviosa.

Respiro profundamente y sacudo mis hombros para liberar el estrés. Me siento en el retrete y empiezo a orinar dentro del vaso.

Al terminar, salgo y le entrego el recipiente a la mujer. Ella ya tiene unos guantes de látex puestos y lo que parece ser una prueba de embarazo fuera de su paquete.

Tomo asiento de nuevo y le entrego el recipiente. Ella deja mi vaso sobre una toalla y pone dentro la prueba de embarazo, pero solo unos cuantos segundos.

—Dos rayas es un positivo y una raya es un negativo —explica—. El resultado puede tardar unos cuantos segundos, mientras tanto te haré un par de preguntas, ¿bien?

—Vale —respondo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu última menstruación?

—Hace como dos meses —respondo—. Pero creí que estaba todo bien porque estuve tomando pastillas anticonceptivas.

—¿Hace cuánto dejaste las pastillas anticonceptivas?

—Hace una semana.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste relaciones sexuales?

—Un día antes de dejar los anticonceptivos.

—Antes de las pastillas anticonceptivas, ¿qué método estabas usando? —pregunta.

—Al principio usaba inyecciones, pero luego empecé a usar las pastillas —digo—, nunca usé condón porque solo tengo relaciones con una persona.

—¿Tu novio? —pregunto.

—Sí —respondo, pero el haber venido sola me delata.

—¿Cuántas veces tienes sexo a la semana? —pregunta y me sonrojo un poco.

—Demasiadas veces —respondo apenada, pero ella parece no darle tanta importancia.

—Bien, chequeemos la prueba.

Los ojos se me hacen agua y pongo todo mi esfuerzo por mantener una postura firme y no doblegarme de los nervios.

—Positivo.

Me enseña la prueba y, en efecto, hay dos rayitas.

El mundo se desvanece a mi alrededor y me entra un horrible sentimiento de angustia.

—Hay varias razones posibles por las cuales las pastillas no hayan tenido efecto —comienza a decir—. Pudiste haberte olvidado tomar alguna, esto es muy común —dice, pero no es mi caso. Todos los días a la misma hora yo tomaba mi pastilla—. Igual si tuviste diarrea dentro de las 48 horas posteriores a haber tomado la pastilla puedes correr el riesgo de que no surta efecto, o si vomitaste...

—No, nada de eso —le digo.

—¿Hace cuánto empezaste a tomarlas? —pregunta.

—Hace un mes.

—Y dices que antes de eso eran inyecciones, ¿no es así?

—Sí —respondo, pero luego frunzo el ceño—, aunque luego de haber dejado las inyecciones tuve relaciones, pero usé la pastilla del día siguiente.

—Creo que de ahí viene la cosa —dice—. Marjorie, ¿tomaste algún antibiótico luego de haber tomado la pastilla?

Empiezo a mover mis recuerdos hasta tratar de dar con aquellos días. Y entonces recuerdo.

—Sí.

—Algunos antibióticos bajan la efectividad de las inyecciones o pastillas anticonceptivas, no todos, pero supongo que tomaste alguno que interfirió.

Justo ahora mi cabeza es un maldito lío. No puedo pensar con claridad e incluso ha empezado a dolerme.

¿Qué va a pasar?

¿Qué voy a decir?

¿Qué debo hacer?

—Te haré un ultrasonido para ver cuántas semanas tienes y, a partir de ahí, veremos cómo proseguir.

Asiento, aún con la mirada perdida, la mente en un torbellino de pensamientos que no logro organizar.

Se pone de pie y yo imito su acción. Se acerca a la camilla que esta detrás de mí y me indica que me acueste y me quite la blusa.

Siento una presión en el pecho, de hecho, es justo igual a la que he estado sintiendo últimamente por las noches.

—Pondré gel en tu barriga, quizá sientas frío, pero no va a doler nada. —Asiento.

Embarra un gel sobre mi abdomen y luego una pequeña pantalla que se encuentra frente a mí se enciende.

—Pondré esto en tu abdomen y así veremos al feto.

Pone un aparato sobre mi abdomen y lo empieza a mover por toda mi barriga. Siento que el corazón cada vez se me acelera más y tengo que aferrarme a las sábanas de la camilla con fuerza.

—Ahí está —habla.

Siento que la respiración se me corta en cuanto noto en la pantalla una muy notoria bolita. La doctora la señala y me confirma que eso es el feto.

Dejo salir las lágrimas y la doctora me toma de la mano para apretarla con fuerza.

—Estás en tu octava semana —dice.

Ni siquiera sé que decir.

No sé cómo describir lo que siento ahora mismo. Esto es preocupante, me estoy carcomiendo la cabeza de solo pensar en qué es lo que voy a hacer, pero a la vez me es imposible medir la emoción que siento al ver esa bolita a través del monitor.

—Hay dos opciones, Marjorie. —La doctora se sienta al lado de la camilla y me mira seriamente—. Puedo darte un medicamento para que abortes, es seguro, pero tienes que hacerlo antes de las 12 semanas o de lo contrario ya no podrás hacerlo, o si quieres proseguir te daré un tratamiento.

Siempre he estado a favor del aborto, pero nunca me detuve a pensar en qué es lo que haría si

yo llegase a salir embarazada. El aborto sería lo mejor, pero no sé si es lo que quiero, y tampoco sé lo que opine Aedion sobre esto.

Aunque, ¿que pasaría si Aedion me dijera que lo abortara? Siento una presión en el pecho al tener que pensar que le haré esto a lo que crece dentro de mí.

—Quiero el tratamiento.

La doctora asiente y me dedica una sonrisa de boca cerrada.

—¿Quieres saber cuánto mide? —pregunta y asiento con la cabeza—. 1,8 cm.

Eso me saca una sonrisa.

—Es muy pequeño.

—Así es, pero está en su tamaño normal —dice.

—¿Podría darme alguna foto sobre el ultrasonido?

—Claro, te daré una ecografía —responde—. En esta semana se ha formado ya el cordón umbilical, su función es llevar sangre hasta la placenta y devolverla al feto. La placenta seguirá creciendo e implantándose en el útero durante semanas, pero la parte más importante sucede en el primer trimestre.

—¿Y qué cuidados debo tener? —pregunto, sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Has tenido náuseas? —pregunta.

—Sí.

—¿Te dan muy seguido?

—Por lo general suelo tenerlas por las mañanas.

—Te recetaré algo para las náuseas que no dañará a tu bebé.

—Bien... —suspiro.

—¿Ves esos dos puntos negros? —pregunta y asiento.

—Pues son sus pequeños ojitos, o bueno, lo que apenas se ha formado de ellos.

Sonrío como boba y vuelvo a echarme a llorar.

—¿Ves sus extremidades? Pues, todo esto se ha estado formando en esta semana.

—Va creciendo muy rápido, ¿no?

—De hecho, va muy bien —dice—. No te preocupes, dentro de poco empezarás a acostumbrarte.

«Eso espero».

—Seguro que sí.

La doctora me limpia el gel del abdomen y luego de ponerme la blusa nos pasamos hasta su escritorio.

Empieza a explicarme sobre el medicamento que me recetó y también me habla sobre las cosas que no puedo comer, entre ellas se encuentra el café.

—Ven a tu próxima consulta en dos semanas. Si cambias de doctor házmelo saber ya que llevo un registro de mis pacientes.

—Claro, lo haré —le digo y le entrego la ficha que me dieron en la recepción—. ¿Los medicamentos puedo encontrarlos aquí abajo?

—Claro.

Me despido y antes de salir me entrega un sobre con las ecografías dentro. Salgo de su consultorio ignorando las miradas de las demás personas que están fuera.

«Eres muy irresponsable, Angeline Mikaelson».

Entro al elevador y los ojos se me humedecen de inmediato. Al llegar a la primera planta compro todo lo que la doctora puso en la receta y al salir me siento en una banca bajo un árbol.

Empiezo a llorar, sintiéndome la chica con la peor suerte en el mundo.

¿Pero qué estoy diciendo?, es estúpido culpar a la vida por esto. Fui yo quien lo arruinó. ¿Qué pasará con tus planes, Angeline? ¿Que pasará con la criatura y conmigo?

«Solo lo traeré a este mundo de mierda en el que vive su mami», pienso.

¿Cómo se supone que haré esto? ¿Cómo se supone que traeré a un bebé a mi vida llena de peligro?

Mi teléfono empieza a sonar y respondo.

—¿Cómo esta la diabla cumpleañera? —pregunta Efraín del otro lado de la línea.

Ni siquiera puedo hablar.

—¿Ann? ¿Estás bien? —pregunta, preocupado.

—No, Ef —lloro—. Todo está mal, te necesito, me siento muy sola...

El dolor y la angustia se hacen cada vez más grandes en mi pecho y siento que no me dejan respirar. Hablar se vuelve demasiado difícil y siento que la cabeza me explotará.

Entro a la oficina de Elijah alisando mi falda con las manos. Hace tres horas que llegué del médico, ya me he cambiado y también he ocultado mis ojos rojos e hinchados con el maquillaje.

—Te he traído algo —dice el hombre frente a mí, con una sonrisa dibujada en el rostro.

Le medio sonrío.

—No te hubieras molestado —le digo cuando me pasa una caja con un lazo azul encima.

—Es tu cumpleaños, Griega, además te lo mereces, eres una mujer espectacular.

Me acerco a él y lo rodeo con mis brazos.

—Muchas gracias, Elijah.

Mi «jefe» y yo nos hemos vuelto muy cercanos en estas dos semanas que han pasado. Me trata muy diferente a como Cole dijo que lo haría y presiento que es porque siente atracción por mí. No se ha intentado propasar, es una persona casi tan sería como Aedion, que cuando es lindo pareciese que es broma.

—¿Qué harás esta noche? —pregunta.

—Tenía planeado salir con mi mejor amiga a cenar —miento.

La verdad es que Aedion me invitó a salir, quizá de paso pueda hablar con él de lo que sucede...

—Entonces otro día te invitaré a cenar, ¿te parece? —asiento.

—Me encantaría.

—¿Qué pasa? Estás muy apagada hoy —comenta.

—Nada, es solo que mis cumpleaños me ponen nostálgica —sonrío—, pero no hay nada de que preocuparse.

—¿Segura? —asiento con un movimiento de cabeza—. Abre entonces tu regalo, quiero ver tu reacción —se recarga en su escritorio y cruza los brazos.

Quito el lazo de la caja y la destapo.

Sonrío y me acerco a él para volver a darle un abrazo.

—Gracias —repito.

—Espero te guste mucho

Me separo y abro la funda de los lentes Versace. Saco los preciosos lentes, blancos con preciosos adornos de oro a los lados.

—Debieron costar una fortuna —le digo—. Son muy hermosos.

—No te preocupes por el dinero, lo he hecho con amor.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer —dice—. Eres mi mejor asistente, además, eres una chica muy

agradable, pudiste ganarte mi confianza muy rápido, Mar.

—En serio atesoro mucho tus palabras, estoy meramente agradecida contigo.

—Espero te la pases bien hoy —dice—. He decidido regalarte unos lentes porque hace dos días habías mencionado que querías unos para cubrirte del sol de Australia.

—Así es —respondo—. Y te vuelvo a repetir, muchas gracias, Elijah.

Asiente levemente con la cabeza y va a tomar su abrigo que está en el respaldo de su silla.

—Vendrás conmigo a una reunión —dice—. Necesito que escuches cada cosa de lo que dicen los compañeros.

—Vale.

Caminamos fuera de la oficina y vamos hacia el estacionamiento; en el trayecto recojo mi bolso y las carpetas que necesitaré llevar, luego nos subimos a su auto y me doy cuenta de que el conductor es Raymond.

Se me hace extraño, pues se supone Raymond era el chófer de otro agente. No digo nada al respecto y luego de haber subido, comienza a manejar hacia donde sea que vayamos.

—¿Puedo preguntar sobre que será la reunión?

—Atenderemos uno de los casos más importantes —dice.

—Oh... —asiento—. ¿Narcotráfico?

—Ciertos asuntos sobre algunas mafias.

La piel se me pone de gallina y decido no preguntar más para no despertar sospechas.

Raymond aparca el auto frente a un gran edificio después de varios minutos, y Elijah y yo bajamos. Nos adentramos al lugar, y en la puerta ya nos espera una mujer que nos guía hasta una sala. Al entrar, veo a Aedion, su secretaria, dos agentes más y Eduardo Carolina, el tipo que se supone era jefe de Raymond.

Me pregunto que habrá pasado como para que Raymond dejara de ser su chófer. Pues no ha mencionado nada al respecto.

—Buenas tardes —dice Elijah y se sienta en la cabecera de la mesa.

Me siento junto a él y percibo que los ojos de Aedion y su secretaria se posan sobre mí. Los ignoro y me centro en los documentos que me ha dado Elijah antes de bajar de la camioneta.

—¿Ya tienes toda la información reunida, Elijah? —pregunta un agente calvo.

—Por desgracia no, Arthur —responde mi jefe.

—¿Entonces, por qué nos has citado? Se supone que lo harías cuando tuvieras toda la información lista —dice el otro agente desconocido.

Elijah me pide que reparta las carpetas que hace un rato me dio y le hago caso.

—Hay una nueva mafia —empieza a decir—. Los Yakuza y un nuevo narco se han unido y han formado una nueva mafia —me tenso y pongo atención a lo que viene dentro de las carpetas —. En los documentos que les di vienen los datos de cada uno de los integrantes. Sin embargo, todos son de rango bajo, ninguno es el líder, ni siquiera los Yakuza mandan en esta mafia, señores.

Mi mirada se posa en uno de los agentes, el cual ojea y se detiene en una página donde sale la chica que nos ha fotografiado en Grecia. Me tenso al instante y tengo que fingir que no estoy mirando los documentos.

—¿Cómo sabes de esto? —le pregunta Eduardo Carolina.

—Porque ellos van tras la mafia roja —dice y se me corta la respiración—. Están en una guerra y no sé qué tenga que ver, pero Angeline Mikaelson, la hija de Leonel Mikaleson, el líder de la mafia azul, está también muy metida.

—¿Ya has conseguido las identidades de Angeline Mikaleson y Aedion Lorcan? —pregunta

Aedion y volteo a mirarlo de inmediato.

Me mira rápidamente y luego pone su atención en Elijah.

—Andrea no ha mandado la información —responde—. Pero estoy seguro de que la mafia roja ya le ha quitado la vida.

—¿Y no has mandado a investigar por otros lados? —pregunta.

—Así es, pero no parece dar resultado —suspira—. Por eso quiero pedirles ayuda. Por favor ayúdenme a resolver este caso para que terminemos con estas mafias.

—¿Tienes los expedientes de los mencionados? —vuelve a preguntar Aedion.

—Aquí no, pero te los haré llegar —dice.

—Si tienes más información sobre la mafia roja y azul también házmela llegar, quiero informarme bien.

—Por supuesto —dice.

Y como si Dios quisiera recompensarme lo del embarazo, me envía esto que es nuestra salida en esta misión.

CAPÍTULO 42

Porcelana

Angeline

—¿Qué pasa? —le pregunto a Aedion, al ver que hace una mueca cuando cuelga el teléfono.

—Mi padre está en Alemania con mi madre —responde—. He discutido con él.

—¿Por qué?

Se sienta a mi lado en la cama y lo miro atenta mientras se pone su pantalón de pijama.

—Mi madre dijo que todo este rato me he portado muy mierda con ella.

Frunzo el ceño.

—Y es mentira —asumo.

—No —suspira—. No coincido mucho con mi madre y por tener opiniones diferentes a ella ya cree que la estoy retando.

—Oh... —digo.

Miro el reloj en mi teléfono y veo que son las tres de la madrugada.

Luego de salir del trabajo y de hablar con el equipo, Aedion me llevó a cenar a un restaurante muy elegante, me llevó al centro comercial a comprar todo lo que yo quería y me regaló un brazalete de diamantes. Toda mi noche estuvo tan bien que no quise arruinar los planes, así que me reservé la noticia del embarazo.

—¿A dónde vas? —le pregunto al ver que se pone sus zapatos.

—No quiero estar aquí, iré a tomar algo al bar —dice y se pone de pie para luego ir por su camisa.

Hemos terminado en un hotel, y no habíamos parado de hacerlo hasta hace una hora, que fue cuando su padre le marcó. Desde entonces lo vi peleando en el balcón de la habitación.

—¿Quieres que... —empiezo a preguntar, pero me interrumpe.

—No —dice, pero para mi sorpresa, suena más brusco y enojado que antes—. Quédate, quiero estar solo.

Ni siquiera termina de abrocharse la camisa cuando ya se encuentra saliendo de la habitación.

Me quedo con la sábana cubriendo mi pecho y no puedo evitar ponerme a llorar.

No sé cómo mierda voy a decirle, pero ahora no creo que sea el maldito momento.

Termino acostada, tratando de conciliar el sueño, pero me es imposible, así que me siento un rato a leer en una aplicación de libros mientras espero a que Aedion regrese, pero no lo hace.

Cuando dan las siete de la mañana me meto a bañar y me coloco la ropa de ayer. Luego salgo de la habitación y bajo a la recepción a entregar las llaves de la habitación, y mientras tanto le doy una mirada al bar, el cual se encuentra vacío.

Termino saliendo del hotel y tomo un taxi.

Miro por la ventana y mientras avanza empiezo a imaginar cómo seria mi vida con un bebé.

No tendría que preocuparme por el dinero, pues eso lo tenemos de sobra, pero, ¿que pasará con todo el peligro que rodea a sus padres? Yo más que nadie sé cómo fue crecer sabiendo que en cualquier momento las personas que quiero pueden desaparecer, y no quiero eso para el bebé.

No quiero que crezca entre angustias, entre armas, presiones y gente que quiera acabar con su existencia. Prefiero mil veces quedarme sin un peso a darle una vida como esa.

Quizá Aedion y yo por fin coincidamos en algo.

Y si no quiere a su hijo estoy segura que yo sola podré, aunque eso me parta el corazón.

Comienzo a crear una vida en mi cabeza en cuestión de minutos. Me imagino a Aedion y a mí yendo al cine con nuestro hijo, y que al llegar a casa cenemos los cuatro, porque estoy segura de que tendríamos un perrito llamado Simba.

Me imagino poniéndole el uniforme a mi hijo para llevarlo a la escuela y a Aedion haciendo el desayuno por las mañanas.

Me imagino toda clase de escenarios, pero todos con él. No puedo imaginar una vida sin el espécimen y estoy segura de que eso solo significa que me estoy haciendo ilusiones antes de tiempo.

Aedion y yo haríamos una linda pareja, lo sé bien. Quizá no estemos de acuerdo en muchas cosas y nuestro carácter choque mucho, pero si trabajamos en equipo sé que podríamos con todo.

Al llegar al departamento tampoco lo veo y eso me preocupa demasiado.

—¿Y Aedion? —le pregunto a Raymond.

—No lo he visto —dice—. ¿No estaba contigo? —pregunta, sirviéndose una taza de café.

—No —miento, ya que él no sabe nada—. Pase la noche con un australiano.

—Y no conmigo... —suspira y medio sonrío—. Me decepcionas, Ann.

No le digo nada y voy hacia mi habitación, pero al entrar me encuentro con Amelia colocándose el brasier y a Lucian durmiendo plácidamente junto a ella. Mi amiga me hace una seña con el dedo para que guarde silencio y cierro la puerta.

Regreso a la cocina y Raymond me pasa una taza de café en cuanto me ve entrar.

—No, gracias —le digo y frunce el ceño.

—¿Desde cuando rechazas una taza de café?

—Desde hoy —respondo—. El café me ha estado alterando los nervios y... —el olor a cafeína llega a mi nariz y hago una mueca.

—¿Qué tienes? —pregunta, confundido.

Siento unas fuertes ganas de vomitar y le doy la espalda a Raymond para que no lo note.

—¿Estás bien? ¿Quieres vomitar, Ann?

Vuelvo a mirarlo cuando creo ya estar bien.

—Debe ser porque no he comido.

—Te prepararé un sandwich, ¿está bien? —asiento.

Salgo de ahí directo al baño a vomitar lo que cené anoche.

Me miro al espejo al terminar y las lágrimas vuelven a salir al ver mi reflejo.

«¿Dónde está Aedion?».

Me cepillo los dientes y enjuago mi cara antes de salir. Amelia va saliendo al mismo tiempo que yo y me sonríe.

—Dios, estoy mal —susurra—. Anoche fue una locura, Ann —se ríe y finjo una sonrisa—. Lucian se mueve como un puto rey del sexo.

—Me alegro por ti —le digo—. Pero necesito pasar por mi ropa.

La puerta del cuarto es abierta nuevamente y aparece un Lucian medio dormido y vestido.

—Buenos días —saluda y se mete a su habitación.

Entro a la mía y Amelia viene detrás de mí.

—¿Cómo estuvo tu noche? —pregunta, sentándose en la cama.

—Bien —respondo, aunque sin mucho entusiasmo.

Voy directo a la ropa que Aedion me compró ayer y me coloco un vestido negro, con las

mangas aglobadas y con un poco de escote.

—¿Dónde está Aedion? —me pregunta.

—Salió esta mañana y desde entonces no lo he visto.

—¿Tu noche estuvo bien? —me pregunta pícara y sonrío.

—Sí, estuvo bien —respondo.

—¡Pero que callada estás hoy! —exclama—. ¿Qué es lo que pasa, Ann? ¿Aedion te hizo algo?

—Solo estoy preocupada por él —explico—. No sé dónde está.

—Seguro ya está en la interpol.

—Pues si... —suspiro.

Me hago una coleta y me pongo los pendientes que Aedion me regaló. Me coloco unos tacones negros y al instante se sienten diferentes, como si el pie me hubiese crecido.

Quizá solo me estoy sugestionando.

Amelia se coloca el uniforme y mientras tanto me pongo un poco de maquillaje para cubrir las ojeras. No me veo normal, cualquiera que me conoce lo notaría.

Tomo mi bolso y verifico que todo mi medicamento esté dentro.

Vamos a la cocina y me como los dos sandwiches que Raymond ha preparado para mí. Me despido de cada uno, ya que yo entro más temprano al trabajo, y me voy rumbo a la instalación.

Una llamada entra a mi celular y respondo al ver el nombre de Efraín.

—Hola —dice en cuanto respondo.

—Hola —respondo sin ganas.

Tomo mi termo con té y me meto a la boca la pastilla de ácido fólico.

—¿Cómo has dormido? —pregunta, y noto en su voz que quiere ser alegre solo para animarme.

—No he podido hacerlo —respondo—. Me acosté con Aedion anoche y salió a mitad de la noche.

—¿Cómo? ¿Ya le has dicho?

—No —respondo—. Anoche fui a cenar con él y luego hicimos un par de cosas más. No quería arruinar la noche e iba a decirle por la mañana, pero a las tres de la madrugada su padre lo llamó y discutieron.

—Y se marchó —concluye.

—Dijo que iría al bar y que quería estar solo —le digo—. Lo esperé las siguientes horas, pero no volvió a la habitación y antes de irme miré el bar y no había nadie allí.

—En otro momento será —suspira—. No te preocupes, sabes que su carácter es muy raro, solo dale tiempo.

—¿Tiempo? Ya no queda tiempo, Ef —me molesto—. Tengo ocho semanas, la panza me ha crecido y empieza a notarse.

—Vale, no hagas corajes, Ann —pongo los ojos en blanco—. Solo espera el momento correcto.

—Eso haré —bufo—. Pero no sé dónde se ha metido este idiota y eso me tiene angustiada, Efraín, nunca antes me había preocupado así.

—Tranquila, seguro está bien.

—No sé cómo demonios puede hacer eso —me enojo—. ¿Qué acaso no entiende que me hace daño cuando hace esas cosas? Digo, no soy su jodida novia y tampoco sabe lo del embarazo, pero tiene que decirme la verdad, porque tampoco soy cualquier pendeja.

—Hacer corajes le hace daño al bebé —me recuerda.

Bufo molesta y guardo silencio unos segundos para respirar profundamente.

—¿Estás más tranquila? —pregunta.

—Sí.

Llego a la instalación y me detengo a unos metros de la entrada.

—Tengo que irme —le digo.

—Llámame si necesitas algo —dice—. Recuerda no hacer corajes y mantenerte tranquila, te llamaré en un rato.

—Está bien.

Cuelgo la llamada y entro al edificio.

Camino directo hacia la oficina de Elijah y en el transcurso me encuentro con Cole.

—¿Que hay, niña? —pregunta, sonriente.

—Nada nuevo, ¿y tú? —Finjo sonreír.

—Tampoco. —Se encoge de hombros—. ¿Ayer saliste con mi tío? —pregunta.

—No —respondo—. Quedamos en ir a cenar otro día.

—¿Empiezo a llamarte tía? —dice pícaro.

—Cole, por favor, somos amigos —aclaro, sonriendo.

—Tú le gustas, Mar.

—Eso no es cierto.

Pero estoy segura de que sí.

—Sigues en negación. —Se ríe—. Date cuenta.

—Vete de aquí. —Me río y le doy un empujoncito.

Se mete en el aula donde tiene su oficina y yo sigo por el pasillo. Toco la puerta y luego de unos segundos Elijah me permite pasar.

—Buen día —le digo sonriente.

—Buen día.

—Ayer antes de irme te dejé los papeles que querías sobre tu escritorio —le digo.

—Lo sé, muchas gracias —dice sin mirarme, con los ojos pegados a los papeles que tiene delante—. Traeme un café sin azúcar.

—En seguida.

Me doy la media vuelta y camino a mi escritorio, donde dejo mi bolso y abrigo.

La oficina de Cole se encuentra junto al área donde por lo general hay máquinas de hacer café. Me acerco y aguanto la respiración para evitar las náuseas, y sirvo café en un vaso.

Al darme la vuelta me doy cuenta de que Cole está en el marco de la puerta de su oficina, entonces me hace una seña y me acerco a él.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Acaba de pasar algo que es digno de contar. —Frunzo el ceño—. Me refiero a que es un chisme, Mar.

—A ver dime —le digo, aunque con pocas ganas.

—Sebastián Zimmerman creo acaba de acostarse con Judith.

Me quedo estupefacta.

—¿Qué? —repito.

—Desde hace como cuarenta minutos que entró Judith a su oficina, y hemos estado escuchando algunos ruidos extraños.

Escucho mi corazón en los oídos, mi pecho y estómago se sienten como si los estuvieran estrujando y siento que la cabeza me palpita.

—¿Gemidos? —pregunto, con la esperanza de que no sea así.

—Pues sí, ¿que más va a ser? —sonríe, y creo que no se ha dado cuenta de que no estoy bien.

—¿Estás seguro? ¿Qué tal y están moviendo muebles? —mi voz es inaudible y todo es por culpa del nudo en mi garganta.

No sé por qué sigo buscando excusas.

—Y los muebles gritan "así, amor".

Esto último hace que el estómago se me revuelva.

Miro a mi alrededor y noto que todos están cuchicheando entre sí mientras miran hacia la oficina de Aedion. Finalmente, la puerta se abre y sale una Judith cabizbaja y con la camisa arrugada.

Veo a Aedion salir también y todos vuelven a poner su atención en otra cosa, como si no supiesen nada.

Pero su mirada sobre mí fue el detonante. Salgo corriendo hacia el baño, tirando el café en uno de los botes de basura que están en el pasillo.

Entro al cubículo y empiezo a devolver los sándwiches que Raymond me preparó esta mañana.

Maldito hijo de perra.

El dolor que siento es inexplicable y el llanto claro que iba a hacerse presente. ¿Cómo no voy a romperme? Si el hombre que amo se acostó con otra luego de acostarse conmigo y un día después de mi cumpleaños.

Soy una idiota, y todo por haberme acostumbrado a su faceta de buen hombre. En el fondo siempre va a terminar siendo aquel insensible al que solo le gusta follar y nada más.

Soy tan estúpida.

Escucho que la puerta del baño se abre y le bajo la palanca al retrete.

—Marjorie —escucho la voz de Elijah a mi espalda y me giro a mirarlo—. ¿Qué te sucede? ¿Estás bien?

Niego y este me hala del brazo para acercarme a él y darme un abrazo.

—Ven aquí, hermosa —me acaricia la espalda con la palma de su mano.

Y me desahogo en llanto contra su pecho.

—Sácalo todo, bonita.

Mi pecho se contrae tras recordar sus ojos y la manera en como me miraron hace unos minutos.

No quiero que vuelva a ser el de antes. No quiero que vuelva a ser frío y un hijo de puta...

Me separo de Elijah un poco y este toma mis mejillas con ambas manos y pasa sus pulgares por debajo de mis ojos.

—Dime qué te pasa —me habla, pero la voz no me sale—. Anda, dime qué ha ocurrido.

—Es solo que no me he sentido bien —le digo—. No he dormido en días y me siento sola.

En parte no estoy mintiendo.

—Ve a casa —me dice y niego—. Anda, ve y descansa un rato.

—No —digo y voy hacia el lavabo para echarme agua en la cara—. Lamento mucho esto, no es mi intención ponerme a llorar como niña de secundaria.

—Entiendo tu situación.

—No hace falta. —Me seco la cara con papel de baño—. Ha sido muy inmaduro de mi parte, pero prometo que no volverá a ocurrir.

Trato de moderar mi respiración y de evadir todos esos pensamientos que solo me hacen sacar lágrimas.

«Estas en una misión, Angeline. Tienes que hacer las cosas bien si no quieres que te descubran».

—Mar —me llama y volteo a mirarlo—. Ve a casa.

—Si me voy me sentiré peor, por favor...

Y era cierto. No soportaría quedarme en un lugar sin hacer nada más que pensando en lo cruel que puede ser Aedion o en el problema del bebé.

—Está bien, pero tienes tarjeta verde para decirme que quieres irte a casa y poder hacerlo.

Le agradezco y salgo rumbo a su oficina.

Una chica le pasa un vaso de café en cuanto pasamos por el área donde hace unos minutos miré a Aedion. Ni siquiera volteo a ver si esta por ahí, solo camino, sintiéndome molesta y patética.

Entro a la oficina con mi jefe y me indica que le ayude a clasificar algunos casos mientras él atiende un par de llamadas.

Me siento en una de las sillas de su escritorio y empiezo a hacer lo que me pide con el fin de olvidarme por un rato de lo que ha estado pasando.

Entro al departamento con mi malhumor hasta el tope.

Me duele la cabeza y los pies me están matando por usar estos estúpidos tacones.

Lucian y Amelia están en el sofá conversando, se escucha la voz de Raymond en la cocina y ni idea de donde está Aedion. No quiero ni verlo.

—Por fin llegas —dice Amelia en cuanto me ve.

Me quito los tacones y los sostengo con mis manos.

—Iré a cambiarme —les digo con mala cara.

—Prepararé la mesa para cenar —dice Lucian y se levanta de un salto.

Camino hacia mi habitación y me topo con Aedion saliendo de la suya. Paso por su lado, fingiendo que lo ignoro, pero en el fondo con las ganas de gritarle lo idiota que es.

Cierro la puerta con cerrojo y me quito el vestido de inmediato.

Camino desnuda por la habitación y pongo una canción en mi teléfono a todo volumen.

Maldita Judith.

Siempre la vi coqueteándole, pero nunca pensé que Aedion le haría caso.

Las ganas de llorar me invaden y suelto lágrimas en cuanto la canción Traitor de Olivia Rodrigo empieza a sonar.

Voy al espejo de la habitación y me pongo de perfil para ver mi abdomen, que ha crecido por el embarazo y ha empezado a notarse bastante.

"And ain't it funny how you ran to her
the second that we called it quits?
And ain't it funny how you said you were friends?
Now it sure as hell don't look like it..."

Esta parte me recuerda a André.

"You betrayed me...
And I know that you'll never feel sorry
for the way I hurt, yeah..."

Canto con sentimiento a Aedion, y supongo que son las hormonas del embarazo, pero tengo un coraje hacia André y Aedion como nunca antes.

"Guess you didn't cheat but you're still a traitor..."

Me deshago la coleta y voy hacia mi armario a sacar un short de pijama y un top para

dormir.

Tomo papel de baño y me limpio la cara y la nariz mientras me miro en el espejo.

No puedo creer que algo esté creciendo dentro de mí. Es tan extraño e irreal…

Llevo 8 semanas y ya no puedo con mi vida. Quién sabe qué me espera después.

—La mesa está lista —escucho la voz de Amelia del otro lado—. Sal a cenar.

El estomago me gruñe.

—No tengo hambre —miento, pero no quiero ver a Aedion.

De hecho, no quiero ver a nadie.

—¿Segura? —pregunta.

Mi estómago me pide a gritos que acepte salir, pero mi orgullo me detiene.

—¿Que hay de cenar? —pregunto, con las manos en la barriga.

—Compré comida china —dice y una sonrisa me aparece en el rostro sin permiso—. Y he comprado helado de vainilla y chocolate.

Me miro en el espejo y me limpio las mejillas con la mano.

—Ya voy —termino cediendo.

Recompongo mi postura, apago la música de mi teléfono y antes de salir respiro profundamente para armarme de valor.

Al llegar a la mesa veo a todos sentados, así que tomo asiento junto a Lucian. En la televisión de la sala está puesto el fútbol y los chicos están mirándolo completamente embobados. Amelia me pasa una cajita con comida china dentro y empiezo a comerla con palillos.

—¡Casi! —exclama Raymond, al mirar que iban a meter un gol.

Pongo los ojos en blanco y miro mi comida mientras me la llevo a la boca. Todo me sabe a gloria. Pongo mi mirada en uno de los rollos primavera que están en el centro de la mesa y estiro mi mano para tomar los últimos dos, pero al hacerlo mi mano roza con una mano y al levantar la mirada veo que es la mano de Aedion. Tomo los rollos mientras lo miro mal y luego regreso mi mirada a la comida.

Que ni crea que dejaré que me quite mi comida.

—¿Cómo te ha ido con Cole? —me pregunta Amelia, ganándose la atención de Lucian.

—Bien —respondo, sumergida en el delicioso sabor de mi rollito.

—¿Y que tal Elijah? He escuchado que es un buen jefe —comenta la rubia, haciendo que todos pongan atención a la conversación.

—Es bueno con quien le interesa —habla Lucian.

—He visto que es bueno con Ann —comenta Raymond—. El otro día que íbamos rumbo a la junta venían conversando como si fueran amigos de toda la vida.

Mi cerebro hace clic.

—Es lindo —comento y la mirada de Amelia hacia Aedion me hace querer sonreír—. Tengo que ser buena y amigable con él para ganarme su confianza.

—Ya sabía yo —dice Amelia, sonriendo nerviosa—. Todo es por la misión.

—Pero es lindo. —Me encojo de hombros.

—¿Qué es lo que tengo que hacer para que hables así de mí? —me pregunta Raymond.

Sonrío.

—Raymond, somos amigos, basta —dice Amelia.

—Sí, Ray, somos amigos —añade Lucian.

Dejo de lado la comida y me pongo de pie.

—Les traeré helado.

Camino hacia la cocina y al entrar voy hacia el refrigerador. Saco el bote de helado y empiezo

a repartir bolas en unos recipientes de vidrio.

Estoy furiosa, llena de coraje, y sé que está mal, pero es como si todas mis emociones estuvieran duplicadas.

Volteo hacia el marco de la puerta cuando siento que alguien esta ahí y pongo los ojos en blanco al ver que es Aedion.

—Angeline, tenemos que hablar.

—No quiero —le digo, arrojando con fuerza una de las bolas de helado hacia el recipiente.

—Lucian y Amelia sacaron a Raymond para que pudiéramos hablar —dice—. Deja de hacer eso y presta atención.

No le hago caso.

—Pero yo no quiero hablar contigo, entiéndelo.

—Mi madre sabe que estás trabajando conmigo —dice.

—¿Y qué? ¿Por eso estás actuando como un idiota? —Me meto una cuchara con helado a la boca.

—Creo que no has entendido la gravedad de las cosas.

—Sí, sí, ya sé que tienes problemas con mamá, pero no justifiques con eso tu maldito comportamiento.

—¿Cuál comportamiento? —volteo a mirarlo.

—No quiero hablar, Aedion —bufo y vuelvo a poner mi atención en el bote de helado.

—No pasó nada con Judith, Angeline —dice y el corazón se me acelera.

—No te estoy pidiendo explicaciones.

—Yo te las estoy dando porque quiero.

—Pues no me interesa lo que digas.

Ambos guardamos silencio unos segundos y luego él es el primero en hablar.

—No podemos seguir haciendo esto —dicta y volteo a mirarlo.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—A lo que sea que tenemos.

Algo en mi interior se rompe.

—¿Qué se supone que tenemos? Desde un principio dijiste que solo era sexo.

—Pues ahora ya ni eso.

«Anda, díselo».

—Estoy de acuerdo, ni creas que voy a dejarme después de que lo hiciste con tu secretaria. —Hago una mueca para no ponerme a llorar.

—Me da gusto que lo entiendas —habla—. Y espero que también entiendas que esta será tu última misión conmigo.

Los ojos se me cristalizan y lo miro con todo mi dolor reflejado en ellos.

—Bien.

Se va y volteo a ver el bote de helado.

Las lágrimas empiezan a brotar y el dolor en mi pecho se va haciendo cada vez más y más grande.

CAPÍTULO 43

La verdad

Aedion

Abro la puerta de la oficina.

El ambiente se siente aburrido, como siempre. Odio tener que fingir que trabajo haciendo esto.

Cierro la puerta a mis espaldas y voy a sentarme en el sillón que tengo junto al ventanal.

Elijah debe enviarme los expedientes hoy. Han pasado tres días desde que acordamos que lo haría y no he querido presionar para no levantar sospechas.

Angeline se hará cargo de revisar si los expedientes que envía son copias o los originales. Todo está por terminar y me alegra que haya salido bien y sin complicaciones. Aunque, seguro, cuando nos vayamos empezarán a buscarnos como locos.

No cualquiera se burla de la Interpol, y la mafia roja lo ha hecho ya demasiadas veces.

Me quedo mirando los edificios por un par de minutos hasta que la puerta de la oficina es abierta.

—Buenos días —Elijah entra y toma asiento frente a mi escritorio—. ¿Qué tal estuvo ayer? —pregunta con una sonrisa.

—Todo estuvo bien —respondo, fingiendo una sonrisa.

Este tipo me cae tan mal que me gustaría meterle un tiro en la cabeza.

—¿Cogía bien? —pregunta y tengo que reír para no perder el control.

—La verdad es que sí.

—Te dije que ella era una estrella en el sexo —dice, orgulloso.

Ayer, luego de dejar a Angeline en la habitación del hotel, fui al bar y de mera casualidad me encontré con Elijah, Judith y una amiga. No es un secreto que la mayoría de las mujeres quieren tener una noche de sexo conmigo, y Judith ya llevaba días queriendo seducirme.

Y como tengo que socializar con este hijo de puta, dejé que Judith me diera un par de besos en el cuello. Pero luego comenzó a amanecer y Elijah sugirió que nos fuéramos a la instalación, y que cogiéramos ahí para que "no se nos hiciera tarde". Pero, al llegar tuve que darle una taza de café y hacer de niñero; y una vez que estuvo cuerda tuve que amenazarla para que fingiera gemidos y creara toda una historia de sexo.

La puerta de la oficina se abre de nuevo y aparece la pelinegra con varios papeles en la mano.

Su falda corta y blusa escotada me pican la lengua.

—Aquí están los expedientes. —Angeline le pasa una carpeta y Elijah la toma.

—Gracias, preciosa —le dice, pero su tono no me gusta nada.

Detesto que ni siquiera me mire o me hable, es mil veces peor que cuando la tenía gritándome y vociferando mil palabrotas.

—También le he traído un café —le pasa un vaso, y ni siquiera es de los que se sirven aquí en la oficina, parece que lo ha comprado en alguna cafetería—. Tiene chocolate.

—Justo como me gusta —dice y aprieto la mandíbula.

—¿Y a mí no me has traído nada? —le pregunto.

—Me he olvidado —hace una mueca—. Buscaré a Judith y le diré que venga a dejarle uno.

Sonrío sin ganas.

—Qué curioso —añado—. En tan poco tiempo ya hasta conoces como quiere su café —

Angeline me sonríe—. Ojalá Judith fuera así de dedicada.

—Mar es mi mejor empleada, Sebastián —comenta Elijah—. Es como un Ángel.

—Yo creí que Judith lo complacía en todo, señor Zimmerman —dice la pelinegra y tan solo escucharla decir otro apellido de otro hombre que no sea yo me pone de mal humor.

Finjo una sonrisa y decido ya no responder.

Angeline se va y al darse la media vuelta me fijo en Elijah y en su manera de mirarla. Tengo que contener todo mi coraje y ganas de torturarlo de mil maneras cuando lo veo mirarle el culo con descaro.

—¿Tienes algo con ella? —le pregunto sin pensar.

Recuerdo las palabras de Angeline en la cena de anoche. «Es lindo». Sí, claro, porque actúa de manera diferente con ella.

—No, pero quiero tenerlo —suspira—. Es tan bella, carismática e inteligente...

Me levanto al terminar de escucharlo y voy a servirme whisky.

—Parece que ha tenido el privilegio de enamorarte —sigo, y me regaño mentalmente.

Solo me hago enojar a mí mismo.

—¿Enamorarme? No, yo no me enamoro —dice y eso si me hace sonreír de verdad.

Mira que yo decía lo mismo y terminé comiendo pastelillos con chispas, llevándola a cenar, comprándole mil joyas, durmiendo en las noches con ella, dedicándole canciones, y rechazando un montón de polvos solo por ella.

—Entiendo —digo.

—Te dejo los expedientes para que los analices —suspira y se pone de pie—. Me harías un gran favor si se los pasaras a algún contacto de confianza que nos pueda ayudar.

Me los entrega.

—Me los llevaré a casa para analizarlos mejor por la noche —digo.

—Está bien —dice.

Se da la media vuelta y al abrir la puerta aparece Judith. Elijah la saluda y luego pasa por su lado. Trae un vaso pequeño de café en las manos. Pongo los ojos en blanco y suspiro pesadamente.

—Marjorie dijo que querías café —dice con una sonrisa.

Dos días más han pasado y parece que el dolor en mi pecho se aferra a quedarse y hacerse más grande.

Ayer me he terminado la última botella de whisky y ahora ya no sé que mierda beber.

¿Por qué no dejo de pensar en ella? La tengo tan cerca y a la vez tan lejos. «Maldición», tengo mucha rabia.

Mi teléfono suena y aparece el nombre de mi padre en pantalla. Desvío la llamada y dejo salir un suspiro pesado.

Si hablar con mamá me hizo sentir una basura, no quiero imaginar lo que escucharé salir de la boca de papá.

Me rehuso a hablar con él por ahora, si lo hago probablemente empeore mi situación.

Me levanto del sofá y voy a la cocina a prepararme una taza de café; sin embargo, en cuanto el líquido toca mi boca me da un asco horrible. Hago una mueca y aviento el contenido al lavabo.

Este café es una mierda.

—¿Qué haces? —Me pregunta Lucian, entrando a la cocina.

—Aquí horneando un pastel, ¿y tú?

—Vale, cabrón, ya vi que estás de malas.

—Es que tengo hambre —miento.

—Ya te dije que vengas con nosotros —insiste—. Vamos a ir a un bar, seguro habrá algo de comer ahí.

—No me apetece salir, Lucian.

—Te quedarás solo. ¿Estás seguro?

—No me pasará nada si me dejan solo.

—Como quieras entonces —se rinde.

—¿Dónde está Angeline? —pregunto.

—Aún no llega —responde.

Me cruzo de brazos.

—Pero si su hora de salida fue hace una hora.

—Seguro se quedó con Elijah —se encoge de hombros—. Tranquilo, macho, esa chica sabe cuidarse sola.

No lo dudo, pero Elijah no me inspira confianza.

Me da un par de palmadas en la espalda y me sonríe de boca cerrada.

—Dile a Amelia que la llame para saber si se encuentra bien.

—Son las ocho de la noche, seguro está bien. —Lo miro mal—. Pero te haré caso.

—Gracias.

Sale de la cocina y mientras busco algo en el refrigerador Lucian regresa.

—Está apagado su teléfono —dice y tenso la mandíbula—. Pero ha mandado mensaje hace unos minutos avisando que está bien, así que tranquilo, solo se le descargó el celular.

—Ok —digo—. No lleguen tarde.

—No será una noche loca, solo iremos a pasarla bien unas tres horas, tranquilo papá —bromea y se va.

Escucho la puerta del departamento cerrarse y el silencio inunda el lugar.

No sé qué voy a hacer para pasar el maldito rato.

Tomo varios jugos de cartón y me los llevo al sofá. Enciendo la televisión y pongo una de las películas de Netflix. Mientras pasan los minutos me voy bebiendo los jugos, pero necesito comer algo o beber más. No sé si sea ansiedad o hambre, pero no me siento tranquilo.

Me siento mal.

Es un sentimiento que desde hace mucho no tenía, sin embargo, tengo muy claro cuál es la razón.

Ella me tiene mal, siempre me tuvo a sus pies y desde un principio algo me decía que estaba jugando con fuego, y ahora puedo confirmarlo.

No ha pasado ni una semana y cada vez más voy sintiendo que no respiro. Me siento fuera de lugar y no me gusta. No me gusta sentirme alejado de ella. No me gusta sentirme enojado con ella. Y tampoco me gusta que ella esté llorando por mi jodida culpa.

Me enfurece tener que estar entre la espada y la pared.

Pasan alrededor de dos horas y me siento morir en el sofá del departamento.

Siempre creí que el peor sentimiento era el de soledad, pero no lo es. El peor sentimiento es saber que probablemente lastimaste para siempre a tu alma gemela.

No me gusta tener que verla escuchando todas esas canciones tristes que pone cuando se encierra en su habitación e imaginarla llorando hasta quedarse dormida. Y tampoco me gusta tener que ver sus ojitos sin ese brillo que siempre los caracterizaba.

Podré ser la peor persona del mundo y los demás podrán odiarme y decirme lo que quieran,

pero solo yo sé lo que sufro cada minuto que paso pensando en ella y en la extraña relación que llevábamos.

La puerta del departamento se abre y me encuentro con una Angeline cansada, quitándose los tacones y haciendo muecas mientras se masajea los talones.

Quiero preguntarle dónde estaba y reclamarle el estar tan tarde en la noche en las calles con el celular descargado, pero me detiene el maldito miedo de que vaya a ignorarme.

Sus ojos se posan en mí por un instante y luego se desvían a otro lado. Toma sus tacones y camina hasta su habitación, donde cierra la puerta hasta con cerrojo.

«Mierda».

Esto solo me hace sentir peor conmigo mismo y mucho más enfadado con mi madre.

«Si esa perra sigue ahí te juro por los mil demonios que te asesinaré junto con ella», recuerdo su amenaza. «Si no la asesinas tu padre y yo estaremos decepcionados, y te prometo que yo misma me haré cargo de quitarte la corona y destruir a esa chica».

Mi cuerpo se tensa y me pongo de pie con rabia.

Salgo al balcón y saco mi cajetilla de cigarros. Enciendo uno y lo fumo mientras trato de calmarme mirando a las personas pasar por la acera.

Mi celular vuelve a sonar y de nuevo desvío la llamada al ver que se trata de mi padre.

Siento que la cabeza me explotará en cualquier momento.

—Encontré esto dentro de la oficina de Elijah y de otros agentes —escucho la voz de la pelinegra y rápido volteo a mirarla—. Son copias de nuestros expedientes.

Mi corazón se acelera al ver que me está hablando.

—¿Las has traído todas? —le pregunto.

—Solo algunas —responde—. Las demás las he quemado en un bote de basura que les da calor a los indigentes.

—¿Supiste si los expedientes que me dio Elijah eran los originales?

—No lo son, son copias, no es nada estúpido —responde y asiento.

Ni siquiera tengo ganas de hablar de trabajo, solo quiero llevarla al sofá, follarla y después mirar alguna cosa en la televisión.

—Pero la habitación que permanece cerrada es el lugar donde guardan todas esas cosas —explica—. Ya tenemos la contraseña, mañana veré si puedo entrar.

—Lo discutiremos después, aún no estoy seguro de si sea una buena idea que vayas tú.

—Lo será —habla—. Solo necesitaré que distraigas a Elijah y que Lucian vigile los alrededores.

—Bien —respondo, pero no muy seguro—. Mañana lo hablaremos.

—Está bien —dice sin más y se da la media vuelta.

Aviento mi cigarrillo y camino detrás de ella sin poder pensármelo antes. Es como si mi cuerpo accionara automáticamente.

—¿Quieres cenar algo? —le pregunto.

—No, gracias.

—¿Segura? Puedo prepararte lo que tú quieras —insisto.

Se da la media vuelta y me mira con sus ojos cargados de furia.

—No quiero cenar nada contigo, Aedion.

—¿Por qué no? —trago saliva.

¿Es en serio? ¡Qué idiota!...

—Por que no me da la maldita gana.

Sigue camino hasta su habitación y segundos después la escucho azotar la puerta con rabia.

Me quedo de pie, mirando por donde se fue.

La presión en mi pecho es incómoda. Me dan ganas de seguirla y hablar con ella. Explicarle las cosas.

Entro a la oficina de Elijah y lo veo sentado tras su escritorio hablando por teléfono. Tomo asiento frente a él.

Angeline se encuentra a su lado acomodando carpetas sobre uno de sus estantes.

Mi mirada se posa automáticamente en su falda, la cual se alza cada vez que se pone de puntitas.

«En serio tengo que decirle algo sobre eso».

Pongo los ojos en blanco y ella nota mi acción, pero tan solo me fulmina con la mirada.

Creo que lo hace a propósito.

—Mi querido Sebastian, ¿cómo estás? —pregunta Elijah una vez que cuelga la llamada.

—Bien, ¿y tú qué tal? —le sonrío.

—Bastante bien —responde.

—He mandado ambos expedientes a mis compañeros de la otra central, verás que nos ayudarán —comento.

—Te lo agradezco muchísimo.

—En cuanto sepa alguna cosa vendré a avisarte —me pongo de pie—. Estoy seguro de que sus identidades serán muy fáciles de encontrar.

—Esperemos —suspira—. Llevo semanas tratando de averiguar, pero nunca se dejan ver. Son muy sigilosos.

Asiento con la cabeza, dándole la razón.

—Perdón por interrumpir —habla Ann—. Pasaré al sanitario y de paso le traigo un vaso de café, ¿qué dice? —pregunta con una sonrisa.

Conozco esa expresión, es la que pone para conseguir lo que quiere. Luce sexy, tierna y coqueta. ¿Cómo es posible que alguien le diga que no con semejante rostro?

—Bien —responde su jefe, mirándola como pendejo.

Este ya cayó.

La pelinegra me mira, pero la diferencia es que la mirada que me lanza parece estar ardiendo en llamas.

—¿Y a usted? —pregunta un poco brusca—. ¿Le apetece un café?

Medio sonrío.

—Sí, por favor.

Se va sin decir más y sé que el plan se ha puesto en marcha.

Angeline.

Camino normal, fingiendo que me dirijo hacia los sanitarios. Siento una que otra mirada sobre mí, pero no son más que los tarados a quienes les gusta mirarme las piernas.

Es curioso que a pesar de trabajar en la Interpol hagan este tipo de cosas.

Es incómodo y asqueroso que, aunque voltee a mirarlos, sigan viéndome con descaro, como si no tuviera derecho a reclamarles esa mirada tan invasiva.

Subo las escaleras hasta la planta de arriba, donde Lucian trabaja en los laboratorios.

Me mira caminar a lo lejos y me indica con la mano que prosiga.

Volteo a ver el pasillo a mis espaldas y al verificar que no hay nadie mirando, sigo mi camino hasta la puerta del fondo.

Miro la palma de mi mano donde he apuntado el código y lo pongo rápidamente. Se escucha

cómo el cerrojo se ha quitado y la puerta se entreabre.

Entro y cierro la puerta.

Son varios estantes llenos de cajas, y supongo que dentro deben haber miles de expedientes o piezas clave de crímenes importantes.

Lucian explicó que debía buscar en fechas de este año, así que eso empiezo a hacer, aunque estoy segura que me tomará mucho tiempo y a lo sumo tengo diez minutos.

Rápido empiezo a buscar en uno de los estantes, donde me encuentro con fechas del año pasado.

Pasan alrededor de cinco minutos y aún no encuentro nada.

Empiezo a recordar aquellas fechas en que Andrea trabajaba con nosotros. Fue hace como tres meses, por mayo o junio.

Busco en mayo y nada, pero al buscar en junio los encuentro.

«EXPEDIENTES MAFIA ROJA» y detrás hay otra carpeta que dice ***«EXPEDIENTES MAFIA AZUL».***

Los tomo ambos y mientras cierro el cajón de donde los tomé, escucho que el cerrojo se abre.

Entro en pánico y guardo ambas carpetas dentro de mi vestido, sujetándolas con mi ropa interior.

Escucho los pasos de alguien entrando y me muevo de lugar, escondiéndome entre los estantes.

Veo que alguien camina hacia donde yo me encontraba y aprovecho para caminar con cuidado hacia la puerta.

Al llegar veo que para abrir la puerta también tengo que poner una contraseña, así que intento con la misma que he puesto afuera, pero no funciona.

Empiezo a ponerme mal y me fijo en aquel lugar donde vi que el tipo se fue.

Entonces la puerta se abre nuevamente, me escondo detrás de ella y veo entrar a otro hombre.

Sin pensarlo, tomo la puerta antes de que cierre y veo al hombre alejarse de mí.

Suspiro aliviada y saco las carpetas de mi vestido, al notar que en cualquier momento se me podrían caer.

Salgo sigilosamente, pero al hacerlo, me topo con Paty, la administradora del edificio.

—¿Qué haces ahí? —pregunta de mala gana.

Siento que las piernas me tiemblan, pero me mantengo firme.

—El señor Edwards me mandó por unos expedientes —respondo.

—No te creo, niña, ¿qué expedientes?

—Los expedientes de Angeline Mikaelson y Aedion Lorcan —respondo—. Si no me cree puede ir a decirle, no me interesa, pero a él sí, y sabe como es cuando lo hacen perder el tiempo.

La miro mal, esperando intimidarla un poco, y al final creo que lo logro.

—Está bien, pero primero tienes que notificarme antes de entrar.

—Bien.

Camino con paso decidido hasta las escaleras, pero una vez ahí acelero el paso.

Llego hasta mi pequeño cubículo, hago como si estuviera ordenando varios papeles y, en cuanto puedo, meto ambas carpetas dentro de mi bolso.

Voy hacia las maquinas de expreso y preparo dos cafés, y justo cuando los llevo, Elijah y Aedion van saliendo de la oficina.

—Aquí tienen —les paso su vaso con una sonrisa—. Lamento la demora.

—Está delicioso, preciosa —me dice Elijah.

Sonrío con burla al ver que Aedion lo mira mal.

—Gracias.

Aedion no me dice nada, solo se despide de Elijah y se va hasta su oficina.

Me gusta que vea a otros hombres admirar lo que el dejó ir. Eso lo hará arrepentirse toda su vida.

Al llegar a casa lo primero que hago es quitarme los malditos tacones. Creo que nos hemos vuelto enemigos desde hace unos días, ya que no dejan de apretarme los pies.

Amelia se encuentra viendo la televisión mientras se soba los tobillos, me acerco a ella y me siento a su lado.

—Estoy muy adolorida —le digo.

—¿Tienes los expedientes? —pregunta, ignorando mi comentario.

Saco las carpetas de mi bolso, y ella toma la suya para comenzar a leerlo.

Tomo el mío y hago lo mismo; está mi nombre, edad, fecha de nacimiento y los nombres de mis padres. Viene escrito el color de mi cabello y de mi tez, pero no el color de mis ojos.

Voy cambiando de hoja y me quedo mirando varios dibujos sobre la que podría ser mi cara. «Claro, como no tienen fotos tienen que dibujar».

—Gracias a Dios ninguna se parece a mí —digo.

Amelia se asoma a ver los dibujos y sonríe.

—En este tienes una nariz enorme —se ríe.

—Creo que me han dibujado con rasgos muy similares a los de mi padre.

Le da vuelta a la hoja para revisar otro de los dibujos y su expresión cambia. Su semblante se vuelve serio y me pone en alerta.

—En este eres idéntica —habla y le arrebato el dibujo.

Es el único que está a color y el único que parece haber sido hecho e impreso digitalmente.

El cabello lo han dibujado negro, el color de piel es igual al mío, la boca pequeña, la nariz fina, las cejas un poco gruesas... todo tal cual.

—Crees que... —empiezo a decir, con el ceño fruncido.

—Yo creo que ya sabe quién eres, Ann.

Un escalofrío me recorre completa de tan solo pensarlo.

¿Y ahora qué?

CAPÍTULO 44

Crucial

Angeline

Corro rápido hacia el baño en cuanto siento la primera ola de vómito recorriendo mi garganta.

Las arcadas son molestas y me obligo a cerrar los ojos para no ver lo asquerosa que debe ser la escena.

¿Desde hace cuánto sabrán mi verdadera identidad?

Mi cabeza es un desastre y mis emociones un torbellino.

—Angeline, ¿estás bien? —pregunta Amelia, del otro lado de la puerta.

Termino y me pongo de pie mientras recobro la normalidad de mi respiración.

—Sí, todo bien —respondo.

Siento un fuerte mareo que me nubla la vista y me tengo que sostener del lavabo para no caerme. Un dolor punzante y molesto me empieza a dar en la cabeza y cierro los ojos mientras me digo que todo estará bien, que todo se solucionará, que esto no puede ser verdad...

Me enjuago la boca ya un poco más tranquila y abro la puerta. Me encuentro con Amelia mirándome con preocupación. Estoy a punto de decirle algo cuando escucho abrirse la puerta del departamento.

Una corazonada me dice que es Aedion y el pecho se me comprime al sentir aquel impulso que he reprimido estos días.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pregunto a punto de llorar, ella siente con un movimiento de cabeza—. Llévate a Lucian y a Raymond, necesito hablar con Aedion.

—Por supuesto, Ann —responde seriamente—. Estaré fuera del departamento por si necesitas algo.

—Gracias.

Aedion aparece en nuestro campo de visión y Amelia pasa por su lado sin decir nada.

A la mierda, siento que no puedo respirar por tantas presiones que tengo encima, y la más pesada es el secreto del bebé. ¿Qué más da? Si no lo quiere de todas maneras me iré, pero es su estúpido padre y quiero que las cosas queden claras una vez que salga de aquí.

—Hola —le digo.

Paso saliva sonoramente y me miro los pies nerviosa.

—Hola... —dice él.

—Tenemos que hablar —digo y siento que el corazón se me va a salir del pecho.

Camino hasta mi habitación y escucho sus pasos detrás de mí. Mantengo distancia a la hora de voltear a mirarlo y me cruzo de brazos.

—Tengo muchas cosas que aclararte, Ann... —empieza a decir—. Pero necesito que me escuches.

—Creo que las cosas están más que claras, Aedion.

—No —avienta su chaqueta hacia la cama—. Las cosas no son como crees.

—¿Ah, no? —me molesto—. ¿Acaso no dijiste que querías dejar lo que teníamos solo porque tu madre nos ha descubierto? ¿No ibas a mandarme a mi hogar luego de esta misión? Porque lo que dijiste en la cocina no se me va a olvidar —hago un puchero involuntariamente mientras las lágrimas se me resbalan por las mejillas.

Da un paso hacia mí y yo doy uno hacia atrás.

—Mi madre está loca, Angeline —dice—. Y quizá está mal hablar así de ella, pero es lo que es —suspira—. Por su culpa se fueron dos de las personas que más amaba... Solo me queda la mafia roja y ahora también ha amenazado con quitarme eso —noto que sus ojos se humedecen.

«Yo te conocí cuando era un niño y desde el primer momento me atrapaste, Angeline. Todos en mi familia hablaban porquerías sobre ti y tu familia; es por eso que traté de sacarte de mi cabeza, pero sé que hasta tú sabes que tienes un don para meterte en la mente de los demás y que es imposible encontrar una cura que pueda hacerte desaparecer. Cuando te secuestré quise asesinarte, ¿pero sabes que?, no pude hacerlo, y te convertiste en la primera persona que había sobrevivido a Aedion Lorcan. No quise que nadie te tocara, que nadie te hiciera daño, porque siempre quise protegerte. Me aferré a la idea de que eras mala, de que eras de lo peor y me propuse un plan para acabar contigo, pero no funcionó, porque justo cuando creí que no sentía nada por ti, tu padre me hizo hacer una promesa de sangre, y desde entonces mi único objetivo es mantenerte a salvo, aunque eso signifique que tenga que mantenerte alejada de mí para que mi madre no te haga daño.»

Me quedo mirándolo estupefacta.

Siento que las rodillas me tiemblan, que el mundo a mi alrededor da vueltas y mi mente simplemente no puede asimilar lo que acaba de escuchar.

—¿Querías lastimarme? —le pregunto con tono firme.

—Sí —suspira—. Yo quería destruir a tu familia por lo que le hicieron a la mía.

—O sea que desde un principio me engañaste. —Le apunto con el dedo—. Ahora entiendo mejor las malditas cosas —lo miro con desprecio.

—¿Qué? —frunce el ceño—. ¿Me estás escuchando?

—Pero claro que debías tener un plan detrás de todo esto. —Camino de un lado a otro—. Y luego sales con que me proteges de todo mal cuando tú eres quien más me ha dañado. —Lo miro dolida—. Vaya forma de cuidarme.

—¿Quieres dejarme acabar? —Pregunta frustrado.

—Si no me queda otra, entonces hazlo. Pero dime algo razonable, Aedion, porque de verdad lo único que has hecho hasta ahora es confundirme más.

—Tu madre fue la amante de mi padre y por culpa suya mi madre perdió a un bebé. Y gracias a eso mi padre se fue y nos dejó con ese monstruo —empieza a llorar—. ¿Sabes todo lo que tuve que soportar luego de eso? Miles de noches recibiendo golpizas por parte de mi tío y mi madre, miles de horas encerrado sin comer solo por haber defendido a mis hermanos. No dormía porque me daba pánico hacerlo y que alguien me visitara en la noche para quemarme el pecho con cigarrillos...

No puedo evitar las lágrimas, sin embargo, me mantengo en mi sitio de brazos cruzados.

—Veía a mi padre pocas veces al año y aunque me llamaba cada noche siempre estábamos siendo amenazados para que no dijéramos cómo era que nos trataban. Yo crecí con rencor hacia tu madre y familia porque todos los días escuchaba miles de horrores sobre ella, me inculcaron desde el principio que eran los peores. ¿Y cómo no iba a pensarlo?, tu madre se metió en mi familia y la destruyó, no le importó nada.

—Lamento mucho eso... —me atrevo a hablar, pero me interrumpe.

—Mi padre se enteró de algunas cosas después y fue cuando nos sacó de esa casa de locos —suspira—. Luego ocurrió lo de Camila y esa fue la gota que derramó el vaso. —Lo veo desabrocharse poco a poco los botones de la camisa—. No quiero que te haga daño a ti, Ann. Aunque no lo creas, mi madre es muy peligrosa.

—No puedo creer que tengas una madre así —digo—. No sabía lo que había hecho mi madre,

te lo juro, y sé que estuvo mal, pero ni tú ni tus hermanos tenían la culpa de eso. Tu madre nunca tuvo por qué tratarte así.

—Eso lo sé, y créeme que ya no voy hacer nada en contra tuya o de tu madre, pero no voy a negar que sí le guardo rencor a ella.

—¿Por qué nunca hablaste de esto conmigo? Hubiese sido más fácil comprender todo esto.

—¿Qué iba a decirte, Ann? —pregunta incrédulo.

Arroja su camisa al piso y me obligo a mirar su rostro para no distraerme con otras partes de su anatomía.

Me cuesta asimilar que mi madre haya hecho semejante cosa. Quizá por eso nunca supe por qué los Lorcan y nuestra familia se odiaban a muerte. Sabía que era por algo malo, pero... ¿mi madre había intentado quitarle la vida a un bebé?, no... no lo habia intentado, lo hizo.

La mera idea me hace tocar inconscientemente mi vientre.

—Solo necesito que me respondas algo —me acerco a él—. Todo lo que me has dicho sobre nosotros, sobre mí... ¿es verdad? —trago saliva sonoramente, sintiendo mi corazón latir desbocado por el temor que le tengo a su respuesta.

Me mira a los ojos y trato de buscar en ellos alguna pista sobre lo que va a decir.

—¿Quieres que te cuente un secreto, Liebe? —murmura, cerca de mi rostro.

—Sí... —respondo de la misma manera—. Porque yo también tengo que contarte algunos.

Una sonrisa ladina aparece en su rostro y sonrío también.

—Créeme cuando te digo que me gustas —sus dedos rozan mis mejillas—. Tan tierna, tan impaciente, tan valiente, tan enojona, tan chillona o atrevida... me gustas mucho, Liebe, aunque a veces seas tan loca.

—Me harás llorar todavía más, ¿eh?... —advierto.

Siento mi corazón estrujarse y las mariposas en mi estómago revolotean sin parar. Todas sus palabras se calan en mis huesos y de nuevo, por un momento, me sumerjo en esa sensación de paz que solamente él me da.

—Perdóname por a veces no entender tu locura —prosigue.

—Si te soy sincera, creo que eres la primera persona que realmente conoce mi verdadero yo y que me acepta —comento—. Aunque déjame decirte que tú también estás loco.

—Sí, Liebe, estoy loco por culpa tuya —me toma de la cintura—. Sin embargo, no me preocupa, por que hay algo en ti y en tu manera de abrazar mi locura que se asemeja al paraíso trayendo paz a mi infierno.

—Muy poético —sonrío.

—Solo me sale serlo contigo.

—¿Qué tan lejos estamos de estar cerca? —pregunto.

—No quiero que mi madre te lastime, Liebe.

Sigo enojada y también muy sensible, puedo atribuirlo a que son las hormonas ,pero aún sin un embarazo encima estoy segura de que me dolería igual la situación.

Es comprensible pero eso no lo hace menos doloroso.

Quiero decir... Aedion tiene un problema, uno muy grande: su madre. No es normal lo que él vivió y mucho menos lindo, así que entiendo que ella es su más grande temor.

Ahora veo que hasta el mismo heredero de la mafia roja le tiene miedo a algo, o más bien, a una persona a la que nadie se imaginaría que le teme.

Mi rayito de esperanza me dice que quizá haya oportunidad de arreglar las cosas con él. Después de todo, su madre lo sabe y estoy segura que muy pronto también mi familia lo sabrá.

Y si no quiere hacerlo... no importa, mínimo me quedaré tranquila sabiendo que lo intenté.

Así que diré lo del bebé y llegaremos a un acuerdo.

Siento que la cabeza me explotará por tanta presión, pero también siento ese impulso de ser directa y dejar todo atrás si es que las cosas salen mal. Ahora tengo una nueva situación, la cual decidí que traerla al mundo sería algo bueno.

—Tengo algo que contarte, Aedion —digo.

A pesar de sentirme segura y tranquila estando con él, no puedo evitar sentirme nerviosa por lo que va a pasar. La verdad, siento que todo se va a ir a la mierda luego de contarle, pero estoy tratando con todas mis fuerzas de no ser pesimista.

Camino hacia una de mis maletas y tomo la carpeta color crema. Me le planto enfrente y suspiro, tratando de retener las lágrimas, pero me es imposible.

—Quiero que sepas que a partir de este momento tu decisión y palabras son muy importantes —le digo—. Aquí yace el comienzo o el fin de nosotros.

Su expresión se vuelve seria y puedo notar en su cara la preocupación y curiosidad de mis palabras. Le entrego la carpeta y retrocedo unos cuantos pasos para darle su espacio.

El corazón en cualquier momento se me saldrá del pecho o quizá hasta deje de latir. Me limpio el sudor de las manos en la falda mientras miro al espécimen estudiar las ecografías.

—Tengo nueve semanas —hablo, aunque con la voz más temblorosa de lo que imaginé que saldría.

Miro mis pies en cuanto lo veo caminar hacia mí, incluso hasta he dejado de respirar.

Toma mi cara entre sus manos y me hace mirarlo.

—¿Cuándo te enteraste de esto? —pregunta.

Mis ojos miran los suyos y en ellos solo veo el desespero.

—Me enteré hace una semana —empiezo a decir—. Nunca sospeché nada porque tomaba las pastillas anticonceptivas —hablo muy rápido—. Sé que quizá digas que no a esto, y que tenemos que ir por caminos separados pero...

Ni siquiera me deja acabar, solo pone su dedo en mi boca para hacerme callar.

—Te equivocas —lo miro a los ojos—. No somos caminos separados... tú eres mi camino, Angeline Mikaelson, y siempre vas a serlo.

Sus manos se posan en mi cintura y me atraen hacia él. Sus labios se unen con los míos y sonrío contra su boca con todas las hermosas sensaciones del mundo enredándose en mi interior.

Hasta hace unos días creía que no podría con este problema. Con 19 años no te esperas salir embarazada, mucho menos si eres alguien que se está cuidando. Pero supongo que Dios y el destino decidieron que las cosas fueran así.

Abortar sí ha pasado por mi mente, me evitaría muchos problemas, pero... otra parte de mí simplemente no quiere hacerlo. Y ahora que Aedion lo sabe todo parece más tranquilo en mi interior.

La mejor cosa que te puede pasar en algún momento de tu vida en que te encuentres perdida, es encontrar a alguien que esté dispuesto a soportar contigo la guerra que sea.

Sus manos se enredan en mi cabello y me pega más a el para hacer más profundo y salvaje el beso.

Despega sus labios de los míos y empieza a repartir besos por toda mi cara, haciéndome sonreír.

—Acabas de darme el motivo perfecto para seguir luchando contra todo esto. —Pega su frente a la mía—. No voy a dejarte sola, Liebe, en lo que tú decidas yo te apoyaré.

Cierro los ojos y deposita un beso en mi frente.

Me siento relajada, como si ya no tuviera ningún problema encima. Sin embargo, aún hay

demasiados asuntos por discutir, pero por el momento me aferro a este breve momento de alivio.

—Entonces... ¿sí quieres tenerlo? —le pregunto.

—Yo podría decirte que sí, pero al final es decisión tuya —responde.

Entonces me entra la duda.

—No tengo corazón como para abortar, Aedion —le cuento—. Pero no voy a poder mentirte; no me siento lo suficientemente lista como para traer a un bebé al mundo, y aunque lo estuviera, creo que no sería el momento adecuado en nuestras vidas. —Puedo ver cierta decepción en su rostro—. Creí que podría salir bien, y la verdad una parte de mí aún quiere seguir con esto, pero hoy he descubierto algo que me ha hecho dudar de todo.

Mi llanto hace que se me corte la voz. Aedion se pone tenso y me obliga a sentarme en la cama.

—Habla, que ya he comenzado a preocuparme —insiste.

—Creo que Elijah sabe de mi identidad —le cuento—. En mi expediente hay diferentes dibujos hechos a mano, pero... hay uno que incluso ha sido ilustrado en formato digital y a color, y ese es idéntico a mí.

Su mirada se pierde, como si estuviese pensando muy a fondo en las cosas. Se pone de pie y se pasa las manos por la cabeza, desesperado.

—¿Ya tienes todo empacado? —pregunta.

—Sí.

—Toma tus cosas, nos vamos ya —dicta y sale de la habitación.

Voy por mis cosas, sin embargo, algo ha cambiado en el ambiente. Se ha vuelto más denso e incluso se me han alterado los nervios. Aedion regresa a la habitación y camino hacia él con mi pequeña maleta sobre el hombro. Veo pasar a Lucian corriendo detrás de él y luego lo veo entrar a su habitación.

—Dame eso —me quita la maleta—. Hablaremos después en el jet.

Asiento y camino detrás de él hasta llegar a la sala, donde Raymond se cuelga la mochila en la espalda.

—¿Qué nuestro vuelo no salía en un par de horas? —pregunta Amelia.

—Cambio de planes.

Ella no dice más y se apresura a ir por sus cosas. Mientras tanto yo miro a Aedion caminar a la cocina y hablar por teléfono.

Tengo miedo, estoy nerviosa, algo se siente mal. «Solo son tus nervios por la Interpol», me digo a mí misma.

Ya hablé con Aedion, ahora solo falta solucionar la otra parte. ¿Que pasará con el bebé? Todo lo que le he dicho es la verdad, no puedo traer a una criatura a vivir junto a nosotros este infierno.

Todo es tan difícil dentro de este mundo que a veces me hubiese gustado vivir otra clase de vida.

Tener mi propia mafia siempre ha sido mi más grande sueño. Sin embargo, me gustaría destacar entre las demás por ser diferente, y con eso me refiero a hacer las cosas bien, sin necesidad de contribuir con drogas, la trata de blancas, etc.

Quisiera robar a aquellos que tienen y que son abusivos. Quisiera vengar a todas esas mujeres que han pasado por abusos. Ayudar a la gente humilde y apoyar a los niños para que no tengan una mala infancia o una mala vida. Suena increíble, pues a ninguna mafia se le ha visto hacer eso, pero yo quiero ser la puta excepción. Que me teman por ser la mujer que está dispuesta a todo con tal de ser justa con los demás.

Y sinceramente con un hijo creo que solo sería más difícil. Porque aparte de temer por mi vida, tendría que temer por la de él, y una vida donde solo vas a estar estresado, encerrado y huyendo, no va a ser vida.

—Las camionetas están abajo —anuncia el tatuado—. Vámonos.

Todos nos apresuramos a salir y bajamos las escaleras de dos en dos. Al llegar a la planta baja Aedion toma mi mano y se apresura a subir conmigo en la parte de atrás de una de las dos camionetas. Lucian, Amelia y Raymond suben también y esta arranca deprisa.

—¿Y la camioneta de atrás? —le pregunto al tatuado al ver que nadie subió en ella.

—¿Qué hay con ella?

—¿Quién va en ella?

—Solo el conductor —responde—. Es para despistar.

Asiento levemente con la cabeza y me pongo a mirar por la ventana.

Aedion en todo momento mira hacia atrás con tal de revisar que no haya nada extraño, pero todo parece ir normal. Ahora vamos en carretera y hace unos minutos vi que dejamos atrás el aeropuerto de Sydney.

—¿Dónde está el jet? —pregunto de nuevo.

—En realidad es un hidroavión —me corrige y frunzo el ceño— y está en Lucky Bay.

—Vi que hay canguros ahí —comenta Ray—. Es considerada muy agradable solo por eso, sin embargo, son pocos los que se atreven a pasar el día o la noche ahí. Los canguros son criaturas a las que les tienen miedo.

—¿Canguros en una playa? —pregunta Amelia, asombrada.

—¿Quieren dejar de hacer esa clase de preguntas y concentrarse? Tenemos a toda una...

Un estallido me hace brincar y pone todos mis sentidos en alerta. Aedion me hace agachar entre los asientos y luego lo veo sacar su arma. La camioneta acelera y otro estallido suena.

Escucho cómo empieza la balacera y miro a Aedion con el fin de que me deje levantar, pero no cede y me empuja para que me quede abajo. La camioneta es blindada, por lo que el ruido de los disparos es amortiguado.

—¡Quédate aquí y no te muevas! —me grita Aedion.

La adrenalina me sube y me veo a mí misma atrapada en plena desesperación al quedarme quieta y no hacer nada.

Aedion y Amelia bajan las ventanas y ambos empiezan a disparar hacia lo que sea que viene detrás de nosotros. La camioneta parece dar vuelta, haciendo que todos nos vayamos de lado, sin embargo, un segundo después vuelven a tomar la misma posición.

Pasan algunos minutos en que lo único que escucho son disparos. Entonces uno de los disparos logra destruir la luneta y es cuando entro en verdadero modo de concentración.

Todos se agachan y yo tomo una de las metralletas que yacen a mi lado. Verifico que estén cargadas y al confirmar me incorporo y apunto rápido hacia una de las llantas de la camioneta que viene detrás.

Lanzo las balas y Aedion me hala para que regrese a mi lugar, sin embargo, se escucha a la camioneta derraparse. Todos se incorporan con cuidado y el conductor se introduce en un atajo de la carretera.

—¿¡Estás loca!? —me grita Aedion.

—¿¡De qué te quejas si logré darnos tiempo!? —le grito de vuelta.

—Estás en problemas, Angeline —me mira tan mal que hasta intimida.

—Mira como me importa —lo miro de la misma manera.

El conductor avanza desesperadamente por un camino rocoso y una vez llegamos a la playa

todos bajamos rápidamente y por un instante me fijo en los canguros que se ven en la zona.

Subimos a una lancha, la cual enciende rápido y nos lleva hasta una especie de submarino.

—¿Iremos bajo el agua? —le pregunto a Lucian.

—Esto no es un submarino —me dice, mientras me ayuda a pasarme de un transporte a otro —. Esto es un avión que despega sobre el agua —dice y lo miro asombrada—. Se llama hidroavión.

Me adentro junto a Amelia en el avión acuático y quedo asombrada al ver lo lindo que es por dentro. Aedion entra después y nos hace tomar asiento. Y en pocos minutos esto empieza a ponerse en marcha.

CAPÍTULO 45

Legado

Angeline

El interior no es tan espacioso como el de un Jet privado, sin embargo, es suficiente para nosotros.

La adrenalina aún corre por mis venas y en cuanto tomo asiento no puedo evitar mover la pierna de abajo hacia arriba para saciarme las ansias de hacer algo. El hidroavión ha despegado y a decir verdad, la sensación ha sido horrible. Incluso ahora se está moviendo como si fuese a caerse y es aterrador.

Le tengo pánico al mar.

—¿Estás bien? —me pregunta Lucian—. Te ves algo pálida.

Noto que Aedion posa la mirada en mí, pero lo evito a toda costa. No me ha hablado desde la camioneta y sé que en cuanto lo haga me regañará por haberlo desobedecido.

—No es nada —respondo—. ¿Cuánto falta para llegar al otro avión?

—Diez minutos —me responde Lu.

Recargo mi cabeza en el respaldo del asiento y cierro los ojos para calmar un poco el mareo. Dios quiera que no vomite ahora mismo porque sería desagradable.

—¿Hace cuánto comiste? —me pregunta el espécimen.

—Hace horas —respondo.

Abro los ojos y lo veo sacar de su mochila una botella de agua.

—En el Jet habrá comida, pero ahora solo bebe esto —me la pasa.

—Gracias —le digo y empiezo a beberla.

Amelia me sonríe desde su asiento y le ofrezco un poco de mi botella, ella niega y al final termino bebiendo sola.

«Lo que daría por una tarta de verduras con queso».

Tan solo de pensar en ella, mi tripa ruge y el espécimen me mira de mala manera. Niega con la cabeza y suelta un suspiro. Está bastante enojado, pero ¿cómo iba a quedarme sin hacer nada al respecto? Aquella camioneta estaba demasiado cerca de nosotros, y si no se detenía, todo iba a irse a la mierda.

La Interpol debe estarnos siguiendo y es por eso que vamos a cambiar de avión. Iremos directo hacia Alemania, aunque no estoy segura si llegar allá sea una buena idea. La mamá de Aedion debe estarme esperando con cuchillo y pistola en mano.

Al cabo de diez minutos el hidroavión aterriza y, como al principio, fue espantoso.

Aedion y yo nos subimos a un Audi negro con los cristales polarizados y los demás se van en un Ford Focus. También van dos coches idénticos de cada uno por si las dudas, y dos camionetas nos escoltan.

Aedion no deja de mirar por la ventana, buscando alguna señal que lo haga alarmarse, y de vez en cuando mira su celular para responderle a no sé quién.

—Oye... —lo llamo, preocupada por verlo así.

Nunca lo había visto tan ansioso. Sé que la interpol no es cualquier cosa, pero estoy segura que Aedion jamás reaccionaría así.

—¿Qué? —me pregunta secamente, mirándome de la misma manera en que lo ha hecho desde hace un rato.

Me le quedo mirando, dudosa, sin saber si hablar o si será mejor que me quede callada.

—Habla, Angeline —insiste, con tono brusco.

—No es nada, olvídalo.

—Deja de actuar como una niña —siento ganas de llorar—. ¿Ahora qué?

—Ya dije que no es nada —digo firme, reteniendo las lágrimas.

A veces ni yo entiendo qué le ocurre a mis hormonas. Últimamente solo quiero llorar cada vez que alguien me grita o se enfada conmigo, básicamente estoy sensible por todo.

Aedion parece dejar mi comentario de lado y vuelve a lo suyo, pero una vez que llegamos a donde está el jet vuelve a hablarme.

—En cuanto entres quiero que vayas a la primera habitación y me esperes ahí, ¿entiendes?

—¿Para qué? —pregunto.

—Ya verás —dice tajante.

Trago saliva sonoramente y bajo del Audi. Camino hacia el Jet al igual que los demás y subo los primeros escalones para entrar.

Aedion se queda hablando con el conductor, pero su conversación dura solo unos segundos.

Paso por los asientos, por un mini bar y encuentro la primera habitación.

—Señorita, será mejor que tome asiento, estamos por despegar —me habla la azafata en cuanto abro la puerta—. Dentro de la habitación hay un asiento donde puede sentarse y abrocharse el cinturón.

—Muchas gracias —le digo.

Entro a la habitación y dejo mi maleta a un lado de la cama.

Estoy por tomar asiento donde la chica me ha indicado, pero escucho la puerta abrirse y veo a Aedion entrar. Cierra la puerta y noto que le pone cerrojo.

—Solo hay un asiento, Aedion —le digo.

—¿Y? —pregunta de mala gana, dejando su mochila junto a la mía.

Da tres pasos hasta llegar a mí y tengo que alzar la cabeza para verlo a la cara. Lo veo quitarse la camisa y tirarla al piso.

Siento un escalofrío de pies a cabeza y me quedo mirando sus ojos sintiéndome diminuta frente a él.

Su mirada es gélida, se nota a leguas que está enojado y aunque no me da miedo, me intimida, porque no solo puede verse su rabia, sino que también las intenciones, y vaya que no sé cómo describirlas.

—¿Tienes ropa en la maleta? —pregunta.

—Sí, ¿por qué... —No me deja terminar la pregunta.

Sus manos se posan en mi cintura y me atraen hasta su pecho. Baja el cierre de mi vestido y me lo quita en medio segundo.

Mis piernas tiemblan, el corazón me late con prisa y el deseo me toma por completo.

Se desabrocha el pantalón y juro por mi vida que la imagen que acaba de darme es irremplazable.

Bajo la mirada hasta su entrepierna y veo ahí su muy notoria erección.

—Eres muy desobediente, Liebe. —Introduce su dedo índice en mi boca y lo envuelvo con mis labios mientras no dejo de mirarlo a la cara.

Estoy muy caliente desde hace días, ya me hacía falta tener sexo con este hombre.

Su dedo baja por mi mentón, mi cuello y pasa por en medio de mis pechos.

Un segundo después pasa por mi lado y toma asiento, pero en vez de abrocharse el cinturón me hala del brazo para que me siente sobre él.

—Esto es peligroso —le digo, en cuanto el avión comienza a moverse.

—¿Ahora te preocupa el peligro? —pregunta.

Sus manos pasan por los lados de mi cuerpo, acariciando con suavidad mi cintura, pechos y caderas. La piel se me pone de gallina y los pezones se me endurecen.

Dios, no me deja pensar con claridad.

Este hombre me tienta siempre a hacer lo prohibido. Es como si fuera el mismísimo diablo y me hiciese caer en la tentación a cada rato.

Me levanta un poco y siento su miembro en mi entrada. Gimo en cuanto me deja caer y me recuesta sobre él en cuanto se siente despegar el avión.

Me sostengo de los brazos del asiento mientras el avión se sacude por una pequeña turbulencia. Normalmente esto me pondría nerviosa, pero tener el miembro duro de este hombre dentro de mí hace que pierda todo sentido del momento.

Con una de sus manos comienza a acariciar mi zona. Posa dos de sus dedos sobre mi clítoris y empieza a moverlos en círculos. El avión vuelve a mantenerse quieto y saco mis pechos del sujetador.

Estoy sensible por todas partes y todo es debido al embarazo, así que gimo y me sumerjo en la lujuria que surge de ambos.

—¿Quieres correrte así? —pregunta en mi oído.

—Sí... —gimo.

Aparto su mano y me incorporo hacia adelante, recargando mis manos sobre sus rodillas. Cierro los ojos, mando mi cabello hacia atrás y comienzo a moverme en círculos sobre su miembro. Sus manos se ciernen sobre mi cadera y luego de algunos segundos una de sus palmas se estrella contra uno de mis glúteos.

Gimo, aunque no tan alto para que no nos escuchen. Aedion me da otra palmada y entonces empiezo a brincar sobre él, provocando gruñidos de su parte.

«Cómo me gusta escucharlo cuando hace esos sonidos...»

Sus manos acarician mi cintura y luego recorren mi espalda, desabrochan mi sujetador y lo ayudo un poco para quitármelo. Sus palmas se posan sobre mis pechos y empiezan a masajearlos sin delicadeza, pero ese simple acto me hace mojar más.

Los pechos me han estado doliendo de lo sensibles que están por el embarazo, pero aún así, que los toque y estruje me vuelve loca. Mis pechos son mi punto débil a la hora del sexo y él lo sabe, sabe todas mis debilidades y sabe cómo satisfacerme.

—Quiero que me obedezcas en todo lo que te diga, ¿entendido? —pregunta, pellizcando mis pezones.

—Entendido —respondo jadeante.

—Híncate —pide—. Quiero darte de comer.

Quisiera poder detenerme, pero no puedo. La excitación y la sensación placentera no me dejan frenar, así que sigo brincando sobre él.

Sus manos me toman de las caderas con fuerza y me obligan a quedarme quieta.

—Liebe, dije que te hincaras —murmura en mi oído—. O de lo contrario pararemos.

—Aedion —me quejo—. Por favor... —ruego.

—No —responde firme—. Tienes que aprender a obedecer.

—¿Tratas de darme una lección? —pregunto enfadada.

—Sí —responde sin más.

Debería molestarme, pero la verdad su descaro puede más.

Me pongo de pie y él hace lo mismo, mis rodillas tocan el piso y mi cara queda un poco más abajo que su miembro.

—Buena chica —dice, pegando su polla a mi cara.

Pasea de un lado a otro su miembro por mi rostro, mientras me mira con sus ojos cargados en lascivia.

Su dedo pulgar acaricia mis labios y luego se introduce en mi boca.

—Ahora vas a darme una mamada —dice, sacando su dedo y acariciando mis labios—. Y no vas a parar hasta que yo te lo indique.

—Está bien... —murmuro.

—¿Está bien qué?

Siento mi entrepierna comprimirse. A esta altura debo estar chorreando el piso.

—Está bien, papi.

Toma su miembro y lo pasea lentamente por mis labios húmedos. Abro la boca por instinto y saco la lengua, él aprovecha y lo pasa por ahí.

Lo tomo entre mis manos, apartando las de él, y empiezo a pasar mi lengua a lo largo del falo para luego introducirlo en mi boca.

Su mano acaricia mi cabello mientras saco y meto su polla en mi boca. Apenas y puedo meterme medio miembro, así que hago un intento y lo meto todavía más, hasta mi garganta.

La sensación es molesta, sin embargo, no me dan muchas ganas de vomitar.

Aedion jadea y empuja mi cabeza para que entre más profundo. La respiración me falta, así que lo saco y empiezo a respirar con desespero mientras por mis ojos salen unas cuántas lágrimas.

Vuelvo a lamer el falo de abajo hacia arriba y al volver a meterlo en mi boca, empiezo a acariciarlo con la lengua, moviéndola en círculos alrededor de el tronco. La saliva me escurre por la barbilla y cae en mis pechos, pero en vez de verse como algo asqueroso, estoy segura de que a él le encanta la imagen.

Vuelvo a introducirlo en mi boca y esta vez me cuesta menos hacer que entre hasta mi garganta.

—Mírame, amor —pide.

Miro hacia arriba, conectando sus ojos con los míos. Bajo una de mis manos a mi entrepierna y empiezo a masturbarme, sin descuidar mis movimientos con la boca.

Estamos así un par de minutos, durante los cuales él me toma del cabello y me ayuda de vez en cuando a que su miembro entre más. Hasta que lo saca y empieza a tocarse él mismo.

—Tócate —ordena, sin dejar de subir y bajar la mano por su miembro.

Meto mi dedo índice a mi boca, coqueta, y lo saco un segundo después para bajarlo por mi mentón y pasarlo por mis pezones. Con mis dos manos acaricio ambos pechos, estrujándolos.

—Abre la boca y saca la lengua, Liebe.

Hago lo que me pide y en ningún momento dejo de hacer contacto visual con él.

Su semen sale disparado, cayendo sobre mi lengua, barbilla y parte de mis pechos. Lo veo echar su cabeza hacia atrás mientras el orgasmo lo invade y me trago todo lo que dejó.

Me pongo de pie mientras que con mi dedo limpio mi barbilla para luego lamer lo que he recogido de ahí. Aedion me mira hacerlo y no pierde tiempo; me hace girar hasta quedar de espaldas a él y me tira al colchón, poniéndome en cuatro.

Lo veo de reojo recoger algo del piso y un segundo después pasa mis manos por detrás de mi espalda y me ata las muñecas con su cinturón.

—Voy a darte un castigo, Liebe —dice, pasando sus dedos por mis pliegues—. Pero no seré tan malo gracias a lo que acabas de hacer. —Introduce dos de sus dedos, haciéndome gemir—. Si gimes, pararé —mueve sus dedos en círculos, sacándome otro gemido—. Shh... —me roba otro gemido—. Creo que no lo has entendido, Liebe, así que frenaré.

—¡No! —digo rápidamente—. No gemiré, en serio.

Saca sus dedos y cuando creo que se detendrá, me sorprende metiendo su miembro de una estocada.

Muerdo mi labio inferior para evitar gemir, y me cuesta trabajo tener que hacerlo. Su miembro es de un gran tamaño y el grosor ni se diga, es imposible no querer gemir sintiendo todo eso dentro de mí.

Una de sus manos se estrella contra uno de mis glúteos y suelto un leve jadeo.

—Eres mía, amor —gruñe—. Quiero oírte decirlo, Angeline.

—Soy toda tuya.

—Así es, Liebe —habla cerca de mi oído—. Eres mi niña, próximamente mi mujer y la madre de mis hijos. —La piel se me pone de gallina tras escucharlo—. Mi reina.

Y solo me hizo falta escuchar eso para hacerme venir.

Abro los ojos poco a poco, con la luz que entra por una de las ventanas dándome directamente en el rostro. La vista se me aclara y puedo ver la espalda desnuda de Aedion.

Está mirando unos papeles y parece que está muy concentrado. Ya se ha puesto el pantalón, pero su camisa aún sigue tirada en el piso, al igual que sus zapatos.

Me incorporo en la cama y es cuando llamo su atención.

—¿Cómo dormiste, Liebe? —me pregunta, dejando de lado aquello que estaba mirando.

—Bien —respondo—. ¿Qué estabas haciendo? —pregunto.

—Solo reviso unas cuantas cosas que ha enviado mi padre, nada importante —carraspea y se sienta frente a mí en la cama—. Creo que hay que hablar, ¿no crees?, ahora que estamos solos y a salvo.

Miro la sábana que cubre mi pecho y asiento levemente con la cabeza.

—¿Qué me dices?, ¿has pensado las cosas? —le pregunto.

Una media sonrisa aparece en su rostro.

—Lo he estado pensando desde que me lo dijiste —responde—. Siendo sincero, no creo que estemos listos para ser padres, Ann.

—Yo pienso igual —concuerdo—. Pero nadie nace estando listo para ser padre o madre. Ambos podríamos intentarlo y estoy segura que podríamos hacerlo.

—No quiero que abortes —dice y se mira las manos—. Pero quiero respetar lo que tú decidas. No quiero obligarte a hacer nada que no quieras hacer, Liebe. Primero estás tú y luego lo demás.

Una sonrisa se me dibuja en el rostro y los ojos se me aguan.

—En mi vida me imaginé que esta sería tu reacción, espécimen —confieso.

—¿Qué tan mal tienes que pensar de mí como para suponer que mi reacción sería la de un crío?

—No es eso... no quise decir que seas un mal hombre —me corrijo—. Es solo que me imaginé que te enfadarías.

—Lo estoy —dice—. Pero soy responsable, y por muy enfadado que esté jamás dejaría de lado algo que tenga que ver con mi legado —sonrío todavía más—. No me causa gracia, Liebe.

—Lo siento —digo—. Es solo que ahora es nuestro legado —hablo—. ¿Te das cuenta? Mi

familia explotará en cuanto se entere.

—Créeme Liebe, tu familia es lo que menos me preocupa —dice—. Hice un juramento de sangre con tu padre, ¿has oído hablar de eso? —me pregunta y niego—. Un juramento de sangre es algo muy sagrado para mí, Liebe, es... algo que siempre he respetado y que solo he hecho con tu padre.

—¿Por qué? —pregunto curiosa.

—¿Por qué, qué? —pregunta de vuelta, con una sonrisa.

—¿Por qué solo has hecho eso con mi padre?

—Porque lo que me hizo jurar me interesó —contesta—. Tuve la oportunidad de escoger y al final decidí que el juramento debía de ser con él.

—¿Qué juramento hiciste? —pregunto.

—No se puede revelar, Angeline —se recuesta en la cama y pasa ambos brazos bajo su cabeza—. Pero como tu curiosidad y la manera de conseguir lo que quieres no tiene límite, te diré que es algo que vale la pena.

—¿Qué pasa si me dices? —Hago un puchero, pero su mirada me dice que no caerá, así que no insisto—. Bien... ¿Y qué pasa si no cumples?

—Muero.

Un escalofrío me recorre la espalda y la piel se me pone de gallina.

—¿Por qué todo siempre tiene que ser tan intenso? —pregunto—. ¿No pudo haber sido otra consecuencia? Ustedes son mafiosos, pudieron apostar tres kilos de cocaína.

Una sonora carcajada sale de su garganta y al poco tiempo también termino riéndome.

¿Por qué a veces tengo que decir mis comentarios estúpidos en ocasiones tan serias?

—Liebe, los juramentos de sangre no son un tema que todo el mundo conozca. Esto viene desde hace mucho tiempo, y creí que solo lo conocía mi familia, pero al parecer tu padre también sabe del tema, por eso me sorprende que no sepas nada de eso.

—Nunca ha mencionado nada —digo.

—Y me imagino por qué —me mira con una ceja arriba y abro la boca, ofendida por su insinuación—. Teniendo a una hija tan impulsiva... no lo juzgo.

Le doy un manotazo no tan fuerte en el brazo y el descarado sonríe.

—Por eso educaré a mi hijo como yo —dice.

—¡Ja! —exclamo con gracia—. ¿A que te refieres con «hijo»? Podría ser una hija.

Su expresión cambia.

—¿Una niña? —Su rostro es de horror.

—Sí, una niña —afirmo—. Podría ser una mini tú o... —me interrumpe:

—No, eso ya sería un castigo por parte de Dios. —Me hace reír.

—¡Hey! No seas tan malo. —Hago un puchero.

—Una niña como tú estaría estupenda —dice—. Aunque si fuera como yo, bueno, sería perfecta.

Pongo los ojos en blanco.

—Que egocéntrico.

—¿De qué te quejas? Si ya has dejado en claro que así te encanto.

Ay, Dios, el ego de este hombre es infinito.

—¿Dónde te apagas? Iluso —bromeo.

—¿Iluso? Si fuiste tu quien peleó contra otra chica por mí —dice pavoneándose, recordándome lo que sucedió con Andrea.

—Si eso te parece exagerado, creo que olvidaste lo que han hecho tus celos —contraataco—.

¿Ya se te olvidó que has matado solo por tus celos enfermos?

—Touché, Liebe.

Me miro las manos y poco a poco la sonrisa se me va borrando del rostro al recordar el verdadero problema.

—Y... ¿cómo es que traeremos a alguien al mundo con los problemas que tenemos encima? —le pregunto.

Se queda en silencio y entonces alzo la cara para mirarlo. Su expresión es seria, tiene la mirada perdida. Creo que lo está pensando.

—Eso es lo que me hace dudar —prosigo—. La Interpol esta sobre nosotros. Viste lo que sucedió hace unas horas...

Se pone de pie y lo observo caminar hasta uno de los muebles, donde toma una botella de lo que parece ser whisky y sirve un poco en un vaso.

—Aún estoy a tiempo, me quedan algunas semanas por si decido cambiar de opinión, pero... necesitamos pensarlo bien. ¿No crees?

Se queda en silencio, dándome la espalda. Luego suelta un suspiro y se toma de un trago el licor que se ha servido.

—Creo que lo que dices es coherente.

—Tu opinión en esto es importante —le digo—. Sé que has dicho que me apoyarás pero eres su papá, Aedion, quiero saber qué es lo que opinas realmente de esto. No podemos solo fijarnos en lo lindo que sería ser padres, también hay que ver en qué mundo crecerá nuestro hijo.

Se da la vuelta y noto que sus músculos se tensan.

—¿Y qué es lo que insinúas? ¿Que dejemos atrás todo esto de la mafia? —Frunzo el ceño.

—Si es por su bien, pues claro.

Mi respuesta no le gusta, pues su expresión me lo confirma.

—Angeline, ¿te estás escuchando? —Me mira mal—. ¿Qué es lo que quieres hacer? ¿Escapar? No sé si ya te diste cuenta, pero en este mundo no se nos permite hacernos a un lado.

—Podemos hacer algo al respecto —le digo—. Vayámonos a otro país, dejemos atrás esto.

—¿Acaso no entiendes que ya no podemos huir de esto? Ambos tenemos enemigos en todas partes —dice, alzando ya un poco más la voz—. Vayamos al lugar que vayamos van a encontrarnos. No podemos solo huir y vivir como una familia feliz.

—Pues yo no quiero que mi bebé nazca en estas circunstancias —yo también elevo un poco más la voz.

—Es mejor que permanezcamos así y luchemos a que nos vayamos y dejemos todo —dice—. Porque si nos encuentran no tendremos nada. Y si seguimos así los demás lo pensarán antes de meterse con nosotros.

—¿Y entonces? ¿Qué hacemos con la Interpol? —pregunto.

—Vale, te lo diré. —Azota el vaso en el mueble—. La interpol no fue quien nos atacó hace un rato, Angeline.

Me quedo estupefacta.

—Ha sido alguien más —dice—. Mi padre ya me lo ha confirmado.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

Me levanto de la cama y me enrollo la sabana en el cuerpo.

—Quien haya atacado sabe muy bien lo que hemos estado haciendo —dice—. Tengo mis sospechas, pero... solo puedo decirte que la Interpol no ha sido.

—¿Y qué hay del dibujo? No tiene sentido...

Trato de pensar en algo, hacer una teoría, pero mi cerebro está bloqueado.

—Esos expedientes solo me fueron enviados a mí —dice Aedion—. No se quien más los haya visto pero creo que solo ha sido Elijah.

—Elijah era muy celoso cuando se trataba de sus cosas —digo.

—Y desconfiaba de todos.

—No creo que se las haya mostrado a alguien más... —Frunzo el ceño—. Pero si sabía mi verdadera identidad, ¿por qué me confiaba a mí sus cosas?

Ambos nos quedamos en silencio, pensando a profundidad el tema.

No tiene sentido.

Si sabía quién era yo desde un principio, ¿por qué me mandaba a arreglar sus juntas, archivar sus papeles importantes, y demás?

—Quizá solo quería ganarse tu confianza —dice—. ¿Alguna vez te pidió que te llevaras algo? Algún documento u objeto.

Me tenso al instante.

—Me ha regalado unos lentes —digo—. ¿Por qué? —pregunto, asustada.

—¿Los has traído? —pregunta y niego.

—No —respondo—. En cuanto me los regaló no me dieron buena espina. Esa noche fue cuando fui a cenar contigo, recuerdo que los llevé en el bolso y al día siguiente se los obsequié a alguien de la calle.

—Creo que quizá aquellos lentes tenían alguna cámara o micrófono —dice.

—Pues me alegro de haberme desecho de ellos.

—Pues de algo le sirvieron —suspira—. Ese día fue cuando me lo encontré en el bar del hotel.

No puedo evitar poner los ojos en blanco al recordar lo que sucedió esa noche.

—Ah, claro...

—Creo que quiso ponerme alguna trampa —dice—. Estaba lanzándome a Judith todo el tiempo y quería saber con quién había pasado la noche.

Hago una mueca.

A pesar de que ya me explicó lo que en verdad pasó esa noche, no puedo evitar molestarme. Me rompió el corazón haber escuchado aquello, pero después de todo, tengo que confiar en su palabra.

—Todo fue por los estúpidos lentes —bufo.

—Debió rastrearte hasta ahí —dice—. Pero todo es muy confuso.

—Es extraño que después de tantas sospechas no haya atacado como se debía, ¿no?

—Sí... —coincide—. Me resulta más raro que aún siendo de los mejores agentes haya actuado así. —Se voltea para servirse más whisky—. No lo sé, algo no cuadra.

Y sí que tiene razón.

La Interpol siempre ha sido muy agresiva, arriesgada, no le importa el caos que se arme tras una de sus búsquedas. Y Elijah ha actuado muy diferente a como debía de hacerlo. Ni siquiera un policía del FBI actuaría de tal manera.

Elijah quizá lo supo desde un principio, sin embargo, no entiendo por qué me ha ayudado y me ha facilitado más las cosas.

CAPÍTULO 46

Lorcan

Angeline

—¿Entonces? ¿Quién ha sido? —pregunta Raymond, luego de haber escuchado la noticia de Aedion.

Todos tienen cara de confusión y preocupación.

—Creo que son los Yakuza —habla Aedion.

—¿Tu padre qué dice? —pregunta Lucian.

—Está moviendo sus contactos —dice—. Tenemos un infiltrado en los Yakuza y ya está comenzando a investigar.

—Todo esto ha sido por Kiyoshi, ¿cierto?

—Me parece que sí —respondo yo—. Kiyoshi era uno de los grandes, por supuesto iban a querer hacer algo al respecto.

—Pues entonces hay que cuidarnos bien la espalda —dice Lucian—. Todos aquí sabemos que los Yakuza no son cualquier gente.

—Mataremos a todos si es necesario —dice Aedion.

Lucian pone su mano sobre el hombro del tatuado y le medio sonríe, como muestra de que tiene todo su apoyo.

—Por ahora estaremos más a salvo si regresamos a Alemania —dice Aedion—. Tenemos todos los archivos, y he acomodado las cosas para que no sospechen nada de nuestra forma tan repentina de desaparecer.

—Aedion cambió de instalación, estuvo haciendo los respectivos «trámites» por días para que no sospecharan, así que no habrá problema —hablo—. Yo me di de baja hace unas horas y Amelia ya había metido su renuncia. —Doy un suspiro y me recargo en la mesa—. Ustedes también hicieron lo que se les indicó, ¿no?

—Sí —responden Lucian y Raymond al unísono.

—Entonces no habrá sospechas.

—Aún así creemos que Elijah siempre supo nuestra identidad, o bueno, al menos la de Angeline. —Los ojos de Aedion se posan en mí—. Creemos que los lentes que le regaló tenían una cámara y micrófono.

—Pero entonces todo se fue a la mierda... —comienza a hablar Raymond, pero Aedion lo interrumpe.

—No —dice—. Algo extraño está pasando, porque Elijah nos ha facilitado todo.

—Encontré esto en mi archivo. —Saco el dibujo de la carpeta y lo pongo sobre la mesa—. Es idéntico a mí.

—¿Entonces? —pregunta Amelia—. ¿Creen que Elijah sea otro infiltrado?

—No lo sé —responde Aedion—. Tenía acciones buenas y a la vez malas, es confuso. —Se cruza de brazos—. Si estaba de nuestro lado, ¿por qué puso una cámara y un micrófono en los lentes de Ann? Y si quería arruinarnos, ¿por qué no actuó como debía hacerlo desde un principio?

—Fue él quien me dio la tarea de los expedientes —digo—. Él me facilitó todo desde el principio y dejó que fuera su asistente, aquella que podía entrar a su oficina incluso cuando él no estaba.

—¿Y si siempre llevó a cabo un plan? —pregunta Amelia—. Quizá siempre estuvimos en su

juego.

—Yo revisé todo sobre él —les cuento—. Me sabía hasta las contraseñas de su computadora y de su cuenta en la Interpol e incluso llegué a revisar su teléfono. No había nada raro.

—Salimos de un problema y entramos a otro todavía más complicado... —dice Lucian, masajeándose las sienes.

Todos nos quedamos un momento en silencio, pensando en posibilidades, teorías y demás.

El estómago me ruge y los ojos grises del espécimen se posan en mí de inmediato.

Pasea la mirada por el lugar y la azafata se acerca en cuanto lo ve.

—Hay que comer —le dice al equipo—. ¿Qué es lo que quieren?

—Lo que sea estará bien —dice Amelia.

—Puedo traerles una ensalada —sugiere la azafata y hago una mueca—. O una pasta.

—¿Qué quieres comer tú? —me pregunta el tatuado, mientras los demás piden.

—Pasta está bien —respondo—. Pero, ¿puedes preguntar si hay hamburguesas? Porque si hay, quiero una.

Le sonrío y él se da la vuelta para pedirle a a la azafata lo que quiero, solo que no pregunta lo de la hamburguesa, sino que la ordena sin esperar respuesta.

—¿La carne cómo la quiere? —pregunta la chica.

—Término medio, por favor —respondo primero, antes que Aedion—. Y que sea doble, por favor.

Me sonrojo al sentir la mirada de Amelia. La miro y la rubia tiene una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

Es obvio que ya sospecha sobre mi estado.

—¿Entonces? —pregunta Lucian—. ¿Qué pasará con Elijah?

—Quiero que lo investigues a fondo —le dice el espécimen—. Debemos estar con los ojos abiertos.

—¿Qué pasará si al final decide revelar que estuvimos ahí trabajando de encubiertos? —pregunta Amelia, nerviosa.

—No le conviene hacerlo —respondo—. La Interpol le sancionaría severamente. Somos de los más buscados, eso ya lo saben todos, y si descubren que Elijah tuvo muchas oportunidades para atraparnos y aún así no lo hizo, seguro que hasta lo toman por cómplice.

Amelia suelta un suspiro, aliviada.

—Porque literalmente todos ahí nos vieron —dice—. Y de nada serviría traernos los expedientes si se descubre la verdad.

Y sí que tiene razón.

—Espera, no tardo —me dice Aedion y asiento.

Se levanta y lo veo caminar hacia las habitaciones mientras se lleva el teléfono a la oreja.

—Hey —me llama Amelia en un susurro.

Lucian y Raymond siguen charlando del tema de Elijah mientras buscan algo en la laptop.

—Mande —le digo, igual en un susurro.

—Aquí pasan cosas raras —dice con los ojos achinados—. Y Lucian no quiere decirme nada.

Miro a los chicos de reojo y solo me hago hacia atrás en la silla y me acaricio la barriga.

Amelia se lleva las manos a la boca y sonríe con ilusión.

—¡Oh, por Dios! —exclama por lo bajo.

Vuelvo a poner mis brazos sobre la mesa y la miro con una sonrisa.

—¿Efraín lo sabe? —pregunta, con discreción.

—Fue el primero al que le conté —respondo—. No tenía las ideas claras, por eso no te lo he dicho antes.

—Da igual —le resta importancia.

Pasamos unos cuantos minutos conversando sobre diversos temas y mientras tanto me entran unas náuseas horribles.

Aedion aún no regresa a la mesa y me entra curiosidad por saber dónde está.

—Ya regreso —les digo y me pongo de pie.

Camino hacia las habitaciones y abro aquella donde nos encontrábamos hace unas horas, pero no hay nadie.

Entro y cierro la puerta a mis espaldas. Me acerco a la mochila y saco las píldoras que me quitan los vómitos y mareos.

Tomo una y me acerco a uno de los muebles donde hay una botella con agua.

Miro a través del espejo que hay frente a mí y visualizo a Aedion saliendo del baño. Solo trae puesto el bóxer y una toalla alrededor del cuello.

Me está mirando fijamente y sonrío por lo intimidante que a veces suele ser.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Tomaré una píldora —respondo.

Frunce el ceño.

—¿Para qué? —pregunta, acercándose a mí.

—Para las náuseas.

—¿Eso no le hace daño al bebé? —Se para detrás de mí.

—No.

—Mejor no la tomes. —Posa sus manos en mi cintura—. ¿Qué tal si pasa algo?

«Qué ternura de hombre, por dios...»

—No pasará nada —digo—. Me las recetó la doctora, son para las náuseas.

—No he visto que vomites.

—Pocas veces lo he hecho —le cuento—. Creo que el avión me está afectando un poco, por eso necesito tomarla.

Pasa sus manos por los costados de mi torso y las detiene sobre mi barriga.

—Ahora me importas el doble. —Me da un beso en la mejilla—. No quiero que te pase nada, Liebe.

Sonrío.

—Te prometo que no ocurrirá nada malo.

—Bien —Me da un último beso en la mejilla y se aleja.

Meto la pastilla en mi boca y luego tomo agua.

—¿Por qué no me llamas por un apodo cariñoso?

Su pregunta me desconcierta. Volteo a verlo con el ceño fruncido.

—¿A qué té refieres? —le pregunto.

—Da igual, olvídalo. —Se da la media vuelta y se quita la toalla.

Entonces entiendo.

Sonrío de medio lado y me acerco a él, lo tomo del brazo y lo hago girar.

—No pensé que te gustase que te llamaran de formas así —admito—. Aunque, en realidad sí tengo una manera cariñosa de llamarte. Es un apodo a mi manera pero que al final está lleno de cariño.

—¿Ah, sí? —Asiento.

—Pero... si quieres algo más romántico dime, ¿cuál sería el apodo indicado?

—Divinidad o Adonis. —Me río, pero su expresión seria me hace dudar—. No estoy jugando, Liebe.

—¿Es en serio? ¿Cómo voy a llamarte así? —bromeo.

Sus manos se posan en mi cintura.

—Pues si tanto te importo no debería preocuparte lo demás más que mi bienestar.

Me echo a reír.

—Vale, vale... —Sonrío—. Pero, hay algo de lo que no te has dado cuenta y de lo cual estoy sentida.

—¿Qué cosa?

—No me has pedido que seamos novios.

Una media sonrisa se dibuja en su rostro y las mejillas se me ponen rojas inconscientemente.

Ya sé que tendremos un bebé y que eso no debería ser tan importante. Sin embargo, quiero escucharlo salir de su boca, ya que nunca hemos tenido claro lo que somos.

—Me he saltado ese paso, Liebe, porque quiero que seas mi esposa —finaliza.

Me quedo atónita y con una estúpida sonrisa mientras proceso sus palabras y las mariposas en mi estómago revolotean sin parar. Siento que mis emociones se multiplican y de pronto me veo a mí misma envuelta en un sin fin de sentimientos encontrados.

—¿Qué? —pregunto, aún sin poder procesar sus palabras por completo.

—No ahora, Liebe, será cuando menos te des cuenta —añade—. Y no insistas, que lo haré cuando me dé la gana. —Me toma de la cintura y me acerca a él.

Subo mis pies descalzos sobre los suyos y parece no molestarle. Mi peso no es nada para él.

—¿Cómo así? —inquiero extrañada.

—Son mis últimas palabras sobre el tema, Angeline —finaliza.

Camina conmigo hasta que mi espalda toca el mueble de antes, aparta mi cabello de mis hombros y acerca su boca a mi cuello para luego depositar besos húmedos sobre él, cierro los ojos y suelto un suspiro al sentirme tan tranquila entre sus brazos. Sus manos se meten bajo mi blusa y acarician mi cintura lentamente, poniéndome la piel de gallina y mandando una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Este hombre es un sueño hecho realidad, aún no entiendo cómo es que sigue teniendo el mismo efecto en mí a pesar de que ya hemos hecho de todo juntos.

Sus manos toman el borde de mi blusa y me la saca en un abrir y cerrar de ojos. Vuelve a besar mi boca y lo hace lentamente, sin prisa, disfrutando del lindo momento que se ha creado.

—Eres muy dulce —susurra contra mi boca y muerde mi labio inferior—, y no sabes cuánto me encanta eso.

—Me gusta serlo contigo —confieso trémula.

—Solo eres mía, ¿cierto? —murmura con los ojos cerrados y la respiración acelerada, pega su frente a la mía y permanece así.

—Lo soy —respondo.

—No soportaría verte con alguien más, Liebe. —Tomo su cara entre mis manos y lo obliguo a mirarme.

—Lorcan, eres parte de mi mundo, es imposible que alguien me haga superar lo que siento por ti —murmuro—. Desde que te conozco mi vida ha sido una montaña rusa y mis sentimientos una bola de estambre. —Los ojos se me llenan de lágrimas—. Me has salvado, protegido y consentido como nadie lo ha hecho y puedo asegurarte con mi vida que yo sería capaz de hacer todo por ti y por estar a tu lado.

Noto que su respiración se acelera y lo siento pegarse más a mí, toma mis manos y las pone sobre su pecho, a la altura de su corazón.

—Nunca había sentido algo parecido a lo que siento por ti —murmura, con su frente pegada a la mía—. ¿Sientes eso? Nadie en mi puta vida me había acelerado tanto el corazón como lo has hecho tú con tus palabras —confiesa—. Conviertes las mil maneras que existen de huir en mil maneras de quedarse contigo.

—Nunca te vayas de mi lado —le pido en un susurro, con todo mi amor a flote.

—No lo haré, Liebe, lo prometo.

Sus labios buscan los míos y sin dudarlo le correspondo. A los pocos segundos vuelve a separarse un poco, me mira a los ojos y me separa las piernas.

—Y ya que estamos serios y me encanta complacerte —desabrocha el botón de mi pantalón y muerdo mi labio inferior en cuanto mete su mano en mis bragas. Sus dedos empiezan a acariciar mi clítoris en círculos y suelto el primer gemido—. ¿Quieres ser mi novia? —murmura, con la mirada perdida en mis expresiones.

—Sí... —jadeo.

Sus dedos se abren paso entre mis labios vaginales y acarician mi entrada.

—Quiero una novia loca, lunática... —Introduce uno de sus dedos—. Que me haga pastelillos y claro, que sea una adicta a tener sexo conmigo. —Una media sonrisa aparece en su rostro.

Sus dedos empiezan a moverse en círculos al mismo tiempo que mi cuerpo va soltando fluidos debido a la excitación que me han provocado sus palabras. Me sostengo con fuerza al mueble y echo la cabeza hacia atrás.

—Entonces dime, Liebe, ¿quieres o no? —inquiere.

—¡Mierda!, ¡Sí! —jadeo.

Vuelvo a poner la mirada sobre él, miro sus ojos, su boca, su torso desnudo y esos tatuajes que le cubren los brazos y parte del pecho. «Carajo», la sensación placentera y cosquilleante me toma entera, haciendo que todos mis sentidos se nublen y un último gemido salga de mi garganta.

Aedion saca su mano y se acerca a mí para darme un beso en los labios. Mi respiración agitada me impide articular alguna palabra, por lo cual lo único que puedo hacer es sonreír.

—Finalmente eres la oficial, Liebe.

Me da la vuelta, haciéndome ver en el espejo.

—Y esto —pone ambas manos sobre mi vientre— es de nosotros.

Sonrío y por primera vez veo que una de las cosas que tanto soñaba se hace realidad: Aedion pasando a esta etapa nueva junto a mí, aceptando que quiere estar conmigo y formar una familia a pesar de los problemas. Tengo una sensación de triunfo al saber que todas esas escenas con él y el bebé se harán realidad, que seremos él y yo formando algo nuestro, algo único y hermoso.

Pero aquella sensación dura solo un instante.

Un color carmesí comienza a escurrir por su pecho. Apenas y puedo reaccionar. Es como si todo estuviese ocurriendo en cámara lenta. Me doy vuelta y visualizo a un sujeto con pasamontañas en la ventana aún sosteniendo el arma con la que disparó. Aedion me rodea con sus brazos y me tira junto a él.

Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos. Sin embargo, tomo el arma que yacía bajo la cama. Me incorporo y al primer tiro el hombre cae del avión. La puerta del dormitorio se abre y aparece Lucian, el cual me toma del brazo y hace que me tire al piso nuevamente. Cientos de balas salen disparadas en nuestra dirección, pero gracias a la cama podemos cubrirnos. Las plumas del colchón se riegan por todas partes y lo único que hago es cubrir a Aedion con mi cuerpo.

«No, no, no, esto no puede estar pasando», me repito una y otra vez.

—Sácala de aquí, Lu —murmura con la voz entrecortada.

Empiezo a sollozar fuerte mientras le acaricio la cara.

—¡No! —exclamo cuando Lucian me quiere levantar—. ¡Yo me quedo con él!

El disturbio también viene de afuera y Amelia abre la puerta justo cuando un sujeto la toma de los brazos. Lucian se pone de pie en seguida y corre para quitarlo de encima.

—Tenemos que salir de aquí —digo, mientras presiono su herida.

—Carajo, Ann, lárgate... —lo escucho maldecir, sin fuerzas.

Siento que alguien me toma por el brazo y cuando me doy cuenta tengo a un hombre arrastrándome. Aedion toma el arma y logra darle en la cabeza. Sin embargo, es en vano, ya que a unos cuantos metros hay una explosión que destruye parte del avión. Varios hombres entran y comienzo a pelear contra ellos, logrando derrotar a más de tres.

—¡Lucian! —Escucho el grito de Aedion a mi espalda.

Un sujeto me toma por detrás y otro me da un golpe en las costillas que además de doler, me ponen más alerta que nunca. Así que con todas mis fuerzas lucho, lucho con todo lo que tengo, teniendo en mente en todo momento que entre más rápido acabe con ellos, más rápido podré ayudar a Aedion.

¿Pero, cómo podría pelear sola contra todos ellos?

Recibo tres golpes más en uno de mis costados y el próximo me hace hacerme un ovillo, ya que fue directamente hacia mi estómago. «Deja de luchar o le harán daño al bebé», me digo, y mientras me levantan entre cinco visualizo a Aedion tratando de ponerse de pie, solo que ahora parece que le han dado otro disparo, esta vez a un lado del vientre. Con su arma logra propinarle a dos hombres un tiro que los hace caer fuera del avión, pero como ya he dicho antes, no sirve de nada.

—¡Te amo! —le grito entre llantos, a la vez que me ponen un gancho en la ropa.

Observo su rostro, su cuerpo y su expresión, y las memorizo por si ya no lo vuelvo a ver. Una mano coloca un trapo sobre mi boca y nariz, cosa que al instante me hace perder el sentido.

He despertado hace un par de horas, sin embargo, no me he atrevido a abrir la boca. Ya hemos bajado del avión y ahora estoy montada en una camioneta con los ojos vendados.

Estoy aterrada, envuelta en pánico, no sé que hacer y la ansiedad me está matando. No quiero atacar porque me resguardan más de veinte hombres y temo que alguno vaya a golpearme tan fuerte que lastime a la criatura que tengo dentro.

Todo el camino me la he pasado llorando, suplicándole a Dios que no le pase nada a mi bebé o a Aedion, pero luego de tanto también he empezado a regañarme a mí misma por haber tomado la opción de no hacer nada al respecto antes.

¿Acaso la infidelidad se cobra de esta manera? Porque estoy dispuesta a disculparme con André si la vida me diese una nueva oportunidad.

Durante este tiempo me he dado cuenta de dos cosas; una es que he descartado que sea gente de la Interpol y la otra es que no son americanos, ya que hablan en un idioma que no entiendo.

Tengo las manos atadas con una cuerda y aún no me ponen una blusa, lo cual es verdaderamente incómodo.

Siento la camioneta frenar y unos segundos después los brazos de un hombre me hacen bajar. La venda me es arrancada de los ojos y el sol en mi cara me desconcierta un poco, pero conforme me hacen caminar mis ojos vuelven a ver con claridad.

Me doy cuenta de que a mi alrededor solo hay arena, y a unos cuantos metros se visualiza el mar. Siento que el pecho se me comprime al recordar a mi espécimen y reprimo las ganas de

llorar.

«Posiblemente ya esté muerto», me digo y rápidamente alejo esos pensamientos.

Necesito que mi mente esté lo más despejada posible para pensar en una manera de salir de aquí.

Mi mirada va al frente y al hacerlo me fijo en que hay una gran mansión a unos cuantos metros y delante de ella una mujer nos espera de pie. La analizo de inmediato: cabello negro, piel marfileña, y de cuerpo bonito, aunque un tanto exagerado.

—Por fin —habla en cuanto llegamos a ella—. El amo los está esperando desde hace una hora.

Me le quedo mirando fijamente y es cuando me doy cuenta de que tiene pupilentes grises, al igual que mi mismo peinado y el lunar que tengo en una de mis mejillas. Acaso... ¿quiere parecerse a mí? Parece que usa un montón de maquillaje solo para hacer su nariz más fina y sus labios más gruesos.

—¿Qué tanto ves, perra? —espeta y su mano va directo hasta mi mejilla.

El coraje me toma e intento regresarle el golpe, pero mis manos atadas y sus hombres me lo impiden.

—El gimnasio no te quitará la cara de artesanía prehispánica, ¿eh? —me río frente a ella y vuelve darme otra bofetada.

Los hombres me empujan para que siga caminando y eso hago. Me adentro en la mansión y la observo rápidamente, fijándome discretamente en los techos, paredes y muebles por si hay alguna cámara. Y las hay, así que las memorizo.

—Llévenla a la habitación —ordena una señora y ninguno de ellos rechista.

—¿Quién es usted? —pregunto mientras me alejo—. ¿Puede decirme dónde estoy? —vuelvo a preguntar, pero no hay respuesta de su parte.

Subimos las escaleras hasta el segundo piso y me guían hasta una de las habitaciones que hay en el fondo, abren la puerta y me empujan dentro, haciéndome tropezar y caer.

—¡Púdrete! —le grito al sujeto y este me cierra la puerta, se escucha cómo le coloca llave y me pongo de pie.

Miro la habitación, que está alumbrada solo por la luz que entra por la ventana. Hay una cama matrimonial en el centro y frente a ella una puerta que me da vista a lo que debe ser el baño.

Camino hacia la ventana y me asomo de inmediato solo para confirmar que, en efecto, hay muchos más sujetos armados por todos lados. Siento mi corazón latir a toda prisa y empiezo a hiperventilar. Las paredes a mi alrededor parecen hacerse cada vez más pequeñas y siento que me falta el aire.

Me dejo caer en el piso y me concentro en tranquilizar mi respiración pero parece que entre más me enfoco menos puedo controlarlo.

«Necesito salir de aquí», me repito una y otra vez mientras me toco el vientre.

Es la segunda vez que me secuestran este año y esta sin duda es peor. ¿Qué voy a hacer en cuanto algún verdugo entre por la puerta y quiera hacerme algo? Estoy sola. Aedion ha muerto y probablemente también los demás. ¿Qué me espera a mí? Seguro tengo la muerte asegurada pero, ¿y las torturas? No quiero que le hagan daño a mi bebé...

Siento que la cabeza me da vueltas y los próximos minutos me la paso sollozando. Me duele el pecho, no dejo de pensar en mi Aedion. El de verdad lo iba a intentar...

Pasan varios minutos en los que lo único que hago es sudar, pasarme las manos por la cabeza y llorar. Me siento ida, como si hubiese ingerido drogas o algo por el estilo. Tengo la vista nublada, pero al mirar hacia el frente visualizo la figura masculina de alguien.

—Angeline, Angeline... —escucho su voz y frunzo el entrecejo para ver con más claridad—. Tranquila, los efectos pasarán dentro de poco.

—¿Qué... qué me pasa? —pregunto, aún sin reconocerlo.

—Mis hombres seguramente se pasaron con el cloroformo —distingo que se pone de cuclillas frente a mí.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas e incluso lo hacen en mayor cantidad. Esa sustancia solo hace que las cosas se compliquen en los embarazos.

—¿Quién eres? —pregunto entre llantos.

Entonces la vista se me aclara un momento y lo que mis ojos distinguen no es a un hombre desconocido. Mi expresión seguramente se ha vuelto de horror y confusión, pero es que... no puede ser él.

—¿Dominik? —inquiero.

—El mismo, muñeca —una sonrisa aparece en su rostro.

No puede ser posible.

—Aedion, yo... —comienzo a decir pero coloca su dedo sobre mi boca, haciéndome callar.

—Ese nombre está prohibido en este lugar.

La vista se me empieza a aclarar un poco más y lo miro con mucha furia mientras recuerdo que Aedion no confiaba para nada en su tío, ahora entiendo bien la razón.

—¿Por qué haces esto? —Lo miro mal.

—Es una larga historia. —Sonríe y posa su mirada en mi escote—. Pero no puedo contártela si estás vestida así —pasa su dedo indice por el valle de mis senos y me alejo inmediatamente—. Cámbiate y regresaré aquí en cuanto estés lista. —Se pone de pie y camina hacia la puerta.

—¡Jódete! —le grito con rabia.

—Parece que he tenido un deja vú... —dice con gracia y comienza a reírse.

Sale por la puerta y mientras tanto me pongo a rezar.

CAPÍTULO 47

Familia feliz

Advertencia: Este capítulo contiene contenido explícito y puede resultar demasiado intenso para algunos lectores. Si eres menor de edad o prefieres evitar este tipo de escenas, te recomendamos omitirlo. Por favor, ten en cuenta que procedes a leer bajo tu propia responsabilidad.

Angeline

Me miro en el gran espejo que se ubica en el baño de la habitación; tengo los ojos hinchados, al igual que la nariz. El cloroformo fue demasiado, es por eso que me he sentido aturdida y desorientada.

No he dejado de rezar y pedirle a todos los santos del mundo por mi bebé, por que cuiden de él para que aquella maldita sustancia no le haga daño.

—Señorita, debe tomar un baño —me habla la mucama y se acerca a mí, luego comienza a quitarme la cuerda de las muñecas.

—¿Puede decirme dónde estoy? —le pregunto, sin embargo ella no me responde—. Por favor, solo tiene que decirme lo más mínimo.

—No tengo permitido hablar con usted —murmura, mirando de reojo hacia la puerta del baño, como si temiera que la escucharan.

—Pero estamos solas.

—Por favor, no me complique mi trabajo —ruega e intenta halarme hacia la regadera.

—No pienso moverme hasta que me dé una respuesta. —Me mantengo firme.

La castaña me mira con una mezcla de lástima y confusión, se acerca un poco más a mí hasta que siento su aliento caliente casi chocando con mi mejilla.

—Él tiene micrófonos —susurra. Apenas y puedo escucharla.

Se aleja de mí nuevamente y me da la espalda para dirigirse a la regadera y abrirla.

Siento que todos los músculos de mi cuerpo se tensan y mi estrés aumenta. ¿Qué mierda hago? No puedo obligar a la chica porque si la escuchan o la ven la meteré en problemas y seguramente todo esto lo está haciendo por obligación.

—Por favor, quítese la ropa. —Saca una toalla de un cajón y la deja sobre la tapa del retrete —. Báñese y una vez que acabe puede ponerse la ropa que está sobre la cama.

—¿Te irás? —Ella asiente y el nudo en mi pecho crece—. Por favor quédate, no quiero estar sola.

Ella me mira con los ojos cristalinos y verla así me angustia más.

—No puedo —murmura y sale rápidamente.

Me quedo quieta, mirando por donde se fue y un frío me recorre de la cabeza a los pies, atravesando mi pecho como si de dagas se tratase. «Estás bien, Ann», me digo a mí misma, pero mi sentido común me obliga a mirar las cosas como son; no, no estoy bien, nada está bien, todo se ha ido a la mierda y seguramente no tardará en arrastrarme con ella.

Me quito el pantalón y una idea cruza mi cabeza mientras lo bajo por mis muslos. «¿Y si hay cámaras?», decido que es mejor dejarme la ropa interior, pero aún así, al sentir el agua cayendo por mi cuerpo no puedo evitar sentirme expuesta e incómoda.

Escucho que la puerta de la habitación se abre y me pongo alerta en cuanto veo a un hombre entrar al baño. Me voy hacia una de las esquinas, alejándome lo más que puedo.

—¿Por qué no te estás bañando, inútil? —se asoma por la puerta de la regadera.

El corazón me late deprisa, mis ojos buscan alguna cosa con la que defenderme y mis manos las pego a la pared, con la esperanza de sostenerme de algo, aferrarme por si piensa hacerme algo. Pudiera tumbarlo en un segundo, pero me aterra que las consecuencias sean muy caras, probablemente en otra situación no me importaría, pero ahora llevo un bebé dentro, bebé que si pierdo sería como perder la única parte que queda de mí y de Aedion.

—Ven acá, imbécil —gruñe y estira su brazo hasta tomarme del cabello.

—¡Vale! ¡Ya está! Ya lo hago... —sollozo mientras me jala hasta ponerme frente a él, bajo el agua—. Suéltame por favor... —pido y sacude su agarre.

—¡Calla de una puta vez o te reviento la cara! —Acerca mi cuerpo al suyo y cierro los ojos con fuerza—. ¡Eres una puta! —gruñe—. ¡Y me la mamarás! —Pasa su lengua por mi mejilla y mi instinto es golpear su entrepierna.

Me avienta y mi cuerpo choca con la pared que tengo detrás, el golpe me sacude el cuerpo pero ignoro el dolor de inmediato, yéndome a rastras hasta la esquina más cercana, donde me hago un ovillo.

El tipo no deja de gritar mientras se toma los testículos y cuando creo que va a irse contra mí entra otro hombre.

—Afuera, Miles —el grandote lo toma del brazo y lo lleva a rastras hacia la puerta, sacándolo del baño. No deja de gritarme mil cosas y sé que se ha marchado cuando dejo de escucharlo.

El cuerpo me tiembla y no soy capaz de moverme, solo me hago ovillo en la esquina y comienzo a llorar con las rodillas pegadas al pecho.

Estoy tan lejos de casa y no sé cómo es que voy a salir de aquí. Quiero aferrarme a que alguien me salvará o que pronto encontraré la manera de irme, pero una parte de mi simplemente sabe que es muy poco probable que pase algo así. Aedion murió y cargar con esa simple idea me destroza el alma, no puedo dejar de pensar en él y en los demás que también estaban volando conmigo. Nadie debe saber lo que ha pasado, ni si quiera mis padres, y lo peor es que nadie encontrará alguna pista.

Si tan solo pudiera encontrar alguna forma de comunicarme...

Escucho la puerta de la habitación abrirse y me pongo de pie en seguida cuando veo que alguien ingresa en el baño.

—Ya estoy en eso... —digo rápidamente mientras me pongo de pie y tomo el jabón para luego pasarmelo por el cuerpo.

Un hombre de aproximadamente 1,80 aparece en mi campo de visión y me pego a la pared.

—¡Hey, tranquila! —Alza las manos en signo de paz—. No vengo a hacerte daño —lo miro desconfiada—. ¿Lo ves?, estoy desarmado.

Y efectivamente, no puedo encontrar alguna señal que me diga que tiene armas o que viene a hacerme daño, pero aún así no bajo la guardia.

—¿Quién eres? —pregunto.

—No importa. —Acerca su mano a una de las llaves y la abre más—. Así los micrófonos se saturan.

—¿A qué estás jugando? —inquiero, con la voz entrecortada.

—A la familia feliz —responde sin una pizca de burla—. Vendrán por ti ahora y te llevarán con él. Tienes que hacer lo que te pidan o aparte de que te obligarán, te lastimarán mucho peor.

Mira hacia la habitación, asegurándose de que nadie venga.

—Te visitaré dentro de poco, pero no puedes decir que estuve aquí. —Saca una navaja de su pantalón—. La pondré bajo tu almohada, solo úsala cuando te lo ordene, ¿bien?

Confiar en desconocidos no se me permitía, es algo lógico. Pero no tengo un plan, tampoco

tengo idea de lo que pasa a mi alrededor, así que arriesgarme es mi única opción.

—¿Quién eres? ¿Como voy a saber tu señal? —pregunto.

—Eres inteligente, Até, lo sabrás. —Me dedica una media sonrisa.

Sale del baño y espero un par de minutos antes de cerrar la llave de la regadera. «Te visitaré dentro de poco», había dicho y su tono era seguro, no habría forma de notar que fuese una trampa y que estuviera mintiendo. Mierda. Ahora sí que tengo que dejarlo a mi destino y a mi suerte, que por cierto, hasta ahora ha sido una mierda.

Salgo del baño y voy hacia la habitación envuelta en una toalla. Miro lo que hay sobre ella y la furia crece en mi interior, los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas y mis puños se ponen blancos por la fuerza que estoy ejerciendo al cerrarlos. Un camisón transparente de encaje negro se encuentra sobre la cama junto a un conjunto de ropa interior diminuta y una bata de seda en color negro.

Las palabras del desconocido retumban en mi mente y a regañadientes me tengo que poner lo que encuentro ahí. Cierro la bata alrededor de mi cuerpo. Apenas y puedo tapar parte de mi anatomía, ya que es muy corta.

Esta es la clase de ropa que se usa cuando vas a acostarte con alguien o cuando tienes la intención de seducir a alguien. Esto es, sin duda, un adelanto de lo que se avecina.

Salgo por la puerta que conduce al jardín.

La noche ha llegado y para mi desgracia el tiempo se me ha pasado demasiado lento. La chica que se rehusó a hablarme me cepilló el cabello y me lo alisó, colocó maquillaje en mi rostro y me obligó a quitarme los aretes que Aedion me regaló, los cuales también habían sido bendecidos por la bruja Felina.

Hay una mesa en el centro del césped repleta de platos con comida, las lámparas fuera de la casa alumbran el lugar con luces amarillas y las personas alrededor de la mesa se ven como una familia de locos. Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies en cuanto veo que Dominik se pone de pie.

—Angie… —Una sonrisa se le dibuja en el rostro y evito hacer una mueca al escucharlo llamarme así—. Te ves estupenda, cielo.

No respondo y al ver que me quedo estática se acerca a mí para luego tomarme del brazo y halarme hacia la mesa. Me hace tomar asiento junto a él y paso la mirada por cada una de las personas que están sentadas; una chica se encuentra a mi lado, es castaña y aparenta unos dieciséis años. Ella, al igual que los demás, me mira de mala manera.

También hay dos sujetos, a uno de ellos no lo conozco, pero el otro es el maldito que fue a visitarme en el baño, aquel hijo de puta llamado Miles que me haló del cabello. Frente a mí está la chica que me abofeteó. Sin pensarlo mucho, me le quedo mirando.

Podría jurar que cuando la veo es como mirarme en un espejo. Un espejo distorsionado.

—A comer —dice Dominik y todos comienzan a tomar comida de la mesa, a excepción mía, que no quiero hacer el más mínimo de los movimientos—. Vamos Angie, come.

No respondo y tampoco sé por dónde empezar a agarrar. Siento que si hago algo mal, si escojo la carne equivocada o el pan incorrecto, ellos me harán sufrir.

Veo como Dominik toma un puñado de ensalada con la mano y luego lo acerca a mi boca, haciéndome comerlo bruscamente. Los ojos se me ponen cristalinos y comienzo a toser bruscamente cuando siento que me ahogo. Las ganas de vomitar se hacen presentes y me obligo a controlarlas.

—Ni siquiera comer sabe hacerlo bien.

Regreso la mirada hacia la mesa y mi mirada cae en la pelinegra, la cual me mira con una cara de asco muy notoria. Tengo la respuesta a su estúpido comentario en la punta de la lengua, pero reprimo todo aquello.

—Calla, Kenzie —le dice Dominik—. Dedícate a comer y cierra tu estúpido hocico.

Tomo ensalada y me la sirvo en el plato. Ni siquiera tengo hambre, pero tengo que reponer energías si es que quiero sobrevivir. Empiezo a comer en silencio, mi mano sostiene el tenedor temblorosamente y tengo pánico a dejarlo caer.

Los escucho charlar como si nada, como si yo no estuviera presente. Charlan sobre el día, sobre lo que harán en esta semana, cosas estúpidas. Es como si no tuvieran temas más interesantes de los cuales hablar, eso o simplemente callan porque yo estoy presente.

—A mamá le hubiese gustado esta carne —dice la chica a mi lado.

—Tu madre era una idiota —ladra Kenzie y siento a la chica encogerse en su asiento—. Sabes que está prohibido hablar sobre ella aquí, ¿o no, amor?

¿Amor?

La chica se pone tensa y puedo ver de soslayo que aprieta sus puños fuertemente.

—Sabes que aquí no se puede hablar de ella, Rachel —dice Dominik.

Rachel se pone de pie a mi lado, aventando su plato en el transcurso, y mira con desprecio a la pareja que yace comiendo como si no fuese importante.

—Cómo desearía dejar de ser tu hija —espeta, llena de furia.

Mi cabeza recuerda las palabras que Dominik me dijo acerca de la «prima» que supuestamente Aedion asesinó. ¿Será ella?, porque dudo demasiado. Esta chica tiene el cabello claro, no se llama Camila y además Aedion mencionó que la salvó junto a su hermano Heinz.

Esta chica es alguien más, quizá sea la hermana o algo por el estilo.

Se va sin decir más y me pongo tensa cuando Dominik le grita.

—¡Me las pagarás, Rachel querida!

—Esa niña tiene unos pésimos modales, Dom... —bufa Kenzie.

Dominik se pone de pie bruscamente, sacudiendo la mesa, y temo que vaya tras de ella. No hay duda de que él la golpea, siendo un hombre tan mierda no me sorprendería que alguna vez la haya maltratado.

Toma mi muñeca bruscamente y abro los ojos de más cuando me sacude y me hace ponerme de pie. El corazón empieza a galoparme e intento zafarme de su agarre por instinto, pero no me deja, y temo hacerle daño y que me regrese el maldito golpe.

Subo los escalones que conducen a la entrada de la casa y cuando estoy por subir el último me hala bruscamente, haciéndome caer. Su mano se enreda de mi cabello y comienza a caminar mientras me arrastra por el piso.

Gruño del dolor y lo pellizco en el brazo, logrando que me suelte. Su cara detona en furia y me pongo de pie rápido. Se lanza sobre mí y lo empujo con una patada. Sin embargo, varios de sus hombres se me acercan de forma amenazante, apuntándome con sus largas metralladoras.

La adrenalina corre por mis venas y siento que el corazón en cualquier momento se me va a parar.

—Te mueves, te reviento —me amenaza uno, con el arma apuntándome al pecho.

En un movimiento rápido le arrebato el arma y ahora soy yo quien apunta a todos lados.

—No disparen —ordena Dominik, levantándose del suelo—. Angie, ¿qué carajo haces?

Se acerca sin ningún cuidado, como si creyera que no le dispararé. Quisiera ver su rostro cuando caiga al suelo en cuanto las balas atraviesen su cuerpo, me reiría en su maldita cara, pero es seguro que yo moriría después de acabar con él.

Tengo que crear un plan muy bueno, uno que me haga salir ilesa, o al menos, que no afecte a mi bebé del todo.

—Lo siento —digo y una sonrisa aparece en su rostro.

Lo que hago a continuación quiza sea lo más estúpido, pero no tengo alternativa. Tiro el arma al piso y alzo las manos en modo de bandera blanca.

Necesito tiempo para pensar lo que haré. El desconocido del baño dijo que hiciera lo que me pidieran, entre más me gane su confianza, más fácil será armar algún plan.

—Tu belleza no te salvará de las consecuencias, cariño —se para justo delante de mí y hace unas señas con los ojos.

Uno de los grandotes intenta sostenerme, pero me zafo en cuanto veo sus intenciones, consigo tirarme al piso y hacerme un ovillo para proteger mi vientre, un segundo después comienza a patearme la espalda, sacándome el aire varias veces. Me siento desmayar poco tiempo después pero mi instinto me hace aferrarme a cubrirme el rostro y el vientre sin importar el dolor.

Se detiene luego de cierto tiempo y tengo que tomar aire con mucho trabajo. El dolor en mi cuerpo es indescriptible y tan solo puedo mover mis brazos un poco para poder verlo a la cara.

—Lo... lo lamento. —Mi voz sale mortecina.

—No quiero que vuelvas a hacer eso, linda —dice, acomodando su cabello, como si estuviese demasiado despeinado.

—No lo haré. —El labio me tiembla, al igual que todas mis extremidades.

Una sonrisa macabra se le dibuja en la cara y suelta un fuerte suspiro.

—Llévenla a nuestra habitación.

Comienzo a llorar discretamente mientras sus hombres me toman y me hacen caminar escaleras arriba.

No puedo dejar de pensar con cada paso que doy si moriré después de tanto.... Solo ha pasado día y medio y mi situación va de mal en peor. Ya no puedo luchar, no tengo opción.

Entramos a la habitación donde estaba momentos antes. El grandote me avienta sobre la cama y suelto un quejido.

La espalda y la cadera me duelen muchísimo y solo espero que no me haya roto algún hueso.

La puerta se cierra y mi mirada cae en él; su mirada clavada en mi cuerpo me eriza la piel y conforme camina hacia mí me van dando ganas de decirle que por favor me deje en paz.

—Eres igual de hermosa que tu madre —murmura, su aliento chocando contra la piel de mi cara—. Como una muñeca barbie pelinegra. —Su mano toca mi mejilla y mis lágrimas mojan su piel.

—¿Qué tiene que ver mi madre en esto? —pregunto, con un hilo de voz.

—Nunca te habló de mi, ¿eh? —niego—. No me sorprende, siempre fue una perra malagradecida.

Sus manos bajan al nudo de mi bata y me pongo tensa.

—Espera —pido, pero no le importa y termina desatando el nudo—. Por favor, espera —ruego, tratando de sonar tranquila.

—Vas a disfrutarlo, cariño.

El pánico me invade y no puedo evitar temblar notoriamente. Mi respiración se acelera y vuelvo a rogar, pero en vez de frenar, sus manos me quitan la bata, haciéndome quedar en lencería.

—No intentes detenerme porque solo complicarás todo. —Se acerca más y empieza a repartir besos por todo mi cuello.

El llanto ya no es discreto, incluso sollozo fuerte. Me siento atrapada, fuera de lugar y lo

único que quiero ahora es morir. Me da asco, me repugna, simplemente no lo quiero y quisiera aferrarme, pero mi situación es malditamente difícil.

—Basta, deja de llorar —susurra, sus besos cada vez bajando más.

—No quiero, te lo ruego...

Me empuja hacia la cama y me hago hacia atrás poco a poco, huyendo de él, pero se me dificulta, el dolor en mi espalda es demasiado fuerte.

Veo que saca un trapo de sus pantalones y comienzo a gritar sin control en cuanto veo lo que hará.

—¡Basta! ¡Por favor! —Se me sube encima—. ¡Te lo suplico! —el llanto me corta la respiración.

Su mano con el trapo se posa en mi nariz y la droga me enceguece al instante.

Lo que viene después son pequeños fragmentos de recuerdos; su mano sacando una jeringa e inyectándola a un costado de mi muslo.

Recuerdo sentirlo dentro de mi por un instante, pero es un recuerdo vago.

Recuerdo mirar hacia el techo e imaginar lo que hubiese estado haciendo si esto no hubiera pasado. Una imagen en la playa, donde solo estoy yo con Aedion y... nuestro hijo.

Aedion corre por la arena con Arthur en los hombros mientras yo los observo sentada en la arena mientras juego con nuestro perro Tom, un labrador de pelo brillante e inteligente y que tiene preferencia de estar conmigo.

Aedion me mira y sonríe, su sonrisa brillante como siempre, haciéndolo ver hermoso. Le grito por el apodo con el que quería que lo llamara: Adonis. «Muy ridículo», pienso mientras lo veo acercarse.

Arthur corre hacia mí una vez que su padre lo pone en el suelo y abro los brazos para abrazarlo con fuerza.

Decidimos llamarlo Arthur por ser un nombre que resultaba sonar fuerte, o al menos, eso fue lo que Aedion dijo. Yo, sin embargo, acepté que fuera cualquier nombre que empezara con A.

Su rostro es tan parecido al de Aedion. Tiene sus largas pestañas, su boca y su nariz. Es igual de precioso que su padre...

CAPÍTULO 48

Strange

Aedion

—Aedion, basta, te harás daño —la voz de mi padre se escucha a mis espaldas—. Si haces demasiado esfuerzo no te recuperarás.

Me pongo de pie y me le planto de frente, mi pecho sube y baja, agitado, mientras que las ganas de golpearlo se hacen presentes.

—¿Crees que necesito parar? —pregunto con furia—. Si no me mantengo haciendo algo voy a enloquecer, ¿puedes entenderlo siquiera? —Paso por su lado y me alejo de él lo más que puedo para no desquitarme.

—Tienes que estar mejor para cuando llegue el día de ir por ella...

—¡Estuve inconsciente cuatro putos días! —aprieto los puños a mis costados—. ¿¡Y pides que me calme!? ¡Estoy hasta la mierda de esta jodida situación! Si quieres ayudarme hazte a un lado y deja de estorbarme con tus estúpidas palabras que no me sirven para nada.

Jamás le había contestado de tal manera a mi padre, pero justo ahora yo tengo razón. He despertado ayer por la tarde y lo único que sabemos con certeza es que el hijo de puta de Dominik fue el maldito responsable de todo esto.

—¿¡Quieres escucharme por una maldita vez!?

—Ya te he dicho algo, Stefan —espeto y comienzo a golpear el saco de boxeo que me han puesto en la habitación luego de haber destruido todo.

—¡Si no te sientas y descansas haré que te pongan un sedante! —reitera amenazante.

—Quiero verte intentándolo —lo reto.

Sé que es capaz, pero me vale mierda, pelearé con él si es necesario. Ya me siento lo suficientemente inútil como para también quedarme en cama descansando, necesito descargar mi coraje y desesperación haciendo alguna actividad o me volveré loco. Ya no me quedan muebles por aventar, tampoco vasos u objetos, todo me lo han quitado luego de haber perdido el control. ¿Pero cómo mierda no lo iba a hacer? A mi mujer, la que tiene nuestro futuro dentro de ella, la han secuestrado hace días y solo ayer fue que nos enteramos de quién fue el hijo de perra que lo hizo.

Mi cabeza está a punto de explotar. No puedo mantenerme quieto porque siento la desesperación de no poder encontrarme a mí mismo, de no poder manejar la situación, de no poder controlar todas mis emociones.

Dominik siempre estuvo detrás de todo, pero nadie sospechó porque el hijo de puta siempre fue muy cuidadoso. Los yakuza están con él y eso me tiene verdaderamente mal. Kiyoshi fue asesinado a sangre fría, y a estas alturas temo con todo mi ser que Angeline esté pasando un infierno en las manos de esos psicópatas.

La extraño como un loco y en cuanto la tenga entre mis brazos me la llevaré lejos para mantenerla a salvo de todos y de todo, no me importa tener que comprar una puta isla en medio del océano.

La puerta de la habitación se abre y la voz femenina de Anastasia inunda el lugar.

—¿Quieres dejar de actuar como un idiota? —La ignoro y sigo golpeando el saco—. Es increíble que tu padre te haya escogido para ser el heredero de la mafia. —Detengo mis movimientos—. Tal vez debería empezar a cuestionarse si tenerte como líder será lo mejor.

Me doy la media vuelta y la encaro. Esta mujer desde que llegó me ha sacado de quicio a un

nivel irracional.

—¿Y tú quién eres para decidir eso? —contraataco.

Las ganas de molerla a golpes se hacen presentes y tengo que obligar a mis pies a mantenerse quietos para no irme contra ella. Si la toco Angeline me odiará para siempre, esa es la única razón por la cual hago un esfuerzo, porque ganas de mandarla a la mierda y matarla no me faltan.

—Básicamente soy la autoridad aquí. No quiero ser tu enemiga, en serio no lo querrías, pero...

—No quieras venir a darme tus sermones, no eres nada aquí y tampoco tu don de controlar a los demás funciona conmigo.

—Tus palabras solo me confirman que eres tan idiota como tu madre.

La furia me ciega y me abalanzo contra ella, sin embargo, mi padre y otro sujeto se ponen entre ambos y me sostienen con fuerza.

—¡Aedion, basta! —exclama papá.

—Te dije que esa arpía solo le había metido mierda en la cabeza —añade.

—¡Anastasia! —escucho la voz furiosa de Leonel.

Se acerca a su mujer y la toma del brazo, pero ella se zafa de un tirón.

—Vives bajo las grandes mentiras de tu madre. —Da un paso hacia mí—. Y es momento de que se te diga la verdad, allá tú si quieres seguir comportándote como un imbécil.

—Tu arruinaste mi vida y la de ella... —murmuro entre dientes.

Trato de zafarme del agarre de estos dos, pero aún me duele demasiado todo al hacer un gran esfuerzo.

—Ella sola se arruinó la vida —corrige—. Y lamento mucho que también te la haya arruinado a ti, a tu padre y a tus hermanos.

Mi cabeza hace cortocircuito y de pronto aparece esa sensación de duda y desconfianza. Siempre quise saber por qué papá nos abandonó de repente, por qué mamá siempre fue mala con nosotros, y cuando tuve las agallas de preguntarle a mi madre qué era lo que había pasado, ella solo respondió que Anastasia era una puta que destruyó a nuestra familia, que ella era la causante de la gran cicatriz que tenía en la cara y que se había acostado con mi padre.

—Ana, no debes... —empieza a decir mi padre, pero lo interrumpo.

—¿No debe qué? —Alejo a mi padre y lo miro expectante—. ¿Por qué no la quieres dejar hablar? —inquiero—. Mamá dijo que tú te acostaste con ella, ¿es eso de lo que no quieres que me entere?, porque aún si ella no hubiese dicho nada, era muy obvio.

El silencio inunda el lugar y lo único que puedo hacer es pasearme de un lado a otro. Mi padre me mira con dureza y Leonel solo está tratando de convencer a su mujer de marcharse, pero ella en vez de obedecer se mantiene quieta e ignorándolo.

A mi mente solo puede llegar mi Liebe, y no puedo evitar pensar que es igual a su madre, igual de testarudas, groseras, orgullosas y tan egocéntricas. No sé como puedo soportar a esa chica siendo igual a Anastasia, pero la amo tanto que me es imposible no tener ningún sentimiento viendo a su doble frente a mí. Extraño a mi chica, la extraño con todas mis fuerzas y solo por eso es que ni siquiera puedo apartar la mirada de la mujer pelinegra que permanece a pocos pasos. Cada gesto, cada vez que cambia de postura... todo en, ella me recuerda a Ann, y eso solo aumenta mis ganas de salir de aquí ya.

—¿Qué tienes que contarme, Anastasia? —pregunto y la mirada de mi padre se oscurece.

—¡Anda ya! Entonces cuéntaselo —exclama Leonel, furioso por ver cómo, de nuevo, su mujer se sale con la suya.

—Tu madre te envenenó el corazón para que creyeras que yo fui la mala de la historia —dicta —. No entraré mucho en detalles porque hay ciertas cosas que no puedes saber, pero solo te diré que tu madre siempre fue una enferma que se dejaba consumir por los celos. Quiso destruirme porque su baja autoestima la hizo sentirse inferior, y créeme, quise hablar tantas veces con ella para que entrara en razón, pero solo se aferró a que yo quería verla mal para quedarme con su fortuna y su pareja.

—¿Y el bebé que ella perdió? No me vengas con que tú no sabías y que siempre fuiste una santa —acuso.

—Tu madre nunca estuvo embarazada realmente —interrumpe mi padre y frunzo el ceño—. Tuvo un embarazo psicológico y luego de eso y de lo que le hizo a Anastasia, tuve que dejarla.

—Y nos dejaste con ella —añadí.

—Tenía tantos problemas en ese entonces, incluso más de los que tengo ahora —suspira—. No tuve opción, conmigo corrían demasiados riesgos.

—Es tan fácil decirlo así...

Él no sabe la historia realmente, solo pequeños fragmentos, pero estoy tan enojado que justo ahora solo me dan ganas de gritarle en la cara lo que nunca supo.

—Pero luego regresé por ustedes y lo sabes, Aedion —me señala—. Tal vez no he sido el mejor padre de todos, pero sí que he remediado cada uno de mis errores.

—Y la seguridad con la que hablas solo me confirma que de verdad has sido tan ciego estos años. —Sonrío amargamente—. Como sea, la verdad es que todo este show que se está haciendo no sirve de nada —dicto—. Tienen a Angeline, eso si debería ser tema de conversación.

—Exacto —concuerda Anastasia—. Pero mira que si sigues así no podrás rescatar a mi hija.

—Y a su nieto.

Los ojos de todos los presentes casi se salen de sus órbitas al escucharme, y la verdad es que no me importa.

Ya que no me dejan salir de aquí, mínimo necesitan una buena razón para que aceleren el paso.

✂ ❖ ⟓

Una semana desde el incidente del avión.

Narrador omnisciente.

La pequeña chica yacía inconsciente en la esquina del sótano.

Su ropa estaba rasgada y no porque se la hubiesen arrancado a propósito, sino que habían sido los golpes los que hicieron que su blusa y pantalón de pijama se rasgaran casi por completo.

A su lado se encontraba aquella cubeta que le había estado haciendo compañía durante la última semana. Estaba llena de vómito y orina, pues solo una de las mucamas había tenido el valor de hacer algo por la nueva esclava del señor.

—Mírala, está casi muerta —dijo Kenzie, con ese tono burlón que había estado utilizando cada vez que hablaba de la pelinegra—. Me alegro mucho por eso.

—No lo está —dijo Dominik—. La droga la mantiene viva, por eso le he estado dando pequeñas porciones, de lo contrario habría muerto.

Dominik había estado inyectando aquella droga que tenia guardada solo para ella. Se trataba de la Ketamina y el elixir de las setas alucinógenas. Una droga que te hacía alucinar y mantenerte quieto, como un zombie, solo que a veces, de las cosas que alucinabas podrías reírte, llorar, asustarte e incluso entrar en pánico.

Angeline había sido inyectada cuatro veces, porque aunque fuese en poca cantidad, los efectos eran demasiado fuertes para alguien como ella. Todos ahí lo sabían, y Dominik había

estado teniendo que hacerlo luego de que la pelinegra tuviera un aborto espontaneo en pleno acto sexual.

Sus recuerdos eran vagos. Sin embargo, lo que sí recordaba era a aquella mujer que le dijo que acababa de realizarle un legrado mientras ella yacía inconsciente.

Fue todo un impacto para ella, le rompió el corazón escucharlo y su furia fue tanta que luego de haber acabado con la vida de la enfermera y de tres hombres, Dominik la drogó de nuevo y la encadenó en el sótano. Y cada vez que los efectos de la droga pasaban, ella dormía para olvidar, para no regresar a esa cruda realidad en la que estaba siendo esclavizada.

La doctora había sido clara; la chica no podía tener relaciones durante tres semanas luego de un aborto. Esto para Dominik había sido una pésima noticia, pero luego de verla vomitada y tirada, lo único que podía pensar era en el asco que sentía al verla como la viva imagen de Anastasia Bellows. Así que la mandaba a golpear cada vez que la veía sonreír, y cada vez que la veía llorar mandaba a grabarla para luego enviarle los videos a las mafias azul y roja.

Estaba enfermo, igual que su hermana. Todos en la mansión sabían que algo andaba mal con ellos, pero nadie sabía con certeza qué enfermedad tenían. Claro que era psicológica, pero nadie se atrevía siquiera a mencionarles la posibilidad de ir a un psiquiatra o, como mínimo, a un psicólogo.

«Son personas a las que hay que temer», decía una de las mucamas más viejas en el lugar cada vez que alguien entraba a trabajar allí.

—No entiendo cómo te puede gustar esa cosa —señaló Kenzie—. Es horrible, ¿viste como asesinó a nuestros hombres? Eso es una burla para nosotros, Domi, no deberías dejar pasar eso por alto.

Dominik conocía los trucos manipuladores de Kenzie, pues desde que la conoció como la novia de Aedion pudo darse cuenta del tipo de chica que era.

Kenzie es la hermana de Vasiliás, de aquel mafioso que Aedion atrapó en Grecia. La chica estaba tan enamorada de Aedion que le creyó todas esas cosas de amor que solo le decía para acostarse con ella. Incluso cuando llegaba a descubrirle alguna infidelidad, lo perdonaba al instante.

Kenzie sabía que era un abusivo, que volvería a engañarla con mil mujeres. Sufría y lloraba casi todos los días, pero siempre lo perdonaba. Todo cambió cuando se enteró de que Aedion amaba en secreto a la hija mayor de Leonel y Anastasia Mikaelson. Para ella, aquello fue la peor de las traiciones, especialmente porque siempre había sido insegura respecto a Angeline, la chica de la que todos comenzaron a hablar tras su presentación en una reunión.

Fue entonces cuando conoció a Dominik y descubrió lo que le había hecho a Anastasia Bellows. Le gustó tanto su osadía que se enamoró de él al instante y juró apoyarlo en todo, a pesar de saber que él no la amaba.

—No dejaré que le pase nada, Kenzie —dijo Dominik, más como una indirecta hacia ella.

Sabía que ella podía matarla en cualquier momento por sus celos.

—No estaría tan seguro si fuera tú...—dijo ella, fingiendo desinterés.

—Ella será mi esposa, será quien me dará un heredero —habló Dominik, evitando mirar a Angeline—. Aunque ahora se vea mal, estoy seguro de que con un baño y un buen vestido quedará perfecta.

La molestia en Kenzie al escuchar esas palabras se hizo notar, miró de mala manera a Dominik y cruzó sus brazos.

—¿Tu esposa?

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Estás sorda? —inquirió él.

Ella ignoró su tono grosero.

—¿Cómo la quieres a ella como heredera? Se supone que haremos nuestra propia mafia ¿y quieres que ella la lidere junto a ti? —preguntó con molestia—. En primera, ¿como harás que ella logre quererte? —Sonrió agriamente.

—Lo hará —aseguró—. Tiene que hacerlo.

—No puedes obligarla.

—Claro que sí.

—Mereces tener a alguien que te ame de verdad, Dom.

«Alguien como yo», pensó ella.

—¿Alguien como quién? ¿Como tú? —Ella sonrió al escucharlo, pero su sonrisa se borró casi al instante—. No quiero que te lo tomes a mal, amor, pero tú no eres digna de ser esa mujer.

—¿Y por qué no? —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Lo tengo todo —se señaló a si misma.

Él la miró con desdén y sonrió, dedicándole esa sonrisa de burla, haciéndola sentir avergonzada.

—Kenzie... vamos, cariño —limpió las lágrimas que escurrian por las mejillas de la chica—. Ambos sabemos que merezco algo mejor.

—¡Ella no es mejor que yo! —gritó furiosa, dolida por hacerla sentir tan miserable.

No era la primera vez que la hacía sentir así: tan insignificante, tan vacía y usada. Pero, aunque llorara y suplicara, él no iba a cambiar de opinión sobre ella. No le importaba ni siquiera un poco lo que ella sentía, por eso no le dio tanta importancia cuando ella se dio vuelta y corrió fuera del sótano.

«Espero que no se suicide», pensó.

Kenzie era muy impulsiva, lo sabía bien. Conocía a esa chica como a la palma de su mano. Podía hacer de todo con tal de que le tuvieran un poco de lástima.

Angeline gimió de repente y él puso sus ojos en ella, expectantes.

La pelinegra no abrió los ojos, pero sollozó, lo que significa que había despertado.

—Hola, cielo... —saludó el, con una sonrisa macabra en el rostro.

—Por favor, mátame —suplicó ella entre sollozos.

No era la primera vez que rogaba que la mataran. Necesitaba acabar con su agonía.

—No voy a matarte jamás, cielo —dijo él—. Tampoco voy a drogarte más —soltó una risita maliciosa—. A menos que te portes mal, claro.

Ella no podía abrir los ojos, le pesaban demasiado. Todo su cuerpo temblaba por el frío, pero no se atrevía a pedir una cobija. Entre más sufría, ella creía que se acercaba más a su muerte, y eso la ponía feliz, así que quería permanecer así.

—Por favor, mátame —lloró—. Solo pido eso, déjame morir...

El se acercó y se arrodilló frente a ella, pasó una mano por su cabello áspero y dio un largo suspiro.

—Es mejor que comiences a hacer las cosas bien. —La sintió estremecerse cuando le rozó la mejilla—. O sufrirás más y lo peor es que no morirás, de eso me encargaré yo.

Su llanto se intensificó y sin abrir los ojos, huyó. Su cuerpo se arrastró fuera de él, hasta quedar lo más pegada al rincón.

No quería verlo, ni sentirlo, tampoco escucharlo. Lo único que anhelaba era morir, acabar con el sufrimiento que la estaba consumiendo completa. Quería dejar de sentir, de llorar, de ver o escuchar, ella tan solo quería paz.

—Señor —La mano derecha de Dominik apareció en la entrada—. Ya trajeron al sujeto —avisó.

—Espabílate, que en un rato vendré por ti y más vale que estés lúcida. —Dominik se puso de pie y salió de allí.

Ella escuchó sus pasos subiendo las escaleras y se hizo un ovillo en el piso, poniendo su cuerpo en posición fetal. Y lloró, lloró como todos esos días, como todas esas horas que habia pasado hecha pedazos.

Extrañaba a sus padres, no dejaba de pensar en sus hermanas y amigos, y le dolia el alma por Aedion.

¿Cómo podía seguir adelante? Se lo había preguntado hace unos días, pero su respuesta fue clara e hizo lo más lógico: rendirse.

Dejó que la drogaran, pero no porque le gustara, sino porque en medio de esas alucinaciones podía ver a aquel hombre tatuado, y podía desahogarse con él.

Se sentía segura imaginando que estaba acariciándole el cabello, que estaba haciéndole bromas o diciéndole cosas hermosas al oído, pero sobre todo, siempre que alucinaba, lo veía a los ojos y le pedía que se llevara su alma con él.

Aedion estaba muerto, o al menos, eso era lo que pensaba.

No sabía que mientras ella pedía que acabaran con su vida, el príncipe de la mafia roja reunía a su equipo y les daba indicaciones de su paradero.

—Oye, preciosa —susurró aquel hombre desconocido que ella había conocido en el baño.

Ella se estremeció cuando una oleada de frío le caló en los huesos.

—Déjame sola —susurró con una voz apenas audible.

El hombre se arrodilló frente a ella y miró a sus espaldas para asegurarse de que nadie fuera a descubrirlo.

—Preciosa —volvió a llamarla y entonces ella abrió los ojos poco a poco.

Él notó que lucía peor que el día de ayer. Sus ojos estaban débiles, sus ojeras demasiado marcadas e incluso la veía mucho más delgada.

Le dio lástima al instante.

—No debo pedirte nada, pero te suplico que resistas. —Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta—. Hazlo, por favor.

Ella lo miró detalladamente; tenia el cabello negro, su piel estaba un poco bronceada, tenia barba, y no pasó por alto aquellos ojos color azul oscuro. Instantáneamente pensó en su espécimen.

Ella intentó ponerse de pie, pero sus huesos estaban débiles. Estaba segura de que, si le llegaban a dar un golpe más, terminarían rompiéndole alguno.

Y con un nudo en la garganta, los ojos cristalinos y mirándola con lástima la ayudó a sentarse.

Observó su rostro, el cual lucía apagado, sin rastro de algun sentimiento que no fuese cansancio y sufrimiento.

—¿Quién eres para pedirme algo así? —preguntó ella y no pudo evitar hacer un leve puchero.

A él se le encogió el corazón.

—No puedo revelarte mi identidad —respondió.

Había una buena razón, y es que, si lo hacía, corría el riesgo de que ella dijera su nombre en medio de los efectos de la droga. Ya se había arriesgado lo suficiente esos días cuando amenazó a la enfermera para que agregara una semana más cuando le dijera a Dominik en cuanto tiempo

Angeline podía volver a tener relaciones sexuales.

Odiaba a Dominik por infinitas razones, incluso podría ser la persona en todo el mundo que más quería hacerle daño a Dom. Y si hubiese visto lo que Dominik estaba a punto de hacerle a la pelinegra, hubiese interferido al instante. Pero aquel día, luego de haberle dado aquella visita en el baño, tuvo que ir a enviarle pistas a la mafia roja sobre el paradero, ya que, sin él, nadie hubiese dado con la persona que había secuestrado a Angeline.

—¿Entonces por qué estas aquí? —preguntó ella, en medio de un sollozo.

—Vengo a ayudarte.

Sacó de una pequeña mochila una botella de agua y la acercó a la boca de la chica. Ella bebió con mucho esfuerzo.

Se encontraba deshidratada y el hambre la estaba matando. Lo único que le habían dado de comer eran pequeños pedazos de pan.

El sacó un toper con pedazos de melon e introdujo un cuadrito en su boca. Ella lo masticó y tragó con dificultad, pero al instante las arcadas surgieron y vomitó dentro de la cubeta.

Ambos sabían que eran los efectos de la droga, que no podía comer nada porque al instante terminaría devolviendo todo lo que hubiese en su estómago. Pero tenía que comer de alguna forma y él no iba a darse por vencido.

En verdad quería ayudarla. Había tenido un aborto y sabía que tenía que descansar. Sin embargo, lo único que había estado pasando eran torturas constantes por parte de sus verdugos, que de la nada entraban y la golpeaban.

—Vámonos —murmuró una chica, su acompañante.

—Tiene que comer algo por lo menos —insistió.

—Dominik bajará y nos encontrará —dijo ella, su tono era preocupado e insistente.

Él la miró por última vez y le dio a tomar otro poco de agua, hechó un poco sobre su cara para despertarla y, a decir verdad, Angeline había disfrutado sentir el agua sobre su frente y mejillas.

—Te veré pronto —dijo él, poniéndose de pie—. Prometo que no te volverá a hacer lo mismo que te hizo en la habitación. —Se le entrecortaba la voz, pero fingió estar bien—. Solo sé fuerte.

—No te vayas... —murmuró la pelinegra—. Diles que acaben conmigo de una vez.

A él y a su acompañante se les encogió el pecho tras escucharla, sin embargo, tenían que marcharse. Pues, a pesar de todo, tenían que seguir con el plan.

CAPÍTULO 49

Cielo

Angeline

Cierro los ojos con fuerza, volviéndolos a abrir casi al instante. Tengo la vista borrosa y siento que todo a mi alrededor me da vueltas.

La luz me lastima y me hace fruncir el ceño constantemente mientras que el dolor punzante en mi cabeza parece aumentar con rapidez. Me tomo la cabeza entre las manos, mientras escucho el palpitar de mi corazón en los oídos.

—Es la abstinencia. —Doy un brinco tras escuchar una voz a mi espalda—. Has dejado la droga, por eso te sientes así.

La señora que había visto cuando llegué a este horrible lugar se encuentra frente a mí. Trae en la mano un plato hondo.

—No has comido nada, niña. —Deja el plato frente a mí.

«No quiero», me dan ganas de decirle, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta.

No me atrevo a responderle a nadie, ni siquiera tenía ganas de salir del sótano, lo único que he querido estos días ha sido dormir y nunca volver a despertar.

Hoy por la tarde me han dejado de administrar las drogas y las ansias se han hecho presentes de inmediato. Odio cómo me hacen sentir, pero son la única cosa que me hace desconectar de la realidad. Por eso la necesito.

—Traga o te meteré un tuvo por la garganta para que te pasen la comida por ahí —me amenaza.

No quiero sufrir más, no quiero que vuelvan a tocarme jamás. Así que con el cuerpo tembloroso tomo la cuchara, que comienza a tambalearse entre mis dedos. Las lágrimas no tardan en salir por mis ojos y me obligo a abrir la boca para meter una cucharada de la sopa asquerosamente salada que me han servido.

Siento la presencia de la señora detrás de mí, observándome cuidadosamente, y eso me hace ponerme nerviosa.

Luché por mi vida, luché por la vida de mi bebé, pero al final todo fue en vano. Aquel ser que vivía en mi interior murió y con él una parte de mí también lo hizo. Luego del aborto me aferré a hacer las cosas mal, maté, peleé y desobedecí a todos, pero lo hice con un fin: morir.

Pero a pesar de que hice todo eso, solo sufrí, porque Dominik Bristol no me dejaba morir. Me mantuvo drogada y encadenada en la oscuridad de un sótano, me mantuvo deshidratada y hambrienta por días. Si no es por aquel chico desconocido, habría muerto, pero el no parecía entenderme, por más que le supliqué que me dejase morir, que me matara rápido, no me ayudó.

Se escabullía por las noches para darme agua, para poner trapos en mi cara o darme alguna cosa de comer. No sé en realidad por qué lo hacía, pero sé que sus intenciones eran buenas. No me dice quién es o qué es lo que está planeando, pero ahora mismo no quiero llenarme de esperanza, porque ya me he resignado... y es que jamás podré salir de aquí.

La señora a mis espaldas se va, dejándome en el comedor. Cuando la siento salir no puedo evitar soltarme a llorar.

Me siento como una estúpida, como una inútil. Murió Aedion, murió nuestro bebé, seguramente también murieron mis amigos y todo por culpa mía.

No pude protegerlos, ni siquiera pude defenderme a mí misma. ¿Que más me queda por hacer? Nada. Me he convertido en un robot, en una esclava para toda la eternidad.

Alguien entra al comedor y en seguida introduzco una cucharada de sopa a mi boca. «Quiero vomitarla», siento la arcada, sin embargo, me trago todo y cierro los ojos con fuerza para no molestar a nadie.

—¿Es cierto? —Volteo la cabeza y me encuentro con Rachel, la hija del monstruo de Dominik—. ¿Es cierto que tú... estabas embarazada? —su voz sale como un murmullo, y puedo notar el nerviosismo de ser escuchada en su rostro.

Mi labio inferior me tiembla constantemente y confirmo levemente con la cabeza.

«Tu padre me drogo y violó», quisiera decirle, pero mi lado racional no me lo permite.

—Lo... lo lamento mucho —dice, con la voz entrecortada.

La veo darse la vuelta y caminar apurada. Un segundo después veo entrar a Dominik y automáticamente mi cuerpo se estremece sobre la silla de madera, miro mi plato de sopa y siento como el pulso se me acelera frenéticamente por el miedo.

—¿Cómo te sientes, cielo? —pregunta y lo siento sentarse a unas pocas sillas a mi lado.

No respondo.

—¿No vas a responderme, Angie? —vuelve a preguntar.

Las palabras no me salen, y el horror cruza mi cara cuando de reojo, lo veo ponerse de pie y caminar lentamente hacia mí. La respiración se me sale de control y todos mis sentidos se ponen alerta.

Su mano roza mi mejilla y doy un brinco involuntariamente.

—Shh... —sisea y lo siento acercarse a mi oído, su respiración golpeando mi nuca—. Pronto estarás mejor y vamos a poder hacer nuestra vida normal.

«Nuestra vida», repito sus palabras en mi cabeza.

A mi mente llegan miles de recuerdos, entre ellos aparece aquel donde estaba en el avión con mi espécimen. Recuerdo sus manos sosteniendo mi vientre, mis ojos mirando hacia los suyos a través del reflejo del espejo, y recuerdo sus palabras: «Y esto es de nosotros.»

Siento el vómito regresar por mi garganta y no puedo retenerlo. Así que termino vomitando todo sobre el piso.

—¡Agh! —escucho exclamar a Dominik, disgustado por la escena—. ¿Por qué mejor no te vas a dormir?

Un sollozo sale de mi garganta sin permiso cuando escucho que llama a alguien con solo un chistazo de sus dedos. El terror se me acumula en el pecho cuando por mi mente cruzan las escenas que probablemente me esperan.

No es la primera vez que manda a traer a los verdugos para que me muelan a golpes.

—Llévenla a la habitación —ordena—. Quiero que la bañen y la dejen encerrada hasta la hora de la cena.

Un alivio me recorre de la cabeza a los pies, sin embargo, eso dura poco. Mientras los idiotas de sus hombres me jalan por los pasillos de la mansión, mi cabeza viaja hacia aquel momento en el que me violó. Todo mi cuerpo se pone tenso tras recordar cómo me drogó, tocó y penetró, por lo que dejarme en su habitación solo aumenta mi miedo.

Me arrojan al suelo del cuarto y gateo hasta estar detrás de la cama, exhudando horror por todas partes. Horror porque quiera hacerme lo mismo, horror porque me golpeen estos hombres, horror porque sé que nunca me dejarán en paz.

Los hombres se ríen, burlándose de probablemente todo en mí. Cuando se marchan me quedo en el mismo lugar por si deciden regresar.

Mi cuerpo sigue doliendo, mis piernas al igual que mi vientre y brazos, tienen hematomas grandes de color morado. Mis costillas me duelen por las dolorosas patadas que me han estado

propinando. Tengo la garganta raspada de tanto llorar e incluso me he enfermado por dormir durante días en el piso de un lugar helado y sin cobijas.

La cabeza me duele y probablemente sea por el golpe que Kenzie me dio ayer, el cual me dejó sangrando y con la visión borrosa.

Cierro los ojos, mientras recuesto levemente mi cabeza contra los pies de la cama.

Estoy acabada, derrotada por completo. No le deseo a nadie lo que estoy viviendo.

La falta de energía me hace quedar dormida. Ni siquiera me doy cuenta en cuanto ocurre, es como si tan solo me hubiese desmayado de repente.

El sonido de la puerta me pone alerta y rápidamente abro los ojos y miro hacia allí; Rachel ha entrado con una bandeja en las manos, y en cuanto mis ojos se cruzan con los de ella me indica con el dedo que guarde silencio.

Desconfiada, me pongo de pie y me voy hacia la esquina de la habitación.

—No voy a hacerte nada —murmura.

Deja la bandeja sobre uno de los muebles y regresa a ponerle cerrojo a la puerta.

—¿Tienes hambre? —pregunta y me acerca la bandeja a la cama—. La sopa de hace un rato tenía mucha sal, y por lo que sé, también te han estado alimentando solo con pedazos de pan.

La miro con los ojos llorosos, analizando cada una de sus acciones.

—Te he traído buena comida —continúa—. Aquí tienes pechuga de pollo, verduras, filete de pescado e incluso te he traído fruta por si nada de lo anterior te gusta.

Su mirada me resulta confiable. Observo su atuendo en busca de algun arma, pero tan solo lleva puesto un pijama, sin nada punzante o un arma de fuego.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar—. ¿Por qué me traes esto?

Mira sus manos y comienza a jugar con ellas. La miro expectante, ansiosa por saber lo que va a decir.

—Tuviste un aborto, necesitas descansar y alimentarte bien.

—¿Y por qué te importa? —mi voz apenas es audible.

—Yo también estoy embarazada.

Siento una punzada horrible en mi pecho, la misma que he estado sintiendo estos días, solo que ahora, con más intensidad. Las lágrimas empiezan a resbalar por mi rostro, mi cuerpo comienza a temblar y me animo a acercarme a ella.

—¿En serio? —pregunto en un sollozo, sin poder creerlo.

¿Como puede estar embarazada y vivir en este lugar con un montón de locos en su entorno?

—Nadie lo sabe —susurra, apenas puedo escucharla.

Entonces recuerdo los micrófonos en la habitación y la tomo de la mano por instinto.

—Hay micrófonos aquí —digo y acaricia con sus dedos el dorso de mi mano.

—Tranquila, los he desactivado antes de venir aquí. —Siento una oleada de alivio por todo mi cuerpo—. Justo ahora nadie está en el área de monitoreo, así que estamos seguras.

Suspiro, aliviada y por primera vez en días siento que la tensión en mis hombros se desvanece un poco.

Es bueno saber que no estás siendo observada y escuchada.

—Anda, come algo —sugiere y niego.

—Debes irte de aquí. —Aprieto sus manos—. Tu bebé y tú no están seguros.

—Lo sé —admite—. Pero no puedo.

—Si puedo ayudarte, lo haré —digo sincera. Sus ojos se clavan en los míos, sorprendidos—. Pero tienes que irte.

Es la hija de Dominik, pero, por más que quiera odiarla, no me nace. Al contrario, siento un instinto de protección hacia esta chica.

Debe ser menor que yo por apenas dos años y seguramente en cuanto su padre se entere de lo que pasa con ella terminará por hacer lo que hizo conmigo. Y me rehuso, no quiero ver a alguien más sufriendo como yo lo estoy haciendo ahora por no haber podido tener a mi bebé, por no haberlo protegido como se debía.

—Dominik, él... —La voz se le corta y segundos después veo cómo las lágrimas resbalan por sus mejillas—. Él es el padre.

Los sollozos salen con tanta tristeza de mi pecho... Y es que no puedo imaginar lo que esta chica ha pasado, lo que está pasando incluso ahora.

—¿Tu mismo padre? —Asiente, con los ojos rojos por las lágrimas.

—Ha abusado de mí desde que tenía diez años —dice—. Por eso mi madre ha muerto. —Se pasa las manos por la cara—. Ella se enteró, nos vio, y mientras discutían, Kenzie la mató por la espalda. Por eso mi padre y Kenzie han sido pareja desde entonces, y aunque ella no sabe que sigue abusando de mí, en cuanto lo sepa querrá matarme también.

Sinceramente, yo no quisiera tener el bebé de mi mismo padre, mucho menos si fuese él. Así que me atrevo a preguntar:

—¿Y tú quieres tener al bebé?

—La verdad es que no —suspira—. Pero tampoco me dejarán abortar si mi padre se entera de que es suyo.

Qué hombre tan enfermo, quisiera que muriese en la forma más dolorosa posible.

—Por eso quiero irme, porque marchándome de aquí quizá pueda abortar. Si mi padre se entera de mi embarazo, me obligará a quedarme y tendré a Kenzie torturándome todos los días. No estaría a salvo, mi bebé tampoco y no soportaría tener que ver cómo Kenzie me realiza un aborto a su manera.

No sé qué clase de enfermedad tenga ese hombre, y la verdad es que no me interesa en lo más mínimo, pero confío plenamente en que tendrá su merecido en esta vida o en el infierno.

Debería sentirme mal porque ella quisiese abortar. Porque ella tiene algo que yo solía tener pero que me arrebataron. Pero la verdad es que no es así, no siento envidia ni la necesidad de hacerla cambiar de opinión.

A ella la violaron, su propio padre abusó de ella quién sabe cuántas veces. No es correcto tener que meterme en las decisiones de otras personas, mucho menos en estos temas.

La tomo de las manos y le dedico el intento de una sonrisa, ya que no hacerlo bien porque una de mis mejillas está inflamada.

—¿Has venido por ayuda? —inquiero.

Ella se echa a llorar sin pudor y el alma se me encoge enseguida. La rodeo con mis brazos demostrando que tiene mi apoyo, y también porque sé que ambas necesitamos un abrazo.

—No sabía que hacer —dice entre el llanto—. Me sentí horrible cuando me enteré de que habías sufrido un aborto. —Se aleja de mí—. Te juro que mi padre y toda mi familia decían que estabas enamorada de él, que querías ser la próxima señora del lugar, por eso no me agradabas. Pero luego, cuando vi como te golpeó supe que no estabas loca, que algo andaba mal y me he puesto a investigarte.

Se nota en su voz el dolor que siente al contarme esto. Sus palabras salen rápidas y rasposas, como si le quemara la garganta hablar sobre mí.

Lo que más siento ahora es ira y un fuerte ímpetu por ir a matar al hijo de puta de Dominik.

En mi cabeza no cabe que en verdad haya podido hacerle esto a su propia hija. ¿Cómo puede

vivir tan tranquilo? De hecho, ¿por qué nadie lo ha matado aún? Debe ser un desquiciado con todos.

Sus manos acarician mi rostro y sus ojos me miran con culpa y arrepentimiento.

—Lo siento, en verdad, perdón...

Limpio las lágrimas de sus mejillas y la atraigo nuevamente hacia mí, sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío, reconfortante.

Me hubiese gustado que me ayudara, tener a alguien de mi lado a la hora de defender a mi bebé. Por un breve momento me sentí molesta por eso, sin embargo, recapacité luego de algunos minutos y comprendí; entendí que no era su culpa que me secuestraran, que no era su culpa que me violaran, que me drogaran y que me causasen un aborto.

Su madre murió defendiéndola, pero a final de cuentas murió. Ella estuvo aquí viviendo quién sabe qué torturas. Y al contrario de mí, ella no tenía ni un solo apoyo, ni una sola persona con la quien pudiera desahogarse. Hasta ahora, que de alguna manera ambas podíamos entendernos bien.

Es más pequeña que yo y debe estar igual o lo doble de traumada, por eso creo que tiene el derecho de mínimo escoger qué hacer en este punto de su vida. La han de privar de todo, eso es seguro, pero no quiero que siga ocurriendo eso.

—Shh... —siseé—. No es culpa tuya, Rachel, nada de esto lo es. —Le doy un beso en la sien mientras acaricio su cabello—. Gracias por la comida.

Se aleja de mí y tomo una fresa de uno de los platos. En cuanto mis ojos miran la fruta roja no puedo evitar sentir náuseas y ella al notarlo me anima a darle una mordida.

El sabor cítrico me acaricia la lengua, no me resulta tan asqueroso como pensé que iba a ocurrir.

—Dominik te llamará para cenar, por lo menos debes acabarte la sopa —dice—. Mañana te traeré algo decente para desayunar, porque supongo que estarán dándote comida asquerosa, ¿no es cierto? —Asiento—. Entonces te apoyaré en ello.

—Te ayudaré a salir de aquí. —Sus ojos cristalinos recorren mi rostro—. Haré lo mejor que pueda para lograrlo.

—Vendrás conmigo.

—No podremos hacerlo las dos —me sincero.

—Aún tienes familia allá afuera —dice—. Seguramente deben estar buscándote.

Mi pecho arde tras pensar en mis hermanas y mis padres.

—Ellos estarán mejor, créeme. Solo les traeré problemas si me voy, y no quiero arriesgar más a las personas que amo.

El sentimiento en mi pecho es como si miles de dagas me apuñalaran una y otra vez. Siento que el nudo en mi garganta se va haciendo más y más grande, con tanta intensidad que lastima demasiado.

—No digas eso...

—Rachel —la tomo de las manos—. Yo ya estoy perdida. —Sonrío agriamente—. Mírame, ese hombre acabó conmigo, arruinó mi vida, ya no me queda nada.

—Pero si tuvieras tan solo un poco de fe...

La interrumpo: —Mi fe se fue desde que Dominik se encerró en esta habitación conmigo.

—Aún hay cosas por las que seguir luchando.

—Decir que aún quedan cosas por las que vivir sería mentirme a mi misma, y creo que estoy lo suficientemente rota como para hacerme sentir peor de lo que me siento.

La veo limpiarse las lágrimas de las mejillas y luego se pone de pie.

—No quiero que te hagan algo por culpa mía.

—No te preocupes —murmuro con voz mortecina—. La oportunidad que me queda la pondré en ti, lo vales, después de todo tú si tienes por qué luchar.

—¿Sabes que él te matará en cuanto hagas eso?

—Entonces, firmar mi acta de defunción será el mejor regalo que podré hacerme a mí misma.

Las manos de Kenzie repiquetan impacientes sobre el comedor que hay en el jardín. Sus ojos con pupilentes están clavados en Dominik. Lo esta mirando atentamente, como un lobo a su presa. Su expresión denota obsesión, es como si anhelara estar con Dominik para la eternidad.

Para la persona correcta siempre serás hermoso a sus ojos.

Y eso ocurría con Kenzie, ella vive en una burbuja donde cree que un tipo como Dominik es atractivo solo por ser un enfermo mental. Por más que vea cómo viola a las mujeres, como obliga a los demás a hacer algo que no quieren hacer, para ella es su hombre perfecto y no pueden hacerla cambiar de opinión.

Ella también está loca, por eso son tal para cual.

—¿Qué me miras? —su tono es brusco y grosero, pero la ignoro y tan solo me dedico a comer—. ¿Estás sorda? —inquiere.

—Basta ya —interfiere el hijo de puta de Dom—. Dedícate a comer, Kenzie.

—¿Que no viste cómo me miró?

—Deja de hacer un drama —dice Miles, el otro hijo de Dominik.

Miles y Rachel son casi iguales en su apariencia, pero sin duda la salud mental de ambos es muy distinta.

—Tú ni siquiera hables, arrimado.

Meto a mi boca una cucharada de la sopa que me han servido mientras miro de reojo a Dominik, que se pone rígido tras aquellas palabras.

—Lárgate, Kenzie —dice entre dientes—. Lárgate, que no me apetece escuchar tus pendejadas el día de hoy.

Kenzie se pone de pie en un movimiento brusco y me mira directo a los ojos.

—Me las pagarás, zorra —avienta la silla hacia un lado como demostración de su furia y se va dando zancadas largas y fuertes.

Ella solo busca un pretexto para estarme molestando, pero nunca se ha atrevido realmente a enfrentarme, sin nadie a nuestro alrededor. Creo que ambas sabemos que en un cuerpo a cuerpo yo salgo ganando.

—Papá... —Rachel a mi lado comienza a hablar—. No sé si recuerdas, pero pronto llegará mi cumpleaños.

—Ve al punto, Rachel.

—¿Qué pedirás? ¿Un novio? —Miles se burla.

—Rachel no puede tener novios —dice rápidamente su padre.

Hijo de puta.

Por su estúpida culpa seguramente jamas tendrá ganas de tener alguno.

—No es eso —dice ella—. Me gustaría que mi regalo de este año fuese algún viaje a algún lugar.

—¿A dónde?

—Los Angeles —me lanza una mirada fugaz antes de poner los ojos sobre su padre.

—No.

—¿Por qué no? —pregunta ella.

—Porque es peligroso.

«Qué irónico».

—¿Y para qué quieres ir a Los Angeles? —pregunta su hermano con curiosidad.

—Nunca he ido allá —responde simple—. Además, Hollywood está en Los Angeles, quisiera conocer ese lugar.

Bueno, debo admitir que su plan es bueno. Supongo que una vez estando allá podría darse a la fuga, y el haber elegido específicamente ese lugar debe ser por mí, ya que sabe que soy de allá. Ha tomado en cuenta mis palabras y sabe que la ayudaré, así que estando allá tendrá que hacer lo que le diga. Sin embargo, aún hay un problema y ese es Dominik.

—¿Hollywood? —Miles vuele a burlarse, pero Rachel ignora aquello y centra su atención en su padre.

—¿Qué dices, padre? —pregunta.

—Está bien, será solo un fin de semana e iré contigo.

Me pongo tensa tras su respuesta y Rachel debió ponerse incluso peor.

—¿Me dejarás? —inquiero, sin pensármelo antes.

Los ojos de Dominik me escanean el rostro con cuidado, y trato de lucir tranquila, sin dar a notar en mis expresiones lo que quiero lograr.

—No te llevare conmigo, cielo.

«Ni a la esquina quisiera ir contigo».

—¿Y con quién me quedaré entonces? —pregunto y veo que posa su mirada en Miles—. ¿Vas a dejarme con él? Porque no sé si lo recuerdas, pero el intentó tocarme en la regadera.

La cara de Miles se pone roja de la furia y su mirada se vuelve tan profunda que deduzco que quisiera eliminarme ahora mismo.

He visto que Dominik es muy celoso cuando alguien se me queda mirando, y en ningún momento dejó que alguien me tocara de manera sexual, ni siquiera su hijo. Estoy segura de que no querrá dejarme sola.

—¿Quieres que me quede contigo, cielo? —inquiere.

El estómago se me revuelve de solo pensarlo.

—Podrías hacerlo.

—Entonces me quedaré junto a ti, amor. —Una sonrisa totalmente maquiavélica se dibuja en su rostro—. Será el mejor fin de semana de tu vida.

El pecho se me comprime de la angustia, pero todo lo que vendrá me conforta, ya que al menos ayudaré a alguien que sí tiene las agallas y las ganas de salir adelante.

Un estruendo llama la atención de todo el mundo y Dominik es el primero en ponerse de pie. Saca su arma y automáticamente mira hacia la entrada de la casa.

Miro a Rachel y ella me mira con terror puro en su rostro. La meto rápidamente bajo la mesa y ella obedece.

Miles también se pone de pie y antes de que yo también pudiera hacerlo, mis ojos van hacia el helicóptero que vuela arriba de nosotros.

Lo primero que pienso es en enemigos de Dominik y en lo mucho que deben odiarlo, así que luego de eso mis instintos reaccionan.

—Mierda —escucho decir a Dominik.

«Cambio de planes», pienso y saco rápidamente a Rachel de debajo de la mesa.

La halo hacia una esquina con el fin de refugiarnos y es de las mejores decisiones que he tomado, ya que comienzan a disparar desde el helicóptero y también desde dentro de la casa.

Rachel empieza a gritar presa del pánico y la tomo de los hombros.

—¡Hey, mírame! —le grito—. ¡Mantente junto a mí y por ningún motivo sigas gritando!

Si han venido a hacer un alboroto dudo que alguien dentro de esta mansión quede con vida, así que tendremos que aprovechar para salir de aquí.

Ella asiente levemente con la cabeza y la sujeto de la mano para luego comenzar a caminar hacia un lado de la casa.

Llegamos a una zona donde hay algunas plantas y ambas nos refugiamos ahí.

—¿Dónde está este lugar? —le pregunto en un murmullo.

Ella parece tener un ataque, ya que no para de voltear hacia atrás y respirar agitadamente.

—¡Rachel! —la llamo y ella me mira asustada.

—Omán, estamos en Omán.

«Mierda, ¿y eso dónde carajos está?»

Sin más opciones, caminamos ocultas entre las plantas y una vez que llegamos a la parte delantera de la casa vemos a varios hombres disparandose entre ellos.

Miro a Rachel, la cual luce a punto de desmayarse y eso solo me complica las cosas.

Miro a mi alrededor, buscando alguna manera de salir sin que nadie nos note, pero todo parece ser peligroso.

Estoy a punto de salir e irme a esconder detrás de un par de autos, cuando una camioneta enorme atraviesa la puerta que da entrada a la mansión. Me quedo tiesa al ver que detrás vienen más.

¡Carajo!

—¿¡Qué vamos a hacer!? —pregunta Rachel entre sollozos.

Le hago una seña para que guarde silencio y mi mirada se posa en los hombres que bajan de la camioneta con ametralladoras en mano. Uno de ellos se quita el pasamontañas y...

Siento que el estómago me da un vuelco.

El aire se me va, las lágrimas en mis ojos comienzan a salir, mi corazón se detiene y la vista se me nubla.

—¡Angeline! —escucho la voz de Rachel, pero muy, muy lejana.

Siento sus brazos sostenerme con firmeza, pero al único que puedo ver es al hombre delante de mi.

El centro de mi tierra, mi amor, mi espécimen... él, él está frente a mí.

Una mano se cierne sobre mi nuca, haciéndome volver a la realidad. Mi cuerpo cae sobre el suelo y el de Rachel también.

—¡No van a escapar! —escucho la voz de Kenzie.

Uno de los hombres intenta meterme dentro de un auto, y entonces, por un microsegundo mis ojos se cruzan con los de Aedion.

El corazón me vuelve a latir, mi cuerpo parece retomar toda esa fuerza que había perdido hace días y con toda la voluntad de mi cuerpo, pateo al sujeto que trata de encerrarme en el auto.

Mi pie golpea su cara y este cae de espaldas, entonces bajo y a quien mis ojos ven primero es a Kenzie.

—Se te apareció el diablo. —Arqueo una ceja.

Su rostro denota horror y preocupación. Se pone en posición de pelear pero mis ojos llegan rápido a la persona que se acerca detrás.

Las lágrimas me salen solas y no pierdo tiempo.

Me acerco a ella y la sujeto del cuello tan fuerte que de inmediato su cara se pone morada.

—Mátala.

Aedion asiente levemente y con una de sus manos toma su cabeza y con la otra su quijada, y luego las tuerce, zafandole la quijada a Kenzie, matándola.

Dejo caer el cuerpo de la mujer a un lado y me pego como una sanguijuela a mi espécimen. Mi llanto sale desde lo más profundo de mi ser, lastimándome el pecho. Sus manos rodean mi cuerpo y por primera vez me siento a salvo.

—¡Gracias a Dios! —exclamo con alivio contra su pecho.

Sus manos me toman la cabeza y lo miro a la cara; él también esta llorando.

—Vamonos, Liebe.

Asiento levemente y dejo que tome mi mano.

Mi cerebro aún no procesa con claridad lo que tengo de frente. ¿Estoy soñando? ¿He muerto?

—Espera. —Lo detengo y miro hacia la camioneta.

Rachel esta parada ahí, llorando. En cuanto ve que es buen momento para acercarse, lo hace.

Aedion se saca el chaleco antibalas y me lo pone encima sin pensarlo. Me hala hacia su pecho y camina hacia las camionetas a paso rápido, con su cuerpo cubriendo el mio.

Rachel camina detrás de nosotros, pero cuando por fin vamos a llegar a las camionetas, tres hombres salen de no sé dónde y sujetan a la chica.

Un grito se me atasca en la garganta y justo cuando estoy a punto de ir por ella, sale la pareja desconocida que estuvo cuidándome por días y ambos les disparan a los tres sujetos.

Se acercan rápidamente hacia Rachel y la mujer la toma del brazo para guiarla hacia nosotros.

El desconocido se acerca con una sonrisa y cuando llega a la puerta de la camioneta, justo del otro lado de donde nos encontramos nosotros, habla:

—Hola, hermano.

CAPÍTULO 50

¿Lo prometes?

Angeline

En mi mundo la muerte es vista tan seguido que llegamos a un punto en que la percibimos como algo natural, algo que pasa todos los días, algo a lo que hay que acostumbrarse.

Crecí rodeada de lujos, mi padre siempre me dio todo lo que quise; desde la mejor muñeca, hasta el mejor automóvil, aunque para esto siempre tenía que dar lo mejor de mí. Me animaba a dar siempre todo, a nunca rendirme, me protegió como un lobo a su manada y me apoyó como un fanático en todo. Mi madre llenó mi casa de amor y alegría, me abrió todo un mundo de posibilidades con sus enseñanzas, supo guiarme a lo largo de mi vida y nunca me sugirió que no, ni quién, podía ser.

Y ahora, en este punto de mi vida, quisiera regresar a aquellos tiempos.

En donde mi mundo, fuera de ser común, seguía siendo tranquilo, despreocupado.

Con diecinueve años he vivido más de lo que debería vivir, y no es correcto, pero desgraciadamente no hay alguien en la vida que te evite de las tragedias.

—¿Qué te dice? —Escucho la voz de mi madre en alguna parte del primer piso.

Me siento en las escaleras, haciendo el menor ruido posible, y agudizo mis oídos para escuchar lo que hablan de mí allá abajo.

—No voy a decirte nada de lo que me dijo —Aedion responde de mala manera—. Solo confórmate con saber que está a salvo.

—Es mi hija, animal, así que tengo el maldito derecho de saber qué...

—¡Hey! Basta, no es momento para discutir —escucho la voz de Kylie—. Tienes que darle su espacio, mamá, si a ella no le apetece vernos ahora, respeta su decisión.

Escucho que mamá resopla y puedo imaginarla cruzada de brazos, mirando de mala manera a Aedion.

—Han pasado ya tres días, ¿cuándo se dignará a vernos?

—No la presiones —escucho que dice el espécimen.

—Solo quiero ver a mi hija.

—Mamá, por favor...

Y de nuevo comienzan a discutir.

Estoy en la mansión Lorcan, llegué hace dos días. Aedion en ningún momento se ha despegado de mí, ni siquiera para ir al baño me deja sola. Tiene miedo a perderme de nuevo, y si soy sincera, yo también temo perderlo, así que eso nos hace estar tranquilos a ambos.

Flashback

El avión esta escoltado por más naves, en las cuales hay decenas de hombres dispuestos a dar su vida ante cualquier incidente.

Efraín viene detrás de mí, cuidando de Rachel, mientras que Aedion me mantiene de pie sujetándome de la cintura.

Efraín me ha dado un abrazo en cuanto me vio, sin embargo, no me ha dicho ni siquiera una palabra desde que me subieron a una de las camionetas y me trajeron hasta aquí. Sé que no sabe qué decir, y lo entiendo, yo tampoco sabría lo que debería hablar o hacer. Pero quedé satisfecha

al ver que en sus ojos no había lástima, sino que al contrario, podía notar en su rostro la misma furia que he visto en Aedion.

Aedion me mete a una de las habitaciones y cierra la puerta, me lleva a la cama y me sienta en ella con delicadeza.

—Quiero darme un baño —pido, cabizbaja, con las lágrimas resbalando por mis mejillas.

—Haré lo que tú me pidas —dice y se hinca frente a mí.

Ni siquiera puedo mirarlo a los ojos...

—Perdón…. —Me suelto a llorar y el pone sus manos sobre mis piernas.

El mero acto me resulta reconfortante, y es cuando me doy cuenta de lo mucho que necesitaba sentir por lo menos el roce de sus manos.

—Liebe...

—Perdón por no luchar lo suficiente, por no ser la chica útil a la que preparaste todos estos meses, perdón por haberte hecho pasar todo esto... —Siento que me falta el aire.

—Basta, Angeline, deja de decir esas estupideces. —Puedo notar la molestia en su voz. Sin embargo, se mantiene tranquilo—. Eres la mejor mujer que he conocido en mi vida, estoy más que orgulloso de saber que has sobrevivido a esa bola de hijos de puta.

«Sólo yo sobreviví», pienso, a la vez que mi pecho se comprime por el dolor que me causa recordar escenas que jamás quiero repetir. Abro la boca para decir algo pero solo comienzo a balbucear. No sé cómo voy a explicarle que nuestro bebé ha muerto por culpa de mi poca fuerza.

—Aedion... —Tengo el miedo recorriendo todo mi cuerpo—. El bebé... yo... —Las palabras se atascan en mi garganta y vuelvo a bajar la mirada, sin saber qué decir.

Lo veo ponerse de pie en un movimiento duro y lo escucho suspirar pesadamente para luego acercarse a uno de los muebles y recargarse en él.

—Espera aquí —dice y con tres zancadas sale de la habitación.

Lo que escucho después me destroza, y me echo a llorar como nunca.

—¡QUIERO A TODOS BUSCANDO A DOMINIK EN TODO EL PUTO MUNDO! —lo escucho gritar y alguien le dice algo que lo hace enfurecer más—. ¡NO ME INTERESA! ¿¡ACASO TE PREGUNTÉ!? ¡ESTARÉ EN GUERRA CON LOS MISMOS PRESIDENTES SI ES NECESARIO!

Tengo la angustia atorada en el pecho al saber que ni Dominik, ni Miles, han sido capturados.

Destruyeron toda la finca, mataron a todos en la mansión, incluso llegaron a darle algunos tiros a Miles, pero al final, ambos lograron escapar. Aedion se esforzó demasiado, e incluso quiso quedarse a pelear luego de haberme encontrado, pero Heinz no lo permitió.

El caos sigue allá afuera, incluso ahora se escucha cómo algunas cosas son aventadas por Aedion. «Está desatando su furia». Debe estar tan mal como yo ahora mismo.

¿Qué voy a decirle ahora?

El creciente miedo se acumula en mi estómago y corro al baño a vomitar todo lo que cené hace un rato.

Escucho cómo la puerta de la habitación se abre y un segundo después siento las manos de Aedion sosteniendo mi cabello.

—Lo lamento mucho... —El vómito me quema la garganta y apenas puedo hablar con dificultad.

—¿Quieres seguir vomitando? —pregunta cuando ve que me detengo.

—Sí, pero no puedo...

—Abre la boca. —Obedezco y él introduce dos de sus dedos dentro, logrando que devuelva toda la comida en mi estómago.

No quiero que me vea así, pero mi cuerpo clama por su presencia, mi cuerpo y alma lo necesitan con intensidad.

Solo quiero que él me ayude, no quiero a nadie más.

Cuando ya no queda nada en mi estómago y logro tranquilizarme, me ayuda a ponerme de pie y en seguida siento las manos de dos personas sobre mis brazos.

—Tiene que acostarla —miro a una enfermera separándome de Aedion.

—¡No me dejes, Aedion! —le grito presa del pánico, aferrándome a sus brazos, clavándole las uñas en la piel.

—Liebe, escúchame. —Con una mirada manda a detener a las enfermeras a mi lado, sus manos se posan en mi cabeza, obligándome a mirarlo—. Solo te harán un chequeo, ¿está bien? No me iré a ningún lado, estaré junto a ti todo lo que quieras. —Asiento con un movimiento de cabeza y dejo que me acuesten sobre la cama de la habitación.

Una de las enfermeras comienza a conectar máquinas junto a la cama, mientras la otra saca unas tijeras enormes de un botiquín. Abro los ojos y la respiración se me acelera al pensar lo que puede hacerme con eso.

—No quiero... ¿¡qué va a hacerme!? —Trato de levantarme, pero Aedion se pone junto a mí y me toma de la mano.

—Voy a quitarle la ropa —dice la chica y comienzo a llorar y patalear hasta que mi cuerpo toca la cabecera.

—¡No! ¡no! ¡no! ¡no me toque! —grito.

—¡Baja eso ahora mismo! —ordena Aedion, con voz dura.

La enfermera deja las tijeras donde estaban y alza las manos para mostrarme que ya no tiene nada.

—Necesitamos quitarle eso... —empieza a decir nuevamente, pero Aedion la manda a callar con una mirada.

Mi corazón no deja de latir como loco y siento mi respiración cada vez más acelerada.

—No quiero que ellas me quiten la ropa... —Miro a Aedion—. No... no quiero...

Me siento acorralada, avergonzada, sin saber qué hacer.

Veo a Aedion endurecer su mandíbula y siento que puede adivinar por qué no quiero que me toquen.

Le indica a ambas enfermeras que salgan un momento y ellas obedecen casi a regañadientes.

—Yo lo haré, Liebe. —Me aprieta las manos en un gesto de apoyo—. Yo seré el único que te quitará la ropa, lo prometo.

—No quiero que me veas así... —digo en un sollozo—. Por favor, no merecezco que estés aquí conmigo...

Sus ojos se humedecen y mantiene su cuerpo rígido a mi lado.

De pronto, se hinca junto a la cama, pone mi mano sobre su pecho, a la altura del corazón, luego sus ojos se conectan con los míos y en ellos veo un brillo que nunca antes había mirado.

—Estuve a punto de perderte, durante estos días sentí que no tenia corazón, ni siquiera cabeza, no podía pensar con claridad. Sin embargo, luché, luché por ti porque vales cada maldito pedazo, por que eres la mujer que merece más de lo que el mundo puede ofrecerle. —Una lágrima resbala por su mejilla—. Por ti me arrodillaría sin pensarlo, y no te ofendas pero te equivocas, quien no merece estar aquí soy yo, yo no te merezco, eres más de lo que cualquier persona pudiera merecer.

Mi corazón va disminuyendo la velocidad y mi respiración se normaliza, sus ojos me envuelven en ese brillo tan bonito y por un breve momento me siento hipnotizada.

—Te amo, Angeline —besa el dorso de mi mano—. Eres la mujer por la que vale la pena arriesgar mi vida y la de miles más, por ti soy capaz de todo, Liebe, no me importa qué tan necia seas o qué tan miserable piensas que te ves, a mis ojos siempre serás perfecta.

Se pone de pie en un impulso y me toma la cara para luego besarme. Mis manos se ciernen sobre su camisa, impidiendo que se despegue de mí. En mi estómago vuelan mariposas y por primera vez en días, dejo caer un enorme peso de mis hombros.

Pasan unos segundos y me alejo de él, su frente aún pegada con la mía.

—Aedion —lo llamo—. Yo también te amo demasiado.

Una sonrisa tierna aparece en su rostro.

—No importa si te sientes perdida, o si crees que lo has perdido todo, debes prometerme que vas a aferrarte a la esperanza. —Asiento levemente y él deposita un beso en mi frente.

—Aedion —vuelvo a llamarlo y hago un intento de sonrisa—. Acabas de besarme luego de haber vomitado.

Una sonrisa divertida le surge en la cara y hago mi mejor intento de demostrarle que confío en sus palabras.

—No importa, Liebe. —Sus manos sujetan lo que queda de mi camisón y lo rompe con fuerza—. Fue rico.

No digo nada, ya que me concentro en sus manos quitándome el trapo que tengo por ropa.

Quedo en lencería y de nuevo siento la vergüenza invadirme entera cuando me veo a mí misma metida en prendas de encaje.

—Entrarán las enfermeras y dejarás que te revisen —ordena, sin prestar atención a lo que tengo puesto—. Estaré a tu lado, no dejaré que nadie te haga daño, lo prometo.

Fin del flashback.

Escucho los pasos pesados de Aedion caminando hacia donde estoy y rápidamente me pongo de pie para luego regresar a mi habitación.

Me meto bajo las cobijas y espero a que Aedion cruce la puerta.

—Te vi —dice en cuanto entra, tiene en las manos una bandeja con comida—. Habíamos quedado en que tenías que descansar, ¿recuerdas?

—No hice nada —me hago la desentendida.

Es la tercera vez que me descubre deambulando por la casa.

Me mira con una de sus cejas arqueadas mientras pone la bandeja sobre una mesa que está frente a la cama.

—El doctor dijo que tienes que comer sanamente —suspira—. Así que te traje la famosa tarta de verduras que tanto te encanta.

—Gracias —digo y medio sonrío.

Me arrastro hasta los pies de la cama y me siento frente a la mesita. Aedion me pasa un tenedor y sirve agua en dos vasos, luego se sienta frente a mí y comienza a comer de su pechuga asada.

—Lamento lo de la madrugada —digo, con la vista pegada a mi plato.

No he podido dormir muy bien desde que llegué aquí. A pesar de que Aedion está junto a mí toda la noche, no parece hacer que mis pesadillas desaparezcan.

—¿Qué ocurrió en la madrugada? —trata de bromear, pero al ver mi rostro deja salir un suspiro—. Liebe, deja de pedir disculpas por algo como eso.

—No he podido dormir bien.

—Lo sé. —Se pone de pie y rodea la mesa, se acerca a mí y deposita un beso en mi sien—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte, amor?

—No lo sé —Se sienta junto a mí y toma mi tenedor entre sus dedos—. Solo quisiera regresar el tiempo hasta hace unas semanas, cuando era feliz.

Corta con el tenedor un pedazo de brócoli y me lo da de comer en la boca.

—No tiene caso pensar en el pasado —dice—. Ahora estás conmigo, Liebe, eso es lo que más importa ahora.

—Perdí a nuestro bebé. —Un puchero se me forma y las lágrimas vuelven a salir—. Era nuestro, y me lo arrebataron...

Lo veo ponerse tenso y luego me atrae hacia él en un abrazo.

—Ese hijo de puta las pagará caro.

—Si lo capturas, por favor déjame hacerle saber cómo me siento... —Sus labios besan mi cabeza—. Lo odio, no sabes cuánto lo detesto...

—No permitiré que vuelva a dañarte. —Entierro mi cara en su pecho—. Así pasen años lo encontraré, lo traeré a tus pies y dejaré que le hagas lo peor.

—¿Lo prometes?

—Por la garrita. —Alza su dedo meñique y entrelazo el mío con el suyo.

—Por la garrita. —Repito y no puedo evitar sonreír un poco.

Aedion

Angeline abre la boca para que le dé otro trozo de comida y hace una mueca.

«Se asqueó», pienso, y en efecto, me dice que ya no quiere comer más.

Miro el plato, que aún tiene un poco de comida, y pienso en insistir para que coma por lo menos otro poco pero decido dejarlo así. La última vez terminó vomitándolo todo y no quiso comer nada durante el resto del día.

—Termina tu agua —señalo el vaso, el cual esta a un trago de ser terminado.

Ella obedece y mientras se pasa la lengua por los labios no puedo dejar de mirarla detalladamente.

«Voy a arrancarle los huevos a Dominik y voy a dárselos de comer».

No he dejado de pensar en mil torturas, torturas inigualables, de esas que jamás he realizado y que me encantaría poner en práctica.

—Está rica —dice y finjo una sonrisa.

—¿Quieres dormir?

—Quisiera. —Sonríe triste y empieza a jugar con sus dedos.

—Inténtalo —la animo.

—No, tengo miedo de dormir.

—Liebe... —No me deja terminar, ya que pone su dedo índice sobre mis labios.

—Me acostaré y descansaré. —Miro sus ojos, los cuales tienen un brillo muy bonito—. Pero no dormiré, eso lo haré en la noche, ¿sí?

«Es tan tierna».

—Está bien.

Se acerca a mí dudosa, como si no estuviera segura de qué hacer a continuación, así que espero paciente a que termine de acortar el espacio que queda entre ambos; sin embargo, no lo hace. Vuelve a su lugar y mira sus dedos con nerviosismo y vergüenza.

La tomo del mentón y termino por estampar mis labios en los suyos con un sonoro beso.

—No te alejes, Liebe. —Le doy un beso en la mejilla—. Sabes que por tus besos haría lo imposible. —Beso su pequeña nariz—. ¿Entendido? —Vuelvo a besar su boca.

Asiente lentamente, cabizbaja y con las comisuras de sus labios apenas levantadas.

Así ha estado estos días; tiene vergüenza de todo lo que hace, se disculpa por todo, a todo me dice que sí, y no se anima a besarme o abrazarme por cuenta propia. Siempre tiene la intención de hacerlo, pero al final termina por aguantarse.

Sé que probablemente haya pasado por lo peor y me duele mucho tener que verla sufriendo.

Dominik me arrebató todo lo que amo, desde un principio lo ha hecho, y pagará muy caro por ello.

Me acerco a acomodarle la cama y una vez que ella se mete entre las cobijas, me aseguro de arroparla completamente. Ella medio sonríe al ver que la enrollo como sushi y me acerco a darle un beso en la frente.

—Iré a bajar la comida —digo y ella asiente con sus ojos clavados en mí.

Tomo la bandeja y salgo de la habitación tratando de no hacer ruido para que ella se relaje.

Al salir les digo a los cuatro hombres que cuiden de ella y que no dejen entrar a nadie, ellos asienten y me dispongo a bajar las escaleras.

Al pasar por la sala de estar me encuentro con su madre charlando con Heinz. Paso de largo, rogando para que no noten mi presencia, pero la voz de Anastasia hace eco en la habitación y me detiene.

—¿Cómo está ella? —pregunta.

—Deprimida, desolada, afligida...

La tristeza se refleja en su rostro, sé que está preocupada, pero no es la única. Angeline me pidió que no dejara que nadie más la viera, no se siente cómoda y simplemente yo hago lo que ella me diga.

—¿Comió bien? —pregunta nuevamente.

—Mejor que ayer, sí.

Becka entra al lugar sin decir nada y toma la bandeja entre sus manos para luego llevársela. Mi mirada se posa en el hombre que entra al salón, viene con una cara de los mil demonios y eso solo significa que no hay buenas noticias.

—El hijo de puta está en Japón —habla Leonel.

—Está con el padre de Kiyoshi —confirmo mi teoría.

—Matamos a su equipo, lo más seguro es que haya ido a buscar uno nuevo con los Yakuza —habla Heinz.

—Kiyoshi era hermano de Kaori, de los grandes. —Anastasia se pone de pie y comienza a caminar de un lado a otro—. Estarán buscando a Angeline hasta por debajo de las piedras.

—No creo que Angeline esté segura aquí —dice Heinz, pensativo.

—La llevaremos con nosotros a Los Angeles —dice Anastasia y la miro mal.

—¡No! —exclamo—. Ella no irá para allá porque será de los primeros lugares en los que buscarán.

—¡Pues tampoco planeo dejarla aquí!

—Pues me vale mierda lo que tu planees, ella se queda conmigo y ya está.

No dejaré que se la lleven de mi lado.

—Tampoco estará a salvo en este lugar —dice Leonel—. Lo mejor será llevarla a otro sitio.

—Es llevarla con nosotros, Leo —le dice su mujer, completamente molesta.

—¿Y arriesgarla de nuevo? No lo creo. —Me cruzo de brazos—. La secuestraron gracias a la obsesión que tenían contigo, no dejaré que esto empeore solo por tu capricho.

Anastasia me lanza una mirada intimidante que llenaría a cualquiera de terror —menos a mí —, estoy acostumbrado a ellas gracias al clon que tiene de hija.

—Ponerlas a ambas en un mismo lugar es mucha más tentación para ellos —habla Heinz—. Y solo terminaríamos regalando a ambas.

—Por eso es mejor que se quede conmigo —digo—. No aquí, pero me la llevaré lejos.

—Tampoco creo que funcione —vuelve a hablar mi hermano.

—¿Y por qué no? Nadie sabría de nuestro paradero.

—Porque él te buscaría a ti —responde—. Sabría que estás con ella y seria más fácil encontrarlos.

—¿Entonces qué sugieres? ¿Enviarla sola a algún lugar? —pregunto incrédulo.

—Estuve hablando con Anastasia —señala a la pelinegra—. Y se me ocurrió un plan.

Todos los miramos expectantes, menos Anastasia, la cual se da la media vuelta, como si estuviera nerviosa. Eso me hace prestar más atención.

—Ana mencionó que tiene un viejo amigo en la Interpol —dice y Leonel mira a su mujer tan intensamente que hasta la pelinegra evade mirarlo—. Elijah Edwards.

Mi cabeza empieza a juntar piezas del rompecabezas que hasta ahora no había logrado armar.

—¿Elijah Edwards estaba de nuestro lado? —no puedo evitar preguntar.

—Sí, Anastasia, ¿Elijah está de nuestro lado? —pregunta Leonel de manera irónica y poco amigable.

Me huele a celos.

—Elijah fue de mis mejores amigos cuando trabajaba en la OMEC —dice y oculto mi sorpresa—. Tenia mucho tiempo sin hablarle, sin embargo, tuve que hacerlo cuando supe que Angeline estaría de infiltrada en la Interpol.

La O.M.E.C —Organización Militar Especial contra Criminales— es una organización policial al mismo nivel que la interpol, solo que es secreta y la Interpol es tan solo una de sus ramas.

No sabia que Anastasia hubiera trabajado en la OMEC y jamás lo habría pensado, ya que es muy cínico de su parte servir para la organización contra criminales más estricta y terminar casada con el enemigo.

—¿Y lo hiciste así nada más? —pregunta Leonel, ofendido.

—No es tiempo para sus escenas —los corto—. Aquí el problema fue que ni siquiera nos avisaste sobre eso. ¿Sabes?, pudiste ahorrarnos mucho trabajo y tiempo.

—No podía hacerlo —dice ella—. Elijah fue quien me pidió mantenerlo en secreto, no quería arriesgarse a que alguno de ustedes fuera obvio.

Qué cobarde.

—¿Pueden discutir por eso después? —Heinz nos interrumpe—. Ya sucedieron las cosas, ya están así y lo que importa ahora es Angeline.

—Pues entonces habla —lo apresuro.

Ahora entiendo por qué Elijah le regaló unos lentes el 10 de agosto, cuando se supone que el cumpleaños de «Marjorie» era el 1 de febrero, y él la felicitó en su verdadero cumpleaños.

—La OMEC tiene instalaciones secretas por todo el mundo. Elijah trabaja en ellas, al igual que Anastasia lo hacía. Así que tanto tú —mira a la pelinegra— como yo sabemos que, para los Yakuza, esa organización es su mayor terror.

—¿Pretendes que la enviemos ahí? —inquiero—. Heinz, no sé si lo veas, pero Anastasia terminó siendo la esposa de un narcotraficante, no creo que quieran a su hija ahí.

—Por eso mismo —dice—. Los Yakuza también pensarán como tú, porque... ¿cómo vamos a enviar a Angeline a una organización repleta de policías siendo que toda la gente con la que ha crecido son criminales? Su madre se convirtió en un terror para el mundo, su padre ha sido

imposible de atrapar y la mafia roja para la que trabaja es la mafia más buscada y odiada en el mundo.

—Ya lo entendí —dice Anastasia y luego nos mira a todos—. Enviaremos a Ann a la OMEC con otra identidad.

Entonces pongo mi peor cara.

—¿La enviarás con Elijah? —Tan solo de pensarlo me pongo furioso—. ¿Y si te traiciona, qué? La estarías enviando a la boca del lobo.

—Me preocupa más que los Yakuza la encuentren a que lo hagan los agentes —dice Ana—. Porque si la organización la atrapa hay una pequeña posibilidad de rescatarla, en cambio con los Yakuza será imposible, porque la matarán.

—No confío en Elijah —digo rápidamente.

No pienso dejar que se lleven a mi Liebe a un lugar como ese y mucho menos con ese idiota.

—No es si confías o no, es lo único que podríamos hacer para que ella esté bien.

—Pues debe haber otra forma —finalizo.

Camino hacia la salida, escuchando cómo Heinz me llama al igual que Leonel, pero me importa una mierda lo que tengan que decirme.

No quiero que alejen a Angeline, cada uno tiene su propia opinión de esto, y desgraciadamente yo tengo la mía. Así que si se la quieren llevar tendrán que hacerlo sobre mi cadáver.

¿Alejarla de mí porque corre más peligro? Dios, estará peor en otro lado y sola.

En definitiva, ese plan no es una opción.

CAPÍTULO 51

Liebe

Aedion

Un grito desgarrador me cala en el pecho, sobresaltándome por completo.

Me incorporo con el corazón desbocado y rápidamente miro a Angeline, la cual yace acostada boca abajo, llorando.

—¡Déjenme en paz! ¡No quiero! —grita.

—Liebe —murmuro, con mi boca pegada en su oído mientras que mis manos la sacuden suavemente.

Noto que se sobresalta y es cuando me doy cuenta que ya ha despertado.

—Estoy aquí, amor, tranquila... —Comienzo a acariciarle la espalda mientras ella suelta sollozos entrecortados contra la almohada.

Ha estado despertando así la última semana y media. Siempre tiene pesadillas y no se qué hacer para que deje de tenerlas.

Heinz la ha estado tratando. No lo sabía hasta hace unos días, pero él terminó sus estudios y se graduó en psicología y psiquiatría.

Él ha llevado el caso de Ann y dice que es normal que tenga sueños así después de todo lo que le sucedió, pero no puedo evitar sentirme como un completo idiota por no poder hacer algo para evitarlo. Así que lo mínimo que puedo hacer es consolarla y luego arrullarla para que vuelva a dormir.

Mi Liebe se convirtió en un ser tan delicado que no me atrevo ni siquiera a decirle que no a algo que ella me pida.

Su respiración es agitada y su llanto ha sido tanto que ya le sale por pausas, como los bebés cuando se privan y lloran después con mucho sentimiento.

—Yo estoy aquí, yo te cuido —ella se incorpora un poco y se da la vuelta para luego acurrucarse en mi pecho, escondiendo su cara entre las cobijas.

Nunca creí que me dolería tanto ver a una persona sufrir, y con Angeline siento que muero a pedazos cada vez que mis ojos la miran desecha.

No solo ha estado teniendo pesadillas, sino que también ha presentado problemas de salud. Tiene una fuerte infección en los riñones e, incluso, uno de ellos está inflamado debido a un fuerte golpe que recibió. Además, sufrió una infección vaginal por no haberse cuidado adecuadamente después del aborto, lo que la dejó en un estado grave. Sin embargo, ahora se encuentra mejor gracias a Killian, quien la revisa diariamente durante la semana.

Pude desquitar una pequeña parte del odio infinito que siento hacia Dominik en esta semana. Su mejor amigo, a quien todos conocían como su mano derecha, se encontraba merodeando en las ruinas de su asquerosa finca, no perdí la oportunidad y mandé a capturarlo. Grabé todo y ordené que lo publicaran en la web, ya que era la única forma de hacer que le llegara el mensaje de que siempre estaría en guerra conmigo. Me aseguré de que las noticias en Japón hablaran de ello y en efecto, lo hicieron.

Angeline supo de esto y lo disfrutó tanto como yo.

Si algo sé bien sobre esa basura, es que le molesta que alguien más tenga lo que él quiere. Y yo tengo a Angeline, un ejército y el poder. Por eso es que fue a refugiarse como una rata con los Yakuza, porque se quedó sin nada, sin embargo, sabe que eso no es todo, que yo no me mantendré en paz hasta dejarlo desecho, mucho peor de lo que dejó a mi Liebe.

—Aedion… —Su voz sale en un murmuro.

—¿Qué pasa, amor? —pregunto.

—No me siento bien. —Miro hacia abajo y me la encuentro haciendo un puchero. El pecho se me comprime al igual que el estómago.

—¿Qué necesitas? —inquiero, aunque sé bien la respuesta.

Me duele demasiado la situación, pero sé que tengo que ser fuerte por ella, por mí y por lo que nos arrebataron, tengo que mantenerme cuerdo, si ella se encuentra dando un 10% yo tengo que dar el otro 90. Así es un trabajo en equipo.

—Quiero darme un baño —responde y la pego más a mi—. Me siento... sucia. —Las mejillas se le ponen coloradas.

Sé bien a que se refiere.

—Yo te veo más que perfecta.

—No soy perfecta —dice y sonrío.

Aquí un claro ejemplo de cuánto daño le hicieron a mi pelinegra, la Angeline de antes hubiese aceptado el cumplido y sonreído con suficiencia.

—Sabes que lo eres —beso su nariz—. Tienes unos ojos increíblemente lindos, ¿sabías?, si me les quedo mirando veo en ellos un cielo estrellado. —Una sonrisa le surge en los labios—. ¿Y te has visto la piel? No tienes imperfecciones. —Eso la hace soltar una risíta.

—Hoy me he visto un grano en la frente. —Pongo mi dedo índice en su boca.

—Shh… ¿Quién te ha dicho que un grano es una imperfección? —inquiero—. Liebe, toda tú eres preciosa, hasta con esas estrías que te descubrí mirándote ayer por la tarde.

—No sé de qué me hablas.

—Claro, ahora hazte la que no sabes —bromeo.

Sonrío satisfecho al ver la sonrisa que he logrado sacarle, ya que pocas veces desde que llegó aquí sonríe de esta manera tan sincera.

—En serio, quiero darme un baño —pide.

Observo sus ojos, los cuales tienen ese brillo que tanto me gusta de ellos; su boca está ligeramente abierta y su nariz mejillas sonrojadas por el llanto. Dejo salir un suspiro.

—Vamos, entonces.

Me levanto de la cama al mismo tiempo que ella y dejo que ella ingrese primero al baño de la habitación. Ella se sienta sobre el retrete, esperando a que yo termine de calentar el agua. Esto se ha vuelto rutina, aunque en un principio era yo quien la ayudaba a bañar, ahora solo me toca esperarla.

—¿Puedes entrar conmigo? —Su pregunta me toma por sorpresa—. Olvídalo, si no quieres está bien, yo entiendo...

El agua se pone tibia y me saco la camisa para demostrarle que haré lo que me pida. Sus mejillas se tiñen de un color todavía más rojo y la veo tan jodidamente tierna que me dan ganas de abalanzarme a ella y comerla a besos.

—Desvístete. —Me acerco a ella y poso mi mano en su mejilla, acariciando su piel con mis dedos en un gesto cariñoso.

Sus ojos se cierran, disfrutando del tacto de mi mano con su piel. La veo tan indefensa, tan linda y delicada que no resisto el darle un beso en los labios, corto pero lento.

Ella abre los ojos y se pone de pie, posa sus manos en mi pecho y puedo notar como su respiración se ha vuelto agitada.

—Te extrañé muchísimo —habla, con su boca apenas a unos cuantos milímetros de la mía—. Si estoy aquí es por ti, porque francamente no soportaría vivir en un mundo donde no estés.

Siento mi corazón acelerarse ante sus palabras.

Yo tampoco puedo imaginarme un mundo sin Angeline Mikaelson, sin su sonrisa, su mal y excitante carácter, sin sus pastelillos...

—Aquí me tienes —la atraigo contra mi pecho, su frente queda pegada a la mía.

—¿Me seguirás amando a pesar de estar tan rota?

—Te amaré en cualquier faceta, porque estoy enamorado completamente de ti, Liebe.

—¿Alguna vez te habías enamorado? Antes de mí...

—¿Crees que alguien como yo podría enamorarse fácilmente? —inquiero—. En mi familia, nadie se enamora, y cuando alguien lo hace, ese amor perdura hasta el final.

—Creo que también queda conmigo —dice, en medio de una sonrisa—. Creo que mi amor por ti prevalecerá intacto por siempre.

—Así es, Liebe —rozo mi nariz con la suya—. No importa donde estés, o con quien estés, tu siempre me amaras más que a cualquier otro.

—Estas en lo correcto, espécimen.

—Lo sé.

Se aleja de mí y se quita el camisón, mis ojos viajan por su cuerpo y me tengo que obligar a no mirarla tan fijamente para que no se incomode.

No sé cómo se sienta bajo una mirada tan pervertida como la mía luego de lo que vivió, así que mejor evito hacerlo. Sin embargo, hay cosas que no puedo cambiar y una de ellas son las erecciones cada vez que la miro desnuda.

Cuando las enfermeras la revisaron me encargué de que lo hicieran por completo, y cuando me dijeron que había sido sometida recientemente a relaciones sexuales, supe por qué Angeline se cohibía cuando se cambiaba de ropa o cuando se miraba desnuda en el espejo de la habitación pensando que nadie la vería.

Al llegar aquí me aseguré de que Killian la revisara mejor, y descarté embarazos y enfermedades de transmisión sexual. Sin embargo, eso no cambiaba las cosas sobre el hecho de que abusaron de mi Liebe.

Me siento enfadado, pero no quiero que ella lo note a cada rato, así que me esfuerzo por complacerla.

Se termina de quitar las bragas y antes de entrar a la regadera me dedica una sonrisa que considero de lo más dulce.

¿Qué me has hecho, niña?

Su cuerpo entra bajo la regadera y aprovecho que está mirando hacia la pared para poder mirarle el culo.

—¿No vendrás? —pregunta, mirándome inocentemente por encima del hombro.

—Liebe, si entro ahí... —Las palabras se me cortan cuando se da la vuelta.

Sus ojos brillantes en deseo y dulzura, sus pezones rosados endurecidos, con el agua cayendo sobre ellos, haciéndolos ver más apetecibles.

Oh, Ann...

De una zancada llega a mí, escurriendo agua por todo el piso al salir del espacio de la ducha. Puedo ver el nerviosismo plantado en su rostro y en sus brazos al pasarlos alrededor de mi cuello.

No quiero que se sienta insegura de hacer esto, no quiero que se sienta obligada, pero tampoco me animo a apartarla por miedo a hacerla sentir mal.

Mis ojos se clavan en los suyos y puedo ver el hambre que se asoma en ellos.

Como quisiera cogérmela ahora mismo.

Diablos, Liebe, ¿por qué me haces pasar por esto?

—Quiero borrar todo rastro de lo que viví allá —dice—. Con una ducha no se me quitará y lo sabes, así que ayúdame —los ojos se le cristalizan—. No te estoy usando, te deseo desde que te tuve frente a mí hace días, pero no tenía el valor suficiente para atreverme a deci...

No la dejo terminar.

Mis labios se unen a los suyos, devorándolos como desde hace días moría por hacerlo.

La presencia de Angeline me tiene embelesado. Creí que la perdería, que ya nunca más volvería a verla... y tenerla aquí es como un milagro.

Mis manos la toman de la cintura y termino por cortar el mínimo espacio que hay entre nuestros cuerpos. Sus pechos quedan pegados contra mí y un deseo inexplicable por devorarlos aparece.

Sus besos bajan por mi cuello lentamente, dejando un camino húmedo a su paso.

Muerde, chupa y acaricia con su lengua.

Su boca es una experta cuando se trata de mí, siempre sabe mis puntos débiles y en verdad adoro que tenga esa información.

La tomo de las caderas y bajo una mano hasta rodea su nalga, estrujándola como si fuera la primera vez que la toco.

Mis pies caminan a la ducha mientras la sostengo entre mis brazos. La pego contra la pared sin dejar de besarla y ella aprovecha para empezar a jugar con el elástico de mi pantalón de pijama.

—Aedion, tómame ahora —murmura jadeante.

Me bajo el pantalón junto con el bóxer y la cargo entre mis brazos, sosteniendo su peso contra la pared. Sus rodillas se enrollan alrededor de mi torso, sus manos las pone alrededor de mi cuello y mientras reparte besos por mi mentón, posiciono mi miembro en su entrada.

—¿Estás segura? —pregunto por última vez, haciendo acopio de mi poco autocontrol.

Me mira a los ojos con las pupilas dilatas, cegada por completo.

—Nunca había estado tan segura de algo como ahora.

Pero entonces, mi parte racional me hace detenerme.

Rompo el beso y ella me mira confundida, con las mejillas sonrosadas y los labios hinchados.

—No estás bien, Liebe —hablo y dejo caer sus piernas en el piso.

—Ya no te sientes atraído por mí, ¿cierto? —sus ojos se cristalizan.

Antes de que pudiera responderle, camina fuera de la ducha, pero la sostengo del brazo firmemente. Su rostro se convierte en uno de dolor, de pena, y me siento demasiado mal, pero... ¿cómo voy a hacer eso?

—Necesitas sentirte querida por ti misma, no busques mi aprobación —le explico—. No quiero cogerte solo porque quieres sentirte amada, ¿bien?, yo ya te amo y no necesito acostarme contigo.

—Es mentira —las lágrimas salen por sus ojos—. No te atraigo, ya ni siquiera quieres follarme, ¿no lo ves? Seguramente te doy asco...

Me acerco a ella nuevamente y la tomo de la cabeza con ambas manos, poniendo un poco de firmeza en ellas.

—Me encantaría abrirte de piernas y metertela entera —gruño—, quisiera oír tu dulce voz gimiendo, pidiéndome más —muerdo su labio inferior—, rogándome para que no pare... para que siga penetrándote hasta hacerte sentir el mejor orgasmo de toda tu vida.

Su expresión cambia a una totalmente hipnótica, sus ojos se oscurecen y las lágrimas dejan de

salir de sus ojos.

—¿Entonces por qué no lo haces? —inquiere.

—Por que quiero hacerlo cuando tú quieras hacerlo por ganas —respondo y la tomo de la cintura.

—No he dejado de pensar en sentirte dentro —dice—. Me has hecho falta de todas las maneras posibles, y cuando digo todas, son todas.

Una idea me surge y reprimo la sonrisa traviesa y emocionada que se me quiere escapar.

—Entonces voy a hacerlo, pero a mi manera.

Me mira con el ceño fruncido, confundida con mi respuesta.

No le doy tiempo a responder y vuelvo a unir mis labios con los suyos, solo que ahora en un beso lento, suave pero apasionado.

Sus manos se posan en mi pecho y luego de unos segundos las pasa por detrás de mi cuello.

Angeline Mikaelson es un manjar, es como una diosa que sin duda vale la pena contemplar y alabar.

Regresamos a la regadera en medio de besos y toqueteos. El agua cae sobre nuestros cuerpos desnudos, empapándonos de agua caliente.

Paso mis manos por su cuerpo, acariciando su cintura, espalda, pechos y glúteos. No puedo dejar de besarla y a ella parece que tampoco le importa quedarse sin oxígeno. Lo está disfrutando, eso lo sé bien, su cuerpo me pide a gritos que siga haciendo lo que estoy haciendo, y eso es algo que sin duda me encanta de ella; siempre parece estar lista para mí, me recibe sin excusa y con toda la voluntad del mundo.

La cargo de nuevo y la pego contra la pared, justo como hace unos momentos nos encontrábamos.

Posiciono mi miembro en su entrada y lo meto lentamente, disfrutando de la exquisita sensación que me dan sus paredes vaginales al ser tan apretadas y mojadas. Dios mío. Si que extrañaba con todo mi ser estar dentro de ella, extrañaba sentir su calidez.

Mis embestidas son lentas, a veces circulares y otras veces rectas, pero a pesar de eso a ella le gusta, sus fluidos envolviéndome me lo confirman.

Esta vez me ha nacido llevarlo con calma, disfrutarlo más de lo que suelo hacer, y el sexo lento no parece ser tan malo después de todo, podría acostumbrarme, solo si lo hiciese con Angeline.

—¿Te gusta así, Liebe? —pregunto, con los labios secos y la voz ronca.

—Sí... ah —gime.

Me fijo en su expresión; la boca la tiene ligeramente abierta, los ojos cerrados y las mejillas teñidas de un suave color rosado. Su piel de porcelana, al igual que sus largas pestañas y pecas, la hacen ver todavía más preciosa y excitante.

Mi Liebe debería de estar en un museo, sin duda.

No soy experto en arte, pero estoy seguro de que a más de un pintor le encantaría dibujar a la hermosa mujer que tengo a mi merced. «Aunque ni loco permitiría eso».

—Te amo demasiado —murmura jadeante.

Su espalda sube y baja, arrastrándose contra la pared.

—Yo te amo más.

Beso su boca, bajo a su mentón, luego a su cuello, clavícula, y termino metiendo a mi boca uno de sus pezones.

Sus gemidos son música para mis oídos, todo un deleite que me incita a seguir mi trabajo.

Mi miembro palpita al ver de nuevo su cara de satisfacción y tengo que concentrarme para no

venirme ya mismo.

—Carajo... como te extrañé. —Entierra sus uñas en mis hombros, causándome dolor, aunque de ese dolor rico.

—Soy todo tuyo.

Vuelve a besarme la boca y lo hace con salvajismo. No la detengo, sino que al contrario, le sigo el ritmo. Me gusta cuando se deja llevar y más ahora; tenía días sin ver una parte de la Ann de antes, pero ahora la estoy viendo.

Me ha gustado su manera de follar desde la primera vez que lo hicimos, pero debo admitir que el «papi» me tomó por sorpresa, aunque luego comenzó a gustarme —no voy a mentir—, me resultaba gracioso y encantador a la vez.

La siento tensarse.

Sus uñas se clavan más en mis hombros, su espalda se arquea levemente y un gemido más alto que los demás sale de su boca.

Verla retorciéndose en medio del orgasmo fue suficiente para hacerme venir a mi también.

Killian le ha puesto un método anticonceptivo en el brazo, eso la mantendrá a salvo de... los embarazos. Solo lo ha hecho para que se sintiera más segura, ya que ella fue quien lo ordenó.

Bajo las escaleras rápidamente tras el llamado de Leonel.

Al llegar a la planta baja me encuentro al hombre en la sala de estar. Está de pie, con una de sus manos en el bolsillo y en la otra sostiene un vaso con licor.

Al fijarse en mi me percato de su ceño levemente fruncido y su cara seria.

—Necesitamos hablar —murmura y camina en mi dirección. Pasa por mi lado y cierra las puertas del salón.

—¿Qué pasa? —pregunto, inquieto ante su reacción.

—Kaori atacó mi mansión

Me pongo tenso ante la revelación.

Eso solo significa algo, el lo ha pensado como yo, por eso me ha llamado.

—Vendrá hacia acá—digo lo obvio.

Su silencio me confirma que mi teoría es acertada.

—¿Hace cuanto ocurrió? —pregunto.

—Veinte minutos.

—Tengo que sacarla de aquí —me doy la media vuelta, pero su mano me detiene tomándome del brazo.

—No vas a ir tú —me zafo de su agarre bruscamente.

—¿Cuándo te pedí permiso? —me enfado y camino hacia la puerta.

—Hiciste una promesa de sangre.

Sus palabras me hacen frenar en seco.

Es una maldita broma que ahora lo esté sacando.

—¿Y me lo echarán en cara cuando quiero cuidar de tu propia hija? —inquiero, dándome la vuelta y encarándolo.

—Si te la llevas correrá peligro, lo sabes —azota su vaso en la mesa y se acerca a mí de dos zancadas.

—¿Y te la llevarás tú? Porque creo que tu plan no funcionará.

—Se irá a la OMEC —dicta y cierro los puños con fuerza—. Hablamos ya muchas veces sobre esto, no me hagas repetirtelo.

—La meterás a la boca del lobo —le recuerdo.

—Tu promesa fue claramente protegerla, ¿recuerdas? Firmaste con tu propia sangre que la cuidarías, aunque tu vida dependiera de ello —entrecierro los ojos—. Las vidas de tus hermanos corren peligro, al igual que la tuya, y ante una promesa sabes que ni tu padre es capaz de meterse. Ahora cumple tu palabra y haz lo mejor para ella.

Siento la rabia corriendo por mis venas.

—Sabes que ella estará mejor en esa organización, solo tienes que admitirlo —da un paso hacia atrás.

—Angeline tiene más problemas de los que crees, ¿como vas a hacer que no se suicide en ese lugar? —sus ojos me escrutan—. Si se va sola no podrá manejar las cosas.

En eso no se había puesto a pensar.

—Yo iré con ella —una voz extra hace eco en el salón y ambos volteamos a ver a Heinz, el cual se encuentra de pie en un rincón—. Hablé con Anastasia y ella aceptó que Camila y yo fuéramos con Angeline.

—¿Me estás jodiendo? —inquiero molesto.

Esto debe ser una puta broma, carajo...

—Lo siento, hermano, pero creo que será mejor que aceptes que ella tiene que irse —el pecho se me comprime—. No eres idiota, también hay una parte de ti que te dice que es la mejor opción que hay.

Niego.

—Olvídalo —suelto un pesado suspiro, furioso—. Me iré con ella —pongo la mirada en Leonel—. Y tu puedes hacer lo que quieras.

Salgo del salón y subo los escalones de dos en dos hasta entrar en la habitación.

Mi cabeza no deja de darle vueltas al asunto.

¿Cómo puede creer que su hija estará mejor en un lugar donde corre peligro? Es irónico su estúpido plan.

Quieren enviarla a un lugar donde se mueren por encontrarla para mantenerla a salvo de una mafia que busca lo mismo.

No tienen lógica.

—¿Qué pasa? —pregunta Angeline, incorporándose en la cama al verme.

Aún es de noche, han pasado ya varios días desde que tuvimos relaciones, eso la mantuvo lo suficientemente cansada como para dormir de corrido luego del orgasmo, sin embargo, las últimas noches ha estado peor. No duerme, no quiere comer y vive con el miedo de ser encontrada.

La miro a la cara y suelto un pesado suspiro.

El miedo lo tengo atascado en el pecho y no quiero imaginar el miedo que ella siente al pensar que Dominik está suelto allá afuera. Si a ella le llega a pasar algo jamás me lo perdonaría.

—Te irás.

Su expresión me pone rígido y me hace querer decirle que todo ha sido una broma, que no es verdad, pero me mantengo firme.

Abro las puertas del ropero mientras ella se queda en su lugar, completamente en shock. Tomo una maleta y la pongo sobre la cama.

—¿A dónde vamos? —pregunta entonces.

—Yo no iré —dicto—. Te irás a la OMEC como encubierta.

—¿Qué?

Voy hacia los cajones donde está su ropa y comienzo a meter un par de prendas a aquella

maleta.

—¡Aedion! —exclama y me detengo a mitad de la tarea para mirarla—. ¿Qué mierda dices?

—Que te vas —repito.

Ella abre la boca en busca de decir alguna palabra, pero no puede.

Termino por meter un par de prendas más y algunos pares de calzado. Ella sigue en shock y ni siquiera me animo a mirarla, porque sé que se encuentra llorando, y mirarla así solo va a hacer que me derrumbe.

—¿Por qué? —pregunta en un sollozo.

—Por que no estás segura aquí —respondo tajante, dándole la espalda—. Kaori atacó la mansión de tu padre, su siguiente paso en el mapa es venir aquí.

Escucho como se levanta de la cama y camina hasta mí.

—Hay que irnos entonces —puedo notar el terror en su voz—. No hay que estar aquí para cuando llegue.

—Tú te irás a la OMEC y yo me iré a otro lado —volteo a mirarla—. No estás segura conmigo, ni con tus padres y mucho menos aquí.

—Debes estarme jodiendo, ¿verdad? —una sonrisa amarga aparece en su cara.

—No juego cuando se trata de tu bienestar, Angeline.

—¿Ahora soy Angeline? —pregunta y paso de largo.

Me paro frente a su maleta y hago como que acomodo su ropa solo para no dar a notar que quiero llorar.

—Es tu nombre, ¿no?

La presión que siento en el pecho me forma un nudo en la garganta y me seca los labios.

Si se lo explico de buena manera no lo entenderá y solo me hará poner en una situación más difícil. Mi instinto es protegerla, no dañar más su cuerpo y sentimientos, así que si ella no quiere irse de mi lado, mucho menos lo querré yo, por eso tengo que mantenerme a raya o de lo contrario mi instinto y amor por ella terminarán haciéndome tomar una decisión que probablemente arruinará toda su existencia.

Cierro la maleta y me giro para verla; su expresión es de llanto, con los labios formando un puchero, sus ojos llorosos, sus mejillas y nariz de un color rojo carmesí.

Siento que se me va el aire.

—¿Esto es en serio? —pregunta nuevamente, como si esperara que la respuesta fuese a cambiar.

—Tu madre arreglará tu nueva identidad y Heinz y Camila irán contigo —le explico—. Estarás trabajando en algún puesto de la organización hasta que todo esto acabe.

—¡No quiero! —me grita y corre a acostarse en la cama.

—Angeline...

—¡Vete a la mierda con tus planes! —llora y me lanza una de las almohadas—. ¡Prometiste no dejarme!

—¡Entiende que no tengo opción!

—¡Mentiroso de mierda! —grita y con su mano golpea la lámpara que hay junto a ella, haciéndola caer—. ¿¡Cómo pude confiar en ti!? —sigue llorando.

Sus palabras son como balas, incluso peor, jamás he experimentado un dolor como este.

—La decisión está tomada —digo, tratando de mantener el control—. Te irás pronto, será mejor que te hagas a la idea.

Camino hacia la puerta de la habitación, escuchando cómo me grita obscenidades.

—¡Eres el peor de todos! —grita y luego suelta un llanto desgarrador.

Salgo de ahí y me encuentro con Leonel.

—Espero que su plan sea el adecuado, de lo contrario me haré cargo de hacerles saber todos los días lo que hicieron —murmuro entre dientes.

—No te preocupes —dice, tomando la manija de la puerta—. Suerte —volteo a mirarlo, ya que ha descubierto mi plan a continuación.

—Dile adiós de mi parte.

EPÍLOGO

Un día después de la pelea.

El sabor amargo de la decepción está plasmado en todo mi ser.

Siento mi pecho arder, mi cuerpo temblar y los ojos me duelen de tanto llorar.

Me siento perdida y completamente fuera de lugar. No sé como diablos manejar esto que siento, que me consume conforme pasan los minutos.

Me he quedado sola, pues me ha abandonado la persona que más he amado en la vida.

—Aquí está —dice Heinz, entrando a la habitación.

Sigo mirando por la ventana, ignorando el hecho de que dentro de unos minutos tendré que marcharme en un avión rumbo a Turquía.

Rachel ha tenido que irse también y a decir verdad me ha dolido muchísimo su despedida. Pero sé que estará bien, ya que Efraín cuidará de ella.

Escucho la puerta de la habitación cerrarse y una lágrima corre por mi mejilla mientras observo la vista que tengo desde el segundo piso.

Esta será la última vez que mire esta casa. Casa en la que viví varios meses y de la que tengo demasiados recuerdos.

Me doy la media vuelta y camino hacia el tocador, donde yacen la hoja de papel y la pluma que pedí.

No sé cómo voy a seguir adelante, no sé lo que me espera allá afuera.

Me siento como una niña ingenua e indefensa.

Cómo me gustaría tener a Aedion frente a mí para reclamarle sus falsas promesas. Cómo me encantaría decirle lo cobarde que ha sido al dejarme aquí con mis problemas, por huir, por no luchar junto a mí como se supone que debía hacerlo.

La furia me carcome y no puedo evitar llorar por el maldito coraje que hace erupción en mi interior.

Sólo me ha utilizado....

Me miro en el espejo y al instante siento repulsión por mí misma.

«Te dejó por ser una miserable, una buena para nada».

Las ojeras bajo mis ojos, mi cabello crespo y mi cara extremadamente delgada solo me confirman que me veo como la peor porquería de todas.

«Te ha dejado porque ni siquiera supiste cuidar de su hijo».

Quizá después de todo Dominik tenia razón; Aedion no me amaba en lo absoluto.

Pero yo sí lo amo a él.

Y duele, duele demasiado que todo haya sido una mentira, un engaño...

Tomo la pluma con los dedos temblorosos. Unas cuantas lágrimas caen sobre la hoja, pero da igual, me planto a pensar que es lo que le diré.

Está carta llegará a Aedion, Becka me ha prometido entregársela:

No sé si esto llegue a tus manos. Ni siquiera sé si la leerás o la tirarás.

Pero solo quería decirte un par de cosas antes de irme de aquí para nunca volver.

Me dejaste.

Me abandonaste cuando más te necesitaba, cuando más te quería a mi lado.

Juraste que nunca te irias y ahora dime; ¿donde estás?

Ni siquiera dijiste adiós.

Me fallaste, me decepcionaste de la peor manera que nunca llegué a pensar, y sin embargo, aquí me tienes amándote, extrañandote, anhelando tu regreso.

No sabes cuanta falta me harás, no sabes lo duro que será para mí tener que superar todo.

Ahora mismo no sé olvidar, no sé perdonar, no sé como enfrentar esto que arde en mi pecho, nunca nadie se tomó la molestia de enseñarme.

El alma me duele por sentirme vacía, por sentirme sin vida.

Una parte de mí quiere odiarte y escribir lo peor en esta carta, pero la otra parte, la que te ama, quiere asegurarse de escribir todo lo que siento y lo que alguna vez sentí.

Y como no sé por donde empezar, comenzaré por el recuerdo que tengo de ayer por la noche. Cuando pasé la primera noche sin tu apoyo, completamente en soledad:

Despierto de un sueño bastante extraño... me incorporo en la cama sintiendo un terrible y creciente vacío. Aparto las sábanas y con los pies desnudos, camino por toda la casa buscándote con los ojos entrecerrados, pero estoy sola.

Regreso a la habitación y me acuesto, pero no duermo, me quedo observando la ventana teniendo la esperanza de que vayas a cruzarla en cualquier momento. Me falta un pedazo de mí, y ese pedazo eres tú. Estoy vacía, sola, y me siento frágil porque tú ya no estás.

Me quedo mirando la ventana lo que resta de la noche, recordando lo que fue nuestra última vez.

El agua caía muy lentamente sobre nuestros cuerpos desnudos. Aún lo sigo sintiendo.

Siento tus besos, esos besos que siempre eran salvajes pero que nuestra última vez fueron tiernos, suaves y hermosos.

Recuerdo tus manos, esas manos que sabían dónde y cuándo acariciar, cómo hacer que mi cuerpo ardiera en llamas, esas manos que bajo la lluvia de la ducha, recorrían cada centímetro de mi cuerpo, iban y venían, subían y bajaban.

Recorrían mi cara, pasaban por mi cuello, por mis hombros, por mis pechos, se estacionaban unos instantes en mi cintura, mientras tus labios me besaban, mientras mis manos acariciaban tus brazos y espalda llena de tinta.

Esa tinta que tanto te caracteriza, esa que desde un principio llamó mi atención.

Extrañaré tus ojos grises, aquellos que aunque fueran parecidos a los míos, me enredaron en su tormenta y me hicieron adicta a los desastres naturales.

Finalmente la noche se fue, pero mi tristeza y agonía siguen aquí. ¿Alguna vez se irán? ¿Alguna vez tu recuerdo me dejará tranquila? Claro que no, ¿cierto? Tú una vez me dijiste que aunque pasaran años, llegara quien llegara, estuviese donde estuviese, yo nunca podría dejar de amarte.

Y te odio por eso, por que sé que quizá sea verdad. Sin embargo, estoy obligada a avanzar.

Muchas veces creemos que estamos orgullosos de nosotros, pero no siempre es cierto. Y desgraciadamente, nos damos cuenta de la peor manera que no nos damos nuestro lugar.

Me has dejado muy claro que lo que teníamos no era de tanta importancia como yo pensaba.

Pero trataré de mantenerme firme como una última muestra de respeto a mis sentimientos y al corto noviazgo que tuvimos. Te prometí que me aferraria a la esperanza, y eso haré.

No quiero quedarme con ganas de nada, así que quiero decirte que eres un idiota, que eres un egocéntrico de mierda y que probablemente seas para siempre la persona que más daño me hizo.

Pero igual quiero dejarte el nombre de una canción que siempre quise dedicarte pero que nunca tuve la oportunidad de hacerlo: No hay nadie más. Búscala, sé que te gustará y que te

dolerá tanto como a mí.

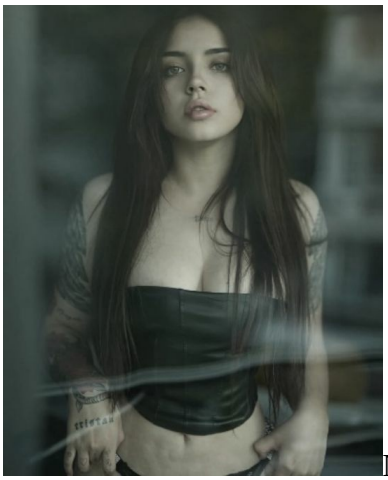
Nos quedaba...

Supongo que esta es mi manera de decir adiós.

No espero nada de tu parte, desde ahora dejo de existir para ti.

Así que... adiós, espécimen.

ACERCA DE LA AUTORA

Neveska Martinez es una autora apasionada de novelas con protagonistas enemies to lovers.

La Trilogía Belleza es famosa entre sus creaciones y se ha vuelto viral en Wattpad y Tiktok por la montaña rusa de emociones que te hace sentir con solo leer.

Le encanta el dark romance, los antihéroes y villanos inmorales, ya que descubrió que en un mundo de buenos y malos, ella prefiere romper las reglas y ser parte de los villanos. Sus libros están hechos con un toque de oscuridad, una cucharada de inmoralidad y una dosis insana de intensidad.

Pasa sus noches escribiendo y pensando perversamente cual será el próximo caos que añadirá a su universo literario. Cuando no escribe, trabaja como modelo, le encanta viajar, ir de compras y malcriar en exceso a su Frienchie “Balú”.

.